LASAGNA EL OBISPO MISIONERO



JUAN E. BELZA

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA SALESIANA DEL URUGUAY, DEL BRASIL Y DEL PARAGUAY

El afiebrado entusiasmo que despertaban el progreso y la ciencia, arrebataba a las clases dirigentes sudamericanas de la segunda mitad del siglo pasado. La "juventud ilustrada" quería arrancar de cuajo las estructuras vigentes.

Al mismo tiempo, una gran mayoría de la nueva generación, marginada de las oportunidades liberadoras, gemía en la incapacidad, en la ignorancia y la miseria.

En esta coyuntura histórico-social, se desenvuelven las personas y los hechos que reviven las páginas de este libro.

El autor, después de incursionar documentadamente por los vericuetos de la vida uruguaya de fines de siglo, penetra en las intimidades políticas de la cuestión religiosa brasileña de 1875 y hasta sigue paso a paso el conflicto que enluta al obispado paraguayo al término de la guerra de la Triple Alianza, para ofrecer el marco viviente de la introducción en la historia salesiana del Uruguay, del Brasil y del Paraguay.

En estas tierras fecundas se reeditó una vez más la parábola evangélica del árbol del grano de mostaza.

Adalid de la vanguardia sembradora fue don Luis Lasagna, joven sacerdote italiano, que, peregrino de estas playas, el 26 de diciembre de 1876 comenzó a granear los predios orientales. La planta germinó con dolor y alegría. Y mientras su sombra incipiente comenzaba a cobijar el solar uruguayo, retoños suyos germinaron con vocación de gigantes en los campos del Brasil y Paraguay.

Obras históricas del Autor

ARGENTINA SALESIANA — Setenta y cinco años de acción de los Hijos de Don Bosco en la tierra de los sueños paternos. Talleres Gráficos Buschi, Buenos Aires, 1952.

EN LA BOCA DEL RIACHUELO — Síntesis biográfica del sacerdote salesiano don Esteban Bourlot. Librería Don Bosco, Buenos Aires, 1958.

CONCI — Bosquejo biográfico de un hombre y de una época. Talleres Gráficos del Colegio Pío IX, Buenos Aires, 1965.

Queda hecho el depósito que previenen
la ley 11.723 y el decreto 12.063/57.

Printed and published in Argentina

Impreso y editado en la Argentina

LUIS LASAGNA,
EL OBISPO MISIONERO

LUIS LASAGNA,

el obispo misionero

INTRODUCCIÓN
A LA HISTORIA SALESIANA
DEL URUGUAY,
EL BRASIL
Y EL PARAGUAY

Por JUAN E. BELZA, S.D.B.

Miembro activo
de la Junta
de Historia Eclesiástica
Argentina

EL PROTAGONISTA



MONSEÑOR

LUIS FRANCISCO PEDRO LASAGNA

Nació en Italia (Montemagno, provincia de Alessandria), el 4 de marzo de 1850.

Fue alumno de san Juan Bosco, e ingresó en la Sociedad Salesiana en 1866.

Ordenado sacerdote, vino a América, y en diecinueve años de inestimable labor plantó y arraigó la Obra Salesiana en el Uruguay, el Brasil y el Paraguay.

El papa León XIII lo hizo consagrar obispo, el 12 de marzo de 1893.

No habían pasado tres años, cuando fallecía víctima de un accidente ferroviario en Juiz de Fora (Estado de Minas Gerais, Brasil), el 6 de noviembre de 1895.

Apenas contaba cuarenta y cinco años de edad...

FUENTES CONSULTADAS

Archivio Centrale della Società Salesiana, Turín, Italia.

Archivio Segreto Vaticano, Ciudad del Vaticano.

Archivo General de la Nación (Paraguay), Asunción.

Archivo General de la Nación (Uruguay), Montevideo.

Archivos de Curias: Asunción, Belém, Cuiabá, Montevideo, Recife, Río de Janeiro, San Pablo...

Archivos de las Hijas de María Auxiliadora: Cuiabá, Guaratinguetá, Lorena, Montevideo, Pindamonhangaba, San Pablo...

Archivos de las Inspectorías Salesianas: Asunción, Buenos Aires, Montevideo, San Pablo...

Archivos de los Colegios Salesianos: Asunción, Cuiabá, Las Piedras, Lorena, Manga, Niterói, Paysandú, Recife, San Nicolás, San Pablo, Villa Colón...

Archivos de los Padres Redentoristas: Aparecida y Juiz de Fora, Brasil.

Arquivo do Estado, Cuiabá, Mato Grosso, Brasil.

Arquivo Público Nacional (Brasil), Río de Janeiro.

Biblioteca del Estado de Belém, Brasil.

Biblioteca del Estado de Cuiabá, Brasil.

Biblioteca Nacional de la Asunción, Paraguay.

Biblioteca Nacional de Montevideo, Uruguay.

Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, Brasil, y otros archivos y bibliotecas que irán apareciendo en las notas.

PRELIMINARES

El 5 de agosto de 1900, don Pablo Álbera —el mismo que ocupara luego el rectorado mayor de la Sociedad Salesiana— daba a luz en San Benigno Canavese un galano volumen de *Memorias biográficas* de monseñor Lasagna: 449 páginas dedicadas a la exaltación del Misionero católico. Tanto el cariño de amigo, como su fogueada destreza, lograron desbordar las tiránicas condiciones del tiempo, que amordazaban su idoneidad y competencia. Sin embargo, unos años más tarde, al visitar el escenario de los hechos, no terminaba de lamentar la redacción y el contenido de muchos de los capítulos de su relato.

Hoy, a sesenta y ocho años de distancia, animado solamente por las posibilidades de la técnica hodierna, que, tal vez, compensen el desnivel de pericia, trataré de presentar el panorama completo de ese mismo pedazo de historia. Acaricio el deseo de exponer en forma clara y dinámica los resultados de una minuciosa investigación acerca de la exactitud y el sentido de los acontecimientos iniciales de la historia salesiana del Uruguay, el Brasil y el Paraguay.

Quiera Dios que alcance la calidad de homenaje a los que con sangre, vida y sudores realizaron la gesta que ensayaré de traducir en palabras. A todos ellos, a sus continuadores y a don Pedro Garnero, que me encomendó la tarea, dedico este esfuerzo.

JUAN ESTEBAN BELZA, S.D.B.

Buenos Aires, 6 de noviembre de 1968.

CAPÍTULO I



Montevideo

Halla un mundo en embrión que se adelanta,
donde irradiar la luz de sus diseños...
Y en la Banda Oriental clavó su tienda.

JERÓNIMO CHIACCHIO BRUNO, S.D.B.:
Del "Soneto a monseñor Lasagna",
Flores del camino, pág. 130
(Montevideo, 1938).

PROMEDIABA la mañana luminosa del 26 de diciembre de 1876 en la ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo, capital de la República Oriental del Uruguay. La calurosa y alegre noche navideña seguía bailoteando en miradas soñolientas. Calles sin vida se henchían de bochorno veraniego...

Las aguas cobrizas de la bahía reverberan en sus cabrillas los efluvios luminosos del Sol meridiano.[1]

Un remolcador despabila el paisaje, mientras avanza rezongando hacia el *Iberia*, viejo amigo inglés de los puertos rioplatenses. Las franjas celestes y blancas del pabellón uruguayo ya tremolaban sobre los colores británicos, en ruta hacia el tope del mástil, cuando el trasatlántico detiene sus motores a la altura de las obras del dique, frente al Cerro, solitario centinela de la villa.

Rechina un infierno de cadenas, hasta que el ancla restalla en las aguas.[2]

En cubierta hormiguean viajeros ansiosos de tierra. Presienten en las manos agitadas en saludo de los tripulantes del patache que les viene al encuentro, "el corazón grande de la patria chica". Y los marineros orientales ensanchan ojos pasmados de sorpresa: Cinco sotanas entreveradas con cinco caballeros, vestidos también de negro, redondeaban una mancha oscura muy grande para los módulos de un país donde apenas se conocían seis o siete docenas de clérigos, desperdigados entre 440.000 habitantes que intentaban cubrir 187.000 kilómetros cuadrados de territorio.[3]

← Luis Lasagna en 1876. Foto conservada en el Museo del Colegio Pío de Villa Colón (Montevideo, Uruguay). (Atención del padre Germán Oberti, S. D. B.

Quebró el embeleso del primer instante un rubio muchachote, que a voz en cuello comenzó a vociferar bienvenidas. Y las gritaba en piamontés..., ya que piamonteses eran los Religiosos del *Iberia* que desde Turín, de la Casa del ya famoso don Bosco, venían a la Banda Oriental a plantar su tienda.

Maggiorino se llamaba el joven vocinglero. Era empleado de confianza del Vicario Apostólico del Uruguay. En su nombre venía a saludar a los Padres, y a agilitarles los trámites portuarios.[4]

* * *

Rebujadas las sotanas con manos y maletas, descendieron uno a uno por la rampa palpitante que ataba a los navíos: Lasagna Luigi, Fazzio Michele, Mazzarello Agostino, Farina Luigi, Ceva Giacomo, Jardini Antonio, Ghisalbertis Giovanni, Barbero Carlo, Adamo Giovanni Battista y Roggero Antonio.

Sonrientes, chapurreaban saludos convencionales en español de emergencia, hasta que Maggiorino los sacó de aprietos con alegría contagiosa. Y pisaron tierra americana.

* * *

Corrieron velozmente las prácticas aduaneras. El Gobierno uruguayo había otorgado especiales franquicias. Maggiorino, con gran desenvoltura, los libraba del acostumbrado asalto de la turba portuaria de changadores, ganapanes y curiosos.

Unos criollos tranquilos examinaban de arriba abajo a los recién venidos. Otros sonreían socarronamente por las *gringadas* de Adamo, el más *viejo* en edad, y el más audaz en las escaramuzas lingüísticas.[5] Ya en Francia, durante el viaje, había protagonizado episodios memorables... Pero las exclamaciones más llamativas que brotaban aquí y acullá, se referían a la muchachez de los *curitas.* Si hasta el *colorado* que oficiaba de jefe, no rebasaba los veintiséis abriles...[6] Pero era una ardilla. Seco de carnes, y esbelto sin ser muy alto, compensaba la figura endeble y la pálida tez con una apostura distinguidamente deportiva, animada por el magnetismo relampagueante de sus ojos azules.[7]

Derrochaba nervio, simpatía y afabilidad. Y detrás de su amable sencillez asomaba un digno y natural señorío, una prestancia sin altivez, que acreditaban al jefe. Luis Lasagna era su nombre.[8]

* * *

En la calle castigada de sol vertical, aguardaban dos carrozas enfiladas al corazón de la ciudad. Miraban también al Uruguay entero, y, sin saberlo, al Brasil, al Paraguay, a la Mesopotamia argentina..., y al mundo, si el tiempo lo hubiera permitido.

Eran ya las dos de la tarde, cuando los diez hombres vestidos de negro penetraban por el umbral de la vida uruguaya al mando del joven Superior pelirrojo, aurora física de un día encarnado de amor, sellado temprano por crepúsculos de sangre.

Aquí y así comienza la historia ardiente que tratamos de evocar.

* * *

Evocación, en este caso, no supone melancolía, nostalgia por lo que fue, sino gesta y cauce que alientan e impulsan. Por eso, importa revivir la imagen de Lasagna y de sus pacíficas huestes.

Aunque tres o cuatro episodios trascendentales bastan para definir una vida, en esta reseña se alinearán multitud de datos y anécdotas que pueden parecer baladíes. Se pretende dejar paladino el camino de la inducción hacia la validez de las conclusiones. La figura del protagonista emergerá sin aditamentos, sin aureolas de ídolo o ribetes de mito; con sus virtudes y defectos, aciertos y errores.

Es por demás ejemplar la existencia de un hombre que, en el marco de sus limitaciones, consume horas, fuerzas y vida por el bien de sus semejantes, como para comprometer la eficacia del mensaje con cualquier clase de retoques.

Lógicamente, tampoco se trata de hacer folklore o de favorecer el erotismo de masas, sino de justipreciar el valor directivo de los tramos de vidas humanas que resolvieron una etapa de historia, y posibilitaron el proceso actual.

El *modus operandi* de esa estirpe constructora, en su íntima entraña, tiene perpetua vigencia: El mundo fue y será edificado por la inteligencia y el amor, acrisolados en puros y desinteresados ideales. Sólo corrió y correrá el riesgo de sucumbir apabullado por los embates de la imbecilidad y del egoísmo —hermanos gemelos que, aunque nazcan separados, siempre terminan llegando juntos—, instrumentados por los adalides de la demolición.

En un plano más doméstico, en el nivel de su familia religiosa, esta referencia quisiera, además, resultar estimulante ojeada del álbum familiar. No se trata de recitar fábulas hogareñas, o de admirar ruinas u osamentas gloriosas con superficial curiosidad de turistas, o de regodearse en el orgullo y estéril

hedonismo de herederos haraganes, viudos de la gloria, triunfos y conquistas de sus antepasados; sino de sintonizar un mensaje, detectar un espíritu, descubrir un carisma, y entonarse en el deseo eficaz de reproducir la gesta pastoral de otrora con personajes contemporáneos en el escenario de las circunstancias actuales.

Las grandes figuras no vinieron a taponar el crecimiento, sino a acelerarlo, y a dar tono y sentido al desarrollo.

La aventura salesiana de las Misiones de América, iniciada bajo la supervisión del mismo don Bosco, es el primer ensayo notable de adaptación de sus métodos e ideas a situaciones realmente diversas; y fue, por eso, la prueba definitiva de la vitalidad de sus virtudes seminales.

Mientras la pedagogía de la época formaba subalternos, dependientes y consumidores de esquemas e ideas; el apóstol de la promoción social en todos los órdenes, había preparado creadores y productores.

América fue, en gran parte, el espaldarazo de una admirable idea pedagógica naciente, al convertirse en eficaz demostración de la madurez sobrenatural y humana de sus Hijos de avanzada, que, muy jóvenes en edad, supieron conjugar la fidelidad al espíritu paterno con el auténtico amoldamiento a la circunstancia.

Todavía entonces, las jóvenes estructuras jurídicas salesianas eran tan simples y flúidas, que a muchos de ellos tocaba descubrir e institucionalizar la armonía de sus ideales con la realidad movediza y cambiante. El riesgo que jugaron, mereció el premio de la superación virtual de las limitaciones lugareñas y de las modalidades aldeanas de la Congregación primitiva, que podían frenar el lanzamiento de la fecunda idea domboscana a una universalidad geográfica y humana que le asegurara mayor eficacia apostólica.

La faena fue ardua. La empresa nunca quedará concluida. Precisamente por eso, la idea no ha perdido su dinámica. Refugiarse en un pasado estático, momificarse sin entrañas, para perpetuarse en la inmovilidad, es una de las perezas más elegantes. Que se convierte en fariseísmo, cuando se reduce a orgullo de casta, soberbia de ojos que confunde principios con convencionalismos locales o generacionales, y ahoga el espíritu con el apego avaro a las materialidades en las que se descansa o se vive instalado.

El presente en movimiento, si ha de ser desarrollo —espiral que juega y crece armónicamente alrededor de sus focos—, debe inspirarse en las fuentes, y abrirse hacia el futuro. Para conjugar la tensión —a veces, discordante— de estas fuerzas, se ne-

cesita, por lo menos, visión equilibrada de hechos y valores. No gozan de este patrimonio tanto los enquistados en las propias rutinas, como los que no respetan las fuerzas orbitales. Por eso, en los comienzos mismos de su carrera el padre Luis Lasagna dejó escrito que "el progreso avanza fatalmente, y si no lo encauzan los sensatos, lo estrellarán o ahogarán los insensatos".[9]

* * *

A cada generación de herederos corresponde la habilitación de un tramo de la picada que los Padres comenzaron a abrir en la selva de su presente, camino del futuro. El correcto trazado de la ruta es el espíritu de la empresa. Realizarlo en obra, en adecuada síntesis de principios y elementos circunstanciales, es realmente la empresa.

Por eso, en un momento en que las jóvenes generaciones acometen la ardua tarea de conjugar en su presente lo profético con lo histórico, la empresa de Lasagna y los suyos tiene valor de inspiración y trampolín apostólicos.

Vamos, pues, a ella.

[1] La presente descripción ubica libre, pero rigurosamente, en tiempo y lugar, los datos e informaciones de las fuentes. La principal corresponde a una carta de Lasagna a don Bosco, publicada en el *Bollettino Salesiano*, a. I, Nº 2, ottobre 1877, pág. 3. El original tiene dieciséis carillas, y comienza así:

"Montevideo, 5 febbraio 1877. / Mio veneratissimo D. Bosco, / Appena il bastimento *Iberia* aveva gittato l'áncora nel porto di questa incantevole città vedemmo avanzarsi il vaporino che veniva a raccoglierci per ordine del Vicario Apostolico Mons. Vera. / Giunto a fianco dell'*Iberia*, vi salì un giovinotto di aria viva ed intraprendente, che era domestico del Vescovo, e che ci rese servigio incalcolabile, non solo con lettere di franchigia da parte del Governo pel nostro equipaggio, ma altresì liberandoci colla sua franchezza e disinvoltura dalle molestie infinite di una ciurma di barcaiuoli, di facchini, di curiosi che ci assediavano da ogni parte impedendoci il passo. / Questo giovane appena ci vide ci salutò senz'altro parlandoci in piamontese, ed io richiesto subito di su patria, mi rispose di essere di Castel S. Pietro, della stessa mia Diocesi di Casale; esso chiamavasi Maggiorino. / Spacciatici in fretta degli ufficiali di dogana, salimmo due vetture e corremmo difilati in casa di Monsignore per far cessare il più presto possibile i latrati di una fame fino a quel dì sconosciuta..."

Cf. Crónica del Colegio Pío de Villa Colón, 1876-1880, y Archivo Central de la Sociedad Salesiana, Turín (en adelante, ACSS.), S. 1.262.

[2] La ciudad de Montevideo contaba 110.000 habitantes, y poseía un puerto en el que en 1875 se movieron 1.667 buques de ultramar y 2.026 de cabotaje, con un total de 1.146.553 toneladas. Careció de muelles, hasta que en 1878 quedó terminado el dique de carena de los señores Jaime Cibils y Juan D. Jackson, en la punta oeste de la bahía. "Los proyectos de construcción de un puerto artificial, tan debatidos en 1875, especialmente el del ingeniero Tusson, volvieron a ocupar la atención pública al año siguiente. Pero el coronel Latorre, gober-

nador [presidente] de la República, no tardó en dejarlos de lado, en vista del estado angustioso de la hacienda pública..."

Cf. Eduardo Acevedo, OBRAS HISTÓRICAS, *Anales históricos del Uruguay*, tomo IV, págs. 47-48 (Impr. A. Barreiro y Ramos, S. A., Montevideo, 1934).

[3] Dr. Lorenzo A. Pons, Presbítero, *Biografía del Ilmo. y Revmo. señor don Jacinto Vera y Durán, primer obispo de Montevideo*, págs. 181 y sigs. (Impr. A. Barreiro y Ramos, Montevideo, 1904).

[4] Da Rio de Janeiro io avevo spedito un telegramma al Segretario del Vescovo, annunziando il nostro arrivo, affinchè potesse in tempo intavolare al Governo della Repubblica le debite pratiche per salvarci delle esorbitanti tasse della dogana." (Carta de Lasagna a don Bosco, del 5-II-1877, en ACSS., S. 126, 2.)

[5] Aunque el adjetivo *gringo* aparezca en el Diccionario oficial de la lengua española como despectivo y con significación de *extranjero*, en las naciones rioplatenses se aplica principalmente al italiano —que constituye la más numerosa comunidad inmigrante de lengua extranjera—, y puede considerarse despectivo o denominativo, según el tono con que se hubiere pronunciado.

En otro orden de cosas, *Adamo Giovanni Battista* —según Eugenio Ceria, *Memorie biografiche del beato Giovanni Bosco*, vol. XII, pág. 204, nota 2, y pág. 509—, era lego franciscano, exclaustrado cuando la supresión de las Órdenes religiosas en el Reino de Italia. Se refugió, luego, en el Oratorio Salesiano de Turín, y vino al Uruguay con el primer grupo de salesianos. Fue cocinero del Colegio Pío de Villa Colón por casi dos meses, hasta que el 8 de febrero de 1877 pasó a Buenos Aires, y de ahí a poco, al Convento Franciscano de la ciudad de Corrientes, donde lo hallaremos más tarde, en el decurso de esta historia.

La ingenua audacia con que disparataba en castellano, hizo famosos algunos de sus gazapos, que se repitieron tradicionalmente hasta hace muy poco.

En *Tres obispos salesianos* (Segunda Parte: "Monseñor Luis Lasagna"), *Recuerdos personales de un exalumno de don Bosco* —apuntes dactilografiados e inéditos, página 12—, dice el padre Mario Luis Migone: "Entre los recuerdos imborrables de aquel primer año de vida colegial, se cuentan los amenos equívocos y graciosos *quid pro quo* que nacían del imperfecto conocimiento del idioma [por parte de los salesianos], y que, debido a la manera ecuánime en que eran recibidos..., daban materia de risa y broma para muchos días. / Los que más se distinguían en esos *lapsus linguae*, eran los hermanos legos, que poco se preocupaban de las reglas gramaticales para el aprendizaje del idioma. / Algunos dichos enrevesados se hicieron famosos, y no dejaban de ser recordados cuando venían al caso. / Nos acompañó en uno de los memorables paseos de los jueves, el hermano cocinero. Llamábase Adán, y era su edad tan avanzada, que bien podía pasar por el abuelo del mayor entre nosotros. Ufanábase de haber sido el primer cocinero de don Bosco (?), y no se cansaba de repetírnoslo. / Tratábase de pasar un cercado, y un niño se aprestaba a cruzarlo de un salto, cuando el viejo Adán le gritó: «¡No! ¡Dobla la esquina!», traduciendo por el sonsonete la frase italiana *piega la schiena*, expresión exótica que arrancó una carcajada general... y quedó incluida, como es natural, en el vocabulario familiar. / El mismo padre Lasagna era el que más gusto recibía de estos equívocos disparatados, especialmente si eran oportunos y graciosos, y se gozaba de oírlos de nuestros labios".

(Los apuntes del padre Migone están depositados en Montevideo, en el archivo de la Inspectoría Salesiana Uruguaya de San José. La Segunda Parte es una monografía dactilografiada, que consta de setenta y seis páginas.)

[6] La edad de Lasagna se colige del documento siguiente, obtenido en la parroquia de Montemagno (provincia de Alessandria, Italia), y del cual existe en el ACSS., copia refrendada por el sacerdote Luigi Rossetti, el 1º de febrero de 1899:

"Fol. 6 / Nº 11 / LASAGNA LUIGI / *Atto di Nascita e di Battesimo* (1850) / L'anno del Signore mille ottocento cinquanta ed alli quattro del mese

di Marzo alle ore tre pomeridiane nella Parrocchia di San Martino, Comune di Montemagno, è stato presentato alla Chiesa un fanciullo di sesso masculino nato il quattro del mese di Marzo alle ore quattro antelucane nel distretto di questa Parrocchia, figlio di Sebastiano Lasagna di professione contadino domiciliato in Montemagno e di Teresa Bianco di professione contadina domiciliata in Montemagno coniugi Lasagna, cui fu amministrato il Battesimo da me Sottoscritto e sono stati imposti li nomi di Luigi Francesco Pietro essendo stato padrino Rinetti Francesco di professione contadino, domiciliato in Montemagno e madrina Mariana Bianco di professione contadina, domiciliata in Castagnole. L'indicazione della nascita con richiesta del Battesimo è stata fatta dal padre del neo nato. / Firma del Richiedente: LASAGNA SEBASTIANO. / Firma del Parroco: CLIVIO CLEMENTE, Vicario."

El documento tiene la siguiente anotación marginal: "Consacrato Vescovo, Missionario nel Brasile, ivi assassinato in uno scontro doloso del treno il 6 Nov. 1895. Gloria della Chiesa e della Patria, decoro della Società Salesiana di S. Giov. Bosco / Montemagno, 28-VII-39. / In fede: D. A. PATRUCCO, Prev."

Ignoro por qué don Pablo Álbera lo hace nacer el 3 de marzo. (Cf. *Monsignor Luigi Lasagna — Memorie biografiche*, págs. 2 y 4. San Benigno Canavese, 1900.)

En la placa grabada sobre la tumba de monseñor Lasagna, en el santuario de María Auxiliadora de Niterói (Brasil), la inexactitud es mayor. En ella se lee que nació el 3-V-1850; es decir, el 3 de *mayo*.

Montemagno era un sonriente pueblito piamontés que se recostaba sobre la cumbre de una colina, alargada hacia el cielo por el campanario parroquial. Hoy agrupa dos millares de habitantes, dedicados, como los cuatro mil de entonces, a la huerta y la viña.

Teresa Bianco contaba apenas dieciocho años de edad cuando alegró el hogar del cuarentón Sebastián Lasagna —que ya había enviudado sin hijos de María Coggiola (Atto di morte Nº 20, 1859, Montemagno)— con un bebito pelirrojo, el 4 de marzo de 1850, a las cuatro de la mañana. A las tres de la tarde del mismo día, el recio y piadoso labriego sostenía al primogénito junto a la pila bautismal, y le ponía los nombres de *Luigi Francesco Pietro*. En los altos del *cortile* abierto a la arcada sin puerta que lleva el número 64 de la *via Principessa Iolanda,* se había realizado el milagro del nacimiento.

Cinco años después, volvió a florecer el *cortile,* y el 7 de mayo de 1855 nacía *Pietro Domenico Giuseppe,* a quien todos llamarían *Giuseppe.*

Con el tiempo, a las guirnaldas sucedieron los crespones, y el 16 de marzo del 59 falleció don Sebastián, cuando tenía cuarenta y nueve años.

Dos huérfanos quedaron bajo la tutela de su primo, Juan Bautista Lasagna. Más tarde, se hizo cargo de ellos el doctor Sebastián Rinetti. Así consta en el libro de *Contabilità dei giovani* del Oratorio de San Francisco de Sales, en Turín (1862-1864, pág. 359, y 1864-1865, pág. 258), donde Luis fue internado por indicación de su primer maestro, don Carlos Berra.

En esos días, el 2 de octubre, Luis recibía en la iglesia de Casorzo el sacramento de la confirmación, de manos del obispo de Casale, monseñor Luigi Nazari di Calabiana.

En octubre de 1865 se trasladó a Mirabello, y al año siguiente, ya con el hábito eclesiástico —obtuvo licencia episcopal para vestirlo, según consta en el Registro de la diócesis de Casale, 1847-1860—, el 22 de octubre de 1866 ingresó en Borgo San Martino.

Mientras tanto, doña Teresa —después de cinco años de viudez, durante los que sufrió maliciosos comentarios pueblerinos— contrajo segundas nupcias con Lorenzo Ferraro, apodado *il Fucetti.* Ella frisaba en los treinta y dos años, y él, en los veintinueve. De esta unión, el 31 de julio de 1865 nació José Luis Pedro Ferraro, ahijado de bautismo de Luis, y que también llegó al sacerdocio.

Luis estudió filosofía bajo la dirección del profesor don Francisco Cerruti, eminente sacerdote salesiano.

Mientras avanzaba rápidamente en los estudios eclesiásticos —según don

Pablo Álbera (*Mons. L. Lasagna...*, cit., pág. 70), el 4 de junio de 1871 recibía la tonsura y las órdenes menores—, fallecía su hermanito Jose, a los dieciseis años de edad, el 8 de octubre de 1871 (Parroquia y vicaría de Montemagno. Atto di morte Nº 65). El golpe lo conmovió profundamente.

El 21 de diciembre de 1872, sábado de Témporas, fue promovido a la orden del subdiaconado, que recibió de manos de monseñor Lorenzo Gastaldi.

En la misma ceremonia fueron ordenados algunos clerigos que sobresalieron posteriormente: el futuro canónigo José Allamano; don Juan Ressia —luego, obispo de Mondoví—, y los diáconos Agustín Richelmy, cardenal de Turín, y Andrés Fiore, obispo de Cúneo.

El 29 de marzo de 1873, monseñor Gastaldi le confirió el diaconado, que recibió junto con el padre Domingo Tomatis.

Finalmente, el 7 de junio del mismo año el obispo de Casale, don Pedro María Ferré, lo ordenó sacerdote en su catedral, previa dispensa de trece meses de edad. (Cf. Curia arzobispal de Casale, libro III de Ordenaciones, 1811-1900, folio 189.)

Al año siguiente, mientras ejercía la enseñanza en el Colegio Salesiano de Lanzo, rindió con éxito exámenes de habilitación en la Universidad de Turín.

[7] Todos los que han atestiguado acerca de la infancia de Lasagna, hablan de su *troppa vivacità* y de su *spirito folletto.* Un compañero de Montemagno, don Luigi Porta, así lo describe: "Indole buona, ma furioso, vien chiamato da tutti i compagni e vicini, *cavei rus* [pelirrojo; en el río de la Plata, vulgarmente, *colorado*], per i capelli rossi che aveva, e *cattiva bestia,* per indicare la sua vivacità... Non poteva star fermo. Si trovava in tutte le brigate dei giovani del paese..."

En carta del 28-II-1899 al padre Álbera, don Luigi Porta insiste: "Lo chiamavano lo *spirito folletto,* perchè in un momento compariva da un angolo all'altro del paese... Ma appunto per la sua vivacità e diciamo anche birichinate è che quando parlava lui, da tutti era ascoltato".

En la revista *Juventud,* de Villa Colón, se publica un certero retrato de "El Obispo titular de Trípoli", debido a la pluma del doctor Francisco Bauzá —senador nacional, y amigo personal de Lasagna—, quien nos brinda algunos de los datos consignados en esta obra. (Cf. año IX, Nº 9, noviembre de 1926, pág. 275, de la revista mencionada.)

[8] Reportaje del diario *El Imparcial,* de Montevideo, al doctor José Irureta Goyena, con ocasión del centenario del Colegio Pío, el lunes 25 de octubre de 1926. Se lo cita más ampliamente en el capítulo IV de esta obra.

[9] Véase capítulo XVI de esta misma obra.

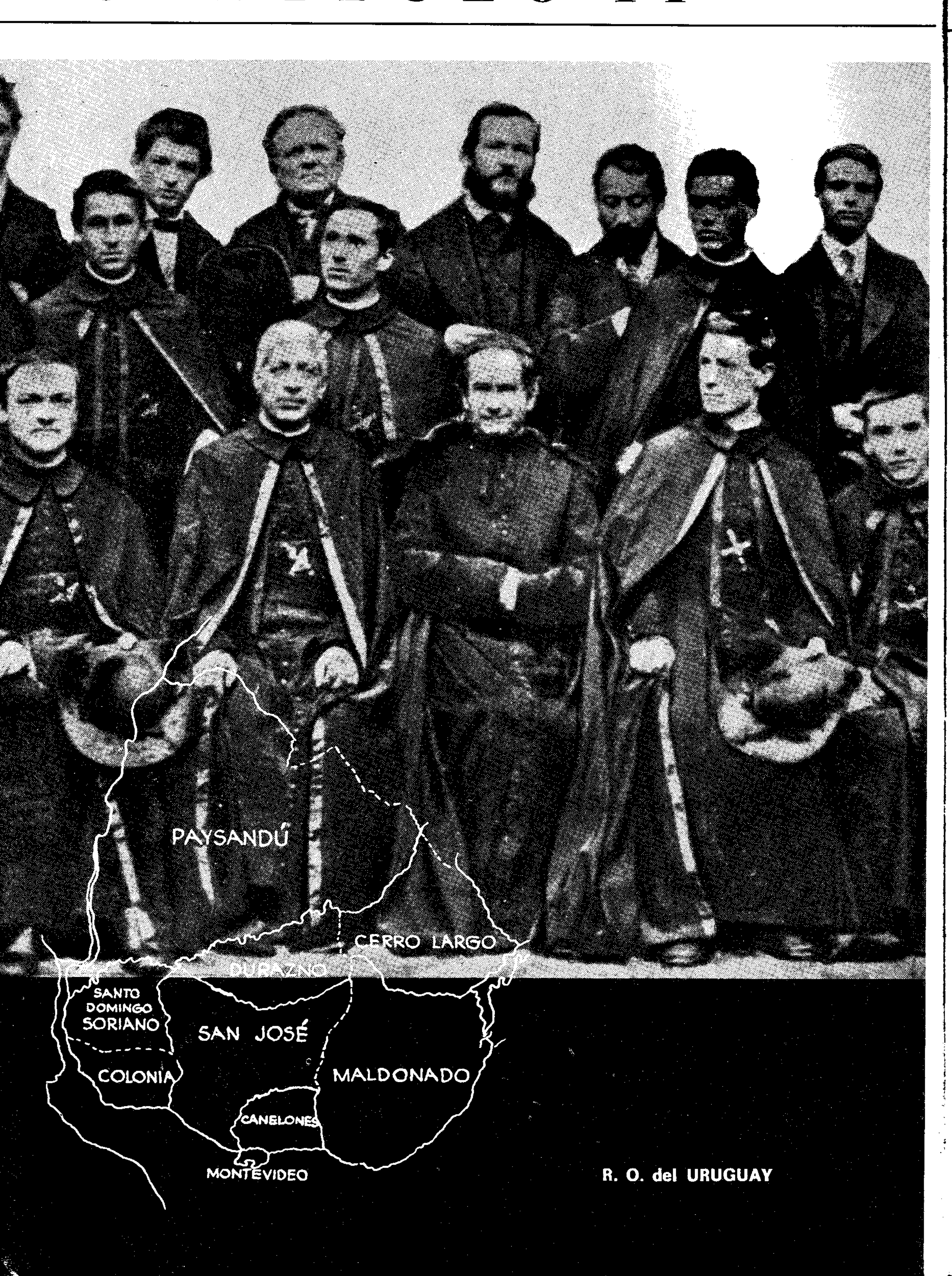
TURÍN, 1875: Grupo de la primera expedición de misioneros salesianos que vinieron a América. Sentados, de derecha a izquierda: Juan Cagliero, don Juan Bosco, comendador Juan B. Gazzolo y José Fagnano. De pie: Vicente Gioia, Bartolomé Scavini, Valentín Cassini, Juan B. Baccino, Esteban Belmonte, Domingo Tomatis, Juan Allavena y José Molinari. (Este ultimo egresó de la Congregación al poco tiempo de llegar a estas playas.)

ANTECEDENTES DE LA LLEGADA A SUDAMÉRICA



MONTEMAGNO (Piamonte, Italia): Frente de la casa paterna donde naciera Luis Lasagna. La foto, como muchísimos datos fundamentales de este relato, el autor la debe a la atención del padre Sabino Doldán Goyret, S.D.B., que lo precedió en la investigación de este tramo de historia.

CAPÍTULO II


PAYSANDÚ
CERRO LARGO
DURAZNO
SANTO DOMINGO SORIANO
SAN JOSÉ
COLONIA
MALDONADO
CANELONES
MONTEVIDEO
R. O. del URUGUAY

El Uruguay

Era el Plata el final de tu odisea.
Aquí llegaste una estival mañana.
Mente llena de luz, sólo una idea
te desposa a la tierra americana:
el triunfo de la fe. Y es tu bandera
la Cruz del Redentor. Tú la tremolas,
y hablando de esa Cruz vas por doquiera,
y hasta hablar de la Cruz se te oye a solas.

EDUARDO DUFRECHOU, S.D.B.:
De "Monseñor Luis Lasagna",
Juventud, año IX, Nº 9,
Villa Colón, noviembre de 1926.

UN 10 DE MARZO DE 1876, el presidente oriental don Pedro Varela buscaba apresuradamente asilo en la Legación de Francia, mientras su ministro de Guerra, el joven y barbudo coronel Lorenzo Latorre, establecía la dictadura.

"El mundo —gerundiaba textualmente el gobernante revolucionario en su primer manifiesto— nos contempla asombrado de nuestros escándalos, y ya es tiempo de que reaccionando contra nuestro pasado, olvidando nuestros odios, fraternizando en una sola familia, hagamos de esta República, mártir de América, un modelo de unión y de virtudes." [1]

Realmente, el trance pintaba feo: Bancarrota económica, anarquía administrativa, impunidad del pillaje endémico o cuatrerismo en la campaña, fantasma permanente del cuartelazo y otras yerbas, que sólo correspondían a la espuma de la cresta de la ola. La marea reconocía causas e impulsos más profundos. La guerra y su cortejo, todo lo habían esquilmado: Gobierno, economía, religión, cultura...

"De 1811 a 1828 —escribe el padre Ramón Montero y Brown [2]—, el Uruguay se llena de guerras: nuestros jóvenes, alineados con Artigas y los Treinta y Tres, defienden la libertad. En 1829 nacen los partidos políticos..., y la muchachada aban-

← Grupo central del conjunto de la segunda expedición misionera enviada por don Bosco a América en 1876. Sentados, de izquierda a derecha, Esteban Bourlot, Francisco Bodratto, don Juan Bosco, Luis Lasagna y Miguel Fassio. De pie, de izquierda a derecha, Antonio Roggero, Evasio Rabagliati, José Viola, José Adamo, Marcelino Scagliola, Antonio María Iardini, Antonio Bruna, Carlos Ghisalbertis y Francisco Frascarolo. (En trasparente, el mapa del Uruguay de la época.)

dona el trabajo y emigra a las cuchillas, para defender las divisas en las guerras civiles. Así, muchísimos de los valientes que consolidaron la Patria, ni siquiera dispusieron de comodidad o de tiempo para aprender a leer y a escribir. Y para mayores males, en las contiendas civiles se fueron interpolando luchas fratricidas con Buenos Aires, el Brasil y el Paraguay..."

Por eso, ahora todo nacía con dolor. Basta un ejemplo indicativo: en 1878, en plena euforia de la reforma educacional, sólo se había logrado la asistencia a la escuela primaria del treinta y uno por ciento de los niños en edad escolar: 32.895 sobre 106.255.

En otro sector, el campo —poblado de criollos y *canarios,* con su ganado, cueros, cereales y saladeros—, a despecho de las *secas,* iba defendiendo la economía.

Se exportaba por valor de 15.000.000 de pesos anuales. De esta cantidad, 13.000.000 correspondían a productos ganaderos. Y los mejores clientes eran Francia e Italia, de donde, a su vez, se importaban vinos, azúcar, aceite, arroz, fósforos y ropa hecha.

Mientras tanto, la Universidad, que había comenzado a gatear en 1836, poco a poco se trasformaba en hoguera de inconformismo, primero, y luego, en caja de resonancia de las pujas de los *ismos* en boga: liberalismo, deísmo, racionalismo y otras tendencias imperantes en las casas de estudios de Córdoba y de Buenos Aires, retrasmisoras domésticas del pensamiento europeo en vigencia.

Las tintas del paisaje, en nada favorecían a la obra apostólica de la Iglesia. "Los Gobiernos, nacidos al reflejo de los fogones del campamento —anota Montero y Brown—, no querían ni influencias, ni colegios de curas, *focos de conciencias mutiladas...*" Al mismo tiempo, la *intelligentsia* proclamaba por boca de uno de sus corifeos, don José Pedro Varela, que "en estos momentos decisivos se hace más necesario combatir las ideas ultramontanas que predicando la tiranía religiosa, vienen a santificar la violación del derecho y el falseamiento de la justicia en política. La religión y la política marchan reunidas en la vida de los pueblos. Los más libres, como los Estados Unidos e Inglaterra, son los que profesan religiones más avanzadas; los que caducan, como la España, son los que se unen y se encarnan en el catolicismo".[3]

Y conste que los párrafos citados, corresponden sólo al primer estadio de evolución mental hacia un racionalismo ateo mucho más agresivo, y al que se arribaría en poco tiempo.

Frases y actitudes como la trascrita, confinadas al principio en los límites de lo especulativo, fermentaron luego en violencia,

y desembocaron en acometividad, canalizada por conflictos y escandaleras.

Sin embargo, en el pueblo y en los hogares criollos latía aún la tradicional religiosidad española, exhibida en expresiones y cantos de cuna; invocaciones al Señor, a la Virgen y a los Santos; saludos devotos; costumbre de pedir la bendición al padre, a la madre y a los padrinos; el *Bendito;* el trisagio en las tormentas; los escapularios y algún *retobado;* el Cristo, la palma bendita y un Santito en las habitaciones; Rosarios en los velorios; la Semana Santa respetada, y alguna cosa más. Donde y cuando era posible, la gente se casaba por la Iglesia, y todos rezaban por los difuntos. Algunas mujeres guardaban con sus recuerdos, viejas *Áncoras de salvación.* Es que había poquísimos sacerdotes, y casi ninguna iglesia. "Por muchísimos años —afirma el padre Montero y Brown—, no hubo ninguna [capilla] al norte del río Negro", curso de agua que divide en dos a la República.

En 1861, de acuerdo con la información trasmitida al Delegado de la Santa Sede, el Vicariato Apostólico de Montevideo, que abarcaba todo el Uruguay, comprendía trece departamentos, cinco ciudades y doce pueblos. En la capital funcionaban solamente dos parroquias: la Matriz y la de San Francisco; y en lo que restaba del país, la vida espiritual quedaba atendida por veintiséis párrocos interinos. Algunas capillas solitarias completaban el desolado panorama.[4]

* * *

Por otra parte, no existía colegio religioso masculino alguno. Los Jesuitas reingresaron a Montevideo en 1842, y se hicieron cargo en 1846 del Colegio Oriental de Humanidades, que más tarde fue trasladado a San Juan Bautista (Canelones), cerca del río de Santa Lucía. Pero el 26 de enero de 1869, el presidente de la nación, don Gabriel A. Pereira —molesto por las expresiones antimasónicas vertidas en la iglesia de la Caridad por un padre de la Compañía, don Félix del Val— publicó un decreto refrendado por su ministro de Gobierno, Antonio Díaz, en el que derogaba la libertad de enseñanza, acordada por él mismo en 1858, y conminaba a los Padres para que abandonaran el territorio de la república "dentro del más breve plazo".

Cuando otro presidente revolucionario, el general Venancio Flores, invalidó el decreto Pereira —ya el 22 de agosto de 1863 había anulado el destierro del Vicario Apostólico—, retornaron

cinco jesuitas, que desde setiembre de 1872 se dedicaron a misionar celosamente. Sólo el 24 de octubre de 1879 pudieron hacerse cargo del Seminario Diocesano.

Los Padres Bayoneses llegaron en marzo de 1861, y formaron una pequeña comunidad también misionera. Otro tanto sucedió con los Capuchinos, que vieron bendecir la primera piedra de su convento el 20 de febrero de 1870. Y en este rubro no quedan más bienes para inventariar, excepción hecha del Liceo de Estudios Universitarios, que bajo la dirección del doctor Mariano Soler abrió su matrícula el 1º de febrero de 1876, en la casona sita en calle San José Nº 25.

* * *

La educación femenina no ofrecía mejor espectáculo. Las cinco Hermanas salesas venidas de Milán en 1856, ya se habían sextuplicado; y las Hijas de Nuestra Señora del Huerto, llegadas de Génova el 18 de noviembre de 1856, quemaban sus energías en un hospital y dos asilos, uno para mendigos y otro para dementes.

Veinte años después arribaron las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, para atender el Asilo de Mendigos de la Unión. A las pocas horas de estada, en aquel 27 de setiembre de 1870, debieron trabajar de enfermeras bajo la metralla, ya que el general revolucionario Timoteo Saravia convertía el hospicio en fortín, para resistir el ataque de las tropas presidenciales del general Lorenzo Batlle.

En marzo del 74 aparecieron las Hermanas Terciarias de Santo Domingo: se dedicaron a la asistencia de los enfermos, y comenzaron también a educar algunas niñas.

Por último, en 1876 las Hermanas de la Caridad del Buen Pastor se trasladaron de Chile, con la intención de establecer un asilo - refugio.

* * *

El factor decisivo de esta agobiante penuria religiosa era la carencia de obispos. Sin ellos, no había ni seminarios, ni sacerdotes, ni labor pastoral. Y esta escasez venía de lejos.

En 1810, al producirse los movimientos emancipadores de las colonias hispanoamericanas, la corona borbónica, poseedora del *derecho de patronato*, no pudo seguir cubriendo las vacantes episcopales; pero obstaculizó en cuanto estuvo a su alcance las soluciones de la Santa Sede. Ésta disponía en toda América de un solo Nuncio, que estaba acreditado ante la corte imperial de Río de Janeiro.

Montevideo dependía del Obispado de Buenos Aires, regido en esa época por monseñor Benito Lué y Riega. Desde que éste falleció (22-III-1812) hasta el 29 de setiembre de 1830, Buenos Aires no tuvo pastor. Cuando lo readquirió, ya el Uruguay era independiente, y por lo tanto, comenzaba una nueva orfandad episcopal, que se extendió hasta 1865.

En el intervalo, gobernaron el territorio oriental, en calidad de vicarios apostólicos sin carácter episcopal, don Dámaso Larrañaga (1825-1848), don Lorenzo Antonio Félix Fernández (1848-1852), don José Benito Lamas (1854-1857) y don Jacinto Vera y Durán (1859-1865).[5]

Finalmente, el 16 de julio de 1865, el papa Pío IX preconiza obispo titular de Megara y vicario apostólico del Uruguay a don Jacinto Vera y Durán, y el 15 de julio de 1878, al erigir la diócesis de Montevideo, lo convierte en primer obispo diocesano.

Pero en el camino, el problema se había enredado, y mucho. La autoridad del Vicario Apostólico —ya de por sí, endeble— se debatía entre riesgos y necesidades. Por una parte, sufría los abusivos y exagerados derechos patronales que se arrogaba el Gobierno oriental, como todos los Estados sudamericanos. Por otra, precisaba del apoyo civil y estatal en múltiples situaciones y hasta conflictos eclesiásticos, en los que la Santa Sede no podía intervenir, por razones de urgencia y distancia.

En 1861, los clérigos del Vicariato Apostólico de Montevideo eran 83. De ellos, sólo 13 orientales, y de éstos, varios Religiosos exclaustrados.

"Ya hemos indicado —escribía el sacerdote chileno José Ignacio Víctor Eyzaguirre, en su libro *Los intereses católicos en América* (1859)— que los eclesiásticos que existen en la Banda Oriental, casi en su totalidad son europeos, y añadiremos ahora que no pocos pertenecen a los que participaron de las ideas políticas que tan graves trastornos causaron en Europa en 1848..."

Por eso, católicos y clero nativo —obispos incluidos— sentían, adicionalmente a sus jingoísmos y posturas patrióticas, íntima repulsa hacia el europeo, que, no contento con no haber tomado providencias, por las más atendibles razones que fueren, ante la posibilidad de los movimientos libertadores; con manía paternalista notoria hasta en Superiores y enviados, sin calcular las reacciones que producían, se daban el lujo de tratar sistemáticamente como a inferiores a los hijos del país. En este caso, eran de la misma raza, sangre y tradiciones que ellos, y sólo padecían deficiencias imputables a la imprevisión de sus antepasados, venidos al país con mentalidad de aves de paso, agra-

vada por falta de imaginación, incapacidad de libre crítica y neurosis de seguridad, factores productivos de tipos administrados por inercias, que necesitaban compensarse, para salvar su prestigio, con el menosprecio resentido que la mentalidad colonialista tenía por el hombre y la realidad americanos.

Finalmente, coronaban el cuadro, doctrinas y costumbres del momento que venían de allende los mares, importadas por algunos de los *redentores,* muchos de los cuales arrastraban una historia que necesitaban olvidar, y casi todos apechugaban con un esquema que deseaban exigir, aunque no encajara en las idiosincrasias locales, que despreciaban sin conocer.

Los problemas sentimentales emergentes de esta situación, influyeron más que los factores económicos en el retorno del cuarenta por ciento de los inmigrantes a sus países de origen. Por eso, muchos americanos hijos de europeos no querían a la patria de sus padres; y —como informaba un *Manual italiano de inmigración*—, en un estallido de conflicto generacional, los motejaban de *gringos.*

El proceso se repetía —y se repitió por mucho tiempo— tras los muros de las casas religiosas.[6]

Los primeros misioneros salesianos, apenas llegados al río de la Plata, percibieron esta animosidad, que atribuían a la situación política italiana, y así escribían a Turín:

> Digamos de pasada que si hasta ahora fuimos bien recibidos en el extranjero en nuestra condición de italianos, sucedió únicamente porque los extranjeros siguen considerando a Italia como a la sede del catolicismo...

"Somos extranjeros en esta tierra —confesaba Lasagna en carta del 10 de setiembre de 1895—, y debemos hacer de todo para que nos perdonen esta condición..."[7]

* * *

El obispado dio nueva fecundidad al catolicismo uruguayo. El diario *La Razón,* que naciera a fines de 1878, bajo la dirección de Daniel Muñoz, Prudencio Vázquez y Vega, Manuel B. Otero y Anacleto Dufort y Álvarez; con la expresa constancia de que era su deber —son sus palabras— "combatir por todos los medios legítimos las viejas preocupaciones religiosas, mostrando al pueblo los falsos fundamentos del catolicismo, su inicua historia, su inmoralidad presente y su ambición desmedida"; salía a la palestra con la preocupación reflejada en el ceño.

"El catolicismo —subraya, en su prosa difícil— estaba hasta hace poco en este país, si no muerto, al menos completamente desprestigiado. Componían su apostolado una docena de sacerdotes extranjeros que con muy marcadas excepciones más se preocupaban de adquirir medios de fortuna que de atender a la cura de almas. La Iglesia vivía de las mezquinas pensiones que le asignaba el presupuesto, sin brillo; regentada por un Vicario que sabía hacerse respetar por su carácter afable, sus morales consejos..., su próvida caridad... Pero de repente, aprovechando circunstancias que no es del caso enumerar..., emprende una campaña empeñosa para ponerse de nuevo en auge..." [8]

Y no se trataba de simples fantasías periodísticas. Algo nuevo estaba germinando.

El trabajo de hormiga del Vicario Apostólico, abonado por una virtud templada en la persecución y el destierro, comenzaba a rendir sus frutos.

Mucho había sufrido monseñor Vera. En los días previos a su elección como vicario apostólico de Montevideo —ocurrida el 26 de mayo de 1859—, la difamación oral y escrita, ventilada en tribunales civiles, había babeado y mordido sus carnes y su ánimo. Luego, siguió el destierro de los Jesuitas, sus educadores; el conflicto y expulsión de franciscanos levantiscos, en 1860; las honras fúnebres del masón Jacobson, en 1861, y sus desproporcionadas consecuencias, y finalmente, la rebelión contra el Obispo del Cura de la Matriz, con desafortunada intervención gubernamental, que produjo el destierro del propio Vicario, decretado el 7 de octubre de 1862.[9]

Pero la siembra, regada con traspiración y lágrimas, comenzaba a florecer. Los Jesuitas, los Bayoneses, los Capuchinos y los Salesianos, tomaban posición en la trinchera. Las nuevas obras de apostolado se abrían en primaveral abanico.

Los seminaristas que emigraron a Buenos Aires, cuando la expulsión de los Jesuitas (Inocencio María y Rafael Yéregui, Manuel Madonga y Esteban de León), y los que ingresaron en el Seminario de Santa Fe (Mariano Soler, Ricardo Isasa, Norberto Betancur, Nicanor Falcón, Gil Sánchez e Ignacio Torres) —algunos de los cuales coronaron su carrera en el Colegio Pío Latino Americano de Roma—, ya remozaban la sangre de la diócesis. Y el Obispo, en labor pionera, amelgaba el interior del país con sus incomparables *misiones*, y en los surcos frescos multiplicaba las parroquias; despertaba la opinión nacional; promovía el ingreso de nuevas Órdenes religiosas; daba vida a hermandades y cofradías; alentaba la buena prensa, representada de 1870 al 75

por *El Mensajero del Pueblo;* fundaba el Club Católico y el Liceo de Estudios Universitarios, dirigido por el doctor Mariano Soler, y fomentaba las escuelas católicas: de los Padres Bayoneses, de los Capuchinos, el Colegio Italiano, el San Vicente de Paúl, y el San José, del señor Vanzini.

* * *

Más o menos en este momento —precisamente, el 13 de diciembre de 1875—, desembarcaba en Montevideo, de paso para Buenos Aires, el doctor Juan Cagliero, jefe de la primera expedición de salesianos, que venía a instalarse en la República Argentina.

Refiere don Cesare Chiala, en su versión de *Lettere dei missionari salesiani:*

> El 12 de diciembre, a las siete de la tarde, anclamos en el puerto de Montevideo, y el 13, mañana bellísima, con los primeros rayos del Sol naciente se nos apareció la ciudad.

Cagliero aprovechó la escala del *Savoie,* y trató de cumplimentar al Vicario Apostólico. No pudo ser, porque el Obispo peregrinaba por la campaña, en una de sus abnegadas *misiones.*[10]

Conversó, sin embargo, con el cura de la Matriz, don Inocencio María Yéregui. Del intercambio de cortesías, ambos extrajeron sus conclusiones. Yéregui pensó en la utilidad que prestarían los Salesianos al Uruguay, y Cagliero sintió un inmenso deseo de poner remedio, en el límite de sus posibilidades, a la situación afligente que le desenvolvían ante los ojos.

Por eso, "prometió a Yéregui ayudarle a fundar un colegio..., siempre y cuando Montevideo acertara los medios necesarios para implantarlo".[11]

* * *

Mientras tanto, y durante la visita a la ciudad, los otros salesianos expedicionarios tropezaron con un boticario piamontés, Francisco Brin, que les confirmó la dura realidad: Montevideo no disponía de un solo colegio religioso con internado. Tan así era, que él, en desahogada situación económica, se sentía obligado a enviar sus hijos a estudiar a Italia. Ya había internado a dos de ellos en Valsálice, y estaba preparando las maletas de otros dos para el próximo otoño.

La sensibilidad pastoral de los jóvenes Misioneros se conmovió íntimamente. "¿No se dignará Dios disponer —comentaba don Valentín Cassini— la fundación de algún colegio en una

ciudad de tan halagüeñas esperanzas? Dios quiera corresponda a los Salesianos la felicidad de abrir un colegio en Montevideo..." [12]

* * *

La correspondencia de los Misioneros nada dice de la entrevista que mantuvieron Yéregui y Cagliero; más bien, dedican amplios espacios a descripciones periodísticas, como las de un saladero, o las de las antiguas Misiones jesuíticas, o anotan pormenores familiares, como el encuentro del padre Baccino con dos de sus hermanos en el momento de la partida, y la recepción de cartas enviadas desde San Nicolás por el padre Ceccarelli.

El dato preciso, con el resumen de los hechos, lo ofrece principalmente la Crónica del Colegio Pío, anotada de puño y letra por el padre Lasagna. Aunque ésta fue compilada bastantes años después, todas sus afirmaciones quedan abonadas por documentos que iremos citando.

"El reverendísimo señor Yéregui —anota Lasagna— aceptó la promesa [de Cagliero] con gran satisfacción y gratitud..., y apenas retornó monseñor Jacinto Vera, que se hallaba lejos de la capital ocupado en predicar una de esas *misiones* que llenaban la mayor parte de su santa vida, le habló con vivo interés...

"Habiendo pensado y rezado mucho, creyeron que providencialmente se presentaba la oportunidad de aprovechar un ofrecimiento de los señores Lanús, Lezica y Fynn..."

Del *ofrecimiento* hablaremos luego. Digamos ahora que don Enrique Fynn, uno de los oferentes, aceptó en principio los planes del Obispo, y ambos decidieron llamar a Cagliero. Así fue como el 7 de enero —veinticinco días después de la visita de los salesianos— el padre Rafael Yéregui, secretario del Vicario Apostólico y hermano del Cura de la Matriz, enviaba una carta al padre Ceccarelli, cura párroco de San Nicolás de los Arroyos, con ruego de entregarla "al Superior de los PP. Salesianos" de San Nicolás. La misiva —fechada en Montevideo, y el 7 de enero de 1876— decía textualmente:

R. P. Superior de los PP. Salesianos
San Nicolás

R. P. de mi especial consideración:

Desde el momento que pasó V. R. con sus compañeros por esta ciudad y supimos por la conversación que tuvo con mi hermano el Sr. Cura de la Matriz, que sería factible el establecimiento de los PP. Salesianos en esta República del

Uruguay, nos hemos apresurado a practicar diligencias para que esa posibilidad se convierta en realidad.

Para ello nos han movido los honrosísimos antecedentes que tenemos de la Congregación a que V. R. pertenece, unidos al deseo de llenar una necesidad urgentísima y grave que existe en esta República. Me refiero a la educación de la juventud.

Grande es, en verdad, la necesidad del establecimiento de Colegios que a la vez de proporcionar a la juventud una sólida y completa educación según las diversas carreras a que se encamina, la forma a la virtud por la enseñanza y la práctica de los deberes católicos.

Existe en el Departamento de Montevideo a un cuarto de hora de distancia en ferrocarril en el centro de una población nueva y de verdadero porvenir un edificio construido expresamente para Colegio, con una iglesia pública unida al mismo Colegio. Los propietarios de ese Colegio queriendo establecer en él una educación sólida y católica, desearían que la Congregación de los PP. Salesianos aceptase la donación que bajo muy buenas condiciones hacen del establecimiento y terrenos sitos en la misma población.

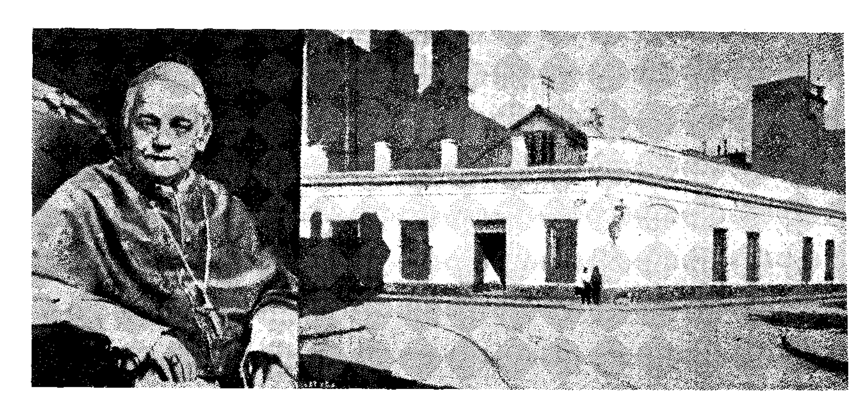
Excuso encarecer a V. R. el mucho bien que reportaría a la juventud de este país el establecimiento de los PP. Salesianos, que estoy persuadido serían pronto llamados a establecerse en otros puntos.

El Sr. Obispo y Vicario Apostólico de esta República cuyo secretario soy, se interesa vivamente en que se realice este pensamiento y me encarga diga a V. R. que no sólo vería con mucho gusto el establecimiento y propagación de los PP. Salesianos en esta República, sino que por su parte les dispensaría toda la protección que le fuera posible.

Considero a V. R. muy recargado de atenciones; sin embargo, en nombre del bien de la juventud católica de esta República y con el deseo de que con la demora no se malogre tan buen pensamiento, me atrevo a pedir a V. R. que haciendo un pequeño paréntesis a sus ocupaciones, venga lo más pronto que le sea posible a Montevideo a fin de enterarse de todo, ver el local y edificio y resolver lo que juzgue conveniente.

Según entiendo, V. R. ha de pasar por acá dentro de algunos meses, pero creo que sería conveniente antes su presencia en ésta, pues que en la actualidad podrían obtenerse ventajas que acaso no se consigan después, y por otra parte la demora creo que malograría el éxito de una fundación tan útil para el país y de tanta importancia para el bien de la religión.

El obispo monseñor Jacinto Vera y Durán. A la derecha, la esquina frente a la plaza Zavala, donde habitaba.



EN MONTEVIDEO, EL 26 DE DICIEMBRE DE 1876

Facsímil del anverso de la carta de presentación que don Bosco envió al obispo por medio de Lasagna.

Quiera V. R. aceptar las expresiones de mi especial consideración y ordene a este S. S. S.

RAFAEL YÉREGUI.

No conocemos la respuesta de Cagliero; pero la inferimos de una carta que él mismo enviara a don Bosco desde San Nicolás, y de nuevas instancias de Yéregui en Montevideo, fechadas el 24 de febrero de 1876, y dirigidas al presbítero doctor Pedro Ceccarelli, en la "Casa Vº de S. Nicolás", como consta en el encabezamiento. Luego, prosigue don Rafael:

> Mi amigo: agradeciendo y aceptando sus finos ofrecimientos, pido a Ud. se sirva entregar al P. Cagliero la adjunta.
>
> Espero también que así que se determine dicho P. a venir, Vd. se sirva proporcionarle los medios necesarios avisándomelo oportunamente para satisfacérselos.
>
> Mucho deseo ver establecidos por acá a los PP. Salesianos.
>
> Mande a S. S. S. y Amº
>
> RAFAEL YÉREGUI.

La carta *adjunta*, mencionada por el padre Yéregui, está dirigida al "R. P. Juan Cagliero, Superior de los PP. Salesianos en S. Nicolás de los Arroyos",[13] y en ella dice el Secretario firmante:

> Recibí su estimada fha. 22 de Enero ppdo. en la que me da la grata noticia que acepta la invitación para el establecimiento de los PP. Salesianos en este Vicariato.
>
> El establecimiento que se ofrece en donación es un Colegio con iglesia pública construido en Villa Colón a distancia de un cuarto de hora de ferrocarril de Montevideo. La posición es excelente.
>
> Se hace necesario que V. R. se tome la molestia de venir a Montevideo lo más pronto posible para conferenciar con las personas interesadas en esta donación; pues están muy bien dispuestas las Srtas. que intervienen en este asunto.
>
> No ha sido posible escribirle antes por cuanto había necesidad de allanar algunas dificultades que había de por medio.
>
> Sin más, me repito de V. A. S. S.
>
> RAFAEL YÉREGUI.

* * *

La proposición de Yéregui constaba concretamente de dos fases. La primera —el establecimiento de un colegio religioso— respondía al deseo permanente del Vicario Apostólico de fundar un seminario y un colegio superior universitario, para la formación de

la clase dirigente del país. Este deseo parecía una veleidad, desde que, desterrados los Jesuitas, carecía del apoyo necesario para lograrlo. Ya en diciembre de 1859 confesaba monseñor Vera, en carta al cardenal Antonelli:

> Respecto a las reformas del clero, que reclama este país como una necesidad imperiosa, me falta el primer elemento que es el clero nacional. Ése no existe, y hay mucha imposibilidad de crearlo. Faltan maestros... Los únicos en que podíamos acá fundar la esperanza de conseguir este porvenir son los RR. PP. de la Congregación de Jesús. Pero tuvimos la desgracia de perderlos, a principios del año actual en que fueron arrojados del país por un decreto del Gobierno, y aunque ese decreto pienso que quedará destruido dentro de poco, es tan escaso el personal de estos dignos PP. que les es imposible...[14]

En 14 de noviembre de 1863, el Vicario Apostólico implora al Padre Santo interceda ante los Superiores Jesuitas, ya que "cinco o seis Padres de la Compañía de Jesús que se estableciesen en esta tierra, formarían un plantel de educandos de grandes resultados..."

Siempre en el plan, en 1865 fomenta el Vicario la organización de una asociación de caballeros que prohíjen el establecimiento de un gran colegio, "con capacidad para un crecido número de alumnos, cuya dirección será confiada a ilustrados profesores jesuitas".

En octubre del mismo año, monseñor Vera invita a su clero a contribuir pecuniariamente "al establecimiento de los PP. de la Compañía de Jesús entre nosotros". Inicia la colecta con $ 2.000, y nombra al efecto una comisión de sacerdotes, integrada por los presbíteros Inocencio María Yéregui, cura de la Matriz; Martín Pérez, rector de San Francisco; José A. Castro, vicario de San Agustín; José Letamendi, vicario de Mercedes; Joaquín H. Moreno, vicario de San Isidro; Santiago Estrázulas y Lamas, protonotario apostólico, y Santiago Osés.[15]

Finalmente, llegaron los Jesuitas en 1872; pero, por escasez de personal, no pudieron organizar ni el colegio, ni el seminario. Monseñor Jacinto Vera volvió entonces los ojos a los Padres Bayoneses, sacerdotes de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, que, bajo la dirección del padre Juan Harbustan, se habían establecido en Montevideo el año 1861. Pero tropezó con la misma insalvable dificultad: falta de personal religioso.

En ese momento despuntó en el horizonte la posible solu-

ción salesiana, juntamente con una oportunidad interesante: el nacimiento de Villa Colón y su colegio.

* * *

Los terrenos —destinados por la sociedad Cornelio Guerra Hermanos (Cornelio, Adolfo y Alejandro) y Compañía a la fundación del *pueblo de recreo,* denominado Villa Colón— están ubicados en la orilla oeste del arroyo Pantanoso, conocido atolladero de caballos y carruajes, situado tres leguas al norte de la ciudad de Montevideo.

De acuerdo con la mensura practicada por el agrimensor de número Pedro d'Albenas en octubre y noviembre del año 1868, la superficie total medía 312 hectáreas, 55 áreas y 94 centiáreas. (En una de sus cartas, el padre Cagliero arriesgará el cálculo aproximado de siete kilómetros cuadrados.)[16]

El amanzanamiento diseñado en esa ocasión —treinta y dos parcelas— empezaba, a partir del extremo oeste, desde la actual calle Peabody, y avanzaba seis cuadras hacia el este, para concluir en forma irregular en las inmediaciones del Pantanoso. El vínculo de la Villa con la ruta que iba de Montevideo a Las Piedras, lo constituía la así llamada *avenida Principal;* es decir, Isabel la Católica. Nacía ésta en el portón que la separaba de la carretera, y enderezaba hacia el oeste, cruzaba el Pantanoso sobre un puente de altos parapetos, y desembocaba sesgada, en ángulo obtuso, en la arteria central de la Villa, la Pérez Marchena, que actualmente se llama Lezica.

El 1º de diciembre de 1872, los Guerra remataron veinte lotes. Sobre nuevos planos, aparecían doce manzanas más que las primitivas. Pero, apremiados por dificultades económicas, decidieron vender en bloque la totalidad de la Villa, y el 16 de enero del año siguiente, 1873, la sociedad Lezica, Lanús y Fynn adquirió todos los derechos.

Estos señores —Ambrosio Plácido Lezica, Anacarsis Lanús y Enrique Fynn— eran muy conocidos en plaza. Se habían asociado en 1867 para construir, entre otras cosas, las aguas corrientes de la ciudad de Montevideo, y el 18 de julio de 1871 habían inaugurado el acueducto.[17]

Como buenos comerciantes, decidieron valorizar los terrenos, y los dotaron de atrayentes mejoras. Instalaron la administración —según datos del padre Montero y Brown— en lo que es hoy la granja de Humberto Pittamiglio, y se la entregaron a don Jacinto de Vargas. Había allí parrales, jardines, plantaciones de

tabaco... y dos inmensos palomares con millares de alas blancas, que, espantadas, nevaban el cielo. Tal era el espectáculo —en esos tiempos, la capacidad de asombro era muy grande—, que el propio gobernador Latorre se acercó una tarde hasta la Villa, para admirar el desbande en los palomares.

Instalaron una línea de tranvías tirados por caballos, que unía la estación del Ferrocarril Central del Uruguay, en Colón, con la plaza de la Villa. Del ferrocarril al Portón tendieron rieles de hierro, y del Portón hasta la plaza se arreglaron con rieles de madera dura. La facilidad del trasporte y una hábil propaganda, convirtieron el lugar en meta obligada de las excursiones de las principales familias de Montevideo.

A poco llegó de Francia, especialmente contratado, un experto jardinero, que racionalizó la forestación, y convirtió a la Villa en jardín. El millón —así decían— de eucaliptos que bordeaban los caminos, quedaron, aquí y allá, salpicados de acacias y aromos. Hasta el Pantanoso, vestido de fiesta, gozaba con su orla de sauces llorones besando las aguas.

Las dos fracciones de la plaza Colón —hoy, 12 de Octubre— vieron nacer en el medio, regias fontanas rodeadas de macizos multicolores: alhelíes, pensamientos, jazmines, rosas..., embalsamaron el ambiente de aroma y de color.

Dos cuadras al oeste de la plaza, y en el lote número 4 —delimitado por las calles Pérez Marchena, Guanahaní, Wáshington y Veraguas—, se echaron los fundamentos de una iglesia. A sus lados comenzaron a crecer con ella dos salones con altos, destinados a *escuela superior.*

En mayo de 1874, por medio de don Emilio Romero, solicitaron a la Sociedad de Amigos de la Educación Popular un proyecto de plan de estudios. El pedido produjo el conocido informe de José Pedro Varela.[18]

Don Enrique Fynn era concesionario de las canteras situadas entre Colonia y Carmelo, y disponía de grandes cantidades de granito rosado. Paredes y columnas de salones e iglesia se vistieron de piedra. La iglesia la dedicaron a santa Rosa de Lima, se dice que en homenaje a la señora de Lanús.

Las convicciones católicas de don Enrique Fynn hicieron de tal manera que, aunque muchos merodearan la presa, iglesia y colegio le fueran ofrecidos a monseñor Vera.

*   *   *

Mientras el Obispo seguía en sus cavilaciones, y trataba de lograr la colaboración de Jesuitas, Bayoneses o Salesianos, la sociedad proseguía en el cumplimiento de sus planes. Un buen día, don Jacinto de Vargas —administrador de la Villa, a quien los visitantes llamaban pintorescamente *el gobernador*— se puso al habla con monseñor Santiago Estrázulas y Lamas, y resolvieron de común acuerdo inaugurar la iglesia de Santa Rosa un domingo cuya fecha no podemos precisar. ("No he hallado constancias —anota el padre Montero— de que la iglesia fuera bendecida, ni de quién le nombrara titular.")

Se fijó en la administración un aviso, en el que se comunicaba la noticia. Se encargó al soldado que oficiaba de guardia civil de la Villa, que invitara a todos los arrendatarios, y les notificara que la ceremonia sería anunciada por la campanita de la administración. (Es curioso notar que el soldado, Rufino Rodríguez, años más tarde profesó en la Sociedad Salesiana, y llegó al sacerdocio.)

El domingo, desde la torrecita de la granja Pittamiglio, la vieja campanita que había pertenecido al *Tacora,* un barco encallado en las costas uruguayas, tintineó su mensaje. Y a las ocho, monseñor Estrázulas iniciaba la primera misa del lugar. Le ayudaba el secretario de la administración, don Emilio W. González.

De la acacia que sombreaba el frente de la iglesia arrancaron una ramita, para *hisopo* de las bendiciones... El altar portátil y los ornamentos que trajera Monseñor, quedaron en la capilla, todavía desmantelada. Y desde entonces, todos los domingos venía de Montevideo, en veinticinco o treinta minutos de tren, un sacerdote español, que Emilio W. González trasladaba en tílburi de la estación a la iglesia, para celebrar, y desde la iglesia hasta la administración, para tomar el desayuno.

Colmaban la capilla los primeros feligreses: familias de Uriarte, Guerra, Horne Palomares, Fynn, Barreto Shaw, Evans, Castellanos, etcétera.[19]

El 4 de mayo de 1876, el padre Cagliero escribe a don Bosco desde Buenos Aires:

> El lunes 8 parto para Montevideo, donde el Obispo me suplica que acepte el nuevo colegio de Villa Colón, cerca de la ciudad, y que será contemporáneamente, según me comentaron los Padres Jesuitas y otros, seminario menor. Me parece que llegaremos a algún acuerdo...

Y añade, con su chispeante buen humor:

> Si esto ocurre, deberá preparar Ud. otra compañía dramática. El 20 de los corrientes espero escribirle acerca del resultado de la entrevista.

Ya en Montevideo, el Obispo lo alojó amablemente en su modesta casa de la calle Ituzaingó, a la que Cagliero llama *palacio episcopal.* Las visitas, conversaciones, estudios y demás trámites previos a la fundación del colegio, demandaron más de quince días.

Monseñor Vera asistió a los primeros parlamentos. Luego, emprendió una misión rural de las que siempre tenía programadas, y dejó todo en manos de Rafael Yéregui, vicario general y secretario.

Cagliero se impuso inmediatamente de la realidad uruguaya, tanto en el aspecto civil, como en el eclesiástico y económico.

El angustioso panorama lo conmovió de tal manera, que aceptó en principio regentar un colegio salesiano en la diócesis. Por eso, su carta a don Bosco del 24 de mayo comienza con un exabrupto, y dice:

> Le escribo desde la capital de la República Oriental del Uruguay para decirle que prepare personal y para el nuevo colegio de Villa Colón.[20]

Y como para disculparse, añade:

> ... debería haberlo consultado antes de decidir, pero las necesidades y el consejo del Vicario Apostólico, del secretario episcopal y vicario general y de todo el clero me empujaron a aceptar inmediatamente "en el nombre del Señor", como paso a explicarle enseguida...

Claro que la pena no le había nublado el entendimiento. Y así añade más adelante:

> Visité el colegio dos veces, y lo hice con todo detenimiento. *Lo trovai una vera belleza. Il luogo è deliziosissimo...*[21]

A pesar de que don Enrique Fynn creía que podía contener unos doscientos internos, Cagliero, más habituado al oficio, calibra su capacidad en no más de ciento veinte alumnos; cifra, como veremos luego, más próxima a la realidad.

Por otra parte, no habiendo iglesia alguna en las cercanías, ni previsión de que la hubiera en diez o quince años, era necesario pensar en la instalación de un párroco o equivalente.

Cagliero ya se había trazado el cuadro de obligaciones que

debía asumir, cuando se iniciaron las negociaciones formales con el Obispo y los presuntos donantes. Por todos ellos actuaba don Enrique Fynn. Las gestiones fueron laboriosas; porque don Enrique —dice la Crónica del Colegio Pío— pretendía imponer, con la donación, onerosos gravámenes, que maniataban a la Congregación, y disminuían su capacidad de maniobra. Pero al fin, conversando, se entendieron.

El señor Fynn quería, por lo menos, tener derecho, no sólo a exigir un cierto número de alumnos gratuitos —los de la Villa—, sino, sobre todo, a intervenir en su admisión y gobierno. Además, como buen comerciante, no deseaba realizar una donación lisa, llana e indefensa, sino que quería establecer una *Obra piadosa,* liberada, por lo tanto, de toda carga impositiva, y asegurada, en orden a la propiedad, por una cláusula adicional que estableciera que, en caso de que los Salesianos la abandonaran, debía tornar a sus dueños primitivos o sus sucesores. Sabía muy bien don Enrique de la voracidad e inestabilidad gubernamentales, y quería desalentar preventivamente cualquier esperanza que pudieran abrigar ciertos grupos masónicos.

Después de largas conversaciones, llegaron a un acuerdo de caballeros. Dice Cagliero, en la carta citada:

> [Fynn] cedió en todo con una sola condición: de que el establecimiento no se utilice, sino para un colegio de *enseñanza superior.*[22]

Este *ceder en todo,* sin embargo, debe entenderse como transigir en aquello que los Salesianos estimaban incompatible con la libertad necesaria para ejercer pacíficamente su apostolado, o sea que Cagliero exigía:

1º) Que "la Sociedad donara y entregara el dominio absoluto del edificio y de las 40.000 varas cuadradas de terrenos circundantes". Salvado esto, el señor Fynn y sus amigos podían buscar la forma legal más adecuada a las vicisitudes locales;

2º) Los Salesianos, mejor que "instituir puestos gratuitos para ser llenados por la Comisión..., recibirían gratis en cualidad de externos a hijos de inmigrantes pobres distinguidos por su piedad y estudio".

Cagliero no era hombre de dejarse *manear.*

Pero la cosa no acababa ahí. Todo estaba muy bien, y la voluntad de las partes era excelente; pero quedaba el rabo por desollar. Los Salesianos no tenían un centavo para los gastos de instalación, o sea traslado de personal, mobiliario, adaptación

órganica de locales, mantenimiento general y humano; ni lo tendrían hasta que el establecimiento dispusiera de recursos propios, asunto del que también se conversó.

Y continúa Cagliero en su carta:

> Inmediatamente se formó una comisión presidida por D. Rafael Yéregui y otro caballero [don Félix Buxareo], dispuesta a enfrentar la responsabilidad de los gastos de instalación y mantenimiento, hasta que el colegio caminara solo.

Y como hombre ejecutivo, añade:

> Por eso, de acuerdo con mis indicaciones, ya se han encargado de cercar el cuadro con una tapia de 800 varas; proveer de moblaje y utensilios a clases, habitaciones, cocina e iglesia, y pagar los gastos de viaje al personal [que venga de Italia]...
>
> En resumen, están dispuestos a todo, con tal que los Salesianos se establezcan en el Uruguay.

Es que, como dice más adelante, no sólo

> esperan de nosotros maravillas..., sino que he oído decir que existe el riesgo de que la sociedad [Lezica, Lanús y Fynn] pueda quebrar, y que los francmasones (encumbrados en la enseñanza oficial) se apoderen del lugar..., en el que habían proyectado colocar su colegio.

En la misma carta aparece enseguida la *preocupación salesiana* de Cagliero. Don Bosco les había inculcado hasta la saciedad el concepto de que si su misión era salvar almas, su campo específico debían ser los jóvenes, y de éstos, preferiblemente los más abandonados, los que menos podían valerse solos... Para salvar a esos pobres muchachos —decía el Santo Fundador— no bastaba educarlos religiosamente, sino que "había que formarlos aptos para ganarse honradamente la vida". Intuía don Bosco que las ocasiones colectivas de pecado —como el hambre, la miseria, la ignorancia, la inferioridad permanente...— eran tan peligrosas como las ocasiones personales. De ahí que entre sus métodos más notables de regeneración religiosa y humana, estuviera la adecuada promoción social del mundo del trabajo.[23]

Por eso, Cagliero anota incontinenti en su carta:

> Hecho esto [establecidos en el Uruguay], pensaremos en un Colegio de Artesanos en el centro de Montevideo...

* * *

Cuando se trató de realizar la trasferencia de bienes de la Compañía a la Sociedad Salesiana, surgió un inconveniente imprevisto: la certificación de libre deuda.

El gobierno del coronel Latorre había dejado sin efecto el contrato de compraventa de la Empresa de Aguas Corrientes, celebrado en 1875 por su antecesor, el presidente Varela. Esto produjo a la Compañía —Lezica, Lanús y Fynn— un notable quebranto; y como sus capitales estaban integrados por prestamistas ingleses, se promovió una reclamación diplomática. Latorre la rechazó, desde el momento —decía— que los inversores tienen "paladinamente abierto el camino de los tribunales". Fue entonces cuando la Compañía cortó los servicios que prestaba; y el Gobierno la compulsó militarmente a mantenerlos.[24] Este proceso comienza a entorpecer el trámite de escrituración, que va a peregrinar largos meses.

* * *

Cagliero decide retornar a Buenos Aires; pero previamente extendería ante la vista de don Bosco, en la carta ya comentada, una planilla de necesidades. Después de anotar que el Colegio Pío es un hermoso y salubre lugar para los salesianos enfermos, señala con picardía que puede resultar "un refugio en el caso de que nos aquejasen problemas serios en la Argentina". Luego subraya que "deberá abrirse en enero"; al menos, el elemental inferior, porque los padres, luego de un mes de vacaciones, "*quieren librarse de sus niños*": El ciclo superior bastaría inaugurarlo en marzo. Por lo tanto, se necesitan:

> un director; al menos, cuatro maestros, y cinco coadjutores, o sean un ecónomo, un cocinero, un jardinero, un portero y un mayordomo...
>
> Sería de suma importancia que el director fuera un doctor en letras, ya que aquí el doctorado es cosa rara y mercadería preciosa, que mucho influye en la opinión pública. Los maestros es mejor que sean sacerdotes, porque deberán ejercer su ministerio en la iglesia, ya que Colón está lleno de veraneantes y no tiene un solo sacerdote...

* * *

Vuelve Cagliero a Buenos Aires, y se sumerge en su interminable actividad; pero siempre mantiene el oído alerto y dirigido a Montevideo.

En otras cartas baraja nombres.

Tamietti sería un buen director: "tiene garbo y es flexible de la espina dorsal, cosas indispensables en estas tierras..."

Y mientras va machacando en las obligaciones que asume y en las necesidades consiguientes de personal, tiene una ocurrencia feliz:

> Yéregui y don Félix Buxareo, a la cabeza de la comisión, piden una bendición del Padre Santo para el nuevo Colegio. El Papa amó y ama mucho a Montevideo.[25] ¿Podríamos llamarlo Colegio Pío de Villa Colón? [26]
>
> Escríbame sobre los nombres que debemos poner al Hospicio [de Buenos Aires] y a este Colegio... Para las Hermanas aún no he hallado nido...

Insiste, además, en que necesita dos sacerdotes y dos coadjutores para setiembre; pero le advierte a don Bosco que si para julio no recibe los pasajes del personal que debe enviarle, puede respirar unos meses.

El 2 de julio pretendía "un *Tomo* para Montevideo..." Pero el 19 del mismo mes, ante las nuevas noticias, Cagliero da la partida por perdida:

> A esta hora ya habrá recibido la aceptación del Colegio de Villa Colón. Se verá usted en figurillas para preparar el personal. Por eso vengo ahora a sacarlo del empacho. La Sociedad que nos ofrecía en propiedad y donación aquello, *amenaza quebrar.* Y con toda su buena voluntad, están inhibidos por los acreedores para hacer este acto de donación legal. Yo hablé y solicité una decisión. La cosa está en manos de los abogados. Es probable que con el tiempo se haga. Por ahora, no. Entre tanto, nosotros tomamos aliento. La Comisión de la que es presidente, en nombre del Prelado, el padre Yéregui, está apesadumbrado por esto, y busca el modo de remediar el lamentable incidente. Yo les he dicho que en setiembre el Superior General distribuirá el personal para todas las Casas..., pero que, luego de lo sucedido, yo le escribiría que suspendiese el de Villa Colón. Puede darse que le escriba pronto sobre esto mismo. ¡Parece mentira los tiempos que corren! Las casas más fuertes se vienen abajo. El curso forzoso de la moneda redujo a la miseria al comercio, y el *patacón,* que hoy vale cinco francos, mañana vale sólo cuatro... No me extrañaría que sucediese un *patatrac.* Los hierros están candentes, el odio al Gobierno es excesivo. El otro día faltó poco para que el Presidente y su Primer Ministro fuesen víctimas de una pedrea... ¡Son republicanos!

Pero en agosto levanta el ánimo. Habla de dos cartas llegadas de Montevideo, en las cuales lo invitan al acto notarial, y le recuerdan la urgencia de elegir el personal necesario.

> Haré un paseíto de quinientas millas... Queda anulada la carta fechada en San Nicolás que le envié el 20 de julio [ésta es del 4 de agosto], en la que le decía de suspender hasta nuevo aviso el personal para Montevideo... A lo menos [necesito] dos individuos como Tamietti y Bruna..., para completar los ocho que le pedía.

Y sigue revolviendo nombres:

> Para Colón ¿Daghero mejor que Tamietti? Usted sabe mejor que yo...

Mientras tanto, el 1º de agosto don Bosco responde:

> Para Villa Colón, si algo se concluye, mandaré como director a D. Daghero o a D. Tamietti o a D. Lasagna o a D. Belmonte, todos doctores en letras, menos Belmonte, que lo es en filosofía...
>
> El Padre Santo sintió gran alegría al saber la noticia de la fundación de un colegio católico en el Uruguay, y agradeció mucho que lo llamaran *Colegio Pío.* Envía su bendición apostólica para la obra, para quienes la promueven, y para los que quieran cooperar con ella.[27]

Pero las brevas no maduraban. El 4 de setiembre vuelve a escribir Cagliero:

> Más fastidios: en Montevideo, malgrado la buena y santa voluntad de todos, todo marcha lentamente. Espero cartas de un momento a otro. Cada retardo por la *bendita escritura* me da fastidios, pues debo postergar la inauguración, que debe ser en enero y marzo [para alumnos primarios y secundarios, respectivamente]. Les he enviado la bendición del Padre Santo: puede ser que ella ponga aquello en movimiento.[28]

Todo en marcha..., y nada concluido. El dinámico padre Cagliero, sobre ascuas, comunica a don Bosco:

> ... no le puedo fijar la fecha de la partida [de los salesianos para Buenos Aires y Villa Colón], pero tengo esperanzas de que antes de Navidad ya estén en viaje...

Y en la misma carta, ruega al Santo Fundador que haga estudiar castellano a los *mittendi et mittendae.*

Pero las cosas mejoran de golpe, y el 15 de setiembre debe comparecer como mandatario de don Bosco ante el escribano público Carlos Casaravilla. Don Enrique Fynn representa legalmente a la Sociedad Lezica, Lanús y Fynn, que "dona en perpetuidad al Superior de la Congregación Salesiana de Turín, don Juan Bautista Bosco",[29] el terreno y edificación, "con destino a colegio e iglesia", según plano firmado por el agrimensor Fermín C. Yéregui. La escritura fue extendida con fecha 21 de setiembre de 1876.

* * *

Mientras tanto, don Bosco trabajaba en firme. Lo prueba el testimonio de don Francisco Cerruti, director del colegio salesiano de Alassio:

> Siempre recuerdo la escena que se me ofreció a la vista una tarde de setiembre de 1876. Estábamos paseando por el patio del viejo colegio de Lanzo, cuando vi a Lasagna todo consternado y lloroso.
>
> —¿Qué tienes? —le pregunté.
>
> —Acabo de salir del cuarto de don Bosco... —respondió.— Me propone marcharme a América, como director del nuevo colegio de Villa Colón. Al oponerle yo dificultades y objeciones, me respondió que a la fuerza nunca me mandaría..., pero me dejó un plazo de veinticuatro horas para reflexionar, antes de responder...
>
> "¡Por amor de Dios —prosiguió Lasagna—, mi querido señor director, abogue usted por mí ante don Bosco! Siento harta repugnancia a dejar la casa de Alassio, mis discípulos, mi país. Estoy dispuesto a enseñar aunque sea en la primera elemental; pero con usted y en Alassio. Además, soy aún muy joven e inexperto para desempeñar el papel de director... Y ¿por qué motivo, enfermo como estoy, he de ir a morirme solo y desconsolado a miles de leguas de don Bosco, del santuario de María Auxiliadora y de mi patria?...
>
> —Oye, querido Lasagna —le respondí—; sabe Dios cuánto me apesadumbra, por mí y por el colegio de Alassio, donde has hecho tanto bien, tu partida para América. Mas no quedaríamos tranquilos ni tú, ni yo, si en este trance no acalláramos la voz del sentimiento, para escuchar la del deber. No me atrevo a influir para que permanezcas en Alassio: paréceme que sería cargo de conciencia... Si don Bosco te ha hecho tal proposición, tendrá sus motivos y fines particulares, y sería desacertado resistir...
>
> "Oye, vuelve a él, y díle..., o más bien repítele tus dificultades, tu repugnancia, tu lucha interna, y luego déjalo

disponer lo que crea más conveniente para la gloria de Dios y el bien de tu alma.

Al día siguiente, Lasagna volvió más tranquilo y resignado.

—Hice —me dijo— cuanto usted me aconsejó. Don Bosco, después de oírlo todo, repuso: «Bueno; prepárate para partir...» Y yo —concluyó don Lasagna— partiré.[30]

Unos días después, trasmitió a don Bosco su aceptación escrita.[31]

* * *

Mientras tanto, la Comisión uruguaya, permanentemente acuciada por Cagliero, siguió conduciéndose con real eficacia. Y el 2 de octubre de 1876, Yéregui le comunicaba resultados:

Mi amigo: esperando poder darle buenas noticias. Respecto á los pasages[32] no le he escrito antes; pero hoy que tengo su estimada debo contestarle.

Recién á principios de la última semana supe por el Sr. Fynn que no era posible arreglar el asunto de los pasages ni con la Compañía Francesa ni con la de Lavarello. En vista de esto, he practicado nuevas instancias con el Sr. Gobernador quien me ha prometido arreglar el asunto ó contribuir con una cantidad para los pasages. Acaso hoy obtenga la contestación definitiva.

Como V. R. comprende, no es de despreciar la cooperación del Gobierno en este asunto principalmente en las actuales críticas circunstancias.

Aunque algo he hecho respecto á preparar los elementos necesarios para la instalación del Colegio, sin embargo, creo conveniente arreglar ante todo el asunto de los pasages. Estas contradicciones lejos de desanimarme me animan, pues comprendo como le he dicho antes que ésta es obra de Dios y por consiguiente bueno es que vaya sellada con el sello de las contrariedades.

Creo que el viage del Sr. Buxareo será en todo este mes, pero me ha dicho que ignora el día, pues que terminados algunos asuntos que lo detienen, aprovecharía la partida del primer vapor para irse. Puede mandarme las cartas de que me habla, pues es bueno que las tenga.

Si hoy sé algo definitivo sobre los pasages se lo comunicaré inmediatamente.

Me encomiendo en sus oraciones.

RAFAEL YÉREGUI.

La correspondencia sigue cruzándose velozmente. El 10 de octubre, Yéregui vuelve a responder:

Mi amigo:

Oportunamente recibí su estimada fha. 6 del corriente. En contestación le diré que con esta fecha escribo al P. Bosco enviándole la orden del agente de los vapores del Pacífico en Montevideo al agente de Burdeos para que dé diez pasages de primera en uno de los vapores que parten de allí para ésta.

Basta, pues, que el P. Bosco se ponga en comunicación con dicho agente á fin de saber el día que han de partir los PP. de Burdeos. Los pasages están dados á la orden del P. Bosco.

Juntamente le mando una letra de 1.530 francos para los gastos de viaje de Turín á Burdeos. No mando más porque no puedo. Para enviar esa cantidad *he rascado el fondo.*

Ahora nos ocupamos con D. Félix Buxareo, D. Juan Jackson y el Sr. Ingouville de arreglar lo necesario para la instalación. No le prometo grandes cosas, pero hemos de hacer lo posible por que la máquina marche, que es nuestra misión.

Yo le avisaré el momento de enviarnos el Hermano carpintero y el otro auxiliar.

Nuestro Gobernador el Sr. Latorre es el que, con la mejor buena voluntad, me arregló el asunto pasages.

No olvide de ir arreglando definitivamente el programa que ha de imprimirse. Procure hacer todo lo posible por visitarnos pronto para ver lo que ha de hacerse en Colón.

No descuide de mandar las cartas que debe llevar el Sr. Buxareo.

Terminaré haciéndole una pregunta suelta. ¿Con qué cantidad mensual y por cuánto tiempo debería contarse para sostener y dar vida á una escuela de artes y oficios?

Nada tengo hecho á ese respecto, pero deseo tener algunos datos.

Contra mi costumbre he sido demasiado extenso en esta carta.

Encomiéndeme en sus oraciones y mande á H. y A.

RAFAEL YÉREGUI.[33]

* * *

La raridad y lentitud de los vapores y de las comunicaciones, frente a la urgencia del envío de una segunda expedición de misioneros salesianos a plazo fijo, para distribuir en la Argentina y el Uruguay, mantenían a Cagliero como en brasas.

Por eso —acota Entraigas en su biografía—, escribe *telegráficamente* a Turín:

Con el *Savoie* del 20 de octubre recibirá los ocho pasajes. De Burdeos, un pagaré de 4.000 francos. Espero la caravana de Buenos Aires para mitad de diciembre. Imagino partirán con el mismo *Savoie*. Me telegrafían de Montevideo. Tenga paciencia, y provea para el pasaje de las Hermanas y los de San Nicolás. Puede servirle la Letra de Cambio de 9.000 francos de San Nicolás. Tengo aquí $ 2.000 y 3.000 de crédito para proveer a San Nicolás. Temo que todo esto se me agote a la llegada de los amigos (no confío aún suficientemente en la Divina Providencia)... Le pedía, en mi última, que partiera primero la caravana de Montevideo. Me retracto: la de Buenos Aires debe tomar la Cía. de Marsella, y la de Montevideo, la de Burdeos. El Gobierno uruguayo nos concedió diez billetes de primera, que no quisieron aceptar ninguna de las compañías del Mediterráneo.[34] Mediante compensación, aceptó la Cía. del Pacífico, con partida de Burdeos... Partan el 20 de noviembre, o a más tardar el 5 de diciembre. He pedido 2.000 francos para el viaje de Turín a Burdeos. Tengo la cabeza llena... Hemos tocado todas las teclas... Hemos obtenido para dieciocho. *Deo gratias!*

Don Bosco se las arregló. El 7 de noviembre despedía solemnemente, en el santuario de María Auxiliadora de Turín, con la emotiva ceremonia del Ritual Romano, a la segunda falange de salesianos que se desposaban con América.[35]

Enseguida partieron hacia Roma, acompañados por el mismo don Bosco. Rindieron homenaje al papa Pío IX, que los recibió en audiencia particular, y el 14 ya estaban en Génova.

Los que iban a Buenos Aires, capitaneados por el padre Bodratto, partieron en el *Savoie*. Los que se dirigían al Uruguay, a las órdenes de Lasagna, enfilaron hacia Burdeos, su puerto de embarco.[36]

El primer grupo arribó el 11 de diciembre a Montevideo. Bajaron a tierra apenas el tiempo necesario para dejar algunos equipajes destinados a Villa Colón, y debieron, por razones de horarios, reembarcarse enseguida para Buenos Aires.

[1] E. Acevedo, *Anales...*, cit., tomo IV, págs. 7 y sigs.
El presidente Pedro Varela era fruto del pronunciamiento militar que el 15 de enero de 1875 depuso al doctor José E. Ellauri. Éste gobernó durante un año, que pasó a la historia con el mote de *año terrible*.

[2] El inolvidable padre Ramón Montero y Brown, insigne salesiano uruguayo, tiene entre sus glorias literarias la de haber pergeñado un borrador inédito de *Historia de la Inspectoría*, que citaré muchas veces. El 18 de enero de 1965 escribía con letra temblorosa al padre Sabino Doldán Goyret: "La historia de la Inspectoría fue escrita en *borrador* hace años..., y quedó arrumbada... Tengo

entre manos tantas cosas, que no puedo *afeitarla* un poco..." Lamentablemente, fallecía el 1º de setiembre del mismo año. Le faltaban algunos días para coronar sus ochenta y ocho años de edad. Había nacido en Mercedes (Soriano, Uruguay), el 21 de setiembre de 1877. "Yo nací —solía decir risueñamente— el día en que nacen todas las flores..."

[3] Arturo Ardao, *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*, pág. 229 (Universidad de la República, Montevideo, 1962).

[4] Los datos eclesiásticos de este capítulo han sido confrontados en el archivo de la Curia Arzobispal de Montevideo; en la obra citada de L. A. Pons, *Biografía...*, pág. 181; en Pablo Hernández, S. J., *La Compañía de Jesús en las Repúblicas de Sudamérica* (Ed. Ibérica, Barcelona, 1914), y en Dr. José María Vidal (Salesiano), *El primer arzobispo de Montevideo, Dr. Mariano Soler*, tomo I, pág. 50 (Bibl. Urug. de Autores Clásicos) (Ed. Don Bosco, Maldonado 2125, Montevideo, 1935).

[5] Las fechas indicadas no pueden ser tomadas con carácter absoluto, ya que, por ejemplo, en el caso de don Dámaso Larrañaga, el delegado apostólico, monseñor Juan Muzzi, ante un pedido más amplio del Cabildo, que llevaba por fecha 18 de enero de 1825, le concedió facultades de vicario capitular sede vacante. Pero solamente el 15 de marzo de 1833 recibió el nombramiento de vicario apostólico, sin carácter episcopal, que Gregorio XVI le confiriera el 14 de agosto de 1832.

Cf. L. A. Pons, *Biografía...*, cit., pág. 195; Manuel Juan Sanguinetti, *La representación diplomática del Vaticano en los países del Plata*, pág. 103 (Buenos Aires, 1954); Eustaquio Tomé, *El vicariato apostólico de don José Benito Lamas* (1854-1857) (Impresora Uruguaya S. A., Montevideo, 1941).

[6] En el archivo de la Inspectoría de San Francisco de Sales (Buenos Aires) hay una carta de un Superior del Consejo Generalicio, datada a fines de siglo, en la cual lamenta amargamente que los salesianos argentinos traten de *gringos* a los italianos.

Este fenómeno de la *superioridad* y el colonialismo europeos, es mucho más complejo de lo que pueda sugerir este simple enunciado de hechos. Tenía tal arraigo en la mentalidad popular, que hasta una adivina que ofrecía sus servicios por los diarios, se promovía como *recién llegada de Europa.* (Véanse los diarios de la época, en la Biblioteca Nacional de Montevideo.)

[7] Este esquema, si es válido para sacerdotes extranjeros *celosos*, es flojo de tintas para un fenómeno que perduró hasta no hace muchos años: el de los *parce mihi*, pintoresco denominativo de una pléyade de sacerdotes extranjeros —principalmente, de la Italia meridional—, con documentación más o menos clara, pero con permiso de celebrar, que no pertenecían a parroquia alguna, y que ofrecían al mejor postor sus servicios eclesiásticos *remunerados*. El mote venía de la pronunciación romana de la palabra *parce* (parche), que en español significa lo que tales clérigos hacían, al suplir la ausencia de sacerdotes *regulares*. A ellos alude monseñor Lasagna en carta a don Rúa enviada desde Guaratinguetá el 10-IX-1895. *"Il popolino —dice— per le vie chiama i preti mercenari napoletani che vanno ai funerali, col nomignolo di* parce mihi, *cioè cataplasmi..."*

Cf. Cesare Chiala, *Da Torino alla Repubblica Argentina*, entregas 286 y 287 de las *Letture Cattoliche* (Torino, 1876). Don Cesare Chiala recopiló en un pequeño volumen póstumo las cartas enviadas por los primeros Misioneros, y que un poco *manipuladas* publicaba el teólogo Margotti en el diario *L'Unità Cattolica*, de Turín. (Ignoramos el método usado para compilar y manipular esas cartas; pero lo cierto es que, como veremos, adolecían de muchas inexactitudes.)

[8] *La Razón*, del año 1878, en la Bibl. Nac. de Montevideo.

[9] L. A. Pons, *Biografía...*, cit., y A. Ardao, *Racionalismo...*, cit.

[10] C. Chiala, *Da Torino...*, cit.

Muchos datos referentes a las gestiones del padre Cagliero para fundar el

Colegio Pío de Villa Colón, además de la consulta con los documentos originales existentes en Turín, han sido confrontados con la excelente obra intitulada *El apóstol de la Patagonia* (biografía del cardenal Cagliero), del laureado historiador salesiano doctor Raúl A. Entraigas, caps. XIX y XXIV (Ed. Apis, Rosario, 1955).

[11] Crónica del Colegio Pío, de Villa Colón.

Las crónicas primitivas del Colegio Pío, celosamente guardadas en su archivo, constan de varios volúmenes que reconocen por fuente un cuadernillo de 15 por 20 centímetros —actualmente, con treinta y cinco hojas rayadas—, redactado no antes de 1886, y casi diría de 1893. En la cara de la izquierda se observan diversas escrituras, y la de la derecha pertenece siempre al padre Lasagna, que amplía, corrige o ajusta la información. Sobre la base de este cuadernillo de tapas azules, el padre Manuel García compiló gruesos volúmenes de 36 por 24 centímetros —uno por año—, en los que reprodujo la crónica primitiva, y la completó con datos existentes en otros registros de la Casa, fotografías, recortes de diarios y otros valiosos elementos. El cuadernillo de Lasagna —como todas las reseñas escritas a años de distancia de los hechos— se resiente de muchas imperfecciones cronológicas, que se irán señalando en el curso de esta obra.

[12] C. Chiala, *Da Torino...*, cit.

[13] Copia de la carta, en el ACSS.

[14] L. A. Pons, *Biografía...*, cit., pág. 101.

[15] Hé aquí el texto completo de la histórica circular que cita parcialmente el padre Pons, *Biografía...*, pág. 105. El ejemplar de que dispongo, estaba entre los papeles del padre Montero y Brown, encabezado con una apostilla de propia letra, que decía así: "Un ejemplar impreso de la siguiente *cédula circular* se halla entre los documentos de don Tomás Pereira, padre de *Tiquitique* [sic], el ingeniero agrónomo, exalumno del Colegio Pío..."

"Montevideo, 27 de Nov. de 1865. / Señor Tomás Pereira / Siendo de toda conveniencia y necesidad, dar a la juventud una educación esmerada, a la altura del siglo, y que asegure para el porvenir el progreso moral del país, se ha formado una Asociación de Nacionales y Extranjeros, con el objeto de establecer en la Capital del Estado un gran Colegio, con capacidad para un crecido número de alumnos, cuya dirección será confiada a ilustres profesores Jesuitas. / La Asociación ha tenido presente que los Colegios de los Jesuitas gozan del mayor crédito de los pueblos más civilizados y América, sean ellos Católicos o protestantes; que el colegio fundado en la ciudad de Santa Fe, de la República Argentina, ha correspondido tan cumplidamente a las esperanzas de todos, que la Provincia emplea fuertes sumas de dinero en su adelanto material; y que en Buenos Aires, una reunión de vecinos respetables, se ocupa actualmente de la recaudación de fondos para la construcción de un edificio, destinado a otro colegio de Jesuitas. / La Asociación cree que el ilustrado y liberal gobierno de la República, prestará su eficaz concurso a tan benéfica obra, y espera obtener, principalmente, el de los padres y madres de familia y el de todas las personas amantes de una verdadera y sólida instrucción basada en la moral religiosa, tan indispensable para el bienestar de los individuos como de las sociedades. / La Comisión que firma en representación de la Asociación indicada, tiene pues el honor de dirigirse a Ud. invitándole a suscribirse por la cantidad que fuere de su agrado; y le pide se digne expresarla a continuación de esta esquela, que le será presentada por dos miembros de la Asociación, encargados de dar a Ud. las explicaciones que deseare. / La Comisión para llenar un deber que considera de honor, dará cuenta oportunamente de la inversión de los fondos que colecten; para que publicada, sirva de satisfacción a los señores suscritores. / La Comisión saluda a Ud. con la consideración debida. / *Reissig*, Pte.; *Nicasio del Castillo; Joaquín Requena; Pedro M. de Isasa; José de La-*

fuente; Fafael Fragueiro; F. Buxareo; Juan M. Zorrilla; B. Alcorta; N. Balparda; Jn. Ato. de la Bandera, Scro."

[16] En la Crónica del Colegio Pío (II) se ha insertado un recorte impreso, que reza así: "Dicen unos viejos papeles amarillentos que trascienden humedad y polilla: *Resumen general de los terrenos pertenecientes por los títulos historiados a la Sociedad de Cornelio Guerra Hermanos y Compañía; de los terrenos vendidos por el señor Lafone al señor Frías, excluidas las cien cuadras cuadradas reservadas por dicha sociedad, 290 cuadras. De los terrenos de los mismos que pertenecieron al señor Klengel, 35 cuadras. De los terrenos adquiridos al señor Lammers, sesenta cuadras. De don Juan Monro, 12 cuadras, 7.137 varas. Y de doña Carmen Antuña y don Faustino Silva, 19 cuadras y 4.793 varas. Suman 423 cuadras y 5.906 varas, o sea 312 hectáreas, 55 áreas y 94 centiáreas. En este terreno, cuya superficie resulta exacta, según mensura practicada por el agrimensor D. P. D'Albenas en los meses de octubre y noviembre de 1868, la Sociedad Cornelio Guerra Hermanos y Compañía fundaron un pueblo con la denominación* de Villa Colón..."

[17] E. Acevedo, *Anales...*, cit., revista *Juventud,* Villa Colón, Julio de 1919, pág. 148, citando a *La Razón,* de Buenos Aires.

[18] Dirección General de Instrucción Primaria, *La educación del pueblo,* por José Pedro Varela, ed. II, pág. 9 (Impr. El Siglo Ilustrado, de Gregorio V. Mariño, calle 18 de Julio 23, Montevideo, 1910).

[19] Gran parte de estos datos están contenidos en la carta-memoria que don Emilio W. González publicara en la revista *Juventud,* citada.
Los horarios del Ferrocarril Central del Uruguay, "Montevideo a 25 de Agosto", constan en los diarios de la época, que pueden consultarse en la Bibl. Nac. de Montevideo.

[20] Cf. *Bollettino Salesiano,* anno II, ottobre 1877, pág. 2.

[21] "Es realmente bello. Y el lugar, deliciosísimo."

[22] El padre Cagliero, en su carta a don Bosco fechada en Montevideo el 24 de mayo de 1876, dice que la donación se efectuó con la sola condición de que se dedicara a un colegio de enseñanza superior. Pero, luego, añade la exigencia de los donantes de mantener alumnos externos gratuitos. Don Lasagna, en la Crónica del Colegio Pío —*Origine del Collegio Pio,* 1876—, fija, además, otras cláusulas, referentes a la devolución y al nombre de la capilla. Dice así:
"Durarono a lungo le trattative poichè el Sig. Fynn desiderava imporre colla donazione oneri troppo gravosi, o che avrebbero inceppato la libertà della Congregazione. / Al fine poterono intenderse. La donazione fu fatta a D. Bosco come Superiore dei Salesiani. / La donazione fu fatta con tre clausole: / 1ª) Che in caso di doversi ritirare i Salesiani, la proprietà ritornerebbe ai donatori od eredi coll'obbligo di indennizare le costruzioni nuove e... [*original incomprensible*]; / 2ª) Che si stabilissero i corsi secondari, e che se ammettessero gratuitamente i fánciulli poveri del vicinato alle scuole; / 3ª) Che la Cappella fosse dedicata a S. Rosa, protettrice delle Americhe, in ricordo della Signora Rosa Lanús." (Observación del padre Montero y Brown: "Debe de ser Lezica".)
Hasta aquí, redacción del padre Lasagna. Sigue otro cronista; pero todo está revisado por el primero.
"... D. Cagliero fece il contratto sopra indicato, accettando nelle condizioni sopradette le case, la chiesa e le quattro quadre di terreno adiacente."
El padre Lasagna no hacía otra cosa que trascribir las condiciones expresamente contenidas en la escritura del 21 de setiembre de 1876 (Registro Nacional de Ventas Nº 1.306, y folio 355 del libro corriente del escribano público Carlos Casaravilla, refrendado por el escribano Antonio F. Toribio).
El 24 de agosto de 1876, Anacarsis Lanús y Ambrosio P. Lezica otorgaron poder a Enrique Fynn para donar los bienes correspondientes al colegio e

iglesia de Villa Colón, ante el escribano Antonio Lagos, de la ciudad de Buenos Aires, con la condición de que "el donatario establezca un servicio de enseñanza primaria y superior para varones a perpetuidad, debiendo además mantener el oficio en la referida iglesia. Todo bajo la condición expresa de que en cualquier tiempo dejasen de tener esos edificios el destino para que son donados, quedaría *ipso facto* anulada la donación, retrovertiendo la propiedad a los donantes o a sus sucesores, en cuyo caso éstos abonarán a la tasación las mejoras que por el locatario hubiesen sido hechas".

Por su parte, Fynn hizo añadir en la escritura otras especificaciones sin cláusula de nulidad, a saber: que "la iglesia debe ser consagrada bajo la advocación de Santa Rosa de Lima, patrona de América, y que la instrucción superior sea la que se requiere para obtener grados universitarios y, por último, que se admitan en las clases elementales gratuitamente como externos a niños pobres del vecindario que a juicio del director deben ser admitidos".

Don Enrique Fynn había nacido en Montevideo, el 3 de julio de 1835, de madre andaluza y padre escocés. A los quince años trabajaba en una casa de importación, y a los veintiuno se establecía por propia cuenta. La falta de agua en Montevideo —cuando se agotaban los aljibes, se pagaban dos pesos y cuatro centésimos por cada caneca traída de las cachimbas del Buceo—, lo impulsó a estudiar a fondo el problema. Cuando en 1867 el Gobierno oriental llamó a licitación de estudios y planos de provisión de agua, don Enrique la ganó fácilmente. Entonces se asoció con Ambrosio Plácido Lezica y Anacarsis Lanús —en los diarios de la época, siempre escriben *Lanuz,* con zeta final—, fuertes comerciantes de Buenos Aires, que aportaron a la sociedad 1.000.000 de pesos oro.

Más tarde, Fynn fundó otras empresas: el Tranvía del Este, el Ferrocarril y Tranvía del Norte, y en Buenos Aires, donde fue presidente de la Asociación Nacional de la Lechería, la Granja Blanca, firma famosa en la industrialización de la leche.

(Cf. revista *Juventud,* N° 5, Villa Colón, julio de 1919, pág. 148.)

[23] Cf. Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales, arts. 1° y 5°, y Pe. Dr. Alexandre Rada Donath, *Os artigos 1° y 5° das Constituções de Dom Bosco* (Secretariado Vocacional Salesiano, São Paulo, Brasil, 1963).

[24] E. Acevedo, *Anales...*, cit., pág. 137.

[25] El canónigo Juan María Mastai Ferretti —luego, papa Pío IX— estuvo dos veces en Montevideo, cuando tenía treinta años de edad. Ante diversas gestiones de Gobiernos sudamericanos, la Sagrada Congregación de Negocios Eclesiásticos de Roma decidió enviar a Sudamérica en misión especial y como delegado apostólico al auditor de la Nunciatura de Viena, monseñor Juan Muzzi. Completaban la embajada el canónigo Mastai Ferretti, como secretario, y el presbítero José Sallusti.

La misión tuvo gran éxito popular en Buenos Aires y en Santiago de Chile, debido a la religiosidad del pueblo; pero las negociaciones fracasaron rotundamente, no tanto por la impiedad de los gobernantes, como ligeramente se dijo, cuanto por la *impericia americana* —valga el eufemismo—, endémica de las misiones europeas que nos visitaron.

El futuro Pío IX pasó por Montevideo el 1° de enero de 1824, en el bergantín francés *Héloïse.* Retornó el 2 de diciembre del mismo año. Venía de Valparaíso, donde el 30 de octubre se había embarcado en el trasporte genovés *La Colombia.* Permaneció en la *Provincia Cisplatina* —entonces, así llamada, mientras dependía del Imperio del Brasil— hasta el 18 de febrero de 1825. Muzzi se hospedaba en casa del párroco don Dámaso Larrañaga, y Mastai Ferretti, en la de don Manuel Jiménez. Fueron muy cumplimentados por el general Carlos Federico Lecor, barón de la Laguna y gobernador brasileño, y festejados por los sacerdotes y el pueblo, que desde hacía veinte años no veía un obispo.

El 5 de mayo de 1825, Mastai Ferretti escribió desde Gibraltar una carta al cardenal Julio María della Somaglia, secretario de Estado de Su Santidad, en la

que muestra todo su cariño a Montevideo, del que llevaba el más apacible recuerdo.

Cf. Pedro de Leturia, S. J., *Gian Maria Mastai en Montevideo o Pío IX en la América española* (Razón y Fe, Madrid, 1933); M. J. Sanguinetti, *La representación...*, cit., pág. 21; Giuseppe Sallusti, *Storia delle missioni apostoliche dello Stato di Cile, colla descrizione del viaggio dal Vecchio al Nuovo Mondo, fatto dall'autore...* (Roma, 1827); Isidoro de María, *Montevideo antiguo* (Selección), pág. 137 (Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1965).

[26] El nombre de *Colegio Pío* aparece por vez primera en esta carta de Cagliero, fechada en junio de 1876, y confirmado en carta autógrafa de don Bosco del 1º de agosto (ACSS., S. 131, 1876-VIII-1). Por eso, resulta inexacta la afirmación de don Pablo Álbera, cuando dice que en noviembre de 1876, *"Là ai piedi di Pio IX,* [a Lasagna] *gli balenò alla mente l'idea di dedicare all'augusto Pontefice il collegio che doveva fondare in Villa Colón..." (Mons. L. Lasagna...*, cit., pág. 96.)

En las *Memorie biografiche* (vol. XII, pág. 515), leemos que el Santo, al despedir a los Misioneros, unos días antes de la audiencia pontificia, dijo de Villa Colón: *"collegio... che fu chiamato Pio per ricordare il passaggio del gran Pontefice"*. En la página 520 se añade que don Bosco comunicó la idea al Papa durante la entrevista indicada:

"—A Villa Colón —dijo don Bosco— *sarà aperto un collegio, che Vostra Santità vorrà gradire sia chiamato Collegio Pio.*

"—Sì —rispose con ilarità—, va bene. Sono stato in questa città, ho veduto quei luoghi..."

O sea que la idea fue del padre Cagliero, cuando el padre Lasagna ni soñaba con venir a América, y el nombre lo puso don Bosco, y fue aprobado por el Papa en la entrevista de marras.

En la página 538 de su libro, el mismo padre Álbera concluye afirmando que don Bosco fue quien bautizó al Colegio Pío, de Villa Colón: *"... il Collegio Pio di Villa Colón, così denominato da don Bosco a testimonianza di gratitudine verso l'immortale Pio IX"*.

Al Colegio de Villa Colón se lo llamó *Pío*, sin aditamento; mientras que *Colegio Pío IX* —con la indicación del ordinal— significaba el Colegio San Carlos, de Buenos Aires, así bautizado después del fallecimiento del Papa (7-II-1878). (Cf. *Memorie biografiche,* vol. XII, pág. 538.)

[27] En el ACSS. existe copia de dicho documento.

[28] En *Mons. L. Lasagna...* (págs. 88-89), el padre Álbera señala el 24 de mayo de 1876 como día en el que "se concluyeron las negociaciones entre don Cagliero y *una comisión* nombrada al efecto por monseñor Vera".

Don Eugenio Ceria afirma que en esa fecha se escrituró en favor de los Salesianos. (Cf. *Annali della Società Salesiana,* vol. I, pág. 259. Soc. Ed. Internaz., Torino, 1951.)

En igual defecto incurre el padre José Vespignani, en su *Cronología salesiana* (Arch. Insp. S. Fco. de Sales, Buenos Aires).

Las conclusiones documentales son otras: 1) El 24 se arribó a un compromiso privado entre Cagliero y los propietarios de Villa Colón; 2) Por esas fechas se estableció, de acuerdo con monseñor Vera, una comisión, a fin de obtener el dinero necesario para los gastos de instalación y mantenimiento; 3) El 4 de setiembre, todavía no se habían trasferido las escrituras; 4) El 15 de setiembre comparecen ante el escribano, y la escritura se extiende el día 21. (Arch. Insp. S. Fco. de Sales, Buenos Aires.)

[29] Juan *Bautista* Bosco... En realidad, el Fundador de la Sociedad Salesiana se llamaba Juan *Melchor* —el segundo nombre, impuesto por sus padres en honor del tío materno, Melchor Occhiena—; pero el Santo firmó siempre con un escueto *Giovanni Bosco.*

[30] P. Albera, *Mons. L. Lasagna...*, cit., págs. 100-101; ACSS., carta de Lasagna a don Bosco, del 3-IV-1880.

[31] Hé aquí el texto del documento mencionado:

"Tutto per Gesù! / Amatissimo Padre, / Mi sono messo perfettamente nelle sue mani certo di pormi così in quelle dell'amorosa Provvidenza di Dio; nè ora sono punto pentito di quanto feci; anzi non potendo contare sulle mie deboli forze confido tutto nella misericordia di Dio e nelle preghiere potenti di Lei, mio tenero Padre, e di miei cari confratelli. / Intanto volendo anch'io cooperare per quel poco che posso ai disegni di Lei che son quelli del mio Dio, ho procurato in questi pochi giorni di ripassare in fretta e furia la Teologia Morale, e stassera potei già subirne, se non uno splendido, almeno un soddisfacente Esame dal Sig. Prevosto di Alassio a ciò delegato. Cosichè fin da domani potrò già essere fornito dalle debite patenti di confessione da Sua Eccellenza il Vescovo di Albenga. / Laonde il tempo che mi rimane potrò impenderlo quasi interamente intorno alla lingua Spagnuola. / D'ora innanzi non mi dimentichi mai nelle sue sante orazioni e m'impetri dal Signore la fortezza necessaria al gran sacrifizio che Dio vuole da me, come pure i lumi necessarii per adempire santamente la missione affidatami. / D. Rocca ed i chierici che sono qui con me La salutano ossequiosamente ed io protestandomi sempre pronto a' suoi paterni voleri mi dico con riverenza ed amore / Suo figlio devoto in G. C., / D. LUIGI LASAGNA. / Alassio, 23 S.bre 1876." (ACSS., S. 126, 2, año 1876.)

[32] Yéregui escribía con ge las palabras *pasaje*, *viaje* y semejantes, y acentuaba *á*, *é*, *ó*, *ú*, como se estilaba entonces.

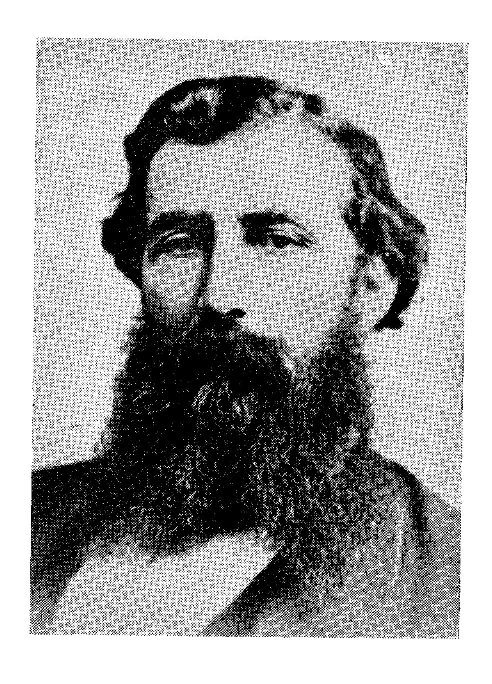
[33] *Memorie biografiche*, vol. XII, págs. 666-667, documentos 28-29.

[34] La razón era más simple. La Compañía del Pacífico (Pacific Steam Navigation Co.) mantenía a regañadientes con el Gobierno uruguayo una deuda proveniente de una multa que no quería aceptar. Resultaba más fácil que pagar, otorgar pasajes. (Cf. E. Acevedo, *Anales...*, cit.)
Véase el capítulo III de esta obra.

[35] *Memorie biografiche*, vol. XII, pág. 510.

[36] *Memorie biografiche*, vol. XII, pág. 539.

PERSONAS VINCULADAS AL NACIMIENTO DEL COLEGIO PÍO DE VILLA COLÓN



Don Juan Jackson, jefe de una insigne familia de cooperadores de la Obra Salesiana en el Uruguay.

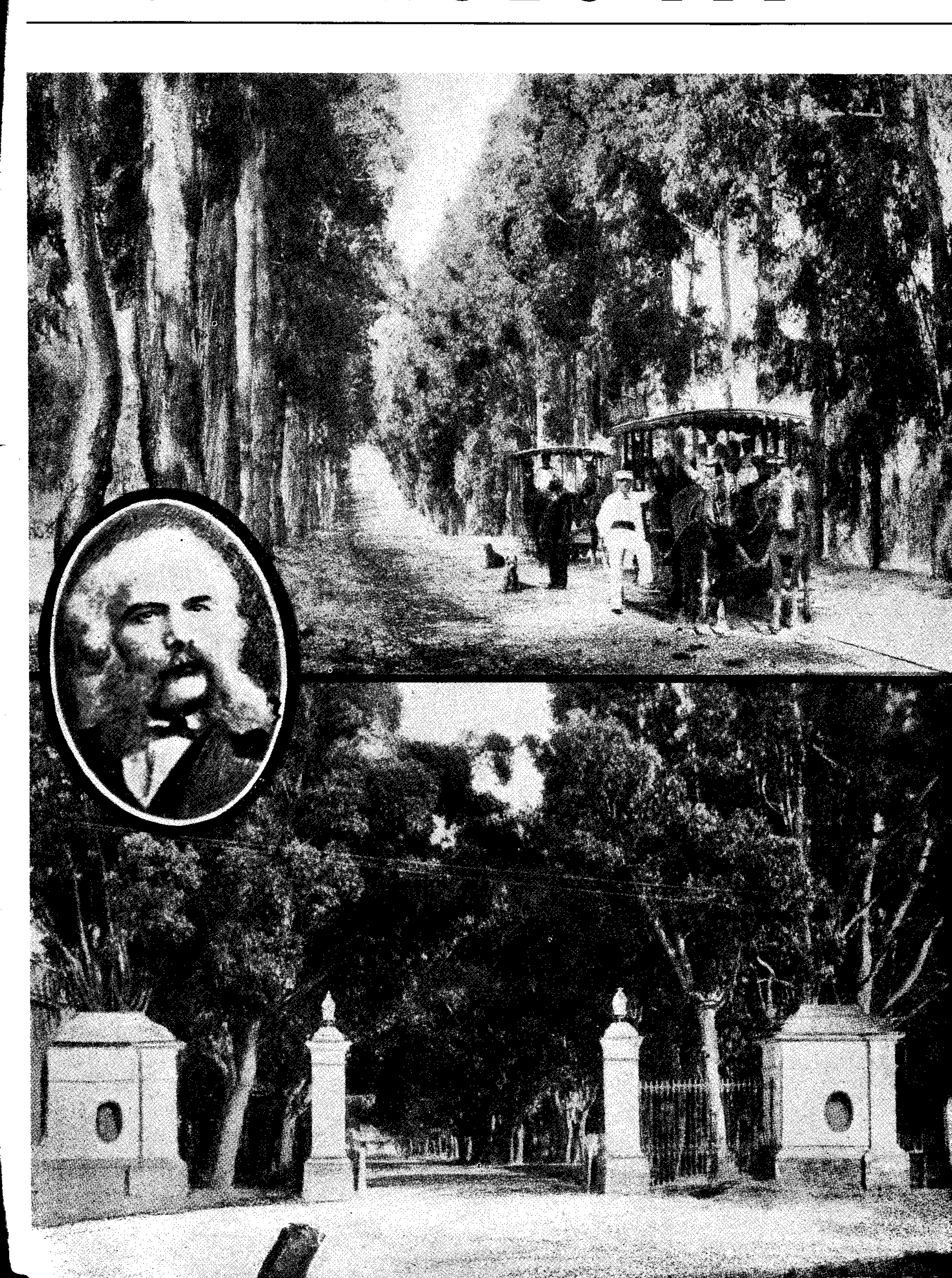


El padre Domingo Tomatis, de la expedición misionera salesiana de 1875. Fue el primer habitante del Colegio Pío.



Los primeros propietarios del pueblo de Villa Colón, señores Alejandro, Cornelio y Adolfo Guerra (en ese orden, de derecha a izquierda.)

CAPÍTULO III



Villa Colón

La vida de la Villa es la quietud serena,
amenizada siempre de rústicas faenas...
Todo un hervor de bríos en los nervudos brazos,
una lucha gigante en las cansadas tierras,
y después, alegría, rumores de colmena,
racimos en las vides, flores en los prados,
y cantos de chicharras en la pesada siesta...

P. Eduardo Dufrechou, S.D.B.: "Villa Colón", en *Desde mi torre*, pág. 128 (Montevideo, 1941).

Trotó la caballería por las calles polvorientas, y las volantas treparon nerviosamente las pocas cuadras que los separaban de la catedral barroca.[1]

Se detuvieron un poco antes. En las puertas del Hotel Español los esperaba el obispo Vera: sesentón, alto, robusto, erguido y morocho. Hijo de canarios, de la isla de Lanzarote, había nacido en pleno océano, en 1813, mientras sus padres buscaban un puerto de América.[2] Rezumaba la alegría del hispano, y la picardía ladina del criollo. Ambas chispeaban en unos ojos vivaces e inquietos, lumbreras de su cara morena. Pero lo envolvía un halo de bondad pachorrienta...

Impresionó a los viajeros el tipo del patriarca criollo, tan nuevo, y tan distinto del comprendido en sus esquemas habituales. Y enseguida les robó el corazón.

Entre abrazos y palmadas cariñosas los llevó a asearse someramente, y luego, a calmar el *hambre canina* que les mordía las entrañas.

—¡Pobres m'hijos! Con las ganas locas que tenían de desembarcar, hasta se han olvidado de comer...

Mientras los platos humeantes acallaban el rumor de los comensales, Vera paseaba alrededor de la mesa. Inquiría el nombre de uno, bromeaba con el otro —la comida criolla[3] y el atuendo eclesiástico que traían los salesianos, y que en Turín

— En el óvalo, don Enrique Fynn, tal cual lo reprodujera la revista *Juventud* en 1919. Arriba, una foto auténtica del famoso tranvía de caballos que unía la Villa con la estación de Colón. Abajo, el portón de la Villa, en la ruta a Las Piedras. Las dos últimas imágenes han sido tomadas de una memoria impresa del Colegio Pío.

creían rioplatense,[4] se prestaban a toda clase de comentarios—, y a todos enseñaba en vivo a conducirse con desenvoltura en ambiente tan diverso del nativo.

Poco a poco, los juveniles Misioneros fueron descubriendo, detrás del sabroso anecdotario campero que el Obispo desgranaba con parsimonia, al hombre cabal, caracterizado, eso sí, con otros ingredientes de los usuales para ellos. ¡Ya sorbían la primera lección americana!...

Cuando salieron para visitar la catedral, se sentían instintivamente amparados a la sombra del gran Obispo criollo.

Enseguida los carricoches los llevaron a conocer la ciudad. Las ansias de contemplar a Villa Colón estaban condicionadas a los horarios ferroviarios. A la tarde corrían dos trenes: el de las 17.15 y el de las 17.45. Y partieron todos, menos Lasagna. Vera deseaba conversar con él en privado. Lasagna aprovechó la oportunidad para presentar sus credenciales: una carta manuscrita de don Bosco, dirigida a *Su Excelencia Reverendísima.*

Concluida la plática, tomaron las riendas del ceremonial los hermanos Yéregui. Quería el Obispo que Lasagna *semblanteara* la ciudad; visitara algunas comunidades de Hermanas, huérfanas de capellán, y luego, siempre en coche, rumbeara hacia el Colegio Pío.

* * *

Cuando todos hubieron partido, el Obispo ciertamente se trazó la síntesis del encuentro:

—¡Muy bueno!... ¡Gente joven, guapa y llena de vida!... —y se puso a releer la carta de don Bosco.

Ésta, fechada en el Colegio de San Vicente de Paúl, en San Pier d'Arena, el 17 de noviembre de 1876, expresaba:

> Excelencia Reverendísima:
>
> Un puñado de mis hijos salesianos va a Montevideo para iniciar el Colegio Pío, fundado por la caridad y el celo de V. E. El Padre Santo quedó muy complacido de que se abriera ahí un instituto católico que llevara su nombre; elogió y bendijo a V. E., y a todos los que cooperaron a esta fundación.
>
> Se trata de comenzar, y se encontrarán dificultades; pero con el auxilio de Dios y con la protección de V. E. espero se allanarán todos los obstáculos que pudieran estorbarnos. Mis Misioneros van con buena voluntad; su número es de once: tres sacerdotes aprobados para la confesión y predicación; cuatro son maestros y cuatro coadjutores, que pue-

den ejercer el magisterio y dedicarse también a diferentes trabajos materiales.

Sus nombres son: Presbítero Luis Lasagna, director del Colegio, doctor en letras latinas, griegas, etc.; presbítero Miguel Fassio, profesor normalista; presbítero Agustín Mazzarello, también profesor normalista, y ambos maestros de historia, geografía y ciencias naturales.

Acólito Luis Farina, maestro de música vocal e instrumental, particularmente de piano.

Acólito Scavini, maestro y asistente.

Acólito Ghisalbertis, profesor de ciencias naturales, dibujo, física, geografía, etc.

Acólito Daniele, asistente y maestro de música instrumental y vocal.[5]

Los otros se prestarán a toda clase de ocupaciones.

Puede acontecer que el teólogo Cagliero, al efectuar la distribución del personal, deba hacer alguna modificación [como puede apreciarse, la hizo de entrada]; pero será siempre para mejor. Habiendo necesidad de otras personas, haré lo posible para enviarlas prontamente.

El cardenal Antonelli tenía preparada una carta para V. E.; pero la muerte nos lo arrebató. El Cardenal me encargó enviara a V. E. sus respetuosos obsequios.

Es mi intención también abrir una casa para niños artesanos, y para este fin hay en esta expedición maestros de arte que podrán prestar su colaboración; pero para esto don Cagliero verá lo que se pueda hacer.

Mis Misioneros a su llegada tendrán equipajes para desembarcar, y ruego a V. E. quiera darles los consejos que les fueren ventajosos.

Expuestas así brevemente las cosas, yo pongo a todos estos mis hijos en las santas manos de V. E.; por lo pasado fueron míos, en lo porvenir serán todos suyos. Espero que V. E. quedará satisfecho, y si con su comodidad me diere más tarde alguna noticia, lo tendré a verdadero favor.

Me recomiendo a mí y a toda esta naciente Congregación a la caridad de las oraciones de V. E., y pidiendo a Dios lo conserve aún por muchos años de vida feliz, tengo el alto honor de profesarme de V. E. Reverendísima

Obligadísimo servidor,

JUAN BOSCO PBRO.[6]

* * *

Nada mejor para reflejar el comienzo de la vida uruguaya de los diez pioneros salesianos, que algunos párrafos de la carta de don Luis Lasagna enviada a don Bosco el 5 de febrero de 1877:

Estábamos impacientes por saludar la *tienda* que quién sabe por cuántos años había de ser nuestro vivaque frente al campo de batalla, testigo de nuestro valor o de nuestra debilidad, de la victoria o del desastre. Deseábamos ansiosamente partir hacia Colón, meta de nuestros votos... y también nido tranquilo donde restablecernos de las peripecias del mar.

Calculábamos, por otra parte, que allá nos esperaban el padre Cagliero y el padre Tomatis.

Sin embargo, Monseñor quiso que antes diésemos alguna vuelta por la ciudad... Montevideo está edificada en una posición encantadora. Es hermosa en sus calles anchas y rectas. Rica de casas elegantes, de uno, dos y tres pisos, cubiertas, no de techos vulgares, sino de maravillosas terrazas, muchas veces convertidas en frescos jardines con rejas o balaustradas. Descansa sobre una deliciosa peninsulita, ondulada por una pequeña elevación que se desliza suavemente desde el centro hacia el mar y deja a su derecha un seno reducido, cerrado en la parte opuesta por una bellísima colina, llamada *el Cerro,* que forma un magnífico puerto natural. Las calles se cortan todas perpendicularmente. El que recorra la ciudad por la loma, siguiendo una calle longitudinal, verá con placer que todas las trasversales enfilan derecho de una playa a la otra, o sea del mar al puerto.

En estos meses de tanto calor, si las calles fueran más estrechas y flanqueadas de altos edificios, como en Génova o en Turín, se convertirían en hornallas, y las personas se asarían vivas.

Esta necesidad de aire y ventilación produce casas bajas, abiertas en grandes ventanales y galerías internas lujuriantes de plantas y flores. Así se explica que una ciudad menos populosa que Turín cubra un área algo mayor que el doble de la nuestra, recorrida en todos sentidos por pesados y fragorosos tranvías, arrastrados por cuatro y hasta por seis caballos.

El Obispo me había hecho preparar una victoria, con la que me llevaron a visitar algunas casas religiosas que ardían en deseos de conocer a los nuevos sacerdotes italianos. Estas ansias nacen de la carencia de clero. En toda la ciudad existen dos parroquias, y las Órdenes religiosas masculinas, con excepción de los Padres Bayoneses, no tienen ninguna casa de importancia.

En cambio, las Congregaciones femeninas hallaron campo fértil, y sorprendente desarrollo. Las Hermanas de Chiavari, que en Italia ni se notan, tienen una vastísima y floreciente casa de noviciado; tres colegios femeninos, llenos de alumnas; hospital y asilo, y como cien casas desparra-

madas en toda la América del Sur. De igual manera, Dominicanas y Salesas de Milán realizan un bien inmenso cultivando y educando en la mujer un espíritu religioso que se desearía tuvieran los varones. Además de sus capillas privadas, poseen hermosas iglesias públicas; pero se sienten mortificadas y doloridas por no hallar predicadores de la divina palabra para los ignorantes y desocupados que pasan el domingo en las tabernas.

Puede usted imaginar con qué palabras y con cuántas lágrimas me rogaron escribiera a don Bosco pidiéndole sacerdotes, que en mi conmoción les prometí hacerlo cuanto antes; para rogarle nos envíe ayuda desde Italia, auxilios eficaces y poderosos para salvar a un pueblo que si religiosamente puede ser ignorante y corrompido, de ninguna manera es enemigo de la virtud y del sacerdote. Caminando por las calles, he visto grupos de niños arrodillarse a mi paso, y juntar las manos en demanda de bendición. Son restos de las tradiciones de la católica España. Hasta los negros, de cualquier estado y condición, indistintamente, se descubren la cabeza al paso del sacerdote católico... Desde el negro *changador* [sic en el original italiano] hasta el blanco enriquecido, y desde el mendigo hasta el general uniformado, aquí todos saludan el paso del ministro de Dios...

A las seis de la tarde, todavía seguía visitando a Montevideo. Mis compañeros debían de haber tomado el tren de las cinco. Saludé entonces al Obispo, y acompañado siempre por dos hermanos de la familia de Yéregui, nuestros excelentes cooperadores, salí de la ciudad. Para llegar a Colón, cruzamos una campiña inigualable, recamada de casitas, jardines y flores. Se imagina mi admiración, al ver cosechar el trigo en los últimos días de diciembre...

Al fin llegué a Villa Colón. Y allí de pie ante la puerta de la capilla, erguido marcialmente estaba el padre Tomatis, el queridísimo padre Domingo, que desde hacía rato me esperaba...

* * *

Terminadas las efusiones de saludos y abrazos, y traspuesto el umbral, comenzaba la realidad, todavía por horas y días entremezclada con el aluvión de noticias que apagaban las nostalgias de quienes —como Tomatis, Scavini y los aspirantes Antonio Corti y Andrés Melazza— hacía más de un año que faltaban de Italia, y con el anecdotario interminable que brindaba el viaje de aventura que acababan de realizar.[7]

Inmediatamente, todos los salesianos se abocaron a los trabajos indispensables; en primera instancia, para sobrevivir, y

luego, para inaugurar un colegio a corto plazo. En los respiros, pudieron examinar los contornos.

Dice la Crónica del Colegio:

> No había ni una silla, ni una mesa, ni una cama. Durante los primeros días nos arreglamos como pudimos. Para mesa de comedor sirvieron maravillosamente unos tablones, sostenidos por un barril que había contenido asfalto, y oficiaron de sillas unos troncos de árbol cortados especialmente. Sirvieron de camas unas pocas hamacas prestadas...

Algunos durmieron en un salón, otros se establecieron en los altillos, y los clérigos, más audaces, se alojaron en un local de la torre. Una lámpara de querosén ahuyentaba las tinieblas.

Al día siguiente descubrieron otra complicación: el logro de alimentos. Atestigua la Crónica que "comían lo que les enviaban los vecinos y algunas personas piadosas de la ciudad". Y subrayaba: *"La Providencia nunca falló"*.

Balli, quintero del señor Uriarte, tenía orden de llevarles verdura en abundancia. La madre Luisa Solari, primera provincial del Huerto en América, les enviaba semanalmente canastas de víveres: gallinas cocinadas, comida hecha y otras provisiones, que amigos comunes traían desde la calle San José al 900.

—¿Qué se han creído? —decía graciosamente la Religiosa.— ¿Van a venir al Uruguay a hacer penitencia? ¡No, señor!...

Y sensibilizaba a todos los católicos ricos que conocía, con el anuncio de que "los salesianos del Colegio Pío sufren, sufren por falta de todo..." Y hasta ropa les remitía.

Caridad semejante les dispensaban, también, las familias de Horne y de Romero. Todos los veraneantes de la Villa "se daban *su vueltita* por el Colegio en escuadrones de caballos", que asombraban a los novatos; y con típica amabilidad oriental, les tendían las manos llenas de regalos.

"Ya se oían —anota con emoción el padre Montero— los primeros vagidos de mi Congregación en mi patria..."

En carta a don Bosco del 2 de enero del 77, exclama Lasagna:

> La mano amorosa de la Divina Providencia, que nos trajo sanos y salvos a través de las olas del océano, nos colocó finalmente en el campo de nuestras fatigas, de nuestras más bellas esperanzas. Hace siete noches que dormimos bajo un techo que podemos llamar nuestro. Siete mañanas que celebramos la santa misa en una graciosa iglesita que en adelante nos recogerá a todos y nos apretará con el vínculo de la caridad a los pies de Jesús Sacramentado.

¡Ah, sea mil veces bendito el día feliz de nuestra llegada, 26 de diciembre de 1876!

Y mientras los Salesianos penetraban en la colmena, el Uruguay católico se alborozaba.

"¡Grata nueva!", exclamaba, al día siguiente de la llegada, *El Mensajero del Pueblo*, bisemanario católico que dirigía don Inocencio Yéregui:

> Tenemos la satisfacción de poner en conocimiento de nuestros apreciables lectores, que han llegado de Europa en el vapor *Iberia* diez sujetos de la Asociación educacionista de San Francisco de Sales, los que establecerán un colegio de enseñanza inferior y superior en el hermoso edificio construido y donado generosamente por la Sociedad Lezica, Lanuz y Fynn en la pintoresca y saludable posición de las cercanías de Montevideo, denominada *Villa Colón*.
>
> Oportunamente y pronto nos ocuparemos de este nuevo centro de educación católica próximo a establecerse, cuyos programas publicaremos...

Y el suelto culmina con una felicitación a

> los nuevos obreros del verdadero progreso y civilización que nos envía el Viejo Mundo..., a los padres de familia y a todos los que se interesan por la ilustración y la educación sólida y cristiana de la juventud.

El día 31, *El Mensajero del Pueblo* insiste: realiza el balance de las actividades del año trascurrido, y apunta:

> A todo esto debemos añadir otro motivo de grande consuelo y esperanza..., el que nos proporciona el próximo establecimiento del Colegio Pío de Villa Colón, que será dirigido por excelentes educacionistas pertenecientes a la Sociedad de San Francisco de Sales...

El 4 de enero del nuevo año de 1877 reincide en el tema. Esta vez, las noticias son más concretas:

> Ya es un hecho el establecimiento del Colegio Pío de Villa Colón, dirigido por la asociación educacionista de San Francisco de Sales...

Dedica una columna a describir el emplazamiento del edificio, el panorama de Villa Colón, la naturaleza y organización de la Sociedad Salesiana que lo regenta, y las ventajas económicas derivadas del sistema educativo de los Hijos de Don Bosco. Explica finalmente el origen del nombre del Colegio Pío, y ter-

mina con la publicación de los planes y programas de estudio del nuevo instituto.[8]

* * *

Mientras la pluma del padre Rafael Yéregui ablandaba a la opinión con los informes que sistemáticamente publicaba *El Mensajero del Pueblo* acerca de las benemerencias del Colegio Pío, los Salesianos se esmeraban por no desentonar, y ponerlo todo a punto.

El padre Lasagna comenzaba su noviciado directivo, y lo iniciaba en inferioridad de condiciones físicas. Había partido de Turín con el alma en los dientes, mientras convalecía de una penosa enfermedad nefrítica. Sin embargo, los embates del mar —que tan cruelmente lo trataran— parecían haberlo mejorado. Así lo apreció el padre Tomatis, y lo comprobó después el padre Cagliero.

Al día siguiente de la llegada, con las luces del alba cumplieron sus prácticas religiosas. Luego, exploraron casa y alrededores.

Cardos y pastos tupidos emboscaban a la capilla y los salones; escombros y restos de construcción asomaban en todos los rincones... El padre Fassio, a pesar del calor, congestionado por un fuerte resfriado, anotaba:

> Mucho tuvimos que trabajar, para adaptar el lugar a su condición de colegio e internado...[9]

Pero, cincuenta años después, recordará todavía con nostálgica fruición esos días gloriosos, en los versos ingenuos de su librito *Fiori campestri:*

> Villa Colón! Obietto del disio,
> il delizioso Eden! Ville e giardini
> e fiori e campi ove profonde Iddio
> tanta richezza; di ottenere i fini
> tegna la speme, e dieci fondatori
> inizian con ardore i lor lavori.

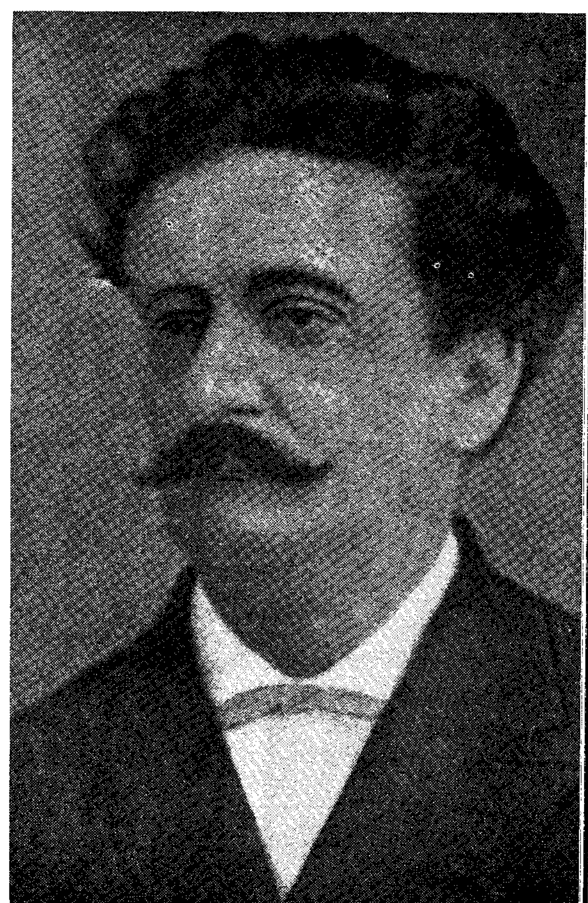
* * *

La actividad comenzaba a hervir, cuando el día 28 llegó de Buenos Aires el padre Cagliero. Éste confiesa en su carta a don Bosco del 4 de enero:

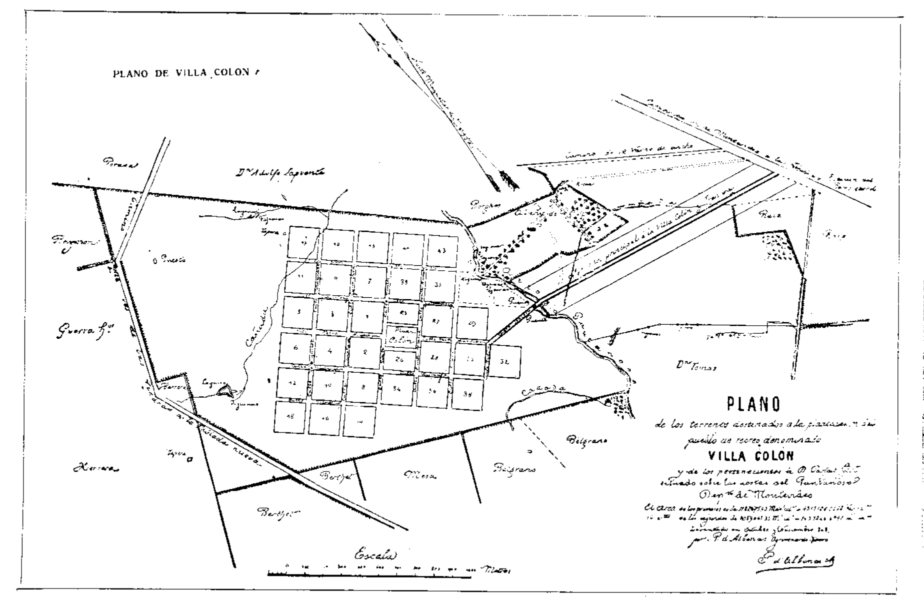
> Hubiera deseado hallarme ya con los nuestros el día 26; pero el 25, fiesta de Navidad, debía permanecer en Buenos Aires.

EN MONTEVIDEO, URUGUAY





A la izquierda, el coronel Lorenzo Latorre, gobernador de la República Oriental del Uruguay en 1877, y a la derecha, su ministro de Gobierno, don José María Montero (hijo).



Plano original de los terrenos destinados a la plantación del pueblo de recreo denominado *Villa Colón*, levantado en octubre y noviembre de 1868 por el agrimensor de número P. d'Albenas.

> Quise partir esa misma tarde, y no pude. Más, perdí el vapor del 26. Al fin zarpé el 27, y pude abrazar a estos queridos hermanos el 28...

La alegría del encuentro diluyó un poco las nostalgias que ya despuntaban. Para Lasagna significó una inyección de seguridad.

Cagliero tenía en sus manos los hilos del negocio, y enseguida dio a Lasagna instrucciones y respaldo, para poder cumplir en los términos acordados las obligaciones asumidas. Con él organizó la estrategia de los recursos humanos: Barbero, bajo la dirección del padre Mazzarello, la emprendió con la iglesia —la tozudez del primero armonizaba como podía con el mal carácter del segundo—; Ceva, el carpintero, se adosó al equipo de Scavini, y confeccionaron mesas, sillas, tabiques, camas... y hasta confesonarios; Roggero colaboraba con quien lo necesitase —según el padre Montero y Brown, era refitolero—; Adamo reinaba en una cocina de tablas; [10] Iardini ordenaba papeles y libros de secretaría..., mientras desempacaba cuarenta cajones que habían traído de equipaje. Y eso que faltaba uno con ornamentos sagrados, que por error había seguido viaje a Buenos Aires.

Cagliero comentaba con humor:

> ¡Cuarenta cajones!..., y no pude encontrar ni una pluma, ni un tintero. Para escribir una carta, debimos ir a Montevideo y comprar lo indispensable. En compensación había tantos libros, que pienso servirán hasta de aquí veinte años. ¡Para esto valía la pena tener el puerto franco y la aduana libre!...

En los intervalos, Tomatis impartía lecciones intensivas de castellano; sobre todo, a los futuros maestros. Había que jugar a ganar...

Los clérigos Farina y Ghisalbertis eran un poco remolones, y preferían la música a las duras melodías del nuevo idioma. Cagliero apuntaba en una de sus cartas: "Pareciera que están más o menos desenvueltos en la lengua..." Pero después de unos días ya había cambiado de opinión, pues así escribe:

> Me dan compasión... Hubiera pagado lo que no tenía, por darles un maestro de castellano.

Con Lasagna, confeccionaron los planes y programas de estudios. Tomaron como base los del colegio de San Nicolás de los Arroyos, en la Argentina, y los cotejaron y retocaron con sus amigos y asesores locales. "Aquí quieren saber un poco de

todo, y van a saber muy poco de nada", comentaba Cagliero, en clara referencia al enciclopedismo que, con excelentes pretextos, comenzaba a invadir la enseñanza del país.

El día 2, ya estaban listos los borradores, y el 4 los publicaba en dos columnas *El Mensajero del Pueblo.*

En la misma imprenta, sita en el punto donde la calle Buenos Aires hace esquina con Misiones, se imprimió una separata para uso del Colegio.

El Mensajero los prologaba con el siguiente exordio:

> Los católicos, y los que aman y desean el verdadero progreso de la República, deben estar y están de felicitaciones al ver que se abre un establecimiento de la importancia del Colegio Pío de Villa Colón...
>
> [Los programas de estudios] tienen el objeto de dar a los jóvenes que aspiren a los grados universitarios, como así a los que se dediquen a otras carreras científicas o al comercio, una completa educación científica, literaria, moral y religiosa.

Y tras estos prolegómenos, consignaba los programas sintéticos correspondientes al curso elemental, a los cursos preparatorios y al de filosofía, con sus clases mercantiles y de adorno. Luego, pasaba a las normas concretas. Los alumnos de los cursos elementales, inferior y superior, comenzarían las clases a fines de enero, y los del bachillerato, el 1º de marzo.

La edad de los candidatos podía oscilar entre siete y catorce años. Los aranceles de los internos ascendían a dieciséis pesos oro mensuales.

Las comidas consistían en desayuno, compuesto de té o café con leche y pan; almuerzo, con sopa, dos platos, postre, vino y pan; merienda, como el desayuno, y cena, con sopa, plato, postre, vino y pan.

Los alumnos pupilos, además del ajuar personal, debían traer consigo la cama y la mesa de luz.

El padre Migone confirma en una de sus monografías este último detalle, que señala, al mismo tiempo, la pobreza de la Casa y las posibilidades económicas de los alumnos:

> Cuando mi madre tuvo noticia de la apertura del nuevo colegio..., fue a Villa Colón para entrevistar al Director, visitar el establecimiento y adquirir informes sobre el reglamento, el programa de estudios y las condiciones de admisión. Volvió enteramente satisfecha, y dio principio a los preparativos del caso y a la adquisición del ajuar para mí y para mi hermano Ludovico...

Con placer mezclado de orgullo salía yo con ella y la acompañaba en sus frecuentes visitas a tiendas y negocios, y no fue poca mi alegría, no sé por qué, cuando la oí cerrar el trato con un fabricante de camitas de hierro para que hiciera dos iguales a un modelo expuesto pintado de amarillo y con elásticos, que me pareció muy bonito y desde luego ganó mis simpatías.[11]

* * *

Con fecha 4 de enero, Cagliero escribe a don Bosco una carta de la que extraemos los siguientes párrafos:

He corrido mucho por Montevideo para comprar de todo. Jackson es otro Benítez. Con el cerco hizo la puerta, y espero construirá la portería y el locutorio. Ya hay muebles en abundancia. He pedido dos caballos y dos vacas: para conservar las piernas y para la leche. Nos los mandarán. A los profesores les he dado libros en castellano, y a los coadjutores, azada, pico y pala: lo suficiente como para que descansen del viaje... Y esto, para poner en orden iglesia, patios, caminos, etcétera. Ayer vinieron los de la familia Fynn, uno de los donantes. Está muy interesado en el progreso del Colegio, que está arbolado como un jardín. Vino también la señora que regaló todo lo de la iglesia. La estatua de Santa Rosa, hecha en París, es una obra maestra. Todo lo hizo venir de París. Hay cosas preciosas. Para la inauguración cantaremos misa: será una fiesta de familia. Espero que vengan el Presidente y el Obispo. Preparo el terreno. Pero antes volveré a Buenos Aires... El señor Fynn quiere que el número uno sea para su hijo. Para Reyes tendremos misa solemne. Invitaremos familias. Va nota de los que más nos ayudaron, para que, yendo a Roma, les consiga bendiciones, etcétera. No condecoraciones, porque aquí no tienen la importancia que en Europa. Yéregui merecería lo mismo que Ceccarelli... La Superiora de las Hermanas del Huerto de Chiavari vino a visitarme: tienen cuarenta casas en América. El Prelado desea que las atendamos espiritualmente, y ellas lo ansían. Nos regaló un hermoso cuadro de Pío IX. Nos darán $ 30 al mes, y nos han regalado libros, etcétera. Por ahora, acepté esa capellanía. Para Reyes tendremos aquí al Cura de la Matriz, hermano de Yéregui; al doctor Soler, rector del Liceo Universitario para externos, joven aún y gran amigo nuestro, y a otros sacerdotes...[12]

Esta carta despierta un recuerdo incidental: El padre Fassio habla, en el libro ya citado —y la anotación es del padre

Montero y Brown— de *un caballo malacara brioso* y de *un lerdo petiso grillo*, que deben de ser los adquiridos por Cagliero.

* * *

Enseguida, sin restar atención a los mil pormenores que surgen en el proceso de instalación de una casa, Cagliero, siempre acompañado de Lasagna, dedica particulares esfuerzos a la solución de dos problemas básicos:

La aprobación del Colegio por parte del Gobierno oriental, con sus planes y programas, y la preparación cuidadosa de la fiesta inaugural, que proyectaría a los ojos del público la imagen —tal vez indeleble— de toda la obra.

En el rubro de la autorización gubernamental, ya había dado los primeros pasos el padre Yéregui, y probablemente, también el padre Soler, que el año anterior había gestionado con éxito la aprobación de su colegio universitario, y departía amistosamente con muchos de los gobernantes.[13]

Con respecto a lo segundo, Cagliero pensaba atraer a Villa Colón lo más granado de Montevideo, para que asistiera a la solemne ceremonia de apertura, y escuchara al padre Lasagna, a quien deseaba promover ante la opinión uruguaya.

En la carta del 20 de enero, Cagliero relata a don Bosco todas sus gestiones:

> Le he escrito una larga carta con el postal *Lavarello*,[14] que salió el día 6. Allí le enviaba los programas del nuevo Colegio. Con ésta, en cambio, van los diarios... En la *Tribuna* hallará dos artículos: uno reseña nuestra visita al Presidente; el otro trascribe el decreto de libertad de enseñanza, que nosotros comenzaremos a disfrutar desde su primer año...
>
> Los trabajos de instalación ya están terminados. Quedan por liquidar la sala del portero y un salón de recibo [hechos con pared francesa: una hilada de ladrillos horizontales, y otra de canto]. El cerco [del Colegio] costó 20.000 liras, y las pagó la señora [Josefa Errazquín] de Jackson. Su hermano proveyó el moblaje, que costó más o menos lo mismo, y lo demás poco a poco lo remediará la Divina Providencia.
>
> Con Lasagna visitamos al Gobernador o Presidente provisional [presumiblemente, el día 9 ó 10]. Nos recibió sin esperas ni antecámaras, a pesar de que había muchos que tenían audiencia. Como se trata de un Gobierno militar, impuesto por la fuerza, caminamos entre filas de bayonetas y de mostachos a la rusa..., pero todo este aparato intimida-

torio se diluyó frente a la cordialidad con que fuimos recibidos.[15]

[El coronel Latorre] abandonó su escritorio, y vino a sentarse junto a nosotros..., extrajo un paquete de cigarros y nos convidó *a la americana,* mientras él encendía el suyo y lo consumía delante de nosotros...

Hablamos de Turín, y manifestó el deseo de ver pronto en Montevideo un colegio de niños artesanos. Nos prometió todo su apoyo, y hasta mostró envidia de que Buenos Aires haya sido la primera en tener en ejecución un proyecto de tanta utilidad para los niños abandonados. *Gelosia di paese!...*

Quedamos de acuerdo en que uno de estos días vendría a Colón a devolvernos privadamente la visita... Lo esperamos para el domingo o para mañana 21. [El 21 era domingo...]

Le agradecimos los pasajes [de Burdeos al Uruguay] acordados a los Salesianos, y nos relató cómo los había obtenido. El Gobierno tenía cuentas pendientes con la Compañía del Pacífico, a la que reclamaba algunas multas por violaciones. Para darle un corte al asunto, y a modo de conciliación, pidió diez pasajes gratuitos para los profesores del Colegio Pío, y le fueron concedidos al instante.

El 2 de febrero se efectuará la inauguración solemne del Colegio, y se bendecirá la iglesia. El Obispo y lo más representativo del clero estarán ese día en Villa Colón, y el Presidente con su esposa harán de padrinos, como aquí se estila...

Don Lasagna está preparando el discurso inaugural. Le he indicado el mismo tema de San Nicolás: *instrucción y educación.* Con don Tomatis lo estamos ensayando *de tal manera que parezca un viejo español, y no un gringo recién venido.* [En español en el original.]

Hay ya inscritos unos treinta alumnos, y todos pertenecen a las principales familias de Montevideo... Entrarán después del 25 de este mes...

Todos los domingos solemnizamos la misa de diez, y cantamos motetes con gran gusto y concurso inmenso de los *villegianti.*

Una señora se ha puesto a recoger limosnas, con el fin de donar una campana para la torre de la iglesia, que domina *la lomita...* Otras familias regalaron cuadros y adornos, como alfombras, etcétera, de manera que nos estamos proveyendo señorialmente de cuanto necesitamos.

Nosotros ya les hemos regalado un confesonario, que Scavini realizó en pocos días... Deben de haber entendido... Párrocos y parroquias ya nos han pedido también confesonarios...

Parece que vendrán muchos alumnos de la campaña... Así, al menos, piensa el Obispo, que resolvió por su cuenta

que el Colegio Pío de Villa Colón sea *suo piccolo seminario*... Yo me hice el generoso, y lo nombré *dueño del Colegio*... Sin embargo, el Obispo piensa pagar la pensión de aquellos que vengan por orden del Vicariato. Además, destinó una habitación de su palacio para mí y para aquellos que deban ir a Montevideo, y para cualquier salesiano que aparezca. Y con la casa pone la comida...

* * *

El Colegio comienza a ingresar de a poco en la vida uruguaya. Los vecinos de Villa Colón; el gobernador, don Jacinto de Vargas; el joven secretario, don Emilio W. González; las familias de Uriarte, Horne, Guerra, Aurelio Fynn, Barreto Shaw, Evans, Castellano..., vienen a visitar el establecimiento contiguo, y a ponerse en contacto con los Padres. Entre ellos, gente sencilla, como el andaluz Diego Martínez, mayordomo de Fynn —famoso por sus jaurías (*perradas,* decían los criollos), y probablemente, primer habitante estable de la Villa, que tenía su ranchito donde hoy se encuentran las calles Monseñor Lasagna y Veraguas—, y la negra vecina, que acabó de cocinera en el Colegio, en varios interregnos.

A los Salesianos no les quedaba tiempo para conocer otros lugares, si no era el camino a la estación del ferrocarril, que recorrían en tranvía cuando debían realizar comisiones. Todavía las finanzas no daban para agenciar un carro.

Pero de a poco, la imagen de los palomares de la administración, de las cuchillas y los arroyos vecinos, del río Santa Lucía y de otras tantas cosas que los Padres descubrían conversando con sus vecinos, les iban poblando la imaginación.

* * *

El 13 de enero, el Obispo contestaba a la carta de presentación que le enviara don Bosco:

Rdo. P. Superior de los PP. Salesianos:

Al arribo de los PP. Salesianos a esta capital de Montevideo, me han entregado la carta de V. R. de que fueran portadores. Doy a V. R. las más expresivas gracias por los conceptos que tiene esa carta, y tenga la seguridad de haber prestado un servicio importante a este país ordenando la partida de dichos religiosos, hijos de V. R., para que se establezcan en él. La casa que poseen es de un porvenir con-

solador; será un germen de preciosos frutos, máxime estando distinguida y en gran manera honrada con el nombre de Nro. Smo. Padre Pío IX. Este nombre, que lleva anexas las bendiciones del Cielo, hará más seguros los ventajosos resultados para la religión y la sociedad que todos esperamos de esta naciente obra.

Ruego a V. R. me tenga presente ante Dios.

† JACINTO, *Obispo de Megara*
Vic. Apost.[16]

* * *

Enseguida, los acontecimientos se desencadenan. El 12 de enero, Latorre firma el decreto de libertad de enseñanza. Hasta ese momento, sólo se otorgaban autorizaciones para casos particulares, como cuando el presidente Pereira habilitó el colegio de los Jesuitas, o el ministro Tristán Narvaja autorizó el Liceo Universitario.

El hábil Gobernador, elegantemente conciliaba lo inconciliable: una publicitada aspiración de los anticlericales —léase Sociedad de Amigos de la Educación Popular— y las necesidades del primer internado religioso del país.[17]

Dice el decreto de Latorre:

Siendo la libertad de enseñanza un sagrado derecho individual que el Poder Público tiene imperioso deber de respetar y garantir, el Gobernador Provisorio de la República acuerda y decreta:

Artículo 1º — Declárase la libertad de estudios en todo el territorio de la República.

Artículo 2º — El Consejo Universitario someterá a la aprobación del Gobierno la reglamentación del decreto.

Artículo 3º — Quedan suprimidas en la Universidad las aulas de Filosofía, Matemáticas, Geografía General e Historia.

Artículo 4º — Deróganse todas las leyes y disposiciones que se opongan a la presente.

Artículo 5º — Comuníquese, publíquese e insértese en el L. C.

LATORRE
JOSÉ M. MONTERO (HIJO)[18]

El día 10, el diario *El Siglo* publica un aviso pago: "El Colegio Pío de Villa Colón se abrirá en los últimos días del mes de enero". Y el 12, *La Tribuna* comenta en la sección de los "Rumores del Día":

DEL ÁLBUM DEL COLEGIO PÍO (MONTEVIDEO, URUGUAY)



Foto original del Padre Santo Pío IX, conservada desde los primeros tiempos en la crónica del Colegio Pío.



Don Juan Zorrilla de San Martín (nacido en 1857), "el primer poeta nacional del Uruguay", católico insigne, fundador de *El Bien Público,* y gran amigo de Lasagna.



Ignacio Santi, ex suavo pontificio, que se preocupó por la suerte de los salesianos perdidos en Burdeos en 1876.

> El Colegio Pío, que se establecerá en estos días en Villa Colón, promete ser en breve uno de los primeros de América del Sud. No solamente cuenta con un número excelente de profesores, sino que tiene todos los elementos para establecer una escuela de artes y oficios.[19]

Y principia el desfile para la inscripción de alumnos. El 8 de febrero, el padre Cagliero afirma que ya entraron unos quince internos, y que después del Carnaval ingresarán los treinta matriculados restantes. "Son buenos y dóciles —añade—, pero diez veces más *vivos* que nuestros europeos..."

El 4 de marzo, *El Mensajero del Pueblo* puede informar que "el Colegio tiene ya el máximo de alumnos de que es capaz".

Los internos —anota Cagliero— son "hijos de las principales familias de Montevideo", y entre los externos *"hay muchos italianos"*. Los libros de la prefectura registran 109 inscripciones: dieciocho de alumnos externos, y noventa y uno de internos.

Cincuenta y nueve inscritos, son nativos de la ciudad de Montevideo; *veinte,* del interior del país —los más, hijos de estancieros—, y *dieciocho* nacieron en las inmediaciones del Colegio (en el Pantanoso).

Completan el número, cuatro italianos, un chileno, un argentino y seis sin anotación de origen.

El argumento de la extracción del alumnado arrastra importantes consecuencias: la constitución y el influjo del medio, sumados a la receptividad de los primeros Hermanos y Superiores, hicieron que los salesianos *uruguayos* fueran enseguida los más *acriollados de América...,* matiz que provocó sorda y prolongada resistencia entre cofrades.

* * *

Los primeros alumnos ingresaron el 30 de enero de 1877. El padre Migone anota en la monografía citada:

> Bien se puede afirmar que a mí y a mi hermano Ludovico nos cabe el honor de haber sido los primeros alumnos del Colegio Pío. Verdad es que en el momento de presentarnos, nos hallamos en la portería con otro joven, llamado [Carlos] Silva, que nos había precedido de algunas horas; pero como sólo nos acompañó pocos días, recayó en nosotros el honor...

* * *

El 29 de enero, fiesta de san Francisco de Sales, los Salesianos se dieron un gusto familiar. Capitaneados por el padre Cagliero, maestro de música nato, fueron a cantar misa solemne en la iglesia de las Salesas, situada en las calles Ibicuy y Canelones. La Superiora, descendiente de una conocida familia lombarda, los colmó de atenciones, y les rogó encarecidamente que asumieran la dirección espiritual del Convento.[20] Algo semejante ocurría con otras comunidades.

"Les respondí a unas y otras —escribe Cagliero— que *piano piano si va lontano...*"

* * *

Finalmente, llegó el suspirado y temido día del estreno. En esos tiempos, la Candelaria era fiesta de guardar. Por eso, el viernes 2 de febrero se inauguró solemnemente el Colegio Pío de Villa Colón.

Quedan para el recuerdo, varias reseñas de la fiesta. Las más completas son la carta de Cagliero a don Bosco fechada en 8 de febrero; la Crónica del Colegio Pío, y la versión de *El Mensajero del Pueblo* del 4 de febrero.

Habían prometido asistencia el Gobernador provisional y el Vicario Apostólico.

Desde temprano, la plazoleta que da al frente de la iglesia, bullía de gente venida de las estancias y chacras vecinas.

A las ocho partió de Montevideo un tren especial. El padre Lasagna quedó en el Colegio, para ultimar preparativos. Cagliero, con una victoria prestada por amigos, fue a la estación, y recibió a monseñor Vera, que venía con dos familiares: monseñor Yéregui y monseñor Estrázulas. Estaban, además, el Superior de los Capuchinos, dos Padres de la Compañía de Jesús, y el Superior de los Bayoneses.

Mientras tanto, arribaba directamente al Colegio, en representación del gobernador Latorre, el doctor José María Montero (hijo), ministro de Gobierno.

Cuando a las nueve y media el Vicario Apostólico comenzaba el rito de la bendición, la iglesia estaba repleta. Apadrinaban la ceremonia, por el Gobernador y su señora, el Ministro de Gobierno y la hija mayor de Fynn, Enrica María.

Enseguida celebró la santa misa el cura de Las Piedras, don Joaquín Moreno.

El padre Tomatis, Ghisalbertis y los demás salesianos, bajo la batuta de Cagliero, "se hicieron honor". Corearon fragmentos de la misa de María Auxiliadora, y estrenaron un motete de

Cagliero compuesto para la fiesta, cuyo texto, *O quasi arcus,* honraba a la Patrona santa Rosa de Lima.

Cumplido el ceremonial, todos ingresaron al Colegio, y ocuparon uno de los salones internos. El escenario estaba decorado por un gran escudo uruguayo, al que rodeaban ocho banderas nacionales y un notable retrato del papa Pío IX, con el escudo pontificio flanqueado por dos espléndidos ramos de flores.

Se entonó el Himno Nacional, y acto seguido ocupó la tribuna el juvenil director salesiano, don Luis Lasagna. En correcto castellano, coloreado de acento extranjero, describió al público la audiencia en la que el papa Pío IX bendijera la misión de los fundadores del Colegio Pío, y alabara con fruición a la nación uruguaya. Elogió, luego, la generosidad de los señores Lezica, Lanús y Fynn, y la avanzada sabiduría del Gobierno, que decretó la libertad de enseñanza. Enseguida, entró raudamente en el tema de las relaciones entre la educación y la instrucción. Después de entretener al auditorio con medulosas consideraciones, prometió unir los esfuerzos salesianos a los de los prohombres uruguayos, en la obra formativa de sus hijos. Y cerró su discurso con un párrafo bucólico:

> Apartados de los ruidos de la ciudad..., rodeados del silencio majestuoso de estos campos, bajo un cielo tan limpio, tan espléndido, nos será dulce sacrificar nuestra vida en pro de la querida juventud oriental...[21]

Una estruendosa salva de aplausos rubricó los conceptos del orador.

Clausuró la función el Ministro de Gobierno, que se manifestó "complacido por el acto de progreso y de patriotismo que acababa de cumplirse". Felicitó a la República Oriental por la inauguración del nuevo Colegio, dirigido por los Padres Salesianos, e hizo votos "por la pronta apertura de una escuela de artes y oficios, indispensable para los hijos del pueblo, y medio único para el progreso futuro del país".

A continuación se sirvió un refrigerio, oportunidad en que menudearon las felicitaciones al padre Lasagna. Todos querían testimoniar su aprecio al esfuerzo realizado para expresarse en correcto español, y más de uno manifestaba su admiración por el resultado.

—Si algún mérito hubo —respondía modestamente Lasagna—, se lo debo a mi ilustre maestro, el filósofo Balmes... Llevo meses leyéndolo atenta y repetidamente; en especial, su precioso librito *La religión demostrada al alcance de los niños...*

El Obispo y su comitiva almorzaron con los Salesianos en la modesta mesa del Colegio. El Ministro aceptó un convite en la villa de don Enrique Fynn.

* * *

Al día siguiente comenzaron las clases. Yéregui prosiguió sus gestiones para organizar una escuela de artes y oficios, tan grata a Latorre y a Cagliero.

Éste preparó su viaje a Buenos Aires. Adamo, que debía acompañarlo, entregó la cocina al coadjutor Bruno.

Cagliero no partió sin redactar una prolija carta, en la que narraba a don Bosco hasta las circunstancias más pequeñas de la fiesta inaugural. Y una vez terminada, se la mostró a Lasagna, que añadió al pie ocho renglones, los primeros que podía enviar desde América a su Padre y Superior:

> Hoy no pude disponer del tiempo que había reservado para escribirle; tengo, sin embargo, la esperanza de hacerlo mañana con una amplia carta, para que se alegre de nuestras buenas noticias... Mil gracias a María Auxiliadora, y también a usted, que tanto reza por nosotros.

Al día siguiente, 5 de febrero, escribió la carta que mencionamos al comenzar este capítulo.

* * *

Sin embargo, no todo fueron glorias. Un señor Miguel Jaume y Bosch, conocido polemista de temas pedagógicos, dedicó varios artículos críticos al discurso de Lasagna. Se publicaron en *El Maestro*, "Periódico Semanal de Instrucción y Educación", órgano efectivo de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular.[22]

Don Miguel, más que realizar prédica racionalista, se dedicaba a demoler iniciativas católicas. Así, el 11 de febrero, en la "Sección Doctrinaria", estampa unos "Comentarios a la libertad de enseñanza". Aunque tiene forma de artículo, su redacción confusa se resiente de estilo oratorio, y exhibe de cuando en cuando muletillas de conferenciante. Ataca duramente al doctor Soler, y finalmente dogmatiza:

> El Liceo Universitario y el Colegio Pío que acaba de abrirse *son auténticos, diametralmente opuestos a la doctrina esencialmente liberal...*

Pero el 18 del mismo mes, la diatriba tiene otro destinatario. La "Sección Doctrinaria" aparece encabezada por "Apreciaciones sobre el discurso del Dr. *Lasagne,* director del Colegio Pío de Villa Colón":

> Hemos *leído* el discurso del Dr. Lasagne [sic] *leído* en el acto de apertura del Colegio Pío de Villa Colón; decimos mal, hemos estudiado detenidamente este discurso que, a nuestro juicio, es nada menos que un vasto programa *jesuítico* en la República Oriental del Uruguay. El acto en que fue pronunciado este *elocuentísimo* discurso fue solemne...
>
> El humilde doctor *Casagne* [sic: Jaume es catalán], con sus siete compañeros, unidos y compactos, se presentan a la arena ardiente del combate, como rara vez les es dado presentarse a los hijos del *insigne* Ignacio de Loyola...

Y siempre en el mismo tono, llena cinco columnas de este número de *El Maestro,* y otras tantas del número que sigue, y se entretiene jugando, pareciera que sinceramente, con la confusión de que el Colegio Pío pertenecía a los Jesuitas, y por lo tanto, era merecedor de todos los lugares comunes referentes al tema. Así, por ejemplo, Jaume y Bosch afirma:

> El director del Colegio Pío no parece jesuita, sino demagogo... Rara vez los jesuitas dejan de ser elocuentes..., debo de hacer justicia al mérito de mi antagonista al sostener, casi con los mismos argumentos nuestros, la libertad de estudios... ¿Queréis ver un hecho de su poderosa influencia y activa propaganda...? ¿queréis ver un nuevo milagro de su poder...?
>
> Jóvenes que jamás abandonaron su patria, se presentan vestidos de negro, con un breviario debajo del brazo que parece ser todo su patrimonio. Y apenas ponen pie en esta hospitalaria República dicen que traen de la ínclita Roma a todos los ciudadanos de este país un saludo, una bendición de Pío IX. Y consiguen todo el dinero que quieren...

Finalmente, la toma con la influencia —nefasta, para él— del púlpito y del confesonario, sin olvidar en el decurso de su larga perorata algunas pullas al ministro Montero, de reconocida filiación liberal.

* * *

Unos días más tarde —viernes 9 de marzo—, el diario *La Tribuna* publica una respuesta del profesor Guillermo White.[23] En prosa difícil, White comunica a Jaume y Bosch que "a pesar de las relaciones de compañerismo y amistad..., nuestro diferente punto de vista respecto a doctrinas de enseñanza... hacen colo-

carme frente a frente..." Y enseguida aclara que los Salesianos nada tienen que ver con los Jesuitas; que es hora de que dejen en paz a los únicos cuatro Hijos de san Ignacio que viven en Canelones; que es innegable que la Compañía fue *palanca de la civilización*, y que resulta evidente que Jaume no combate la educación jesuítica, sino la católica.

En rigor de verdad, al espíritu fogoso de Lasagna no satisfizo la suave respuesta de White.

Jaume se encrespa por el desafío. Muy probablemente, *La Tribuna* debe de haberle negado espacio para la réplica, pues el día 11 reincide en peregrinas afirmaciones, que publica el semanario *El Maestro:*

> Nada nos maravilla que los padres jesuitas llegados de la ínclita Roma, tomen hoy en la República Oriental, no habiendo sido explícitamente *derrocado* [sic] su decreto de expulsión diversos nombres de P. *Selecianos,* Bayoneses, Escolapios y hasta simples seglares.
>
> Nosotros... hemos simplemente apuntado el peligro de esta nueva enseñanza y la prensa, quizá injusta, nos ha tratado de fanáticos, de ignorantes, de atrevidos..., nos ha coronado de espinas, cuando debíamos encontrar, sino un aplauso, al menos el mismo espacio para emitir nuestras ideas...

Y con variaciones sobre el tema siguió despotricando don Miguel hasta cerca del mes de octubre: una vez, contra Guillermo White; otra, contra los privilegios del Liceo Universitario y del Colegio Pío; otra, contra el espíritu de san Ignacio, contra el doctor Soler..., siempre contra algo o contra alguien.

* * *

El 8 de marzo, Cagliero se alejaba de las playas orientales, rumbo a Buenos Aires, y Lasagna comenzaba a navegar solo.

[1] Todo este capítulo ha sido redactado tomando como base —cuando no se diga otra cosa— las informaciones contenidas en la Crónica del Colegio Pío y en las cartas del padre Cagliero y del padre Lasagna a don Bosco. Son ellas: Lasagna a don Bosco, 5-II-1877 (cf. *Bollettino Salesiano*, Settembre 1877, págs. 3-4), y Cagliero a don Bosco, 6 y 20-I-1877 (ACSS., Turín).

[2] L. A. Pons. *Biografía...*, cit., pág. 9.
Monseñor Jacinto Vera, hijo de Gerardo y de Josefa Durán, nació frente al puerto de Santa Catalina (Brasil), en cuya parroquia de Nossa Senhora do Desterro fue bautizado, el 3 de julio de 1813. En ese momento, el Uruguay entero estaba levantado en armas para obtener su independencia (el *Grito de Asensio* se había producido el 28 de febrero de 1811). Artigas dirigía el éxodo

del pueblo oriental ante la invasión portuguesa, y Montevideo quedaba sitiado hasta el 23 de junio de 1814. Por eso, sólo en 1815 los padres de Vera se animaron a proseguir su interrumpido viaje, y desembarcaron en Maldonado. Años después, se trasladaron a Canelones (Toledo), donde creció el canario criollo don Jacinto.

[3] Ignoramos el menú de ese día; pero existen constancias orales y escritas de las graciosas peripecias sufridas al año siguiente por los clérigos Chiara Luigi, Gamba Giuseppe, Rota Pietro y Vergnano Alessandro, y por el coadjutor Cornelio Giovanni Battista, el 16 de diciembre de 1877, al tener que comer choclos en la mesa de monseñor Vera, el día de su desembarco en Montevideo. Nunca los habían gustado, ni se imaginaban que podía comerse la mazorca tierna del maíz.

[4] Don Bosco, con su nunca suficientemente ponderado espíritu de adaptación, quiso que sus Hijos, al viajar a Buenos Aires y a Montevideo, vistieran como sacerdotes americanos. No sabemos exactamente quién lo asesoró —sospechamos con fundamento que habrá sido el comendador Gazzolo— para confeccionar los fantásticos manteos y extraños uniformes que adoptaron sus Misioneros. Cuando Cagliero volvió a Europa, debió advertirle el error. (Véanse en esta obra las fotos de la primera, de la segunda y de la tercera expediciones misioneras; esta última, tomada en diciembre de 1877.)

Cf. *Argentina Salesiana*, págs. 9, 114 y 117 (Tall. Gráf. Buschi, Buenos Aires, 1952).

[5] Ni el acólito Espíritu Scavini, ni Ramón Daniele, que viajaron en la segunda expedición misionera, y don Bosco incluye en la lista de Villa Colón, vinieron con el primer contingente, que desembarcó en Montevideo el 26 de diciembre de 1876. Espíritu Scavini ingresó como personal del Colegio Pío en marzo de 1877 (cf. Crónica del Colegio Pío), mientras que Daniele permaneció en Buenos Aires. Cagliero decidió dejar a todos los pasajeros del *Iberia* en Villa Colón, y a los que ya estaban en Buenos Aires, en las Casas argentinas.

[6] Arch. Curia de Montevideo; L. A. Pons. *Biografía...*, cit., Apéndice N° 6, págs. 256.

[7] El viaje de Lasagna y sus compañeros había sido una odisea. Don Bosco se enteró de sus pormenores por cinco cartas que Lasagna le enviara: dos desde Burdeos, el 22 de noviembre y el 1° de diciembre de 1876; una de Lisboa, sin fecha; otra del 21 de diciembre, desde el 22° de latitud sur y 40° 38′ de longitud, y la última, desde Villa Colón, el 2 de enero del 77. (Cf. *Memorie biografiche*, vol. XII, pág. 698, y ACSS., 126, 2, a. 1876.)

Con esta información, y con los datos acumulados en la Crónica del Colegio Pío, se puede establecer el siguiente resumen:

1. Lasagna era uno de los candidatos propuestos por Cagliero para la dirección del Colegio Pío; pero ocupaba el tercer puesto.

2. En setiembre de 1876, don Bosco comunicó a Lasagna sus propósitos. Lasagna se derrumbó. Don Bosco le ofreció un plazo de veinticuatro horas para pensarlo; y vencido el emplazamiento, Lasagna se avino a los deseos del Santo. (Véase la carta del capítulo II, nota 31.)

3. Después de la visita colectiva a Pío IX (en el viaje a Roma les había faltado dinero) y de la despedida en Turín del 7 de noviembre (no acierto por qué el padre Álbera la pone en el día 12), los destinados a Buenos Aires se dirigieron a Génova. Los *uruguayos*, con Lasagna, apuntaron a Burdeos, adonde llegaron el 19. Pensaban que el *Poitou* zarpaba el 20. Pero el *Poitou* pertenecía a la Société Générale, y cumplía el recorrido Nápoles - Buenos Aires. Seguramente, el coadjutor Enría, a cuyo cargo estaban los asuntos relacionados con los viajes, había confundido el *Poitou* con el *Potosí*. Éste sí partía de Burdeos.

El trasatlántico inglés *Potosí* se había hecho a la mar el 18, casi a la vista de los viajeros, que ya habían advertido el error al paso por Niza. Debieron

esperar el paso del *Iberia*, quince días más tarde, y no disponían de dinero ni para tres días. Telegrafiaron a don Bosco: *"Bateau parti. Atendrons deux décembre. Logés Grand Séminaire. Tous bien. Envoyez argent.* — LASAGNA". Y se hospedaron en el Hotel de Toulouse, muy frecuentado por los católicos. Allí encontraron un hombre providencial: *Ignazio Santi*, ex zuavo pontificio, y dirigente gremial católico. Santi se llegó al obispo coadjutor, monseñor de Labouillerie —el cardenal Donnet estaba ausente—, y luego acompañó a los salesianos hasta los Carmelitas, que hospedaron a tres coadjutores (Ruggero, Ceva y Barberis); a los Pasionistas, que recibieron a dos (Giardini y Adamo), y a los Sulpicianos, que en el Gran Seminario se hicieron cargo de los clérigos y sacerdotes. Luego, realizó una colecta entre sus amigos, y logró fondos para salvar la situación hasta que llegó el giro telegráfico de don Bosco. (Cf. M. Fassio, *Fiori campestri*, cit. en la nota 9 de este capítulo.)

(Ignazio Santi había nacido en Betinoro. En 1865 fue a Roma, y se laureó en filosofía en el Colegio Romano. Luego, pasa a formar parte de la artillería pontificia, y lucha contra los garibaldinos durante la expedición de Mentana. En 1870 aparece en la defensa de Roma, con el grado de ayudante. Cuando entran los piamonteses, huye a Francia. En Burdeos promueve los Círculos Católicos de Obreros. Sólo retorna temporáneamente a Italia, en 1887.) (Cf. *All'amico Cav. Ignazio Santi* — Epistola di Mons. Gaetano Golfieri [Tip. Tiberina, Roma], dedicada de puño y letra a Lasagna el 18 de junio de 1888: Crónica del Colegio Pío.)

Digamos, de paso, que en esta ocasión Lasagna tuvo algunos desacuerdos con Gazzolo. Cuando se plantearon otros problemas con él en la Argentina, en Turín comenzaron a pensar que Lasagna había tenido razón y perspicacia.

4. Finalmente, embarcaron en el *Iberia* el 2 de diciembre, no sin antes pagar una modesta pensión a sus anfitriones. Los Carmelitas, nada quisieron aceptar. Los Pasionistas y Sulpicianos aceptaron algo casi simbólicamente. Saludaron al cardenal Donnet, que les regaló un ara para el altar y un volumen de sus obras. (Carta de Lasagna a don Bosco, del 1-XII-1876.)

De Burdeos a Lisboa soportaron una tempestad que los dejó de cama. Después, ya tuvieron ánimo para celebrar, y lo hicieron gracias al permiso previo del agente de la Compañía de Navegación en Burdeos, M. Davis, y a las gestiones de dos damas, una chilena y la otra peruana. El día 21 anclaron en Río de Janeiro. No descendieron; pero hicieron enviar un telegrama a Yéregui, para anunciarle la fecha de llegada. El día de Navidad, cumplieron los oficios religiosos en el salón de segunda clase.

[8] Cf. *El Mensajero del Pueblo*, en la Bibl. Nac. Montevideo.

[9] El padre Miguel Fassio dejó dos documentos: una carta al padre Moratorio del 23-VIII-1917, a la que corresponde la cita, y un librito: *Fiori campestri* — Poesie educative per accademie e circostanze varie, con alcuni cenni intorno alla vita del autore (Torino, via Cottolengo 32, a. 1928) (249 páginas dactilografiadas, de 30 por 22,5 cm.). El volumen archivado en el Colegio Pío, está dedicado al doctor Luis Pedro Lenguas.

[10] El padre Montero y Brown anota que don Lorenzo Fioroni, viejo albañil de pipa ennegrecida, llegado a Villa Colón el 4 de agosto de 1884, le narró el 29 de enero de 1937: "La cocina primitiva era de tablas. Estaba en el mismo lugar de hoy. Yo la hice de material..." Fioroni tuvo un hijo sacerdote salesiano, y una hija religiosa de María Auxiliadora.

[11] M. L. Migone, *Tres obispos...*, cit. (Segunda Parte: *Monseñor Luis Lasagna*, pág. 4).

[12] Original de esta carta, en el ACSS.

La señora de Jackson había donado, entre otras cosas, diecinueve camas, sillas, útiles de cocina, etcétera. Don Francisco José Benítez —intendente de San Nicolás de los Arroyos, provincia de Buenos Aires— era el gran benefactor

civil de los Salesianos en la Argentina, y Ceccarelli, el gran cooperador eclesiástico, desde su parroquia nicoleña. Añadamos, de paso, lo que el padre Gamba siempre contaba: doña Josefa Errazquin de Jackson gustaba de repetir, refiriéndose al cerco o tapia que hiciera construir: "Yo les hice el corralito a los Salesianos".

[13] La autorización del Liceo Universitario es del 26-I-1876. (Cf. J. M. Vidal, *El primer arzobispo...*, cit., tomo I, pág. 70.)

[14] La Società G. B. Lavarello, con domicilio en Misiones 50, era "una linea mensile fra Genova e il Rio della Plata, con vapori del Regio Servizio Postale Italiano..." (Cf. *L'Era Italiana,* Montevideo, settembre 1881, en la Bibl. Nac. Montevideo.)

[15] El diario vespertino *La Tribuna* del 10 de enero consigna entre los "Rumores de Última Hora": "Se ha presentado una propuesta para la fundación de una escuela de artes y oficios..." Esta información, adosada a la que el día 12 (Nº 5.459) publica el mismo diario, completa el cuadro: "La propuesta le fue hecha al gobernador Latorre por los Salesianos".

El artículo citado de *La Tribuna* continuaba: "Sería de desear que el Gobierno le prestara su apoyo a ese establecimiento [de artes y oficios] que nos consta le ha sido pedido. Para evitar alarmas, diremos desde ya que lo único que se solicita de la Nación es un pedazo de tierra fiscal para construir un colegio que honrará a la Patria. El coronel Latorre que se preocupa del bien general debe prestarle su más decidido concurso a los directores de ese establecimiento que son unos jóvenes sacerdotes llenos de mérito y de ilustración y que no tienen más ambición que la de educar al pueblo y salvar del abismo de la ignorancia a ese sinnúmero de muchachos que vagan por nuestras calles sin medio alguno de subsistencia".

Información parecida consigna *El Siglo* del 13-I-1877. (Véanse estas publicaciones en la Bibl. Nac. Montevideo.)

[16] *Memorie biografiche,* vol. XII, pág. 698, doc. Nº 49.

[17] *El Maestro* ("Periódico Semanal de Instrucción y Educación" — Director, Dr. D. Juan Álvarez; Gerente, J. M. García), año III, tomo IV, Nº 87, Montevideo, 11-II-1877 (Bibl. Nac. Montevideo).

[18] *La Tribuna,* ed. 12-I-1877.

[19] Bibl. Nac. Montevideo.

[20] *El Mensajero del Pueblo,* ed. 28-I-1877.

[21] Hé aquí el texto completo del discurso pronunciado por el padre Lasagna en la inauguración del Colegio Pío:

"Ilustrísimo señor; Excelentísimos señores; Señores: Antes de emprender el viaje que nos trajo a esta tierra, fuimos a Roma a postrarnos a los pies del Padre Santo, el inmortal Pío IX, quien tuvo para nosotros palabras ternísimas de cariño y de animación. Y la voz de ese venerable anciano tomaba un acento más y más afectuoso y animado, al recordar las suaves impresiones que recibiera al pasar por estos países, objeto siempre de su predilección, y concluyó diciéndonos:

"—Id, mis amados hijos. Os envío a un pueblo muy querido para mí. El Señor os acompañará, y allá encontraréis almas generosas. Decidles que yo las amo y las bendigo...

"Este noble y lisonjero mensaje, señores, me contempla feliz de poder anunciar en circunstancias tan solemnes, en presencia de los personajes más eminentes y conspicuos de esta República.

"Sí, señores; yo traigo de la ínclita Roma, a todos los ciudadanos de esta República, un saludo, una bendición de Pío IX, de él, que, quiéranlo o no lo quieran sus enemigos, es la figura más bella, más simpática, más grande del

siglo XIX; y esta bendición en modo especial para el ilustrísimo y muy celoso prelado, monseñor Jacinto Vera; para el valiente Jefe del Estado, y para todas las familias que muy generosamente se interesaron por el establecimiento de este Colegio, que se gloría altamente de llevar su nombre.

"Ciertamente, la consideración en que teníamos de lejos a este país tan alabado por Pío IX, era grande, y grandes eran las esperanzas que habíamos concebido de él; pero tengo que confesar, con el corazón conmovido, que las impresiones recibidas al llegar, fueron mucho más grandes. Apenas hubimos puesto nuestro pie en tierra, nos vimos rodeados y colmados de tan grandes finezas y sostenes, que ahora, debiendo valerme de esta feliz circunstancia para rendir a todos, en nombre de mis colegas, los debidos agradecimientos, así me hallo embargado por la emoción. Nosotros solos podemos apreciar la grandeza de estos beneficios. Jóvenes aún, que jamás habíamos abandonado nuestra patria; necesitados de indulgencia, de guía y de consejo, temíamos ser recibidos con la desconfianza con que se recibe a los desconocidos. Pero no fue así. No habíamos aún pisado las venturosas playas de esta hermosa tierra, cuando ya nos tendía sus brazos un hombre de ánimo grande y generoso, que desde entonces vino a ser, no sólo nuestro amigo y bienhechor, sino también nuestro padre, nuestro afectuosísimo padre. Señores, el nombre del esclarecido y virtuosísimo obispo nuestro, don Jacinto Vera, sonará siempre entre estas paredes, y en el fondo de nuestros corazones, reverenciado y tiernamente amado.

"Pluguiese a Dios que pudiera, sin ofender su modestia, nombrar y alabar públicamente tantos corazones generosos, que a porfía socorrieron con admirable desinterés nuestra empresa, suministrándonos toda clase de medios para que nosotros pronto y con fruto pudiéramos cooperar al progreso científico y moral de esta República del Uruguay, que desde ahora debe ser —y será, sin duda— nuestra muy querida patria.

"Sin embargo, si mi inexperta palabra no se atreve a celebrar méritos tan grandes, con más elocuencia hablan los mismos hechos. Hablan este sitio tan magnífico; este templo y soberbio edificio que los señores Lezica, Lanús y Fynn levantaron y generosamente ofrecieron para consagrarlos como santuario de la ciencia y de la virtud; habla todo lo que tenemos, todo lo que nos rodea, testimonio eterno de la cristiana caridad y del verdadero amor patrio de algunas ilustres familias que son la honra de este país, y cuyo nombre quedará para siempre grabado en nuestro corazón.

"A este punto, señores, sería justo y muy debido que mi palabra se dirigiese animada y muy grata a la persona ilustre que rige los destinos de esta República. Ninguna consideración puede dispensarme del deber de agradecerle muy vivamente el favor grandísimo con que cooperó a nuestra venida, y ahora honra por medio de su Ministro la inauguración de este Colegio. Además, en estos mismos días hemos visto con suma complacencia una disposición que a todos los sabios desapasionados arranca admiración y aplauso. Alabo, señores, el decreto, dictado poco ha, sobre la libertad de enseñanza. En las naciones mismas que se precian de más civilizadas y progresistas —en Italia, Austria y Alemania, y en la Francia misma— se combate con ardor desde medio siglo para obtener de los Gobiernos lo que no es un favor, un privilegio, sino un derecho sacrosanto de la humanidad. Y aún no se han vislumbrado tampoco los primeros albores del día venturoso en que puedan disfrutar de esta libertad tan preciosa, tan fecunda, ya de excelentísimos resultados en la libre Inglaterra, en Bélgica y en los Estados Unidos; la libertad, digo, que el Excelentísimo Señor Gobernador acaba de proclamar en su patria con palabras francas, sinceras y hasta entusiastas.

"¿Quién no aprecia esta libertad, en la cual está incluida como en embrión todo el conjunto de las demás libertades, reconociendo ésta en cada uno y todos los padres el natural derecho y deber de dar a sus hijos la educación que más aprecian, y en los profesores ilustrados, el derecho de seguir en la enseñanza el método y los textos por su estudio y experiencia reconocidos más eficaces? Y ¿quién no ve que esta libertad, además de aminorar los gastos al Estado, llevará consigo la inapreciable ventaja de dar impulso en la enseñan-

za a una noble emulación, que infaliblemente debe redundar en beneficio inmenso de la instrucción del país?

"De aquí se sigue que todos los hombres de buen sentido que, a pesar de cualquiera injusta preocupación, aprecian y quieren la verdadera libertad, por el bien, por el progreso del país; todos no pueden menos que alabar la prudencia civil y la lealtad del Gobierno, que tan venturosamente cuidó y aseguró el provecho y el lustre de los estudios patrios.

"En efecto, la educación e instrucción son de una importancia suprema para un pueblo, son su más precioso caudal, su tesoro más envidiable. Los filósofos antiguos, con expresión tan enfática como verdadera, llamaban unánimes a la sana instrucción *el segundo sol del linaje humano*. Considerad, señores, la tierra iluminada, calentada, fecundada tan admirablemente por el Sol, ¡oh, cómo quedaría ella si le faltara de improviso el rayo benéfico del astro rey, alma y vida de la naturaleza! ¡Qué tinieblas, qué fría esterilidad por doquiera! ¡Qué muerte universal, horrorosa sólo al pensarla!... Y bien; un pueblo sin instrucción que lo ilumine en la senda del progreso, que lo caliente en el camino del deber y de la virtud —en la ruta de la gloria, como dice un gran poeta—, es un pueblo de cadáveres, y su patria, una vasta tumba, ignorada o menospreciada de la historia, que no se ocupa de él, o sólo para señalarlo con el título abominable de bárbaros...

"Pero, señores, la instrucción que no se base sobre los dictámenes inmutables y sacrosantos de la justicia y de la religión; o, más claro, la instrucción sin educación civil y religiosa, sería más que un error: un funestísimo crimen. ¡Y de este crimen contra la familia y la sociedad no seremos cómplices nosotros jamás! Y de este nuestro propósito, señores, os sea garantía el nombre augusto de Pío IX, con el cual se adorna este Colegio; os sea garantía el nombre del religiosísimo Colón, del que se gloría esta hermosísima Villa.

"Mientras en este Colegio se enseñará toda ciencia, y toda se aprenderá, ¿por qué no enseñar a los niños las purísimas y sublimes doctrinas de la religión de nuestros padres; de la religión que destruyó la esclavitud, que bautizó la libertad, que creó los ingenios más grandes, que inspiró el genio asombroso de Dante, de Miguel Ángel, de Colón, de Camoens, de Balmes, de Bossuet y de todos los que forman el orgullo del linaje humano, y que, en fin, es la columna inconmovible del orden civil y moral, que hace sabios y felices a todos los hombres?

"Para justificar nuestra enseñanza, tendríamos muchísimas razones irrefutables; pero sólo os diré que el mismo impío filósofo Jouffroy llama al catecismo cristiano *el compendio de la más sublime filosofía*, donde se encuentra adecuada contestación a todas cuantas cuestiones tocan de cerca al género humano *(Mélanges philosophiques)*. El impío Diderot enseñaba él mismo el catecismo, este áureo librito de la fe cristiana, a su hija querida. Voltaire conjuraba a los padres a educar la generación de los adolescentes en el Evangelio de Jesucristo (Av., tomo XXXIV, pág. 175). Víctor Hugo, el corifeo de los incrédulos modernos, subyugado por la fuerza de la verdad, exclamaba que merecían ser arrastrados ante los tribunales todos los padres que hacen instruir a sus hijos donde se descuida o se combate a la religión. Y en fin, el protestante Guizot en las cámaras de diputados muy claramente sentenciaba que el progreso intelectual, junto al moral y religioso, es excelente. Él se convierte en principio de orden, de regularidad, y al mismo tiempo viene a ser un manantial de prosperidad y de grandeza para la sociedad. Por el contrario —siempre según palabras de Guizot—, el progreso intelectual sin el progreso moral y religioso se convierte en principio de orgullo, de insubordinación, de egoísmo, y por consiguiente, un peligro para la sociedad.

"Luego, si de esta manera piensan y hablan de la cristiana educación los impíos, ¿qué debemos pensar nosotros, y qué los filósofos cristianos y los sabios?... El célebre Donoso Cortés, después de presentar como una locura la pretensión de crear con las solas fuerzas de la razón emancipada de la religión, un sistema de educación, una ciencia, una moral sin Dios y contra Dios, acaba llamando a esto un tremendo delirio que a los mismos gentiles hubiera espantado; delirio

tremendo que enloquece las cabezas y corrompe las inteligencias y los corazones de los hombres, y prepara a la patria y a la sociedad entera días de lágrimas, catástrofes de sangre...

"Pues, señores, contando con vuestro sufragio y confiados en vuestra generosa indulgencia, os prometemos unir nuestros esfuerzos a los de tan ilustres profesores como son los que honran a esta República, para preservar los hijos de vuestra patria del contagio de la depravación intelectual y moral, y apacentarlas con gran amor y cuidado, de doctrinas saludables. Apartados de los ruidos de la ciudad, sin otra ocupación y pretensión; rodeados del silencio majestuoso de estos campos; bajo un cielo tan limpio, tan espléndido, nos será dulce sacrificar nuestra vida en pro de la querida juventud oriental.

"No tenemos más que una sola y única ambición, y la ciframos en formar con esmero y constancia vuestros hijos sabios, virtuosos, ilustrados; tales, en suma, que sean un día el sostén, el adorno, la gloria de sus padres, y de esta joven e inmortal República.

"¡Dios bendiga y corone nuestros votos!

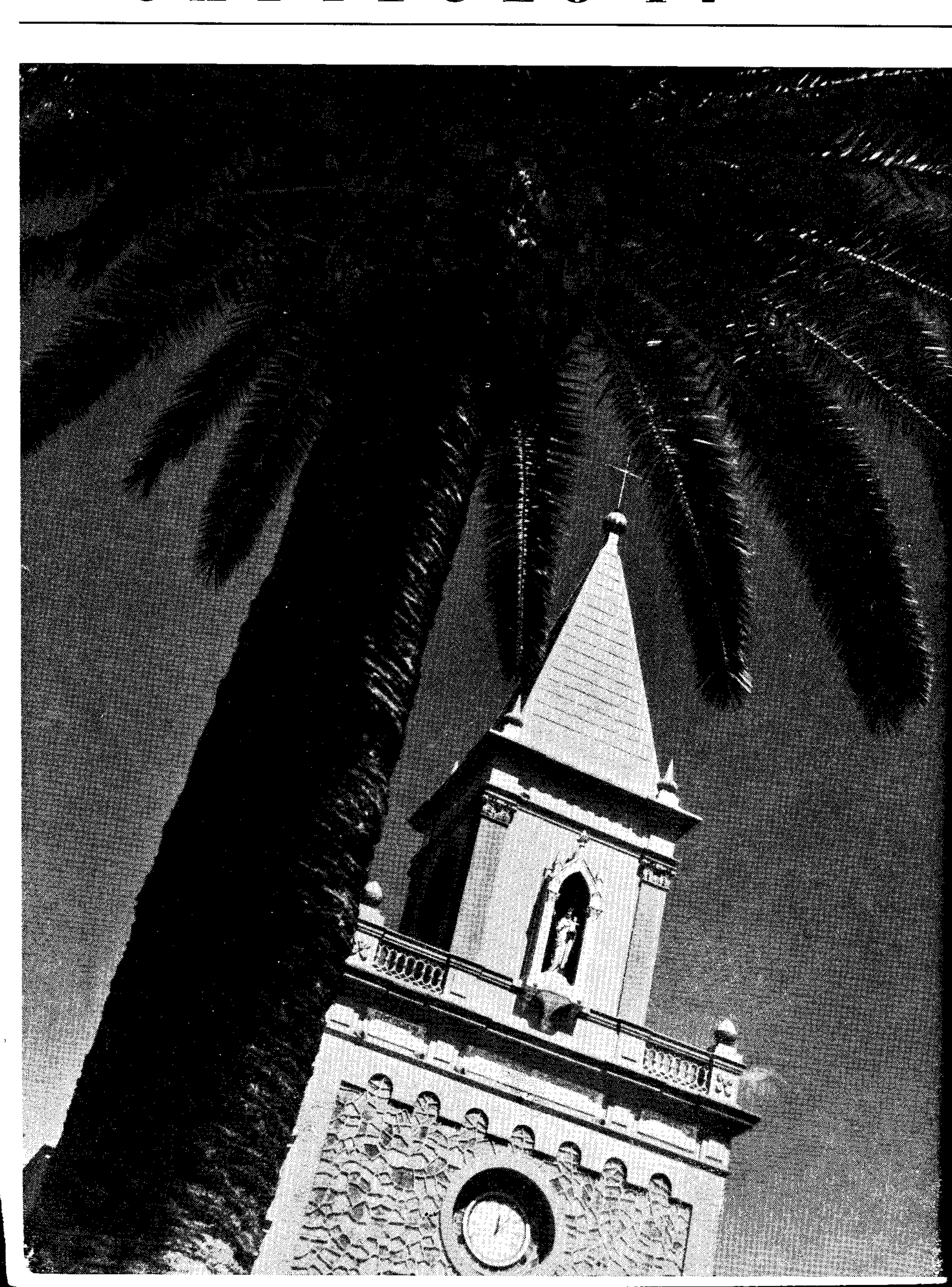
"He dicho."

El original, todo de puño y letra de Lasagna, con correcciones propias y alguna que otra de Cagliero —todas idiomáticas, excepto la que incluye los nombres de Lezica, Lanús y Fynn—, se halla en el ACSS., 273, 32, cuaderno 16.

[22] *El Maestro,* año III, tomo IV, Nº 87, Montevideo, 11-II-1877. Además, Nros. 88, 89, 91, 92, etcétera.

[23] *La Tribuna,* de Montevideo, 9-III-1877.

CAPÍTULO IV



El Colegio Pío

Tu imagen, oh Padre, será en nuestra vida
la luz de las alas de un ángel guardián.
Tu nombre, la santa canción repetida
cual una sagrada reliquia de hogar.

ARTURO E. MOSSMAN GROS, S.D.B.,
Juventud, junio de 1926.

NADA MÁS AUTÉNTICO que la pluma del ya mentado padre Mario Luis Migone, testigo presencial del suceso, para asumir la responsabilidad de bosquejar las escenas del nacimiento del Colegio Pío. Leamos sus recuerdos:

> Al día siguiente de la fiesta inaugural se iniciaron los cursos... Las amistades ya formadas, el trato paternal de asistentes y maestros, el interés despertado por los estudios, y, sobre todo, el ambiente familiar..., contribuyeron más que la disciplina y el reglamento a encarrilar el tren escolar en las vías de la regularidad.
>
> La familia... estaba dividida en tres secciones: mayores, medianos y menores. Cada una disponía de un patio para el recreo, así como de asistentes especiales... El padre Lasagna era el lazo de unión entre las secciones, y muy pocas veces se daba el caso de que no se encontrara en alguna de ellas, departiendo familiarmente [con los alumnos] durante las horas de recreo.
>
> Era tanto el cariño que había sabido despertar, que, no bien lo veían venir, corrían todos a su encuentro para saludarlo y besarle la mano... Daba muestras inequívocas de oír a sus pequeños interlocutores con el mayor interés, y hasta seguía todos sus movimientos con los ojos, como si quisiera penetrar dentro de su alma... Por esto, sus respuestas eran acertadas y convincentes.
>
> El singular cariño que el padre Lasagna había sabido despertar en sus alumnos, poco tardó en convertirse en amor y veneración. Lo que más contribuía a darle ese dominio so-

← Vista frontal de la torre de la iglesia de Santa Rosa del Colegio Pío de Villa Colón.

> bre los corazones juveniles, eran sus pruebas de afecto, su sencillez, su afabilidad, su rostro siempre risueño..., todo su modo de ser.
>
> Siempre que se hallaba en el Colegio, al llegar las horas del recreo abandonaba su habitación, situada en el piso alto, y bajaba al patio para entretenerse con los alumnos, y no pocas veces, para tomar parte en sus juegos. Todos los de uso común le eran familiares, y en algunos desplegaba la pericia de un profesional.
>
> Su diversión favorita era, sin embargo, la pelota. Si llegaba tarde al patio, o por cualquier otra razón no tomaba parte en un partido, buscaba un buen punto de observación, y, acompañado de un grupo de entusiastas, seguía con el mayor interés las alternativas de la lucha. Sus palmoteos y risa clamorosa solían seguir al lance afortunado y a la victoria final, aunque la obtuviera el adversario.
>
> La buena inteligencia, y casi diría la familiaridad, entre profesores y alumnos, llamaron gratamente la atención de los educandos, y aun de cuantos eran, por primera vez, testigos de ella. Yo me había formado un concepto muy distinto de la autoridad, creyendo que la confianza y el trato familiar menoscababan la dignidad de la persona que los permitía...[1]

* * *

Tal vez, el relato del padre Migone pudiera defraudar a alguno. Pero si recorremos los informes de otros testigos, descubrimos al instante que todos caen en idéntico defecto, recurren al mismo lugar común. Comienzan a reseñar la historia del Colegio, e insensiblemente derivan el tema hacia un único centro de interés: la persona del Director.

Ciertamente, la semilla del Colegio Pío germinó al amparo de un gran jardinero. Tan grande, que sus vidas se confunden.

Cuando al distinguido profesional uruguayo doctor José Irureta Goyena le solicitaron impresiones acerca del Colegio, que cumplía el primer cincuentenario, arrancó directamente a hablar de Lasagna. Y dijo así:

> Me conocía a fondo... No he logrado olvidar mi primera conversación con él, al día siguiente de mi entrada al Colegio, sentado a su lado en un banco del jardín, en una tibia tarde de otoño. Tenía yo necesidad de que alguien me comprendiera, y él supo hacerlo tan bien, sin dármelo siquiera a entender...
>
> Era un hombre muy afable, muy bondadoso, muy atrayente, y de una extraordinaria distinción. Hijo del pueblo,

de origen quizá muy humilde, tenía las maneras de un gran señor, sin el dejo de altivez que suele acompañar al señorío.[2]

En el mismo sentido se expresa el doctor Luis Pedro Lenguas:

[Lasagna] con admirable delicadeza sabía atraerse el corazón de todos los que tenían la dicha de tratarlo, y más aún el de sus discípulos, los que abandonábamos, muchas veces, los juegos y placeres infantiles, por ir, prendidos de su brazo y pendientes de sus labios, por aquellos queridos corredores del Colegio Pío, extasiados en su conversación amena, que variaba desde las cuestiones más serias y de verdadero interés científico, hasta los tiernos relatos de la preciosa vida de don Bosco.

Simpático, afable, cariñoso hasta la ternura, atrayente como un imán, virtuoso como pocos, sabio como el que más, así era...

Han pasado muchos años; pero los recuerdos de mi vida en el Colegio Pío jamás se borrarán de mi mente.

¡Con cuánto amor y ternura no recibía las confesiones infantiles de sus hijos! ¡Con cuánta amabilidad y cariño no infundía en el alma el amor grande a Jesucristo y el horror al pecado!...

Amaba a todos sin excepción. Pendiente de sus labios estaba siempre una frase cariñosa, una palabra de aliento, que prodigaba de un modo encantador.

Fue, como maestro, un hombre nutrido de ciencia, revelándose en él una preparación poco común. Cerebro bien preparado para la concepción y la creación, trasmitía con sencillez sus ideas, y cultivaba con lucimiento las jóvenes inteligencias de sus discípulos.

No descansaba en hacer comprender a éstos que la verdadera ciencia debe tener por base y fundamento a Dios, porque sólo en Dios existe la verdad.

Cuantas veces los áridos estudios abatieron nuestros ánimos, cubriendo con decepciones y tristezas nuestros juveniles horizontes, siempre encontramos en el maestro cariñoso el bálsamo suave del consuelo, que trocaba aquéllas en esperanzas y éstas en alegrías.

Considerado como amigo, difícilmente se encontraría mano más cariñosa ni pecho más franco.

Una vez separado el discípulo del maestro, vinculábanse más los lazos de la amistad, que se cultivaba con esmero, interesándose, tanto él en la vida de los que fueron sus hijos y hoy eran sus amigos, como éstos en la vida del padre, del maestro, del que fuera siempre su mejor amigo...[3]

Y siempre, tras las apreciaciones desfilan las anécdotas. No

importa que ellas sucedieran en 1877 o en 1885. Todas van a añadir matices y tonalidades peculiares a la figura del gran Director. Así aparece la imagen del niño pequeño que ha venido a visitar a sus hermanos internos, y gimotea por la pérdida de una gorra que ha olvidado en alguna parte. Lasagna le encasqueta graciosamente un birrete eclesiástico. La madre sacude la cabeza: no le veía al niño pasta de cura, y lo dice sin ambages. Curiosamente, años más tarde, después de muchas aventuras en la vida y en la fe, el niño del bonete llegaría a ser el padre Suárez, capellán del Hospital de la Caridad.

Su comprensión legendaria se materializa en la historia del niño que llora desconsoladamente el alejamiento del hogar, y alega por excusa la de no poder montar su petiso..., y ahí, no más, Lasagna pone a su disposición uno de los dos caballos de la escuela, para un diario paseíto. O la del profesor salesiano, objeto de una reprensión por su renuencia a cumplir algunas obligaciones piadosas, y a quien, sin embargo, al ser interrumpida la reprimenda por la entrada de un visitante prominente, elogia sin retaceos en lo que tiene de elogiable. Episodio, este último, revelado por el reprendido.[4]

* * *

Este fenómeno de simbiosis que todos suponen, exige anteponer al estudio del desarrollo y de la problemática del establecimiento, un detenido examen de los valores de la personalidad del padre Lasagna, que hizo el Colegio Pío a su imagen y semejanza.

Comencemos por la figura que se forjaron sus niños. El padre Migone así lo pinta:

> ... de elevada estatura, erguido el cuerpo y de buena presencia, cabello bermejo y corto, rostro enjuto y encarnado..., diestro y preciso en el deporte..., profesor de literatura y filosofía sencillo, claro y ameno... Comunicaba tal admiración y entusiasmo por los clásicos españoles, que no bastaban las horas de clase para satisfacer la curiosidad de saber... Orador, a veces, notable; narrador sugestivo... Siempre, conversador maravilloso..., educador y apóstol discreto y ferviente...[5]

Esa apariencia que veían los que lo rodeaban, era la envoltura de una inclinación natural hacia las cosas espirituales, enjoyada con una delicadeza y finura que llegaban al idealismo. Pero cohabitaba en la misma naturaleza una sensibilidad física extrema, rayana en agresiva sensualidad.[6]

Dentro de esta alma, con inclinaciones temperamentales tan contradictorias, deben de haberse producido hondos conflictos espirituales, recias luchas, fuertes tempestades.

Pertenecía a esa categoría de personas que tienen imperiosa necesidad de dar y recibir cariño..., y que sienten, al mismo tiempo, vehementes simpatías y antipatías.

Amigo cordialísimo de los que secundaban sus afectos y deseos, era a veces comunicativo hasta el exceso. Pero la susceptibilidad y el resentimiento pudieron intentar más de una vez apoderarse de su espíritu; sobre todo, frente a la contradicción. Como su estado de salud favorecía por momentos las flojeras de voluntad, el ritmo de acción y de actividad, su capacidad realizadora rápida, veloz, ardorosa y entusiasta, experimentaban bruscas interrupciones, caídas repentinas en pozos de apatía.

Un gran espíritu de generosidad —no de despilfarro y derroche, sino del que goza en prestar algún servicio— lo impulsaba a otorgar favores, aliviar penas, disimular defectos y limar asperezas.

Estaba dotado de vivísima fantasía. Un episodio, una noticia..., accionaban como un impulso electrónico, y se abría ante sus ojos un abanico de posibilidades que le daban ribete de visionario. Sin embargo, era ordenado y preciso. Disponía de especiales aptitudes para examinar méritos, y de la necesaria amplitud de visión y pensamiento, como para dividir y ubicar las cosas en su grado y orden, según los valores descubiertos por un juicio crítico certero y desapasionado. Tenía claro sentido planificador. Sabía hacia dónde iba, y de qué medios valerse.

Naturalmente individualista —tanto por herencia biológica, como por formación adquirida—, asumía ante el mundo una actitud de adaptación no auténtica. Su personalidad definida se resistía a mimetizarse en el propio ambiente. Pero compensaba esta tendencia, frente a la necesidad de integración, con el poder espiritual e intelectual de insinuarse eficazmente en el alma ajena, y escudriñar los recovecos de su espíritu, para ofrecerle las actitudes y posiciones más convenientes. Fue así como logró que en el Uruguay salesiano nunca hubiera un brote de animosidad antieuropea por parte de los nativos. Cosa nada fácil en comunidades mixtas.

Su bonhomía —a veces, simple e ingenua— equilibraba y velaba una fina sagacidad de político. A pesar de su abundante capacidad de enojo, dominaba el arte de seducir, y de captar simpatías.[7]

Sensibilísimo como era a las ofensas, sufría raptos pasa-

jeros de malhumor y de desánimo. El epistolario con sus íntimos —don Bosco, don Rúa y Cagliero— está lleno de amargura. Pero se esforzaba por recuperarse con rapidez, aunque en el fondo era poco indulgente con quienes lo contradecían. Por eso, muchas veces exageraba tanto alabanzas como vituperios. Con el tiempo, todo lo suplía con un *imbecille!...*, que tanto servía de calificativo como de muletilla, y con el que tanto apuntaba a sí mismo como a los demás. Cuenta una risueña tradición que siendo Lasagna novel obispo, jóvenes clérigos apostaban sobre el número de *imbecilli* que se le escaparían al Prelado durante el primer pontifical.

Esta rica y contradictoria naturaleza tenía que matizar la obra de sus manos con tonos y tintas peculiares.

Su salud física endeble —afectada por una serie de problemas renales y artríticos— y sus características síquicas, habían producido ruidosas explosiones en la vida de estudiante.

Cuando alumno en el Oratorio de Turín, un buen día lo deprimió una contrariedad, y en un arrebato compensatorio escapó del colegio. Se requirió toda la autoridad moral de don Bosco, extraordinario balanceador de valores, para que los Superiores accedieran a reaceptarlo.

Más tarde, como profesor de retórica en Lanzo (1872-1873), había desplegado una actividad y un celo incomparables; pero también había sufrido desencantos: Sentíase irritado con algún Superior; le dolían las habladurías que acerca de su madre, viuda y casadera, habían corrido por el pueblo; había perdido su hermano; sus parientes lo esperaban como administrador de los bienes paternos; algún eclesiástico lo tironeaba para la diócesis de Casale... Con estos conflictos revolviéndole los nervios lo encontró la fecha de su profesión perpetua; titubeó seriamente, y no se sintió dispuesto a seguir en la Sociedad. Cuando triunfó la reflexión, se entregó totalmente a sus ideales.

Reacciones y dudas semejantes debió de padecer cuando don Bosco, que no acostumbraba mandar imperativamente, le pidió que reflexionara sobre la oportunidad de ir a fundar el nuevo colegio de Montevideo.[8]

* * *

Todo este enorme y desordenado potencial, sólo podía ser encauzado por una poderosa vida sobrenatural. A primera vista, según el informe del padre Turriccia del 20 de abril de 1897, *no aparecía en él nada de extraordinario*, fuera de la puntualidad

y cumplimiento de todas las prácticas religiosas comunitarias. No tenía Lasagna esa envoltura ascética que viste tan bien al santo, y que gusta a los angelistas..., aunque se trate de una característica biotipológica común a hombres austeros, a sádicos asesinos y a fríos calculadores.

Fue siempre hombre de vida pública; y a pesar de sus achaques, gozaba de una apariencia vital. En él, como en las nuevas ciudades, la seguridad no dependía de las murallas, sino de la riqueza espiritual de su persona.

Una espiritualidad medular inerva cualquier situación y cualquier físico. Y la suya se nutría en convicciones profundas, y en una vida sacramental tierna y sentida.

La Cruz, la Eucaristía, una sensible devoción a María Auxiliadora y el amor a los demás, eran las cumbres más visibles de su fuerte cordillera interior. El amor de Dios y su gracia perfumaban todos sus absorbentes trabajos. Y aunque oyera el susurro del orgullo y de la ambición humana, que tenían fuertes raíces en su naturaleza; quemaba sus días y sus horas en la salvación de sus hermanos, los hombres.

Con fe profunda y amor ardiente, ponderaba todo lo humano, sostenía su nervioso accionar, y trataba de vencer sus terribles depresiones. Una lucha constante para purificar la rectitud de intención, trataba de corregir continuamente la deriva.

Su asiduidad en frecuentar el sacramento de la Confesión no respondía sólo a un precepto reglamentario sin contenido, sino a un espíritu penitencial..., mejor ejercitado cuando le resultaba duro —y hasta, a veces, repugnante— confesarse con subalternos mucho más jóvenes que él.

El cultivo de la virtud de la penitencia se manifestaba, también, en el respeto meticuloso de las reglas y normas, a las que apreciaba con valor instrumental; en una sobriedad notable en la comida y en la bebida, y los viernes florecía en el uso del cilicio —cinturón tejido de alambres puntiagudos que se guarda como reliquia en el Museo de Villa Colón—, y que se hincaba por algunas horas en la carne, en honor de la Pasión de Cristo.

Todas estas manecillas indicaban la vitalidad sobrenatural de la gracia, que, injertada en su polivalente naturaleza, mejoraba frutos, canalizaba arrebatos, y corregía los errores que se le deslizaban en el camino de la vida.

Falta, sin embargo, un elemento fundamental al colorido de los primeros salesianos, y que en Lasagna mostraba atributos especiales: la adhesión a don Bosco y a su causa. Y no era esto sólo un sentimiento. Rezumaba amor y convicción.

y cumplimiento de todas las prácticas religiosas comunitarias. No tenía Lasagna esa envoltura ascética que viste tan bien al santo, y que gusta a los angelistas..., aunque se trate de una característica biotipológica común a hombres austeros, a sádicos asesinos y a fríos calculadores.

Fue siempre hombre de vida pública; y a pesar de sus achaques, gozaba de una apariencia vital. En él, como en las nuevas ciudades, la seguridad no dependía de las murallas, sino de la riqueza espiritual de su persona.

Una espiritualidad medular inerva cualquier situación y cualquier físico. Y la suya se nutría en convicciones profundas, y en una vida sacramental tierna y sentida.

La Cruz, la Eucaristía, una sensible devoción a María Auxiliadora y el amor a los demás, eran las cumbres más visibles de su fuerte cordillera interior. El amor de Dios y su gracia perfumaban todos sus absorbentes trabajos. Y aunque oyera el susurro del orgullo y de la ambición humana, que tenían fuertes raíces en su naturaleza; quemaba sus días y sus horas en la salvación de sus hermanos, los hombres.

Con fe profunda y amor ardiente, ponderaba todo lo humano, sostenía su nervioso accionar, y trataba de vencer sus terribles depresiones. Una lucha constante para purificar la rectitud de intención, trataba de corregir continuamente la deriva.

Su asiduidad en frecuentar el sacramento de la Confesión no respondía sólo a un precepto reglamentario sin contenido, sino a un espíritu penitencial..., mejor ejercitado cuando le resultaba duro —y hasta, a veces, repugnante— confesarse con subalternos mucho más jóvenes que él.

El cultivo de la virtud de la penitencia se manifestaba, también, en el respeto meticuloso de las reglas y normas, a las que apreciaba con valor instrumental; en una sobriedad notable en la comida y en la bebida, y los viernes florecía en el uso del cilicio —cinturón tejido de alambres puntiagudos que se guarda como reliquia en el Museo de Villa Colón—, y que se hincaba por algunas horas en la carne, en honor de la Pasión de Cristo.

Todas estas manecillas indicaban la vitalidad sobrenatural de la gracia, que, injertada en su polivalente naturaleza, mejoraba frutos, canalizaba arrebatos, y corregía los errores que se le deslizaban en el camino de la vida.

Falta, sin embargo, un elemento fundamental al colorido de los primeros salesianos, y que en Lasagna mostraba atributos especiales: la adhesión a don Bosco y a su causa. Y no era esto sólo un sentimiento. Rezumaba amor y convicción.

No hay que olvidar que la adhesión supone dos elementos igualmente activos. Don Bosco era modelo de relaciones humanas, que él traducía en amabilidad, vida de familia, permanente ejercicio del diálogo, respeto y aprecio por las opiniones ajenas, comprensión de hombres y problemas, sabiduría en la oportuna delegación de responsabilidades... La devoción de Lasagna a don Bosco era más que un sentimiento infantil de correspondencia. Él estaba dotado de notables condiciones intelectuales; era capaz de pensar, entender y resolver, y calibraba con exactitud hasta dónde llegaba su propia responsabilidad en lo que tenía que decidir el Superior.

Había realizado seriamente sus estudios, era intuitivo y reflexivo, sus coetáneos lo calificaban como a un devorador de libros, y no se distinguía como conformista. Sin embargo, cuando ofrecía problemas —sus depresiones los atizaban—, nunca los presentaba con carácter conflictivo, y sabía, sentía y amaba perfectamente a quien correspondía resolver. Era una de las tantas obras maestras de don Bosco.[9]

La madurez que aportan los años, pulieron, como veremos, muchas aristas, ya que adquirió, muy a pesar de sus inclinaciones, la rara virtud de no hacer sistema de sus errores, sino de aceptar el diálogo, advertirlos aun a regañadientes, y corregirlos a poco de su descubrimiento.

* * *

Las verdaderas aptitudes de un general se valoran en el campo de batalla, al borde de la acción, donde las situaciones no han podido ser condicionadas por el actor.

Los abruptos caminos de Villa Colón lucen muy distintos de las huellas y rieles que Lasagna hasta entonces recorriera, casi empujado por la inercia del hábito, la rutina y la obediencia. Por eso, al enjuiciar el nuevo panorama, se siente en inferioridad de condiciones: trabado por la lengua, las costumbres, las personas y hasta los paisajes. Y se encierra en sí mismo; revisa con ojos soñadores y corazón desolado un tiempo que pasó, y que ya no ofrece problemas ni luchas..., y la nostalgia lo invade como niebla pegajosa y enervante. Al principio, sólo quedan fuerzas para el resentimiento y rebelión contra el medio que lo oprime.

El 3 de setiembre de 1877 se desahoga en carta a don Bosco:

> ¡El jueves pasado he podido finalmente besar por vez primera una carta de nuestro Padre venerado!... Las auras tibias de primavera que aquí soplan, no me pueden hacer olvidar la

> época deliciosa que antes era ésta, cuando estos pobres Misioneros, liberados de las fatigas anuales, se reunían afectuosamente junto a usted en los alpestres declives de Lanzo, para retemplar en sus santos consejos y en su amor nuestro celo, y con aquellos frescos y purísimos aires dar ánimo y vigor a las fuerzas perdidas. ¡Oh queridos, oh encantadores días de Ejercicios en Lanzo, temporada de paraíso que el ojo del Misionero avizora con envidia a través del océano inmenso!...
>
> A mis hermanos de allá, un triste saludo desde estas áridas y desoladas playas... No se olviden de nosotros, al menos en sus plegarias y reuniones fraternales. Estamos muy lejos; tal vez, separados para siempre... ¡Adiós, hermanos de Lanzo, adiós!... Nuestro corazón nunca hubiera sentido más vivamente que ahora el ser salesiano, y estar ligado a una querida, tierna y hermosa familia, cuya cabeza venerable y cuyos miembros se aman con todo el ardor del alma hasta la muerte.[10]

Y las nostalgias se avivan y acrecientan cuando las dificultades para integrarse en el medio se agigantan. Poco a poco, descubre un idioma tan parecido al propio, como para ofrecerle infinitas oportunidades de equivocarse sin advertirlo, junto a una muchachada y un ambiente mentalmente veloz, agudo, *sobrador*, con irreprimibles ganas de reírse de los *gringos*.

Las costumbres, por otra parte, se le aparecen tan semejantes como para caer con facilidad en la tentación de evaluarlas erróneamente con sus módulos importados, que arrastran sin querer, con razón o sin ella, el prejuicio latente de la superioridad europea, al que corresponde en la contraparte el desprecio al extranjero.

Los Salesianos se lamentan de la dulzonería, superficialidad y disipación del ambiente; del enciclopedismo de la enseñanza, de las argucias de padres y niños americanos, y del crónico embusterismo y exageración camperos, que los dejan perplejos.

Los locales, a su turno, se quejan de la falta de aseo y limpieza de los europeos —"y nuestros salesianos no valen un higo en esta materia", apunta el padre Cagliero, en carta del 20 de mayo [11]—; de la dureza cuartelera de los reglamentos, que no logran hacer olvidar las amabilidades de los Salesianos; de la incompetencia didáctica de algunos, un poco verdes; etcétera.

Para un hombre de personalidad definida y magnética, como Lasagna, era más fácil atraer a los demás a su huella, que emprender un trabajo de propia adaptación: dura y dolorosa disciplina que ahogaba sentimientos, en aras de los dictados de

una observación permanentemente medida por una inteligencia alerta y penetrante.

Dice Lasagna, en la carta citada:

> Para poder hacer el bien, es indispensable la táctica de un veterano guerrero. Es tanta y tan excesiva la ligereza y vanidad de esta gente, que no basta *endulzar la píldora,* como nosotros decimos... Más que la luz, quieren el esplendor que enceguece; más que el alimento sano y sabroso, desean platos alambicados que exciten el paladar... Cautela, pues, y no contrariar de improviso sus gustos; y sobre todo, dar muestras espectaculares de habilidad en la enseñanza y de celo en el propio oficio...

"Para éstos —dice en otro de sus informes—, la ciencia es un lujo o un modo de ganarse la vida, y no estudian, y quieren información sobre cincuenta asignaturas. ¡Qué miseria!" [12]

Pasados los años, se habrá dado cuenta de que muchas de tales críticas eran arma de doble filo. Para cualquier juez imparcial puede existir la contrapartida.

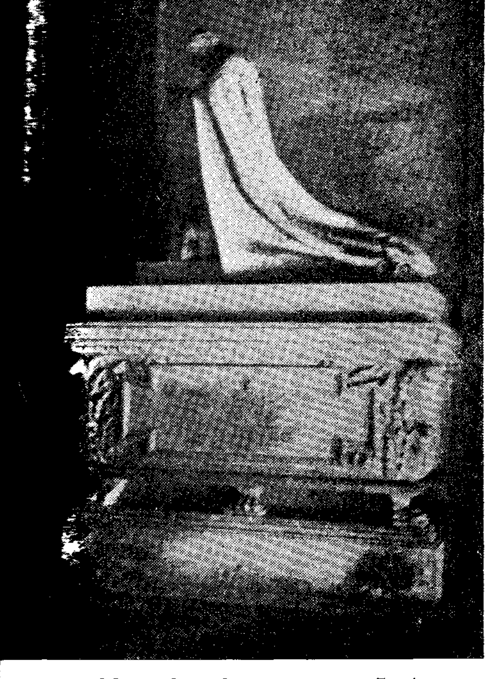
* * *

Esta lucha íntima, amasada de nostalgias y resentimientos, triplicaba el trabajo educativo normal. Pero, desgraciadamente, la situación se agravaba por otros factores externos. De ellos, el primero era la carencia de suficiente personal religioso, y la falta de idoneidad de algunos.

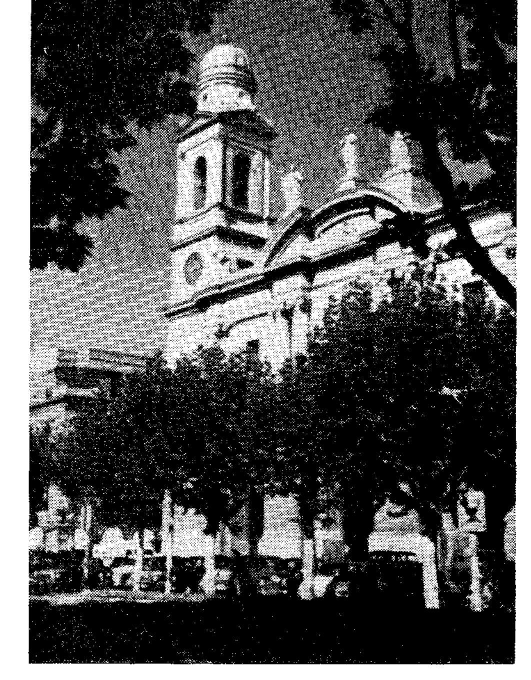
Hasta Yéregui se hace eco de la opinión general, y se queja, en carta a Cagliero, de la sobrecarga de ocupaciones que agobian a los Salesianos. Refiriéndose concretamente a Lasagna, le hace notar que no puede ser director, profesor de filosofía y de literatura, procurador, ministro y asistente.[13]

Por otra parte, habían aceptado el deber ineludible de no fracasar. No estaba en juego únicamente el prestigio de la Sociedad Salesiana. El Colegio Pío era punta de lanza del catolicismo uruguayo; el primer internado de categoría, con escuela primaria y secundaria...

La publicidad, y otras circunstancias del lanzamiento, habían concitado la atención de todo el Uruguay. Gente distinguida les había confiado sus hijos; la efervescente preocupación pedagógica del momento esperaba resultados, y determinados y poderosos ideólogos del liberalismo y de la masonería ya les habían dedicado sus bombardeos, y los tenían colocados en las miras de su artillería.

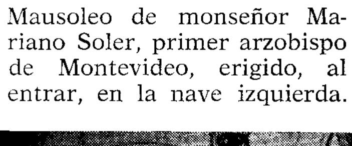


Mausoleo de monseñor Jacinto Vera y Durán —vicario apostólico y de la ciudad—, levantado en la nave derecha de la catedral.



Vista actual de la catedral de Montevideo, desde la plaza de la Constitución.

EN LA CATEDRAL DE MONTEVIDEO



Mausoleo de monseñor Mariano Soler, primer arzobispo de Montevideo, erigido, al entrar, en la nave izquierda.



Monseñor Mariano Soler, fundador del Liceo Universitario de Montevideo, obispo de la ciudad, primer arzobispo del Uruguay, y gran amigo de Lasagna.



Cagliero había entendido; pero se debatía con la penuria. Yéregui lo urgía. Lasagna meditaba:

> El Colegio Pío está en una capital que es la mitad de la República; San Nicolás es un pueblo. La prioridad es evidente...[14]

Al fin, Cagliero logra juntar refuerzos. El 22 de marzo parten de Buenos Aires, rumbo a Colón, el padre Esteban Bourlot, profesor de letras y de francés; el clérigo Espíritu Scavini, "y un buen joven aspirante, un agricultor, genovés, de dieciocho años". Autoriza y ordena, además, contratar dos profesores civiles: uno para inglés, y otro para diseño. Y mientras promete a los uruguayos nuevo personal europeo para fines de año, escribe a don Bosco que está dispuesto, si fuere necesario, a enviar a Colón el clérigo Daniele.

* * *

La primera gran dificultad estribaba en el idioma. El mismo Lasagna rogará a don Bosco el 19 de setiembre: "Si los profesores llegaran ahora [con tiempo], podrían dominar mejor el idioma, y hacer mejor figura de la que hicimos nosotros".

El pobre padre Fassio, en quien tantas esperanzas se cifraban, resultó de una ineptitud pavorosa, tanto en lo administrativo como en lo disciplinario. El Director no podía dejarlo solo.

Bourlot, el más capaz, tenía un carácter de perros, y tropezaba violentamente con Mazzarello, que compensaba su mediocridad con tozudez y asperezas.

Ghisalbertis y Farina no tenían mucha voluntad de proseguir su carrera religiosa, y sobre cumplir sus deberes con parsimonia y disgusto, protestaban continuamente de todo, y hasta a veces plantaban sus obligaciones, sin aviso.

Iardini sufría escrúpulos rayanos en locura, y para calmarse, fumaba sin tregua.

Ceva era limitadísimo de inteligencia, y Barberis merecía capítulo aparte. Lasagna, tan discreto en sus afirmaciones, llega a comunicarle a don Bosco que "parece medio animalesco".

Lo mejor de entre los coadjutores era el cocinero Bruno. Pero el pobre, al salir cierto día de compras, fue mordido por cuatro perros que lo atacaron, y terminó en el hospital. La cocina se vino abajo, y quedó en manos de una hacendosa negra vecina.[15]

El pobre Lasagna debía estar permanentemente en todo. De propina, antes del mes de julio iba a sufrir un ataque de "*nefral-*

gia, con principios de cálculos renales, que serán —decía él— mi purgatorio en esta desgraciada tierra".

* * *

A la carencia de personal se aunaba la falta de medios económicos. La pobreza reinaba soberana, no sólo en el espíritu, sino en la dura realidad del Colegio Pío.

El padre Montero y Brown se tomó el trabajo benedictino de revisar prolijamente los Libros de Prefectura, o sean los registros de gastos del Colegio de esos años. Lo poco que había, era todo para los niños. En el entero año de 1877 —cuando una sotana costaba dieciséis pesos, tanto como una cuarterola de vino carlón—, el padre Lasagna gastó personalmente sólo $ 62.45..., todo en composturas de calzado y de ropas, útiles de aseo, plumas y lápices, y en algún viaje.[16]

Años después, un salesiano que pasaba por la Casa, medio en serio, medio en broma, reclamaba el postre al fin de la comida.

—No hay... No tenemos plata... —le respondieron.

—Pero... ¿y la regla? —insistió.

—Tampoco tenemos... —dijo un chusco.

—*Va a farti scrivere!* —comentó un tercero, entre las carcajadas de los demás.

Y diálogo y comida quedaron cerrados con un sello de humor.

Pobreza escrupulosa, repetía el padre Gamba, que llegó a fines del 77.

Las sillas —cuando las hubo— eran desiguales y pocas. Cada cual trasladaba la suya de la iglesia al comedor, y del comedor al dormitorio... La vajilla, heterogénea:

> No teníamos dos cuchillos, ni dos tenedores, ni dos platos iguales. Yo por mucho tiempo corté la carne con un cortaplumas...

En este ambiente, los primeros administradores adquirieron fama de tacaños. Sin embargo, Lasagna no mezquinaba a nadie pequeñas satisfacciones; sobre todo, para los más sencillos. Así, entre los gastos aparece registrado: *Tabacco per naso per Scavini.*[17]

* * *

Dos camareros especiales atendían ya al aseo de los locales destinados a los alumnos.

Luego desfilan por la carta las alegrías:

> ... los alumnos *quieren mucho al Director y a los maestros;* los domingos hay gran afluencia a los Sacramentos; los muchachos están tranquilos y contentos; estamos a buen punto en la labor escolar, porque muchos alumnos y padres nos apoyan, y quieren un sistema de educación seria y de sólida instrucción, como en Europa.
>
> Uno de estos jueves hemos realizado un gran paseo, con todos los alumnos... Habíamos conseguido unos cuarenta caballos para los mayores, un carro para los más pequeños, y la carreta del panadero cargada de pan y con una vaca entera, carneada esa mañana, para hacerla cocer en el prado *a la manera de los gauchos,* o sea hacer el famoso *asado con cuero.* [La terminología textual es de Cagliero.]
>
> Debíamos ir a las orillas del río Santa Lucía, a cinco leguas de distancia. Pero el padre de dos alumnos, un inglés llamado Federico Cibils, llegó con diez caballos y cuatro peones, y nos hizo cambiar de destino. Cabalgamos hasta su famoso saladero, en las playas del mar, justo en la falda del renombrado Cerro de Montevideo... (Este señor, con don Juan Jackson, que usted ya conoce, ha construido un dique para la reparación de barcos, valuado en cinco millones.)
>
> Llegados al saladero, el regimiento de caballería, que Cibils guió por todo el camino, puso en agitación a toda la casa. Pasamos el día muy alegres. Nuestra vaca desapareció entre las ochocientas sacrificadas ese día en el establecimiento, para enviar carne salada a La Habana.
>
> [Antes de irnos, Cibilis] combinó otro paseo, que se hará cuando los chicos se lo ganen. Sólo debemos avisarle, y no hace falta que hagamos ningún preparativo.

La carta deriva enseguida al renglón *necesidades y proyectos.* En primer lugar, hay que adaptar los planes de estudios. Deben ser más empíricos:

> Aquí no cuaja un plan puramente humanista... Se acusa a los Salesianos de enseñar solamente latín y catecismo... ["Excesivo seminarismo", dice Lasagna, en carta del 20 de mayo de 1877.]

Y concluye Cagliero con estas palabras:

> No hay otro remedio, para hacer un poco de bien en esta República. Prepare poco a poco, personal para estas nece-

> sidades. Con el tiempo [el Colegio Pío] dará gran ayuda hasta al Oratorio [de Turín]...

Luego viene la edificación. Sigue Cagliero:

> Este año gastamos siete mil patacones, que tenemos aún que pagar. Para el año que viene, debemos gastar otro tanto. Hay que hacer aulas y dormitorios para cincuenta alumnos más. Buscaré ayuda entre los padres de familia. Yo descuento su permiso para estos trabajos, que juzgo indispensables. Además, ya dispongo de un constructor genovés que acepta el dinero en cuotas.

La última parte del informe está dedicada al proyecto de entrevistar, en compañía de Lasagna, al presidente Latorre. Desea obtener más pasajes para profesores del Colegio Pío, y proponerle un sistema a fin de fundar, con la colaboración del Estado, la suspirada escuela de artes y oficios.[20]

* * *

Como se ve en el informe de Cagliero, el Colegio ya marcha. Para el 3 de junio, cincuentenario de la consagración episcopal del papa Pío IX, se resuelve ofrecer una demostración de sus actividades a los padres de alumnos y a la opinión uruguaya.

Informa *El Mensajero del Pueblo* del mismo 3 de junio de 1877, en estos términos:

> Tenemos la más grata complacencia al anunciar el primer ensayo musical del Colegio Pío de Villa Colón, que tendrá lugar hoy a las 12.
>
> Dos son los principales motivos de nuestro regocijo: el primero, ver ya los frutos del pequeño jardín que hemos ayudado a plantar; el segundo, ver que el primer ramillete de ese vergel es ofrecido al gran Pío IX en el día del quincuagésimo aniversario de su consagración episcopal.
>
> Reciban los Directores del Colegio Pío nuestras más sinceras felicitaciones y los votos que hacemos por el mejor éxito de este primer ensayo de sus alumnos.
>
> Hé aquí el programa del acto académico:
>
> I
>
> *Himno del Colegio.* Coro del Mtro. Dr. D. Juan Cagliero.[21]
>
> *A Cristóbal Colón.* Poesía de Baralt, declamada por D. Francisco Elzaurdía.
>
> *Il bellum.* Elegía de Tibulo, declamada por D. Alfredo Duhau.

A Pío IX. Poesía de D. Francisco Navarro Villoslada, leída y declamada por D. Eduardo Arocena.

II

Il marinaio. Canción brillante del Mtro. Dr. D. Juan Cagliero, ejecutada por D. Alberto Sienra.

Las dos grandezas. Poesía de Campoamor, declamada por D. Laudelino Vázquez y D. Martín Arrillaga.

La cigale et la fourmi, de La Fontaine, declamada por D. José García Wich.

III

Una lezione di musica, del Mtro. Fco. Fiumi, ejecutada por D. Jaime Navarro Scarnicchia y D. Luis Migone.

Jubileo episcopal de Pío IX. Discurso de D. Rafael Fragueiro.

L'amante del giovedì. Poesía italiana, declamada por D. Alberto Ferro.

Existencia de una flor. Poesía de Estanislao del Campo, declamada por D. Enrique Fynn.

IV

Himno Nacional.

À ma mère. Por D. Manuel Pérez.

A Pio IX. Soneto italiano, declamado por D. Mario Migone.

A psalm of life. Por D. Jaime Navarro Scarnicchia.

V

L'eco di Napoli. Canción del Mtro. Petrella.

A mi madre. Poesía de D. Guillermo Mata, declamada por D. Emilio Stewart.

El viejo y la muerte. Poesía de Samaniego, por D. Juan José Soto.

VI

Lo spazzacamino. Romanza del Mtro. Dr. D. Juan Cagliero, ejecutada por D. Pedro Crosta.

El Colegio Pío a Pío IX. Por D. Felipe Nery. Decasílabos, composición de uno de los catedráticos del Colegio.

La noche serena, de F. Luis de León, por D. Alejo Arocena.

Conclusión, por D. Ramón Allo.

La speranza, del Mtro. Joaquín Rossini.

Seguramente, extrañará la extensión del programa, que copiamos de intento.

Lasagna afirma haber hecho todo lo posible para que casi

todos los muchachos tomaran parte en el acto, y que sus nombres fueran publicados en los diarios de la capital.

Aparte las ventajas pedagógicas que reportaba a los alumnos presentar sus conquistas en sesión pública, y la propaganda que significaba para el establecimiento; Lasagna perseguía otros fines, que confiesa con notorio fastidio en sus cartas:

> Halago el amor propio de las familias, que lo agradecen infinito. Al mismo tiempo, no me parecen inútiles los diálogos y discursos... Las poesías, etcétera, van aderezados y adaptados por mis manos..., de tal manera, que sermones que en la iglesia hubieran hecho fruncir el ceño a más de uno, les fueron ingenuamente endilgados a los padres por sus hijos.

El Mensajero del Pueblo del 7 de junio dedicó una crónica encomiástica:

> Varias de las personas que han presenciado el ensayo literario - musical que tuvo lugar el último domingo en el Colegio Pío de Villa Colón, nos dicen que tuvo el mejor éxito, habiendo salido altamente complacido el numeroso y selecto concurso que asistió al acto.
>
> Nos han prometido una breve relación y algunas de las composiciones que se recitaron, las que publicaremos en el próximo número.
>
> Entre tanto, damos nuestros parabienes a los Directores del Colegio Pío, a los padres de los alumnos y a estos últimos, que corresponden dignamente a los desvelos de sus buenos maestros.

Y en el número 10, continúa:

> Como lo prometíamos en nuestro último número, damos a continuación algunos detalles del primer ensayo literario - musical que se efectuó en el Colegio Pío de Villa Colón el domingo 3 del corriente, con objeto de solemnizar el día del quincuagésimo aniversario de la consagración episcopal del gran Pío IX.
>
> A las doce y media del día se dio principio al acto, cantando los niños el *Himno del Colegio*, composición musical del R. P. Dr. D. Juan Cagliero, superior de los PP. Salesianos.
>
> La música del Himno es entusiasta, y también la letra. Su ejecución nada dejó que desear.
>
> Seguidamente se ejecutó el programa en el orden que publicamos en nuestro número del día 3.
>
> Agradó mucho la bella canción italiana *Il marinaio*, música del Sr. Cagliero y cantada por el joven Alberto Sienra,

quien con su traje especial de marinero, y bien posesionado de su papel, le dio la expresión y sentimiento que la pieza requiere.

Fue muy aplaudida la sentimental canción titulada *Lo spazzacamino*, cantada por el joven Pedro Crosta.

Varios niños recitaron fábulas y composiciones en latín, italiano, francés, inglés y español. Algunas de ellas hicieron pasar momentos amenos a la concurrencia, por lo graciosas y oportunas; especialmente, *L'amante del giovedì* (El amigo del jueves).

Se cantó también el Himno Nacional.

La concurrencia era numerosa, a pesar de la dificultad que hay para trasladarse de la estación Colón al Colegio.

El salón estaba bien arreglado. Ostentaba en el centro un hermoso retrado de Pío IX, colocado en un escudo hecho con banderas nacionales, americanas y europeas.

La mayor parte de los niños vestían, por primera vez, el uniforme que se ha adoptado por el Colegio.

El joven José García Wich ejecutó en el piano un magnífico concierto sobre motivos del *Fausto*. Estuvo feliz y fue muy aplaudido.

Concluyó el acto con un hermoso coro de Rossini, cantado por todos los niños y en el cual demostraron lo que han adelantado en la música en tan poco tiempo.

No concluiremos sin felicitar a los RR. PP. Salesianos por el buen éxito del primer ensayo de su Colegio, al que auguramos el más bello porvenir.

Añadamos que la fiesta fue amenizada por una banda de ciento cuarenta músicos que envió el Gobernador, y que la presidieron el doctor Soler y el Provincial de los Capuchinos.[22]

* * *

Para el 30 de agosto, fiesta de santa Rosa de Lima, se repitió el experimento, con más experiencia y mayor éxito. Desde la ceremonia religiosa hasta la función teatral, desfiló todo el alumnado cumpliendo alguna responsabilidad o exhibiendo destrezas adquiridas. Para ello, Lasagna contó con un nuevo renglón: una exposición de dibujos, pinturas y trabajos escolares.

Tanta gente acudió a la fiesta, que el tren de las 11.15 partió para Villa Colón con vagones adicionales. Y eso que el cielo amenazaba tormenta.[23]

* * *

va al prado a devolver la visita. Los comerciantes se deshacen en atenciones, y hay una copita de oporto para todos.[24]

El 17 de noviembre, la comisión recolectora —integrada por Ricardo Alcorta, José M. Olaondo, Jaime Tremoleras y Blas Álvarez— le entregó $ 726,68, ofrecidos por sesenta y cinco donantes.

Venían de perilla los patacones. Desde mediados de año, Lasagna había acometido la empresa de ampliar las instalaciones. Como el proyecto de reformas preveía un gasto aproximado de 80.000 francos, se había organizado una comisión de provisión de recursos, formada por el doctor Joaquín Requena y los señores Miguel Correa, Pedro Lenguas y Emiliano Ponce. Se emitieron cédulas por valor de cincuenta escudos. Los que deseaban cooperar, las suscribían, y prestaban el dinero indicado, sin intereses.

La obligación de reembolso tenía plazo indeterminado. En poco tiempo se recolectaron 60.000 francos, y la construcción creció vigorosamente. Pero al fin quedaban márgenes por cubrir. Y se producían quebraderos de cabeza... Así, pues, la donación de los comerciantes fue un buen sedativo.

* * *

La famosa visita de los comerciantes está vinculada circunstancialmente a dos episodios memorables de este primer año del Colegio Pío. Cuando el Director la refiere a don Bosco en su carta del 20 de noviembre, se introduce así:

> Era el jueves 8 del corriente, día segundo del mes de María, que nosotros realizamos en esta hermosa época del año, y el primero de un triduo dedicado a preparar los alumnos a la gran fiesta de nuestro Patrono, san Francisco de Sales, recientemente [el 19 de julio] declarado Doctor de la Iglesia...
>
> La fiesta [de san Francisco] resultó devotísima, honrada por la presencia del Señor Obispo, que distribuyó la comunión general, asistió a la santa misa solemne, y administró la confirmación a 25 niños internos y a unos 50 externos.
>
> A la tarde terminó la fiesta en el salón de actos, con declamaciones y cantos a san Francisco de Sales y al Obispo.
>
> Este insigne Prelado, tan bueno y amable con los Salesianos, me pidió con instancias un favor que no puedo conceder yo, sino usted. La parroquia de la que dependemos, es la de *Las Piedras*, distante tres millas del Colegio, con buena feligresía y bellísima y reciente edificación.
>
> La población es excelente; pero los enemigos que en todas partes existen, le hicieron guerra tan feroz al Párroco,

que el pobre, ex religioso, renunció al cargo, con gran detrimento de las almas. Monseñor quisiera colocar otro sacerdote; pero no lo halla... Por eso, desea, ruega, conjura que por el bien de tantas almas, por la gloria de Dios, y aun para aligerar la gran pena que lleva en su corazón, vayamos allá nosotros.

Además de los locales del Párroco y del curato, él nos conseguiría una casa contigua, que podría servir para dar clase a los chicos y chicas del lugar. Tanto el Obispo como yo esperamos una respuesta suya.[25]

* * *

El segundo episodio corresponde a un siniestro. El 9 de noviembre se produjo una terrible explosión en el cuartel de artillería de la plaza Artola, con la secuela de muertos y heridos correspondientes. Algunos visitantes del día 8, de notoria filiación anticlerical, y otros de famosa tacañería, objetaron la continuación de la colecta en favor del Colegio Pío en una coyuntura en que estaba comprometida la solidaridad de todos con las víctimas del desastre.

Por su parte, los alumnos del Colegio formaron una comisión interna, y obtuvieron de sus bolsillos y privaciones $ 26,80, que destinaron a los damnificados. Por medio del cura de la Matriz, don Rafael Yéregui,[26] los hicieron llegar al coronel Juan P. Goyeneche, jefe político de la capital. Éste agradeció vivamente, y destacó el gesto, que mereció publicidad periodística.[27]

* * *

El primer año de vida americana llegaba a su fin. Lo hemos descrito con lujo de detalles, por obvias razones.

En agosto, el padre Cagliero volvía a Italia, para participar en el primer Capítulo General de la Sociedad. Los uruguayos y Lasagna mucho lamentaron su ausencia. "Su separación me cuesta lágrimas", escribía Lasagna.[28]

El 6 de agosto, también Yéregui escribía a don Bosco, para encarecerle la necesidad del retorno del Superior al río de la Plata. Don Bosco contesta el 30 de setiembre a monseñor Vera, y le comunica el nombramiento del padre José Bodratto como Superior de América.[29]

Los alumnos, de acuerdo con la legislación en uso, preparaban sus exámenes públicos. Comenzaron el día 17, a la vista de las personas que quisieron asistir. El 25 se repartieron los

premios en función de gala, y luego, todos los alumnos se fueron a sus casas.[30]

En el Colegio reinaba clima de éxito. Todos querían volver el año siguiente.

Mientras tanto, y precisamente el 16 de diciembre, comenzaban a cumplirse las promesas de don Bosco y de Cagliero. Desembarcaban en Montevideo los clérigos Luigi Chiara, Giuseppe Gamba, Pietro Rota y Alessandro Vergnano, y el coadjutor Giovanni Battista Cornelio. Habían partido de Génova el 14 de noviembre. Era un apreciable refuerzo para las agobiadas huestes de Lasagna...

* * *

Con los salesianos llegaron seis Hijas de María Auxiliadora. La primera expedición, que partiera de Turín el 14 de noviembre rumbo a América, estaba integrada por sor Ángela Vallese, sor Teresa Mazzarello, sor Teresa Gedda, sor Ángela Denegri, sor Ángela Cassulo y sor Juana Borgna, que venían llenas de fe y muertas de miedo.

Traían como una gloria *il quadro del Miracolo,* una imagen de María Auxiliadora pintada por un enfermo de la vista curado en forma extraordinaria, y que Cagliero "había robado —así decía él— de la sacristía de Valdocco".

Hicieron cuarentena hasta el día 16 en la isla de Flores. Trasbordaron a una barcaza, y estuvieron tantas horas al sol de diciembre, que sor Teresa Gedda casi muere insolada.

Lasagna también sufre jaqueca. Primero, porque no le habían avisado con tiempo de la fecha de llegada de las Hermanas, y no tenía dónde hospedarlas. Y segundo, porque cuando remitió a Turín el dinero para el viaje, también envió lo suficiente para que viniera con ellas un asesor. (Sugería el nombre de don Belmonte.)

Lo primero quedó solucionado gracias a la buena voluntad de las Hermanas Salesas de la Visitación, que hospedaron a las Hijas de María Auxiliadora hasta el 3 de febrero, en que fueron a habitar una casita cedida en préstamo por don Enrique Fynn, más allá del puente del Pantanoso, sobre Pérez Marchena.

Lo segundo lo arregló a pulmón.[31]

[1] M. L. Migone, *Tres obispos...,* cit., pág. 11.

[2] Cf. reportaje publicado en el diario *El Imparcial* de Montevideo el lunes

25 de octubre de 1926, con ocasión del cincuentenario del Colegio Pío, ya citado en el capítulo I, nota 8.

[3] Cf. Pbro. Dr. José M. Vidal, *Semblanza de monseñor Luis Lasagna*, pág. 8 (Tall. Tip. Don Bosco, Montevideo, 1945).

[4] Cf. P. Ramón Montero y Brown, *Historia...*, cit.

[5] Cf. M. L. Migone, *Tres obispos...*, cit.

[6] Para confeccionar este cuadro, se han reunido observaciones dispersas en toda la documentación lasagnana. En especial, se han tenido en cuenta su correspondencia y cuatro amplios informes existentes en el Archivo Central de la Sociedad Salesiana, de Turín. Uno se debe al padre José Gamba, y está fechado en Montevideo el 1º de setiembre de 1897; otro, más extenso, enviado desde Asunción del Paraguay el 20 de abril de 1897, es del padre Ambrosio P. Turriccia; el tercero, muy agudo, está sin firma, y sospechamos fundadamente pertenezca al padre Sebastián Gastaldi, salesiano del Brasil; del último, ignoramos el autor.

Tabulada toda esta información, se la cotejó con varios estudios exploratorios. Sólo se ha trascrito lo que pudo ser abonado abundantemente por observaciones acumuladas sobre hechos.

[7] Entre los ejemplos —no incluidos en este volumen— que certifican su capacidad de enojo, es clásica la descripción que hace a don Bosco, en su carta del 22-XI-76, de las andanzas del cónsul Giovanni B. Gazzolo, cuando lo acompañó a Burdeos. (ACSS., S. 126, 2, a. 1876.)

[8] P. Albera, *Mons. L. Lasagna*, cit., págs. 22, 63 y 84.

[9] Para abonar la confianza y adhesión de Lasagna al Santo Fundador, basta trascribir una de las *cuentas de conciencia* que enviaba a don Bosco el Director del Colegio Pío. Ésta es del 4 de junio de 1878, y se copia textualmente:

"Tanta ocupación escolástica y profana me roban tiempo para cultivar la piedad en mí y en los otros. Sin embargo, hago grandes esfuerzos para dirigir yo mismo cotidianamente la meditación a los Hermanos, todos los domingos predicar indefectiblemente a los alumnos, y confesar todas las mañanas durante la misa de comunidad. Sólo que no puedo nutrir el espíritu con estudios sagrados y ascéticos, y muchas veces hallo mi corazón árido y frío. Siento aún muy vivo en el corazón el amor propio. Todo lo que hago, no lo hago todo por el Señor. Me dejo fácilmente dominar, no por pasiones, sino por la ternura hacia los niños. Cuando mis males físicos se vuelven más feroces, me siento apoderar de profundísima hipocondría; especialmente, durante las noches insomnes... Alguna vez —mejor, a menudo— el trabajo me absorbe y me rodea de tal manera, que dejo para la noche todo el oficio [divino] del día. / Hé aquí, amado Padre, mis errores abiertos como solía hacerlo cuando vivía a su lado. Envíeme los consejos, reprimendas y normas que crea bien. / Así como no pedí venir a América, tampoco pediré jamás volver a Italia o cambiar de posición o de ocupación. Me pongo ciegamente en sus manos, y le ruego disponga libremente de los pocos días y de la poca salud que me quedan a la mayor gloria de Dios." (ACSS., Turín.)

[10] ACSS., carta de Lasagna a don Bosco, del 3-IX-1877.

[11] ACSS., carta de Cagliero a don Bosco, del 20-V-1877.

A esos primeros salesianos —Cagliero y Lasagna incluidos— les dolían las críticas; pero sabían aprender. Cagliero, por ejemplo, se queja: "Estos americanos, descuidados en las cosas del espíritu, son delicadísimos en la materia..." Pero cuando anuncia a don Bosco la visita de monseñor Aneiros, le recomienda gran limpieza. "Los americanos son muy delicados..." ¡Había aprendido la lección!

[12] ACSS., carta a don Rúa, del 3-V-1877.

[13] *Memorie biografiche*, vol. XIII, pág. 931. ACSS., cartas de Yéregui a Cagliero, de 5 y 16-III-1877, y de Cagliero a don Bosco, de 22-III-1877.

[14] Archivo del Colegio Pío, Crónica. El padre Álbera anota que Lasagna llegó a pensar de *algunos conciliábulos* de Montevideo, que tramaron *envolverlo*. Gente *influyente* colocó sus hijos en el Colegio, y trató de emborracharlo de alabanzas y atenciones, para atraerlo a su bando. Alertado, fue cortando ciertas vinculaciones. (Cf. *Mons. L. Lasagna...*, cit., pág. 111.)

[15] ACSS., cartas de Lasagna a don Bosco, de 3-V, 22-V y 16-VII-1877.

[16] Archivo del Colegio Pío, Registro de la Prefectura.
En el diario *El Bien* del 3-I-1892 se pueden hallar los precios de la sastrería de D. Landi (sotana, de 12 a 18 pesos; pantalones, de 4 a 6...), o el precio de los pasajes marítimos (ida a Buenos Aires, 5 pesos; ida y vuelta, 8).

[17] Registro de la Prefectura, en el archivo del Colegio Pío.

[18] Los originales de estas cartas, ambas en italiano, se conservan en el archivo del Colegio Pío. Hé aquí su texto:

"Marseille, le 16 luglio 1877. / Nella lettera tua, che ho ricevuto al principio di questo mese mi scrivi che non hai ancora ricevuto alcuna mia lettera da che sei in America e ciò mi rincresce assai, giacchè un solo mese non ho potuto scrivere, negli altri ho mandato regolarmente una lettera. Pazienza; mi rincresce assai di una alquanto lunga e confidenziale. Studierò al modo di rimediare in avvenire. / Ho sempre seguito l'andamento del Collegio Pio, e sebbene alle rose siavi sempre unita la spita, tuttavia abbiamo grande motivo di ringraziare e benedire di quanto si è potuto fare in sì breve tempo. Se però nascono urti, dispiaceri od anche trascuratezza in chi deve essere sostegno, non ti affanare. Preghiera, fermezza, correggere, avvisare. Non però dimenticar la gloria di D. ubique e della cassetta magica. Visita ogni cosa cogli occhi tuoi; va in tutti i siti, parla con tutti i tuoi dipendenti: ecco la chiave di ogni bene. / Pel nuovo anno scolastico avrai il personale necessario per le tue classi. Fa molti cooperatori e molte cooperatrici salesiane e mandami il nome affinchè possa loro inviare il *Bollettino* mensile che si cominciò già a pubblicare. / L'arcivescovo di Buenos Aires cogli argentini in numero di 15 vennero in Italia. Li ho ricevuto in porto a Genova, li condussi a S. Pier d'Arena dove pernottarono. Li accompagnai a Roma, quindi ad Ancona dove fummo splendidamente accolti dal Card. Antonucci. Loreto, Bologna, Milano, Torino. Qui si fermarono parecchi giorni. Lanzo, Borgo S. Martino, Genova, Varazze, Alassio, Nizza furono onorati da questi illustri viaggiatori. Si mostrarono ovunque soddisfattissimi. Noi abbiamo veramente fatto quanto abbiamo potuto per dimostrare la nostra benevolenza e gratitudine. Sono venuto fino a Marsiglia con loro, nè li abbandono finchè il *Poitou* sciolga le vele o si muova la macchina e me li tolga dallo sgurado per andarti a recare di mie novelle. Quando verrai a farmi visita in Europa, a Dio piacendo, potrai fare una fermata a Marsiglia in casa nostra. Nel mio ritorno mi fermerò a Draghignon e a Cannes per vedere in quale di questi due siti (metà via tra Marsiglia e Nizza) convenga aprire una casa. Da tutte le parti della Francia ci fanno ottime proposte. / Dammi ogni mese nota dello stato morale del personale, e dove giudichi opportuno un avviso od una lettera, dimmelo, che lo farò. / D. Cagliero mi disse che una pia signora vuole otto nostre suore, e si offre ad ajutarci per la spesa. Dio la rimeriti; dille in quel momento trovandomi a Roma ho dimandato per Lei una speciale benedizione al S. Padre — procura però di concretare e dimmi il numero preciso, se per insegnamento o per amministrazione, e quando si dovrá fissare la loro partenza. / Osserva se tra tuoi chierici, avvene qualcuno che abbia già l'età pel presbiterato, e sia già in Teologia. Egli può esser ordinato; gli altri studi si faranno dopo. D. Cagliero e D. Bodratto hanno la facoltà di dare le dimissorie. / Scrivo una lettera a tuoi *niños* ed un altra al Presidente della Repubblica — ed una al tuo Vescovo. / Dio benedica tutti i miei figli del Collegio Pio, e con-

ceda la grazia di guadagnare anime a Dio, e la propria sia sempre la prima. / Pregate per me, che vi sono sempre in G. C. / Aff.mo amico / SAC. GIO. BOSCO. / P. S.: Fa i miei umili ossequii a monsig. Vicario Generale sig. Yéregui, segr. del Vescovo cui vorrei fare un regalo, e attendo che tu mi dica quale."

La carta de don Bosco a los alumnos del Colegio Pío —traducida del original italiano—, dice lo siguiente:

"Marsella, 22 de julio de 1877. / Hijitos míos amadísimos: / Vosotros, oh amadísimos hijitos, no podéis imaginaros el gran consuelo que me proporcionó la carta que me escribisteis con motivo de mi día onomástico. / En aquel día, los hijos de Montevideo, de Buenos Aires, de San Nicolás, formaban un solo corazón y una sola alma con los de Francia, de Roma, del Piamonte, de Suiza, de Trento, y todos manifestaban su afecto hacia un padre que los bendecía y por todos rogaba a Dios que los conservase constantes en el camino del Cielo. / Por tanto, yo os agradezco la muestra grande de benevolencia que me habéis manifestado; y para mostraros mi paterna consolación me presenté al Sumo Pontífice Pío IX... / Le pedí *una especial bendición apostólica* para vosotros y para todos vuestros parientes hasta el tercer grado, con indulgencia plenaria en punto de muerte. / «Con muchísimo gusto —respondió el amable Pontífice.— Bendiga Dios a los jóvenes alumnos de Villa Colón, bendiga a sus parientes, y los haga fervorosos católicos a todos. Los padres y los hijos lleguen a ser *muy ricos, muy ricos;* pero con la verdadera riqueza, que es la virtud, el santo temor de Dios.» / Volvióse luego a mí, y me dijo: «Escribidles, y les diréis que comuniquen esto a sus respectivos padres». / Por mi parte, oh queridos hijitos, yo *ardo en deseos de haceros una visita;* rogad para que yo pueda satisfacer pronto este mi deseo. De lo contrario, venid vosotros a verme en Turín, donde ya os tengo preparado alojamiento. / El día de Santa Rosa celebraré por vosotros la santa misa, y vosotros haced la santa comunión según mi intención. Y los que aún no han sido admitidos a la Sagrada Mesa, háganme la caridad de rezar un Páter, Ave y Gloria al Santísimo Sacramento. / La gracia de N. S. Jesucristo sea siempre con nosotros: amén. / Afectísimo amigo / SACERDOTE JUAN BOSCO."

[19] En su carta del 16 de julio de 1877 (ACSS.), dice Lasagna: "Appena si aprì il Collegio Pio i primi che fecero iscrivere i loro figli furono *tre grandi orienti* della Massoneria uruguaya con altri ed altri addetti. Con questa schiama di bricconi dentro cercarono di frastornare la disciplina e farci cadere sul capo l'edificio che volevamo innalzare; ma l'ajuto del Signore e la costante vigilanza e fermezza avendo infrenato la ribellione fin dal nascere, stanchi ed impotenti mi ritirarono quasi in massa i loro figli e sono più di 15 che uscirono accusandoci per troppo giovane età, di incompetenti nell'insegnamento che avevamo promesso di dare. Accorse Don Cagliero inviandoci Don Bourlot. Perchè veramente noi eravamo troppo pochi e nella maggior parte incompetenti".

Estas informaciones se completan en la carta de Lasagna a don Rúa del 3-V-1877 (ACSS.), y que dice así en la parte pertinente: "Tuve que buscar camareros y cocineros expertos, y así sostenerme contra un huracán que amenazaba con hundirnos en la desconfianza y el desprecio. / ... el pobre Toni Bruno, el mejor salesiano que tengo, yendo de compras un día fue mordido por cuatro perrazos. La herida fue tan grave, que debí internarlo en el hospital. Encargué de la cocina a Barbero; pero es tan sucio, que no obstante la vigilancia, levantó quejas terribles de los alumnos".

[20] ACSS., carta de Cagliero a don Bosco, del 20-V-1877.

[21] La letra, un poco ingenua, del *Himno del Colegio Pío* —la música es del padre Cagliero—, pertenece al padre Santiago Silva, secretario del obispado desde el 1º de junio de 1877. Según el padre Montero y Brown, Silva, ya muy anciano, falleció en Corrientes en 1935. El texto del Himno es como sigue:

Gloria, gloria, los orbes exclamen;
llegue este eco al eterno confín.
A Pío Nono, y Colón denodado,
gloria, honor, orientales, decid.

Gloria a Pío, que lega su nombre
a este Edén de la ciencia y virtud;
y de América hermosa los hijos
muestren siempre a Colón gratitud.

Gloria, gloria...

Del gran Pío, la fausta memoria
pregonemos con plácido ardor,
repitiendo entusiastas el nombre
del intrépido nauta Colón.

Gloria, gloria...

Orlaremos con fresca guirnalda
la alma frente de Pío inmortal;
y cien himnos de gloria entonemos
al gran genio que Patria nos da.

Gloria, gloria...

Loor al grande Mastai, que contempla
pueblos mil prosternarse a sus pies;
y al marino que ha visto una perla,
del inmenso oceano al través.

Gloria, gloria...

A Pío Nono, que vio sus rivales
en vil polvo las frentes hundir;
a Colón, que en su ciencia fecunda
viera un mundo más bello surgir:

Gloria, gloria...

Al Pontífice sacro, infalible,
que a María sin mancha aclamó;
al Piloto que en luchas sin cuento,
héroe invicto, glorioso triunfó:

Gloria, gloria...

[22] ACSS., carta a Cagliero, del 3-IX-1877.

[23] *El Mensajero del Pueblo*, 30-VIII y 2-IX-1877.

[24] ACSS., carta de Lasagna a don Bosco, del 10-IX-1877.

[25] ACSS., carta a don Bosco, del 20-XI-1877.

[26] Rafael Yéregui era cura de la Matriz, en reemplazo de su hermano Inocencio, nombrado vicario general desde el 1º de junio.

[27] *El Mensajero del Pueblo*, 23-XII-1877.

[28] ACSS., carta a Cagliero, del 5-VIII-1877.

[29] *Memorie biografiche*, vol. XII, pág. 179; Dr. L. A. Pons, *Biografía...*, cit., pág. 258.

El texto, existente en los archivos de la Curia Arzobispal de Montevideo, es como sigue:

"Oratorio de San Francisco de Sales en Turín / Septiembre 30 de 1877. / Excelencia Reverendísima: / Más de una vez el doctor Lasagna y los otros religiosos míos me han escrito acerca de la solicitud que V. E. practicó, ya para iniciar, ya para sostener la Casa de Villa Colón; pero ahora que don Cagliero me expone de presencia el estado de las cosas, conozco que, después de Dios, es debida á la eficaz protección de V. E. la fundación de ese Instituto. / Yo, por consiguiente, profeso á V. E. la más viva gratitud, y todos pediremos á la Divina Bondad que nos quiera conservar por largos años á V. E., nuestro insigne bienhechor. / Don Cagliero no puede volver inmediatamente en el viaje del próximo Noviembre, y por lo tanto toda la autoridad del mismo queda conferida al Presbítero Bodrato, Párroco de la Boca en Buenos Aires; pero, como entiendo que todos los Salesianos sean hijos de V. E., así toda autoridad mía sobre ellos la delego á V. E., tanto en lo espiritual como en lo temporal, por todo el tiempo que ellos pasaren en la República del Uruguay. / En Noviembre saldrán seis Hermanas y ocho Salesianos para Montevideo; los otros irán á Buenos Aires y á San Nicolás de los Arroyos. / V. E. usará conmigo de una gran caridad si me diere aviso toda vez que notare algún desorden entre los Salesianos; yo haré inmediatamente todo lo posible para remediarlo. / Nos encontramos en los principios, necesitados de todo: ayúdenos V. E. con su protección, y nosotros en sus manos seremos otros tantos brazos que trabaja-

remos con todo el celo posible para coadyuvar á V. E., y juntos promoveremos la mayor gloria de Dios. / Me recomiendo humildemente á la caridad de sus santas oraciones, mientras tengo el alto honor de poder profesarme de V. E. Reverendísima obligadísimo servidor. / JUAN BOSCO, Presbítero. / *P. S.:* Algunos meses ha fui á Roma, y el Padre Santo habló mucho de V. E., de Villa Colón, y á V. E. envió una especial bendición."

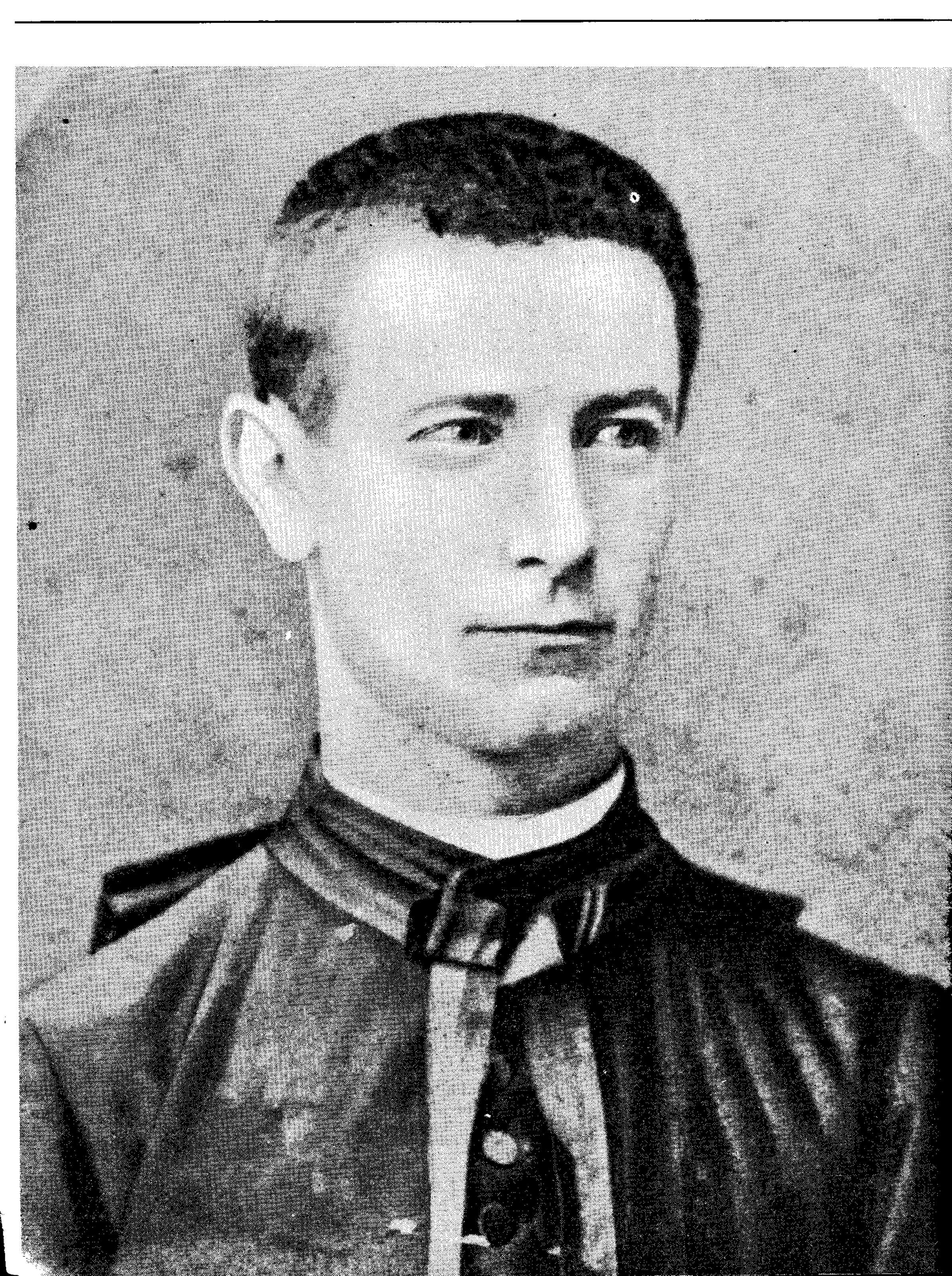
[30] *El Mensajero del Pueblo*, 27-XII-1877.

[31] ACSS., carta a don Bosco, del 3-I-1878; G. Gassano, *Vita del Card. Giovanni Cagliero*, vol. I, pág. 300; R. A. Entraigas, *Una flor entre los hielos — Vida de sor Angela Vallese* (Buenos Aires, 1947); Archivo del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. En este último copiamos párrafos de la Cronistoria de la Inspectoría Uruguaya:

"Il giorno 3 febbraio 1878 prendevano possesso di una piccola casa, ceduta caritatevolmente ad imprestito dal Sig. Enrico Fynn in Villa Colón, ove le accompagnò lo stesso Rev.do Sig. D. Lasagna, tenendo loro da quel giorno luogo di *padre* e di *madre*. / Una camera della stessa casa fu addattata a cappella ed il giorno 8 febbraio ebbero la grande consolazione di avere a loro ospite Gesù Sacramentato. Gesù si compiacque di quella povera dimora, e della pace serena che regnava colà, e già il profumo delle sue grazie, vi attirava i cuori, imperocchè il 22 marzo entrava a far parte della famiglia la prima Americana, nella postulante Laura Rodríguez, la quale riceveva l'abito religioso l'8 settembre di quell'anno stesso, giorno in cui si chiudevano i S.ti Spirit. Esercizi. / Al principio dell'anno 1879, un nuovo drapello di Suore accorreva in aiuto del primo, e mentre 4 Suore vi fondavano la casa di Las Piedras, altre 6 con a capo Suor Maddalena Martini, che fu la prima Visitatrice, si stabilivano in Buenos Aires, la quale casa, sino al 12 marzo 1887, fu Casa Provinciale dell'Argentina e dell'Uruguay. / Intanto *D. Lasagna* nulla ometteva per render facile alle buone Suore la loro Missione e sostenerle nelle varie difficoltà che ogni giorno incontravano, e rendere meno penosa la distanza che le separava dai Superiori e Superiore lasciate in It. Ma la piccola casa fino allora abitata e diventata angustissima pel numero delle fanciulle che vi accorrevano, vuoi per la scuola, vuoi per l'oratorio festivo, da alcun tempo minacciava di rovinare a ragione di alcune fenditure che si vedevano nei muri maestri, e benchè una signora benefattrice, Sig.ra Elena Jackson, vi avesse speso ben 700 scudi per raccomiarla, tuttavia non era prudenza il rimanervi più a lungo con pericolo evidente di qualche disgrazia. Ed ecco il buon Padre con tutta sollecitudine, darsi nuovamente attorno, per procurare loro una abitazione più sicura. Ma, in qual modo, se non aveva mezzo alcuno? / La Provvidenza venne in suo soccorso, ed infatti ottenne dal Sig. Carlo Uriarte in imprestito una bella villeggiatura, con 2.250 metri q. di terreno annesso, coltivato a fiori ed a frutti. Presero posseso di quella nuova casa verso il termine dell'anno 1879. Dopo alcun tempo però il buon Sig. Uriarte, trovandosi sotto il peso di un gran rovescio commerciale, avvisò il Sig. D. Lasagna che suo malgrado, era costretto di vendere la casa abitata dalle Suore, e per conseguenza, la facesse sgombrare al più presto possibile. Non v'è parole atte ad esprimere il dolore che provò a tale annunzio il povero Sig. Lasagna. / Tuttavia quantunque nell'assoluta impossibilità di fare qualsiasi acquisto, e tanto meno pagare all'atto di compra la casa, come il proprietario esigeva, lo pregò di significargli il prezzo di vendita, e non fare contratti con altri prima di aver parlato con lui. / Alcuni giorni dopo il Sig. D. Lasagna ricevette l'annunzio che un compratore offriva la somma di L. 25.000 scudi e che si sarebbe atteso a farne il legale atto di vendita il giovedì seguente, per dargli tempo di preparare la somma richiesta qualora avesse voluto comprarla. / Tale notizia lo consolò e sconcertò ad un tempo. Già era sopracarico di debiti..., a ragione della costruzione del nuovo Collegio Pio, ed inutili furono le ricerche ch'egli fece presso i Benefattori più generosi. Il tempo stringeva e pur non disperando di riuscire nel suo intento, con tutta fiducia si abbandonò in M. Aus., affidando alle sue mani la propria causa. /

Essendo il mese di marzo, fece incominciare un triduo a S. Giuseppe, dalle Suore, mentre il buon Padre, pieno d'angoscia, si rivolgeva a S. E. Mons. Vera, supplicandolo di aiuto e di consiglio in tanta strettezza. Ma il buon Pastore non potè far altro che raccomandarlo a Dio. / Supplicò parecchie persone a farli un imprestito, ma inutilmente. Era il mercoledì antecedente al giorno stabilito, e nulla ancora aveva potuto ottenere. Le signore Jackson, sulle quali aveva fatto assegnamento, gli risposero che nulla potevano fare. Qual notte fu quella pel povero Sig. D. Lasagna! / Non potendo in alcun modo conciliare il sonno, mentre tutti dormivano, si alzò, e recatosi nella Cappella annessa alle Scuole di S. Vincenzo di Paoli, si mise in preghiera. Dopo la mezzanotte scrisse una lettera supplicante alla Sig.ra Clara Jackson ed alle quattro gliela inviò dal Ch.co Giuseppe Gamba. / La Sig.ra era assente, e non ritornò che molto tardi; consultatasi con la sorella Elena, mosse entrambe a compassione, concessero la somma richiesta, ma a rate di 150 scudi mensili. / Il Ch.co rientrava al Collegio alle 11.30 colla risposta, ed alle 12 scadeva il tempo prefisso. In un baleno il Sig. D. Lasagna fu alla casa del Sig. Uriarte, e non trovandolo, corse alla Borsa, ove giunse 5 minuti prima della 12!... Cercò di parlare col Sig. Uriarte, e colle espressioni più supplicanti, lo pregò ad accettare le sue rate invece dell'intera somma che gli affidava il Sig. Echenique. Anche questo nuovo favore gli fu concesso, e la grazia era completa. / La Ver. Aus. non tardò a ricompensare quel caritatevole Sig.re della carità usata alle sue figlie, poichè poco tempo dopo, caduto gravemente infermo, ricuperò tosto la sanità, dopo aver ricevuto la benedizione di M. Aus. dallo stesso Sig. D. Lasagna..."

CAPÍTULO V



Las polémicas

> ... Así pasas triunfando por la vida,
> como el buen Sembrador de Galilea,
> sin que vierta tu espada enardecida
> una gota de sangre en la pelea.
>
> Eduardo Dufrechou, S.D.B.,
> "Monseñor Luis Lasagna",
> en *Juventud*, año XI, Nº 9,
> Villa Colón, noviembre de 1926.

Los años de historia del Colegio Pío comenzaron a desgranarse con el acaecer siempre monótono y siempre cambiante de la escuela. Pero, más que calcos obtenidos sobre el original de 1877, parecen mejoras de un primer borrador. Permanecen los esquemas básicos; pero se afinan líneas y trazos...

Las clases recomienzan el 15 de febrero de 1878. Lo anuncia *El Mensajero del Pueblo,* de Montevideo, con la añadidura de argumentos que resultan elogiosos, de acuerdo con el pensar de la época:

> El notable aumento de asignaturas, así como el número cada vez mayor de alumnos que concurren este año al Colegio Pío, ha hecho indispensable el aumento del profesorado, que en el presente curso es bastante numeroso y competente.
>
> Se ha dado grande ensanche al Colegio y se han hecho en él las más importantes mejoras relativas a la comodidad, higiene y disciplina...
>
> Nos felicitamos y felicitamos al país al ver los notables progresos de este importante centro de educación.
>
> El Gobierno, haciendo justicia a la importancia que ya tiene el Colegio Pío, le ha concedido privilegios idénticos a los del Liceo Universitario y de otros colegios de la Capital.
>
> Por manera que en el Colegio Pío podrán sus alumnos concluir la carrera del bachillerato, rindiendo sus exámenes en el mismo Colegio.
>
> La bellísima y saludable posición del Colegio, su régimen,

— Fotografía de Luis Lasagna conservada en el archivo central de la Sociedad Salesiana de Turín. Debe de pertenecer a los días de su venida a América. (Atención del padre Luigi Dotta.)

la competencia de sus catedráticos y por último la gran modicidad de las pensiones harán, estamos ciertos, que los padres de familia prefieran ese Colegio para colocar en él a sus hijos, ciertos de que hallarán en él esmerada educación científica, moral y religiosa.

Y a continuación puntualiza los programas de clases, y las listas completas de profesores.[1]

El personal acaba de ser nuevamente reforzado: el 2 de enero llegaban de Turín, vía El Havre, el padre Tomás Bettinetti y el coadjutor Benvenuto Graziano;[2] el pasado 18 de setiembre había ingresado en la Congregación el coadjutor Luis Luciani, procedente de Buenos Aires, y el 20 de marzo comenzaba su noviciado el clérigo Lorenzo Bacigalupo.

Más, durante el año —justamente el 10 de julio— llegaría el clérigo Juan Passeri; sin contar que en la misma fecha florecía la primera vocación salesiana uruguaya, en la persona de don Pedro Rodríguez.

En el catálogo oficial de la Congregación aparecen, además, otros cuatro novicios.

* * *

Los Salesianos, remozados, superan las primeras vacilaciones, aventan un poco las nostalgias del terruño, y comienzan a afincarse.

El 20 de enero hacen cuatro días de retiro, para consolidar las energías del espíritu.

La inscripción de alumnos es multitudinaria. Un brote de fiebre amarilla en Montevideo, produce un alud de candidatos: Villa Colón es considerado lugar especialmente saludable.[3]

* * *

El 17 de enero, el presidente Latorre, presente el ministro Montero, recibe en audiencia a Lasagna. Éste acaba de regresar de Buenos Aires, donde hiciera ejercicios espirituales del 7 al 15 de enero.

En su carta a don Bosco del día 18, exclama Lasagna:

¡Bendito sea Dios! ¡Mil veces sea bendita la Virgen Auxiliadora!

Por el brillo de nuestros exámenes finales, por la amplitud y desarrollo que han notado en los programas del año pasado, han concedido de buena gana a nuestro Colegio Pío

la equiparación a la Universidad Mayor del Estado, con la facultad de otorgar, después de los estudios requeridos, los títulos de bachiller y doctor en letras, ciencias, filosofía, teología, matemáticas y jurisprudencia. Hoy mismo se va a firmar el decreto respectivo...

Al conceder este favor, el Gobierno no se ha reservado otro derecho que el de enviar un profesor a presidir el tribunal examinador del último y definitivo examen de bachiller o de doctor...

El Señor nos ha concedido en América una posición y una libertad que nunca tuvimos en Italia. Nuestra joven Congregación podrá desplegar todo su fervor juvenil y formar hombres célebres y atletas intrépidos para las batallas de la Iglesia de Dios.

Le prevengo que pronto tendré que ceder las armas, dominado por una inexorable enfermedad. Haga usted que pueda resignarlas en manos más vigorosas y más diestras...

Con este decreto —al que alude *El Mensajero* en el número ya citado— tenían los salesianos del Colegio Pío y del Liceo Universitario la autorización legal básica para organizar la Universidad Católica del Uruguay.

No hemos podido hallar en el Archivo General de la Nación la copia de estos decretos; pero tenemos la certeza de su existencia, no sólo por la documentación interna, sino, y sobre todo, por las duras críticas que prodigaron *El Maestro* y otras publicaciones masónicas a las concesiones gubernamentales.[4]

* * *

Durante el año, ocurren varios acontecimientos fundamentales para la ulterior evolución de esta historia.

El Capítulo General Salesiano realizado en Lanzo (Italia) el 5 de setiembre de 1877, había aprobado la división de la Congregación en inspectorías. Pero las disposiciones adoptadas, debían esperar la convalidación de la Santa Sede, y ésta tardó algún tiempo en llegar.

Sólo el 7 de febrero del 78 se pueden crear tres inspectorías: la Piamontesa, encomendada al padre Juan B. Francesia; la Ligur, con el padre Francisco Cerruti, y la Americana, con sede en Buenos Aires, que gobernaría el padre Francisco Bodratto.[5]

También el 7 de febrero fallecía en Roma el papa Pío IX, a los ochenta y seis años de edad, y el 20 del mismo mes ascen-

día al trono de san Pedro el cardenal Joaquín Pecci, que tomó el nombre pontifical de León XIII.

Apunta la Crónica del Colegio Pío:

> Don Lasagna, queriendo dejar en los alumnos eterna memoria del gran Pío IX, fijó el jueves 28 de marzo para solemnes funerales.
>
> Los internos asistieron temprano a la misa de comunión general, y más tarde (en ausencia del Obispo) monseñor Victoriano Conde, párroco de La Aguada, cantó misa solemne. Frente al altar había una enorme corona de flores con el nombre de Pío IX en letras blancas sobre una banda violácea. La partitura del Réquiem de Cagliero, cantada por los alumnos, despertó gran conmoción en el auditorio.
>
> Al mediodía y con muchos invitados, se realizó un acto académico... en honor del incomparable Pío IX.[6]

El Mensajero, no sólo publicó una crónica minuciosa, sino que acogió en sus páginas los versos originales del alumno Rafael Fragueiro, pórtico de una vida fecunda en el campo de las letras.[7]

El 5 de agosto, los alumnos realizan ejercicios espirituales. Es la primera vez que se efectúan con entera regularidad. Para predicarlos y dirigirlos vino desde Buenos Aires el padre Santiago Costamagna. Mucha cosecha. Las plantas estaban maduras.

La Compañía del Santísimo Sacramento trabajaba con ahínco.[8]

En esos mismos días ocurre la visita inspectorial del padre José Bodratto, que viaja desde Buenos Aires. En contacto con la realidad, aprueba aparentemente todas las gestiones de Lasagna, y lo anima a concluirlas.

* * *

Con el mes de diciembre llegaron los primeros exámenes oficiales. El padre Lasagna envió a la imprenta de *El Bien* los originales de un folleto que resultó de cincuenta y siete páginas, de 18 por 28 centímetros, titulado *Exámenes públicos del Colegio Pío en Villa Colón, dirigido por los Padres Salesianos* (Año 1878).

Después del horario —"Orden de los exámenes"—, que sirve de encabezamiento, aparece un prólogo dedicado a los padres de familia. En él examina el progreso del Instituto en sus

primeros veinte meses de existencia; perfila el futuro de *este germen de gran porvenir,* y compromete ante ellos la abnegación y los desvelos de los Salesianos, que desean "responder dignamente a la simpatía y a la confianza con que se los ha honrado".

Enseguida presenta los programas analíticos de las asignaturas de clase, los textos usados, el nombre del profesor y la nómina de los alumnos que se presentarán a exámenes públicos en cada materia.

Las pruebas comenzaron el 16 de diciembre, y se prolongaron hasta el 21. Los tribunales examinadores fueron presididos por un conocido educador de Montevideo —don José Bonifaz—, y estuvieron integrados por los profesores titulares de cada disciplina.

Podían asistir a la prueba los padres de familia —todos fueron expresamente invitados—, y quien libremente deseara participar. El Colegio organizó comodidades de trasporte, y ofreció atenciones y almuerzo a todos los asistentes.

Desde el primer día se destacaron en el grupo de oidores dos caballeros, eminentes en achaques pedagógicos, y notoriamente enrolados en la Sociedad de Amigos de la Educación Popular y en el Club Universitario: los doctores Francisco Antonio Berra y Carlos María de Pena, ambos de clara militancia anticlerical.[9]

Todo trascurrió normalmente, y el 25 de diciembre se realizó la fiesta de la distribución de premios.

La Crónica del Colegio Pío subraya:

> Los padres quedaron muy satisfechos de la educación civil y científica de sus hijos, y se los llevaron alegremente a vacaciones.

* * *

El padre Lasagna se trasladó enseguida a Buenos Aires. Llevaba en carpeta varios asuntos, que amenazaban crisis; especialmente, después de la visita inspectorial de don Francisco Bodratto.

Debía hacer ejercicios espirituales con los demás salesianos, bajo la dirección del padre Mola, de la Compañía de Jesús, y participar en las reuniones del Consejo Inspectorial, del que formaba parte con el padre Fagnano y el padre Costamagna.[10]

Lo esperaban, además, largas conversaciones con el Superior. Éste, por lo visto, no conocía las órdenes originales de Cagliero, y el 21 de setiembre había contestado casi indignado

a una carta de Lasagna. Lamentaba que se hubieran practicado algunas demoliciones sin avisarle; se mostraba temeroso de que el Colegio Pío, "algo raquítico, no pudiera perpetuarse", y descargaba una retahíla de negativas y prohibiciones.

"Me hizo la impresión de una jarra de agua helada —comenta Lasagna a Cagliero, en carta del 2 de marzo de 1878.— Se la envío para que la lea y me dé sus impresiones."

¿Qué había modificado la posición de Bodratto? Lasagna seguía sencillamente las disposiciones trazadas por Cagliero. Más: las consultaba, de cuando en cuando, con don Bosco y don Rúa.

Bodratto asumió el gobierno de la nueva Inspectoría americana, cuando todo estaba en marcha.

Las primeras informaciones de sus a láteres lo derrumban. Ahogado por las deudas de los colegios argentinos de San Nicolás y de San Vicente, echa mano, sin medir las consecuencias, hasta del dinero que los cooperadores uruguayos habían depositado en manos de Lasagna, para abonar los pasajes de los salesianos y Hermanas que debían viajar a la República Oriental.

Por otra parte, Costamagna, disgustado con la apertura disciplinar de Cagliero y de Lasagna, le calienta a diario la cabeza.

Bodratto, totalmente abrumado con todo esto, oye despavorido los optimistas proyectos de Lasagna. Éste ya ha desechado la idea de regentar la Escuela de Artes y Oficios del Gobierno, y piensa abrir una en sociedad con los Vicentinos; se dispone a aceptar la parroquia de Las Piedras, sueña con una universidad católica salesiana, y piensa renovar el Colegio Pío.

También se endurece increíblemente la posición adoptada en setiembre, con respecto al pedido episcopal de hacerse cargo de la parroquia de Las Piedras, según se deduce de una carta de Bodratto:

> Usted sabe mi manera de pensar. Yo hubiera preferido un colegio para niños pobres cerca de Montevideo. Pero no hay personal. Antes de abrir nuevas casas, hay que consolidar las que tenemos...

Por otra parte, Lasagna, que acababa de recibir órdenes directas de don Bosco acerca de la fundación de la Casa de San Vicente, sentía flaquear seriamente su salud, siempre esquiva.

Duramente reprendido por Bodratto, y rechazadas todas sus propuestas, aun las que le habían sido ordenadas de Turín; no atinó a otra cosa que a dimitir.

El padre Bodratto se negó a sustituirlo, y creyó solucionar

todos sus problemas asignándole un ayudante: el padre Carlos Cipriano.

* * *

Lasagna paladeaba todas estas amarguras, cuando lo sorprendió un telegrama alarmante. Lo llamaban con urgencia a Montevideo. La *guerra* había estallado.[11]

En efecto, el viernes 3 de enero de 1879, *El Siglo,* uno de los diarios de mayor tirada de Montevideo, en la primera página y en la primera columna estampaba un editorial, titulado *El Colegio Pío de Villa Colón.* Dedicaba unos cuarenta renglones laudatorios a la trayectoria de los doctores Berra y de Pena; señalaba que el tema de la instrucción pública "estaba a la orden del día", y que dos líneas de conducta se debatían en la conducción educativa: la ultramontana y la liberal. Y concluía:

> Oigan pues la voz autorizada del Dr. Berra los que quieren saber qué es ese Colegio Pío de Villa Colón, que levanta entre nosotros la bandera de la educación clerical...[12]

Y a continuación insertaba la carta siguiente, destinada al Director de *El Siglo:*

> *Sr. D. Jacinto Albistur*
>
> Mi muy estimado amigo:
>
> Sabe Ud. ya que el Dr. Pena y yo asistimos a los exámenes del Colegio Pío con el fin de conocer su estado y de publicar nuestras observaciones y juicios. He terminado mi trabajo y se lo remito suplicándole se sirva proporcionarle algunas columnas de *El Siglo,* si Ud. considera que las merece.
>
> Dándole gracias anticipadamente por el servicio, reitero a Ud. la seguridad de mi afectuoso recuerdo.
>
> S. S.
>
> F. A. BERRA.
>
> Casa de Ud., diciembre 29 de 1878.[13]

Y a renglón seguido aparecía un epígrafe: *El Colegio Pío de Villa Colón, dirigido por los Padres Salesianos,* y seguían los juicios de Berra. Éste, para introducirse en el tema, deja constancia de que "ha oído ponderar extraordinariamente la bondad de la enseñanza del Colegio Pío, así como condenarla con los términos más severos..." Por eso, decidió, con el doctor de Pena, asistir a los exámenes públicos, y tomar nota de cuanto viera y oyera.

El exordio despega suavemente. Es casi meloso. Y por vía indirecta, regala algunas informaciones interesantes.

Dice el doctor Berra:

> El p. Mazzarello... puso galantemente a nuestra disposición un carruaje... El lugar es bello...
>
> El padre Lasagna, director del colegio, que me dispensó las más finas atenciones y por las que estoy muy agradecido, tuvo la deferencia de acompañarme en el examen que dos veces hice de las diversas partes de la casa...

La descripción que sigue, es minuciosa: el dormitorio ocupa el piso alto, y el comedor, el bajo. Son dos salones muy espaciosos, con tres hileras de camas el primero, y tres largas mesas el segundo. El aseo es satisfactorio. Hay un servicio de lavatorios, y otro de baños "de cuerpo entero y de lluvias". Las clases son pequeñas, pero muy bien iluminadas y aireadas...

> Creo poder afirmar que este edificio tal como es en la actualidad, tiene pocos rivales entre nosotros, bajo el punto de vista de amplitud y ninguno en cuanto a solidez y condiciones higiénicas. Si llega a ejecutarse completamente el proyecto que me explicó el doctor Lasagna será una de las curiosidades de esta República.

Anota que en 1876 se han gastado 14.000 pesos en construcciones, y más de 4.000 en el corriente año. (La carta está fechada en 1877.)

> Los trabajos continúan ahora en una gran galería que está próxima a su conclusión por el lado sud del cuerpo de edificio que acabo de describir.

Todas estas afirmaciones le sirven de trampolín para zambullirse en su tesis: el enorme gasto de construcción hace más notoria la penuria de *ajuar de enseñanza.* Los bancos, destinados a cuatro o cinco alumnos, son desproporcionados a su tamaño. Las aulas están desmanteladas: apenas tienen una tribuna y algunos mapas. No hay ilustraciones, no hay cuadros...

Después del chuzazo, acaricia la herida. Asegura que los nueve salesianos son italianos; pero:

> No obstante han hecho tan notables progresos en el uso del castellano que la mayoría lo habla y pronuncia de modo que sorprende y algunos serían tomados fácilmente como españoles.

Examina, luego, los programas, y critica la carencia de materias prácticas en los cursos primarios.

Finalmente, la emprende con los exámenes. Informa que asistió a las pruebas tomadas los días 17, 18, 20 y 21, por la mañana y por la tarde, y que se rindieron aritmética, gramática, historia, religión, urbanidad, geografía y ciencias.

Destaca el carácter memorístico de las exposiciones, y analiza detenidamente las respuestas de una serie de alumnos: Estrada, Alonso, Cardas, Gumma, Antuña..., a los que cita por sus nombres, y luego despluma.

En resumen, afirma:

> El estudio que acabo de hacer muestra que los exámenes han estado en todas las clases y en casi todas las materias a un nivel bastante más bajo que los programas respectivos.

* * *

Esta primera crítica mantenía bastante la altura, si no fuese por la *picada*, en la que personalizaba sus quejas, y zahería con dureza a niños inocentes, a los que exponía al público ridículo.

El Siglo del día 5 publica un segundo artículo, dedicado a los *Resultados de los exámenes.* Aquí ya se limita a censurar y reprobar examinados.

Baste para muestra un botón, tomado al azar en la nota del doctor Berra:

> Ludovico Migone no supo cómo se divide el número, ni qué es el número fraccionario, ni cómo se hacía una suma de quebrados que se le propuso, ni cómo se reducen los quebrados a otros de igual denominador, ni qué es número complejo...

Y así llena dos columnas con listas de alumnos, acompañadas de sus *benemerencias* personales.

En el artículo del día 8 establece sus conclusiones. El título ya es definitorio: *Por qué es malo el estado del Colegio Pío.* Comienza por descartar que sea la falta de preparación de los profesores. Lasagna, Bettinetti y Graziano —afirma— tienen título de doctor. El mal —sentencia— está en el modo de enseñar. Se da absoluto predominio a la memoria.

En segundo lugar, no se enseñan ciencias. No se educa la observación. Se prescinde de los objetos, y se incurre en la enseñanza abstracta.

Lamenta que muy pocos padres de familia asistan a los exámenes, y concluye:

> El Colegio Pío no está a la altura de nuestros adelantos escolares. Su estado es sólo comparable con nuestra enseñanza de hace veinte años.

* * *

Las invectivas de Berra conmovieron a la pequeña ciudad de Montevideo. Más, tratándose de un tema en escaparate, como era la educación y el Colegio Pío.

El diario *La Razón* reprodujo enseguida algunos párrafos de la catilinaria de Berra.

El Bien, en operación diversiva, apuntó a otro blanco. El comentarista católico sentenció:

> Ya comprendo por dónde va el doctor Berra. Como él es director de un colegio [el Elbio Fernández], trata de echar abajo al Colegio Pío para no tener competencia. *Guerre de boutique!* Para eso la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, que preside el doctor Berra, le paga un pingüe sueldo.

* * *

Lasagna volvió de Buenos Aires como un rayo. Sin tomar aliento, ni llegarse a Colón, se estableció en Montevideo, para escribir y combatir en las mismas columnas de *El Siglo* "las falsas afirmaciones de los pobres doctores". Con tales términos se expresa la Crónica del Colegio Pío.

Y el 9 de enero, *El Siglo* publica la primera réplica de Lasagna, que así comienza:

> Ayer tuvo la bondad de venir a esta imprenta el señor director [del Colegio Pío], acompañado de dos caballeros y dos alumnos del mismo y dejó en ella la carta dirigida al doctor Berra que a continuación insertamos...

Lasagna arranca enseguida, con bríos que pronto se trasforman en duros mandobles o urticante ironía.

> Estimado señor:
>
> Hallábame en estos días en Buenos Aires recorriendo los mejores colegios de esa ciudad, estudiando y examinando su organización y adelantos, no para desacreditarlos después por la prensa, sino para sacar alguna lección..., cuando algunos padres de familia avisábanme por telegrama de las apreciaciones que iba usted publicando en los diarios sobre el Colegio Pío...
>
> Veo que su publicación, escrita con una cierta modera-

ción al principio, encierra acá y allá juicios precipitados e inexactos, y deducciones ilegítimas e injustas...

Dejo a un lado su largo preámbulo y las atenciones que al principio nos dispensa, y paso desde luego a lo que usted critica.

... tanto como se ha gastado en construcciones que empezaron hace tres o cuatro años, se ha escaseado en el ajuar destinado a la enseñanza.

... es imposible que usted ignore que cumpliéndose en febrero los dos años desde que los Padres Salesianos tomaron la dirección del Colegio Pío, no puede hacer cuatro años que empezaron a construir...

Usted no se fijó que cuando visitaba las aulas ya estaban cerrados los cursos, y los pocos aparatos que tenemos ya debían de estar retirados. Con esto no quiero negar la pobreza que se nota en mis salas..., si todavía están los albañiles acabándolas... Lo que extraña es que usted haya olvidado que yo le hice observar que en estos mismos días debían llegar de Europa, con el vapor *Humberto I*, como en efecto llegaron, seis nuevos profesores, con abundantísimo material de aparatos. Extraño... que no sepa lo que todo el mundo sabe: que una comisión de padres de familia ha recogido ya centenares de firmas para regalar al Colegio un magnífico museo natural, con gabinete de física y química...

Antes de examinar las observaciones críticas que usted hace sobre el programa..., le haré notar... que involuntariamente comete una solemne injusticia.

Usted... no debería ignorar que de los alumnos de clases elementales, las cuatro quintas partes son nuestros discípulos desde hace sólo diez meses, otros lo son desde seis, algunos desde dos, y hasta de un solo mes...

¿Sabe usted, señor mío, cuándo podrá criticar con justicia mi programa? Después de cinco años de enseñanza... Entonces venga..., y si algo faltara, achákquelo a mi ignorancia, a mi incapacidad y a la de mis colegas; pero por ahora conténtese usted con deplorar conmigo el asombroso atraso de tantos pobres niños que en vano han frecuentado escuelas y colegios por años y años.

Pero lo que más me aflige es el ver como usted haya podido sinceramente creer que nuestro programa, tal como está, haya sido exagerado para alucinar a los padres de familia, suponiéndolos usted tan ignorantes como para ser embaucados... Usted está muy equivocado... Entre los padres o interesados de mis alumnos cuéntanse personas muy ilustradas, como el doctor Artagaveytía, el doctor Soler, el doctor Lombardo, el doctor Frías...

> Si yo quisiera hacer una reseña de los detalles de sus críticas..., hallaría muchísimas cosas que rectificar y muchas que rechazar enérgicamente. Pero usted sabe que una proposición falsa se enuncia en tres palabras, mientras que para aclarar y deshacer sus yerros se exigen llanas y llanas...

Examina luego en concreto cada una de las afirmaciones de Berra sobre los planes. Le señala el pasaje del programa impreso, donde se enuncian los tópicos y las materias que el crítico dice que faltan, y le da las razones de por qué unas cosas se explican en otro lugar del que Berra deseara.

De acuerdo con su técnica y estilo, no pierde la oportunidad de apretar clavijas, cuando sorprende a su adversario en alguna debilidad, como en el caso en que Berra habla de *nomenclatura*...

Después remata el asunto con este golletazo:

> Señor Berra, de todo esto se deduce y se ve muy claro que la manía de criticar, a más de involuntarias injusticias, le llevó también a cometer involuntarios disparates...

* * *

El 10 de enero, el tema del Colegio Pío ocupa casi toda la primera página de *El Siglo.* Ingresa otro gladiador a la arena. Junto con la segunda parte de la respuesta de Lasagna, Carlos de Pena inaugura un despiadado bombardeo. Y no cuida las formas, como Berra. Primero inciensa a José Pedro Varela, "nuestro Horacio Mann", y luego embadurna con tintas grises la imagen del Colegio. Los alumnos, escribe,

> tenían ese aire taciturno, apático, esa mirada vaga, indiferente, que se nota en los niños poco reflexivos, timoratos y descuidados en los ejercicios de la mente... Parecen extrangeros (*sic*) en su propia escuela...

Y tras una digresión para elogiar la propia capacidad en tomar notas taquigráficas de todo lo que oyera, abre la nómina de alumnos, y amontona, junto a sus nombres, el fárrago de errores que —dice— cometieran durante los exámenes..., y así prosigue hasta llenar varias columnas.

* * *

Al lado, no más, de esta hoja de tuna, aparece el epígrafe *Cómo debería hacerse la crítica del Colegio Pío y cómo la hizo el doctor Berra.* Es un punzante artículo de Lasagna:

COLECCION DE LOS ARTICULOS

Del Dr. D. Luis Lasagna (Presbítero)

DIRECTOR DEL COLEGIO PIO

Miembro de la Academia de la Arcadia de Roma

EN REFUTACION A LOS

APUNTES PARA UN CURSO DE PEDAGOGIA

DEL DOCTOR F. A. BERRA

—

Edicion hecha por los católicos de Montevideo.



Marella Hnos., calle Buenos Aires 148

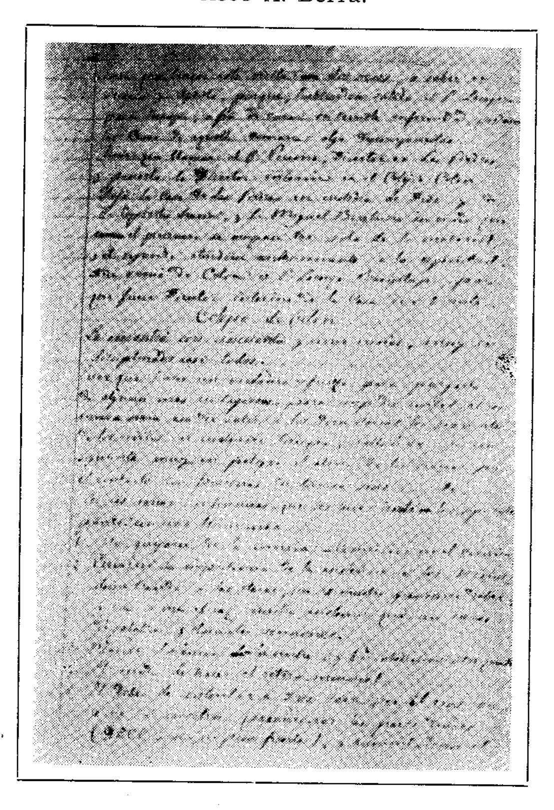
1883

Portada del folleto en que el padre Lasagna reunió los artículos publicados en *El Bien* para refutar los *Apuntes* del doctor Francisco A. Berra.



El padre Francisco Bodratto, jefe de la segunda expedición misionera (1876), e inspector de América en 1879. Falleció en Buenos Aires, el 4 de agosto de 1880.

RECUERDOS DE LAS LUCHAS



Fotocopia del informe confeccionado de puño y letra por el padre Santiago Costamagna al visitar el Colegio Pío, durante la ausencia de Lasagna. Pertenece al libro de visitas inspectoriales de la Inspectoría de Buenos Aires.

> ... usted no se apercibió que su lápiz, corriendo taquigráficamente sobre el papel para sorprender y apuntar con ansia febril los yerros de los pobres alumnos, dibujaba sin querer y sin saber la afrentosa desnudez de la educación que con pocas y raras excepciones se ha dado y se da en esta República...

Acto seguido, lo invita a conversar con una larga lista de padres de alumnos, que le podrán certificar el grado de aprovechamiento de sus hijos en los colegios que frecuentaron, antes de inscribirse en el Colegio Pío.

> No extrañarán los lectores de *El Siglo* esta prolija enumeración, y menos lo extrañará usted, señor Berra, pues me creo autorizado de hacer yo por bien, lo que usted hizo por mal, y mal irreparable...
>
> Quería probarle a usted que no rehúso el examen y la crítica..., con tal que no sean absolutas, parciales, apasionadas, como debe ser la del jefe de una escuela opuesta a la mía, la de un director y profesor de varios colegios, el cual, por librarse de una fatal concurrencia, quisiera hundirme y ahogarme con sofismas y cavilaciones de pedante... Quiero una crítica razonada, justa, y más que todo, relativa a todos los alumnos que acabo de nombrar, que por ser dos años que están en el Colegio, con más verdad se pueden llamar mis discípulos.

Y embiste, luego, en defensa de los atacados:

> De los cincuenta y siete alumnos que tengo, los doce que usted más critica ¿sabe quiénes son?
>
> ... el primer alumno que usted mortifica de una manera bárbara, es un cierto d. Francisco Costa. Usted no le conoce, y por eso mismo debía respetarle. Yo le haré el servicio de decirle quién es. Es un niño de Montevideo perteneciente a una familia muy honrada, el cual, aunque crecidito, estuvo mucho tiempo enfermo, sin frecuentar regularmente ningún colegio; de índole tímida, pero amabilísima; de una moralidad y conducta intachables. Su buena madre, hace apenas cinco meses, se determinó a ponerlo en mi Colegio, del cual se ausentó enseguida por un mes, por causa de una enfermedad de su misma madre. Ahora, si él no pudo aprender mucho, o... si por cortedad no pudo contestar lo que sabía, ¿qué derecho tenía usted de infamarlo y de envolver en su deshonor a todo el Colegio Pío?

Y después de citar nominalmente varios de los casos impugnados, continúa:

Mi señor Berra, ¿desea usted que yo siga este tristísimo catálogo? No, me dan lástima esos pobres niños, tan injustamente maltratados por la más indecente publicidad...

Entonces, dirá usted, la culpa, la imprudencia es del director, que se atrevió a exponer esos niños a exámenes públicos.

... mi conciencia me decía que estimulando a esos niños con la obligación de los exámenes, los pondría en la necesidad de hacer esfuerzos particulares de aplicación, y así aprender más; mi conciencia me decía que era un bien siquiera tentar de vencer... su natural cortedad, acostumbrándolos pronto a arrostrar el público, para no criarlos autómatas, como usted me hace la gracia de llamarlos...

... replicará usted, señor Berra, ¿cómo se han atrevido a colocar a esos niños en clases... tan desproporcionadas a su alcance?

... sepa usted que todos esos niños se me presentaron acompañados de certificados tamaños, refrendados con timbres, firmas y rúbricas de colegios y directores renombrados.

... usted los hubiera sin vacilar rechazado..., pero yo, confiado en la bondad de mis métodos..., no quise acobardarlos..., herir el amor propio de sus familiares y deshonrar a los directores de otros colegios, que distingo siempre con el respeto debido a colegas... que se consagran al bien de la juventud...

Y prosigue Lasagna hasta el fin con la cruel regularidad de una ametralladora.

* * *

Los otros diarios se ocupan más o menos discretamente en comentar el tema. *La Razón* extracta la respuesta de Lasagna, y propone una justa entre los más destacados alumnos del Colegio Pío y los mejores de los colegios laicos de Montevideo. Públicamente dirimirán primacías.

* * *

Así las cosas, el día 11 vio la luz la tercera parte de la respuesta de Lasagna, acollarada con el segundo artículo de Pena, que sigue firme en su línea de nombrar alumnos y derrumbar su examen trascribiendo preguntas y respuestas adobadas de comentarios.

Lasagna comenta *Cuál es la decantada imparcialidad del doctor Berra en sus críticas del Colegio Pío.* Y dice textualmente, en mordaz estilo:

En el curso de sus críticas... hace protesta de imparcialidad de un modo tan decidido, que... vi la imposibilidad de sacarle a usted de una convicción que su modestia le tiene tan profundamente arraigada en el pecho. Mucho más, ya que... a cualquiera que chistara en contrario, podría usted presentarle el certificado auténtico que le dejó su amigo nada sospechoso, el señor Albistur, "de absoluta imparcialidad de juicios".

Su digno compañero, el doctor Pena, a lo menos no anda con tantos rodeos hipócritas; arroja desde luego el disfraz, y proclama a los cuatro vientos que él, habiéndose formado el propósito de combatir, de destruir el catolicismo, y, por una distinción que no merecemos, creyendo "al Colegio el gran asilo de la ciencia católica en el país", ha resuelto librarnos una guerra a muerte. Esto se llama hablar con franqueza y sinceridad.

¿Por qué, señor Berra, no tuvo igual coraje?

... me habría ahorrado el trabajo de contestar a sus sofismas y disparates.

¿Qué se puede contestar a un asesino... que lo asalta alevosamente?... De nada servirán protestas y súplicas. El asesino, lo que quiere es verlo lo más pronto posible yerto cadáver a sus pies. ¡Bravo, señor Pena! Así sabremos todos de qué brazo nos vienen los golpes, y todas sus acusaciones e invectivas no necesitarán... ni una palabra de rectificación ni protesta...

Vuelvo a usted, señor Berra..., y le pido por favor... me permita emitir algunas observaciones que puedan ilustrar a la opinión pública sobre la conducta que usted ha observado en sus críticas.

... en la vida de los grandes hombres hay ciertos pequeños rasgos que pasan desapercibidos al común de las gentes, pero que para un inteligente espectador valen toda una historia.

... haciendo usted una insulsísima relación de lo que vio en mi Colegio, dice que "... a la izquierda de la capilla y en la misma línea se extiende sucesivamente un zaguán y la sala de recibo en cuya cabecera están colocados un retrato del Papa León XIII y dos imágenes de santos".

Usted sabe, señor Berra, que la sala de recibo ha sido la misma en que usted por una semana presenció con el doctor Pena nuestros exámenes. Por consiguiente, no podrá nunca disculparse de no haber tenido tiempo o comodidad de observarla bien... Permítame que le haga notar en la breve mención que usted hizo de esta sala, una parcialidad vergonzosa y una ignorancia supina... Millares de testigos han visto esta sala tapizada enteramente de dibujos

> de todas dimensiones..., trabajos originales de los alumnos. A más, todos han visto... que el puesto de honor de esa sala lo tienen tres bellos y grandes cuadros, en los cuales cada mes se publican los nombres de los alumnos que sobresalen en cualquier clase o asignatura...
>
> Usted, crítico imparcial que vio al momento los dos santos y el Papa; usted, tan amigo del sistema intuitivo, ¿no vio los demás cuadros?... ¿Por qué no los mencionó también? Se lo diré yo...
>
> Usted con su compañero han venido a mi Colegio para espiar, sorprender, criticar todo lo que presentara el menor aspecto censurable; con el propósito decidido de callar, de ennegrecer, rebajar y hasta negar todo lo que mereciera un justo elogio...
>
> Usted, "literato y filósofo", no vio que aquellos cuadros no son dos santos... Uno es una copia oleográfica de una Virgen de Murillo, cuyo original existe en el Museo del Louvre; el otro es un Cristo de Rubens, a los cuales corresponden otros dos, sobre la puerta de entrada..., una Sagrada Familia de Rafael... y una escena doméstica... de un célebre pintor de Germania...
>
> Ahora... ¿quién les sacará de la cabeza a los padres de familia que usted haya juzgado los exámenes de los hijos con la misma imparcialidad y clásica competencia con que juzgó a la sala en que los rindieron?
>
> "Los examinados llegaron al número de cuarenta", publica usted. Son cincuenta y siete... Si de cuarenta usted azota a veinticinco..., no queda ni la mitad ilesa...

Y con ojo de halcón y fiereza tigruna sigue descubriendo perlas en las cartas adversarias. Por fin, termina:

> Es la primera vez en mi vida que me veo acometido por los diarios; ya preveo que no será la última. Pero protesto que será... la última vez que yo me defienda...
>
> Me separo de usted sin rencor; y si cuando usted vino a mi Colegio con la intención de hacerme mal, yo le recibí con la mayor fineza y le di un asiento a mi lado en la mesa y conmigo comió el pan de los niños que maltrató, vuelva usted cuando quiera, que será bien recibido...
>
> Aunque tendré que mostrarme más cauto y más prudente, le prometo que seré siempre leal y sincero, y nunca de los que bajo la sonrisa de la cortesía y el manto de la amistad esconden el puñal con que mañana, si uno se descuida, le traspasan alevosamente el corazón.

* * *

Lasagna terminó sus réplicas el día 11. En la columna contigua, de Pena seguía machacando sus ataques al método del Colegio Pío. Y prosigue incansablemente hasta el 12 de enero, fecha en que también *La Razón* la emprende con Lasagna.

El día 14, Berra torna a la palestra. En la sección "Remitidos", encuadra su artículo sobre *La enseñanza de los Padres Salesianos,* y cubre casi toda la primera página. Dice:

> Doy a mi réplica el carácter de artículo y no de una carta al señor Lasagna, porque considero que si así lo hiciera faltaría al respeto que me debo...

Y ensaya enseguida una dura reconvención, que Berra sabe manejar dentro de formas moderadas.

Y la gresca asume colosal incremento.

Mientras *El Bien* pone en la picota la competencia profesional de Berra, de Pena publica su novena nota.

El Siglo toma bando en un editorial, y, sin quererlo, da la razón a Lasagna. Afirma abiertamente:

> La cuestión de fondo es: la educación no puede ser clerical porque no emancipa. Lo demás, lo incidental no importa, o es indiferente...

* * *

El 16 de enero, de Pena sigue implacable en su tentativa. Lasagna debe cruzar cartas con B. Montero Vidaurreta, un educador que se siente aludido por una de sus contestaciones.

El 18 de enero sigue Berra en la liza, y ataca los *recursos inmorales* —así dice él— del Director del Colegio Pío.

* * *

Ya la discusión empieza a volverse monótona, cuando el 22 de enero se produce una novedad. En la sección "Remitidos" de *El Siglo,* aparece un señor N. N. —así firma—, que desde su ángulo comenta la enojosa polémica. *Cuestión de educación,* es el rótulo. Y elegantemente se las toma con Berra y de Pena. Su procedimiento diálectico es la redargución. Dice:

> El estilo de Berra es grave, sobrio; en suma, el que conviene a la seriedad del asunto que trata.
>
> En cuanto a la relación hecha por el doctor Pena, es un trabajo distinto. ¿Cómo es que la notable inteligencia

> de este señor no le ha indicado que hay ciertos estilos impropios para ciertos asuntos?...

Y en la misma cuerda prosigue hasta el final su sátira elegante.

El 23 de enero, N. N. entra más a fondo en la cuestión. Por lo referido, el resultado de los exámenes puede considerarse pobre. Pero "nada sabemos de los que contestaron bien, y no sabemos cómo contestaron los que los críticos dicen que contestaron mal..."

* * *

Además, observa *a pari* que él ha asistido a exámenes en la Escuela Elbio Fernández, dirigida por Berra, y ha oído respuestas increíbles, como la del niño que dijo que en Córdoba había frailes que se comían a los chicos... Afirmación —comenta— que, por supuesto, corrigió el profesor, y que no por eso afectaba a la buena fama del establecimiento.

El 24 y el 25 de enero prosigue N. N. demoliendo método y estilo de los doctores unidos..., hasta que el 25 salen al ruedo otros dos picadores. Ya el duelo se convierte en batalla.

Alfredo Vázquez Acevedo ataca duramente a N. N., y afirma sin ambages que:

> ... el Colegio Pío ha sido hundido por las concienzudas y brillantes publicaciones de los doctores Berra y Pena.

Por si algo faltara, otro corresponsal cifrado, X. X., asume la defensa del Colegio Elbio Fernández. Y la batahola sigue los días 26, 28, 29 y 30 de enero. N. N. contra X. X., y viceversa, en pintoresco tiroteo.

Por fin, el 31 de enero N. N. decide cerrar el debate, entre risueño y mordaz:

> En conclusión a mis críticas, diré a este señor y a sus compañeros la síntesis de mi pensamiento en estas palabras: Ustedes se han propuesto una obra santa, pero la están haciendo mal...

Y termina aconsejándoles paternalmente reflexión y serenidad, ya que en sus pullas sólo usó la mitad de los argumentos que le ofrecían las pifias que la cólera dictaba a sus opositores.

El 1º de febrero concluye también X. X.

Pero el 4 de febrero, F. A. Berra publica su *Resumen y conclusión* en la sección de "Solicitadas". Tres columnas en que se olvida de Lasagna, para dedicarse a N. N.

* * *

Tanta tinta derramada, aunque no lo parezca, produjo sus ventajas. Lasagna y los Salesianos, pensando sobrenaturalmente, se dijeron y lo dejaron escrito:

> No olvidaremos nunca que las obras de Dios necesitan el sello de las contradicciones más rudas, para consolidarse más y más...[14]

Y como más se ama lo que más cuesta, achicaron nostalgias, y se apegaron al Colegio Pío, a los alumnos y a sus padres, que los acompañaron bizarra y afectuosamente en la lid periodística.

El espíritu del cuerpo se consolidó, y todos se comprometieron a perfeccionar la empresa, que ya sentían como propia, y a remontarla más allá del alcance de las críticas.

El Superior de Buenos Aires, algo ablandado en sus posturas, reforzó el personal salesiano de Villa Colón.[15]

* * *

Pero los entreveros con Berra no quedaron aquí. Éste siguió dedicado por años a sus artículos pedagógicos, que publicaba regularmente en *El Maestro,* con el título de "Apuntes para un curso de pedagogía".

Cuatro años después, en el 82, los reunió en un volumen de 700 páginas, que mereció un premio en la Exposición Continental de Buenos Aires. Más: fue adoptado como libro de texto de las escuelas normales.

Lasagna, que acababa de llegar del primer viaje a Italia, acudió al Obispo, escandalizado por su materialismo. Como nadie creyó oportuno escribir alguna refutación, o no se animó a hacerlo; él publicó siete artículos bibliográficos en *El Bien,* que merecieron varias respuestas de Berra, con las consiguientes réplicas de Lasagna, sin mayor fruto para nadie.

Los artículos de Lasagna fueron coleccionados por los exalumnos en un folleto de cincuenta páginas, editado en 1883.[16]

[1] Hé aquí la distribución de personal que trae *El Mensajero del Pueblo,* discriminada por asignaturas y profesores respectivos:

Cursos Universitarios. — *Filosofía, Lógica, Metafísica y Moral,* doctor Luis Lasagna, Pbro.; *Química e Historia Natural,* Dr. Tomás Bettinetti, Pbro.; *Física, Matemáticas y Cosmografía,* Dr. Benvenuto Graziano; segundo año de *Retórica y Poética, Historia y Geografía Universal, Latín,* D. Juan Ghisalbertis; primer año de *Latín, Gramática Castellana, Historia y Geografía Universal,* Dr. Tomás Bettinetti, Pbro.; *Filosofía de la Religión, Urbanidad, Conveniencias Civiles y Sociales,* Dr. Luis Lasagna, Pbro.

CURSOS PRIMARIOS. — *Cuarto elemental superior,* D. Luis Chiara; *Tercero elemental superior,* D. Miguel Fassio, Pbro.; *Segundo elemental inferior,* D. Emilio Rizzo; *Primero elemental inferior,* D. Alejandro Vergnano.

CURSOS ESPECIALES Y CLASES DE ADORNO. — *Contabilidad Mercantil* y *Teneduría de Libros,* Dr. Benvenuto Graziano; *Inglés,* Mr. Thomas Nolan; *Francés,* D. Juan Ghisalbertis; *Italiano,* D. Agustín Mazzarello; *Griego,* D. Agustín Mazzarello; *Alemán,* D. Tomás Bettinetti; *Dibujo Lineal, Ornato y Caligrafía,* Dr. Tomás Bettinetti; *Música, Piano y Armonía,* D. Pedro Rota; *Música Vocal y Canto Gregoriano,* D. Juan Ghisalbertis, Dr. Benvenuto Graziano y Dr. Tomás Bettinetti; *Gimnasia y Esgrima,* Dr. Benvenuto Graziano.

Director del Colegio, Dr. Luis Lasagna, Pbro.

Vicedirector y Ecónomo, D. Agustín Mazzarello, Pbro.

Inspector de disciplina para cursos superiores, D. Espíritu Scavini.

Inspector de disciplina para cursos inferiores, D. José Gamba.

La Crónica del Colegio Pío añade otras especificaciones salesianas, como: Don Miguel Fassio, catequista; don Tomás Bettinetti, consejero; don Espíritu Scavini, consejero; coadjutores Juan Barberis, Antonio Bruna, Santiago Ceva, Juan B. Cornelio, Antonio María Iardini, José Mandrino y Antonio Rota, y el clérigo Alejandro Vergnano.

En el Colegio Pío vivían, además, los novicios Juan Felter, coadjutor; Luis Luciani, coadjutor; Andrés Garavento, coadjutor; Tomás Olcese, coadjutor, y Alejandro Imossi, clérigo.

[2] Carta de don Bosco al padre Lasagna (18-X-1877):

"Car.mo D. Lasagna, / Eccoti i due confratelli che vanno con tutto buon cuore per divider teco le fatiche e le glorie del Colegio Pio. Essi ti daranno notizie dell'Italia, e ti diranno quali cose siano per loro più adatte. Sono ambedue musici cantanti e suonanti. Graziano ti appagherà anche per la scherma. D. Bettinetti farà bene pel ginnasio superiore e pel disegno. Abbi fiducia in loro; essi l'hanno illimitata con te. / Ricevo in questo momento la tua lettera del 20 ottobre, e ti risponderò poco a la volta. Risponderò a tutti quelli che mi hanno scritto, anche a tuoi allievi. Dirai loro che io desidero di vederli, quindi o che essi vengano qui o che io andrò a Montevideo. / Allo giungere questi due confratelli avrai già ricevuto gli altri primi partiti. / Mille rispettosi ossequii a donna Elena Yacson, sua sorella, e tutti i nostri benefattori, come se li nominassi ad uno ad uno. / Desidero vivamente che si canti un Te Deum e si faccia una santa comunione in ringraziamento a Dio dei benefizi ricevuti. / La grazia di N. S. G. C. sia sempre con noi, amen. / Torino, 18 S.bre 77. / aff.mo amico / SAC. GIO. BOSCO."

[3] Crónica del Colegio Pío.

[4] ACSS., 126, 2, a. 1878; E. Armand Ugon, J. C. Cerdeiras Alonso, L. Arcos Ferrand y C. Goldaracena, *República Oriental del Uruguay — Compilación de leyes y decretos,* tomo X (Montevideo, 1930); *El Maestro,* 1878-1879, en la Biblioteca Nacional de Montevideo; José M. Vidal, *El primer Arzobispo...,* cit.,

[5] *Memorie biografiche,* "Primer Capítulo General", vol. XIII, pág. 243; "División de Inspectorías", vol. XIV, pág. 221.

[6] ACSS., carta a don Bosco, del 2-IV-1878.

[7] Con el correr de los años, Rafael Fragueiro llegó a ser destacado poeta y periodista. En su obra *Parnaso oriental,* el reconocido académico Raúl Montero Bustamante dice del nombrado: "Dos grandes temperamentos poéticos ha tenido el Uruguay desde sus orígenes, Zorrilla de San Martín y Rafael Fragueiro".

[8] *Bollettino Salesiano,* 1878, Nº 10; Crónica del Colegio Pío IX de Buenos Aires, pág. 18.

CAPÍTULO VI



Las fundaciones

Las estrellas naufragan en la duna.
¿No encallará la barca soñadora
en las sirtes y rocas del abismo?...

JERÓNIMO CHIACCHIO BRUNO:
"Soneto de monseñor Lasagna",
Flores del camino, pág. 150
(Montevideo, 1928).

EL 79 ES AÑO DECISIVO para la historia salesiana del Uruguay. La Congregación, a punto de sucumbir, brota de las cenizas, rompe las murallas del Colegio Pío, y se convierte en institución.

Mientras sus enemigos planean destruirla, y el padre Bodratto organiza una retirada y algunos desertan, Lasagna comienza los trasplantes, y germinan viveros nuevos.

El 8 de enero, en pleno hervor de la desatada polémica periodística, desembarcan refuerzos. El *Umberto I* deposita en playas orientales tres salesianos de refresco: el subdiácono Miguel Borghino y los clérigos Luis Calcagno y Carlos Peretto. Venían a cubrir las vacantes de Bettinetti, Farina y Ghisalbertis, que habían emigrado a Buenos Aires, desencontrados con la marcha armoniosa del Colegio.

Con este personal, muy limitado en número y madurez, Lasagna no sólo enfrentaba los problemas de mejora y crecimiento del Colegio Pío, sino que en breve plazo iba a organizar tres Casas.[1]

Mal conoceríamos a Lasagna, si aceptáramos el hecho de las nuevas fundaciones como un brote de su ardiente fantasía, o como fruto de la mecánica fatal de los acontecimientos.

Todas sus facultades estaban perfectamente balanceadas. El estallido fantasmagórico de su imaginación era enseguida controlado y sometido a proceso por una inteligencia ágil y aguda, tanto para el análisis como para la síntesis. Evaluaba prioridades, establecía objetivos, y elegía sagazmente los medios y

← Don Francisco Bodratto, primer inspector salesiano de América, fallecido en Buenos Aires el 4 de agosto de 1880.

los estadios viales para conseguirlos. El soñador y el visionario trabajaron siempre al servicio del planificador. En toda su obra, nada está comenzado al azar. Apreciaba las propias y ajenas limitaciones, tanto más sensibles y dolorosas, cuanto más nítida aparecía su condición de peregrino de lo absoluto. En su obrar trazumaba fe, no sólo dimensionada en lo sobrenatural, sino encendida en el fuego de un fervor imparable.

"Algunas veces —confiesa en carta a don Bosco del 24 de noviembre de 1883— mi entusiasmo quisiera forzar la naturaleza de las cosas; pero soy demasiado miserable para lograr milagros de Dios." [2]

Ya no importaba la precariedad de su salud, ni siquiera los presentimientos de una muerte próxima. Los largos y mortificantes insomnios de sus noches, se habían convertido en horas de reflexión. Los graves defectos del personal que lo rodeaba durante el año pasado —Bettinetti se había tornado insoportable; Ghisalbertis, trasladado a Buenos Aires, hasta lo había insultado soezmente en una carta en que agotaba el diccionario; Farina lo había comprometido con sus debilidades...—, a pesar de las naturales reacciones de fastidio, ira y desencanto, y del natural decaimiento que le producían tamañas irregularidades, ellas mismas reforzaban sus convicciones de que el superiorato no era una canonjía, sino un servicio que debía prestar a sus Hermanos y a la Institución; y venciendo la normal repugnancia que sentía, se jugaba entero por ellos. Ya vimos cómo respondía, ante la crítica despiadada de sus adversarios externos...

Pero las necesidades apologéticas no le desfiguraban la realidad. Ese año construyó el teatro del Colegio, y lo hizo decorar nada menos que por el famoso pintor Coliva; [3] inauguró un laboratorio de física adquirido en París; y a pesar de que durante la polémica, cada padre de alumno recibió por correo panfletos insultantes, matriculó noventa y seis alumnos. Reorganizó, también, el personal; redistribuyó sus atribuciones, e hizo crecer la disciplina y el estudio de tal forma, que él mismo acotaba: "muchos no se lo perdonarían".[4]

* * *

En 1877, mientras promediaban las grandes dificultades que acompañaron a la implantación del Colegio y a la propia y dolorosa adaptación al medio, germinaron en su cabeza las ideas básicas que van a inervar todas las líneas de la organización de su trabajo.

La primera y fundamental, de la cual participaba Cagliero, era profundamente realista: el Colegio Pío, aunque debiera soportar las contingencias inevitables del nacimiento; tanto por razones pastorales, como por motivos geográficos, políticos y humanos, no podía continuar indefinidamente como satélite de Buenos Aires. Debía formar su propio sistema, integrado en las modalidades de una nación independiente y celosa de las propias características. Por eso, ya a comienzos de 1878 propuso a Cagliero la división de las provincias religiosas de la Argentina y el Uruguay.[5] Igual esquema adoptará algunos años después, cuando pise el Brasil, e insistirá sin tregua para lograr hacerlo efectivo.

Este planteo, y el casi *unicato* del Colegio Pío en la República Oriental, le hacían aceptar el hecho, también aprobado por Cagliero, de afrontar el más crítico problema pastoral del país, y convertirse en el principal semillero de sacerdotes y laicos dirigentes.

La fundación del Seminario, inaugurado en 1879, lo relevó de la primera obligación, cuando entregó los candidatos al sacerdocio que se albergaban en el Colegio Pío a los Padres de la Compañía; pero, en cierta manera, lo urgió para el cumplimiento de la segunda.[6]

Ya en esos años se revela en él una visión avanzada del problema del apostolado de los laicos. Su amistad con el doctor Mariano Soler y con la pléyade de próceres que lo acompañan en su labor, lo afirman en sus ideas.

En uno de los treinta y siete cuadernos de sermones y discursos de Lasagna que se guardan en el Archivo Central de la Sociedad Salesiana, hay unas páginas que pertenecen, evidentemente, a estos años —al principio de su carrera redactaba completamente los discursos, mientras que luego sólo escribía ayudamemorias—, y que, por todos los indicios, contienen las palabras pronunciadas en una de aquellas reuniones aniversarias que los fundadores de *El Bien* realizaban debajo de las bucólicas arboledas del Colegio Pío, desde fines de 1879.

Viste colores de la época; pero es francamente revolucionario, y así exclama:

> Cuando los Religiosos son perseguidos y expulsados, y el clero, amordazado y encerrado en los templos; cuando se desprestigia al sacerdocio y se lo veja..., ¿quiénes avanzarán a recoger el pabellón de la fe, para hacerlo flamear en la arena del combate y llevarlo a las glorias del triunfo que le está prometido?

> Solamente los laicos y los seglares católicos.
>
> Vuestra presencia, señores; vuestra actitud..., tienen altísimo significado, que aplaudo con todo mi corazón.
>
> En los tiempos heroicos del cristianismo, fueron laicos Clemente de Alejandría, Lactancio... y Severino Boecio, los que con la elocuencia de su voz y de sus escritos, con su erudición inmensa, defendieron la fe y los altares.
>
> Regocijémonos al ver repetirse en nuestros días las glorias de aquellas épocas inmortales en que obispos y sacerdotes hallaban en el laicado cooperadores capaces, y valientes sostenedores. Italia pronuncia con veneración los nombres de Manzoni, Cantú y Péllico; Francia exhibe al mundo católico las grandes figuras de Chateaubriand, Nicolás, Veuillot y Montalembert; España se regocija en Donoso Cortés, Aparisi y Guijarro, Nocedal y Marcelino Menéndez y Pelayo..., sin hablar de Alemania, Inglaterra o nuestros vecinos de allende el Plata...
>
> Aquí, estrechados alrededor de nuestro Prelado, seremos instrumentos gloriosos de los designios divinos.
>
> ¡La hora del laicado ha llegado!...
>
> En los tiempos pasados, cuando los bárbaros asolaban a Europa, la Iglesia le opuso la fuerza de sus Órdenes caballerescas. Ante la nueva invasión bárbara que profana a la ciencia, las leyes y la sociedad, deben brotar las nuevas formaciones caballerescas, armadas de fe, ciencia, ilustración y cultura.

Este discurso era expresión de realidades concretas. En el Uruguay, ya el laicado católico, no sólo suplía a la carencia de clero, sino que formaba un aguerrido ejército apostólico.

Lasagna colaboraba permanentemente con ellos, ya sea en el periodismo, en el Club Católico —adonde llevaba los alumnos mayores— o en las Obras Vicentinas; y los laicos lo apuntalaban, no sólo con asesorías técnicas y financieras, sino que por muchos años le dirigieron su obra de los oratorios festivos. Por eso, luchó denodadamente para formar en su Colegio planteles de líderes católicos.

Ya el 16 de julio de 1877 —cuando todavía el padre Cagliero andaba por el río de la Plata, el Colegio Pío se debatía en su primera crisis, y él no acababa de sacudir sus nostalgias— elevó a don Bosco un proyecto de creación de universidad católica, que luego horrorizara a Bodratto. Afirma en su carta que, después de los primeros inconvenientes sufridos,

> los hombres desprejuiciados abrieron los ojos y nos redoblaron su estima y afecto. El Colegio no perdió, sino que

> cambió alumnos: ha estado siempre tan lleno y completo, que no puede recibir más. Todos saben que si este año ha habido algo que desear, no volverá a suceder, ya que esperamos refuerzos de Turín.
>
> Toca ahora a usted, amado Padre, hacer que no se frustren nuestras aspiraciones. Mándenos personal elegido, y recogeremos mies abundantísima. Todos los colegios masónicos vacilan. Uno tan estimado como el Politécnico, se ha ido a la bancarrota. La libertad de enseñanza es de un valor inestimable. Y como aquí los estudios de Derecho se realizan en sólo dos años en una universidad desordenada y masónica que regenta el Estado, muchos me animan encarecidamente a que abramos cuanto antes nosotros mismos los *Cursos de Derecho.* Si usted nos enviara para comenzar una cabeza como don Bertello, que dictara Derecho de gentes, internacional y constitucional, economía política y derecho administrativo; con un abogado sacerdote local que asumiera la cátedra de Procesos judiciales, estaríamos seguros de un resultado estupendo y admirablemente fructuoso...
>
> Le señalo esto, para que lo haga objeto de maduras reflexiones, y para que los Hermanos de buena voluntad que viven en Turín, puedan comprender la importancia de nuestra misión en esta joven República, víctima hasta hoy de la ignorancia y de los escándalos de muchos aventureros que hacen tráfico indigno de la ciencia, de la moral, de la justicia y de cuanto hay de más sagrado en la Tierra.

Y renglones más abajo afirma enfáticamente, dirigiéndose al padre Cagliero:

> Era tanta la necesidad que había en este país de los Hijos de Don Bosco, que el Colegio que usted fundara, a diferencia de todos los otros, no tuvo infancia, y debió presentarse inmediatamente en el vigor de la virilidad.

Y no se quedaba en proyectos. El 18 de enero de 1878, como vimos, vuelve sobre el tema en carta a don Bosco.

A pesar de las íntimas depresiones que permanentemente sufría, y de su precaria salud física; los que lo rodeaban, sólo sabían de su euforia, de sus entusiasmos y de sus empresas. Continuamente les inculcaba que no se debía temer ni al tiempo, ni a las circunstancias. Aunque la parte humana padeciera, Dios siempre iba a ofrecerles gracia y ayuda proporcionadas a las dificultades.

Estaba convencido de que la evolución avanzaba inexorable

y providencialmente, y si no la encauzaban los sensatos, la estrellarían los desorbitados.

El 15 de noviembre de 1879 escribe, en la introducción al folleto *Exámenes públicos del Colegio Pío:*

> Por más justos que hallemos los motivos que tienen muchos para temer de la marcha violenta de las cosas en nuestros días, nos parece imposible no ver en este movimiento asombroso de los contemporáneos hacia el saber, sino una disposición providencial. A lo menos, la revelación luminosa de un descontento universal, la revelación de una necesidad muy seria que tienen los espíritus de salir de una vez de las dudas..., la necesidad de sacudir tantas fatales ilusiones...
>
> ¿Qué haremos nosotros... ante movimiento tan asombroso? ¿Quedaremos en la inercia de una rutina ya declarada insuficiente? Esto, aunque parezca plausible a los perezosos..., será abdicar cómodamente de nuestros derechos... Debemos hacer lo que hizo siempre la Iglesia Católica..., ponernos al frente del movimiento para dirigirlo, a fin de que no vayan a estrellarse contra los escollos del error o perderse en los abismos del escepticismo...[7]

Años después volverá sobre el tema, en carta a don Julio Barberis:

> Alabo cuanto puedo el estudio [entre los clérigos] de las ciencias positivas y exactas, en contra de las cuales se ha notado una infundada prevención y desconfianza entre el clero de Italia.
>
> Estos estudios, bien dirigidos, son ayuda inestimable para el desarrollo de nuestra fe. Si bien es cierto que hay materialistas entre los sabios, también es cierto que esto se debe a una equivocada dirección filosófica, o a la falta absoluta de filosofía. Haz preceder los estudios con un sólido fundamento filosófico, amplio y abierto, no encerrado en la estrechez de ciertos tratadillos indigestos, y luego, no temas abrir las puertas de la naturaleza a tus alumnos, para que estudien las maravillas desparramadas por la mano de Dios. Lejos de ser un peligro, estos estudios resultarán la más eficaz defensa...[8]

Pero no se detenía solamente en los problemas de alto nivel. Tenía exquisita sensibilidad para el mundo del trabajo, al que deseaba afirmar en su dignidad cristiana y humana, e inmunizar contra las ocasiones colectivas de pecado. Por eso, no descuidaba un instante el imperativo de su vocación salesiana, ni

el encargo explícito de Cagliero, que desde su ingreso en el Uruguay se movía tras los rastros de un escuela de artes y oficios.

Cagliero tenía puesto el ojo en la Escuela del Gobierno, y había mantenido varias conversaciones con Latorre, que nunca llegaron al campo resolutivo.

De Turín insistían en el tema; principalmente, por boca de don Rúa. Y el 19 de febrero del 78, Lasagna responde:

> Con el Gobierno no llegaré a nada, porque ya tomó la iniciativa de fundar una [escuela propia], que, como es previsible, va a terminar convertida en cárcel. Por eso, me he vuelto a los privados. Los Jackson están ciertamente entusiasmados; pero en este momento se han empeñado en la construcción del Seminario...
>
> Los que pueden ofrecernos todo lo que necesitamos, son los miembros de la Sociedad de San Vicente...[9]

Y con ellos, como veremos, se realizará el primer ensayo de escuela profesional salesiana en el Uruguay.

En efecto, a mediados de 1879 el presidente Latorre fundó la esperada escuela de artes y oficios del Gobierno. La estableció en los edificios que habían pertenecido al Instituto Nacional de don Pedro Ricaldoni, y pobló sus talleres de herrería, carpintería, zapatería, tipografía, etcétera, con 178 alumnos: 26 enviados por la policía, 121 considerados incorregibles por sus padres, y 31 abandonados.[10]

* * *

Su realismo y los consejos de amigos lo empujaban hacia algo nuevo. En tratándose de enseñar a la juventud desheredada a ganarse honradamente la vida, en el Uruguay era tanto o más importante que una escuela de artes y oficios una escuela de agricultura. Y de esto habla con los Jackson y con don Félix Buxareo, desde sus primeros encuentros.

Para los Salesianos era ciertamente una novedad; porque, si bien la Sociedad había tenido ya ofrecimientos de *colonias agrícolas* —sea por el Municipio de Turín, en 1871, o en 1877, en La Navarre (Francia), o la de Magliano Veneto, en 1879—, nunca habían funcionado como tales. Por otra parte, la escuela agrícola *sudamericana* revestía especialísimos caracteres, que todavía hoy no pueden asimilar muchos europeos.[11]

En el concepto local, la organización de la escuela agrotécnica desde su origen se oponía a la idea carcelaria que oscurecía

a la de artes y oficios. Este fenómeno, que se trataba de evitar, fermentaba en la *urbanización*. La escuela agrícola debía ser la escuela profesional básica de la juventud trabajadora uruguaya, para que ésta no emigrara a las ciudades.

Ya en marzo de 1876, Latorre había creado la Dirección General Agronómica. En 1877 resolvió la erección de una granja experimental. Lamentablemente, sólo funcionaron los cursos teóricos, y todo desapareció con el plan de economías del año duro de 1879.

Don Guillermo Fernández, director del colegio particular del Salvador, instaló en su quinta del camino Larrañaga una sección de enseñanza agrícola. "La República necesita de ciudadanos trabajadores y no hombres que derramen inútilmente su sangre por cuestiones de partido", decía briosamente, al inaugurar los cursos.[12]

Por eso, en febrero de 1882 don Juan Jackson tomó la iniciativa, y ofreció nuevamente a los Salesianos un terreno de 220 hectáreas en las inmediaciones del Manga.

Lasagna sentía ansias locas de iniciar una obra "que sería —son sus palabras— la primera de la América del Sur"; pero está empantanado, por la falta de personal y la política de Bodratto.[13]

* * *

Mientras tanto, comenzaba la obra de redención social urbana, por medio de los oratorios festivos. Los había organizado el mismo año de 1878, con una doble finalidad: por una parte, rescatar de la ignorancia religiosa a los niños del Pantanoso, que no podían asistir ni a las clases gratuitas del Colegio Pío, ni a las funciones religiosas, ni a los catecismos de los días festivos, por elemental carencia de ropa y calzado, y por otra parte, educar en la responsabilidad del apostolado a los alumnos del Colegio, que en sus paseos podían apreciar el espectáculo de pobreza, miseria e ignorancia de muchos sectores populares, y preparar una pléyade de apóstoles laicos.

Así nació el Oratorio del Colegio Pío, "apostolado hecho por niños entre niños"; apostolado de laicos católicos responsables de sus obligaciones, ante la necesidad de sus hermanos y la escasez de sacerdotes.

Cuando empezaron a multiplicarse los colegios, en 1880, Lasagna le dio amplias proyecciones. Formó la sociedad de los Oratorios Festivos, que al comienzo la llamó de *Amigos del Pueblo*. Con la bendición de monseñor Vera, llegó a estructurar en

Montevideo y sus alrededores —Colón, Las Piedras, La Paz, Villa Unión y otros puntos— diez centros de formación cristiana dirigidos por laicos, solamente asesorados por un sacerdote o párroco, que se dedicaban a evangelizar a la juventud pobre y abandonada.

El 19 de julio de 1882, el presidente de la Asociación, Luis Pedro Lenguas, hace un balance retrospectivo de la obra. Aparece en *El Bien* del 8 de agosto, y muestra una labor efectiva e incansable.

En junio de 1883 se resolvió imprimir un Reglamento. Lo escribe enseguida Manuel González, lo revisa el padre Lasagna, y quedó oficialmente aprobado por monseñor Inocencio Yéregui el día 12.[14]

* * *

Pero todo nace con dolor. Hasta el día arranca en auroras teñidas de sangre...

Sus proyectos requerían personal adecuado, y no sólo no lo había con la necesaria competencia, sino que simplemente no había. El Superior de Buenos Aires, don Francisco Bodratto, además de estar apremiado por más demandas que recursos, sufría los prejuicios ya mentados en contra de las Casas del Uruguay. A cada proyecto de Lasagna, respondía indefectiblemente que no. Entonces, las rogativas de Lasagna apuntaron a Turín. Escribía a don Bosco, a don Rúa, a Cagliero... Hasta avizoraba el horizonte con notable discernimiento de personas, como cuando el 20 de marzo del 78 incluía entre las sugerencias y súplicas, la siguiente:

> He conocido un hermano de Vespignani que ahora está en el Oratorio. Posee una enorme facilidad para el dibujo. Por favor, háganlo estudiar con algún buen profesor... y después envíenmelo...

Toda su correspondencia era una larga letanía, siempre encuadrada en el mismo esquema: Primero, deslizaba añoranzas, penas y dificultades, y un informe periódico sobre el personal que don Bosco exigía; luego, venían los proyectos para enfrentar las realidades, y finalmente, la súplica angustiosa de ayuda: necesitaba personal, y personal capacitado, "con buena letra —subrayaba— y buena cara..." [15]

Pero Buenos Aires era de piedra, y Turín destilaba por gotas.

Por eso, y por su amor a la Congregación —el Colegio Pío fue un vivero de formación de personal que trabajó luego en

toda América—, Lasagna consagró sus mejores energías a la capacitación del personal que lo acompañaba, y que, a juzgar por los informes que rinde a don Bosco, todavía estaba bastante verde.

Era su *alter ego* el padre Carlos Cipriano, de una miopía física legendaria, pero de una fidelidad y visión espiritual y humana sin medida. No le fue fácil al pobre suplir en la enseñanza al idóneo coadjutor Graziano; pero poco a poco fue madurando una preparación matemática que nunca olvidarán sus alumnos.

Lo acompañaban el padre Miguel Fassio, cuya mediocridad, sólo comparable a su bondad, ya conocemos, y el padre José Beauvoir, futuro apóstol de la Tierra del Fuego, que se estrenaba en las lides apostólicas. A él se refería monseñor Vera, cuando con franqueza criolla preguntaba al clérigo Gamba:

—¿Cómo se llama ese curita que tienen en la parroquia de Las Piedras, y que habla el castellano como un bagual? [16]

Miguel Borghino iba a ser el fundador de las Casas del Brasil, y el pionero salesiano de la ciudad argentina de Bahía Blanca. Los clérigos, aún vacilantes, bajo el buril de su mano maestra iban a formar una escuadra de próceres: Luis Calcagno, José Gamba, Carlos Peretto, José Rota... Y tantos otros, que hallaremos en la ruta de esta historia, a los que modeló en religión, ciencia y alegría. Porque, a pesar de la lucha, todo se amasaba con sonrisas, que nacían de la paz del alma y florecían en el humor que Lasagna cultivaba sin esfuerzo.

Cuando el coadjutor Ceva, despensero, ponía en la mesa vino muy rebajado, él —que nunca lo probaba, por razones de salud— lo increpaba diciéndole que no gastara tanta agua, necesaria para bautizar indios en la Patagonia.

Pero, a pesar de que con los años desfilaron por sus manos, para ser formados, hombres extraordinarios venidos de Turín, como Bernardo Vacchina, Luis Comoglio, Lorenzo Giordano, Antonio Malán, Juan Balzola, Ricardo Pittini..., llegó a la conclusión de que debía abastecerse en casa.

Esto, que hoy parece normal, no se veía entonces tan claro. En primer lugar, era realmente insólito contratar personal civil para desempeñar cargos docentes en los colegios, o para organizar tareas apostólicas especiales. En 1878, el Colegio Pío tenía tres profesores laicos: dictaba inglés Philip Noel; dibujo, D. F. Santulli, y enseñaba en segundo grado elemental Manuel Frascara.[17]

Ya vimos como encargó la organización y dirección de la

red de oratorios festivos a un equipo de exalumnos del Colegio, que operaban al modo de los Vicentinos.

Pero más novedoso resultaba cultivar vocaciones indígenas. Las congregaciones religiosas —y por ende, también los Salesianos— de hecho no recibían como aspirantes al sacerdocio sino a europeos o nativos de pura sangre. El origen y el idioma hizo que la preferencia de los Salesianos se dirigiera, sobre todo, a los italianos. Este tipo de discriminación con diversos matices —y de ello existen pruebas a granel— se va prolongando por muchísimos años.

Lasagna, sin embargo, ya había comenzado con las excepciones. Durante el año de 1877 anota oficialmente, junto con dos italianos, al argentino Avelino Martínez, y el 6 de octubre del mismo año escribía a Cagliero:

> Las vocaciones que cultivamos se desarrollan, y algunas ya se manifiestan, aunque no debamos forjarnos ilusiones. Me parecen, sin embargo, notables las de Fullo, Migone, Enrique Arocena y Arrillaga. Sin hablar de las que tenemos del Obispo...[18]

El 78 y el 79, ya tiene algún novicio nativo, y el 80 anota un grupo que le va a dar inmensas satisfacciones.

El 7 de marzo del 80 escribe decididamente a don Bosco. Está convencido de que todo es inútil sin sacerdotes, y que, por lo tanto, es necesario absolutamente fundar cuanto antes en el país la Obra de María Auxiliadora para las vocaciones eclesiásticas. Afirma Lasagna:

> Muchos desconfían demasiado de las vocaciones de los indígenas. El mismo monseñor Luis Mattera, delegado apostólico, me hablaba hace muy poco con dolor de la inconstancia, de la volubilidad, de la fatal ligereza de esta gente; poco aptos, por lo tanto, para los sacrificios que impone la vida sacerdotal.
>
> Sin embargo, yo creo que Jesucristo, Rey de los corazones humanos, puede trabajar más a gusto, con mayor facilidad que el hombre que manipula la cera, dándole todas las formas que la fantasía excogite. ¡Y María Auxiliadora es más potente que todos los demonios!...
>
> Por lo tanto, fundaremos la Obra de María Auxiliadora, y acercaremos al Corazón de Jesús algunos corazones...
>
> Esta Obra nos proveerá pronto de personal práctico e inteligente..., o sea del que nos es indispensable hasta para el éxito de las grandes Misiones de la Patagonia.[19]

Acto seguido, enumera los medios de que dispone. Ya ha convencido a la familia de Jackson de adosar a su proyecto de escuela agrícola, una casa de formación de personal.

Mientras tanto, el 15 de octubre del 80 ya ha organizado el Seminario en Las Piedras, y le puede decir a don Rúa:

> Tengo en la cabeza la idea de echar ahí los fundamentos de la Obra de María Auxiliadora para las vocaciones eclesiásticas. He recibido la bendición del Obispo y de todos los buenos. Y el dinero y apoyo suficientes para comenzar modestamente una obra de grandes esperanzas para la Congregación.

Y el 8 de mayo del 81 puede alegrarse con don Bosco:

> Usted recordará que pedí su bendición para fundar en el Uruguay la obra providencial de María Auxiliadora para las vocaciones eclesiásticas, las cuales aquí no sólo son escasas, sino cosa extraordinaria. Pues bien; en poquísimo tiempo María Auxiliadora ha recogido bajo su manto a más de veinte muchachos que se preparan... para ser pronto nuestros valientes camaradas. La Virgen... trajo a algunos de manera... en cierta forma extraordinaria..., de las más diversas regiones. Son todos mayores de quince años. Ocho orientales, seis italianos, dos argentinos, un norteamericano y un irlandés. A éstos deben añadirse los dos hermanos Rodríguez y Migone (clérigos orientales) y Bacigalupo, ya profesos.[20]

* * *

Los trámites para asumir el curato de la parroquia de Las Piedras y la dirección del Colegio de San Vicente, se desarrollaron contemporáneamente.

El 11 de noviembre de 1877, monseñor Vera había iniciado su letanía de ruegos para lograr que los Salesianos aceptaran la parroquia de Las Piedras. Y el 19 de febrero del 78, Lasagna comunicaba a don Rúa que había entablado negociaciones con los Vicentinos.

A ambos proyectos, Bodratto respondió redondamente que no: carecía de personal. Lasagna admite que "el Superior tiene razón". Pero acude a Turín —de donde lo acucian para que funde la escuela de artes y oficios—, y pide personal:

> Acerca de la parroquia de Las Piedras, el padre Bodratto me responde que no quiere comprometerse con el personal que tenemos en América, y tiene razón. Pero, como monseñor Vera insiste y suplica, y por otra parte la situación

PRIMERA CARTA DE DON BOSCO A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO PÍO DE VILLA COLÓN (URUGUAY)

Desde Marsella contesta don Bosco el 16 de julio de 1877 a la carta que los muchachos del Colegio Pío le enviaron con ocasión de su día onomástico, el 24 de junio. Después de agradecer la satisfacción que le causaron, y alegrarse de la unión en el afecto de todos sus hijos de Montevideo, San Nicolás, Buenos Aires, Francia, Roma, Piamonte, Suiza y Trento; trasmite a los jóvenes, padres de familia y maestros de Villa Colón, la bendición del augusto pontífice Pío IX. Les pide, luego, noticias sobre el aprovechamiento en su formación, y les promete rezar muy especialmente por ellos el día de santa Rosa de Lima.

sería muy ventajosa para la Congregación, que haría el bien con fruto y honor; le ruego, si usted lo cree bien, que nos envíe alguno... Podía ser el subdiácono Scavia, una vez ordenado...[21]

Para facilitar la gestión, consigue de sus cooperadores el dinero necesario para los pasajes de los que han de venir. Pero en esos días viene Bodratto para la visita de inspección, halla los depósitos, y se lleva el dinero a Buenos Aires. En dos años, retiró de Villa Colón más de 15.000 liras oro, sin atender a reclamos ni explicaciones.

El 5 de agosto de 1878, Lasagna insiste en carta a don Bosco:

El Obispo espera siempre una decisión sobre aquella bendita parroquia de Las Piedras. Usted nos haría un gran favor si le dijera una palabrita al padre Bodratto, o todavía mejor si me enviara directamente un sacerdote que pudiera asumir el *curato*...

Y de pasada se le escapa la pregunta nostálgica: "¿Cuándo volverá por estos pagos el padre Cagliero?"

Tenía que enviarle con ésta, el dinero de los pasajes de ese sacerdote y de las seis Hermanas; pero don Bodratto no me deja ni respirar...

* * *

Don Joaquín Moreno, celoso ex jesuita español, había ejercido el curato de Las Piedras por veinticuatro años, desde el 11 de noviembre de 1854. Pero, muy vinculado al Partido Blanco, era objeto de persecución por el gobierno de Latorre. El 12 de enero del 77, viejo y cansado, presentó su renuncia y se retiró. Uno de los últimos actos públicos a los que asistió, fue la misa inaugural del Colegio Pío, el 1º de mayo de 1877. Desde entonces, el Obispo penaba buscándole sucesor.

Por dos años, la parroquia fue regida por interinos. Don José Antonio González firma registros desde el 15 de enero del 77 hasta el 1º de mayo del 79, y don Juan Fuentes, en mayo y junio de este último año.[22]

Los trámites dormitaban, hasta que un día el Obispo dio un golpe. El 3 de marzo del 79, sin previo aviso, extendió un decreto: resuelve "encargar [a Lasagna] de la administración de la parroquia [de Las Piedras], para que de por sí o por los Padres que designe se sirva desempeñar ese puesto eclesiástico".[23]

Dos días después, escribió a don Bosco. Contesta a su carta

del 31 de enero y a otras anteriores; agradece oraciones y saludos, y elogia sin retaceos la labor de los Salesianos. "Sus Hijos —le dice—, los que residen en este nuevo mundo, se hacen cada día más apreciables..."

Firma la nota, y añade la siguiente posdata:

> Me he visto precisado a encargar la administración de una parroquia vecina a Colón, al Padre Rector del Colegio Pío. Mi viejo amigo [don Bosco] protegerá este nombramiento. Así lo espero.[24]

Muy probablemente, el Obispo aprovechó la oportunidad de que Lasagna había comprado en Las Piedras, con la ayuda de doña Elena Jackson, un terreno para colegio de Hermanas, y que pensaba inaugurarlo el 10 de marzo.

Lasagna fue el primer sorprendido. Después de conversar y discutir con el Obispo, envió a Turín copia del nombramiento, seguido de un informe personal. Bodratto cedió a regañadientes, y nunca digirió la píldora.

Vino la aprobación de Turín, y en junio ya estaba listo para hacerse cargo de la parroquia. Al principio, pensó en enviar al padre Risso, que venía de San Nicolás; pero al fin se decidió por Beauvoir.

Sin embargo, la parroquia siguió varios meses aún dirigida por los dos jóvenes Tenientes, ya nombrados. Cada uno de ellos cobraba un sueldo de 400 francos mensuales. Con lo que restaba de las limosnas, apenas había para el sacristán y el organista. Lasagna pidió refuerzos a Turín: Porta, Giordano o algún otro...[25]

Las Hermanas abrieron una modesta escuela primaria, y comenzaron su labor. Las dirigía desde Colón sor Ángela Vallese, representada en Las Piedras por la vicaria, sor Juana Borgna. Colaboraban con ésta, sor Victoria Cantú y sor Laura Rodríguez.

Lasagna las visitaba semanalmente. Cabalgaba de puerta a puerta. De paso, visitaba la parroquia y a los Tenientes. Finalmente, en junio Beauvoir se instaló en la parroquia. Y el 20, su firma aparece por vez primera en los registros parroquiales.[26]

* * *

El colegito de las Hermanas habría realizado un apostolado silencioso, si no hubiera sido por el famoso conflicto de las inspecciones.

Con motivo de una gira por los departamentos del norte, el coronel Latorre advirtió que en las escuelas privadas de esa zona se hablaba solamente portugués. Impartió la orden directa de que obligatoriamente se debía dar preferencia al castellano, y mandó reglamentar la medida. Así fue como se estableció que todas las escuelas debían enseñar el castellano, bajo pena de clausura, y que el Estado debía vigilar el cumplimiento de la ordenanza.

Con este antecedente se reglamentó el decreto de libertad de enseñanza, que publicó Latorre, "Gobernador provisorio de la República, en Consejo de Ministros", el 24 de agosto de 1877. El artículo 47 dice así:

> Se declara libre la fundación de establecimientos de educación privados, en toda la República, sin más limitaciones que las siguientes:
>
> 1ª) Las Comisiones departamentales *podrán solicitar* de dichos establecimientos todos aquellos datos que se relacionen con los intereses escolares de su respectivo Departamento.
>
> 2ª) Sus Directores están sujetos *a consentir toda inspección que se ordene por las autoridades competentes,* en cumplimiento de las disposiciones relativas a la *Higiene* y a la *Moral* pública.
>
> 3ª) La Dirección General de Instrucción Pública *podrá ordenar* en los casos que *a su juicio* justifiquen esta medida, visita de los Colegios Particulares, para informarse de si la enseñanza que en ellos se da, no es contraria a la moral y a la Constitución de la República.

Así las cosas, el inspector departamental de Guadalupe, don Andrés Dubra Seoane, se presentó un buen día, a principios de julio, a fiscalizar el colegio de las Hermanas de Las Piedras. Éstas, todas asustadas, se negaron a franquearle la entrada, y sólo atinaron a decirle que para cualquier cosa debía dirigirse al padre Lasagna, director del Colegio Pío de Villa Colón.

Dubra, muy fastidiado, informó al Gobierno, y el ministro José María Montero citó por telegrama al padre Lasagna. Éste recibió la citación durante el almuerzo. Ensilló su corcel, cabalgó hasta la estación, y en el primer tren de la tarde se llegó a Montevideo.

Ya en la Casa de Gobierno, por razones de amistad entró primero en el despacho del ministro de Relaciones Exteriores, don Juan Gualberto Méndez. Por éste se enteró del estado de la cuestión.

Mientras conversaba con Méndez, llegó el ministro de Guerra, coronel Eduardo Vázquez, y los tres prepararon la estrategia para enfrentar a Montero.

Méndez lo acompañó amablemente. Montero estaba realmente disgustado. Lasagna capeó el temporal: Las Hermanas habían obrado inocentemente; pero tenían razón sin saberlo, porque el presidente Latorre le había prometido personalmente que no se realizarían inspecciones a los colegios de las Hermanas, sino en presencia del Superior salesiano.

Méndez ofició de amigable componedor, y finalmente, ya en términos cordiales, se llegó a un acuerdo de caballeros:

Las inspecciones a los colegios de Hermanas no pasarían de dos por año; se harían en presencia del director salesiano; el inspector no examinaría alumnos, sino que se limitaría a recabar datos estadísticos, y comprobar en textos y cuadernos la marcha de la enseñanza del castellano.

Lasagna meditó toda la noche los términos del arreglo; los hizo poner en limpio, y al día siguiente, 8 de julio, se presentó de nuevo a Montero. y logró que el Ministro firmara una comunicación a la Dirección General de Instrucción Pública dentro del espíritu del acuerdo, que dice así:

MINISTERIO DE GOBIERNO

Montevideo, julio 8 de 1879.

> La inspección o visita que con arreglo a las leyes de instrucción pública deben practicar las autoridades escolares en los colegios dirigidos por Hermanas de Caridad, ya sean particulares o subvencionados por el Estado, se limitarán a la simple toma de datos estadísticos, proporcionados por las respectivas directoras, y a cerciorarse si se enseña el idioma castellano con preferencia a otros.
>
> Esta disposición en nada contraría el espíritu de las leyes vigentes, concurriendo por el contrario a hacer efectivo el principio de la libertad de enseñanza consignado en esas mismas leyes.
>
> Frente a la inspección o visita bajo este aspecto, las directoras de esos colegios no opondrán resistencias a que se practique, y las autoridades escolares podrán cumplir su misión con exactitud y sin lastimar derechos legítimos consagrados por las leyes de la República.
>
> La Dirección General se dignará impartir sus órdenes a fin de que se cumpla lo dispuesto.
>
> Dios guarde a Ud.
>
> JOSÉ M. MONTERO (H.)
>
> *A la Dirección General de I. Pública.*[27]

Lasagna tomó la copia de la disposición, y con la alegría de un niño travieso se fue a la Curia y entrevistó a monseñor Vera. Éste no terminaba de felicitarlo.

—No sabe usted que se trata de un verdadero triunfo... —fue el comentario del Obispo.[28]

Inmediatamente, le ordenó enviar copias a todos los colegios católicos.

Lasagna no era hombre de desaprovechar oportunidades. En la misma entrevista había presentado a Montero sus planes de abrir un colegio parroquial en Las Piedras, y le suplicaba facilitara la gestión devolviéndole los locales de la antigua iglesia parroquial, que el Gobierno había expropiado al cura Moreno.

Montero consultó a Latorre. El Gobernador estaba muy predispuesto en favor de Lasagna —entre otras cosas, porque le había atendido algunas recomendaciones de alumnos—, y todo fue positivo.[29]

A los pocos días, recibió copias de las notas oficiales que acreditaban la devolución. Hé aquí la enviada por el Ministerio de Gobierno a la Junta Económico Administrativa de Canelones. Está fechada en Montevideo, el 7 de julio de 1879, y dice: "Sírvase la Junta que la Iglesia antigua del pueblo de *Las Piedras* se ponga a disposición del Sr. Director del Colegio Pío de Colón". Y hay una rúbrica indescifrable.

La Junta respondió al día siguiente. La nota lleva la referencia II - N.º 484, y dice:

> *Exmo. Ser. Ministro de Gobierno,*
> *Ciudadano D. José Ma. Montero (hijo)*
>
> Se ha recibido ayer la nota de ese Ministerio de fecha de ayer donde se dispone ponga a disposición del Colegio Pío de Villa Colón la Iglesia antigua del pueblo de Las Piedras.
>
> Después de dar cumplimiento a este mandato, tengo el honor de saludarlo a V. E. a quien Dios Gde. M.s A.s
>
> Guad[alupe], julio 8 de 1879.
>
> JUAN ROSAS.
>
> *Heraclio A. Zipitría*
> Secret.º Int.º [30]

* * *

Ese mismo año, Las Piedras volvió a ser escenario de hechos espectaculares. Para agosto se organizó una gran Misión de doce días. La dirigió personalmente el Obispo. Vino de Buenos Aires, para ayudarlos, el padre Santiago Costamagna. La-

sagna, con Beauvoir, movilizó a toda la población. Recibieron al Obispo con las escuelas municipales formadas. Clérigos y Hermanas dieron especial enseñanza catequética. Se predicó y se visitaron hogares. Y como consecuencia, se regularizaron situaciones y se despertó nueva vida religiosa en la comarca.[31]

* * *

Contemporáneamente, y con las mismas dificultades, se cumplieron los trámites que darían nacimiento al ya mencionado Colegio de San Vicente.

Las Conferencias Vicentinas habían sido fundadas en Montevideo en noviembre de 1858 por don Antonio Amadeo Fouet, comandante de la corbeta francesa *Le Zèbre.* El 1º de noviembre de 1859 fundaron una escuela gratuita para niños pobres protegidos por ellos, en la calle Colonia Nº 139, de acuerdo con la numeración de entonces.

Como decíamos, el 19 de febrero de 1878 Lasagna informaba a don Rúa:

> La Sociedad de San Vicente mantiene desde hace algunos años una escuela para niños pobres con muchísimos alumnos. La tienen al cuidado de seglares, y gastan más de mil francos al mes.
>
> Don Rafael [Yéregui], que por el bien de su patria trata de multiplicar las Órdenes religiosas en Montevideo, así como llamó a los Jesuitas para el Seminario, había convencido a los Vicentinos de que llamaran a los Hermanos de las Escuelas Cristianas de París. Pero los trámites se alargaron demasiado: no obtenían más que vagas promesas... y las clases andaban muy mal. Entonces pensó en los Salesianos. Y los Vicentinos me invitaron a presentarles un pliego de condiciones de aceptación. Les envié las siguientes:
>
> 1. Que nos dieran una casa suficientemente grande y capaz como para contener clases, locales de recreo, capilla, talleres y dormitorios.
>
> 2. Que amueblaran las clases con bancos y pizarrones...; las habitaciones de los Padres con cama y colchón..., y la cocina y comedores con los muebles y utensilios necesarios.
>
> 3. Que por lo menos uno de cada tres padres de familia pagara una pensión de doscientas liras mensuales.
>
> 4. Que nos dejaran obrar independientemente en todo y por todo...

En párrafo aparte añadía en la misma carta:

> Las pobres Hermanas Salesas me piden un Director Espiritual..., por eso recomendé a los Vicentinos que buscaran una casa cercana a las Salesas: así, además de atenderlas, podríamos usar su hermosa iglesia...

El 21 lo visitan don Pepe Yéregui y el doctor Gallinal, para comunicarle que los Vicentinos están en todo de acuerdo con sus exigencias. Les darán a los Salesianos cuanto piden, con la sola condición de que todo se resuelva rápidamente.

Lasagna cierra su carta a don Rúa con una estocada a fondo:

> Recuerde [señor don Rúa] que no fui yo el que buscó esto, sino usted que lo quiso e insistió desde Turín. No nos deje ahora en la estacada: necesito cinco salesianos más...

Pero... Bodratto volvió a decir que no. Y se jugó entero por el no.[32]

El 22 de mayo del mismo año 78, monseñor Inocencio M. Yéregui, vicario general del Vicariato Apostólico, se embarcaba en el *Araucania.* Viajaba a Roma oficialmente comisionado por el Gobierno nacional, para lograr de la Santa Sede la erección del obispado de Montevideo. Lo acompañan el padre Pedro Letamendi, cura de Canelones, y el bachiller Hipólito Gallinal.

Cuéntase que Latorre había quedado impresionado de la franqueza con que el doctor Soler, futuro arzobispo, le describiera la penosa situación del Uruguay en sus relaciones con la Santa Sede. Enseguida estableció contacto con el internuncio en el Brasil. Pero al fin decidió proceder con mayor rapidez y eficacia.[33]

Entre las cosas que Yéregui llevó en sus valijas, incluyó una carpeta: Colegio San Vicente y los Salesianos. El 15 de julio, León XIII firmó la bula de erección del nuevo obispado. Días después, el 24 de agosto, colocaba una nota comendaticia al pedido que Yéregui le hacía, de que los Salesianos se hicieran cargo del Colegio San Vicente.

Escribía el Padre Santo:

> Remitimos al Reverendo Don Juan Bosco, superior de los Salesianos de Turín, la presente instancia, para que los deseos del peticionante sean en lo posible satisfechos.
>
> León PP. XIII.

A fines del mismo mes de agosto, el Vicario diplomático arribó a Turín. Y no partió sino después de largas conversaciones con don Bosco y don Cagliero. El 20 de setiembre se embarcó

en Burdeos, en el *Gironde*. Traía consigo la aprobación del proyecto. Don Bosco, a su vez, había ordenado enviar al Uruguay, para comienzos de 1879, seis nuevos salesianos. Por el momento, se trasfirió de San Nicolás el padre Emilio Rizzo, y de Italia, los clérigos Juan Passeri y Carlos Peretto, a quienes acompañaba el coadjutor Juan Cornelio. Todos se instalaron en el Colegio de San Vicente a mediados de 1879.[34]

En el intervalo, Lasagna concluirá los acuerdos. Lucha para que los Vicentinos le cedan la total e independiente administración de la escuela, y que le adelanten unas 750 liras mensuales, para el mantenimiento de 200 niños gratuitos. Don Rafael Yéregui casi le dona la antigua imprenta de *El Mensajero del Pueblo*, para que la usufructúe y comiencen los talleres.[35] Y Lasagna ya sueña con las *Lecturas Católicas*, y conversa de ello con los Jackson.

En el fondo, su pensamiento es que San Vicente debe ser un paso intermedio para saltar a una verdadera escuela de artes y oficios.[36]

[1] Por los informes periódicos de Lasagna acerca del personal salesiano, se puede apreciar, en primer lugar, con qué exigüidad de medios humanos debió realizar obra tan grande; y en segundo lugar, la inapreciable labor de formación que supiera desarrollar para lograr de los muchachos inmaturos que le encomendaron, la pléyade de Superiores que gobernaron gran parte de las Inspectorías de América.

De los salesianos en formación que debieron ser trasladados a Buenos Aires a fines de 1879, anota Lasagna en las Crónicas del Colegio Pío "Ya vacilantes en su vocación, les fue permitido venir a América con la esperanza de que se enfervorizaran".

Alguno fue más adelante —Luis Chiara, por ejemplo—, y cometió imprudencias y deslices que obligaron a Lasagna a expulsarlo. Algún diario aprovechó la oportunidad, y se produjeron las *acusaciones nefandas* de que se habla en las Crónicas de 1879. Defendieron al Colegio, *La Nación, La Colonia Española... El Bien,* a pedido de Lasagna, guardó silencio. Pero las enérgicas medidas del Director merecieron aplauso aun de los sectores más recalcitrantes.

[2] ACSS., cartas de Lasagna a Cagliero, del 6-VI-78 y del 7-X-79.

[3] Coliva era escenógrafo y decorador del Teatro Solís. Más tarde prosiguió su carrera en Porto Alegre.

[4] Archivo del Colegio Pío, *Exámenes,* 15-XI-79.

[5] ACSS., carta a Cagliero, del 4-VI-78.

[6] Alumnos del Colegio Pío que pasaron al Seminario: Pedro Oyazbehere y Ángel Navea. El 29 de febrero de 1880 integraron el grupo de 12 jóvenes con que los padres de la Compañía abrieron el seminario conciliar.

[7] *Exámenes públicos del Colegio Pío en Villa Colón dirigido por los Padres Salesianos,* año 1879 (Tipografía de *El Bien Público,* calle del Cerrito 84, Montevideo, 1879).

[8] ACSS., carta a don Barberis, del 3-XII-94.

[9] ACSS., carta a don Bosco, del 17-II-81.

[10] E. Acevedo, *Anales...*, cit., tomo IV, pág. 125.

[11] *Memorie biografiche*, vol. X, pág. 106; vol. XIII, pág. 532, y vol. XV, págs. 442 y 665.

[12] E. Acevedo, *Anales...*, cit., tomo IV, pág. 60.

[13] ACSS., carta de Lasagna a don Bosco, del 17-II-81.

[14] *Reglamento general de la Sociedad de los Oratorios Festivos*, sancionado por la Asamblea General Extraordinaria, el 16 de mayo de 1883 (Impr. y Enc. de Rius y Becchi, calle de Soriano 152, Montevideo, 1883). Es un folleto de 19 x 13 cm., y consta de 26 páginas impresas. Hay un ejemplar en el Archivo del Colegio Pío. Copiamos las *Bases* de la organización allí consignadas:

"*Capítulo I* / ORIGEN Y OBJETO DE LOS ORATORIOS FESTIVOS / I. Algunos jóvenes alumnos del Colegio Pío de Villa Colón, compadecidos del estado lastimoso de muchos niños pobres del vecindario, que encontraban en sus paseos, niños que crecían en la más vergonzosa ignorancia de todo principio moral y religioso, sin poder asistir a las clases gratuitas del colegio, ni a las funciones, ni catecismos de los días festivos, por falta de trajes y calzado; viendo que puros deseos no bastaban para impedir las consecuencias de tanta ignorancia que rebajaría a nuestros paisanos al nivel de los salvajes, y casi diríamos de los brutos, decidieron fundar entre ellos una Sociedad, para reunir fondos, a fin de proporcionar a estos pobres niños, los medios y los alicientes para frecuentar las funciones religiosas y los catecismos de su capilla. Con este objeto caritativo se cotizaron cada uno con una pequeña suscrición; se encargaron de recoger entre los demás compañeros toda clase de trajes, calzado y libros inútiles para ellos, con el objeto de hacerlos componer y distribuirlos entre los niños pobres, que una comisión iba a visitar de casa en casa y de rancho en rancho, invitándoles a las funciones y catecismos de los domingos, prometiendo a los que vinieran de muy lejos distribuirles pan, y a todos proporcionarles recreo de gimnasia, bochas, pelota, etc., con una clase de canto y de doctrina *esplicada* a su alcance, por los mismos socios. / En efecto, muchos niños acudieron con tanta puntualidad, que los socios empezaron a repartir cedulitas con las cuales en el primer domingo de cada mes tenían asegurados algunos de los muchos premios que se rifan *esclusivamente* en su beneficio. / Estos premios comprados con los fondos de la Sociedad o regalados por personas caritativas, son generalmente libros, imágenes piadosas, rosarios, sombreros, dulces, gorras, peines, corbatas, camisas, trajes y juguetes de todas clases, que tanto llaman el interés y la curiosidad de los niños, causándoles mucha alegría y estimulando poderosamente su asistencia y aplicación. / Una vez al mes se les daba comodidad para confesarse y comulgar, y a los que lo hacían, la Sociedad les preparaba un alegre desayuno con dulce, pan y café con leche.

"II. Ahora bien, habiendo de este modo palpado ya los excelentes resultados obtenidos por medio de esta propaganda hecha por niños entre los niños; los socios, con la aprobación y bendición de S. S. Ilma. Mnsr. Jacinto Vera, de venerada memoria, decidieron ensanchar su esfera de acción fundando otros Oratorios festivos en Montevideo, en las Piedras y en el pueblo de la Paz, apoyados y dirigidos por los RR. PP. Salesianos. / Siendo los ministros de nuestra santa religión muy escasos en nuestra patria, para que puedan bastar al inmenso trabajo que tienen, en sostener, propagar y defender nuestra fe, amenazada por la ignorancia, combatida por las pasiones más ruines y atacada por la funesta propaganda de doctrinas desquiciadoras, ¡cómo! ¿nosotros los católicos, permaneceremos siempre en una culpable indiferencia y dejaremos que tantas almas inocentes acudan a beber en fuentes envenenadas los *estravíos* de la mente y la corrupción del corazón? ¿Por nuestra dejadez permitiremos que la ignoran-

cia y la *heregía* sigan haciendo estragos en tantas almas, que costaron la sangre preciosísima de nuestro Señor Jesucristo? ¿Será posible que tengan más celo y abnegación los malos en propagar sus doctrinas perversas y desquiciadoras, que los católicos en defender y propagar su fe salvadora? / ¡Pluguiere a Dios que el peligro y las gravísimas necesidades de tantas almas tiernas, abriesen los ojos a muchos católicos hasta ahora indiferentes, y saliendo de su criminal apatía se ahorrasen a sí mismos una vergüenza y un remordimiento que en sus últimos días sería irreparable! / Decididos nosotros a llevar nuestro pequeño contingente a la grande obra del progreso moral y religioso de nuestra patria querida, no hemos vacilado en dar a conocer a todas las almas piadosas, nuestra humilde Sociedad, para pedirles encarecidamente su concurso, a fin de fundar y propagar los que llamaremos *Oratorios festivos*, para reunir los domingos, y entretener en diversiones lícitas a los niños, con el objeto de instruirlos y enseñarles a vivir en todo tiempo como buenos cristianos y como ciudadanos honrados. / Recordemos que si bella es la caridad que da pan al pobre, es aun más bella la que trata de socorrer la pobreza, la desnudez y las horribles miserias de espíritu, de nuestros semejantes, de nuestros mismos conciudadanos!

"*Capítulo II* / AVISOS Y CONSEJOS GENERALES / Los socios, mientras se proponen trabajar por el bien de la niñez desvalida, deben esforzarse con estos ejercicios de caridad, en robustecer su fe y su amor a nuestra Sacrosanta Religión. / A este fin los socios se mantendrán unidos por la más estrecha concordia, estimación y cariño mutuo. Promoverán públicas manifestaciones de piedad, asistiendo en cuerpo a ciertas manifestaciones solemnes, y haciendo la Santa Comunión, todos juntos, en los días que señala el presente reglamento. / Prestarán en todo, obsequio y sumisión a las autoridades religiosas. / Cooperarán a la propaganda de buenas lecturas y combatirán sin tregua a la prensa irreligiosa. / Cuando la Sociedad cuente con los medios necesarios, publicarán un boletín mensual de sus trabajos. Prestarán su decidida adhesión a todas las obras de propaganda católica, en los límites que su particular misión les marcare; como ser, el sostén y fundación de escuelas católicas, la difusión de libros, periódicos y escritos católicos, la fundación de salas de lectura y bibliotecas católicas, la promoción de misiones y ejercicios espirituales para la juventud en general y para los socios en particular; la recolección de suscriciones para el óbolo de San Pedro u otras obras de interés para el Catolicismo; certámenes científicos y religiosos, romerías, demostraciones y congresos católicos, y por fin, la abstención de la lectura de libros prohibidos y de toda clase de diversiones peligrosas.

"*Capítulo III* / TESOROS DE INDULGENCIAS / Los socios que, trabajando según este Reglamento, por la niñez desamparada y por la fe cristiana en todos los corazones, desearen enriquecer su alma con verdaderos tesoros de indulgencias y favores espirituales, podrán pedir y obtener fácilmente un diploma de Cooperadores Salesianos; pía asociación bendecida y favorecida extraordinariamente por el Papa y por todos los Obispos; que tiene cabalmente por objeto la instrucción religiosa y el amparo de la niñez..."

En la carta de Lasagna a don Rúa (ACSS.), se explica el origen de la organización.

"Ho colto l'occasione dello sbigottimento generale dei buoni al vedere i progressi delle sette protestanti in Montevideo, le quali hanno in poco impiantato 10 scuole domenicale... per lanciare al pubblico il progetto ed il regolamento degli Oratori festivi. / Però affine di non tirare sul capo ai Salesiani le ire settarie e perchè non ne fosse ferito l'orgoglio ragionevole degli stessi buoni, ho dato alla cosa aspetto di novità, facendola come invenzione di alcuni dei nostri giovani. L'effetto non poteva essere migliore. Dei benefattori s'incaricarono di tirarne migliaia di copie e di spargerla per tutto il popolo. / Nelle scuole vicentine la cappella tanto piccola sarà presto cambiata, rendendola capace di 300 ragazzi. / Si pensa di affitare cortili per la città, per propagare l'opera degli Oratori festivi..."

[15] ACSS., carta a Cagliero, del 3-IX-1878.

[16] P. José María Vidal, *Vida del padre José Gamba,* inédita, en el Arch. Insp. San José, Montevideo.

[17] Crónicas del Colegio Pío y Registros de la Prefectura.

[18] ACSS.

[19] ACSS.

[20] En el *Bollettino Salesiano* correspondiente a junio de 1881, aparece la lista completa de aspirantes.

[21] ACSS., carta a don Bosco, del 5-XII-77.

[22] Registros parroquiales de la parroquia de Las Piedras; *La Campana:* revista parroquial de Las Piedras, fundada el 13-VII-1924 por el padre José M. Vidal (Nº 3, del 27-VII-1924).

[23] Cf. copia hecha por Lasagna, de la carta del obispo Vera (ACSS.):
"Hallándose vacante la parroquia de San Isidro de Las Piedras, he resuelto encargar a V. R. la administración de aquella parroquia, para que por sí o por los Padres que designe se sirva desempeñar ese puesto eclesiástico, y para el efecto se le conceden todas las facultades y prerrogativas de que por derecho gozan los curas párrocos. / En la confianza de que no se negará a prestar este servicio a la Iglesia de este país, le ruego pase el día que pueda a dicha iglesia parroquial y tome posesión de cuanto pertenece al cargo de cura. / Quiera V. R. aceptar las seguridades de mi respeto y consideración. / † VERA. / *Al Pbro. Dr. D. Luis Lasagna, director del Colegio Pío."*

[24] ACSS., carta de monseñor Jacinto Vera a don Bosco, del 5-III-1879:

"Rdo. P. Superior Gral. de los PP. Salesianos / Tengo en mi poder algunas cartas del buen y atento amigo el P. Superior de los Salesianos hasta [ahora] sin *contestasión* fundado en la bondad de mi amigo, quien como *ansiano* sabe *mui* bien las condiciones de la edad *abansada.* Sabe que el ejercicio de la pluma es resentido por los que vivimos mucho. El cansancio de los años produce este inconveniente. Empero los viejos conocedores de estas *flaquesas* debemos disimularnos recíprocamente. / Sus hijos los que residen en este nuevo mundo se hacen cada día más apreciables. Su *diciplina,* sus virtudes y su *contración* en la educación de la juventud les atrae la estimación de los americanos. El colegio que tienen ya planteado en este país y bajo *mui* buenas formas hace honor a la Congregación de que V. R. es Superior fundador y Padre. Tiene que ocasionarle esta su Obra llenas consolaciones. Se conoce que Dios quiere y no poco a mi viejo amigo. Este cariño se prueba con la *mui* clara y decidida protección que presta al fruto de sus afanes. / Quiero poner a mi viejo amigo por intercesor acerca de mi P. Calleros (sic) para que no *heche* menos mi respuesta a sus cartas y mis agradecimientos a sus ricos regalos. Él sabe que yo le agradezco *mui* de *corasón* todas sus finas atenciones. / No quiero cansar más la atención de mi viejo amigo. Harto ocupado está con su constante trabajo y *comunicasiones,* las que creo numerosas, porque ya son numerosas las casas de su crecida familia. / Le propongo un compromiso: de que ambos nos acordemos uno de otro en el Santo Sacrificio de la misa. Creo que esto interesa a los dos, porque los dos estamos vecinos a la última jornada. Yo, suponiendo y contando con la aceptación de parte de mi viejo amigo, *empesaré* a cumplir desde mañana 6 de *Marso,* si Dios me permite mañana la celebración. / Afmo. / † JACINTO VERA, Obispo de Montevideo. / Montevideo, Marzo 5 del 1879. / P. D. — Me he visto precisado de encargar la administración de una Parroquia vecina a Colón al Padre Rector del Colegio Pío. Mi viejo amigo *protejerá* este nombramiento. Así lo espero confiado en los sentimientos de caridad a favor de las almas

necesitadas, que distinguen al Superior General de los Salesianos. Esas almas necesitadas las tiene en abundancia la Parroquia entregada a los PP. Salesianos."

Carta de don Bosco a monseñor Vera (cf. L. A. Pons, *Biografía...*, cit., pág. 258):

"Turín, 31 de Enero de 1881. / Excelencia Reverendísima: / El granito de mostaza que V. E. ha sembrado por medio de los pobres Salesianos va creciendo en número y esperamos también en celo por la mayor gloria de Dios. / Un pequeño puñado de Salesianos y de Hermanas van en ayuda de sus hermanos y hermanas. / Pero yo debo ahora cumplir con un gran deber mío, como es el de agradecer a V. E. la protección prestada a mis religiosos, particularmente en lo que se refiere al Colegio Pío. Si él subsiste; más aún, si va aumentando el número de sus alumnos, todo lo debemos a la caridad de V. E. La memoria de V. E. será para siempre recordada con gratitud por los Salesianos, y yo bendeciré siempre a Dios, que en V. E. nos ha hecho encontrar un Bienhechor tan insigne. / Viva largos años de vida feliz; bendíganos a todos y ruegue por mí que tengo el alto honor de poderme profesar de V. E. Reverendísima obligadísimo servidor, / JUAN BOSCO, Presbítero."

[25] ACSS., carta de Lasagna a Cagliero, del 4-III-1879.

[26] ACSS., cartas a don Bosco de sor Juana Borgna (15-X-1879) y de sor Ángela Vallese (20-X-1879).
Cf. Registros parroquiales de la parroquia de Las Piedras.

[27] Crónica del Colegio Pío. En el archivo existe copia legalizada de esta nota, que dice al pie: "Es copia fiel del original que expido por orden verbal de S. E. el Ministro de Gobierno. — EDUARDO ROMITA".

[28] Crónica del Colegio Pío.

[29] En la Crónica del Colegio Pío queda una nota de Latorre. Recomienda la inscripción de un niño.

[30] Archivo General de la Nación Uruguaya, Convención 1474, Montevideo: Certificación del escribano Mario Fernández Caravia.

[31] *Bollettino Salesiano*, novembre 1879 y gennaio 1880. Carta del padre Costamagna a don Bosco, del 19-VIII-1879.

[32] ACSS.; J. M. Vidal, *Vida del padre J. Gamba*, cit.; Crónica del Colegio Pío.

[33] J. M. Vidal, *El primer arzobispo...*, cit., págs. 79 y 81; L. A. PONS, *Biografía...*, cit., pág. 197.

[34] *Memorie biografiche*, vol. XIII, pág. 780:

"Era stato all'Oratorio Mons. Innocenzo Yéregui, vicario generale della diocesi di Montevideo, principalmente per istrappare a D. Bosco il consenso all'invio di alcuni salesiani in quella capitale, ma avendone riportate appena buone parole, rivolse al Sommo Pontefice una supplica, nella quale, esposto come i Salesiani avessero con grande vantaggio morale aperto presso Montevideo per la cristiana e scientifica educazione della gioventù benestante proseguiva dicendo: «Ora, Beatissimo Padre, sarebbe nostro desiderio ardentissimo che questi virtuosi sacerdoti stabilissero una casa d'arti e mestieri per i ragazzi poveri che trovansi tanto esposti a perdersi, e per conseguire tanto necessario beneficio, ci rivolgiamo supplichevoli alla V. S. affinchè si voglia degnare, con una parola diretta al P. Bosco, ottenere il conseguimento». / Il Santo Padre si degnò di scrivere in calce alla supplica queste righe: «Rimettiamo al Rev.do Don G. Bosco, superiore dei Salesiani di Torino, la presente istanza, perchè i desideri dell'oratore sieno possibilmente appagato. — Vaticano, 24 agosto 1878. —

LEONE PP. XIII». / Ma il voto non potè essere soddisfatto se non dopo la morte del Servo di Dio."

Mientras que don Lasagna anota en la Crónica del Colegio Pío, 1879:

"Essendosi recato l'anno anteriore a Roma il Vicario Generale D. Innocenzo M. Yéregui come inviato del Governo per l'erezione in Diocesi di Montevideo, visitò D. Bosco, e avendogli presentato domanda per scritto con firma del Papa Pio IX [léase León XIII] per avere i Salesiani alla direzione delle scuole sostenute dalle Conferenze di San Vincenzo di Paoli, D. Bosco concedette sei salesiani all'uopo. Così un febbraio si mandarono colà D. Emilio Rizzo, Passeri Giovanni, Peretto Carlo con Giovanni Cornelio, coadiutore, per incominciare le scuole. Siccome questa Casa non ebbe che breve durata, così ne daremmo qui rapido cenno..."

[35] ACSS., cartas de Lasagna a Cagliero (18-IX-78, 20-V-79 y 7-X-79) y a don Bosco (19-V-79).

[36] ACSS., carta a don Bosco, del 3-III-1880.

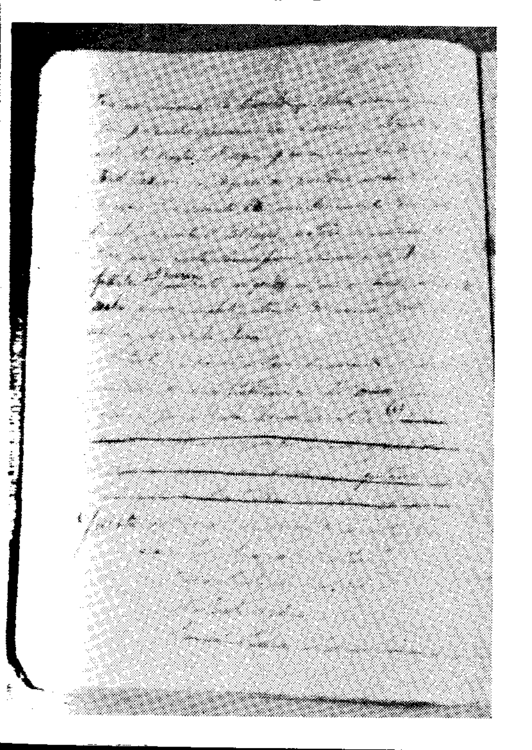


JUIZ DE FORA (Brasil): Encuentro de Obispos salesianos y Hermanos, al inaugurarse el monumento a Lasagna en el lugar del accidente ferroviario que acabó con su vida.

RECUERDOS VARIOS

BUENOS AIRES: Carta que monseñor Lasagna envió desde Roma al padre José Vespignani, con ocasión de su elevación al episcopado.

VILLA COLÓN (Uruguay): Fotocopia de una página de la crónica del Colegio Pío, mandada recopilar por Lasagna y corregida de su propia mano.



V. G.

Carissimo D. Vespignani

Saprà già che mi recai a Dogl. a visitar la mamma e la zia. Che onda [illegible]. Oh! quanti mi ricordai in quei viaggi, specialmente col D. Marini . . .

E Lei si ricordi di pregare per me che la v. [illegible] bene.

Abbiamo [illegible] salute.

Tutti i vostri fratelli e parenti le mandano per mezzo mio un mondo di saluti affettuosissimi. Tutti stanno bene e son buoni assai.

Suo aff.mo [illegible]

+ L. Lasagna

CAPÍTULO VII



Dolores

El mundo con sus palmas te corona,
y tu nombre circunda de fulgores.
Pero, el Cielo... ¿con qué te galardona?
¡El sendero del justo no son flores!

EDUARDO DUFRECHOU, S.D.B.,
"Monseñor Luis Lasagna",
en *Juventud*, año XI, Nº 9,
Villa Colón, noviembre de 1926.

LAS MAYORES DIFICULTADES DE LASAGNA, como venimos insinuando, no partían del frente externo. Las polémicas y las luchas con los librepensadores lo estimulaban al combate. Las especiales características de la familia y del alumno sudamericanos, aunque le provocaban algún berrinche de cuando en cuando, ya le estaban resultando simpáticas. La iliquidez financiera y el agobio de las deudas, "no le quitaban el sueño". Las nostalgias ya no encontraban tiempo para fraguar... Lo que realmente ralentaba el ritmo y el trajín de sus ocupaciones, lo acongojaba y deprimía, eran sus problemas personales y domésticos.

La primera lima que comenzó a corroer dolorosamente sus fuerzas, fue la enfermedad.

Desde el comienzo de la aventura americana, el proceso de su salud lo tenía a mal traer física y moralmente.

En sus cartas íntimas, se lo ve hundirse más de una vez en el pozo del cansancio y del desaliento, y otras tantas, emerger como impulsado por un resorte.

Había llegado a Montevideo en plena convalecencia de una grave enfermedad nefrítica. Así la califican sus contemporáneos, sin que logremos mayores precisiones.[1] Durante el año de 1877 había sufrido graves molestias renales, y los cálculos le producían dolorosísimos accesos, que se prolongaron todo el año de 1878 y el del 79.

Al despedir a Cagliero en agosto del 77, le dice sin amargura, pero con seguridad, que "aunque sea más joven [que él], lo pre-

— El padre Santiago Costamagna segundo inspector de América. Foto de la época, conservada en el archivo del Colegio Pío de Villa Colón.

cederá en el camino de la eternidad". En setiembre del 78 es más explícito: "Estoy cansado, rendido... El trabajo y la enfermedad me acosan sin cesar... Es necesario que yo me multiplique, y no puedo..." [2]

A principios de 1880, con ocasión de los ejercicios espirituales en Buenos Aires, fue sometido por médicos especialistas a intenso tratamiento y a molestos sondajes. "Se me tentó dos veces la operación de la piedra..., pero está complicado con hernia. No se logró nada y he sufrido mucho." [3]

Después de casi veinte días de cama, retornó a Montevideo. Pero enseguida se vio abatido por algo no menos doloroso: tumores hemorroidales. Más de una vez debió refugiarse en la cama y pasar varios días acostado, para sobrellevar el dolor.

"La enfermedad arrecia —escribió el 17 de abril del 80.— Me dan ataques horribles... Estoy por hacerme operar..."

En efecto, por indicación de don Félix Buxareo, el doctor Méndez, uno de los más conocidos galenos de Montevideo, se hizo cargo del paciente. Y dictaminó que sin una operación, nunca se libraría de las posibilidades de agudas recaídas. Y en Montevideo no se disponía, por entonces, del instrumental adecuado para una intervención satisfactoria. El mismo médico recomendaba a un especialista de Turín: el doctor Pertusio.

"Esta mañana me han revisado detenidamente dos médicos. Mucho me han hecho sufrir con su investigación; pero han diagnosticado que no hay ningún peligro, aunque deba sufrir muchas molestias. La cura es lenta, y necesito operación." [4]

Todas estas cosas llegaban al oído y al corazón sensible de don Bosco. El Capítulo General de 1880 era una magnífica oportunidad para solucionar todos los problemas, sin llamar en absoluto la atención. E invitó a acercarse a la Casa Madre a los padres Bodratto, Costamagna y Lasagna. Éste, al acusar recibo de la invitación el 15 de marzo de ese año de 1880, agradece la invitación "con toda la efusión del alma". Y añade:

> Siempre tuve un deseo enorme de volver a ver a María Auxiliadora, a los compañeros, familiares y amigos. No me animé a responderle antes, porque esperaba el giro de los acontecimientos, y quería ver si mi ausencia podía ocasionar algún daño o molestia a la Institución. Ahora que las cosas marchan bien, me parece que puedo ir por allí..., para retornar en noviembre, de modo de hallarme aquí en diciembre, para la clausura del año.
>
> [Como siempre], don Bodratto desea diferir mucho la partida, pero yo quisiera disponer las cosas de modo de poder

llegar antes que las vacaciones cierren los colegios de Alassio y de Varazze... [Siempre Lasagna los consideró los modelos italianos del Colegio Pío.]

* * *

Mucho más que la falta de salud lo afectaba la incomprensión interna. Escribía a don Bosco el 7 de mayo del 80:

> La calma de Bodratto me da miedo. Lo digo con todo respeto: su espíritu es algo frío y sus vistas muy cortas. Se desanima demasiado hasta por dificultades insignificantes. Si bien es cierto que vale mucho para conservar lo existente, es poco apto para comunicar a las cosas ese impulso que deben recibir doquiera sople el espíritu potente de nuestro venerado don Bosco.[5]

En el problema operaban varios componentes. Además de las características temperamentales del padre Bodratto —que ya lamentaba el padre Cagliero en muchas de sus cartas—, en Buenos Aires se incubaban otros fermentos que irán asomando cada día con mayor claridad, hasta adquirir visos de conflicto. Uno de ellos consistía en considerar al Colegio Pío como especialmente privilegiado, por sus alumnos, por su personal, por sus cooperadores... En la jerga salesiana de entonces lo motejaban de *nuevo Valsálice.* "Es realmente una calumnia", protestaba Lasagna.[6] Estaba asentado a los bordes de una ciudad capital, con personal adaptable que se *acriollaba;* era casi el número uno de toda la nación; poseía vinculaciones con los católicos más ricos del país; había sido dotado ya por el padre Cagliero de personal discreto; gozaba de una cooperación económica visible, y de cierta vinculación con las altas esferas, todo orquestado —aquí residía el gran privilegio— por una dirección excepcional, ornada de simpatía y capacidad notables.

En la otra banda, San Nicolás era un colegio aldeano, a trescientos kilómetros de la capital, sin grandes recursos, y cargado de deudas. Las incipientes Casas porteñas, Máter Misericordiae y San Vicente —por estas fechas, convertido en San Carlos— eran instituciones nacientes, "muy extranjeras en un medio xenófobo". Sin cooperación organizada, vivían de prestado.

Todo esto, adobado por la timidez y pertinacia increíbles del padre Bodratto y la rudeza de don Costamagna, se convertía en una montaña imposible de escalar.

Este fermento va a influir, como veremos, en muchos plan-

teos, y no va a terminar —al menos, en su aspecto conflictivo— sino con la división de inspectorías.

* * *

A principios de 1879, Bodratto informa a Turín. Había visitado a Montevideo el 20 de setiembre del año anterior.

> Villa Colón marcha bien, porque tiene elemento propio y el padre Lasagna lo atiende en forma digna de elogio; pero necesita siempre personal seguro y bien preparado, porque es objeto de persecuciones por parte del periodismo masónico.
> El Colegio de San Vicente tiene 160 alumnos. El Colegio de Montevideo dará renombre a los Salesianos. Todos los partidos de la ciudad lo sostienen y aplauden. Lasagna está enfermo. Pero no lo puedo exonerar. Le envío un prefecto, el padre Cipriano, y al coadjutor Graziano.

El informe resulta excelente. Sin embargo, Bodratto acaricia ideas personales que no se arriesga a materializar enseguida, porque el Colegio Pío es obra del padre Cagliero; pero tratará de llevarlas a cabo poco a poco.

La primera consiste nada más, ni nada menos, que en desmantelar el Uruguay salesiano. El Colegio Pío no le gusta: dicta enseñanza superior, cuando los Salesianos, según él, debían dedicarse solamente a los niños desvalidos en las escuelas de artes y oficios. Por eso, le prohíbe hacer cualquier clase de mejoras, y se queja de las autorizadas por don Bosco o por Cagliero. Se lleva todo el dinero y los regalos que encuentra. No sólo se fastidia sobremanera de que se autorizara la fundación de San Vicente y la de Las Piedras, sino querría que se abandonaran cuanto antes esas nuevas obras.

Al principio, Lasagna aguanta, y hasta escribe humorísticamente a Cagliero:

> El padre Bodratto me saca cuanta plata puede y me deja pobre. ¡Viva la pobreza de Jesús!

Pero en setiembre del 78 le retira 6.000 francos recolectados expresamente para pasajes de refuerzos de personal. Luego se queda con la imprenta de *El Mensajero*, que Yéregui vendía muy barata para la escuela de artes y oficios que Lasagna iba a organizar, y se la lleva a Buenos Aires, para los talleres nacientes del Colegio Pío IX. Y de este modo, las visitas bonaerenses prosiguen con voracidad de langosta, que a poco es adver-

tida hasta por los cooperadores uruguayos. Por eso, algunos meses después escribirá Lasagna:

> Los Jackson siempre me insisten en que ellos entienden ayudar al Uruguay, y que en ese sentido sostienen con grandes sacrificios a los Salesianos. Por eso exigen para cada donación un recibo, que depositan en manos del Obispo.
>
> ¿No sería conveniente que en cuestiones de intereses materiales existiese una línea divisoria entre el Uruguay y la República Argentina?
>
> Cuando se arreglen nuestras cosas, no tendré dificultad en socorrer a la Casa Madre y a las Misiones Patagónicas; pero yo tampoco veo bien que debamos indistintamente con el óbolo recogido en este pobre país sostener obras de la riquísima República Argentina.
>
> Piénselo, amado Padre, y déme su parecer. Para mí será un deber respetarlo y cumplirlo.[7]

El clima, cada día se pone más espeso. El 19 de mayo del 79 vuelve a informar:

> Hoy mismo he recibido una carta del padre Bodratto en que se muestra afligidísimo de su posición y de la mía, teniendo que proveer a cien urgentísimas necesidades, sin disponer de los medios suficientes...

Al fin Lasagna estalla, y el 25 de diciembre del 79 se lamenta a don Bosco:

> Don Bodratto me está mortificando todo el año porque han sido aceptados, en contra de su parecer, la parroquia de Las Piedras y el Colegio de San Vicente.
>
> ¿Soy acaso yo el que los acepté? ¿No fue monseñor Yéregui el que trató personalmente con usted [el caso de San Vicente]? ¿No fue el Obispo [monseñor Vera] el que escribió y suplicó por dos años, antes de entregarnos *motu proprio* [la parroquia de Las Piedras]?
>
> Don Bodratto insiste en que yo le escribí a usted mostrándome favorable al proyecto. ¿Y por qué no debía hacerlo? Yo vivo aquí, en el lugar, y veo el destrozo que realiza el demonio...
>
> Don Bodratto protesta que estas nuevas Casas no se mantienen económicamente. Y eso no me parece exacto... En cuatro meses, el padre Beauvoir no sólo pagó todos los gastos de instalación en Las Piedras (unas 5.000 liras), sino que todavía le donó unas mil quinientas a don Bodratto. ¿De qué se queja, entonces?

El Colegio de San Vicente está aceptado provisionalmente.

Los hermanos Yéregui no fueron tan generosos como yo esperaba; pero detrás de ellos están los Jackson, que un día de éstos se decidirán a edificar un Oratorio... Por otra parte, San Vicente es el único colegio de sacerdotes en la ciudad de Montevideo.

Don Bodratto vino este año dos veces. En la última estuvo con nosotros cuatro horas. Juzga sin ver todo lo que tiene que ver, y me ha hecho sufrir mucho, mucho...

Parte del principio de que el Colegio Pío sale de la órbita de nuestra Congregación; que es más semejante al liceo de Valsálice que al Oratorio de Turín; que no debe y no puede subsistir; que es un disparate arraigarlo, y que lo es cualquier gasto y cualquier inversión de cualquier especie...

Yo, que fui llamado por el padre Cagliero a dirigir y sostener con todas mis fuerzas y con todo mi celo este Colegio, ¿qué debo hacer para cumplir con mi deber, y al mismo tiempo no estar más o menos en oposición al Superior que sucede al padre Cagliero?

Además, el padre Bodratto me puede dejar morir en lenta agonía privándome de todos los auxilios necesarios. Y lo obtendrá, si así lo desea. Y siendo él Superior, debo reconocer en ello la voluntad de Dios y someterme a cualquier desgracia...

Le expongo a usted todo esto sencillamente y sin pretensiones, sin el menor ánimo de criticar las disposiciones de don Bodratto. Más, aún: al padre Bodratto lo he amado y venerado siempre, y me guardaré muy bien de censurarlo. De hecho, es la primera vez que me permito con usted semejante desahogo, y le aseguro que será la última, ya que mi único deseo es obedecer y sufrir...

[Bodratto] ha decidido, sin más, cerrar la Casa de las Hermanas instalada en Villa Colón por el padre Cagliero. La razón más fuerte que esgrime, es que en otra parte pueden realizar mayor bien. ¿Y aquí hacen mal? Si cada vez que se presenta una ocasión de hacer mayor bien debiéramos destruir una Casa para plantar otra, nunca tendríamos nada fijo.

Por otra parte, los señores Jackson, que tanto han gastado y pagado para esta obra, ¿estarán contentos de jugar este juego sin previo aviso?

Don Bodratto se ha mostrado terriblemente brusco conmigo... y no puedo ocultarle que me produjo inmensa pena.

Las deudas nunca me quitaron el sueño. Y a pesar de mis gastos, le he entregado al padre Bodratto más de 12.000 liras oro... ¿De qué se queja y por qué me mortifica?

Me observó que este año nada se ha construido. Preci-

samente, porque él no lo quiso. Y si en su visita no nos hubiera autorizado a poner pavimento en los corredores y edificar la sacristía, tampoco lo habríamos hecho.

Justamente ahora que los enemigos nos presentan batalla, asustados por el bien que hacemos y que podemos hacer..., ¿ahora debemos desesperar? ¿Dónde está nuestra confianza en María Auxiliadora?

Oprimido por las calumnias [de los perseguidores], busqué la forma de no ofrecerles ocasión de atacarnos. Por eso, los padres de familia juntaron dinero para adquirir un laboratorio de física, y yo añadí a lo recolectado mil quinientas liras y lo pedí a París. Se lo comuniqué a don Bodratto, pero hice el pedido sin esperar respuesta. Éste es mi pecado más grave... Claro que en esos momentos de luchas y de afanes no pensé en nada... Sin embargo, le pedí por ello perdón.

Es cierto que tuve entre los clérigos de mi personal ciertas cabezas locas... Don Bodratto insiste en que los hubiera salvado la clase de teología... ¿Cómo podía yo dictarla?... Además, vea los sacerdotes que me acompañan y piense si alguno podía hacerlo. ¡No hay uno solo que se anime a hablar en público!...

Estoy muy afligido: no por el mal que haya hecho, sino por el bien que se va a dejar de hacer...

* * *

En este clima, se vuelve particularmente sensible. Le duele que los alumnos egresados: "republicanos afeminados que no quieren más que mimos", no le muestren especial gratitud. Lo desespera —a veces, injustamente— la incapacidad momentánea de algunos de los Misioneros: "no gasten dinero en viajes para tipos semejantes", escribe explosivamente a don Rúa. Se queja amargamente en contra de los salesianos turineses de la oficina de viajes, que envían a Montevideo materiales sin declarar, de manera que son interpretados como contrabando. "Todo por los sonsos, que no saben expedir", escribe en castellano a Cagliero...[8]

"Si no vienen de Turín los profesores capaces que el Colegio necesita —dice finalmente—, me veré obligado a seguir el porfiado consejo del padre Francisco, o sea de abandonar en masa el Colegio Pío de estudios superiores..."

El 20 de enero del 80 vuelve a desahogarse —esta vez, someramente— con Cagliero:

> El padre Bodratto, mal informado por murmuradores, sin examinar ni ponderar nada, en un momento de impaciencia me castigó con mano muy dura y me causó indecibles aflicciones... Aunque no tardó en reconocer la verdad y cambiar de estilo y posición... Estoy triste, muy triste.

Conste que esta carta la escribe en la cama, en la que lleva quince días recluido, después de los sondajes de vías urinarias a que fue sometido en Buenos Aires.

El 8 de marzo, todavía sigue respirando por la herida:

> Pienso ir a Italia en julio... Las Piedras marcha muy bien..., pero el padre Bodratto no quiere darle a ese pobre viejo [al Obispo] el consuelo de aceptar el patronato de la parroquia definitivamente. Ya hablaremos de esto...

El 17 de abril —al poco tiempo de la caída de Latorre,[9] y cuando la enfermedad arreciaba— escribía con angustia a monseñor Cagliero:

> He aceptado definitivamente la invitación de ir a Italia. Viajaré para la estación de los baños. Necesito baños sulfurosos.

Y el 22 de junio insistía:

> Don Rúa reitera su invitación. En otro tiempo me hubiera llenado de gozo, hoy no puedo librarme del abatimiento.

* * *

Tenía todo dispuesto para partir hacia Italia, cuando se modificó inesperadamente el panorama. El padre Bodratto enfermó gravemente. Un cáncer de estómago lo devoró en pocos meses. El 17 de julio, Lasagna escribe:

> Don Rúa volvió a invitarme para viajar a Italia. Pero ahora no puedo hacerlo. Bodratto está realmente en peligro de muerte. Es mejor que me quede aquí. Esta mañana, al volver de Buenos Aires, he llorado. Creo que no veré más en la tierra al padre Francisco... A Italia iré el año que viene..., si puedo, en abril. Creo que será la mejor estación para atender mis males. Los médicos me insisten que sin una operación quirúrgica, nunca lograré curarme.

El padre Bodratto falleció el 4 de agosto de 1880, cuando en Buenos Aires rugía el cañón revolucionario, y se batían sangrientamente provincianos y nacionales en las inmediaciones de San Carlos.

Por supuesto que los problemas internos salesianos no quedaron solucionados. Ya veremos otros brotes en la ruta. La

mayoría no eran patrimonio del pensamiento de una persona, sino que respondían a un estado de opinión.

El mejor triunfo de Lasagna, en el orden temporal, no fue la aprobación de sus actos por parte de los Superiores de Turín, sino el hecho de que años después quiso la Providencia que empuñara el gobierno salesiano de Buenos Aires un hombre prócer, que, naturalmente, siguió los pasos de las genialidades de Lasagna. Más de veinte años después, el padre José Vespignani lograba en la Argentina la implantación de colegios de enseñanza media con títulos oficiales; en 1893 organizaba los exalumnos, que en el Colegio Pío funcionaban desde 1884; por las mismas fechas se fundaba la Casa de aspirantado indígena de Bernal, que en Las Piedras trabajaba ya dos lustros atrás; encaraba la organización de una escuela de agricultura, que a Lasagna se le negaba desde hacía veinte años... Y todos estos actos eran saludados como conquistas de gran categoría.[10]

[1] ACSS., carta del 3 de abril de 1880: "Quando ricevetti l'invito di partire per le missioni, io, infermiccio com'era, disse subito tra me: *Oh! perchè me n'andrò a morire solo e sconsolato, lungi mille leghe dal mio venerato Padre e dal Santuario della mia dilettissima Madre Maria Ausiliatrice?...*"
Cf. Pablo Álbera, *Mons. L. Lasagna...*, cit., pág. 91.

[2] ACSS., carta a Cagliero, de setiembre de 1878.

[3] ACSS., carta a Cagliero, del 20-I-1880.

[4] ACSS., carta a don Rúa, del 30-VI-1880.

[5] ACSS., carta a don Bosco, del 7-V-1880.

[6] Aparte el hecho de que Lasagna siempre estuvo dispuesto a probar que el Colegio Pío era una réplica del de Alassio y no de Valsálice, don Álbera, al referirse a esta circunstancia, pone en boca de Lasagna una explicación que copiamos textualmente: "Todos saben que el Obispo del Uruguay nos llamó para remediar la falta de colegios católicos superiores. Debimos comenzar por la gente más adinerada. Dios nos recompensará permitiéndonos llegar a los pobres. Cuando se presenta la oportunidad, ¿por qué rehusar hacer bien al que sea?... ¿No son todos hijos de Dios?" (*Mons. L. Lasagna...*, cit., pág. 109.)

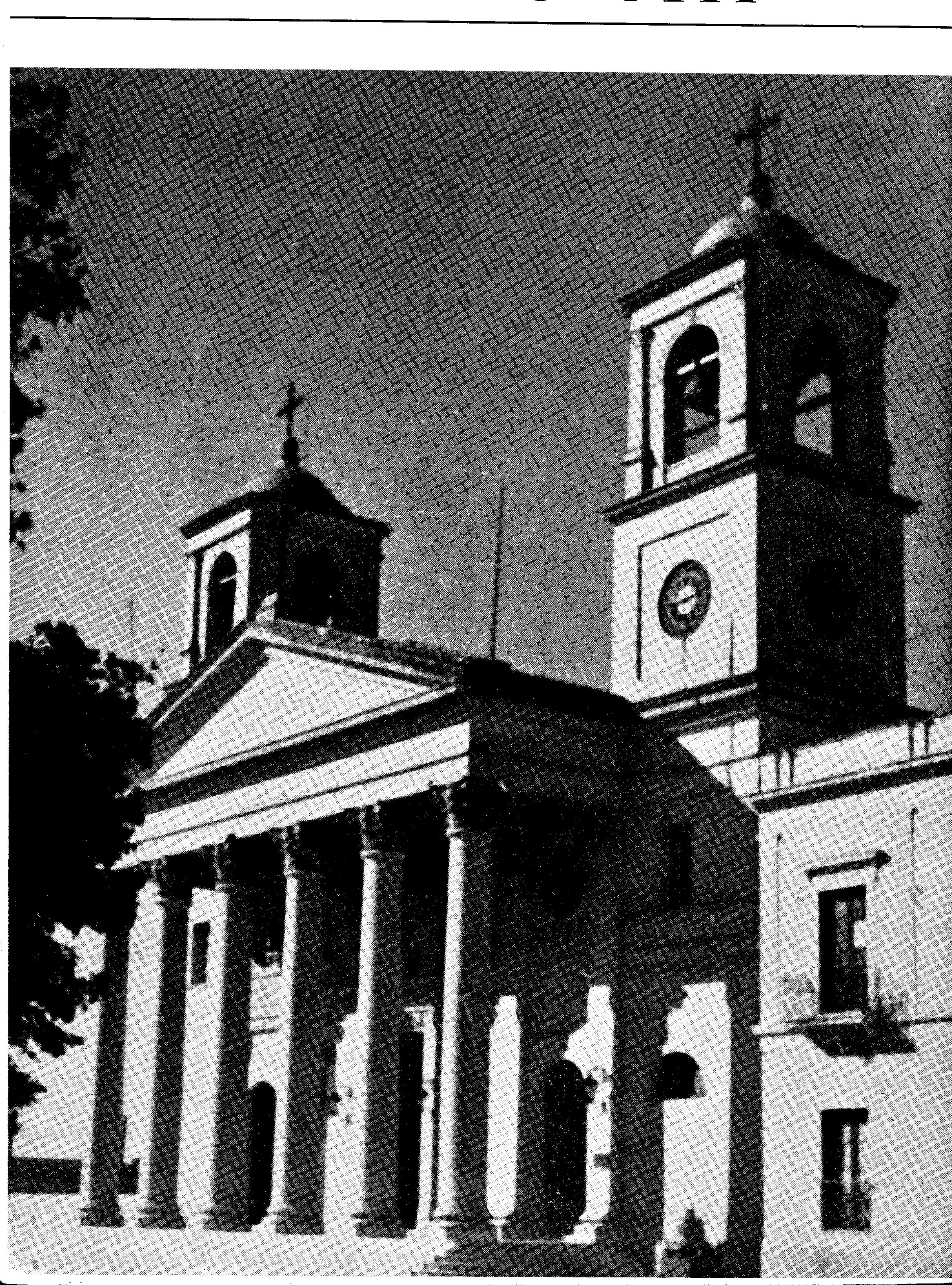
[7] ACSS., carta a don Bosco, del 7-IX-1880.

[8] En 1881 aparecieron en los diarios de Montevideo acusaciones de contrabando al Colegio Pío. Se debía a la imperfecta declaración de carga enviada desde Turín. Los paquetes incriminados contenían cuadros de don Bosco y del Papa.

[9] El coronel Latorre presentó su renuncia a la presidencia de la República el 13 de marzo de 1880. Algunos párrafos del documento dimisionario resultaron famosos. "Al retirarme a la vida privada —decía—, llevo el desaliento hasta el punto de creer que mi país es un país ingobernable..."

[10] R. P. Lorenzo Massa, *Vida del padre José Vespignani* (Soc. Edit. Internacional, Buenos Aires, 1942); Archivo Insp. S. Fco. de Sales: *Libro de visitas inspectoriales* (Registro reservado para los Superiores de la Congregación y del Consejo Inspectorial).

CAPÍTULO VIII



Paysandú

Paysandú es la hermosura del edén uruguayo,
la del río que canta, la del cielo que sueña...
El Uruguay undoso, cual cinturón de plata,
ciñó su egregio talle, cubriéndolo de perlas,
y sobre la esmeralda de la sin par cuchilla
sus bohemios rubíes las margaritas siembran...

EDUARDO DUFRECHOU, S.D.B.,
Desde mi torre, pág. 13
(Montevideo, 1941).

AL FALLECER EL PADRE BODRATTO, don Bosco nombró Superior interino de América al padre Santiago Costamagna. Pero antes de ratificarlo definitivamente en su cargo, consultó por medio de Cagliero al padre Lasagna. Éste contestó, con el respeto y la libertad de siempre:

> No hay otro mejor entre los que estamos en América, pero... sería bueno convencerlo de abandonar la atención de tantas monjas y obligarlo a quedarse más en casa.[1]

El padre Lasagna trasladó su viaje a Europa para 1881, y se dedicó ardorosamente al robustecimiento de la Obra Salesiana en el Uruguay. Los acontecimientos seguían corriendo.

El 6 de setiembre, el Obispo bendijo la nueva capilla del Colegio de San Vicente, mientras él iniciaba firmes discusiones con los dirigentes Vicentinos: "Nos tienen muy esclavos, y no podemos hacer nada".[2]

El sábado 25 de setiembre, el Uruguay cobraba su primera víctima salesiana: en Las Piedras fallecía sor Virginia Magone.

A comienzos de año envía sus aspirantes al Noviciado de Buenos Aires; pero urge la erección de un Noviciado en Las Piedras: casi todos los novicios de Almagro son orientales.[3] Buenos Aires queda muy lejos, y existen muchos celos de nacionalidades. Para que los Superiores entiendan, les explica que

← Frente de la histórica iglesia parroquial de Nuestra Señora del Rosario de Paysandú.

se trata de algo parecido a lo que ocurre entre Austria e Italia.[4]

En los últimos días de enero de 1881, Santiago Costamagna reúne al Capítulo de la Provincia Americana. Lo acompañan los siete Superiores más distinguidos de la zona. Casi todo se reduce a ajuste económico y disciplinario. La única proposición de avanzada pertenece a Lasagna:

> Los clérigos durante los estudios de Filosofía y Teología se han de aplicar profundamente al estudio de la Pedagogía. Más aún, han de prepararse y rendir prueba de aptitud sobre todas las asignaturas de enseñanza que se imparten en las escuelas del ciclo primario.[5]

En febrero predica ejercicios espirituales a los salesianos en San Nicolás de los Arroyos (Argentina), y vuelve vía Colonia, por Rosario (Uruguay), San José y Las Piedras. "Emprendí este viaje —dice— con la intención de explorar terreno adaptado a nuestras obras." Se entusiasma con Nueva Helvecia y San José, y hasta habla de un ofrecimiento en la frontera brasileña..., "pero suspendamos..., ya hay mucha carne en el fuego".

Aprovecha la oportunidad, y el 7 de setiembre vuelve a la carga con Cagliero. Quisiera el noviciado, las *Lecturas Católicas,* los Oratorios festivos, la separación económica entre el Uruguay salesiano y la Argentina...

* * *

Inmediatamente comienza la adaptación de la vieja iglesia de Las Piedras a su nueva condición de colegio: se le abrieron ventanas en los muros, se colocó una losa a media altura, y se habilitaron dos pisos con aulas y dormitorios. Para comienzos del 81, no sólo esperaba abrir un colegio parroquial, sino también una sucursal del Colegio Pío, con internado, para los que dieran esperanzas de vocación eclesiástica.[6]

Entre tanto, solicitó la aprobación oficial del establecimiento. Le fue cursada el 7 de febrero de 1881, desde Guadalupe. Decía así:

> Guadalupe, febrero 7 de 1881.
>
> Nº 10.
>
> Acabo de recibir su nota, fecha del 23 pasado, comunicando que el 15 del presente instalará un colegio particular de varones en ese pueblo y adjuntándome a la vez un ejemplar del programa de estudios que debe regir en aquél.

En respuesta cúmpleme significar que, desde que en dicho establecimiento se ha de enseñar el Idioma Nacional, según se desprende del programa remitido, nada tiene que observar al respecto la Comisión Departamental de Instrucción Primaria, ni esta Inspección, sino que, por el contrario, se felicita de que el planteamiento de un colegio más venga a proporcionar, a la par de las Escuelas Públicas existentes, el alimento del espíritu a las numerosas falanges de niños que se hallan en el departamento en edad de educarse.

Con este motivo, me es muy grato saludar atentamen
al señor Director del futuro Colegio particular de Las Pie
a quien Dios guarde por muchos años.

ANDRÉS D
Insp. D

En efecto, el día 15 se inauguraron oficial

* * *

A principios de 1881, monseñor Vera
y salud, topó con nuevas dificulta
Beraza, párroco de Paysandú desd
definitivamente para España c
vasta parroquia en manos de u
tonio Ochotorena, a quien ac
tado, don Gregorio Benito.[8]
Vera había ofrecido e
giosas, sin éxito. Al fin,
a Lasagna. Éste le da e
En pocos días, se
cribe a Turín:

Hace unos dí
la que me c
tevideo de
rroquia de
Paysan
problema
hasta qu

En esos d
anunciaba la
al Colegio; e
dialoga con e
y ayuda qu
parroquia d

as
nas,
n con
en construc-
ores de la ciu-
la altura de las
y lo mismo ocurrió
stado que miraban al
proyectiles. Y al frontón
de proseguir la fábrica, por

*

ión de credenciales, etcétera, esta-
hotorena: ocuparían las habitacio-
quilaba a don Benjamín Almagro y
ones de la iglesia parroquial. Por tres-
a al Cura interino sus pertenencias. Y al
11, en privado, Allavena prestó el jura-
nó oficialmente posesión del curato. En-
ludar a las autoridades, comenzando por
apitán del puerto y viejo amigo de Lasagna,
hijos de alumnos internos en el Colegio Pío.[14]
el silencio de la operación despertaron sospe-
olentes, y el día 14 algunos diarios masónicos
dieron la versión de que Allavena y un grupo
asaltado la parroquia, y se había apoderado del
ercía interinamente Ochotorena. Hubo gente que
zó a recolectar firmas, para acudir al Obispo.
religiosa sanducera era muy opaca. Unos veinte
egraban, con un grupo mayor de mujeres, dos Her-
la del Sagrado Corazón de Jesús y la de Ánimas y
lo demás, casi se reducía a bautizos, atención del
funerales.

todos, porque todos han de cargar con parte de la responsa-
bilidad. Y con esta renuncia, y la promesa de no pedir ayuda
financiera a Buenos Aires, animó a Costamagna.

El Superior bonaerense, con la aceptación envió magnáni-
mamente al padre Juan C. Allavena, que estaba en San Nicolás,
para que oficiara de párroco. Lasagna se privó del padre Agus-
tín Mazzarello y del coadjutor Santiago Ceva.[10]

El miércoles 9 de marzo, Lasagna, Allavena, Mazzarello y
...va se embarcaron en el puerto de Montevideo a bordo del
...nos. Llevaban varios baúles con ornamentos litúrgicos y
indispensable para vestirse, todo debido, en gran parte,
En feb... y la aguja de doña Clara Jackson de Heber. El día
en San Nicola... en Buenos Aires con el Sol. En el muelle los espe-
...na.
lonia, por Rosar... horas de pausa. Celebraron misa en Santo
prendí este viaje — de la compañía del Superior hasta las diez,
adaptado a nuestras ...
cia y San José, y hasta ... en Mercedes y en Fray Bentos, en la
brasileña..., "pero suspen... acercaron al puerto de Paysandú. Al
fuego".
Aprovecha la oportunidad, ...nchones: la bajante del río impe-
carga con Cagliero. Quisiera ... aron un coche, y se llegaron si-
licas, los Oratorios festivos, la ... quial.[11]
Uruguay salesiano y la Argentina...

* * *

...ontevideo, justo allí don-
Inmediatamente comienza la adaptació... aguas del río Uruguay,
Las Piedras a su nueva condición de c...udad de Paysandú.
ventanas en los muros, se colocó una losa ranchos de paja como
habilitaron dos pisos con aulas y dormitori... dependientes de la
del 81, no sólo esperaba abrir un colegio pa... margen izquierda del
bién una sucursal del Colegio Pío, con intern...
dieran esperanzas de vocación eclesiástica.[6] y una de las prin-
Entre tanto, solicitó la aprobación oficial d... Por su magnífico
to. Le fue cursada el 7 de febrero de 1881, d...rior: lanas, cue-
Decía así:

Guadalupe, fe...ario albergaba
...ba su sede en
. dividida en

Acabo de recibir su nota, fecha del 23 pas... un frontón
cando que el 15 del presente instalará un colegi... celebraban
de varones en ese pueblo y adjuntándome a la ...
plar del programa de estudios que debe regir e...a, nacía la

capilla de San Ramón, empezada siete años atrás. En el campo, al norte del arroyo Seco, y a unas seis leguas de Paysandú, florecía una capillita que una familia inglesa católica, los Hughes, habían dedicado al Buen Pastor.

Un histórico tranvía facilitaba las comunicaciones urbanas por calles rectilíneas, tiradas a cordel, que corrían de norte a sur y de este a oeste. A sus bordes se agrupaban hermosas casitas, casi todas bastante nuevas.

Por dos veces, en poco tiempo, Paysandú había sufrido las depredaciones de la guerra: el año 46, las hordas garibaldinas, y el 65, la artillería del Imperio Brasileño, casi arrasaron con todo.

La última vez, lo más castigado fue el templo en construcción, en el que se habían parapetado los defensores de la ciudad. La torre del norte, que había llegado a la altura de las bóvedas, fue abatida hasta los cimientos. Y lo mismo ocurrió con el bautisterio. Las paredes del costado que miraban al norte, quedaron acribilladas por los proyectiles. Y al frontón del atrio hubo que derribarlo, antes de proseguir la fábrica, por su estado ruinoso.

* * *

Después de los saludos, exhibición de credenciales, etcétera, establecieron un acuerdo con Ochotorena: ocuparían las habitaciones que el cura Beraza alquilaba a don Benjamín Almagro y Paredes, en las inmediaciones de la iglesia parroquial. Por trescientos pesos compraron al Cura interino sus pertenencias. Y al día siguiente, sábado 11, en privado, Allavena prestó el juramento de rigor, y tomó oficialmente posesión del curato. Enseguida fueron a saludar a las autoridades, comenzando por don Julio Muró, capitán del puerto y viejo amigo de Lasagna, ya que tenía dos hijos de alumnos internos en el Colegio Pío.[14]

La rapidez y el silencio de la operación despertaron sospechas a los malevolentes, y el día 14 algunos diarios masónicos de la localidad dieron la versión de que Allavena y un grupo jesuítico había *asaltado* la parroquia, y se había apoderado del curato, que ejercía interinamente Ochotorena. Hubo gente que hasta comenzó a recolectar firmas, para acudir al Obispo.

La vida religiosa sanducera era muy opaca. Unos veinte hombres integraban, con un grupo mayor de mujeres, dos Hermandades: la del Sagrado Corazón de Jesús y la de Ánimas y Dolores. Lo demás, casi se reducía a bautizos, atención del hospital y funerales.

Sin embargo, la convivencia del sacerdote con el pueblo se desenvolvía normalmente. La ciudad hervía de sociedades secretas; algunas, muy agresivas. Pero las cualidades humanas de Ochotorena eran apreciadas; sobre todo, sus dotes atléticas sobresalientes en el juego de pelota.

Los Salesianos comenzaron su obra inmediatamente. La primera oportunidad de actuar la ofrecía la fiesta de san José. Lasagna predicó el triduo, acompañado del rezo del Rosario y la bendición.

El 18 a la noche, y al término de la función, un grupo de muchachotes copó el atrio de la iglesia, y provocó un desorden mayúsculo: entre pifias y silbatinas, gritaban: "¡Abajo los curas jesuitas!", y otros estribillos.

Los Salesianos, al principio, no atribuyeron mayor importancia al asunto; hasta que se percataron de que para llegar a su casa debían pasar por entre el grupo de los revoltosos, y cruzar la plaza. Felizmente, llegó la policía, traída por el capitán Muró, que por un tiempo fue el ángel guardián.

Enseguida comenzaron a atraer a los niños, y pidieron por telegrama un armonio a Montevideo. Noticias, todas ellas, que circularon por el pueblo con la rapidez del rayo.

* * *

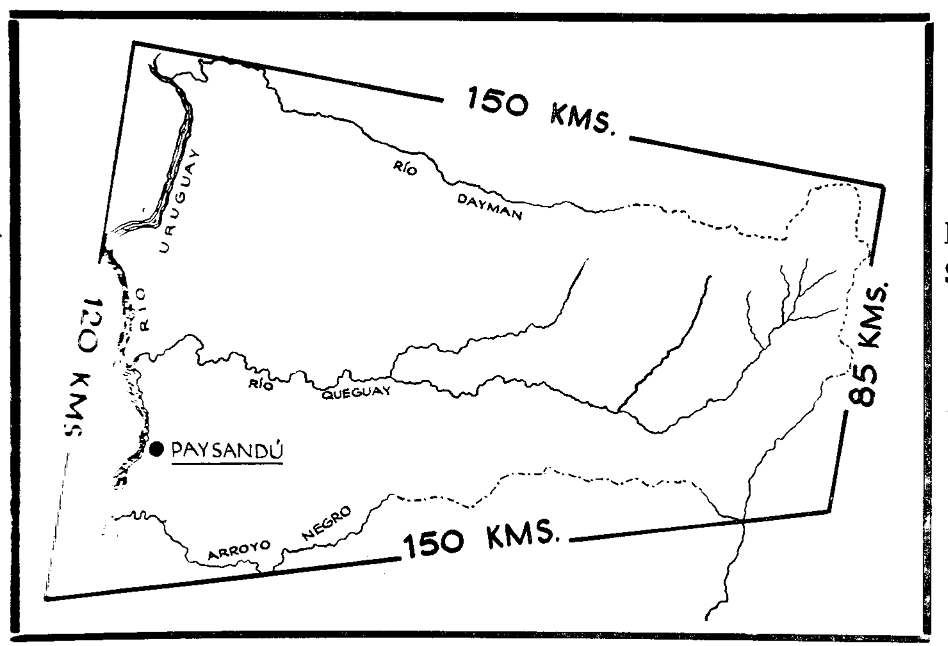
El 19 de marzo, mientras se realizaba la fiesta de san José, *El Paysandú,* máximo exponente periodístico del lugar, protestaba por el "Suceso de anoche":

> Somos liberales en nuestro modo de pensar religioso... Aceptamos y respetamos a todas las religiones, para que se acepte y se respete la nuestra...
>
> El suceso acaecido en nuestro templo anoche perjudica notablemente a la propaganda anticatólica que la prensa liberal de la República viene haciendo.
>
> No es la pifia la que ha de llevar al ánimo público la convicción profunda del error en que se ha mantenido...; la razón no se alcanza con meter barullo en los templos donde el catolicismo impera...[15]

Anotemos, como dato curioso, que hasta los diarios de la oposición se hacen eco de los proyectos de Lasagna; sobre todo, de su propósito de llevar a feliz término la capilla de San Ramón. Algunos de ellos, por falta de contacto directo con los protagonistas, hacen un raro injerto de los apellidos de Allavena y Lasagna, y por un tiempo hablan del padre *Arellana.*

* * *

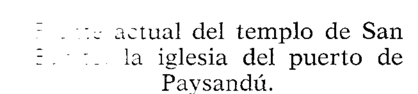
NOTAS SANDUCERAS



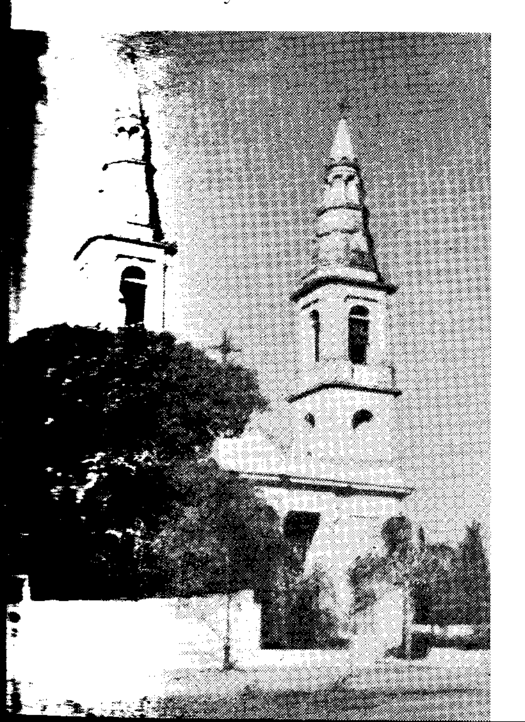
Mapa correspondiente al territorio parroquial de la casa de Nuestra Señora del Carmen, de Paysandú.

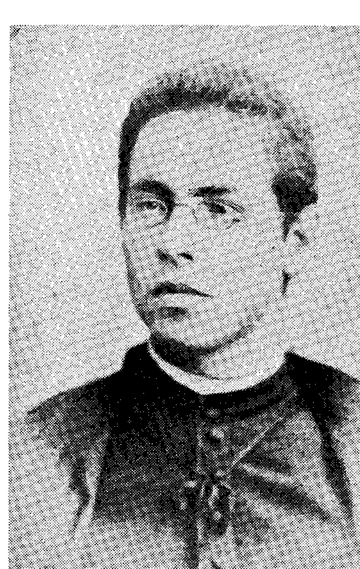


El coronel Julio Muró, padre de dos alumnos del Colegio Pío —Julio y Leopoldo—, comandante del puerto de Paysandú, y primer cooperador de la Casa naciente.



... actual del templo de San ... la iglesia del puerto de Paysandú.





El padre Juan Allavena, primer párroco salesiano del lugar. También le correspondió el privilegio de ser el primer salesiano que ingresó en el Paraguay.

El 20, Lasagna se reembarca en el *Cosmos,* rumbo a Montevideo. Se siente acabado. El esfuerzo le ha producido una recaída en su mal. La angustia lo consume.

El 10 de mayo escribe a Turín. Está en cama. En medio de sus dolores, se desdice del propósito enunciado el 8 de marzo, cuando le aseguraba a don Bosco que "hasta que no venga Cagliero, no podré dejar esta baraúnda en manos de otro, para ir a Italia y curar mis males", y le informa de su viaje inminente.

El 18 de mayo envía a Turín un halagador informe acerca de la Obra de María Auxiliadora para las vocaciones sacerdotales y religiosas, del que ya hemos hablado. Recibe después un pedido del Obispo de Porto Alegre (Brasil), que solicita la presencia de los Salesianos en su diócesis, y el 25 de mayo debe acompañar a don Juan Jackson y a don Félix Buxareo a visitar en el Manga los terrenos que querían dedicar a escuela agrícola.

Pero influye desfavorablemente en su depresión el doloroso acontecimiento de la muerte de monseñor Vera. El 6 de mayo pasaba a la eternidad el laborioso Obispo, mientras predicaba una misión en el Pan de Azúcar. El gran Misionero había caído en su ley. El Uruguay entero se conmovió. El Gobierno le tributó honores fúnebres "análogos a los que corresponden a la más alta jerarquía militar de la República". El pueblo siguió estremecido tras de sus despojos humanos. El periodismo, sin distinción de banderías, le dedicó cálidos elogios y tiernos lamentos.[16]

Enseguida asumió el gobierno interino de la diócesis monseñor Inocencio María Yéregui, y sin mucho esperar comenzaron los trámites y también las intrigas para elegir sucesor.

Vera las había previsto. Ya en setiembre de 1877 había escrito a la Secretaría de Estado del Vaticano, en su enrevesado y personal estilo:

> En todos los países del mundo no faltan, como aquí también sucede, quienes pretenden ascender a las primeras dignidades de la Iglesia los que menos podían aspirar a tales alturas...[17]

Y como tiene sesenta y nueve años, añade una lista de posibles y dignos sucesores, por orden de prioridad, analizando sus condiciones. Son ellos: 1º) Inocencio Yéregui; 2º) Rafael Yéregui; 3º) Mariano Soler; 4º) Ricardo Isasa; 5º) Norberto Betancur, y 6º) Santiago Silva.

* * *

Lasagna se embarcó para Italia a fines de mayo en el *Umberto I.*[18] Entre otras cosas, llevaba una carta reservadísima de los católicos más serios de Montevideo, cuyo texto no conocemos, aunque podemos deducir su contenido por la nota que Lasagna enviara a don Bosco el 27 de junio, casi no bien puso pies en Marsella.

Jackson y Yéregui le encargan informar a Roma que el Gobierno de Montevideo está encaprichado en nombrar obispo a Estrázulas. Ciertamente, no es el más idóneo, y por eso le ruegan alertar inmediatamente a la Santa Sede. En su opinión —la de Lasagna—, el obispo debe ser Inocencio Yéregui; aunque añade, a fuer de honrado: *ci ha sulle corne...*

De todos los candidatos de que se habla —o sean Estrázulas, Conde, Martín Pérez y García Zúñiga—, el mejor es el último; pero cree que los más indicados serían Yéregui, Zúñiga, Soler e Isasa. De todos ellos, él respondería personalmente, aunque le parece que el alma más bella es la del padre Santiago Silva, lamentablemente muy enfermo.[19]

Don Bosco prometió plantear el caso en Roma.

* * *

Monseñor Inocencio Yéregui, en efecto, fue consagrado obispo titular de Canopus, el 18 de setiembre; en noviembre, preconizado titular de Montevideo, y el 20 de abril de 1882 se hizo cargo del obispado.[20]

[1] ACSS., carta a don Rúa, del 15-X-1880.

[2] ACSS., carta a Cagliero, del 7-IX-80.

[3] ACSS., *Bollettino Salesiano,* aprile 1881; carta de Lasagna a don Bosco, del 27-IX-1880, y de sor Magdalena Martini, de igual fecha.

[4] ACSS., carta a don Bosco, del 7-II-1881. "Il giovane aspirante [Migone]... l'ho mandato alla casa di Buenos Aires per la prova. Ma al dir vero... mi parebbe assai conveniente che questa prova si potesse fare qui nell'Uruguay. Ritenga che a Buenos Aires gli orientali non vanno volentieri per certe radicate antipatie di nazionalità..."

[5] Las actas del Capítulo de la Provincia Americana se hallan en el archivo de la Inspectoría de San Francisco de Sales (Libro de visitas de los Inspectores). Asistieron al Capítulo los padres Domingo Tomatis, Luis Lasagna, Esteban Bourlot, Valentín Cassini, Evasio Rabagliati, José Vespignani y José Fagnano.

[6] Crónica de Las Piedras.

[7] J. M. Vidal, *Vida del padre J. Gamba,* cit., págs. 43-44. Carta de Lasagna a don Bosco, del 7-II-1881.

[8] Crónicas del Colegio Pío y de Paysandú; libros parroquiales de la parroquia de Nuestra Señora del Carmen (Paysandú).

[9] ACSS., carta de Costamagna a don Bosco, del 6-III-1881, y de Lasagna a don Bonetti, del 27-VI-1881.

[10] J. Vespignani, *Cronica abbreviata...*, cit.

[11] Crónica de Paysandú. Carta de Lasagna a don Bonetti, del 27-VI-1881.

[12] J. M. de la Sota, en su *Catecismo geográfico, político e histórico de la República Oriental del Uruguay*, insinuó que el toponímico *Paysandú* podía originarse del apellido de un *padre Sandú*, a quien los indios decían *paí Sandú*, o de la significación de *Sandú* (escucha), dando pie a una leyenda que ya no acepta ningún historiador.

Baldomero Vidal, S.D.B., *Orígenes de Paysandú*, pág. 7, nota 7 (inédito).

[13] *Historia de la iglesia de Paysandú* (inédita), existente en el archivo del Colegio. Probablemente, pertenece al padre Baldomero Vidal, S.D.B.

[14] ACSS., carta de Lasagna a don Bonetti, del 27-VI-1881. Crónicas del Colegio Pío y de Paysandú.

[15] Lamentablemente, en la Biblioteca Nacional de Montevideo no se han archivado otros diarios sanduceros correspondientes a este año, que *El Paysandú*, órgano periodístico de la tarde. Su director, Servando H. Mendoza, aunque incrédulo confeso, en las ediciones del 14 y el 19 de marzo ofrece serenas referencias a los primeros días de los Salesianos en Paysandú. El 13 de abril, por ejemplo, el diario citado, con ocasión de Semana Santa, publica un artículo sobre Jesucristo. Se manifiesta opuesto a su divinidad; pero rinde homenaje a la "*catástrofe* de su buena idea..."

En las Crónicas salesianas se habla de otros periódicos mucho más agresivos.

[16] L. A. Pons, obra cit., pág. 220. (Las palabras entre comillas corresponden a los decretos de honores promulgados por el Poder Ejecutivo de la Nación, y a la resolución del Honorable Senado y de la Cámara de Representantes.)

[17] Archivio Segreto Vaticano, Segretaria di Stato, rubr. 251, 1877, b. 440, fasc. 1º, posición 26-740, y respuesta de la Secretaría del 17-X-1877, Nº 25.760.

[18] A pesar de que la Crónica del Colegio Pío diga que Lasagna partió el 1º de mayo —error que repite don Álbera (*Mons. L. Lasagna...*, cit., pág. 144), y que lo induce a hacerle conocer la noticia de la muerte de monseñor Vera en Turín (pág. 146)—; por los datos consignados en este capítulo, estamos seguros de que Lasagna partió no antes del 25 de mayo.

En su *Cronica abbreviata*, el padre José dice: *sul finire di Maggio*.

Podría confirmarse el día exacto de la partida en la Biblioteca Nacional de Montevideo (diario *El Siglo*, "Movimiento del Puerto"). Aunque, cuando pude, olvidé hacerlo; baste saber que llegó a Marsella el 24 de junio.

[19] ACSS., carta a don Bosco, del 27-VI-1881.

[20] Consignamos aquí tres cartas enviadas por monseñor Inocencio Yéregui a don Bosco, existentes en el ACSS.:

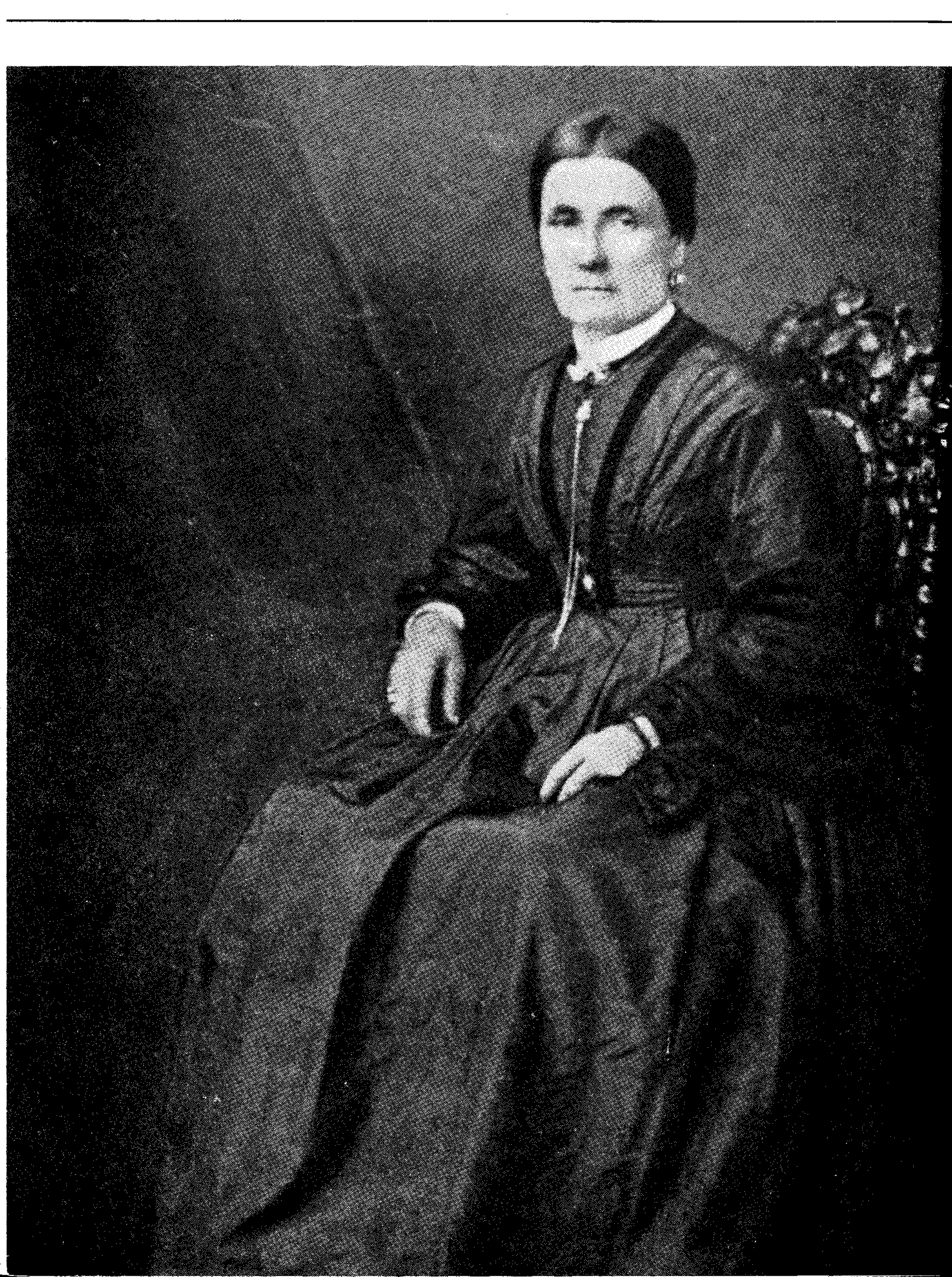
I. — "Montevideo, Agosto 5 de 1881. / Rdo. P. D. Juan Bosco. / Mi respetable y querido Padre: / He recibido la carta que V. R. tuvo a bien escribirme en junio último, mucho lo agradezco, pues tengo de V. R. los más gratos recuerdos y agradecimientos más sinceros. / La muerte de nuestro santo Prelado ha sido un golpe tremendo para esta Diócesis, era él el Padre y centro de todos nosotros; pero la Divina Providencia, esperamos, quiso premiar sus grandes virtudes confesadas, aun por los más grandes amigos de la Iglesia. Jamás

este pueblo presenció un honor tan grande tributado después de la muerte a ningún ciudadano, como el honor que tributó al humilde y celoso Apóstol que evangelizaba a los pobres y consolaba a los afligidos. / Dios nos mirará con compasión ahora que estamos huérfanos. / Yo aunque indignísimo he sido puesto al frente de esta Diócesis hasta que la Santa Sede provea de Pastor a la grey, V. R. ruegue por nosotros, no nos olvide. / La Providencia ha traído aquí sus hijos los Salesianos, ellos hacen gran bien, pero son pocos, aumente, querido Padre, estos celosos ministros que Dios le pagará tanta caridad. / No nos tenga mucho tiempo en ésa al querido P. Lasagna que es el alma del Colegio Pío. / Al P. Cagliero que no se olvide de nosotros pobres huérfanos, más pobres, sin duda, que los hijos de la gran ciudad de Bs. As. / Probablemente, y Dios mediante, recibiré la consagración Episcopal para el 18 de Setbre. próximo, encomiéndeme ese día con especialidad. Tenga la seguridad que los RR. PP. Salesianos y las Hermanas tendrán en mí un amigo y un protector en todo lo que me sea posible. / Dígnese saludar a los RR. PP. que conocí en ésa y reciba V. R. recuerdos de mi hermano y especialmente el sincero aprecio que le profesa este humilde amigo y capn. / INOCENCIO M. YÉREGUI."

II. — "Montevideo, Octubre 18 de 1881. / Rmo. P. Juan B. Bosco. / Mi respetable Padre: / El día 18 de Setiembre próximo pasado recibí la consagración en esta Catedral de manos del Exmo. Sr. Arzobispo de Buenos Ayres. Ya me tiene V. R. con la cruz a cuestas, quiera Dios que sea para su mayor gloria y bien de mi alma, yo confío mucho en las oraciones de las almas buenas y espero que V. R. no me olvidará. / Tuve el gusto de ver en mi consagración al Rmo. P. Costamagna y demás padres Salesianos que pudieron asistir. Aún no ha resuelto Roma quién será el sucesor del llorado y Santo Obispo que perdimos, quiera el Señor que sea un digno Pastor el que venga. Esperamos pronto al P. D. Lasagna y creemos que traerá algunos compañeros para poder hacer en más grande escala el bien en esta querida y desgraciada tierra. Ruegue mucho por nosotros que estamos muy necesitados de buen clero. / En Paysandú siguen haciendo gran bien los Padres encargados de aquella parroquia. / Sírvase recibir esos recuerdos de mi consagración y entregar uno a D. Cagliero, otro al Sr. Cais y otro al querido viejito D. Belasio. / Mil afectos a todos los RR. PP. y pido a V. R. se digne encomendar a S. S. y Affmo. Capellán / † INOCENCIO MARÍA, Obispo de Canopo."

III. — "Montevideo, Abril 24 de 1882. / Rmo. P. D. Juan B. Bosco. / Mi respetable y querido Padre: / Agradezco a V. R. la atenta y para mí tan querida carta de fha. de Dicbre. último, que no contesté porque deseaba hacerlo cuando me recibiese del Obispado; recién he podido hacerlo el día 20 del corriente. / Agradezco sinceramente a V. R. y a las demás personas lo que han hecho por esta Diócesis que el Señor ha confiado a este inútil siervo suyo. Necesito muchísimo de que me encomiende al Señor y a María SSma. con quien V. R. tiene mucho valimiento, para que pueda trabajar por la gloria de Dios; deseos no me faltan, pero sí me falta salud, pídasela si me conviene: se lo ruego encarecidamente. / Los PP. Salesianos pueden contar con mi protección decidida, yo haré por su bien cuanto pueda; estoy muy contento de estos excelentes sacerdotes y confío que seguirán los ejemplos santos de su digno Padre mi respetable y querido D. Juan B. Bosco. / Dígnese saludar en mi nombre a toda esa respetable comunidad, y cuente que aquí seré siempre el amigo fiel de los Salesianos. / Pido sus oraciones y me repito / S. S. y affmo. amigo / † INOCENCIO MARÍA, Obispo de Montevideo."

CAPÍTULO IX



Retorno a Europa

> Y siento que se anuda mi garganta
> al recordar a mi Uruguay querido...
> Y siento que mi lira se agiganta
> al pronunciar su nombre bendecido...
>
> Raúl Montero y Brown, S.D.B.

El 24 de junio, Lasagna arribaba a Marsella.[1] El padre Álbera, su compañero de infancia, nos conserva el recuerdo de un episodio de viaje. Dice textualmente, en la biografía citada:

> Durante la travesía ocurrió algo interesante. Era el único sacerdote a bordo. La sotana no resultaba simpática a muchos. Solicitó permiso al Capitán para celebrar misa en el salón de primera clase, y le fue negado... Pero no perdió las esperanzas... Viajaba con ellos una joven señora española, que por su dinero y belleza era permanentemente cortejada por los viajeros elegantes de primera clase, sobre los que demostraba un mágico ascendiente. En cuanto Lasagna se percató del fenómeno..., estudió la manera de acercársele. Durante los primeros días le fue imposible, porque el mal de mar había recluido a la señora en su cabina; pero un buen día reapareció. Sentada muellemente en una silla de cubierta, pasaba largas horas platicando con su corte de admiradores, entre los que, naturalmente, se encontraba el Capitán del barco.
>
> Lasagna espió el momento oportuno para llamar sobre sí la atención de la dama. Y esa misma noche, cuando vio que estaba por retirarse, fingió encontrarla por casualidad, y la saludó muy gentilmente en castellano, deseándole las buenas noches.
>
> Al día siguiente, pasó de nuevo Lasagna junto al grupo de cortesanos. Algunos lo miraron con cara de pocos amigos. La señora, en cambio, se adelantó a saludarlo con respeto. La operación comenzaba a madurar. Más tarde, al volver a pasar distraídamente junto al conocido círculo, la señora

← Doña Teresa Bianco, madre del padre Luis Lasagna. La foto fue tomada de un cuadernillo de recuerdos del hijo, existente en el archivo del Colegio Pío de Villa Colón.

lo invitó a participar de la reunión. El Capitán, que ocupaba la silla más cercana a la damita, le cedió el asiento al Sacerdote. Éste agradeció la cortesía, y aceptó. Durante la conversación, se mostró grave, modesto y digno: pocas palabras, serias y oportunas. Así fue como dejó magnífica impresión; especialmente, en la señora, que antes de retirarse, en un aparte le preguntó si sentía alguna molestia o alguna pena...

Le confesó Lasagna que la causa de su viaje era su malhadada salud; pero que la pena inmediata que más lo afligía era no poder celebrar misa durante el mes del Sagrado Corazón, y ni siquiera en el día de la fiesta. Añadió que le parecía que si pudiera hacerlo en el salón de primera clase, muchas gentiles señoras habrían de escucharla con satisfacción. Ahí pulsó una cuerda sensibilísima de la dama, que si bien mundana, era muy piadosa, y que frente a las inseguridades del mar, sentía mayor necesidad de ayuda divina.

Ella enseguida se encargó de entrevistar al Capitán, y a semejante intercesora se le concedió fácilmente lo que se le había negado al Sacerdote.

Lasagna tuvo el consuelo de celebrar diariamente su misa, y la señora, con otros viajeros, no faltó un solo día al oficio.[2]

* * *

Una de las mayores preocupaciones que absorbieron los pensamientos de Lasagna antes de su partida, fue la de elegir un suplente. Hacía tiempo que andaba barajando nombres en sus meditaciones y en sus cartas a los Superiores.[3]

Como veremos, pensó siempre que difícilmente su segundo podía ser su suplente. Por eso, al principio pensó en Allavena. Después, le pareció demasiado joven, y nuevo en el Uruguay. Por otra parte, apenas había comenzado a trabajar en Paysandú.

Luego, consideró a Piccono, director de Las Piedras. Pero aparecía un poco lírico, y tenía pocos meses de América: había llegado en febrero del 81, en el *Umberto I*.

Entonces, sus preferencias se inclinaron por Borghino. Además de ser lo mejorcito que había, ya conocía el ambiente. Sus dos primeros años de América los había pasado en el Colegio Pío —el último, de catequista—, y este año de 1881 se había estrenado como vicedirector de Las Piedras. En cuanto el padre Costamagna estuvo de acuerdo, Lasagna partió tranquilamente.

Pero a mediados de junio el padre Costamagna visitó la metrópoli uruguaya, en gira de inspección. Y enseguida aflora-

ron las profundas diferencias de modalidad que separaban a Buenos Aires de Montevideo.

Costamagna escribe en su agenda:

> *Colegio de Colón:* Lo encontré con cincuenta y cinco chicos, muy indisciplinados casi todos. [La crónica trae el nombre de cincuenta y ocho alumnos primarios, y de siete del liceo.] Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para purgarlo.
>
> *Las Piedras:* ... di unos buenos retos en conferencia a las Hermanas... y salí poco satisfecho de aquellas dos Casas de Hermanos y de Hermanas.
>
> ... habiendo salido el P. Lasagna para Europa, a fin de curar su terrible enfermedad, quedaron las Casas de aquella comarca algo descompuestas. Tuve que llamar [el 16 de junio] al P. Piccono, director de Las Piedras,[4] y ponerlo de director interino en el Colegio Colón.
>
> Dejé la Casa de Las Piedras en custodia de Dios y del P. Espíritu Scavini y P. Miguel Borghino, en modo que el primero se ocupase tan sólo de lo material y el segundo atendiera exclusivamente a lo espiritual.
>
> Hice venir de Colón al P. Lorenzo Bacigalupo, para que fuese director interino de la Casa de San Vicente...[5]

Todos estos extractos están adornados por casi dos páginas de tamaño oficio, que no contienen otra cosa que normas disciplinarias.

Luego, tornó a Buenos Aires. Pero —apunta textualmente el padre Vespignani—, "el P. Piccono muy a menudo y en toda ocasión de alguna importancia escribía [al padre Costamagna] solicitando ayuda y consejo".[6]

En agosto, el Superior tornó a Montevideo como un huracán. Depuró el Colegio Pío. Fueron expulsados varios internos, y otros se retiraron... A fines de año, sólo quedaban treinta y dos alumnos, casi todos primarios.

Piccono insistía en que había que cerrar la sección secundaria.

A pesar del gran esfuerzo y duro trabajo de los Salesianos, el descrédito externo se multiplicaba. Y lo más curioso es que si hacemos un prolijo examen de las medidas adoptadas por Costamagna y Piccono, y las comparamos con las disposiciones de Cagliero y de Lasagna, según constan en las crónicas; nos admiraríamos de que ambos equipos exigen casi las mismas cosas, aunque con resultado diverso.

Es cierto que Lasagna practicaba ya entonces una política

de apertura, que no todos podían comprender; pero lo más importante es que Lasagna, si bien corregía los defectos, ponía más énfasis en purificar las causas de la indisciplina y de la irreligiosidad, que en cortar salvajemente los defectos.

Lasagna corregía; pero cuidaba las formas y las maneras... Era amable y cordial; hablaba espléndidamente bien el castellano, y con sus modalidades orientales, era uno de ellos. Sus preocupaciones, más que colectivas, eran personalizadas: más que el éxito visible, perseguía la corrección íntima y privada. No devoraba la educación de la libertad personal, en aras de los prestigios de la autoridad o de la imagen triunfal del Instituto.

Lasagna corregía; pero no se excedía en los procedimientos...

Todas estas conclusiones emergen de un examen comparado de toda la documentación del Colegio Pío, y de la *Cronica abbreviata della Casa Ispettoriale di San Carlo,* escrita por un hombre de la seriedad y ponderación del padre José Vespignani.

En el Colegio Pío IX, de Buenos Aires, se imponían penas disciplinares odiosas,[7] que hacen perfectamente explicable la carta de don Bosco del 10 de agosto de 1885, en la que subraya al padre Costamagna que "quisiera [él mismo] hacer a todos juntos una conferencia sobre el espíritu *salesiano* que debe animar y guiar nuestras acciones y palabras"; y después de enumerar una serie de errores que se están cometiendo en la obra educativa, señala la acción positiva que se debe desarrollar.[8]

Las desventuras de don Piccono y de don Costamagna no acabaron aquí.

El 4 de setiembre fallecía, todavía joven, la gran cooperadora doña Elena Jackson.[9]

Además de ofrecer permanente ayuda económica a Salesianos y Hermanas, doña Elena gastaba su vida apostólicamente. Entre sus benemerencias visibles contaba la de ser la primera traductora al castellano de *El joven instruido,* manual formativo y de oración escrito por el mismo don Bosco.

* * *

Casi al mismo tiempo, recomenzaron los roces y aumentaron los disgustos con la Sociedad de San Vicente. Se trató de solucionarlos, y se encargó al padre Bacigalupo de la dirección del Colegio.[10]

L'Era Italiana, "giornale politico, commerciale, artistico e

letterario", en la edición del domingo 4 de setiembre publicó un *dialoghetto* entre don Giulebbe y don Prodoscimo. Dos columnas y media dedicadas a ridiculizar la relación del viaje del padre Cagliero publicada por el *Boletín Salesiano.* Aunque era éste uno de los tantos insustanciales, pero irónicos diálogos anticlericales sin mayor trascendencia, alarmó desmedidamente, primero, a don Piccono, y luego, al padre Costamagna.[11]

Al poco tiempo, Costamagna visitó a Paysandú. Lo llevó un problema angustioso: el clérigo Nicolás Viceconte, que había recibido la sotana el 11 de abril, mostraba signos de alienación mental. Aprovechó la oportunidad para predicar una pequeña Misión, inspeccionar la marcha de la Casa, y traerse al Clérigo nombrado. Y, de acuerdo con los reglamentos, retiró el dinero que se depositaba en la Casa.

* * *

Todas estas noticias llegaron a Turín en tono de queja. Don Cagliero le escribió al Inspector lamentándose de lo ocurrido. Costamagna contesta el 27 de agosto. Después de alegrarse "por el buen estado de salud del padre Luis", le pide que lo aliente, y que le diga que lo aguardan pronto, que quisieran imitar su celo, y que espera que no hayan llegado hasta él algunas murmuraciones.

"Don Piccono tiene mucho que aprender", afirma, y pasa luego a defenderse por haber retirado dinero de la Casa de Paysandú, y por los cambios de personal realizados.

* * *

El 10 de diciembre fallece en Colón la hermana Angelina Denegri. En una pobre jardinera llevan el féretro hasta Las Piedras, donde lo inhuman.

Por esos mismos días, empiezan a correr rumores alarmantes: en Montevideo renace el cólera.

El año, a pesar de las hermosas distribuciones de premios realizadas en el Colegio Pío y en el de San Vicente —la primera, el 25 de diciembre, presidida por el doctor Mariano Soler—, concluyó con más pena que gloria. Y por muchos años se comentaron sus incidentes, y hasta se entablaron polémicas.

* * *

Mientras tanto, el padre Lasagna no perdía tiempo en Italia. A poco de estar, manifiesta sus propósitos al padre Bonetti:

> Vuelvo para ver a don Bosco y darle cuenta de nuestros trabajos; vuelvo para promover en mayor escala, si cabe, otras empresas y otras Misiones que redunden en beneficio de las almas y de la religión; vuelvo también para ocuparme de mi salud...[12]

Inmediatamente se trasladó al Oratorio. Abrazó a don Bosco, y revivió sus antiguas alegrías. Voló después, a su pueblo, y en Montemagno se repitieron las escenas de ternura con su madre, padrinos y amigos.

Luego, se presentó a los médicos. Lo examinaron, y establecieron la necesidad de intervenir quirúrgicamente; pero decidieron esperar a que pasara la estación de los calores.

Mientras tanto, él aprovechó su tiempo. En julio, ante una indicación de don Bosco, visitó el Observatorio Meteorológico del Colegio Carlos Alberto, de Moncalieri, dirigido por el célebre sacerdote barnabita Francisco Denza.[13] Y le confió una de sus chispeantes ideas: no sólo deseaba establecer un observatorio en el Colegio Pío, de Villa Colón, sino que las Obras Salesianas sudamericanas podían ofrecer las bases de una red de estaciones que cubrieran el área meridional de América.

Denza, entusiasmado, le ofreció toda su colaboración científica y material, y presentó una interesante Memoria en el Tercer Congreso Geográfico de Venecia, en su relación del 2 de noviembre de 1881.

Lasagna adquirió los instrumentos y libros indispensables, y tomó debida nota de las instrucciones surgidas de la ciencia y experiencia del padre Denza; y cuando don Bosco le indicó el nombre de algunos de los salesianos que lo acompañarían en su viaje de regreso a América, envió enseguida al clérigo Domingo Albanello a entrenarse en el manejo de los instrumentos de observación.

Luego, debió someterse a las exigencias de los médicos. Su temperamento no ayudaba mucho a la curación..., pero en los momentos más críticos lo animó un compañero de infancia, el sacerdote salesiano don Luigi Porta. Además, tuvo la satisfacción de ver entre los médicos a uno de sus alumnos de Lanzo.

El 3 de octubre ingresó en el viejo *Ospedale dei Cavalieri di S. Maurizio e Lazzaro,* sito en Piazza Doranea. (En esos días, el 11 de noviembre, ponían la primera piedra del actual, que desde 1884 funciona en el número 46 de via Turati.)

Ocupó la cama 100, y fue sometido a extirpación de tumores hemorroidales. Sufrió muchísimo. Pero el 4 de noviembre pudo abandonar el hospital, definitivamente aliviado.[14]

* * *

Enseguida comenzó a preparar su retorno. Sus conversaciones con los Superiores, la particular situación del Uruguay y las gestiones de los obispos brasileños, dieron su fruto. Y unos días antes de la partida, el 8 de diciembre, el Capítulo Superior extendió el decreto de creación de una nueva inspectoría americana. Dice el documento:

> Nos parece oportuno delante del Señor enviar auxilios y ordenar razonablemente el régimen de toda la región.
>
> Por lo cual juzgamos necesario crear un nuevo inspector para la República del Uruguay y el Brasil..., [separado] del grupo de Casas que pertenecían hasta ahora a la Argentina y regiones cercanas, bajo el cuidado de Santiago Costamagna, sacerdote e hijo carísimo, inspector eficaz de la Provincia Americana.
>
> [Sin embargo], juzgamos y establecemos... que se le prorrogue al padre Santiago Costamagna la facultad de supervisar, de acuerdo con las leyes canónicas..., todas las Casas que en virtud de este decreto entregamos al cuidado del padre Luis Lasagna..., en las que obrará como amigo y consejero, y nada innovará sin nuestro permiso...[15]

[1] ACSS., carta de Lasagna a Cagliero, del 24-VI-81.

[2] P. Albera, *Mons. L. Lasagna...*, cit., págs. 145-146.

[3] ACSS., carta de Lasagna a Cagliero, del 6-II-81.

[4] Crónica del Colegio Pío, 1881, escrita por el padre Piccono.

[5] Arch. Insp. S. Fco. de Sales, *Visitas de los Inspectores.*

[6] J. Vespignani, *Cronica abbreviata...*, cit., pág. 71.

[7] El padre José Vespignani narra, por ejemplo, en *Cronica abbreviata...*, pág. 33: "Certi disordini non si potevano torre, p. e. il fumare, e si giunse a stabilire la pena di 7 giorni a pane ed acqua per togliere questo disordine. (Se si fosse commesso un gran peccato, che penitenza se poteva imporre?) [El paréntesis pertenece al padre Vespignani.] Non era proporzionata l'importanza che si dava alle mancanze; ne il Superiore aveva la soddisfazione di sapere minutamente ciò che passava: vi furono disordini di moralità che gli restarono occulti, e ciò non per cattiva volontà, ma perchè non eravamo sul sistema salesiano".

Cuando en 1880 Bodratto dulcificó la tarifa de penas —se redujo a menos

el número de días de ayuno, y se reservó a algún Superior el derecho de imponerlos—, casi se produjo una huelga de profesores, a pesar de los evidentes perjuicios que engendraba el sistema, y que el padre José enumera a continuación.

[8] En el folleto *Ricordo ai salesiani della Rep. Argentina* (Buenos Aires, 1908), el padre José Vespignani publica la célebre carta de don Bosco. Dice así:

"Caro e sempre amato D. Costamagna: / L'epoca dei nostri Esercizi Spirituali si va avvicinando, ed io che mi vedo in cadente età vorrei potere aver meco tutti i miei figli e le nostre consorelle di America. Ciò non essendo possibile, ho divisato di scrivere a te una lettera che possa a te e ad altri nostri confratelli servire di norma a diventare veri Salesiani nei vostri Esercizi che pure non sono gran fatto dai nostri lontani. / Prima di ogni cosa dobbiamo benedire e ringraziare il Signore, che colla Sapienza e Potenza sua ci ha aiutati a superare molte e gravi difficoltà, che da noi soli ne eravamo incapaci. — *Te Deum, Ave María.* / Dipoi vorrei a tutti fare io stesso una predica, o meglio una conferenza, sullo *spirito salesiano,* che deve animare e guidare le nostre azioni ed ogni nostro discorso. / Il *sistema preventivo* sia proprio di noi. — Non mai castighi penali, non mai parole umilianti, non rimproveri severi in presenza altrui. — Ma nelle classi suoni la parola dolcezza, carità e pazienza. — Non mai parole mordaci, non mai uno schiaffo, grave o leggiero. — Si faccia uso dei castighi negativi, e sempre in modo che coloro che siano avvisati diventino amici nostri più di prima e non partano mai avviliti da noi. / Non si facciano mai mormorazioni contro alle disposizioni dei Superiori, ma siano tollerate le cose che non siano di nostro gusto, o siano penose o spiacenti. — Ogni Salesiano si faccia amico di tutti, non cerchi mai far vendetta, sia facile a perdonare, ma non richiamar le cose già una volta perdonate. — Non siano mai biasimati gli ordini dei Superiori, ed ognuno studi di dare e promuovere il buon esempio. — Si inculchi a tutti e si raccomandi costantemente di promuovere le vocazioni religiose tanto delle Suore come dei Cofratelli. — La dolcezza nel parlare, nell'operare, nell'avvisare guadagna tutto e tutti. / Questa sarebbe la traccia tua e degli altri che avranno parte nella prossima predicazione negli Esercizi. / Dare a tutti molta libertà e confidenza: chi volesse scrivere al suo Superiore, o da lui ricevesse qualche lettera, non sia assolutamente letta da alcuno, ad eccezione che colui che la riceve, tale cosa desiderasse. / Nei punti più difficili io consiglio caldamente gli Ispettori ed i Direttori di fare apposite conferenze: anzi io mi raccomando che D. Vespignani sia bene al chiaro in queste cose e le spieghi ai suoi novizi o candidati colla dovuta prudenza. / Per quanto mi è possibile desidero di lasciare la Congregazione senza imbarazzi. Perciò ho in animo di estabilire un mio Vicario Generale che sia *alter ego* per l'Europa, ed un altro per l'America. Ma a questo riguardo riceverai a suo tempo istruzioni opportune. / È assai opportuno che tu qualche volta lungo l'anno raduni i Direttori della tua Ispettoria per suggerire le norme pratiche qui sopra indicate. — Leggere ed inculcare la lettura e la conoscenza delle nostre regole, specialmente il Capo che parla delle Pratiche di pietà, l'Introduzione che ho fatto alle nostre Regole stesse e le deliberazioni prese nei nostri Capitoli Generali o Particolari. / Tu vedi che le mie parole dimanderebbero molte spiegazioni, ma tu sei certamente in grado di capire ed ove occorra comunicare ai nostri confratelli. — Appena tu possa, presentati a Mons. Arcivescovo, Mons. Espinosa, ai suoi Vic. Generali, Dr. Carranza, Dr. Terrero ed altri amici e farai a tutti e ciascuno umili ed affettuosi ossequi, come se io pensassi ad uno solo. / Dio ti benedica, o caro D. Costamagna, e con te benedica e conservi in buona salute tutti i nostri confratelli e consorelle, e Maria Ausiliatrice vi guidi tutti per la via del Cielo. Amen. / Pregate tutti per me. / Torino, 10 ag. 85. / Vostro aff.mo amico in G. C. / SAC. GIO. BOSCO."

[9] *El Bien,* del 5-IX-1881; *Bollettino Salesiano,* noviembre 1881.

[10] Arch. Insp. S. Fco. de Sales, *Visitas de Inspectores.*

[11] La crónica del *Bollettino Salesiano* tenía el siguiente título: "Relazione del viaggio marittimo di Don Cagliero e Don Piccono, due zelantissimi sacerdoti e degni colleghi del P. Lasagna".
L'Era Italiana, anno III, Nº 604, domenica 4 settembre 1881, en la Biblioteca Nacional de Montevideo.

[12] ACSS., carta a don Bonetti, del 27-VI-81.

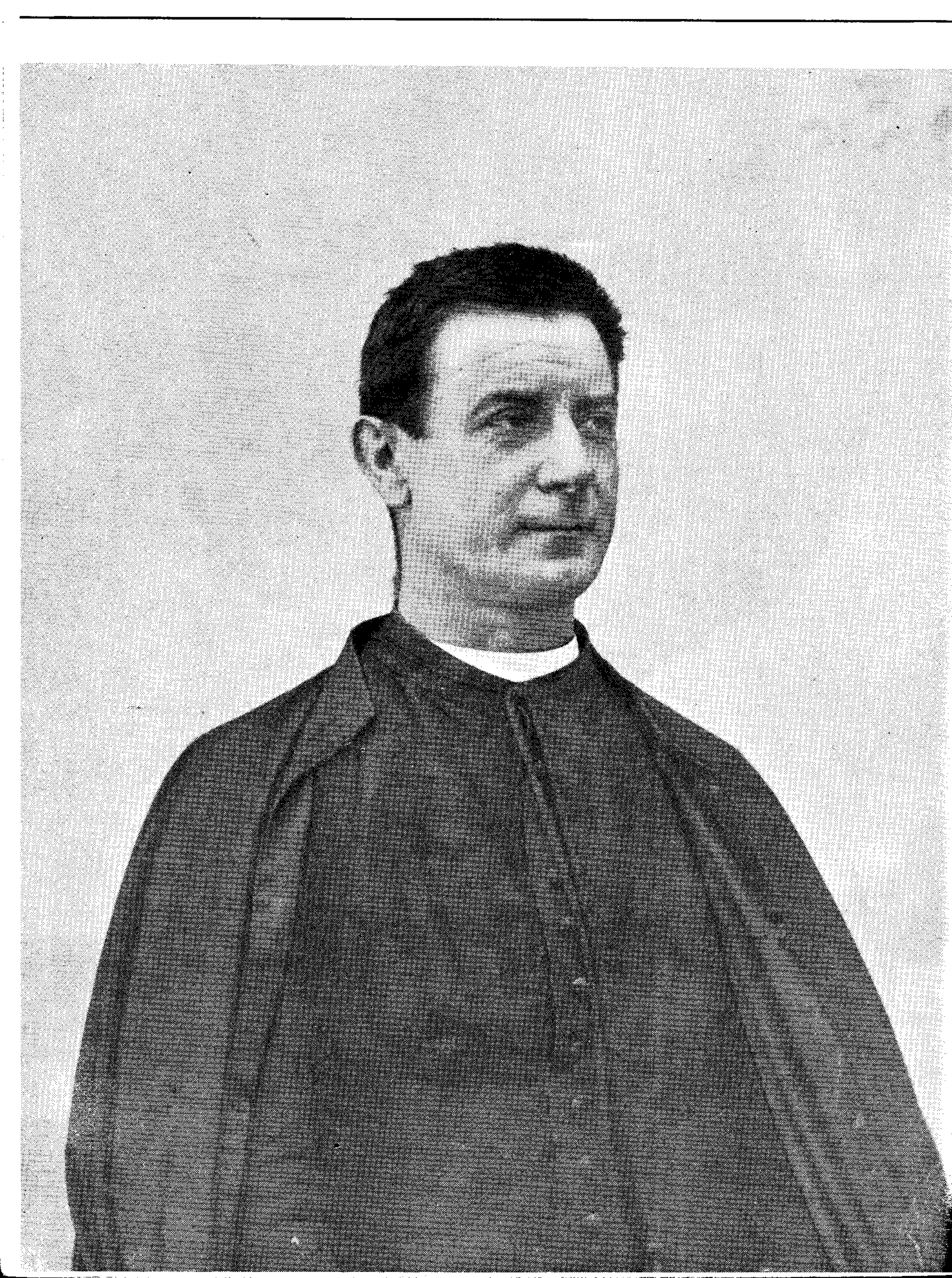
[13] *Bollettino Salesiano,* dicembre 1881.

[14] En el archivo del Ospedale Mauriziano, Via Turati 46, Turín, existe la ficha Nº 1.097, que dice: "Letto 100 / Lasagna Luigi / fu Sebastiano e di Teresa Bianco / anni 31 / Montemagno, Torino / Tumori emorroidali / Ingresso: 3 ottobre / Egresso: 4 novembre / 33 giorni / cura chirurgica / Nell'ospizio a lire 4".

[15] *Memorie biografiche,* cit., vol. XIV, pág. 620. Hé aquí el texto completo del decreto de erección de la nueva Inspectoría:
"DECRETUM — Ad maiorem Dei gloriam et Piae Societatis Salesianae incrementum. / Quandoquidem, Divina Providentia, cui unice Pia Salesiana Societas semper immititur, factum est, ut parvum semen abhinc sex annos in America Meridionali a paucis Sodalibus diligenti industria terrae mandatum in arborem creverit, pro tanto beneficio quam plurimae ex corde sunt nobis Deo Optimo Maximo gratiae agendae. Nunc vero, ne tantis negotiis pro animarum salute distenti nimio curarum pondere opprimantur filii nostri carissimi in illa longinqua regione intolerabile onus sustinere non amplius valeant, opportunum in Domino vissum est eis auxilium mittere et totius regionis regimini congruenti ratione prospicere. Quapropter omnium domorum quae in Respublica Argentina plagisque finitimis sunt cura demandata Iacobo Costamagna, Sacerdoti filio nostro carissimo iampridem provinciae Americanae solerti inspectori, cuius virtutes insignes nobis sunt perspectae, necessarium duximus novum Inspectorem pro Respublica Uruguayensi et Brasiliensi creare, et huic muneri Aloysium Lasagna, Sacerdotem et humaniorum litterarum doctorem praeficere, quem prudentia et pietate ornatum novimus. / Attamen quo melius animorum concordias cuius vi potissimum Societatis bonum augetur, prospiciatur in Domino censemus et statuimus, annuente et adprobante nostro Capitulo Superiore, ut facultas prorogetur Iacobo Costamagna sacerdoti, filio nostro carissimo, invisendi iuxta canonicas leges et nostrae Societatis capitulares praescriptiones, omnes domus quarum curam vi huius decreti Aloysio Lasagna demandavimus; idemque praeesse possit periculis et experimentis quae ab alumnis nostrae Congregationis in philosophiae et theologiae studio fient. In his omnibus ipse aget ut amicus, ut consiliarius, nihilque innovabit nisi ex nostra licentia. / Quae cuncta ut adamussim serventur in Domino, praecipimus. Charitas Dei quotidie augeatur in cordibus nostris, ut animarum saluti iugiter intenti aeternae nostrae incolumitati optime consulere posuimus. / Datum Augustae Taurinorum in die festo Immac. Concept. B. M. V. [8 de diciembre] anno MDCCCLXXXI. / SAC. BOSCO IOANNES."

ACSS.; Arch. Insp. S. Fco. de Sales, Buenos Aires, libro de *Visitas Inspectoriales,* pág. 13 (s/n.).

CAPÍTULO X



Nueva Inspectoría

¿Quién detiene al apóstol en su celo?
En sus sienes fulgura cual cimera
una misión de paz, como si fuera
savia divina que trasforma el suelo.

DR. JERÓNIMO CHIACCHIO BRUNO, S.D.B., *Flores del camino*, soneto "A monseñor Luis Lasagna", pág. 130 (Montevideo, 1938).

NIEVE, FRÍO Y VIENTO orlaron la despedida de la séptima expedición de Misioneros. El 10 de diciembre se reunieron en la basílica de María Auxiliadora de Turín. Los capitaneaba Lasagna. Tras él desfilaron los sacerdotes Lorenzo Giordano y Juan Rossetti; los clérigos Domingo Albanello, Santiago Giovannini, Teodoro Massano y Domingo Zatti, y el coadjutor Domingo Delpiano.[1]

El público colmaba las naves de la iglesia. Después de la lectura de la encíclica del papa León XIII, *Sancta Dei Civitas,* del 3 de diciembre del 80, don Bosco subió al púlpito. Con gran sencillez expuso los trabajos realizados durante el año trascurrido, y finalmente anunció que el padre Luis Lasagna haría una relación edificante de las Misiones de América. Trocaron puestos, y el Misionero americano entretuvo al auditorio con la brillante descripción de las empresas apostólicas de ultramar. Siguió, luego, la bendición de don Bosco, la despedida del pueblo, y la partida en carrozas hacia la estación. De allá viajaron a Marsella. Los acompañaba el padre Lemoyne.[2]

El día 21 se embarcaron en el *France,* de los Trasportes Marítimos, a las órdenes del capitán Romarez, y partieron a las cuatro de la tarde. Hicieron dos escalas: Barcelona, al día siguiente, y San Vicente, en las islas de Cabo Verde, el 31.

Pasaron las fiestas de Navidad y Año Nuevo en el mar, "entre Europa, África y América". Todos los días celebraron misas en el salón de primera. Pero en la festividad navideña, la ce-

— El padre Luis Lasagna. Foto obtenida cuando su viaje a Europa, y conservada en el archivo central de la Sociedad Salesiana de Turín. (Atención del padre Luigi Dotta.)

lebración religiosa adquirió ribetes extraordinarios: los actos se realizaron en cubierta. La oficialidad asistió de gala, y el pasaje, en su totalidad. El coadjutor Delpiano ejecutó algunos motetes, con su espléndida voz baritonal. Lasagna predicó, y arrebató al auditorio.

El día 3, festejos profanos: una serenata, para recibir al nuevo año. Lasagna dio una lección a sus salesianos. "El Director —escribe don Lorenzo Giordano— quiso que tomásemos parte activa también nosotros." Él mismo declamó dos poesías —*Morte del conde Ugolino,* de Dante, y *La bandiera bianca sul ponte di Venezia*—, extraordinariamente aplaudidas; Delpiano interpretó dos romanzas, y Giordano, que se autotitula *pianista de tercera,* ejecutó al piano la marcha de Martinenghi. Al fin, el mismo Lasagna organizó una colecta en favor de un muchacho que había perdido el padre durante la travesía. Conquistaron así una turba de simpatizantes.

Cuando desembarcaron en Montevideo, algunos no terminaban de despedirse, y otros vinieron hasta el Colegio de San Vicente, para saludarlos.[3]

Tenían el propósito de desembarcar en Río de Janeiro, para saludar al Obispo, y conversar con él de los asuntos que los preocupaban; pero los informes sobre la proliferación de la fiebre amarilla los obligaron a cancelar la escala. Lasagna suplió la fallida entrevista con una carta, proemio de toda su labor brasileña.

El 15 atracaban en Montevideo. Eran las ocho de la mañana cuando avistaron la embarcación sanitaria. Y con gran sorpresa divisaron en ella a los padres Gamba, Bacigalupo y Metalli, que venían a darles la bienvenida.

Trasbordaron a un remolcador, personas y bagajes. Y los salesianos traían bastantes. Además de los efectos personales, venían varios cajones con instrumental meteorológico, materiales de física y de fotografía, ornamentos de iglesia y libros.

Del puerto fueron al Colegio de San Vicente, y después del almuerzo, a la Curia eclesiástica. Monseñor Yéregui no estaba; pero los agasajó afectivamente el doctor Soler.

* * *

Lasagna se consagró enseguida al Colegio Pío y a la organización de la nueva Inspectoría.

"En Montevideo —decía la Crónica— parecía a los padres de alumnos que faltando el Director, todo marchaba al revés.

Su ausencia era muy sentida, ya por el aprecio que todos tenían de su saber, ya por el cariño que le tenían los alumnos." Con sólo su presencia, las cosas tomaron buen cariz. Solicitaron matrícula 53 internos y 32 externos.

Se organizaron y completaron los laboratorios de física y de zoología.

Luego, puso mano al ordenamiento del Noviciado de Las Piedras, que en realidad no funcionó con todas las de la ley hasta 1887. Don Juan Jackson compró un terreno contiguo, y don Félix Buxareo, otro, como para sistematizar las comodidades indispensables.

Finalmente, encaró el sueño del observatorio meteorológico, e intensificó el cultivo de la vid y la fabricación de vinos.

El 18 de junio y el 1º de julio de 1895, Lasagna, ya obispo, describe al padre Miguel Rúa los esfuerzos que dedicó a la agricultura y a la meteorología, iniciadas, precisamente, en esos momentos. Así reza la primera misiva:

Villa Colón, 18 de junio de 1895.

Amadísimo Padre:

... No le hablaré de los estudios profundos hechos por nuestro llorado D. Cipriano, ayudado de D. Menichinelli, D. Lino Del Valle [Carvajal] y D. Morandi, sobre la geología y mineralogía del Uruguay. Han formado un hermoso museo mineralógico, y en las excavaciones hechas con buen criterio y paciencia, han descubierto preciosos fósiles antediluvianos, y ágatas y ónices en cantidad. Quiero asimismo hablarle de los esfuerzos hechos en favor de la meteorología y de la agricultura, coronados por un éxito tan brillante, que nos paga con sobreabundancia las incomodidades, las penurias y las luchas soportadas.

Desde el primer día que puse pie en el Uruguay, hice el propósito de producir vino yo mismo; al menos, para uso de la santa misa, porque el vino que se compraba en las bodegas me parecía una mezcolanza de drogas y menjurjes. Comencé por servirme de la uva indígena de los jardines, que, siendo muy aguachenta y de mala calidad, no podía ciertamente darme vino bueno. Pero yo lo ayudaba con uva pasa venida de Europa, y que añadía —machacada— al mosto en el momento de la fermentación; y comencé así a obtener un pequeño triunfo, al fabricar un vino bastante agradable, y lo que más importa, legítimo y apto para el santo sacrificio de la misa. Después me di a buscar, entre quienes poseían alguna vid rara, sarmientos cabezudos para mi vivero. Hícelos traer de Italia, y el buen caballero Ri-

netti me envió, él solo, desde Montemagno, en dos veces, más de veinte variedades; a fuerza de ensayos, obtuvimos finalmente excelentes variedades de uva, algunas de las cuales, encontrando aptos suelo y clima, dan ahora fruto exorbitante. ¡Imagínese que plantecitas bajas de *nebiolo, crovetto* y *dolcetto,* y aun más las francesas de Cavernais y Bourgogne, cultivadas con el sistema Guiot, nos dan un promedio de catorce a dieciséis kilos de uva cada una! Era un espectáculo maravilloso, y muchísimos señores venían de propósito a nuestro Colegio, para admirar la estupenda producción de uva.

El vino resultó excelente, como lo prueban las medallas obtenidas en las exposiciones de Génova, Chicago y Montevideo.[4] Desde hace años, somos nosotros quienes proveemos el vino de misa a la mayor parte de las iglesias de la República, aun a las más apartadas.

Pero lo que yo tomaba más a pecho era el dar trabajo y honrosa ganancia a nuestros conterráneos emigrados. A los que ya poseían un trozo de tierra, yo mismo di gratuitamente vides, instrucciones y aliento, y así vi surgir en torno nuestro los hermosos viñedos de Saettone, Rocca y Pastorino; y la cosa cobró tal importancia, que este último, por ejemplo, desde varios años atrás llegaba a vender 50.000 liras y más de uva en cada vendimia.

Hasta de San Nicolás hice venir a nuestros queridos cooperadores, los hermanos Montaldo, y también a ellos les di vides e instrucciones, y ahora de sus viñedos hacen más de 1.000 hectolitros de vino por año.

Y no me contenté con esto. Traté de despertar entusiasmo entre los ricos del país; y como ellos entendían poco y nada de este cultivo, yo les ofrecía buenas familias italianas como medianeros, con contratos ventajosos para ambas partes; y para quitar mutuas desconfianzas y temores, yo mismo —de mi puño y letra— redactaba los contratos, y se los daba para que firmasen, firmando yo también como garantía de la recíproca buena fe; y así obtuvo que fuese confiada a nuestros conterráneos la formación de los estupendos viñedos de los abogados Artagaveitía, Gallinal, Arocena, y de los señores Podestá, Lavalle, Horten, Sienra, Echeverría y cien más, con inmenso provecho de nuestros pobres emigrados y de los propietarios de aquí, que están ahora contentísimos y extienden en gran escala el cultivo de la vid, tanto que hay ya varios viñedos que dan una cosecha de 30, 50 y hasta 100.000 Mg. de uva por año.

Quince días después —monseñor Lasagna ya se sentía venir a menos— escribe con igual destino una *promemoria* sobre la creación del observatorio meteorológico, que dice:

Villa Colón, 1º de julio de 1895.

Amadísimo Padre:

Recordará bien que en el Congreso Geográfico reunido en Venecia el año 1880 [en rigor, 1881] bajo la presidencia del célebre Fernando de Lesseps, se había aprobado unánimemente una moción que a nosotros se refería, aquella en efecto de dirigirse a D. Bosco a fin de que animase a sus Hijos misioneros a estudiar las condiciones meteorológicas de la América del Sur, y especialmente los fenómenos que se desarrollan en la parte más meridional, desde el río de la Plata hasta el estrecho de Magallanes y el cabo de Hornos; porque de allá parten tormentas y huracanes terribles, que luego influyen sobre el estado general de la atmósfera.

El llorado y docto padre Denza fue el promotor de semejante propuesta; y habiéndose presentado después a nuestro venerado don Bosco, obtuvo amistosos recibimientos y consoladoras promesas. En efecto, habiendo retornado yo poco después a Italia, el año 1881, recibí de nuestro venerado Padre el encargo y casi diría la orden de lanzarme de veras a la empresa, que yo abracé con ardor. [Históricamente, primero fue a Italia, y luego ocurrió el Congreso.] Mandé enseguida a nuestro misionero D. Albanello al Observatorio de Moncalieri, para tomar conocimiento práctico de la ciencia y de los instrumentos de meteorología; luego, a cuenta de la Misión, proveí cuanto era necesario para un observatorio meteorológico de primer orden; y apenas vuelto a Villa Colón, hice construir una torre, y allí instalé el Observatorio.

No olvidaré jamás la solemne inauguración que hicimos el 7 de mayo de 1882.[5] En aquellos días estaba de paso en Montevideo S. Excia. D. Mario Mocenni, distinguidísimo Prelado, actualmente Cardenal de la Santa Iglesia, y entonces internuncio en el Brasil. A él, como representante del Papa, gran promotor de los estudios científicos, nosotros dedicamos aquel acto solemne. Acudieron invitados el Obispo de Montevideo, mucho clero y las más distinguidas notabilidades civiles y políticas de esta República.

En la misma forma y por estímulo de don Bosco, también monseñor Cagliero fundaba más tarde su Observatorio en la Patagonia, sobre el río Negro; monseñor Fagnano, el de Punta Arenas, en el estrecho de Magallanes; don Tomatis, el de San Nicolás de los Arroyos; más tarde nosotros fundamos también el de Paysandú y el de otras estaciones menores. Y así abrazamos en nuestra red, toda esta inmensa zona, desde el grado 30 de latitud sur a la punta extrema de la América meridional.

Es cierto que algunos de estos Observatorios fueron

cediendo algo, al paso de las dificultades; pero el nuestro de Colón se mantuvo siempre firme, contra viento y marea. ¡Y eso que hemos trabajado como buenos, y sufrido como el que más!

Pero, a fuerza de constancia, se ha llegado finalmente a recoger frutos copiosos de excelente resultado y de triunfos consoladores.

Y debo confesar que éstos son debidos en gran parte a la perspicacia y al talento de nuestro listo salesiano don Luis Morandi, que desde ha cerca de diez años dirige los trabajos del Observatorio del Colegio Pío.[6] Cada mes se publica un *Boletín Meteorológico* en lengua española, en el cual, además de los datos minuciosos de las observaciones realizadas, se tratan cuestiones científicas de gran importancia; y es distribuido a todos los Observatorios y centros científicos más importantes del mundo entero.

Don Morandi ha recogido y revisado con paciencia y sagacidad asaz rara, los datos obtenidos desde la fundación de nuestro Observatorio y otros muy escasos de los archivos del Estado, y consiguió publicar una *Monografía* sobre las lluvias en la República del Uruguay, llegando a establecer la periodicidad de cuatro grandes temporales que cada año se desencadenan sobre estas tierras en época fija. Tanto que el ingeniero y astrónomo Carlos Honoré ha hecho de ella grandes elogios en la prensa diaria, y ha bautizado este fenómeno popularizándolo en forma de proverbio con el nombre de Ley Morandi.

Igualmente se han hecho estudios especiales sobre los grandes ciclones que de vez en cuando nos asaltan, destrozando sembrados, desarraigando árboles, destruyendo edificios, combatiendo y echando a pique las embarcaciones y las naves del puerto. Y don Morandi fue tan feliz en sus estudios, que la mayoría de las veces logró prever muchas horas antes de desencadenarse los dichos huracanes, y dio de ellos aviso a tiempo a las autoridades del puerto de Montevideo, de tal manera que éstas, alzando la bandera de peligro, pudieron impedir naufragios y desgracias incalculables.

Movido así por tan importantes servicios recibidos, el señor coronel Dupuis, comandante del puerto de Montevideo, nos ha enviado una nota oficial, que él mismo hizo publicar después en todos los diarios de la capital, dirigiendo al Observatorio elogios y agradecimientos calurosos, por haber salvado la vida y los intereses de tantos marinos con las oportunas previsiones de las tempestades. Y de cuando en cuando, aparecen también ahora en los diarios repetidos encomios por hechos similares, y el mismo doctísimo obis-

po de Montevideo, monseñor Soler, escribió repetidas veces a don Morandi, congratulándose con él, y no hace mucho que en un hermoso documento lo llamaba *Profeta de la Ciencia.*

La cosa llegó a tal punto que, por tener con mayor prontitud nuestros avisos, el Gobierno ha hecho construir para el caso una línea telefónica de 10 km. que une a nuestro Observatorio con el Palacio del Correo de la capital.

Y esto nos ocasiona grandes trabajos y no pequeñas preocupaciones, pues por poco que amenace el tiempo, las embarcaciones no quieren zarpar sin oír antes el parecer de nuestro Observatorio.

En el pasado mes de abril se inauguró aquí en Montevideo una Exposición Agrícola, y se aprovechó la ocasión para reunir también un Congreso de Agricultura, al cual fueron invitados los hombres más conspicuos del Estado por su saber y posición. Y en aquel conjunto de doctos y de industriales, la única sotana que aparecía era la del salesiano don Morandi, que, nombrado miembro de tres secciones distintas y relator de dos, tuvo oportunidad de desplegar su actividad y su saber, brindando así su concurso para resolver cuestiones importantísimas, no solamente en la esfera de las ciencias, sino también de la moral, como aquella que se debatió y se venció, sobre la reforma de la instrucción y la educación que debían impartirse a la juventud del campo.

Se obtuvo también que se votase la creación de una vasta red de estaciones meteorológicas ligadas, como dependientes, a un Observatorio Central.

En dicha Exposición nosotros hemos presentado una magnífica muestra de varios tipos de vinos y fueron premiados con medalla, y nuestro don Domingo Zatti obtuvo él solo cuatro medallas, por miel, colmenas de un sistema nuevo y ventajoso, un aparato para desopercular los panales y un extractor de miel; y además, por un licor llamado *eucaliptina,* combinado con esencia de eucalipto, que aquí los tenemos gigantescos y a millares en los contornos.

Usted comprende muy bien, amadísimo Padre, que además del bien real que se hace a la ciencia en general y a esta población en particular, con tales estudios, tenemos también por mira la de desbaratar el manido prejuicio, tan difundido aquí en América por obra de la masonería, de que los sacerdotes somos retrógrados, que la religión es enemiga de la ciencia y del progreso, que la fe corta las alas al genio y es inconciliable con la civilización. Cosas cantadas en todos los tonos por la prensa sectaria y por las novelas y libracos de sabihondos del siglo, pero que ante la

evidencia de los hechos, se diluyen como niebla a los rayos del Sol.

Por lo cual, también usted se alegrará, al saber que sus Hijos, mientras buscan dilatar el reino de Jesucristo entre los salvajes, no descuidan detalle entre la población de estas jóvenes Repúblicas para tener alta la Cruz, para hacerla amar por los grandes y los pequeños, como símbolo del verdadero progreso y de la verdadera civilización.

Don Vespignani hace ya construir un buen Observatorio en Buenos Aires, y nosotros aquí esperamos, dentro de poco, agregar a la parte meteorológica, sísmica, magnética y eléctrica, también la parte astronómica, y de este modo realizar trabajos de tal importancia que honren altamente a nuestra Congregación, y a la patria lejana, hacia la cual tenemos siempre vueltos la mente y el corazón.

Su afectísimo Hijo,

† LUIS
Ob. tit. de Trípoli

* * *

Todavía en 1881 lo afectaron algunos acontecimientos dolorosos. En primer lugar, la segunda polémica con Francisco A. Berra, de la que ya hemos tratado en el capítulo V, y luego, el incendio del altar mayor de la iglesia de Paysandú.

El 26 de marzo, cuando ya casi se cumplía un año de la entrada de los Salesianos en Paysandú, a las dos de la madrugada un sereno dio el grito de alarma.

Por las ventanas de la iglesia brotaban nubarrones de humo. Se había incendiado el altar mayor, pieza valiosa de madera labrada.

Limitado el siniestro por la intervención de todos los vecinos, quedó en el ánimo de los salesianos la emoción del susto y la tristeza del desastre. Se necesitaba demasiado dinero para reparar tanto daño.

Lasagna quedó un instante perplejo ante la noticia: todas las obras de Paysandú parecían frenarse.

Pero pronto se reanimó: entre fieles y Municipio, Paysandú restauró solo sus heridas, y todo siguió adelante, y con tanto entusiasmo, que luego se echaron las bases del colegio, se edificaron las aulas, y el año escolar de 1884 contó con un nuevo establecimiento educativo: el Colegio de Nuestra Señora del Carmen.[7]

[1] En la lista oficial de la séptima expedición misionera —existente en el Archivo Central Salesiano de Turín— figuran, además, Miguel Foglino y José Quaranta, venidos anteriormente.

[2] *Bollettino Salesiano,* gennaio 1882.

[3] *Bollettino Salesiano,* aprile 1882: Carta de don Lorenzo Giordano.

[4] En el museo del Colegio Pío existe un diploma otorgado a los vinos del Colegio en la Exposición de Chicago de 1892.

[5] Trascribimos el texto íntegro del acta labrada con motivo de la inauguración del Observatorio:

"Hoy, día 7 de Mayo de 1882, a las tres de la tarde, a la presencia de S. S. Ilustrísima Monseñor D. Inocencio María Yéregui, Obispo de Montevideo, y del Excelentísimo Monseñor Mario Mocenni, Arzobispo de Heliópolis e Internuncio de la Santa Sede acerca del Imperial Gobierno del Brasil, y de muchas otras personas distinguidísimas de la República Oriental del Uruguay, y del Comandante de la Estación Naval de Italia, el Director del Colegio Pío, Doctor D. Luis Lasagna, solemnemente declara inaugurado el Observatorio Meteorológico Central del Colegio Pío de Villa Colón, acto que dedica a Monseñor Inocencio María Yéregui. / En esta solemne circunstancia todos los señores presentes declaran apreciar altamente y en toda su importancia el voto emitido por el tercer Congreso Geográfico Internacional de Venecia, el cual invocaba el apoyo de todas las personas inteligentes para establecer una red de Observatorios Meteorológicos en la América del Sur y especialmente a lo largo de las costas del Océano Atlántico, cuyos trabajos deberán tener un resultado eminentemente benéfico, no sólo para la ciencia en general, sino para la navegación, comercio y agricultura de estos países. / Dios quiera que los solemnes y augustos auspicios, bajo los cuales se inaugura el nuevo Observatorio, sean una prenda del feliz éxito que han de tener sus difíciles tareas científicas y del valioso concurso que debe prestar en el descubrimiento y estudio fructuoso de las leyes físicas, a las que Dios ha sometido el globo que sustenta las humanas generaciones en nuestra carrera mortal. / Para eterna memoria, pues, del presente acto y en testimonio de los sincerísimos votos que todos hacen para el progreso de la ciencia meteorológica en estos países, pasan a firmar los ilustres personajes que han honrado con su presencia tan importante solemnidad. / † *Mario,* Arzobispo de Heliópolis, Internuncio Apostólico en el Imperio del Brasil. / † *Inocencio María,* Obispo de Montevideo. / *P. Fray Vito Ángel de Gioya,* Vicesuperior, Capuchino. / *P. Adriano Felici,* Camarero Secreto de Su Santidad. Srio. de la Nunciatura del Brasil. / *P. Enrique M. Cappelletti.* / *P. Ricardo Isasa.* / *Joaquín Requena.* / *Emiliano Ponce de León.* / *Pedro L. Lenguas.* / *Aurelio Fynn.* / *Emilio Loza.* / *Fermín C. Yéregui.* / *Alberto Heber Jackson.* / *Manuel G. y Pérez.* / *Domingo Olarte.* / *C. Uriarte.* / *P. Nicolás Luquese.* / *Juan Zorrilla de San Martín.* / *Francisco García y Santos.* / *L. Vázquez.* / *Enrique Fynn.* / *Henrique Algorta y Villa de Moros.* / *Juan M. O'Neill.* / *Santiago Isasa.* / *Ramón L. Barbot.* / *Pedro L. Bottaro Schenone.* / *Juan B. Estenez.* / *Luis P. Lenguas.* / *Luis Lasagna,* Director del Colegio Pío."

[6] Don Luis Morandi, eterno clérigo, nunca llegó al sacerdocio. Excelente meteorólogo y matemático, atendió eficazmente y por muchos años el Observatorio. Al desaparecer monseñor Lasagna, se sintió, con razón o sin ella, postergado, y algunos años después salió de la Congregación Salesiana, y prosiguió sus trabajos científicos.

[7] Crónicas de Paysandú y del Colegio Pío.

CAPÍTULO XI



Brasil

Eis os nomes que assinalam
minha terra, sempre em flor:
São três nomes que me falam
de beleza, fé e amor.

Pindorama! és meu encanto!
Santa Cruz! és minha fé!
O Brasil! eu te amo tanto,
que por ti morrera até.

DOM FRANCISCO AQUINO CORREA, S.D.B.,
Arcebispo de Cuiabá,
da Academia Brasileira de Letras:
Nova et vetera, versos
(Imprensa Nacional, Rio de Janeiro, 1947).

¡EL IMPERIO DEL BRASIL! Un *continente* diecisiete veces más extenso que España... ¡Casi la mitad de Sudamérica! Un coloso sembrado de contrastes, una enorme caja de sorpresas...

Sus 8.500.000 kilómetros cuadrados de tierra se reparten entre la costa del mar, la montaña, la selva, la meseta y el pantano: desde la templada zona *gaúcha* del Río Grande, con inviernos nevados en la montaña, hasta la cuenca húmeda y abrasadoramente cálida del Amazonas; y desde las arenas de oro y plata del Atlántico, engarzadas en puertos de encanto, y su orla de palmeras, hasta los pantanales del río Paraguay y del Mato Grosso; por las depresiones de sus ríos inconmensurables, por el altiplano, por las selvas y espesuras lujuriantes, por las cumbres del Espinhaço, de la Sierra do Mar o de Mantiqueira...[1]

* * *

En los años de 1880, manejaba las riendas de un Imperio de casi 15.000.000 de habitantes el cincuentón don Pedro de Alcántara, segundo emperador de ese nombre. Desde los cinco años de edad —Pedro I abdicó el 7 de marzo de 1831—, ocupaba el trono de un país que su padre había declarado independiente

1 Monseñor Pedro María Lacerda, obispo de Río de Janeiro. La foto, según consta en la Crónica del Colegio Pío, fue tomada para la fecha del cumpleaños del Obispo (31-I-1888).

de la corona de Portugal en 1822. Y con entusiasmos de joven bachiller lo embarcaba en una empresa de progreso a la europea, que repugnaba a los viejos *capitanes mayores,* detentores del poder. Vegetaban éstos en los esquemas de una sociedad semifeudal, regida por un sistema de patriarcas. Estos señores paternales de un mundo de esclavos negros y blancos, temían azorados que los nuevos dirigentes de bancos y máquinas, que prometían métodos e inmigración europeos, turbaran la paz del *status* colonial.

Desde 1869, los aislacionistas contaban accidentalmente con un aliado advenedizo: la *fiebre amarilla.* Su fantasma pavoroso los protegía del aluvión migratorio. Pero la invasión era irrefrenable: había comenzado con un promedio de 21.000 personas por año, y en 1887 ingresaban al Imperio hasta 92.000 italianos...

Así era como los 9.930.478 habitantes señalados por el censo de 1872, para 1888 se habían convertido, por efectos del crecimiento vegetativo y de la inmigración, en 14.002.335. De éstos, sólo poco más de una tercera parte eran blancos. A otro tanto alcanzaban los mestizos y mulatos. Y un sexto de la población eran esclavos. Los indios se calculaban en 600.000.

El alud demográfico venía precedido y acompañado por una torrencial creciente ideológica liberal. Nacida en las propias entrañas del país, hacía temblar a las viejas estructuras.

El 28 de setiembre de 1871, la princesa Isabel —regente del Imperio en ausencia de su padre, don Pedro II— promulgó la ley de libertad de vientres. El 13 de mayo del 88 coronaba su obra con la total abolición de la esclavitud. Esta última medida —llamada con razón *ley áurea*— llevaba el número 3.353. Valió a la Regente, por una parte, la veneración del pueblo, que la aclamó *Redentora,* a lo que se sumó la admiración y respeto del mundo, manifestado en distinciones universales, como la *Rosa de Oro* concedida por León XIII. Por otra —según la opinión profética del ex primer ministro, Barón de Cotegipe—, le acarreó la pérdida de la corona.

Narra Bautista Pereira que cuando Isabel comunicó a Cotegipe que el nuevo ministerio de João Alfredo promulgaría la ley abolicionista, el Barón respondió con acento sibilino:

—Alteza, a mí me queda esto... —y señalaba a la puerta—, y a vos, aquello... —y apuntaba al muelle del puerto.

* * *

En esta sociedad de escasísima clase media, el bajo pueblo era simple, bueno, pobre, sufrido y piadoso. Hablaba siempre con

diminutivos. Sentía atracción irresistible por el color y por el fuego. Las plazas, campos y playas, todavía hoy —principalmente, en los meses de junio y julio— se encienden en hogueras nocturnas, rodeadas de sombras contemplativas. Los cielos se tachonan de *balones* inflamados...

Las calles ciudadanas, invadidas de mendigos y lisiados; los esclavos fugados, guarecidos en refugios comunes; el analfabetismo endémico, la falta de calificación operaria, y otros ingredientes, componían un fermento social de imprevisibles consecuencias.

Los ritos africanos, con la magia de su ritmo, su misterio y su dedicación vital, inundaron casi todos los rincones de la vida popular, y hasta treparon a los santuarios de las clases sociales privilegiadas. Los Orixás y sus fetiches se mimetizaron en imágenes de Santos. A veces, san Antonio, el *teniente coronel* de los ejércitos brasileños, ocupó el trono del dios de la guerra, y san Lázaro, el del dios de la peste. La Concepción se volvió la diosa de las aguas, y santa Bárbara, de los vientos...[2] Las *figas* o amuletos se mezclaron indistintamente con los símbolos cristianos.

Valdría la pena examinar seriamente por qué el católico no logró obtener el dominio de este auténtico folklore, que hoy es manejado ampliamente por el espiritismo, en casi todas las manifestaciones de la *macumba* y del *candomblé.*

Las diferencias sociales y raciales, aun en lo religioso, concentraban a negros y mulatos en las abarrotadas iglesias de Nuestra Señora del Rosario, de San Gonzalo o de San *Benedito* (san Benito de Palermo).[3]

* * *

La grandeza económica imperial reposaba principalmente en la producción masiva del café y del azúcar. Pero no quedaba muy a la zaga una deslumbrante producción minera —hierro, oro, diamantes...—, los bosques, el ganado, las frutas, las pasturas, el algodón...

Los enormes cafetales de la *Bajada Fluminense* cubrían el valle del Paraíba. Pero, a pesar de ser atendidos por la mano de obra barata de los esclavos, y contar con una línea férrea —que la cruzaba en toda su extensión, y unía la Corte con San Pablo—, comenzaba a sufrir la competencia económica paulistana, zona donde se concentraba la mayor parte del esfuerzo del inmigrante europeo.

Desde la promulgación, por decreto 641, de la ley de concesión de ferrocarriles del 26 de junio de 1852, hasta la fecha, el riel crecía sin cesar. Gracias, principalmente, al empuje de don Ireneo Evangelista de Souza, visconde de Mauá, se habían cubierto ya unos 20.000 kilómetros de recorrido: San Pablo - Río, Santos - Jundaí, Río - Minas y Espíritu Santo, Recife - Palmares, etcétera.

Santos se había convertido en el gran puerto mundial del café. A sus playas afluían misiones económicas de los principales países de la Tierra.

La revista londinense *Financial News*, en el número de diciembre de 1888, estudia y vaticina el progreso y la hegemonía económica paulista en el Brasil y en Sudamérica.

En 1889, unos quince Bancos operaban en San Pablo y en Río de Janeiro, y otros tantos, en las demás provincias del Imperio. Una libra esterlina de veinte chelines equivalía a casi nueve milreis, y el franco francés y la lira rondaban el valor de un tercio de milreis.[4]

* * *

Durante el año 1882, funcionaban en todo el Imperio 831 escuelas primarias, totalmente gratuitas. Pero sólo contaban con una asistencia de 27.632 alumnos; ínfima parte, por cierto, de la población en edad escolar. Raleaban los establecimientos de segunda enseñanza. El más famoso era el Colegio Pedro II, de Río de Janeiro. La enseñanza superior, concentrada en manos del Estado, se impartía en escuelas y facultades instaladas en Bahía, San Pablo y Río. En esos viveros germinaban las camadas de la nueva clase dirigente del Imperio.

Las obras de protección de la infancia desvalida atendían a unos dos mil alumnos, albergados en veinte establecimientos, y mantenidos, en gran parte, por la actividad privada o por la caridad de la Casa Imperial.

Un viajero, el Conde de Hübner, dejó escrito en 1882: "*... le Brésil est, avant tout, un pays charitable*".

* * *

La grey católica estaba regida por once obispados, todos sufragáneos, desde 1676, de la sede metropolitana de Bahía. Los once obispados y el Arzobispo estaban sometidos en su elección y desenvolvimiento, a la tutela de un rígido patronato estatal, establecido por la Constitución.[5]

La carencia de sacerdotes ponía muchas iglesias en manos de Hermandades —en Bahía excedían éstas el centenar—, y estaban casi totalmente dominadas por la masonería. El cuadro se oscurecía con la falta de seminaristas, a la que debía sumarse la agonía de las viejas Órdenes religiosas, muchas de ellas desubicadas, enriquecidas, corrompidas y politizadas.[6]

Por otra parte, las relaciones entre la Iglesia y el Estado no eran brillantes, ni mucho menos. Ya en 1833 habían brotado conflictos, al no lograrse el *plácet* para la encíclica *Mirari vos* y las cartas apostólicas del jubileo universal enviadas por el papa Gregorio XVI.[7]

En el trienio que sigue a 1872, se desarrollaron una porretada de choques entre ambas potestades, conjunto de luchas tradicionalmente denominado la *cuestión religiosa.*

* * *

Durante la infancia de don Pedro, la Regencia había producido y sufrido algunas rozaduras con la Santa Sede, por causa de la nominación de algún obispo. Pero ahora, prosperaba notoriamente en las Cámaras imperiales el tratamiento preferencial de leyes sobre la libertad de cultos, las corporaciones o entidades religiosas y de *mano muerta,* el matrimonio civil, la secularización de los cementerios y otros temas críticos, entonces muy sensibles para las autoridades eclesiásticas.

Ciertos sectores auspiciaban medidas aun más radicales: la separación de la Iglesia y el Estado, la proscripción de los Jesuitas, la emancipación de los seminaristas del *despotismo* de los obispos, y otras disposiciones anticlericales.[8]

La masonería, cada día más combativa, inundaba poco a poco todos los estratos sociales; en especial, los gubernativos. Algunos miembros del clero se le adherían, mientras que otros, los más, la hostilizaban.

Los obispos se sentían incapaces de defender eficazmente los derechos de la Iglesia.

El Internuncio debía hacer malabarismos para que muchos de ellos retiraran sus renuncias, y otros aceptaran el cargo.[9]

La masonería estaba dividida en dos facciones. Y aunque la secesión nació con motivo de un robo de fondos, ahora obedecía a móviles políticos.

Los *monárquicos* tenían por gran maestre al Vizconde do Rio Branco, y se reunían en un local de la calle Valhe do Lavradio. Los *republicanos* obedecían al abogado Saldanha Marinho —pe-

riodísticamente, *Ganganelli*—, y funcionaban en la calle de los Benedictinos. Las logias tomaron poco a poco el nombre de las calles de la propia sede.

Así las cosas, el 3 de marzo de 1872, el *Grão Oriente do Valhe do Lavradio* dedicó un homenaje al vizconde do Rio Branco, don José María da Silva Paranhos, con ocasión de la ley de libertad de vientres. El discurso conmemorativo correspondió a un disoluto cura portugués, de apellido Almeida Martins.

Los diarios publicaron muchos de sus párrafos virulentos. Los católicos reaccionaron de igual forma contra las afirmaciones de Almeida, y el obispo de la Corte, monseñor Lacerda, lo suspendió *a divinis*.

La masonería se puso en pie de guerra. Las facciones olvidaron sus diferencias, y se estableció la unión materializada en el *Grão Oriente do Brasil*, que eligió gran maestre al citado Vizconde, presidente del Consejo de Ministros, y ministro, a su vez, de Finanzas.[10]

La prensa sectaria glorificó al perseguido hermano Almeida Martins.

Las escaramuzas se multiplicaron doquier, hasta que el foco de la discordia se concentró en el Obispado de Olinda —hoy, Olinda - Recife—, en Pernambuco.

* * *

Los comienzos del alud fueron insignificantes. El 27 de junio de 1872, una hoja masónica de Recife invitaba a sus cofrades a una misa en la iglesia de San Pedro, para celebrar el aniversario de la fundación de la Hermandad.

Ocupaba a la sazón la sede episcopal un capuchino de veintiocho años de edad: fray Vital María Gonçalves de Oliveira. Acababa de ser consagrado obispo en San Pablo. Tomó posesión de su cátedra el 22 de mayo, y tuvo que enfrentar enseguida el problema.

Abroquelado en las disposiciones de la encíclica *Quanta cura*, de Pío IX, y del Syllabus de 1864,[11] prohibió al sacerdote elegido por la logia rezar la misa aniversaria. Y la guerra quedó virtualmente declarada.

Los masones, para demostrar que no combatían a la religión, hicieron hincapié en su estatuto, que llamaban *compromiso*, y luego publicaron la lista de *hermanos* pertenecientes al clero y a las Hermandades. El Obispo intimó a los sacerdotes y a las Hermandades implicadas, bajo pena de expulsión, a que abjurasen de la masonería. Los sacerdotes, en general, obedecie-

ron..., aunque algunos, de muy mala gana. Las Hermandades, en cambio, se rebelaron, y se negaron a despedir a los que no renunciaran. Afirmaban que la masonería brasileña no estaba condenada, porque los decretos pontificios no tenían valor sin el *plácet* imperial.

El Obispo se atuvo al derecho en vigencia. Les hizo tres exhortaciones canónicas, y luego aplicó el entredicho a los renuentes.

Estallaron reacciones en el clero, protestas populares, asaltos en masa a la casa de los Jesuitas, al Colegio de las Doroteas y al diario católico *União;* proliferaron las amenazas personales al Obispo, la quemazón de retratos de Pío IX, y otra cadena de violencias.

Fray Vital, impávido, rehúsa cortésmente la escolta policial que le ofrece el Gobierno, y mantiene su resolución con firmeza. Una parte del pueblo lo apoya. Él, con ardor juvenil, sigue distribuyendo sanciones.

Las Cámaras legislativas hierven con los agresivos discursos de Saldanha Marinho, y las réplicas de Tarquinio de Souza y de Leandro Bezerra.

Los masones monárquicos temen que los republicanos aprovechen la coyuntura. Y tratan de negociar con el Internuncio. Fray Vital no acepta componendas. Prefiere dimitir.

La Confraternidad del Santísimo Sacramento interpone recurso ante el Consejo de Estado.

Entonces, en 12 de junio, interviene el Gobierno, y el Ministro del Imperio conmina al Obispo para que en el plazo de un mes levante el interdicto.

Fray Vital responde publicando, sin *plácet,* un breve pontificio sobre la masonería. El Gobierno se irrita, y ordena al procurador de la Corona, don Francisco Balthazar da Silveira, que proceda judicialmente. Pero ensaya de cubrirse las espaldas, y envía a Roma al Barón de Penedos, con la misión de justificar su actitud ante la Santa Sede.

El 29 de octubre, el Barón presenta un memorándum de seis páginas al cardenal Antonelli, y lucha dos meses por lograr una definición. Sólo se acuerda que el Gobierno retire sus medidas, y la Santa Sede conseguirá lo mismo de fray Vital.

El 2 de enero de 1874, la policía detiene al Obispo, y lo arranca de la casa en que vivía — donde actualmente funciona el Colegio Nóbrega, de la Compañía de Jesús, en Recife.[12]

Un barco de guerra lo trae a Río. Llega el día 13. El 18 escucha los cargos, y el 21 comienza el juicio.

El juicio fue muy extraño, tanto por la arbitraria composición del tribunal, y por las figuras delictivas que excogitó el Procurador para su acusación —artículos 86, 96 y 129 del Código, con las agravantes del 16: "impedir determinaciones del Poder"—, como por el obstinado silencio que mantuvo constantemente el acusado. (*"Iesus autem tacebat"*, repetía fray Vital en voz baja.)

En el ínterin, tanto Penedo como el Gobierno se despepitaban inútilmente por conocer las instrucciones enviadas por la Santa Sede a fray Vital.[13]

Total, que se condenó al Obispo de Olinda a cuatro años de trabajos forzados..., pena que el Emperador conmutó en marzo de 1874 por cuatro años de prisión simple en la fortaleza de San Juan.

* * *

Mientras se desarrollaba este proceso, saltó a la palestra don Antonio Macedo Costa, obispo de Santa Maria de Belém do Pará, llamado, por su arrebatadora elocuencia, *el Bossuet brasileño.* Produjo una dura pastoral contra la masonería, prohibió a los católicos la lectura del diario *O Pelícano,* y apoyó con firmeza a don Vital.

Naturalmente, fue detenido el 28 de abril de 1874. Juzgado con iguales métodos y procedimientos, mereció la misma sentencia, y la consabida conmutación imperial de la pena. Fue encarcelado en la isla de las Cobras.

* * *

Había trascurrido apenas un largo año de castigo, cuando cayó el gobierno *liberal* de Rio Branco. Fue llamado a sucederlo *o invito Duque de Caxias,* apoyado por el partido conservador.

Éste, por decreto Nº 5.993, del 17 de setiembre de 1875, otorgó amnistía general a los obispos condenados. El decreto lleva la firma del ministro secretario de Negocios de Justicia, don Diego Velho Cavalcanti de Albuquerque.

No bien don Vital tomó conocimiento de la medida, abandonó la fortaleza de San Juan, y antes que nada, corrió presuroso a la isla de las Cobras, para felicitar a Macedo Costa.

De ahí, ambos fueron a estrecharse en un abrazo con monseñor Lacerda, obispo de Río de Janeiro, y los tres juntos se dirigieron a cumplimentar al Emperador.

Eran éstas las manifestaciones más visibles de un estado de conciencia y de cosas que no se acalla con un decreto.

* * *

El contacto inicial de los Salesianos con el Brasil se produjo cuando los miembros de la primera expedición misionera con destino a Buenos Aires, aportaron en Río de Janeiro.

Era un 7 de diciembre de 1875. A las nueve de la mañana, el *Savoie* dejaba a popa el cerro Pan de Azúcar, y su proa veterana hendía las aguas celestes que jugueteaban entre las fortalezas del promontorio de la Santa Cruz, al oriente, y de San Juan, al occidente, para finalmente engolfarse en la indescriptible bahía de Guanabara.

Los sacerdotes Giovanni Cagliero, Giuseppe Fagnano, Giovanni Battista Baccino, Valentino Cassini y Domenico Tomatis; el clérigo Giovanni Allavena; los coadjutores Stefano Belmonte, Giuseppe Molinari, Vincenzo Gioia y Bartolomeo Scavini, y el cónsul argentino en Savona, Giovanni Gazzolo, acodados en la batayola de la cubierta de primera clase, contemplaban estupefactos el derroche de prodigios que surgían ante sus ojos.

"¡Una de las maravillas del mundo!... ¡En Europa no he visto jamás belleza semejante!... ¡Es uno de los puertos más hermosos del orbe!...", anotaban los Misioneros en las crónicas, que luego enviaban a Italia.[14]

Desde lo alto, recortados en un cielo cristalino, los miraban gigantes de piedra encorvados hasta el mar en acantilados verdes y bermejos. Y de abajo asomaban curiosos al borde de las aguas de color azul de cielo. playas de blancas arenas, y seis docenas de islas grandes y pequeñas.

Más allá de la fortaleza de Laje, islote centinela armado del puerto, la ciudad de Río de Janeiro emergía frente a la isla de las Cobras. Recatada tras el morro do Castelo, apenas se estiraba, tímidamente adherida a la costa y en busca del norte, hasta San Cristóbal. Por el sur orillaba la sierra da Carioca, y se alargaba entre ondulaciones por Catete hasta Botafogo. Desde la cumbre del otero los miraba la iglesia barroca de Nuestra Señora de la Gloria.

El velo mañanero, que todo lo envolvía en gasas purpurinas, comenzaba a rasgarse de golpe, cuando el Sol se filtró por entre los morros de Praia Grande (Niterói), y pintó de claro las puntas del Pan de Azúcar y del Corcovado.

* * *

En un bote enderezaron rumbo a tierra. A las diez saltaron al viejo muelle Pharoux, y se encaminaron alegremente hacia el *chafariz* de la Pirámide, para seguir hacia la plaza del Palacio, o *Largo do Paço*.

De buenas a primeras toparon con un amigo inesperado: un joven turinés, exalumno de Cagliero, que trabajaba en Río. Los saludó efusivamente, y desde ese momento dispusieron de cicerone.

Comenta uno de los viajeros en su correspondencia:

> Nosotros esperábamos que el interior de Río correspondiese a la fastuosidad del panorama; pero quedamos muy desilusionados...
>
> Creo que si a Río de Janeiro le quitasen el puerto, la ciudad parecería un mezquino villorrio...

Cruzaron la plaza, y en un recorrido que hoy nos parece bastante prolongado, admiraron el Palacio Imperial, la Candelaria, San Francisco de Paula, San Antonio y Santa Teresa.

Visitaron luego la catedral; de ahí pasaron a ver la capilla del Carmen, San Benito, el Observatorio, los Jesuitas, el Jardín Botánico..., y por último treparon por el histórico morro hasta el palacio de la Concepción, para ver al obispo, don Pedro María de Lacerda.[15] Éste accedió con amabilidad al pedido de audiencia. Pero enseguida los salesianos se percataron de que "mientras acogía favorablemente a las Hermanas del Huerto que los acompañaban, se mostraba frío y reticente con los sacerdotes".

En la conversación, se enteraron de que él, como la mayoría de los obispos sudamericanos, "desconfiaba de los clérigos diocesanos que venían de Europa". Don Lacerda llegó a afirmar que prefería tener parroquias vacantes, antes que dárselas a quienes "venían a hacer la América". ¡Y tenía unas cuarenta parroquias sin sacerdote!...

Cuando advirtió que pertenecían a una Congregación religiosa que no conocía, la Salesiana, sus gentilezas no tuvieron límite. Dedicó nada menos que tres horas a entretenerlos. Los convidó con dulces y cerveza, y los obsequió con reliquias e imágenes, y aun con fotografías personales. Se interesó por don Bosco y sus ideas. Les explicó los problemas de su diócesis, y, tomándose la cabeza entre las manos, repetía:

—¡Oh, si vuestro Superior tuviera quinientos o mil salesianos!...

* * *

Al atardecer, después de admirar la naturaleza tropical de los alrededores de Río: fauna, flora, cascadas..., se reembarcaron en el *Savoie*.

Al día siguiente, 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada

Concepción —Patrona de la diócesis de Río, aunque los salesianos no lo sabían, y por eso, en sus cartas dan extrañas explicaciones a los hechos extraordinarios que contemplaban—, celebraron misa a bordo, dispuestos a partir a eso de las diez. Cagliero envió al Obispo desde el barco, en señal de agradecimiento, una copia de la fotografía del primer grupo misionero.[16]

* * *

Lacerda quedó impresionado por la entrevista, que siempre recordó. Ocho años más tarde, cuando ya los hechos le habían dado especial relevancia, se ufanaba en afirmar:

> Mucho todavía gozamos en pensar que somos el primer obispo de América que vio, recibió y bendijo a los hijos espirituales del sabio y respetable don Bosco, ya famoso en Italia, celebrado en América del Sur y en el mundo.[17]

* * *

La situación político - religiosa del Brasil, antes esbozada, explica por qué el 12 de diciembre de 1875, *O Apóstolo*, "periódico religioso, moral e doutrinário, consagrado aos interêsses da religião e da sociedade" de la Corte (Río de Janeiro), en un editorial de tono ciertamente polémico, anuncia la presencia de salesianos en Río.

La nota tiene por título: *O Governo argentino e a Santa Sé;* y tiene más fuerza, si se piensa que las relaciones argentinobrasileñas estaban en ese momento muy tirantes. Dice así:

> Vamos a dar una noticia que con certeza ha de regocijar a todos los católicos. El Padre Santo acaba de escuchar benignamente las súplicas que en nombre del Gobierno de la República Argentina le dirigiera el señor Giovanni Gazzolo, y que revelan la cuidadosa atención que merecen a ese Gobierno las necesidades espirituales de los ciudadanos de la República.
>
> A muchos de nuestros pretendidos reformadores les debe de causar maravilla el ver como el Gobierno argentino ha solicitado y obtenido del Padre Santo, misioneros para evangelizar a unos y confirmar en la fe a otros, con miras a la salvación de las almas.
>
> El agente consular de la República Argentina, señor Giovanni Gazzolo, de acuerdo con el Padre Santo, consiguió diez misioneros pertenecientes a la naciente Congregación

> de San Francisco de Sales, fundada en Turín por el piadoso padre don Giovanni Bosco, y quince Religiosas del Instituto de Nuestra Señora de la Misericordia...[18]

Y en urticante alusión al Imperio, sigue contrastando las persecuciones religiosas de muchos de los Estados monárquicos, con la buena voluntad de las jóvenes repúblicas...

* * *

Al año siguiente se repitió la escena.[19] Los salesianos de la segunda expedición de Misioneros, que venían directamente a Buenos Aires desde el Mediterráneo —Lasagna venía por el Cantábrico—, también hicieron escala en Río, y de nuevo visitaron a Lacerda. Éste los abrazó tiernamente, recordó la visita de sus antecesores, y enseguida se lamentó:

—¡Siempre a Buenos Aires! ¡Y yo tengo cuarenta parroquias sin sacerdote!... ¿Cómo debo hacer, para quedarme con algunos de ustedes?...

"Yo estaba planeando levantar en esta ciudad un colegio de artesanos; pero el Gobierno no quiere frailes...

Francisco Bodratto, capitán del grupo, trató de salir del paso diciendo que ya comunicarían al padre Cagliero sus ansiedades, y que cuando éste pasara en viaje para Italia, podrían entablarse negociaciones.

—La idea es buena —replicó el Obispo—; pero, por ahora, comienzo a hablar con quienes tengo delante... Usted, igualmente que Cagliero, podría escribir al padre Bosco acerca de mis inquietudes...

Monseñor Lacerda rememora esta entrevista en la citada pastoral, y puntualiza:

> Conversando con los salesianos de esta segunda expedición, tuvimos ocasión de saber más detalladamente quiénes eran y cuáles las finalidades de su Instituto, y resolvimos pedirlos para nuestra diócesis.

Monseñor quería sentarlos a su mesa, y departir algún tiempo con ellos; pero Bodratto se disculpó alegando que los horarios del barco eran inflexibles, y todos prefirieron reembarcarse.

Al despedirse, el jefe de la expedición dejó en manos de Lacerda un sencillo presente: el opúsculo *Da Torino alla Repubblica Argentina*, de don Cesare Chiala, y partió.

La expedición de Lasagna también hace escala en Río. A

las cinco de la mañana, contemplan extasiados el regio panorama. Pero no descienden. Están demasiado apremiados por la falta de dinero.[20]

* * *

Las reiteradas noticias llegadas del Brasil interesaron a don Bosco. El 13 de febrero de 1877 escribió a Cagliero:

> Se dal Brasile o del Paraguay ti fanno formale domanda di missionari, puoi accettare con queste due condizioni: 1º) Aiuto per le molte spese che abbiamo già incontrate, e che tuttodì dobbiamo sostenere; 2º) Per l'anno 1878...[21]

Pero, al mismo tiempo que las novedades brasileñas captaban la atención de don Bosco, las gratas nuevas de las misiones salesianas en América corrían por el Brasil.

En junio de 1877, el padre José Fagnano —director del nuevo Colegio Salesiano de San Nicolás de los Arroyos, ubicado al norte de la provincia de Buenos Aires— recibía la nota siguiente del Viceconsulado del Imperio del Brasil en la ciudad de Corrientes. Estaba dirigida al Ilustrísimo y Reverendísimo Padre Superior de los Reverendos Padres Saleses en San Nicolás de los Arroyos. Tenía fecha del 4 de junio de 1877, y decía:

> Ilmo. Señor:
>
> Con vivas instancias [he sido] solicitado por las autoridades de la provincia del Mato Grosso para informar sobre el Instituto de los RR. PP. Saleses, que V. Sría. Ilma. rige con tanta ciencia y sabiduría y acierto en esa ciudad de San Nicolás.
>
> A fin de poder dar un informe correspondiente estimaría de la suma bondad de V. Sría. Ilma. si se dignara darme una pequeña relación de la Institución Salesa, y cuál es el régimen de estudios que observan en los colegios que hasta aquí tienen establecidos en América.
>
> V. Sría. Rma. comprenderá que el deseo que me anima es el poder dar un informe exacto y que podría, tal vez, redundar en beneficio y propagación de la Institución Salesiana.
>
> Aprovecho la oportunidad para ofrecer al señor superior de esa ilustre comunidad los sentimientos de mi profunda estima y consideración, suscribiéndome de V. S. Ilma. y Rma.
>
> Humo. oblmo. servidor,
>
> CARLOS NICOLÁS ROSELLI.[22]

Previa consulta con Buenos Aires, el 24 de agosto de 1877 Fagnano responde con una larga relación. Describe el origen, la constitución y actividades de la Sociedad Salesiana.

La nota del Vicecónsul dice claramente: "Solicitado por las autoridades de la provincia del Mato Grosso..."

Por estas fechas era presidente de la provincia antedicha, y comandante de armas, el general Hermes Ernesto da Fonseca, y gobernador eclesiástico, el canónigo Manuel Pereira Mendes, ya que el obispo, don José Antonio dos Reis, había fallecido el 11 de octubre de 1876, y el sucesor, don Carlos Luiz d'Amour, nombrado el 21 de setiembre de 1876, sólo se hizo cargo de la sede por procurador el 12 de mayo de 1878, para entrar personalmente en la diócesis el 2 de mayo de 1879.

Con todo, ni en Corrientes, ni en el Archivo del Estado en Cuiabá, quedan rastros de algo vinculado con esta gestión.[23]

* * *

Ese mismo año de 1877, monseñor Lacerda viajó a Roma. Presidía la peregrinación brasileña que iba a reverenciar al papa Pío IX, con ocasión de sus bodas de oro episcopales, que se cumplían el 3 de junio.

Después de participar en las ceremonias generales, los peregrinos brasileños —unas sesenta personas, encabezadas por los obispos de Río, monseñor Lacerda, y de Pará, don Antonio Macedo Costa— fueron especialmente recibidos por el Padre Santo el 15 de julio. Días después, el Papa conversó privadamente con los dos obispos.[24]

En los intervalos, aprovecharon éstos el tiempo cumpliendo gestiones en la Ciudad Eterna.

En una de tales oportunidades, monseñor Lacerda conoció accidentalmente a don Bosco. Fue en la antecámara del cardenal Simeoni. Por eso podrá escribir, seis años más tarde:

> ... en el mismo Palacio Vaticano, junto al sagrado túmulo de San Pedro, le pedimos personalmente a don Bosco que enviase a Río de Janeiro algunos de sus salesianos...

La entrevista —también documentada por las *Memorias biográficas de don Bosco*— trascurrió más o menos así: [25]

Estaba Lacerda rodeado de peregrinos en un salón del Vaticano. Esperaba su turno para conversar con el cardenal Simeoni. Don Bosco, también en tramitaciones, se enteró de la presencia del Obispo de Río, y procuró saludarlo. Bien infor-

mado, lo siguió hasta los palacios apostólicos; pero, como no lo conocía personalmente, al solicitar nueva información la requirió casualmente al mismo Lacerda. Al enterarse de quién se trataba, don Bosco comenzó a manifestarle afectuosamente la alegría que le causaba el conocerlo, y lo mucho que agradecía la cariñosa acogida que había dispensado a sus Hijos.

Don Lacerda, que tampoco conocía a don Bosco, y que no alcanzaba a entender bien lo que éste le decía, lo interrumpió un poco bruscamente:

—Pero, dispense... ¿Quién es usted?

—Soy el pobre don Bosco... —oyó responder.

—¿Don Bosco?... ¡Don Bosco!... —exclamó el Obispo, alborozado, y lo abrazó efusivamente.

Después de larga plática, don Bosco selló la entrevista con una invitación. Quedó convenido que el Prelado lo visitaría en el Oratorio de Turín. Y en efecto, Lacerda pasó dos semanas de agosto como huésped del Santo.[26]

Tanto intimaron durante este lapso, que el padre Álbera, en las citadas *Memorias biográficas de Lasagna* (página 162), llega a expresar que no sabía de otro prelado que tanto hubiera amado y entendido a don Bosco.

En Turín se hicieron famosos los problemas pastorales del Obispo. Tanto, que el padre Lemoyne risueñamente pergeñó unos versos, leídos luego en el refectorio, en los que, aludiendo a la pesca milagrosa del Evangelio, presentaba a *Pedro* —era el nombre de pila de Lacerda— pidiendo auxilio a *Juan,* don Bosco, para no desperdiciar la magnífica oportunidad.

Confiesa Monseñor, en su socorrida pastoral:

> Ahí conversé con ese hombre singular, ese asombroso sacerdote, prodigio viviente, llamado don Bosco, que para ser inmortalizado en los fastos de la sociedad y de la Iglesia, basta que haya realizado en nuestros días la celebérrima y benemérita Sociedad Salesiana...

Es que Lacerda llevaba a cuestas una cruz más pesada que sus problemas pastorales: era terriblemente atormentado de escrúpulos.[27] Don Bosco, con su santidad, bondad, tino e inconmensurable buen sentido, le había devuelto —al menos, por un tiempo— la paz del alma.

Finalmente, se despidieron. Don Bosco le regaló una promesa sin fecha de cumplimiento: atendería sus deseos, e instalaría a los Salesianos en la diócesis imperial de Río.

Lacerda, a fin de comprometerlo, ahí mismo adelantó el

dinero necesario para los pasajes de los Misioneros, de Italia al Brasil. Don Bosco se vio obligado a aceptar.

Y él siguió su periplo europeo. Llegó a Lisboa el 8 de noviembre. Se detuvo en la madre patria hasta el día 24.

Lo que vio en Lisboa, bastó para que su corazón apostólico y su conciencia escrupulosa lo torturaran nuevamente, y escribió a don Bosco una carta dolorida, para rogarle que enviara salesianos también a Lisboa. Cierra, sin embargo, la misiva con unas notas en las que lamenta la imprudencia de su pedido.

* * *

Contemporáneamente, don Bosco despachaba hacia el río de la Plata la tercera expedición misionera, que tanto había gestionado el padre Cagliero. Estaba compuesta por los padres Santiago Costamagna, Domingo Milanesio, Tomás Bettinetti, José Vespignani y Luis Galbusera; los clérigos Víctor Durando, Pedro Rota, Antonio Passeri, José Gamba, Luis Chiara, Alejandro Vergnano y Bartolomé Panaro, y los coadjutores Bienvenido Graziano, Bernardo Musso, Juan Bautista Corneglio, Domingo Zana, José Maudonio y Carlos Bruno.[28]

Razones de índole económica los obligaron a viajar en tres grupos diversos.

El grueso de la expedición fondeó en Río el 6 de diciembre de 1877. Lacerda navegaba todavía en alta mar, en su viaje de retorno. Costamagna saludó al Vicario General, y se reembarcó asustado de la fiebre amarilla y de la *fiebre negra* —dice él—, o sea la fobia con que lo insultaron algunos muchachones en la ciudad y en el puerto.[29]

Monseñor Ceccarelli —el cooperador salesiano de San Nicolás de los Arroyos— y el padre José Vespignani, en cambio, viajaron por tierra hasta Lisboa. El 29 de noviembre se embarcaron en el *Minho*. Llegaron a Río de Janeiro el 17 de diciembre. Y se detuvieron casi tres días en la bahía de Guanabara..., lo suficiente como para visitar al Obispo, que habían conocido en Turín y que acababa de volver.[30]

En efecto, el 10 de diciembre había anclado en el puerto de la Corte el *Gironde*, que traía a su bordo al Obispo carioca.[31]

A Vespignani y Ceccarelli se refiere Lacerda, sin nombrarlos, cuando en la página 10 de su carta pastoral afirma:

> Más tarde tuvimos, no como visitantes, sino como huéspedes, a un salesiano y a un cooperador, conocidos nuestros de Turín, que formaban parte de otra expedición al río de

> la Plata; expedición más numerosa, cuyos miembros navegaban separadamente en diferentes navíos...

El padre José Vespignani refiere a don Bosco, en su carta del 18 de diciembre, una cantidad de interesantes pormenores, que trataremos de resumir. Dice el padre José:

> Estamos en Río... Una de las mayores preocupaciones [de monseñor Lacerda] es hallar un lugar para los Salesianos... Tenía ya cuatro sitios en vista..., cuando llegó su Procurador —lo es también del Seminario—, y le dijo:
>
> —Monseñor, la casa de Jurujuba, que pertenece al Seminario, está cerrada. Nadie la quiere alquilar.[32]
>
> —¡Bendito sea Dios! exclamó el Obispo.— Ya tengo casa para los Salesianos... Al menos, para comenzar. Parece un convento en pequeño, con galerías y jardines...
>
> "Podría llamarse —añadía— San José de Jurujuba, o mejor *Caput et mater salesianorum in Brasilia...*
>
> Enseguida nos invitó a visitarla... Fuimos con un Padre lazarista y monseñor José de Mello... Es la casa más conspicua del lugar. Tiene un terreno que nace en el llano y se pierde en el monte... Está a una hora de distancia de la ciudad en el barco de vapor, que como *tranvía* hace la recorrida de los pueblos de la otra banda de la bahía...
>
> El pobre Párroco de Jurujuba se pasa semanas sin decir misa, porque no hay quien la oiga...
>
> Monseñor piensa que vamos a tener que comprar un bote con cuatro remos...
>
> Tiene sus contras: a media hora de camino hay un lazareto para enfermos de fiebre amarilla..., pero nadie se queja en la zona. Además, no está en la ciudad, como quisiera Monseñor...
>
> Sin embargo, [piensa Lacerda que] es mejor comenzar de lejos, para no llamar la atención. Él quisiera a los Salesianos en el barrio de Gambôa [en Río], donde falta sacerdote...
>
> —Escriba a don Bosco —me dijo—, que vengan los Salesianos. Que vengan pronto..., y vengan los valientes que no teman ni al mar, ni a la fiebre amarilla...[33]

* * *

Corrieron los años; pero los buenos deseos de don Bosco respecto al Brasil no llegaban a cuajar. Las nuevas obras emprendidas en América se volvían insaciables, y el material humano que debía animarlas, se conseguía sólo en escala limitada.

No sabemos cuál resultó el factor desencadenante; pero en 1881 los obispos brasileños desataron una ofensiva generalizada para obtener salesianos en sus diócesis.

En efecto, el 13 de abril comenzó monseñor Lacerda. Escribió a don Bosco una de esas cartas que derriten piedras:

> Carísimo señor don Bosco:
>
> Desde 1877 hasta hoy, o sea por el largo espacio de casi cuatro años, estoy esperando a los salesianos que pedí, que me fueron prometidos... y que nunca llegaron.
>
> Sí, creo..., o mejor, comprendo que es imposible la venida de cuatro hermanos y un sacerdote de la Congregación de don Bosco, porque las circunstancias de Italia así lo quieren.
>
> Algunos fueron a Roma..., muchos otros para las misiones de la Patagonia..., otros a Francia..., y por ello no se encuentra más ninguno para el Brasil, para la pobre casa de Jurujuba... ¡Paciencia!
>
> Pero la paciencia se agota en cuatro años... Entonces, liquidemos el negocio... Agradezco de corazón su bondad..., el deseo de hacer bien en mi diócesis. Pero ¡Dios no lo quiere!... Yo no lo merezco... ¿Qué hacer? Bajar la cabeza, y decir: ¡Hágase la voluntad de Dios! [34]

Y después de agradecer la buena voluntad de todos, le comunica que el año pasado (1880) estuvo en un triz de ir a Italia, para venirse con una buena expedición. Pero no pudo viajar, ni podía hacerlo ese año. Por eso, continúa dolorido:

> *Consummatum est!...* No tendré más salesianos, y ni siquiera los espero más...
>
> Adiós, pues, queridos salesianos míos... ¿Míos? Fue sólo un sueño, un rayo de esperanza deshecho y desvanecido en el correr de cuatro años...

Desgrana recuerdos, y comenta los versos que Lemoyne le dedicara:

> Tengo ante los ojos aquellos versos que me recitaron en Turín, en 1877:
>
> *... Dice don Bosco a te: "Pastor tu sei...*
> *T'arde per me nel cuor fiamma di padre:*
> *ecco già sono tuoi i figli miei..."*
>
> ¡Oh, esperanzas perdidas! ¿Y los hijos de don Bosco no serán mis hijos?... ¡Desgraciado de mí! No serán hijos míos, tus hijos...
>
> ¡Desgraciado de mí! ¿Qué padre hubiera sido yo?

> Pobre, con dos millones de hijos, sin recursos, gimiendo bajo las dificultades, con 130 Padres fallecidos durante mi gobierno, y sólo doce nuevos... Sin vocaciones..., con sólo tres estudiantes de teología y setenta seminaristas...
>
> Sin embargo, se me ocurre un pensamiento decisivo... Si por inesperado milagro lo imposible se tornase posible..., envíeme un telegrama...
>
> ¡Ah, don Bosco, cuánto cuesta a mi corazón decir el último adiós a mis esperanzas! En el paraíso tendré el placer de vivir con don Bosco y sus salesianos...

El *Bollettino Salesiano* de agosto de 1881 comenta: "¿Quién tendría corazón para no escuchar deseos semejantes y súplicas tales?..."

* * *

El 18 de mayo del mismo año 1881 —ya lo consignamos en el capítulo VIII—, Lasagna comunica a don Bosco las amables presiones del Obispo de Porto Alegre, que insiste para que los Salesianos vayan a su diócesis, colmada de inmigrantes italianos.

El 11 de julio, también el obispo de Pará, don Antonio de Macedo Costa, escribe a don Bosco una carta - súplica muy sentida, que comienza así:

> Aunque no tengo el honor de conocerlo personalmente, su renombre ha atravesado el océano... Por eso, en el estado de angustia en que me encuentro, he pensado en recurrir a usted...[35]

Y tras describir minuciosamente la deplorable situación de su diócesis, añade:

> No pasa día que en el santo sacrificio de la misa no pida con lágrimas al Señor que envíe operarios a su viña... Mándeme uno de sus sacerdotes... Aquí hará obras magníficas. Medios materiales no le faltarán. Desde ahora le doy mi Seminario. Tiene éste un pequeño patrimonio, que irá en aumento...
>
> Dígame lo que se debe hacer, que yo superaré sus deseos..., pero consuéleme con una palabra que espero de usted: *Iremos al Pará...*

Contemporáneamente, don Antonio concebía una de sus tantas fecundas ideas: el *Istituto de Artes e Ofícios e Agrícola da Providéncia,* para hijos de indios y desamparados.

Escogió un lugar aledaño al ferrocarril de Bragantina, cerca

de la estación de Ananindeua, y comenzó a levantar un edificio con salones dormitorios, aulas y talleres.

Como los costos superaran sus posibilidades, en enero de 1882 salió a peregrinar por Minas Gerais, para recolectar fondos destinados a la terminación del edificio del Instituto de la Providencia.[36]

* * *

Ya hemos visto, en páginas anteriores, las diligencias iniciadas desde el Mato Grosso. En 1878, el obispo de Cuiabá, monseñor Carlos Luiz d'Amour, se esforzaba —sin resultados, por el momento— para atraer los Lazaristas a la dirección de su Seminario. Al fin lo consiguió. Entonces acudió a la Nunciatura, para obtener también a los Salesianos.[37]

* * *

Todas estas invitaciones avivaban el fuego misionero de don Bosco, y lo movieron a estudiar a fondo el tema con Lasagna, todavía convaleciente de su operación.

Consultó al Capítulo Superior, y añalizó cuidadosamente situaciones y circunstancias, que, ciertamente, implicaban algo más que las presiones que acabamos de mentar. Al fin, y como primer paso, el 8 de diciembre de 1881 resolvió dividir la provincia americana, *"que en seis años de vida se ha convertido en árbol..., y está oprimiendo con su excesivo peso a hijos queridísimos"*.

Entre las últimas recomendaciones que Lasagna, nuevo inspector, recibiera de don Bosco antes de partir para América, estaban el examen y la atención esmerada del problema brasileño, que ahora quedaba bajo su total responsabilidad.

* * *

Ya vimos como al pasar por la Corte, no le fue permitido el desembarco, por la fiebre amarilla. No bien llegó a Montevideo, escribió sendas cartas al Obispo de Río y al Encargado de Negocios de la Santa Sede ante el Gobierno imperial.

Lacerda respondió enseguida, el 30 de enero de 1882:

> ... Mañana cumplo cincuenta y dos años... Hoy tuve el gran consuelo de recibir su carta... Véngase, aunque sólo sea para ver; pero no parta sin avisarme... Espere unos meses, cuando amainen las epidemias...

Monseñor Sabatucci contesta el 23 de marzo. Le comunica que está esperando al nuevo Internuncio; pero que puede contar con él y con su casa. El Brasil será campo ubertoso para los Salesianos —afirma—, y le anticipa que no debe abrigar temores:

> Las epidemias no impiden a los Capuchinos vivir en Río, y en sus alrededores surgen ciudades sanas y hermosas.

* * *

Por fin, el 6 de mayo de 1882, desde Villa Colón, Lasagna formula a don Bosco el esperado anuncio:

> Le escribo bajo una profunda impresión. Dentro de cuatro días, acompañado por el buen Teodoro [Massano], embarcaré para Río de Janeiro.[38] Como usted podrá imaginar, mi espíritu y mi mente están absortos por la grandeza de lo que vamos a comenzar, y por el futuro que aguarda en aquel vastísimo Imperio a los nuevos misioneros de don Bosco. Está mi corazón lleno de trepidación y temor, y al mismo tiempo se siente impulsado a esperanzas mayores.
>
> Aquí, en las Repúblicas del Plata, tuvimos que luchar valerosamente contra innumerables dificultades. Ahora, tal vez las mismas dificultades aumenten, y vengan a sumarse las provenientes de un clima al que no estamos acostumbrados... Sin embargo, ¿podrán quedar abandonadas tantas y tantas almas en camino de perdición?...
>
> Si la avidez del lucro atrae a las playas brasileñas a tantos codiciosos traficantes europeos, que a veces caen muertos sobre el montón de oro que acumulan, ¿no podrá el celo por las almas cautivar a los misioneros salesianos, para que consagren su vida a la conquista de nuevos hijos para Cristo?
>
> V. R. conoce las conmovedoras súplicas de auxilio de los celosos Obispos del Brasil, que viéndose detenidos en una espera sin plazos, tristes y desanimados, imploran socorro en forma de partir el corazón. Es tiempo, pues, de volar en su auxilio, plantar allí nuestras tiendas, y bañarnos allí de sudor.
>
> Antes de enviar a la ventura la primera compañía de salesianos, la prudencia exige que alguien los preceda para explorar el terreno, y escoger en aquella inmensa superficie un punto estratégico y menos expuesto al peligro.
>
> Confortado con su bendición, amadísimo Padre, y esforzándome en obedecer a las instrucciones que me impartiera, emprenderé este primer viaje, que abrirá a nuestra Congregación las puertas de un Imperio cuya extensión es igual a tres cuartos de Europa...

Y el martes 9 de mayo de 1882, horas después de la inauguración del Observatorio del Colegio Pío de Villa Colón, el padre Lasagna y el clérigo Teodoro Massano embarcan en el navío francés *Équateur,* rumbo al puerto de Río de Janeiro.[39]

Llevan por objeto explorar las posibilidades de trasplantar la Obra Salesiana al Imperio del Brasil. Concretamente, y en primer lugar, examinarán la viabilidad de los pedidos más urgentes, como son los de monseñor Lacerda y de monseñor Macedo Costa, en Río de Janeiro y en Belém do Pará, respectivamente.

En carta del 24 de noviembre de 1882, dirá el padre Lasagna:

> Partí de la desembocadura del río de la Plata, para subir hasta la desembocadura del Amazonas: los dos estuarios mayores y más maravillosos del mundo...
>
> Escogí preferentemente esta ocasión, porque se me ofrecía la oportunidad de viajar con monseñor Mocenni, llegado de Chile y que va como internuncio de la Santa Sede ante el Imperio del Brasil.[40]

* * *

Además de monseñor Mocenni y su secretario, monseñor Adriano Felice, viajaban a las órdenes del comandante L. Lecomptre treinta y cuatro pasajeros con destino a Río, y trescientos diez en tránsito hacia Burdeos. Entre ellos descollaba la delegación brasileña al famoso Congreso Pedagógico de Buenos Aires de ese año, presidida por el Barón de Macahubas. Ignoramos si en las conversaciones el padre Lasagna habrá tenido noticias de la interesante actuación cumplida en el Congreso por su viejo conocido, don Francisco Berra.

La crónica de esta visita la realiza el mismo padre Lasagna en varias cartas dirigidas a don Bosco. En la primera, del 6 de mayo, anuncia el viaje; en la segunda, del 13, escrita a bordo, describe la travesía.

La carta del 24 del mismo mes —publicada por el *Bollettino Salesiano* en agosto de ese año—, reconta minuciosamente, y en el estilo enjundioso que lo caracteriza, los primeros días e impresiones de su estada en Río.

En el Archivo Central de Turín hay, además, una carta a don Rúa; cinco a don Cagliero, fechadas en el Brasil, más una larga crónica de Massano.

Finalmente, el 24 de noviembre, ya de vuelta en Montevideo, reseña su labor anual al frente de la nueva Inspectoría, e incluye,

por lo tanto, los resultados y las observaciones de su gestión en el Brasil.

Tres de ellas han sido trascritas al portugués, en un agradable volumen, ya citado en notas, intitulado *Projeções epistolares*, editado en 1908 por el Colegio Santa Rosa de Niterói.

* * *

Durante las setenta y nueve horas de crucero, mantuvo largos parlamentos con el Internuncio. Mocenni estaba de acuerdo en que debía abrirse un hospicio en Río de Janeiro; pero su gran preocupación era el Mato Grosso, y comenzó la siembra en el alma de Lasagna de una semilla que germinó luego con volumen de pasión: la evangelización de los indígenas salvajes del Brasil.

También se desarrollaron acontecimientos pintorescos. Y seguramente, encaja aquí el episodio que don Pablo Álbera narra como sucedido en un viaje posterior.

Lasagna había leído en la *Revista Astronómica*, que por esas fechas un cometa sería avistado desde las inmediaciones de Río. Armado, pues, de un telescopio manual que lo acompañó por varios viajes, pasaba algunas horas de cada noche rastreándolo en el cielo.

Lo desusado del instrumento y la actitud de astrólogo, a la sombra notoria de una sotana, en un ambiente limitado y ocioso en que todo llama la atención, despertaron intensa curiosidad en los viajeros. Se sucedieron preguntas y explicaciones, que terminaron en maravilla cuando Lasagna dio con el cometa Wells, que asomaba al poniente, sobre la cresta de las sierras, en las horas de salida y de puesta del Sol. Para los compañeros de pasaje se convirtió en una celebridad. A ello hace referencia el artículo con que *O Apóstolo* anuncia al *Ilustre hóspede...*[41]

* * *

Mientras Lasagna viajaba —más precisamente, el 8 de mayo de ese año de 1882—, Lacerda había reunido ciento siete sacerdotes en el Seminario de Rio Comprido, en la famosa *Carlota*, para efectuar ejercicios espirituales. Los predicaba un Padre lazarista.

El anticlericalismo, que se valía de cualquier medio para hostigar a la Iglesia —no hacía mucho tiempo se había apedreado al Obispo durante un sermón—, ahora tomaba pie de los días de retiro del clero. Los ejercicios espirituales, que se realizaban por quinta vez en la diócesis, merecían un *Gazetilha* aparecida el 13 de mayo de 1882 en el *Jornal do Comercio*, de Río de Janeiro:

> La ausencia simultánea de tantos párrocos y padres, según nos consta, algunas veces dificulta y otras veces imposibilita la administración de socorros espirituales y la celebración de misas. Ayer, por ejemplo, no fue rezada una misa de séptimo día, porque la familia del finado no pudo encontrar ni un sacerdote disponible...

Cosas parecidas se publicarán, cuando haya reuniones de obispos y visitas pastorales.[42]

El diario católico *O Apóstolo* del 14 de mayo relataba la fiesta de clausura de los ejercicios espirituales; la misa del Obispo, con la comunión de los ejercitantes, y el almuerzo, seguido por los discursos de sobremesa del Vicario da Encrusilhada, padre Bernardino Jorge; del doctor Luiz Ferreira, del padre João Manuel, del sacerdote italiano Nicolino Guma y del Obispo. También anunciaba en párrafo aparte:

> Espérase hoy de Buenos Aires al Excmo. Sr. don Mario Mocenni, arzobispo de Heliópolis, que va a ejercer el cargo de internuncio apostólico... Nos consta que se va a hospedar en el monasterio de São Bento.

En efecto, el Internuncio —y con él, Lasagna— entraba en Río en el mismo momento en que el diario lo anunciaba.

En la mañana del domingo 14 contemplaron los viajeros la bahía encantadora. El *Équateur* atracó más allá de la isla de las Cobras.

Los sacerdotes celebraron a las siete, como de costumbre, en la cabina del Nuncio. (Lasagna se levantaba siempre a las 5.30, y meditaba media hora paseando por el puente.)

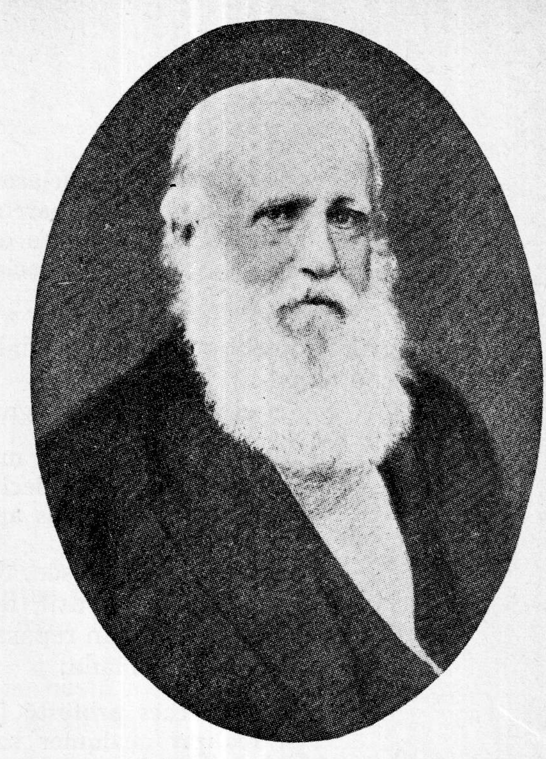
Se despidieron luego calurosamente de sus compañeros de viaje, y en lanchones se arrimaron a la única rampa del muelle. Bien aleccionados, eludieron el acostumbrado aluvión de vendedores ambulantes; y, "a fin de librarse de los inevitables vejámenes que deben sufrir los Religiosos en las grandes ciudades marítimas", tomaron un carricoche cerrado, del que tiraba una yunta de burros, "como aquí se acostumbra", dice Lasagna.

Mocenni enfiló al morro de São Bento. A los salesianos los esperaba un recorrido más largo, camino del Seminario de Río Comprido, "en la esperanza de dar con el Obispo o con quien lo representase".

Felizmente, allí estaba Lacerda, fatigado por los esfuerzos de la semana trascurrida, rodeado de los nueve clérigos del Seminario y de los celosos Padres lazaristas que lo regentaban.

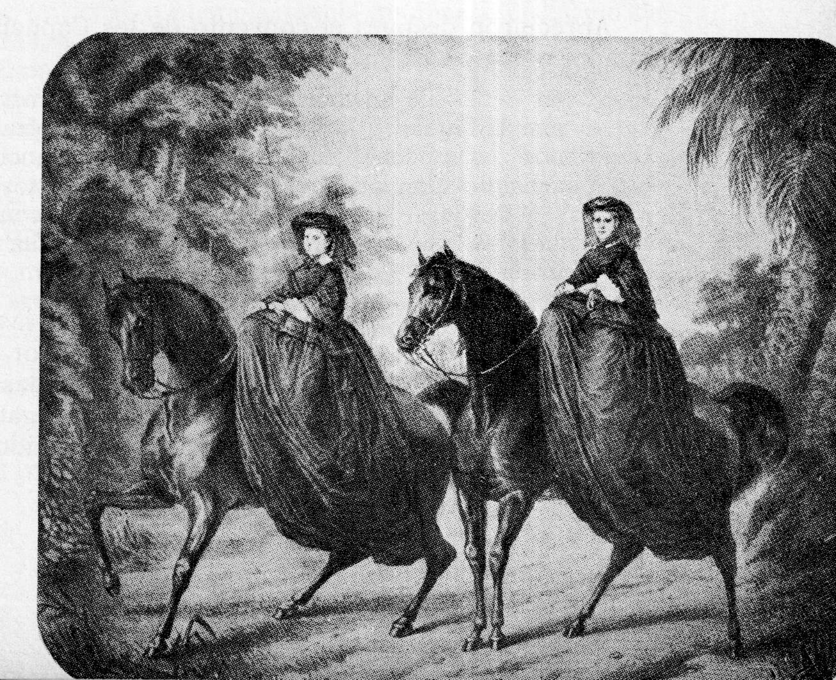
Lasagna describe el encuentro:

Comentario de *O Apóstolo* de la Corte (Río de Janeiro), con ocasión del paso de la primera expedición salesiana de 1875.



El emperador don Pedro. (De la colección del embajador Magalhaes de Azevedo.)

LLEGADA AL BRASIL



Las princesas imperiales Isabel Cristina (a la derecha) y Leopoldina Teresa (a la izquierda).

> No bien nos anunciaron, vino hacia nosotros con un regocijo que se le trasparentaba en los ojos. ¡Qué bueno y santo Prelado!... Conoce a fondo y al detalle todo lo que se refiere a la Congregación Salesiana...

Abrazó afectuosamente a los dos viajeros, mientras la alegría le borbotaba en las palabras y en los ojos. Y pasó el día con ellos.

Sigue el relato de Lasagna:

> Desde las diez de la mañana, cuando tuvimos la suerte de ser abrazados y bendecidos por él, hasta las diez de la noche, no permitió que nos apartáramos ni por un instante...

Se habló de don Bosco, de Turín, de los Salesianos, de María Auxiliadora, del Brasil, de los niños abandonados... Es de imaginar que se habrán repasado todos los proyectos de Lacerda y de Lasagna, que añade:

> ... mil veces protestó [el Obispo] de que estaba dispuesto a realizar cualquier sacrificio personal y pecuniario, con tal de obtener el tan suspirado asilo para huerfanitos...

Y a pesar de ser un enamorado de la soledad, parecía haber cambiado sus costumbres, en razón de las visitas.

> Al día siguiente de nuestra llegada, el 15, quiso acompañarnos personalmente a visitar el grandioso Hospital [la Santa Casa] de la Misericordia, dirigido por las Hijas de San Vicente de Paúl, el más perfecto, el mayor que yo haya visto en mi vida...

Apreciaron después el convento de los Capuchinos. Estaba situado, agrega Lasagna,

> en lo alto de un morro, desde el que de un vistazo se dominan la ciudad y la bahía. Casi todos los frailes eran italianos..., campeones de la fe, pero ya muy ancianos, llenos de achaques por las privaciones y los sacrificios misioneros...
>
> Después, [Lacerda] nos llevó a cenar con los Padres Lazaristas, que en esa fecha festejaban el día onomástico de un Hermano de origen italiano.

Al día siguiente, martes 16, continuaron las visitas. Primero fue la Casa de los Expósitos, atendida por las Hermanas Vicentinas, y muy cerca de ésta, dirigido por las mismas Religiosas, un Asilo para niñas abandonadas y Hogar de Ancianas, donde el padre de monseñor Lacerda, ya fallecido, había invertido gran parte de su patrimonio y esfuerzos.

De ahí ascendieron a São Bento. Y después de apreciar la maravilla de arte barroca que refulge en la iglesia del Monasterio, pasaron a conversar largamente con el internuncio, monseñor Mocenni, que estaba tramitando la presentación oficial de credenciales. (El Emperador la fijaría para el 24 de mayo...)

> Acabamos volviendo a casa [al Seminario], agotados de tanto andar y conversar...

* * *

El miércoles 17, el Obispo encargó a los Padres Vicentinos de hacerle admirar al viajero las bellezas naturales de Río. Y tempranito partieron con los seminaristas para la selva de Tijuca, sus cuevas, la Cascadinha y el Morro. "¡Paseo encantador!", exclama en su carta.

Con el viejo *bondinho*[43] treparon hasta los pies del collado, que tiene unos trescientos metros de altura.

> Seguimos en una diligencia tirada por burros, subiendo, subiendo, por una calzada en espiral hasta lo alto de la montaña, siempre en medio de chacras y jardines, a cuál más hermoso. Llegados a la altura, dejamos el vehículo y comenzamos a descender por atajos, saltando de piedra en piedra, entre bosques cerrados y oscuros, guiados por el sordo ruido de las aguas de un torrente que brincaba de roca en roca.

Aquí, Lasagna da rienda suelta a su vena poética:

> Quedé extático al contemplar aquel sublime espectáculo de la naturaleza...
>
> Llegamos al fondo de un vallecito, ensordecidos por el fragor de una masa de agua de veinte metros de ancho, que se despeñaba vertiginosamente desde cincuenta metros de altura sobre la roca viva. Levantaba blanquísima espuma, y proyectaba a gran distancia finísima garúa, que nos humedecía manos y rostro...
>
> El Sol relampagueaba sus rayos entre la floresta, y las aguas como espejos nos enceguecían de luces multicolores...
>
> En torno y en la ladera de la montaña crecen bosques densísimos, con árboles de troncos muy altos y ramaje tan compacto, que entretejen sobre la cabeza del viandante una bóveda casi impenetrable a los rayos del Sol. No obstante, brotan a sus pies mil especies de arbustos, lianas, follajes y espinas, que se entrelazan y se aprietan en forma de impedir el paso del hombre...

Y con la selva admiran bandadas de pájaros extraños y monitos saltarines. Y oyen comentarios sobre víboras y tigres...

> Aquí todo es grande, todo es nuevo. ¡Qué contraste entre las inmensas planicies de la pampa y la Patagonia, y estas interminables cordilleras!... Estas florestas vírgenes, macizas y grandiosas del Brasil, con árboles gigantescos...
>
> Empleamos dos horas y media para volver a subir. Allí nos esperaban los Padres Lazaristas y algunos amigos, que habían preparado sobre los parapetos de un puente, bajo una sombra admirable, una espléndida merienda, de acuerdo con las costumbres del país.
>
> Sentados en grupos, a la vera del camino, comimos con envidiable apetito, en medio de los comentarios del paseo. No faltó humor..., y nuestras carcajadas se repetían en el eco de las gargantas de aquellas montañas solitarias...

Para concluir, Lasagna destaca, no sólo la cariñosa hospitalidad de los Padres Lazaristas, sino también la intrepidez de su celo y la intensidad de su labor. Pero deja en el camino una aguda observación:

> La finalidad del Obispo era clara: quería que desde el comienzo quedásemos bien impresionados por las obras que se realizan y se pueden realizar, para que no nos desanimásemos luego, al ver el lado feo de las cosas...

* * *

El domingo 21, el diario católico dedica media columna al visitante, a quien califica de huésped ilustre, y dice:

> Hállase hospedado en el Seminario de San José el distinguido y sabio doctor Luis Lasagna, director del Colegio Pío de Villa Colón, de Montevideo, y fundador de un importante observatorio meteorológico, con modernos y valiosos instrumentos, de acuerdo con los votos del Tercer Congreso Geográfico Internacional de Venecia, presidido por Lesseps, y según las recomendaciones del sabio astrónomo padre Denra *(sic)*, director del Observatorio de Moncalieri.
>
> El doctor Lasagna pertenece a la Congregación Salesiana, fundada en Turín por el celebérrimo don Bosco, y que ya posee 140 establecimientos que enseñan ciencias, letras y oficios.
>
> El reverendísimo doctor Lasagna vino con un estudiante salesiano por invitación del Excmo. y Rmo. Sr. Obispo de Río de Janeiro, que en 1871 fue huésped de don Bosco en Turín, y quiso ver si, según los deseos del Prelado, se puede

abrir en Río de Janeiro un establecimiento semejante a tantos otros que hay en Italia, Francia, Río de la Plata y hasta en la Patagonia, recorrida por el padre Lasagna y sus compañeros con gran provecho de la religión y de la sociedad.

Modestos son los deseos del señor Obispo, porque quería comenzar por la enseñanza de oficios, que asegurasen a los niños pobres un modo de vida en lo porvenir. Por eso, recomendamos esta obra eminentemente cristiana y social, a la caridad y benevolencia de los corazones bien nacidos y amantes de la juventud pobre.

* * *

Claro que la embriaguez de tanta belleza no cierra los ojos de Lasagna, que todo lo observa. Comienza por los mosquitos..., *pernilongues, muriçocas, guanapanás* o como se llamen; resultan molestos siempre y dondequiera, y bastante más agresivos y numerosos que sus parientes uruguayos.

Examina, luego, el fantasma de la fiebre amarilla. En las informaciones oficiales no parece tan alarmante como en los comentarios populares.

Los diarios publican quincenalmente el Boletín de la Junta Nacional de Higiene. En la segunda quincena de abril, sobre las 426 defunciones acaecidas en Río, sólo ocho son imputables al morbo. El enemigo más pavoroso sigue siendo la tuberculosis, con setenta y ocho casos, y luego vienen los problemas de maternidad, con veinticuatro nonatos, y dieciocho muertos al nacer.

En la primera quincena de mayo se repite el cuadro: 421 muertos, y sólo cuatro de fiebre amarilla.

Todavía no se sabe lo suficiente como para intentar una defensa eficaz. Sólo dos años más tarde se iniciará la vacunación masiva, ordenada por decreto imperial Nº 4.545, del 9 de noviembre de 1883.[44]

Y sigue oteando el horizonte. Conversa y lee los diarios. Lo colegimos de informaciones dispersas que se van hallando en sus notas y comentarios.

El problema de la esclavitud lo llena de angustia. Ha visto un aviso de venta de un joven morocho de catorce años... "Me hace mal al corazón", exclama.[45]

La problemática religiosa agitada en lo político - social, de que ya hemos hablado, converge en este momento y principalmente en los agasajos y celebraciones, mechadas de repudios y vituperios, que conmemoran el centenario del Marqués de Pombal.

El Barón de Río Bonito, presidente de la comisión de homenaje, y sus acólitos, organizan toda clase de festejos para despertar en el pueblo la memoria del famoso gobernante liberal. Los católicos no pierden oportunidad para arrojarle todo lo que tienen en las manos...

Lo preocupa el cesarismo gubernamental, y no deja de advertir la corrupción de muchos frailes y clérigos. Muchos le preguntan si Massano es hijo suyo.

Las noticias de los diarios no son muchas.

Krupp "progresa en el arte de matar", con la creación de un nuevo obús; el 17 de mayo, a la una de la tarde, don Pedro clausura el primer período de la decimoctava legislatura, y abre luego el segundo; el cardenal Jacobini es elegido secretario de Estado del Vaticano; el Brasil realiza en Londres la Exposición del Café; el Perú y Bolivia prosiguen su guerra con Chile; continúa la discusión de los límites misioneros entre la Argentina y el Brasil; el Uruguay tiene un serio encontronazo con el Gobierno de Italia...

* * *

Una agradable sorpresa recibió el miércoles 24 de mayo: la *Folinha Cathólica* de Río lo señalaba como *festa de Nossa Senhora sob o título Auxílio dos Christãos.* Ese día, monseñor Mocenni presenta las credenciales al Emperador.

O Apóstolo trascribe el discurso del Internuncio en cuarenta renglones, y dedica sólo ocho a la respuesta del Emperador.

Lasagna escribe a don Bosco la carta que hasta ahora venimos citando, y que así comienza:

> Siempre fue para mí una tarea de inefable emoción escribir a don Bosco; pero escribirle desde la capital de este enorme país que la Divina Providencia acaba de abrirnos, es de por sí un acontecimiento tan importante, de tan largo alcance, que mi alma desborda de afectos que nunca sabré bien expresar.
>
> Hoy, fiesta de María Auxiliadora, se cumplen diez días apenas desde que puse pie en esta ciudad de Río de Janeiro, y ya he experimentado impresiones y sentimientos tan grandes y tan diversos, que no sé por dónde comenzar, para ofrecerle una breve y pálida noticia.
>
> Antes que nada, debo protestar hoy a María Auxiliadora mi sincera y ternísima gratitud por la especial protección que nos dispensara, sólo propia de una Madre amorosísima...

* * *

En estos días se desenvuelven acontecimientos difíciles de ajustar a una precisa ordenación cronológica.

Después de la presentación de credenciales, don Pedro invita al Internuncio a acompañarlo hasta Petrópolis.

Al partir, Mocenni deja definitivamente a São Bento. Tiene ya programado hospedarse al retorno en Lapa.

Lasagna ha dispuesto —probablemente, por intermedio del Nuncio— presentarse el día de Pentecostés en Petrópolis, donde será recibido informalmente por el Emperador.

* * *

Entre los días 24 y 27 de mayo, Lasagna visita a Jurujuba, Sapopemba, Niterói y otros lugares. (Nada dice de ello en la carta del día 24; pero el 27 los asesores del Obispo ya conocen su opinión al respecto.)

En la otra banda de la bahía se sumerge en el mar una punta de roca coronada por el peñasco abrupto de Morcêgo, y redondea la ensenada abierta en Icaraí. Al pie del morro estaba la chacra elegida por Lacerda.

La rodeaban, desde lejos, modestas habitaciones de pescadores, y taperas abandonadas. El Obispo había elegido para sus seminaristas un lugar de descanso lejos de Río, con el pensamiento puesto en la amenaza de la fiebre amarilla.[46]

Lasagna se siente disconforme. Años más tarde, escribe en la Crónica del Colegio Pío:

> No pude aprobar la instalación del colegio en Jurujuba, por ser un lugar demasiado alejado, sin caminos, y sólo accesible por mar...

Y en carta a Cagliero, fechada el día 29, califica a Jurujuba de lugar malsano, fuera de mano, y vecino de un lazareto. Desea un lugar sin miasmas, y fuera de la ciudad.

Posteriormente, el 3 de agosto, ratifica su opinión en carta al mismo Cagliero, en los siguientes términos:

> Jurujuba no sería ni mucho, ni poco... Era imposible adaptarla a nuestros usos, por falta de comunicación con la ciudad... Había quien soñaba con barcos..., pero usted verá que es una utopía. ¿Cómo sostenernos económicamente allá?... Además, a doscientos pasos hay un lazareto... La única ventaja consistía en que no costaba nada.

El día 27, mientras Lasagna se dirige a Petrópolis —al día siguiente va a disfrutar de una larga entrevista con el Empera-

dor—, monseñor Lacerda reúne en la Concepción a sus más fieles amigos y administradores, don Guillermo Morrissy y don Antonio Corrêa de Mello, para platicar acerca de la casa destinada a los Salesianos.

Morrissy era un fuerte comerciante de plaza, fervoroso católico y hombre de confianza del Obispo. Éste, al fallecer, lo nombró, junto con Mello, su albacea.

Pero, para nosotros, Morrissy resulta por lo menos tan útil y providencial como lo fue para Lacerda y Lasagna. Porque don Guillermo, con matemática prolijidad, anotaba en su *Diario* todo lo que pasaba. Seis tomitos de doce por quince centímetros —algunos, deteriorados por la polilla— quedan en el archivo salesiano que organizó el padre Riolando Azzi en San Pablo.

Pues bien; el día 27 aparece en el *Diario* de Morrissy la primera alusión al *caso Lasagna.* Dice textualmente don Guillermo:

> *Went to Bishop at Conceição about house in Pa. Gde. for Salesianos. Had a chat, he seems inclined for house at Sapopemba...* (Fui a ver al Obispo en la Concepción, para tratar acerca de la casa en Playa Grande para los Salesianos. A juzgar por nuestra conversación, parece inclinarse por una casa en Sapopemba...)

Para Lasagna, después de sus giras revisando lugares, quedaban sólo dos sitios en juego: Sapopemba y Praia Grande (Niterói), como se deduce de una carta suya a Cagliero fechada en agosto del 82:

> Busqué e indagué... Quién pide demasiado..., allá no hay suficiente terreno..., aquí no hay comodidad de trasporte...[47]

Sapopemba era una estación del Ferrocarril Central, veintiún kilómetros al norte de la ciudad de Río de Janeiro, y situada en las inmediaciones del río homónimo. Hoy se llama *Deodoro,* y lo que fue estancia del Vizconde de Mauá y lugar de ingenios azucareros, está convertido —al menos, parcialmente— en zona militar.[48]

Lasagna le habla de ella a Cagliero en su carta del día 29. Primero describe su entrevista con el emperador Pedro II, que en carta de don Bosco llama

> ... sabio y activísimo. Se entretuvo conmigo mucho tiempo en familiar conversación, se informó minuciosamente sobre el origen de los Salesianos, sobre el objetivo de su misión en la Iglesia, sobre el método de enseñanza y educación de la juventud, sobre los medios de sostenimiento

de sus obras de beneficencia, sobre los resultados obtenidos y otras cosas más.[49]

Le explica, luego, como conversó más de una hora con él; saludó a la Emperatriz y al Conde de Eu; almorzó con el Conde de Le Tour, embajador de Italia, y conoció al Embajador de Portugal. Luego, añade:

El establecimiento de Sapopemba, a tres cuartos de hora de vapor, tiene una gran casa y 25.000 metros cuadrados para una escuela de artes y oficios, y de agricultura... Es un lugar sano y bello, con colonias fertilísimas. La estación del ferrocarril está a dos kilómetros... Habría que lograr del Gobierno una estación más cercana.

* * *

El miércoles 31, *O Apóstolo* trascribe un artículo aparecido diez días antes en *Boa Nova,* de Pará. Es copia del comentario que el *Messager de Valence* (Francia) realiza sobre la visita de don Bosco a las tierras del rey san Luis, y califica al sacerdote piamontés de "infatigable apóstol, amigo de los pobres, fundador de la Congregación Salesiana y de otras obras admirables y maravillosas para los niños pobres y abandonados".[50]

Renglones más adelante, ofrece al público brasileño una carta que el padre Domingo Milanesio enviara a don Bosco con fecha 27 de diciembre de 1881 acerca de las Misiones patagónicas, y que publica el *Bollettino Salesiano.*

* * *

El 2 de junio, primer viernes, Guillermo Morrissy entabla finalmente conversaciones con el dueño de una chacra de Niterói: el señor Andrada Pinto, con el fin de adquirirla.

El martes 6, Andrada Pinto hace una proposición formal: cuarenta contos de precio.

Al día siguiente, Lasagna y Morrissy van a ver la chacra. Quedan encantados..., pero los pasma el costo.

Poco pueden hacer, ya que es víspera de Corpus Christi, y el 9 Lasagna debe preparar su viaje a Belém. Morrissy aprovechará la oportunidad para enviar correspondencia a su gran amigo don Macedo Costa.

El 10 de junio, Lasagna parte en el paquete brasileño *Pará,* rumbo al Amazonas. Viajan unos cuarenta pasajeros. Entre

ellos —dice el manifiesto—, el doctor Luiz *Lasaglia* (sic) y Thomas *Massons* (sic). Llevan en sus maletas una carta de presentación de monseñor Lacerda, y en su corazón, "el deseo de hacer conocer a nuestra queridísima Congregación Salesiana".

Apunta Lasagna:

> Fue un viaje penoso, en un vaporcito que tocaba todos los puertos de la costa...

Y añade en la Crónica del Colegio Pío, con evidente inexactitud: "Se emplearon veintitrés días de ida, y otros tantos de vuelta". (Solamente viajaron catorce días rumbo a Belém.)

El *vaporino* llevaba medicinas, café, coñac, Hesperidina, cerveza y tasajo desde Río, y algunas cosas más, cargadas en Pernambuco.[51]

Hasta Bahía, el mar se mostró sumamente agitado.

No logra ver allá al Arzobispo, que todavía estaba en Ceará.

Tocó luego en Macejó.

Ya en Pernambuco (Recife), visita a los Capuchinos de Nuestra Señora de la Penha, donde celebra misa, y al obispo, don José Pereira da Silva Barros, titular de Olinda. Éste lo compromete para la vuelta. Conoce la Obra Salesiana, y quiere mostrarle una casa y un lugar para instalarlos.

Hace etapas en Paraíba, Natal y Ceará (Fortaleza). Aquí, el Obispo lo hospedó en su casa. Reunió luego un grupo de diputados, y conversaron sobre las posibilidades de una escuela agrícola.

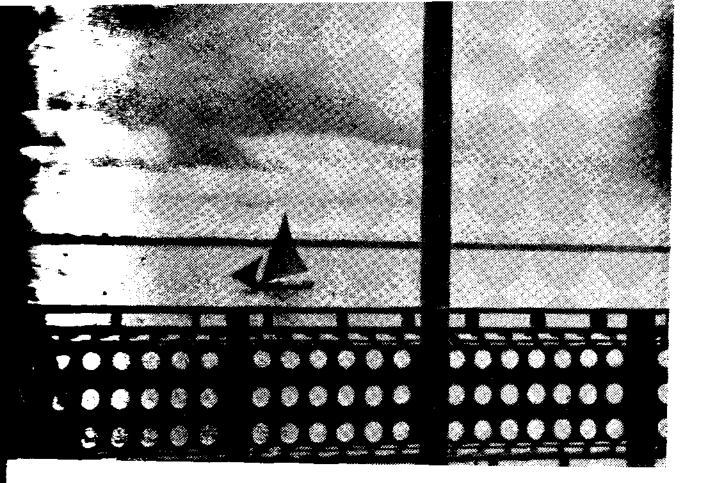
El 22 desembarcó en Marañón. Don Antonio Cándido de Alvarenga estaba ausente por ocho meses, para poder realizar la visita pastoral de la diócesis. Se contenta con saludar al Vicario.

Finalmente, en la mañana del 24 deja a la derecha la *barrera del mar*, la enorme isla de Marajó, y se interna en la bahía de Guajará, puerta de la Amazonia,

> ... llave de los misteriosos y riquísimos valles del Amazonas, habitados por numerosísimas tribus de salvajes...[52]

* * *

Santa Maria de Belém do Pará —la antigua *Mairí* de los indios tupinambás, y feliz *Lusitania* de los portugueses—, ya en 1872 contaba 84.876 habitantes. Tenía un hermoso puerto, arbolado de velas de *jangadeiros* y chimeneas de navíos de vapor que iban para Río, Manaos, Europa y Norteamérica.



BELÉM: Vista de la bahía de Marajó desde el antiguo Castillo, hoy Círculo Militar.

NOROESTE BRASILEÑO





BELÉM: La catedral, observada desde el Palacio Arzobispal.

RECIFE: Tumba de dom Vital G. de Oliveira en la iglesia franciscana de Nossa Senhora da Penha. (Fotos del Autor.)

El viejo Forte do Caslo dominaba el horizonte. Orillaba al puerto una línea de hoteles lusocoloniales, que hospedaban a los viajeros del Amazonas.

Allí se glosaba la escueta información sobre crímenes y muertes desatados esos días continente adentro, en el río Purú, y que habían traído a la ciudad los pasajeros del vapor *Arary*, procedente de Manaos.[53]

Más allá, y en esos mismos días, se estaba preparando el monumento y la estatua del general Curtão, hijo de Pará caído en la guerra del Paraguay. Unos metros más arriba, en la misma plaza del Fuerte (largo da Sé), o plaza de Frey Caetano Brandão, se erguían, blancos como palomas, el palacio episcopal de espaldas al puerto, y enfrente, plaza por medio, la catedral de Nossa Senhora das Graças.

Allí lo esperaba don Antonio Macedo Costa.

Lasagna sintió toda la fascinación que trasuntaba la figura heroica de ese Obispo que frisaba en los cincuenta y dos años. Apreció entonces la realidad de los versos de Aureliano Correia Pimentel:

Resplandece um grande lume
nas marges do Guajará;
resplandece um grande lume
qual o Bispo do Pará.[54]

"Hombre de ardiente celo, de coraje y actividad maravillosos", exclama el viajero.

* * *

Monseñor Macedo Costa había nacido el 7 de agosto de 1830, en el Engenho de Nossa Senhora do Rosario de Copioba, y en una familia de once hijos.

Formado en Francia, unía al personal señorío una espléndida cultura, y su arrebatadora oratoria estaba al servicio de un celo y una piedad edificantes.

De encendida imaginación, elaboraba formas y medios audaces, para multiplicar su apostolado. Hasta soñaba con una parroquia flotante navegando por el Amazonas.

Lasagna permaneció en Pará dieciséis días... (Él escribiría después, en la Crónica del Colegio Pío, una *ventina di giorni.*)

Moraba en casa del Obispo, y pudo admirar todas sus obras, desde las pinturas de Domenico de Angelis que adornaban la catedral, hasta sus piezas oratorias; desde sus fervorosas devociones, hasta sus sueños misioneros.

Con él examinó la Colonia Providencia, y visitó la isla de Arapiranga [55] y varios lugares más, aptos para una posible escuela, que, lamentablemente, no pudo fundar.

Tropezó casi con las mismas dificultades que en Jurujuba: un instituto con talleres no vive sino cerca de una zona industrial o comercial, y un establecimiento con niños necesita trasportes, abastecimientos y atención médica a mano.

Como no llevaba mandato para resolver, se limitó a observar..., y decidió postergar cualquier resolución hasta conocer la opinión que produjeran las referencias que enviaría a Turín.[56]

Desde Paraíba envió sus primeros informes. Piensa que Belém está demasiado lejos y desvinculado de Río, donde debe instalarse la primera casa salesiana del Brasil.

Un colegio en Belém sería atendido más fácilmente desde Turín que desde Río. Él preferiría un lugar más estratégico, como sería Pernambuco.

Por otra parte, señala que el Obispo es muy personal en sus procederes. Por eso no se llevó bien con los Jesuitas. Ahora quiere una obra *diocesana*. Está dispuesto a solventar todos los gastos; pero nunca aceptará la independencia de la dirección. Sólo un director muy inteligente y hábil —anota— podría alternar con don Macedo Costa.[57]

En su crónica, Lasagna subraya que allí festejó el día de san Luis, que había pasado a bordo. No sabemos en qué consistieron los festejos, ni tampoco si habrá probado ese día en la mesa *tartarugada, pato no tucupí, casquinho de mussuã, açai,* o cualquiera de las peculiaridades belemenses.

* * *

Al fin, el 6 de julio se reembarcó para Río. Esta vez, en el *Bahia,* barquichuelo que traía treinta y siete pasajeros, y carga general, y seguía el mismo derrotero que el anterior. Lo comandaba el primer teniente Guillermo Waddington.

Durante el viaje pudo enterarse tranquilamente de acontecimientos que le quedaron profundamente grabados.

Los diarios de Río llegados a Belém, traían las declaraciones de Didelot, el único sobreviviente europeo de la expedición de Jules Crévaux a las fuentes del Pilcomayo.

El famoso explorador, médico de la marina francesa; Billet y Ernesto Hauret, miembros del Observatorio de París, y el pintor Ringuel, dos meses antes —el 24 de abril de ese año—, al anochecer, fueron traidoramente asesinados por los indios *tapechíos,*

en las inmediaciones de las fronteras argentino - paraguayo - bolivianas.

Este trágico suceso Lasagna lo recordará a don Bosco, en una de sus cartas.

Por otra parte, la muerte de Giuseppe Garibaldi —ocurrida en esos días, y que despierta la fiebre funeralicia de todas las logias—, y las alternativas del juicio y condenación de Guiteau, asesino del presidente americano Garfield, ofrecían abundante material para estimular los comentarios de los pasajeros. Los diarios tampoco desdeñaban los temas artísticos, que interesarían a más de uno: Ricardo Wagner se preparaba para estrenar *Parsifal* en Bayreuth, a instancias del Rey de Baviera; el tenor Gayarre era aclamado en Pamplona; Sarah Bernhardt, en París...

Pero algo sucedía que debió de estremecer su emoción religiosa... El mismo día que Lasagna se embarcaba en Belém, llegaban a Recife, en el vapor francés *Sénégal,* los restos de fray Vital, el famoso obispo de la *cuestión religiosa,* fallecido en París, a los treinta y cuatro años de edad.

Un fuerte aguacero impidió llevarlo a pulso hasta Nossa Senhora da Penha —donde en nombre de la Orden lo recibió fray Venancio—, pero no fue óbice para que escoltaran el féretro treinta y dos coches de paseo.[58]

* * *

Mientras Lasagna se dirigía hacia Río, don Antonio Macedo Costa no descansaba. El 15 de julio compró cuatro lotes de terreno en el camino de Bragança, hacia el lado meridional —una superficie de 250 brazas de frente por 500 de fondo, todo por doce contos de reis—, donde pretendía, dicen los diarios, fundar un *establecimiento orfanológico de agricultura.*[59]

Luego, como no había obtenido una respuesta definitiva de los Salesianos, el 22 escribió al cardenal Ludovico Jacobini, secretario de Estado de Su Santidad, para rogarle que interpusiera su influencia ante don Bosco, y aun, si fuese necesario, hiciera intervenir a León XIII, "para obtener la instalación de una escuela de agricultura y artes y oficios, dedicada a la instrucción y educación de alumnos pobres y abandonados".[60]

Este procedimiento episcopal de acudir a la Santa Sede, se generalizó, ante las dificultades para fundar casas salesianas, y en algún caso, lo hallamos sugerido por el propio Lasagna.

Recaló en Pernambuco, previo telegrama al Obispo desde Paraíba. Lo esperaba en el puerto una delegación de eclesiás-

ticos y civiles, y le hicieron ver un viejo convento benedictino, que podía convertirse en escuela de artes y oficios.[61]

* * *

Lasagna pasa la festividad del Sagrado Corazón, 16 de julio, en alta mar, a medio camino, y sólo desembarca en Río el día 22 siguiente.[62]

Para estas fechas, ya Morrissy ha avanzado notablemente —el 7 había visitado con Mello a Manoel Alves Velloso— en el barrio de Santa Rosa, rua d'Atalaia Nº 2, situado al este de Niterói. Parece el lugar ideal para el colegio de los Salesianos.

No bien toma contacto con Lasagna, organiza una nueva visita, y el 24 van juntos a inspeccionar la chacra citada. Por lo visto, vuelven contentos.

Ahí y ahora el padre Lasagna comienza un nuevo peregrinaje. Hay que conseguir el dinero, y hallar la mejor forma posible de escriturar la propiedad.

Las entrevistas se suceden. El día 27, Lacerda, Lasagna, Mello y Morrissy tienen reunión plenaria en el palacio de la Concepción.

El pobre Lacerda acababa de vaciar su bolsa, para subvenir a un problema financiero que amenazaba con borrar del mapa al diario católico *O Apóstolo*. Con todo, rascó los fondos, y halló la forma de asegurarse a los Salesianos, por los que tanto había suspirado. Ese mismo día cierran trato con Manuel Alves Velloso y su mujer María Sante.

El 1º de agosto aparece en el Diario de Morrissy una exclamación subrayada: *Memorable day!...* Todo arreglado. Se pagan ocho contos de seña. El resto, hasta completar veinte, se entregarán al día siguiente.

Lasagna corrió ese día del Obispo al Nuncio, y del Nuncio al Obispo. Para acallar los escrúpulos de Lacerda, era indispensable una autorización de la Nunciatura. Curiosamente, mientras caminaba de la Concepción a Lapa, en la misma calle se le cruzó un desconocido, para ofrecerle una escuela agrícola como legado de la Vizcondesa de Río Nuevo, que acababa de fallecer. Por supuesto que se lo sacó de encima lo mejor que pudo.[63]

En la Crónica del Colegio Pío puede leerse el relato del acontecimiento:

> La casa y el terreno se compraron por 50.000 liras, con dinero del Obispo y de un legado pío que el Internuncio autorizó a invertir en aquella compra...

Para tranquilidad del Obispo, quedó establecido que los Salesianos devolverían las 30.000 liras del legado, en caso de abandonar la obra.

Ese día, la lira se cotizaba a 458 reis. Así lo señalaba el *Jornal do Comércio,* en su número del 5 de agosto de 1882.

Sin embargo, Lasagna remata la crónica —escrita, por lo menos, diez años después de los hechos— con estas palabras: *"Dopo partì pel Gran Pará".* Evidentemente, el tiempo trascurrido lo lleva a incurrir en una confusión. Es absolutamente más seguro el Diario de Morrissy, redactado día por día, y con una meticulosidad que le hace anotar hasta su hora de levantarse, los días de confesión, y los paseos de sus niños.

Por otra parte, en el Archivo Central de la Sociedad Salesiana (Turín, S. 126, 2) existe una carta de Teodoro Massano, fechada en 1882, el *Giorno di S. Anna* (26 de julio), al fin de la cual Lasagna envía algunas noticias; entre otras: *"Domani sarà nostra una bella e vasta villa detta di Santa Rosa".*

Entre el 27 de julio y el 1º de agosto de 1882, sin lugar a dudas, nacía el Colegio Santa Rosa de Niterói.

El día 3 se registró la propiedad a nombre del padre Lasagna, y el 5 se otorgó escritura ante el escribano José Claro Ferreira da Silva.

El día 4, Lasagna lo ocupa en despedidas. A Mello, Morrissy y sus respectivas esposas, les muestra su agradecimiento con el regalo de sendos rosarios.

Escribe algunas cartas, deja organizada una comisión para recoger limosnas destinadas a los gastos de instalación del colegio, y a las cinco de la tarde se embarca en el paquebote *Le France.* Éste no termina a tiempo sus operaciones, y sólo puede partir al día siguiente. Lleva 439 pasajeros en tránsito, y en el manifiesto declara, entre los embarcados en Río:

> ... os francezes *(sic)* D. Luiz Lasagna Presbítero e l'abbé Teodoro Mayano *(sic)*.[64]

El día 10, Morrissy envía triunfalmente copias de las escrituras a don Bosco...[65]

* * *

Durante estos días, Lasagna recibe también cartas del Vicario General de San Pablo. Le ruega se traslade allá, examine las circunstancias, y ponga las condiciones para fundar un hospicio de niños pobres, que fuese a la vez centro de las Misiones salesianas, para atender inmigrantes italianos y tribus de indios.

Sólo pudo contestar desde Montevideo, y prometerle una próxima visita.[66]

[1] Los datos geográficos aquí consignados y los que sigan, corresponden a la publicación oficial: *Le Brésil en 1889, ouvrage publiée par le soin du Syndicat Comité Franco-Brésilien pour l'Exposition Universelle de Paris, sous la direction de M. F.-J. de Santa-Anna Néry* (Librairie Charles Delagrave, Paris, 1889). Además, para la compilación de este cuadro introductorio de la realidad brasileña de la época, he cotejado los datos directamente tomados de las fuentes con los siguientes autores:

Gilberto Freyre, *Introdução à história da sociedade patriarcal no Brasil — Sobrados e mucambos — Decadência do patriarcado rural e desenvolvimento urbano* (ed. Livraria José Olympio, Rio de Janeiro, 1961);

José Francisco de Rocha Pombo, *História do Brasil*, vols. IX y X (Edições Benjamin de Aguiar, Rio de Janeiro, s/f.);

Dom Antônio de Almeida Lustosa, arcebispo do Pará, *Dom Macedo Costa* (Cruzada da Boa Imprensa, Rio de Janeiro, 1939);

Heitor Lyra, *História de Dom Pedro* (Companhia Editôra Nacional, Rio de Janeiro, 1939);

Tito Lívio Ferreira e Manoel Rodrigues Ferreira, *História da civilização brasileira* (Gráfica Biblos Ltda., São Paulo, 1959);

P. Heliodoro Pires, *Temas de história eclesiástica do Brasil.*

[2] En las ceremonias religiosas de origen africano, son adorados los *Orixás*, cuyas imágenes se exponen. Eran especie de semidioses, hombres poderosos que se adueñaron de la naturaleza, y en vez de morir, se trasformaron en piedras, viento, agua, animales... Se los veneraba, para obtener en favor de esas mismas fuerzas.

En otro orden de cosas, durante la Colonia san Antonio fue considerado *soldado* de los ejércitos lusobrasileños. El 18 de setiembre de 1710 fue ascendido a *capitán de infantería*, y el príncipe regente Juan VI lo promovió a *sargento mayor* (14-VII-1810) y a *teniente coronel* (26-VI-1814). Cargo reconocido con derecho a sueldo por la República el 15 de octubre de 1890, en decreto Nº 42, que lleva la firma del mariscal Floriano Peixoto.

(Cf. Vivaldo Coaracy, *Memórias da cidade do Rio de Janeiro, cit.*, pág. XLII.)

[3] San Benito de Nursia es *São Bento*, y *São Benedito* se le dice a san Benito de Palermo.

Narra Vivaldo Coaracy que en 1849 dejó de figurar —al menos, por un año— en la procesión de la Ceniza el paso de *São Benedito*, porque algunos hermanos pensaban que *"branco não carrega negro nas costas, mesmo que seja santo"*.

Cf. *Memórias...*, cit., pág. 323.

[4] La cotización exacta que se trascribe en *Le Brésil en 1889*, ya citado, es la siguiente: una libra esterlina, 8 $ 889 reis; un franco francés, $ 350 reis; un duro español, 1 $ 842 reis.

[5] Bahía fue erigida sede de obispado por el papa Julio III, en 1550, y como arzobispado, por Inocencio XI, en 1676. Los demás obispados eran: Río de Janeiro (Inocencio XI, en 1676); Olinda y Marañón (Paulo V, en 1676 y 1677, respectivamente); Pará (Clemente XI, en 1719); Mariana y San Pablo (Benedicto XIV, en 1745); Cuiabá y Goiás (el mismo papa Benedicto, en 1826); Porto Alegre, Diamantina y Fortaleza (Pío IX, el primero en 1848, y los dos siguientes en 1854).

Después de la separación de la Iglesia y el Estado (decreto 119-A, del 7-I-1890, firmado por el mariscal Deodoro da Fonseca, a propuesta del consejero Rui Barboza), León XIII creó de un solo plumazo el arzobispado de Río y los obispados de Amazonas, Paraíba, Niterói y Curitiba, en 1892, y de Espíritu Santo, en 1895.

Cf. Dr. Manoel de Alvarenga, *O episcopado brasileiro* (Ed. Propagandista Cathólico, *São Paulo,* 1915). Véase, también, *Revista do Istituto Histórico e Geográfico Brasileiro,* vol. 222, janeiro - março de 1954.

[6] Cf. carta de Lasagna a don Bosco del 24-XI-1882, en el ACSS.

Arquivo Público de São Paulo, vol. XXXI, 158: *Mapa geral dos conventos e hospícios de religiosos que existen nessa Capitania de São Paulo, com o número dos escravos que poseen.*

Guía invalorable para la investigación histórico - eclesiástica en el Brasil resulta el espléndido volumen de José Carlos de Macedo Soares, *Fontes da história da Igreja Católica no Brasil* (São Paulo, 1954).

[7] Archivo Secreto Vaticano, Secretaría de Estado, 1875, Rúbr. 251, pág. 8.

El encargado de negocios de la Santa Sede, Scipion Domenico Fabbrini, consultó confidencialmente al desembargador Aureliano de Souza e Olivera Coutinho, ministro secretario de Justicia del Imperio, acerca de la posibilidad de publicar los documentos del papa Gregorio XVI. Souza, después de leerlos, también confidencialmente respondió: "... Não pode permitir... que se publiquem e circulem..." Y da por razón: interferencia en el poder temporal y peligro para la paz. El Gobierno —dice— está "poseído de profundo respeto y filial veneración a la Santa Sede; pero, también, a la Constitución del Imperio y a la conservación de la paz y el sosiego público".

[8] Todas estas medidas eran auspiciadas por la prensa por *Ganganelli.* Así lo refiere el Internuncio a la Secretaría de Estado el 3 de febrero de 1875, en nota Nº 456. (Archivio Segreto Vaticano, Segr. di Stato, Rubr. 251, busta 421, fasc. 7º, pág. 49.)

[9] En enero de 1873, Lino Deodato Rodrigues de Carvalho no quería de ninguna manera aceptar el obispado de San Pablo, mientras el Arzobispo de Bahía interponía su renuncia. (Archivio Segreto Vaticano, Segretaria di Stato, 1873, Rubr. 251.)

[10] Para los no familiarizados con la historia brasileña, bueno es aclarar que hubo dos Rio Branco famosos: el Vizconde (1819 - 1880) y su hijo el Barón (1845 - 1912). Aunque ambos actuaron en la política exterior con gran sutileza, el diplomático por excelencia fue el hijo, Barón de Rio Branco. El Vizconde, en cambio, fue uno de los protagonistas de la *cuestión religiosa.*

Anótese, de paso, que para cualquier información sobre los 1.221 títulos de nobleza conferidos durante el Imperio, se puede consultar provechosamente a Carlos G. Rhein Gantz, *Titulares do Império* (Ministério de Justiça e Negócios Interiores, Arquivo Nacional, Rio de Janeiro, 1960).

[11] La encíclica *Quanta cura,* publicada en 1864 "contra los modernos errores del naturalismo y del liberalismo", llevaba anexa una colección de "los principales errores de nuestra edad", llamada *Syllabus.*

[12] En el Colegio Nóbrega, Av. Oliveira Lima 964, de Recife, regentado por la Compañía de Jesús, existe una placa conmemorativa del hecho. *"Aquí vivió y fue preso el 2-I-1874 Fr. Vital María Gonçalves de Oliveira".* El arzobispado funciona actualmente en Recife —avenida Rui Barboza (al 450, más o menos: no tiene número)—, frente a la plaza de San José do Manguinho.

Para más datos sobre don Vital, se puede acudir a la iglesia capuchina de Nossa Senhora da Penha, en la misma ciudad, donde reposan los restos del Obispo, fallecido en París el 4 de julio de 1878, a los treinta y cuatro años de edad, y que tiene anexo el *Museu Dom Vital.*

Las notas originales acerca de la Misión Penedos, se hallan en el Archivio Segreto Vaticano, Segretaria di Stato, anno 1875, Rubr. 251, fasc. 1º, busta 421.

[13] El 18 de diciembre de 1873, el cardenal Antonelli escribió a fray Vital recomendándole que "dócil al Padre Santo..., deje la primitiva severidad... y

tome el camino de la moderación". La carta llegó a la cárcel el 24 de enero, por manos de monseñor Lacerda. Hé aquí algunos de sus párrafos:

"Quapropter Sanctitas Sua, etsi tuum apprime commendet studium ac zelum quoad nixus videris ad propellendam e Christi obispus exitialem massonicae sectae pestem, quae ob quorundam Praesulum incuriam, qui iam isti regioni, praefuerunt, grassatur impune, atque diem magis invalescit; haud quaquam tamen laudare potuit media a Te adhibita ut quod tibi proponebas consequeris... Gradatim ergo a te procedendum erat, prudenter seligenda media, aeque non absque patienti moderamine adhibenda, ut tandem pervenires, quo spectabas. / At vero si haec agendi ratio a te servanda erat antequam littera Summi Pontificis, sub die 29 Maii ad te datae pervenirent, multo magis ob oculos a te habenda foret, iisdem letteris acceptis, quibus tibi expressae insinuabatur et admonebaris, ut per integri anni unius spatium ab omni rigoris actu supersederes. Quo circa approbatione certe dignum non est, quod te post habitis Sanctitatis Suae conciliis in coepto instituto perseverare malueris..."

El Obispo había recibido la carta del 29 de mayo *después* de haber tomado las medidas contra la Cofradía del Santísimo Sacramento. (Archivio Segreto Vaticano, Segretaria di Stato, Rubr. 251, anno 1873, fasc. 1, pág. 44, Nro. 9.029.)

Las instrucciones del 18 de diciembre eran las que el Gobierno imperial deseaba conocer empeñosamente, y que la Santa Sede había ordenado mantener reservadas. Con igual fecha, la Secretaría de Estado escribió al Gobierno, sin saber que fray Vital ya estaba encarcelado. El Papa —decía— "ha deplorato el conflitto..., i motivi e le circonstanze che lo hanno provocato, e le infauste conseguenze... Ha visto con soddisfazione che l'Imperatore e Governo, in omaggio al Capo Supremo della Chiesa ed in prova d'attaccamento alla Religione Cattolica, si è rivolto a la S. Sede... / ... è disposto a giovarsi di quei mezzi che nell'alta sua sapienza... ravviserà opportuni onde porre... termine al deplorato conflitto. Confida però che lo stesso Governo concorderá dal canto suo a rimuovere gli ostacoli che potrebbero intracciare il pronto ristabilimento della desiderata concordia..."

Cuando la Santa Sede se enteró de las medidas adoptadas por el Gobierno imperial, reclamó seriamente por incumplimiento del acuerdo Penedos.

Mientras tanto, fray Vital reiteró su sumisión a la Santa Sede en carta al Papa del 24 de enero. Ésta mereció una respuesta personal de Su Santidad, con fecha 1º de abril: "... Nos... nunquam de tua hac eximia voluntate dubitavimus, ac nihil magis cupimus, quam ut, si qua sollicitudo huius rei causa te angit, eam poenitus, ex tuo animo dimittas... / ... insuper iterata laude te in Domino prosequimur ob sacerdotalem tuum zelum in tuenda causa religionis pro qua iniustam etiam damnationem te sustinere vehementissime dolemus ut quod eam sustineas virtute digna eo gradu quem tenes sincero gratulamur..." (Archivio Segreto Vaticano, Segretaria di Stato, Rubr. 251, anno 1873, busta 407, fasc. 3º, pág. 40.)

[14] *Jornal do Comércio*, de Río de Janeiro, núm. del 8-XII-1875: "Movimento do Porto"; Cesare Chiala, *Da Torino...*, cit., pág. 154 (lettera VI).

Conforme a lo indicado en la nota 7 del capítulo II, pág. 63, en estas crónicas se deslizaban muchas perlas. Esta carta, la sexta, es la más pródiga en errores.

Ya don Lacerda lo afirmaba en su pastoral Nº 3: *Carta do Bispo do Rio de Janeiro em favor de um estabelecimento de Oficios, Artes e Letras em Nichteroy* (Rio de Janeiro, 1883): "Pena hé que alguns erros e inexatas informaçōes alí [en Chiala] se leião, devidos à rapidez com que a obra foi escripta por viajantes apressados. Mas ficão bem compensados êsses erros pelo enthusiasmo e afecto com que o escriptor fala de outras cousas do Brasil".

Nosotros no señalaremos las inexactitudes. Pondremos, simplemente, el dato correcto. Por ejemplo, en vez de Plaza San José, escribimos *Largo do Paço* (hoy, *Quinze de Novembro*).

[15] El palacio episcopal estaba situado en el morro da Conceição, frente a São Bento. Frei Francisco de São Jerónimo, obispo de Río en el siglo XVIII, co-

mo no tuviera residencia, consiguió una *carta regia* para que le cedieran el convento abandonado por los Capuchinos franceses, y por dos siglos fue éste el palacio episcopal. Durante el arzobispado de don Joaquín Arcoverde, fue construido en Rua Catete el actual palacio de São Joaquim. (Cf. Vivaldo Coaracy, *Memórias...*, cit., pág. 236.)

Los Misioneros anotan que la Capilla Imperial estaba adornada para el bautizo de un *príncipe imperial*. Bien pudiera ser que intentaran decir que los adornos estaban colocados desde hacía varios días —hablan ellos de una alfombra especial, etcétera—, ya que el bautizo del *Príncipe do Gram Pará*, Pedro de Alcántara Luiz Phillipe Maria Gastão Miguel Gabriel Rafael Gonzaga, hijo de la princesa Isabel y de Gastón de Orleáns, Conde de Eu, nacido el 15 de octubre, a las 4.30 de la mañana, había ocurrido el 2 de diciembre. (Cf. *Jornal do Comércio*, de Río de Janeiro, núm. del 3-XII-1875.) Podía favorecer la confusión, el hecho de que los diarios publicaran el acta del bautizo el día 8 (cf. *Jornal...*, cit., 8-XII-1875).

Monseñor Lacerda tenía entonces cuarenta y cinco años. Había nacido el 31 de enero de 1830, y era obispo desde el 24 de setiembre de 1868.

[16] Según Chiala, la foto de los Misioneros le fue entregada a don Lacerda durante la visita. Según la relación del Arzobispo, en la pastoral citada, le fue enviada al día siguiente.

[17] Monseñor Lacerda, pastoral citada.

[18] Casi todas las citas de diarios y publicaciones del Brasil las debo a las atenciones que me prestaron en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro (avenida Rio Branco). A pesar de que un cartel rezaba: "*Devido à paralisação dos elevadores, os pedidos de publicações deveram ser feitos de véspera — Julho 1960*" (estábamos en 1966), la amabilidad carioca me ayudó a trabajar bien y rápido.

[19] Las noticias sobre la segunda visita salesiana a Río están tomadas de *Memorie biografiche...*, vol. XIII, pág. 161, y vol. XII, pág. 539: carta de don Bodratto a don Bosco, fechada en 6-XII-1877. (Cf. Mons. Lacerda, pastoral citada, pág. 10, y ACSS.)

[20] ACSS., carta a don Bosco, del 2-I-1877.

[21] *Memorie biografiche*, vol. XIII, pág. 161.

[22] Copia de la Crónica del Colegio Don Bosco, de San Nicolás de los Arroyos, pág. 26, existente en el Archivo de la Inspectoría de San Francisco de Sales, Buenos Aires.

[23] En Cuiabá pude consultar la Biblioteca del Estado, en Praça 24 Fevereiro; el Arquivo do Estado, en Barão de Melgaço 128, y, gracias a la amabilidad del señor arzobispo, don Orlando Chaves, el Museu Dom Aquino Correa. Debo agradecer, también, las orientaciones del presbítero Wanir Delfino Cesar, director del Instituto de Pesquisas Históricas Dom Aquino Correa.

[24] Cf. *O Apóstolo*, de Río de Janeiro, 22-VII-1877 y días siguientes.

[25] *Memorie biografiche*, vol. XII, pág. 341, y vol. XIII, págs. 129 y 174; Mons. P. M. Lacerda, Pastoral citada, pág. 11; ACSS., carta de Lacerda a Lasagna, del 30-I-1882.

[26] *Memorie biografiche*, vol. XIII, pág. 174 —allí pueden leerse los pormenores de la visita—, y vol. XIII, pág. 934, donde se hace mención de la correspondencia cruzada posteriormente entre Lacerda y don Bosco.

[27] El internuncio apostólico en Río, Domenico Sanguigni, en uno de sus informes ordinarios a la Secretaría de Estado del Vaticano, dice: "*Lacerda...*,

inceppato com'egli è dai suoi scrupoli..." (Archivio Segreto Vaticano, Segretaria di Stato, anno 1869, Rubr. 251, busta 376, pág. 54.)

[28] E. Ceria, *Annali della Società Salesiana*, vol. I, pág. 261; *Argentina Salesiana*, pág. 117.

[29] Carta del padre Costamagna a don Bosco, del 14-XII-1877, publicada en *Bollettino Salesiano.*

[30] Lorenzo Massa, S.D.B., *Vida del padre José Vespignani*, pág. 85 (Soc. Ed. Internacional, Buenos Aires, 1942).

[31] Las *Memorie biografiche* (vol. XIII, pág. 934) dicen erróneamente "el día 9" (cf. *O Apóstolo*, de Río de Janeiro, 12-XII-1877, y *Diário do Rio*, 11-XII-1877). De paso, anotemos que el otro obispo que había ido a Roma, y del que enseguida trataremos, monseñor Macedo Costa, había regresado a Bahía en el *Sénégal*, el 6 de agosto.

[32] *Jurujuba*, antiguamente llamada *Piratininga* (papagallo amarillo), nombre que se cree daban los indios a los franceses que frecuentaban el lugar.

La parroquia de Nuestra Señora de la Concepción había sido creada por ley provincial el 23 de mayo de 1840, y los habitantes de la zona no pasaban de 2.000 personas. Más adelante volveremos sobre el tema.

Cf. Alfredo Moreira Pinto, *Apontamentos para o Dicionário Geográfico do Brazil* (Ed. Imprensa Nacional, Rio de Janeiro, 1894); Vivaldo Coaracy, *Todos contam sua vida*, pág. 28 (ed. Livraria José Olympio, Rio de Janeiro, 1959).

[33] *Bollettino Salesiano*, VI, 1878, pág. 9, en el ACSS.

[34] *Bollettino Salesiano*, agosto 1881. Véase, también, *Projeções epistolares* — 14-VII-1883! / 14-VII-1908! (Preciosas Recordações dos 25 años de fecunda existência do Colégio Salesiano "Santa Rosa" en Nictheroy, por ocasião de seus jubilares festejos), págs. 1-5 (ed. Colégio Santa Rosa, Niterói, 1908).

[35] *Memorie biografiche*, vol. XV, págs. 625 y 818, doc. 88; *Bulletin Salésien*, septembre 1881, en el ACSS.

[36] Dom Antônio de Almeida Lustosa, *Dom Macedo Costa* (ed. Cruzada da Boa Imprensa, Rio de Janeiro, 1939): Carta do Bispo do Rio de Janeiro, Río, 1883, pág. 15.

[37] Museu Dom Aquino Corrêa (Cuiabá), paquete Nº 4: Carta del P. Simón, superior lazarista, a monseñor d'Amour, del 28-VI-1878.

[38] *Memorie biografiche*, vol. XV, pág. 621.

En su monografía en dos volúmenes intitulada *Os Salesianos no Brasil — Ensaio de crónica dos primeiros vinte anos da Obra de Dom Bosco no Brasil* (1883-1903) (Ed. S. V. S., São Paulo, 1955), el padre Luiz Marcigaglia, S.D.B., deja con un interrogante la afirmación de que el TEODORO de que habla en su carta el padre Lasagna, fuera el clérigo TEODORO MASSANO. Si bien en el manifiesto del *Équateur*, que publica el *Jornal do Comércio* de Río (15-V-1882), no figura Teodoro Massano, sino DOMINIQUES ABBANELLO (*sic*), lo que denuncia las primeras intenciones de Lasagna; Massano, además de ser el único salesiano de nombre Teodoro que estaba en el Uruguay, aparece en todos los otros conocimientos de viaje en forma más o menos clara. Los publica el *Jornal do Comércio:* el 10-VI-1882, para Belém, en el paquete nacional *Pará*, LUIZ LASAGLIA (sic) y THOMAS MASSONS; el 23-VI-1882, de Belém, en el paquete nacional *Bahía*, LUIZ LASAGNA y THEODORO MASSANO, y el 6-VIII-1882, en el *France*, con destino a Montevideo, LUIZ LASAGNA y THEODORO MAYANO. (Esto último es muy explicable, debido a la grafía italiana de la *doble ese.*)

[39] Don Eugenio Ceria, en los *Annali...*, cit. (Vol. I, pág. 457), creo que por error de imprenta fija la partida de Lasagna *"il 9 gennaio"*.

[40] Monseñor Mario Mocenni, nacido el 22 de enero de 1826, venía a cumplir la misión de delegado apostólico en el Ecuador, el Perú, Bolivia y Chile. Había sido nombrado internuncio del Brasil el 30 de marzo de 1882, para sustituir a monseñor Ángel Di Pietro (1879-1881) y al auditor a cargo Antonio Sabatucci (11-XI-1881 a 22-V-1882).

Cf. M. J. Sanguinetti, *La representación diplomática...*, cit., pág. 116 (Ed. Difusión, Buenos Aires, 1954).

[41] Don Álbera —*Memorias...*, cit., pág. 194— coloca el episodio del cometa, sin identificarlo, en el segundo viaje al Brasil (julio de 1883). No hallo ningún dato que sostenga tal afirmación. Creo que se trata de la observación del cometa Wells, durante el primer viaje, en mayo de 1882; y la referencia a los periodistas que lo interrogaban sobre el fenómeno —tal vez, un poco magnificado— se confirma en el artículo de *O Apóstolo* (21-V-1882), donde se habla del *sabio padre Lasagna.* No he podido encontrar otro indicio. (El cometa Wells fue visto en la zona carioca por dos meses, hasta el 28 de junio de 1882, en que desapareció.)

Cf. *Jornal do Comércio,* de Río de Janeiro, año 64, números de los días 28 de mayo y 2 y 6 de julio. El *Jornal* cita el 2 de julio a *Itatiaya,* "folha de Rezende".

[42] Cf. *O Apóstolo,* de Río de Janeiro, núm. del 14-V-1882.

[43] Los extranjeros no aciertan con el motivo de que al abierto tranvía tirado por burros se lo llame en Río y en el Brasil *bonde...* Los eléctricos se inauguran en 1892, desde el Largo do Carioca hasta la estación Flamengo, y siguen con el apelativo. El ingeniero norteamericano Charles B. Greenough obtuvo el 5 de abril de 1868 la primera concesión de tranvías de burros para la Botanical Garden Railroad Company. En esa época, el Gobierno de Itaboraí lanzó un empréstito interno, cuyos títulos llevaban la denominación inglesa de *bonds.* Los cariocas, impresionados, primero, por el nombre exótico; luego, por las críticas a la operación gubernamental, y burlones por temperamento, llamaron *bonds* a los billetes del tranvía, y finalmente adjudicaron al vehículo el nombre de *bonde,* que se pronuncia *bondi.* El vocablo —cuyo diminutivo portugués es *bondinho* (pr. *bondiño*)— se propaló a todo el Brasil.

[44] Cf. *Jornal do Comércio* (Río de Janeiro), del 20 de abril de 1884.

En el informe Nº 3.210 que el Internuncio envía a Roma, explica al cardenal Antonelli que en abril de 1869 había llegado a Río un barco italiano, el *Creola del Plata.* Traía enfermos de fiebre amarilla. El Capitán, por ignorancia o por malicia, los ocultó, y se inició el contagio. (Archivio Segreto Vaticano, Segretaria di Stato, anno 1870, Rubr. 251, busta 386.)

[45] ACSS., carta del 25-V-1882.

[46] V. Coaracy, *Todos contam...*, citado.

[47] ACSS., carta a Cagliero, del 3-VIII-1882.

[48] Brasil Gerson, *História das ruas do Río,* ed. IV, pág. 567 (Livraria Brasiliana Editôra, Rio de Janeiro, 1965).

[49] ACSS., carta de Lasagna a don Bosco, del 24-XI-1882.

[50] Biblioteca Nacional de Río de Janeiro.

[51] *Jornal do Comércio* (Río de Janeiro), del 10-VI-1882; *O Liberal do Pará* (Belém do Pará), Nº 139, del martes 27-VI-1882 (Biblioteca e Arquivo Público, Rua Campos Salles 274).

[52] La relación de este viaje está contenida en la conocida carta de Lasagna

a don Bosco del 24-XI-1882, en otras tres enviadas desde Paraíba (17 y 19-VI, y 13-VII), y en una fechada en Belém, 26-VI, existentes en el ACSS.
O Liberal do Pará (Nº 139, del 27-VI-1882) establece el día de llegada del *Pará.*

[53] *Diário do Gram - Pará* (Belém), propiedade e redação do Bacharel Miguel Lúcio Albuquerque Mello, del 17-VI-1882.

[54] A. de Almeida Lustosa, *Dom M. Costa,* cit.

[55] *Arapiranga...* En el cuaderno de Crónicas del Colegio Pío de Villa Colón, el padre Lasagna anotó con su letra endiablada: "Visitammo l'isola di *Orapiranga...*" Como no he podido hallar ese lugar —ni nadie ha sabido darme razón de tal nombre en la toponimia brasileña—, creo que se trate de *Arapiranga,* isla del Estado de Pará, ubicada entre la bahía de Guarajá y la isla de Marajó. Poseía entonces una capilla y algunos ingenios, y una escuela creada por ley del 25 de junio de 1881. (Cf. A. Moreira Pinto, *Apontamentos...,* cit., pág. .)

[56] *Memorie biografiche,* vol. XV, pág. 820. Conselheiro M. A. Duarte de Azevedo, *D. Luiz Lasagna — Notícia biográphica* (Esc. Tipogr. Salesiana, São Paulo, 1899).

[57] ACSS., carta a Cagliero desde Paraíba, fechada en 13-VII-1882.

[58] *O Liberal do Pará* (Orgão do Partido Liberal), edición del 11-VI-1882 y otras.

[59] *Jornal do Comércio* (Río de Janeiro), del 2-VIII-1882.

[60] *Memorie biografiche,* vol. XV, pág. 820.

[61] ACSS., carta de Massano al padre Riccardi, del 26-VII-1881.

[62] *Jornal do Comércio* (Río de Janeiro), del 23-VI-1882.

[63] ACSS., carta a Cagliero, del 3-VIII-1882.

[64] *Jornal do Comércio* (Río de Janeiro), del 5-VIII-1882.

[65] En la copia de las escrituras que existe en el archivo del Economato del Consejo Superior de la Sociedad Salesiana de Turín, o se ha deslizado un error de amanuense, o, en realidad, se ha apelado a una ficción. Dice que "el *27 de junio,* Velloso vende a Lasagna". En esa fecha, Lasagna está en Belém de Pará. Luego, los demás arreglos, según el mismo documento, se realizan el *27 de julio,* que debe de ser la fecha correcta, aunque los pagos que ahí se dan por efectuados, según el Diario de Morrissy, se realizan el 1º y el 12 de julio.
Anótese de paso que no disponiendo Lasagna de poder o procuración de don Bosco, procedió a la inversa: compró la propiedad a su nombre, y enseguida "nombró a Juan Bosco, superior de los Salesianos, o a quien lo sustituyere en el cargo", su procurador para todos los efectos legales sobre la propiedad. (Cf. Cartorio do 1ro. Tabellião José Claro Ferreira da Silva, L. 32, f. 77, Provincia do Rio de Janeiro, Imperial Cidade de Nictheroy.)

[66] *Bollettino Salesiano,* ottobre 1883: Carta de Lasagna a don Lemoyne, del 6-IX-1883.

CAPÍTULO XII



El Colegio de San Vicente

... Cicatrizada en amor,
sólo un recuerdo es su huella.
No sabrás, al revivirlo,
si es de ventura o tristeza.

J. CHIACCHIO BRUNO, S.D.B.,
Flores del camino, "Voz de romance".

EN EL COLEGIO DE SAN VICENTE, el año 1881 había terminado en gloria. *El Bien* dedicaba a la fiesta de la distribución de premios una entera columna, encabezada con el titular "La vanguardia católica".[1]

La crónica hablaba de cantos y declamaciones, y del vibrante discurso del padre Antonio Metalli.

La última puntada, rebosante de optimismo, correspondió al obispo preconizado de Montevideo, don Inocencio María Yéregui, que así exclamaba:

> "Dejad que los niños vengan a Mí..." No podemos pasar esta oportunidad sin tributar la alabanza debida a los generosos sacrificios de la Comisión, que sostiene esta obra de caridad; a los Salesianos, que tanto cuidado ponen en cultivar la mente y el corazón de estas tiernas plantitas, que por sus frutos ya se muestran dignas de premio; y a los alumnos [280], que serán el consuelo de sus padres y un bien para la sociedad.

* * *

El 30 de diciembre, la Comisión de Vicentinos,[2] que presenció los exámenes los días 27 y 28, comunicaba a la Comisión de Obras Especiales de la Sociedad todo lo observado en la escuela regentada por los Padres Salesianos. Después de afir-

– Monseñor doctor Inocencio María Yéregui, obispo de Montevideo desde 1882. Foto del archivo del Colegio Pío de Villa Colón.

mar que "no tenían motivos de observación acerca de la moralidad", y de examinar el adelanto intelectual de los alumnos, expresaba:

> La clase IV ha mostrado conocimientos satisfactorios; en las otras, en general, se nota alguna deficiencia, debida, sin duda, al corto número de profesores con relación al crecido número de alumnos que frecuentan la escuela, y a la falta de libros, pizarras y demás útiles necesarios para la enseñanza.
>
> Los alumnos fueron examinados individualmente en las materias del programa, notando la mesa la falta de las asignaturas de lectura y escritura.
>
> La Comisión que suscribe opina que una vez llenados estos vacíos que hoy se notan, podrá la escuela llegar a adquirir el grado de perfección a que debe aspirar en las actuales circunstancias una escuela católica que incesantemente ha de estar en la lucha con la escuela impía...[3]

* * *

En rigor, las relaciones entre los Salesianos y la Comisión de las Conferencias de San Vicente nunca pudieron calificarse de brillantes. Desde el comienzo menudearon los desacuerdos.

Ya el 7 de noviembre de 1879, Lasagna se quejaba en carta a Cagliero:

> A los Yéregui los creía más generosos: en San Vicente nos quieren demasiado esclavos... y no nos quedan esperanzas de levantarnos.[4]

Siempre coexistieron dos puntos de vista dispares, que no fueron suficientemente aclarados desde el comienzo. Lasagna quería *libertad absoluta.* Para él, y de acuerdo con el compromiso de aceptación, los Vicentinos debían limitarse a sostener económicamente la obra. Lo demás corría de cuenta de los Salesianos, que pensaban ampliar el establecimiento, convertirlo en escuela de artes y oficios, y manejar ésta a su manera.

Al principio, los Vicentinos cedieron. Pero luego —movidos principalmente por los hermanos Yéregui, y asesorados por el padre Morell, de la Compañía de Jesús— fueron recuperando terreno. La primera oportunidad para avanzar la hallaron en el primer director salesiano. Don Emilio Rizzo era muy simpático y amable, pero flojo de principios. Intimó con la familia de Yéregui, y al poco tiempo, casi sin notarlo, se había rendido con armas y bagajes.

Quiso la buena o la mala suerte que, al mismo tiempo, Rizzo no fuera muy cumplidor de sus deberes religiosos internos, lo que motivó su traslado. Vino a suplirlo el padre Agustín Mazzarello, hombre muy firme y claro en sus posiciones, pero brusco en sus procederes. Y enseguida comenzaron las fricciones. Con ellas se descubrieron las mutuas deficiencias, siempre limadas por la diplomacia de Lasagna y la buena voluntad de los excelentes cristianos que eran los Yéregui. Pero se fijaron posiciones.

En 1880, Lasagna escribe a Turín:

> Los Vicentinos nos tienen esclavizados. No se puede hacer nada..., sin embargo, es preciso no romper bruscamente...[5]

* * *

Durante la ausencia de Lasagna, en 1881, las escaramuzas se multiplicaron. Al fin, el padre Costamagna se rindió a muchas de las pretensiones vicentinas.

Al volver Lasagna, acepta las deficiencias criticadas, y para el curso de 1882 duplica el personal salesiano del Colegio, que es, además, sede de uno de los Oratorios festivos más florecientes.

Pero algo falló en el engranaje de las negociaciones. El 20 de marzo, la Comisión de Obras Especiales envió al Superior de los Salesianos copia del informe de la comisión examinadora, trascrito anteriormente. En la nota de remisión, se expresa al respecto:

> Por él se impondrá del juicio que la Comisión se ha formado del estado de los conocimientos de una parte de los alumnos...[6]

Pero a continuación aderezan el plato con ásperos comentarios, que suscriben H. Gallinal y José María Yéregui.

Aunque saben que habrá cambios en la organización del Colegio, y admiten que están dispuestos a esperar un poco, para ver qué pasa; quieren dejar bien sentado que:

> La Comisión no entra a juzgar las causas que hayan motivado las irregularidades [la comisión examinadora sólo habla de *algunas deficiencias*], como tampoco el que no se hayan presentado alumnos a examen en las asignaturas de lectura y escritura, pero sí lo lamenta.
>
> Cree el infrascrito que la comisión examinadora ha cometido una omisión en el informe a que me refiero,

queriendo, tal vez, ser algo indulgente: me refiero a la disciplina notada en los alumnos de la escuela; pero esta Comisión, testigo presencial en varias ocasiones, no puede dejar pasar inapersivida (sic) esta gran falta...

* * *

Los proyectiles sorprendieron a Lasagna cuando estaba organizando su viaje al Brasil. La primera reacción, que conocemos, aparece en su carta a Cagliero del 27 de marzo. Después de anunciarle el envío de un giro para adquirir las ropas prelaticias de monseñor Isasa, dice textualmente:

> El Obispo [Yéregui] parece querernos. Sus hermanos, no. Don Pepe me acaba de enviar una nota insolente sobre el Colegio San Vicente, que el año pasado dio algunos motivos de queja. Viendo la marcha de este año, podía haberla evitado. Nos siguen teniendo de esclavos, *y yo espero solamente el momento oportuno para abandonar todo sin ofenderlos ni irritarlos.*[7]

La carta vicentina durmió cinco meses en un cajón. Ínterin, Lasagna efectuó su primera visita al Brasil. De vuelta, con mayor serenidad, encaró la respuesta. Está fechada el 22 de agosto, y entre otras cosas, dice:

> ... Me parecieron tan importantes [sus afirmaciones], que antes de contestar o tomar una resolución cualquiera... consulté... a mis Superiores de Italia.[8]

Dedica algunos renglones para felicitar a la Conferencia Vicentina, por la obra cumplida en favor de los 280 alumnos del Colegio de San Vicente, y por la preocupación que exhibe en su nota; pero destaca que "la situación de los Padres Salesianos en ese Colegio es ya intolerable". Y esgrime dos razones básicas: primera, "la insuficiencia de estipendio que se les destina", frente a las exigencias que se tienen. Segunda, "la incompatibilidad de la dignidad de los Religiosos, que dependen de superiores y obispos, con la dependencia de comisiones..., que aunque hoy sean buenas y competentes..., mañana pueden no serlo".

Y del terreno de las consideraciones, pasa a lo resolutivo:

> Por todo eso, pocos días antes de la época de los exámenes que ustedes han de determinar, los PP. Salesianos serán retirados del Colegio San Vicente, [y quedarán] a disposición de su Superior.[9]

* * *

La respuesta de Lasagna produjo el efecto de un cañonazo. Enseguida comenzaron las conversaciones. Intervinieron, entre otros, el Obispo, el Vicario General y el padre Morell, rector del Seminario.

Lasagna conversó pacientemente con todos. Se gastaron muchas palabras, antes que la Comisión Vicentina se expidiera el 11 de diciembre, en los términos siguientes:

> El Consejo Particular de las Conferencias de San Vicente de Paúl, tratando de que los RR. PP. Salesianos continúen al frente de la Escuela de varones de la Sociedad, y atendiendo a la interposición del Ilmo. Sr. Obispo, del Rmo. Sr. Vicario General y del Rector del Seminario Conciliar, que han conferenciado con V. R., ha resuelto aceptar la proposición verbal hecha por R. V. de seguir la Comunidad encargada de la Escuela mediante la compensación mensual de treinta pesos por cada uno de los sujetos que están a cargo de ella, y más ochenta pesos por el alquiler de la casa, así como los útiles, que se les facilitarán por la Comisión de Escuela, como se ha hecho hasta el día.
>
> Como este nuevo arreglo implica a la Sociedad un aumento de gastos, pues en ninguna época desde el año 1858 en que se fundó la Escuela, ha gastado tanto mensualmente en ella, se permite el que firma pedir a V. R. que se digne tratar de que el personal que se ponga al frente de la Escuela, además de ser competente, permanezca lo más posible, pues como V. R. bien comprenderá, aunque el personal de una escuela sea muy competente, si hay cambio continuo de profesores, la buena marcha y progreso de ella se resiente con esa inestabilidad.
>
> Así mismo, el infrascrito tiene encargo de manifestar a V. R. que la Comisión de Obras Especiales conservará la superintendencia y vigilancia, que desde la fundación ha tenido en la Escuela, y que al fin de cada año se darán exámenes públicos, asistiendo la Comisión y designando de acuerdo con los PP. los días y horas, así como los examinadores.

Firman el vicepresidente, señor Joaquín Requena, y el secretario y amanuense, don Fermín C. Yéregui.[10]

La carta no satisface a Lasagna. Había solamente mejoras económicas. Lo demás, como antes. Sin embargo, aceptó dialogar con un comité de conciliación, integrado por el doctor Soler y el padre Morell. Quedó estipulado que el Obispo aprobaría lo actuado.

Morell redactó personalmente un proyecto, titulado *Bases*

de convenio entre el Consejo Particular de las Conferencias de San Vicente de Paúl de Montevideo y el Revmo. P. Superior Provincial de los PP. Salesianos. Según él, el Consejo "confiere la *dirección* y *enseñanza* del Colegio gratuito de varones de San Vicente... a los Padres Salesianos, bajo las bases siguientes..." Y enumera catorce puntos —es decir, dieciséis, porque el 8 y el 10 están repetidos—, en los que suma las pretensiones de las partes, sin lograr síntesis ninguna. Sin embargo, se lo aceptó como documento de trabajo.[11]

Siguieron las conversaciones y el cruce de notas, hasta que a mediados de febrero se produjo la crisis. El día 11, Lasagna responde cortante a una nota vicentina del día 7. En el prólogo confiesa que al leerla, creyó que se trataba de una equivocación. Por ese motivo, había enviado al Presidente la esquela del día 9,

> dando explicaciones y pidiendo una entrevista con los señores miembros del Consejo que usted tuvo la bondad de fijar para el martes próximo. Pero por lo que he oído de su boca y por lo que me han referido otros miembros del Consejo..., vine a saber que la divergencia es más radical de lo que pensaba...
>
> Ahora desechado [el acuerdo] por unanimidad en el Consejo, creo inútil invocar ulteriores reuniones y discusiones, pues sería por mi parte una inconcebible presunción la de conseguir un arreglo que no pudieron obtener personas tan sabias y respetables como los Revmos. PP. Soler y Morell.
>
> Mi único deber, pues, es el de entregar las llaves del Colegio de San Vicente, lo que se verificará dentro de la presente semana.[12]

La Comisión, desconcertada por la salida, responde el día 14:

> ... lamenta grandemente la resolución tomada... Las diferencias existentes son muy pequeñas..., y [así], oídas las explicaciones que se den por una y otra parte, no será imposible un arreglo que dé por terminadas nuestras disidencias... Bajo estas impresiones, ha nombrado una comisión compuesta por los Sres. Dr. Gallinal, Dr. Pedro L. Lenguas y Dn. Fermín Yéregui, para que entendiéndose directamente con V. R. vean el modo más fácil, a la vez que el más justo de conciliar las bases propuestas.
>
> El Consejo espera, pues, que V. R. se dignará fijar el local, día y hora en que pueda tener lugar dicha entrevista...[13]

Lasagna, por su parte, convoca el Capítulo Provincial para el día 18. Ese mismo día escribe al Obispo, y le prepara el ánimo, diciéndole que en el Consejo

> se discutió largamente y con mucha calma, después de haber invocado las luces y la asistencia del Señor. No he querido cerrar la sesión y llamar a votaciones, porque todos estaban muy tristes y abatidos, y no podían avenirse a las bases del arreglo. No es resentimiento, no es mala voluntad: es puro temor, gran temor el que los domina a todos. En el estado en que se hallan los ánimos, la dirección y enseñanza del Colegio San Vicente se presenta sobrecargada de responsabilidades, y todos se hallan muy acobardados... Por más que yo haya hecho y dicho... explicándoles las seguridades de Su Excia. Reverendísima, no he podido trasfundir confianza... Una masa de niños... que puede subir hasta 320, de la categoría más indócil e indisciplinada de la ciudad, irregularísima en su asistencia a las clases, a veces sin libros, ni medios de procurárselos..., reunidos en un local poco adaptado e incómodo..., nos pondría de por sí en frecuentes embarazos y no dejaría de dar lugar a hechos irregulares que el juicio de una comisión algo severa podría torcer en nuestro desprestigio... Entonces más vale confesar nuestra impotencia... y retirarnos con tiempo... La Comisión tiene plenos derechos de pedir visitas e inspecciones.., pero nosotros prevemos que con los elementos que contamos no podríamos contentarlos como ellos quisieran y como nosotros desearíamos...
>
> Si sólo se tratara de sacrificarnos en favor de pobres niños..., nosotros no miraríamos sacrificios, pero la sola idea de un tribunal de vigilancia de seglares... nos desalienta. Créalo, amadísimo Monseñor; la misión de tratar con esa clase de niños es por sí sola espinosísima; siempre surgen mil incidentes inevitables que sólo con mucha indulgencia con ellos y con sus maestros podrán remediarse..., y ¿qué sería si esa indulgencia tan indispensable no la usara la Comisión, que se reserva la superintendencia, vigilancia y exámenes de la escuela?...
>
> No podemos aceptar una situación que no tiene suficientes garantías de independencia en nuestra misión y de perpetuidad y desarrollo en el bien que intentamos...
>
> Preferimos mil veces esperar una oportunidad cualquiera y empezar nosotros por nuestra cuenta esa misma obra de beneficencia, que continuar en una posición insostenible.
>
> Nosotros tuvimos la simplicidad de creer que con prestar toda nuestra obra personal a la regeneración cristiana de la clase pobre fuese ya bastante pagado el sacrificio que

> hacen las Conferencias para sostenernos; pero veo que como sociedad de hombres regidos por estatutos a los cuales no pueden faltar, necesitan tener injerencia directa en nuestros trabajos. Yo los disculpo y alabo..., pero nosotros no podemos aceptar una posición que es también contraria a nuestros estatutos...
>
> Como le decía, aún no se ha votado sobre estas cuestiones, pero se hará mañana. Con este intervalo tendremos mayor tiempo para pensar, meditar y rezar.
>
> Mañana por la tarde vendré yo a Montevideo, para traerle las últimas decisiones...[14]

El día 19 se produjo la votación. Según consta en el acta Nº 69, "se ha votado por unanimidad, con excepción del señor Inspector, la imposibilidad de admitir el arreglo propuesto". Firman el acta Luis Lasagna y Lorenzo Jordán, secretario.[15]

El padre Lasagna comunicó oralmente la resolución al Obispo. Ese mismo día envió una nota a los Vicentinos, y el 20 de febrero, a las seis de la tarde, el padre José Gamba que acababa de ser ordenado sacerdote por monseñor Yéregui el 21 de enero, entregó personalmente las llaves del Colegio.[16]

* * *

El conflicto trajo colas. No hubo rupturas, pero se enfriaron amistades. Lasagna, por un lado, y los Yéregui y el padre Morell, por otro, quedaron circunstancialmente distanciados.

Los Vicentinos siguieron por cincuenta años acariciando infructuosamente el deseo de poner la enseñanza del Colegio en manos de una congregación religiosa. Sólo pudieron conseguirlo en 1933. Los Hermanos del Sagrado Corazón lo dirigieron por algunos años, hasta que decidieron retirarse.[17]

Los Salesianos, por su parte, volvieron a peregrinar tras una casa de artes y oficios en la ciudad de Montevideo. En el 85, casi estaba arreglada con los Jackson la administración de la capilla de Lourdes. Pero no se logró acuerdo con el Obispo sobre las limosnas de funerales.

Al fin, el Prelado cerró trato con los Padres Palotinos.[18]

Los Salesianos se afincaron al fin en Montevideo el año 1889, en el Colegio del Sagrado Corazón, y lograron sus sueños el 93, con la fundación de los Talleres Don Bosco.

[1] *Bollettino Salesiano*, marzo 1882.

[2] La Comisión Vicentina estaba integrada de la siguiente manera: Silverio Viñals, presidente; Luis P. Lenguas, secretario; Alberto J. Heber, José González, Silvestre Umerez, Manuel G. y Pérez, Antonio Farabal, Juan B. Estévez y Enrique E. Arocena.

[3] El documento original se halla en las crónicas del Colegio Pío.

[4] ACSS., carta a Cagliero, del 7-XI-1879.

[5] ACSS., carta a Cagliero, del 7-IX-1880.

[6] El documento original se halla en las crónicas del Colegio Pío.

[7] ACSS., carta a Cagliero, del 27-III-1883.

[8] Crónica del Colegio Pío.
En el deseo de examinar con toda amplitud el problema entre manos, me llegué al Consejo Superior de las Conferencias de San Vicente de Paúl, sito en la calle Treinta y Tres 1286, de Montevideo. A pesar de la amabilidad de su presidente, ingeniero Germán E. Villar, y de las atenciones del señor Fernández, no di con actas anteriores al 15 de agosto de 1883 (acta Nº 1 del Consejo Particular). Por eso, debí guiarme por la publicación *Origen y primer centenario de las Conferencias de San Vicente de Paúl en el Uruguay*, de Emilio Lezama Muñoz (Montevideo, 1958).

[9] Crónica del Colegio Pío.

[10] Crónica del Colegio Pío.

[11] El proyecto —cuyo texto figura en las crónicas del Colegio Pío— dice lo siguiente:

"El Consejo Particular de las Conferencias de San Vicente de Paúl confiere la dirección y enseñanza del Colegio gratuito de varones de San Vicente de Paúl de la ciudad de Montevideo a los RR. PP. Salesianos bajo las bases siguientes: / 1. La Congregación de los Religiosos Salesianos se compromete a dar una educación cristiana y una instrucción elemental adaptada a las necesidades de la clase obrera del pueblo, que comprenderá las asignaturas siguientes: lectura, escritura, gramática castellana, aritmética, geografía y nociones generales de las ciencias naturales en sus aplicaciones a las artes y oficios, ampliación que se dará en una clase especial para los alumnos más adelantados. La religión moral y urbanidad deben ser enseñadas en todos los grados de instrucción que reciban los alumnos. / 2. El método de enseñanza, la disciplina escolar y la designación o cambios de profesores es de la exclusiva incumbencia del Superior de la Congregación Salesiana, recordándose, sin embargo, que el cambio de profesores dentro del año escolar es perjudicial a los alumnos. / 3. El Colegio será atendido por seis individuos de la Congregación Salesiana como personal enseñante, de los cuales uno será el director. / 4. La Comisión Especial expedirá, como hasta ahora, los boletos para ser admitidos los discípulos en la Escuela, y tendrá el derecho de admitir hasta trescientos veinte alumnos, si las condiciones del lugar lo permiten. / 5. Anualmente se rendirán exámenes públicos en el mes de diciembre, salvo el caso extremo de epidemia. / 6. La mesa examinadora será designada por el director del Colegio, y se pasará aviso con quince días de antelación a la Comisión Especial para presenciar los exámenes, si lo cree conveniente. El presidente de la mesa examinadora será el presidente de la Comisión Especial o el miembro de la Comisión que éste designara. En los exámenes el director invitará a los miembros de la Comisión Especial a que a su vez examinen, si lo creen conveniente. / 7. El director del Colegio pasará cada trimestre a la Comisión Especial un estado del número de discípulos, asistencia media y sobre cuanto pueda

interesar a la Sociedad para su gobierno. / 8. La Comisión Especial puede hacer al director del Colegio las observaciones que creyese convenientes para el adelanto y mejora del Colegio, pero que no contengan exigencias superiores a las obligaciones estatuidas en el presente convenio. / 8. (sic) Tiene asimismo la Comisión Especial el derecho de visitar el establecimiento cuando lo juzgue conveniente, previo aviso al director, con indicación del día y hora que desea verificar la visita y cuyo objeto es hacer las observaciones que juzgue necesarias, de conformidad con lo estatuido en este convenio. / 9. Seguirá funcionando como hasta ahora en la Escuela el Oratorio Festivo, a cargo exclusivo del director. / 10. En el caso de expulsión de un niño, el director lo comunicará a la Comisión Especial, y a su vez la Comisión, si creyese deber expulsar a alguno, lo comunicará al director. / 10. (sic) La Comisión Especial se obliga a pasar a la Congregación Salesiana una mensualidad de treinta pesos fuertes por cada uno de los seis Religiosos salesianos que constituyan el personal enseñante y a pagar el alquiler del establecimiento en que funcione el Colegio, que debe tener capacidad suficiente e higiénica para la habitación de los Religiosos y alumnos. / 11. Igualmente se obliga la Comisión a pasar los útiles que fuesen necesarios. / 12. Este contrato podrá ser rescindido por cualquiera de las partes con previo aviso de cuatro meses precedentes al término del año escolar. / 13. Para que cualquier divergencia que llegare a existir entre el director del Colegio y la Comisión Especial pueda terminar amistosamente, en caso de no arribarse a una composición, se resolverá por medio de árbitros por cada parte, y en caso de discordia, un tercero por parte del Obispo diocesano. / 14. Con el fin de evitar cualesquiera inconvenientes, las observaciones que deba hacer la Comisión Especial o el director del Colegio se harán verbal y reservadamente, conservándose así más cordiales y caritativas las relaciones, y pudiéndose de ese modo con mayor facilidad arribarse a un arreglo en caso de divergencia, y aun al fin propuesto de remediar cualesquiera inconvenientes que surjan."

[12] Crónica del Colegio Pío.

[13] Crónica del Colegio Pío.

[14] Crónica del Colegio Pío.

[15] Crónica del Colegio Pío.

[16] J. M. Vidal, *Del árbol salesiano*, "El padre José Gamba" (1859-1939), pág. 38 (inédito).

[17] *Escuela de San Vicente de Paúl — Centenario de la fundación* (1859 - Noviembre 1º - 1959), págs. 24-25 (Montevideo).

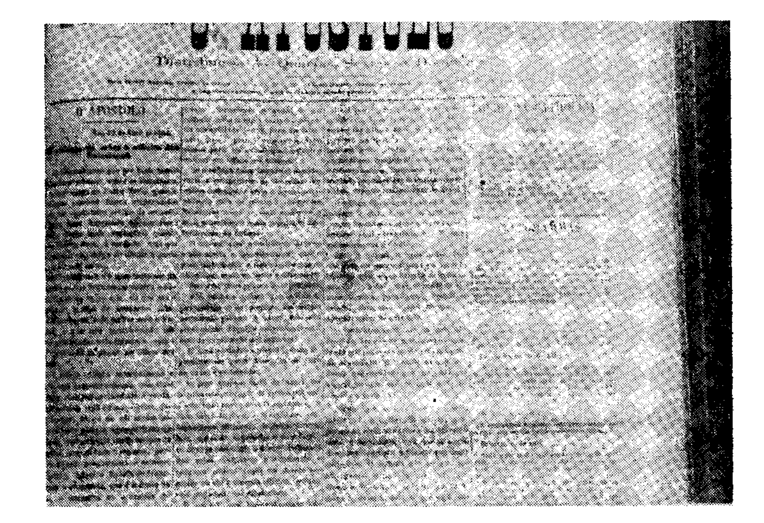
[18] ACSS., cartas de Lasagna a Cagliero, del 3-IX-1885 y del 17-X-1885.



RÍO DE JANEIRO: Iglesia de San Francisco de Paula, donde Lasagna conquistara sus primeros éxitos.

El padre Miguel Borghino, primer director del Colegio de Santa Rosa (1883-88).

ALBORES DE NITERÓI



Artículo de *O Apóstolo* del 23 de abril de 1884, en defensa de los Salesianos y del Colegio de Santa Rosa.

CAPÍTULO XIII



Santa Rosa de Niterói

Santa Cruz é minha terra,
terra santa, cá do sul.
Seu pendão, a Cruz encerra;
têm a Cruz no ceu azul.

DOM FRANCISCO AQUINO CORRÊA, S.D.B.,
Nova et vétera, cit.

EL 24 DE NOVIEMBRE DE 1882, Lasagna enviaba a Turín la relación anual correspondiente a la Inspectoría del Uruguay y el Brasil, ya citada. En ella analiza y evalúa las obras en marcha, enumera los problemas hallados, y las esperanzas incumplidas.[1]

"Brasil —escribe, como suspirando—, el inmenso Imperio del Brasil, es el campo glorioso de trabajo que la Divina Providencia ofrece ahora a los Hijos de San Francisco de Sales. Es hora —exclama, en amable queja— de que éstos, en alas del celo apostólico, vuelen a premiar seis años de ansiosas esperas y repetidas promesas..."

> [Pero] séame permitido destacar, amado Padre, que va a terminar el corriente año de 1882, sin que tal vez nadie —ni un solo salesiano, al menos— haya venido de Italia a unirse a sus hermanos misioneros de América.
>
> Esta realidad insólita, ya que no había ocurrido en muchos años, nos ha causado dolorosísima impresión...
>
> ¡Oh, no se haga desear por más tiempo una nueva expedición de misioneros! El sacrificio que realicen para desatarse de los brazos de los seres queridos, y el inmenso bien que podrán cumplir en su labor misionera, todo, totalmente todo, será trasformado en celestiales bendiciones para su familia y para su patria.
>
> Parte de los que vengan, deberán acompañarnos hasta la capital del Brasil, a los morros de Niterói, donde ya nos espera una modesta casita, destinada a ser un día, grandioso establecimiento de niños pobres y abandonados, y, seguramente, vivero de futuros apóstoles...

— El emperador del Brasil, don Pedro II. (Grabado de la época.)

La pluma de Lasagna, con toda su agilidad y viveza, apenas logra trasuntar el fulgor de los sueños. Pará, Cuiabá, Bolivia, Paraguay..., desfilan apiñados en sus líneas, con multitud de salesianos y de obras. No ve lejano el día en que los pioneros que desciendan de la Amazonia hacia el meridión, puedan abrazarse con los que asciendan por el Mato Grosso hacia el norte, y así exclama:

> ¿Quién sabe si después de trasponer las cumbres de los montes Pary, al descender por los ríos Arinos y Tapajoz, no podremos algún día estrechar las manos de los hermanos que trabajen en el Gran Pará y el Amazonas?...
>
> Plegue a Dios alboree pronto ese día, para que puedan salvarse tantos pueblos hundidos en las tinieblas de la barbarie...

Y concluye expresando al Santo Fundador sus anhelos más vehementes:

> Son éstos los ardientes votos y deseos, veneradísimo don Bosco, que quiero presentarle y depositar en su noble corazón en estas fiestas navideñas, como testimonio vivo del amor inalterable que yo y mis hermanos ofrecemos a usted, a nuestra Pía Sociedad y a las Misiones que Dios y su Iglesia tuvieron la bondad de confiarnos.
>
> Acéptelos, Padre, con la misma ternura con que fueron formulados, y quiera retribuirlos con su santa bendición y... con los deseados auxilios...

* * *

Los arrebatos líricos y la afectuosa nostalgia de don Bosco, no le tapaban el duro cuadro de la realidad que presentimos en la insistencia por los *suspirados auxilios*. Es que, además de las recomendaciones y pedidos que lo asediaban, existían compromisos decididamente adquiridos ante los obispos y la Santa Sede. En primer lugar, con la diócesis de Río de Janeiro: la casa de Niterói estaba escriturada, y de hecho se había asumido la obligación ineludible de abrirla.

Ya algunos salesianos debían haber partido para esas playas, a fines de 1882. Pero un brote considerable de fiebre amarilla movió a monseñor Lacerda a suplicarles que aplazaran por unos meses el viaje.[2]

El Obispo de Cuiabá no se había contentado con pasar por Montevideo. Secundado por el internuncio Mocenni, en octu-

bre del 82 había logrado una recomendación casi imperativa del cardenal Jacobini, secretario de Estado del papa León XIII.[3]

Lasagna, de acuerdo con don Bosco, había decidido llegarse hasta el Mato Grosso; y tan en firme, que el 12 de marzo del 83 el Cónsul imperial en Montevideo escribía a monseñor Carlos Luiz d'Amour, para comunicarle que tenía a su disposición los pasajes de los cuatro salesianos que en mayo se trasladarían al Mato Grosso.[4]

También monseñor Macedo Costa, como vimos, había emprendido la ruta del Vaticano.

Y el cardenal Ludovico Jacobini enviaba a don Bosco, el 22 de julio de 1882, copia y recomendación del pedido.

Don Bosco trataba de aligerar tantas presiones, cuando el 8 de setiembre de ese mismo año escribía a su Procurador en el Vaticano:

> ... puedes asegurar [al cardenal Nina] que las dos casas de misión en el Brasil, en las diócesis de Pará y de Río de Janeiro, están definitivamente establecidas, de acuerdo con los deseos del Padre Santo, expresados por el señor Secretario de Estado. En Pará ya se han comenzado los trabajos de construcción y adaptación. Iremos no bien queden terminados. En Río, todo está listo. Nuestra Casa emerge a poca distancia de la ciudad, en un lugar ameno llamado Niterói, que puedes ver en el mapa al norte de Río de Janeiro.
>
> Ayer envié la aprobación del acuerdo firmado a tal fin por monseñor Lacerda, don Lasagna y un propietario...[5]

La información llegó hasta el cardenal Jacobini. El Secretario de Estado escribe a don Bosco el 12 de diciembre de 1882:

> Su Santidad ha sabido con sumo placer de la solicitud con que usted ha adoptado las providencias necesarias para que sus Religiosos hicieran preparar en las inmediaciones de Pará una Colonia Agrícola, con el deseo implícito de hallar vocaciones al estado eclesiástico.
>
> Mucho se ha alegrado también el Augusto Pontífice al enterarse de que usted tuvo presente su recomendación acerca de la diócesis de Río de Janeiro, y ya ha enviado a monseñor Lacerda la confirmación de la compra de una casa en Niterói, cerca de aquella capital.
>
> Por otra parte, la necesidad de obreros evangélicos celosos se hace sentir vivamente en todo el Brasil; especialmente, en la vastísima y poco poblada diócesis de Cuiabá. Con respecto a ella, se ha recibido en estos mismos días de monseñor Mocenni, internuncio ante la Corte brasileña, una

desoladora descripción. Pide éste, enfáticamente, algún sacerdote de la Orden por usted fundada, para ayudar a aquellos pobres católicos. Si pudiera oír tal llamado, haría usted cosa muy grata al Padre Santo, y mucho más, aún, si, tomando a pecho tan urgentes necesidades, tratase gradualmente de establecer en ese vasto Imperio un Noviciado de salesianos nativos [*indigeni*]...

Lasagna, con estas necesidades al frente, y la carencia de personal para encararlas, debe sufrir un acto de piratería: a fines de enero, Costamagna le saca tres clérigos, para destinarlos a Buenos Aires. "¡Mis planes para el Brasil quedan totalmente destruidos!", se queja a Cagliero, en carta del 22 de febrero.[6]

* * *

El corte definitivo al conflicto del Colegio de San Vicente lo abocó de súbito con la posibilidad de cumplir parte de los compromisos brasileños sin esperar refuerzos de personal europeo, y enseguida se lo comunicó a Lacerda.

Al mismo tiempo, el 4 de abril escribió a monseñor d'Amour. Éste, al pasar nuevamente por Montevideo el 9 de enero de ese año, había tratado de activar las negociaciones, y entregarles el gobierno del Seminario. Acusa recibo de una carta de fines de año, y se disculpa:

No escribí antes, porque esperaba noticias de Turín... Ayer recibí carta..., y me ordenan suspender la expedición a Cuiabá, hasta después de la instalación de la Casa de Niterói.

Se despide con la promesa de seguir insistiendo ante don Bosco. Pero, al mismo tiempo, le ruega al Obispo que también él escriba a Turín, y que la comisión de damas de Cuiabá rece por el éxito de las gestiones.[7]

Por esos días, también se entera con amargura de que el Obispo de Montevideo no disimula su fastidio, al considerar que algunos salesianos abandonarán su diócesis, para trabajar en el Brasil.

* * *

El domingo 6 de abril, el diario *O Apóstolo*, de Río de Janeiro, participaba a sus lectores las gratas noticias que llegaban del Plata, en los siguientes términos:

Nos consta que ya están designados los Padres salesianos que deben venir a esta diócesis. Y también nos consta que

> otros de la misma Congregación son esperados en Pará, donde se les está habilitando un edificio. Además, fue aplazada por ahora la expedición solicitada por el Obispo de Cuiabá; pero han sido prometidos algunos para la diócesis de San Pablo...
>
> *Bemvindos sejan êsses operários evangélicos, êsses bemfeitores da classe da sociedade menos favorecida da fortuna!*

La prensa católica tocó a rebato. La noticia corrió por todo el Imperio. Los Salesianos se fueron convirtiendo en mito y comodín...

El 8 de junio, el corresponsal de *O Apóstolo* en Campinas enviaba a la Redacción el recorte de un diario local del día 1º, en el que, después de criticar los gastos dispendiosos de las fiestas de Pentecostés en las dos parroquias del lugar —del Carmen y de la Santa Cruz—, sugería como más útil para otra vez destinar lo que se gastaba *com tanto rojão e bateria,* a una obra más duradera, como podría ser,

> verbi gratia, em adiutório ao projectado Lyceu de Artes e Ofícios a ser regido por Irmãos salesianos...[8]

El 1º de julio vuelve *O Apóstolo* a tratar el tema de los Salesianos, a propósito de un artículo sobre don Bosco aparecido en el periódico francés *La Défense,* y le dedica una entera columna en tono laudatorio. Termina con el voto siguiente:

> Este pequeño esbozo baste para alimentar las esperanzas que acariciamos, de obtener los más benéficos resultados de la próxima venida de los Salesianos a la casa que adquirieran en el hermoso barrio de Santa Rosa, en las inmediaciones de la ciudad de Niterói. ¡Sean bien venidos!...

De paso, el periódico aclara que don Bosco no envía Misioneros al Brasil a pedido del Emperador —como afirma *La Défense*—, sino debido a las gestiones del Obispo fluminense. Deja sentado, sin embargo, que *"el Emperador aplaudió la idea, y protege a ésta como a todas las obras benéficas"*.

El 4 de julio, el periódico vuelve al tema con una columna completa, en la que reproduce un artículo del *Thabor,* de San Pablo, que se congratula por la llegada de los Misioneros:

> Una nueva aurora despunta felizmente para la juventud brasileña... Documentos irrefutables han probado definitivamente que en las academias del Imperio se bastardea cada vez más la enseñanza oficial...
>
> Es así como el excelentísimo señor don Antonio de Ma-

> cedo [Costa], eximio prelado y obispo de Pará, arrostra viajes interminables e incómodos..., toma el bordón del peregrino..., para poder fundar con los Salesianos establecimientos de educación...
>
> Peritos en todos los ramos de la actividad humana, los Salesianos han obtenido en todas partes un éxito extraordinario. Ocho de estos apóstoles de la civilización están por llegar a Río de Janeiro... ¡Sean bien venidos!...[9]

Dos días después, en la sección de las noticias aparece como primera, la siguiente:

> Nos han informado que el R. P. Dr. Lasagna, visitador de la Orden [de los Salesianos] ha escrito últimamente desde Montevideo, con el fin de participar que pensaba embarcarse para esta Corte en el paquete francés *Orénoque* con ocho compañeros el 9 del corriente. *Parabems aos Nichterozenses!...*[10]

Y el *Thabor* repica en San Pablo:

> Los Salesianos serán para el Brasil, con sus escuelas, lo que Turgot con las suyas para Francia...

* * *

El peligro de la fiebre amarilla seguía latente. El 20 de abril de 1883, a las 4.15 de la mañana, fallecía en Petrópolis, en casa del padre Paivas, el secretario del Obispo de Río, don Francisco de Paula Telles.

Lacerda quedó aplastado. Tanto, que el diario católico comentaba en su edición del domingo 21 de mayo:

> Todos estaban perfectamente convencidos de que el padre Telles era como la vida del Obispo. Muriendo de nostalgias, y bañado en lágrimas, besó y abrazó al difunto. Tomó, luego, una de las argollas del cajón, y ayudó a conducir el féretro hasta la cima de la escalera...

Ni la compañía del Arzobispo de Bahía; del obispo de Paleópolis y vicario apostólico de Ho - Nam, monseñor Volontieri; de monseñor Bacellar y de tantos otros amigos, pudo amenguar su pena inconmensurable.

Casi como desahogo, escribió a Lasagna para trasmitirle con emoción la dolorosa noticia.[11]

A pesar de ello, Lasagna fijó y mantuvo la fecha de partida para el 10 de julio. Deseaba que sus Hermanos arribaran a Río

en la época en que la temperatura es más benigna, para que se aclimataran paulatinamente.

El Obispo, refugiado en el Seminario de Caraça, en el corazón del Estado de Minas, entre montañas, palmeras y flores, araucarias, pinos y orquídeas, en un clima templado por la altura y entibiado por la amistad de los Padres Lazaristas y los recuerdos de la infancia..., trataba de recuperarse del golpe producido por la muerte de su querido Secretario, y de un agudo ataque de reumatismo que lo aquejaba.

No bien recibe noticias de la decisión de Lasagna, decide preparar el ánimo de sus feligreses y de todo el Brasil, para la llegada salesiana. Desata una campaña periodística, y la avala con una minuciosa carta pastoral, fechada el 22 de junio en la ciudad de Santa Lucía, a orillas del río das Velhas.

Dice monseñor Lacerda, ya desde el comienzo:

> Cuesta mucho pedir. En catorce años de obispado, rara vez hemos pedido limosna, como no fuera en favor de obras piadosas extrañas a nuestra diócesis...

Enumera la cooperación prestada a diversas obras estradiocesanas, y continúa:

> Tanta generosidad de vuestra parte, despierta, estimula y corrobora mi confianza...
>
> Nada pedimos para nosotros, sino para nuestros diocesanos y en favor de la infancia y la juventud brasileñas..., y muy particularmente, de la provincia y la diócesis de Río de Janeiro...
>
> La gran obra que tenemos en vista, es un instituto donde se enseñen oficios y artes que puedan garantir el futuro de los niños menos favorecidos de la fortuna...
>
> Es cierto que, comenzando por la Augustísima Familia Imperial, no hemos hallado persona alguna que no admire, alabe y desee obra semejante... Y no podría ser de otra manera, cuando se trata de un establecimiento dirigido por los Salesianos del celebérrimo don Bosco..., del cual, los mismos antagonistas y enemigos de la Iglesia han sido protectores y amigos...
>
> El rey Víctor Manuel [de Italia] y sus ministros lo amaban. El propio general Garibaldi recomendaba que nadie obstaculizara las obras de don Bosco, porque ese hombre —decía él— trabaja únicamente en bien de los desvalidos.

Sigue Lacerda considerando ampliamente la benevolencia del Papa hacia don Bosco. Historia, luego, su encuentro personal con el fundador de los Salesianos, y las visitas de sus Hijos

a Río de Janeiro, camino del Uruguay y de Buenos Aires. Y después de varias páginas descriptivas de las obras domboscanas en el mundo, y de sus benemerencias en el apostolado de la pluma, pasa a exponer los proyectos en marcha que desarrollan los Obispos de Belém, de San Pablo y de Cuiabá, con respecto a la Obra Salesiana. Finalmente, en el capítulo VIII de esa carta de veintitrés carillas concreta sus planes diocesanos: la fundación de la Casa de Santa Rosa de Niterói:

> ... un buen terreno, con una casita, insuficiente hasta para una familia, mezquinísima para un establecimiento de esta categoría, por modesto que sea...
>
> Los primeros salesianos destinados para nuestro Obispado, ya llegaron a Villa Colón, y están... esperando nuestro aviso para venir. No lo dimos antes, en razón del terrible flagelo de la fiebre amarilla que asoló a nuestra ciudad, invadió el palacio episcopal, y, entre otras víctimas, nos arrebató a nuestro queridísimo y santo amigo el padre Telles, cuya pérdida casi nos hizo sucumbir de nostalgia y dolor, y nos obligó, por consejo de muchos, a dirigirnos a Minas, y refugiarnos en la compañía del Obispo de Mariana, entre antiguos y delicados amigos y alumnos, único lenitivo de nuestro dolor, consuelo de nuestra amargura, y paz para nuestras añoranzas todavía vivísimas.
>
> Gracias al Gobierno Imperial, pudimos obtener algunas centenas de milréis, para el pasaje de los Salesianos desde Montevideo hasta la Corte.

Inmediatamente se introduce de lleno en la recomendación y ordenamiento de una gran colecta, y dice:

> No iremos de puerta en puerta. Queremos favorecer la espontaneidad...

Y recomienda a curas y vicarios, a los diarios más importantes de la capital y a todos sus fieles, que se interesen por tan piadosa empresa. Para ello, nombra tesorero oficioso de esta institución de caridad a don Guillermo Morrissy, y corresponsales, al vicario de Niterói, canónigo Luiz Raymundo da Silva Brito; al secretario de la Cámara Eclesiástica, padre José Antonio Rodríguez; al Superior del Seminario de San José, y a los mismos Salesianos, no bien se establezcan en su Casa de Niterói.[12]

* * *

El 9 de julio de 1883, el Colegio Pío de Villa Cólon reeditó en su propia casa una ya tradicional efemérides salesiana: la par-

tida de Misioneros a tierras lejanas. La colmena enjambraba nuevamente. Por eso, la fiesta de despedida para los que partían llenos de angustia y ensueños. Eran siete. El padre Miguel Borghino, a pesar de sus escasos cuatro años de sacerdocio, debía hacer de director. Lo asesoraba el aun más joven padre Carlos Peretto, prefecto y vicedirector. Integraban la comitiva el padre Miguel Foglino, el clérigo Bernardino Monti y los coadjutores Domingo Delpiano, Juan Bautista Cornelio y José Daneri.

Los festejos comenzaron con la misa solemne. Sirvióse después un ágape fraterno, coronado por cantos y brindis.

Cuando Borghino quiso agradecer en nombre de todos los que partían, "la conmoción se generalizó... entre los salesianos y los niños".

Trató de serenar el ambiente el padre Lasagna; pero sus arrebatos oratorios lo traicionaron, y obtuvo el efecto contrario.

Al día siguiente, muy de mañana, una volanta los esperaba frente a la iglesia. Subieron los siete. Los siguieron el padre Lasagna, que los instalaría, y los padres Lorenzo Giordano y Bacigalupo, que los acompañaron hasta el puerto.

Quiso el mal tiempo que el *Orénoque* no zarpara hasta la tarde. Fue así como ocuparon la mañana en visitas de distracción y cortesía. Comenzaron por el médico del Colegio Pío, doctor Luis Barattini. Después del almuerzo, siguieron por los Padres Capuchinos y las Hermanas Vicentinas. Al fin, pasaron a despedirse del Obispo.

A pesar del tiempo dudoso, embarcaron en un remolcador. Los acompañaban el padre Monti, tío del clérigo homónimo, y los padres Giordano y Bacigalupo. Trasbordaron finalmente al *Orénoque.* Mientras desatracaban, pasaron junto al trasatlántico *Europa,* en arribada de Buenos Aires.

Sabían que en él viajaba hacia Italia el padre Santiago Costamagna, inspector de la Argentina. Pero no fue posible ningún contacto.[13]

* * *

Zarparon al atardecer. El golfo de Santa Catalina los acunó locamente con sus acostumbrados bamboleos.

Después de cuatro días de vortiginosa navegación —*torbida navigazione,* escribirá Lasagna—, el grupo de siete Hermanos acostaron a las playas cariocas.

El sábado 14 de julio, a la una de la tarde, se abrigaban al reparo de la bahía de Guanabara, mientras el termómetro registraba 28° de temperatura.

El conocimiento registrado en el puerto, dice que bajo la comandancia del capitán Mortward arribaron dieciocho pasajeros, provenientes del río de la Plata con destino a la Corte, y noventa y ocho en tránsito. En la lista aparecían:

> ... los padres italianos... Luis Lasagna, Miguel Borghino, Miguel Foglino, Carlos Peretto, Bernardino Monti, Domingo Delpiano, José Daneri y José Cornelio.[14]

A las cuatro de la tarde desembarcaron en el muelle Pharoux.

Más tarde, refiriéndose al auspicioso acontecimiento, escribirá Lasagna:

> Sin lugar a dudas, el 14 de julio de 1883 será para todos nosotros, y para muchos otros también, un día de felicísima memoria, porque señala el establecimiento de nuestra primera Casa en el Brasil, en la ciudad de Niterói...

* * *

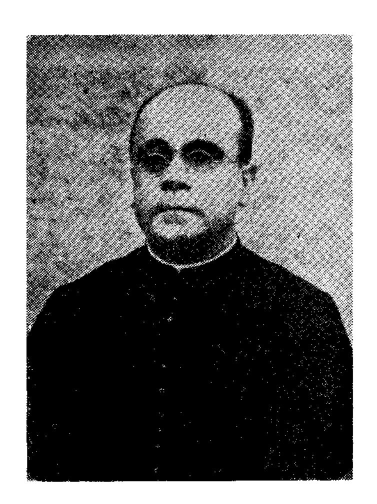
Dado que monseñor Lacerda reposaba en Caraça, vinieron algunos de sus amigos a recibirlos en su nombre. Luego, acompañaron a los Salesianos a Niterói, y en tranvía especial los trasladaron hasta la nueva Casa de Santa Rosa.

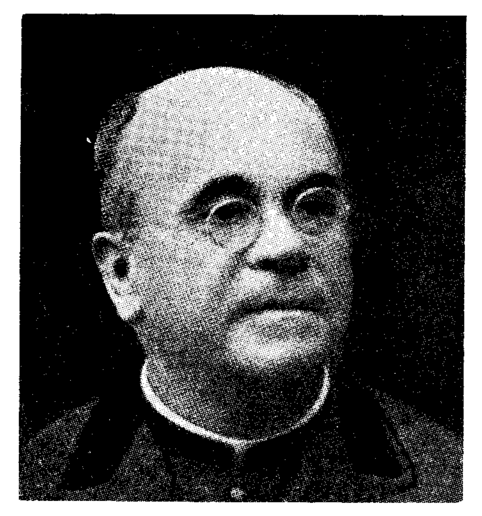
Consigna el padre Marcigaglia en su monografía *Os Salesianos no Brasil,* dos curiosos pormenores:

> Dice la tradición que al querer los Salesianos tomar posesión de la casa, situada a un tercio de la altura del morro de Atalaya [donde están hoy localizados los dormitorios del Colegio], sucedió que no encontraban la llave de la puerta principal. Ni aparecía el encargado...
>
> Empujaron, entonces, ventanas y puertas, hasta que al fin una ventana cedió. Por ella... entraron en su casa.
>
> ... Aquella tarde, la familia de Morrissy mandó unos huevos y un *queijo do* reino, para reforzar la primera cena de los Salesianos...
>
> El hecho se repitió todos los años en la misma fecha... Costumbre que todavía mantienen los sucesores de Morrissy, al llegar el 14 de julio.[15]

* * *

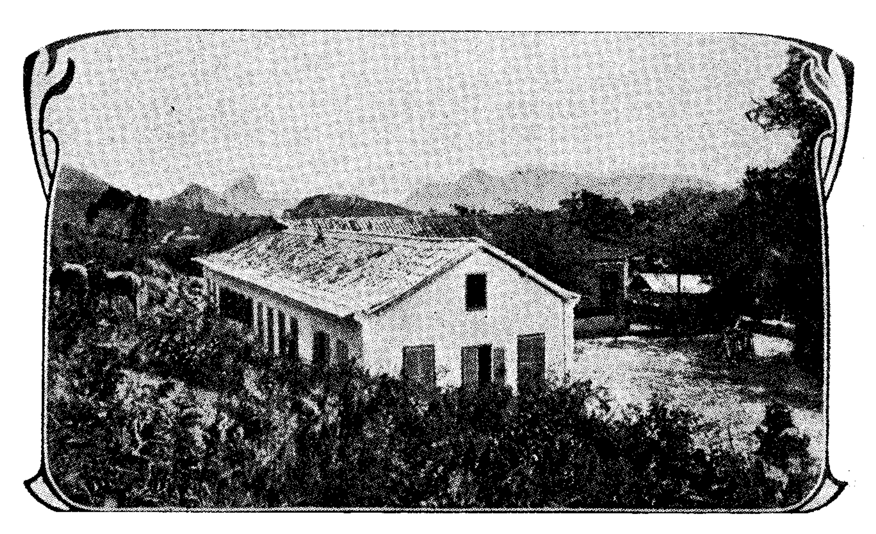
El martes 17, don Guillermo Morrissy retiró de la aduana el piano que los Salesianos traían como equipaje de Villa Colón, y a las cinco y media posmeridiana —puntualiza en su Diario—





El padre Pedro Rota (7-VI-1861 — 8-VIII-1931), visto en los primeros y últimos años de su actuación en el Brasil. Dirigió la Inspectoría dieciséis años.

SANTA ROSA DE NITERÓI, BRASIL



Parte superior del Colegio Salesiano de Santa Rosa en 1888.

se dirigió a Playa Grande (Niterói). Allí se reunió con los vicentinos, que habían fletado un *bonde* especial, para visitar a los nuevos huéspedes. Los acompañaban el vicario de Niterói, padre Vicente, y el canónigo Marinho.

Los Salesianos los obsequiaron con todo lo que tenían, y los entretuvieron cantando —gran fiesta para los visitantes— hasta las ocho de la noche.

"Ya se van acostumbrando al lugar", consigna Morrissy.

La casa era muy pequeña; pero desde sus ventanas se contemplaba un panorama de encanto.

Enseguida tuvieron la ayuda económica necesaria para el sustento. Pero no les alcanzaba para edificar y crecer. Con todo, confiados en la Providencia, llamaron a los albañiles.

Entre los regalos providenciales, los obsequiaron con una pequeña tipografía.

Pronto descubrieron en las inmediaciones la existencia del *Colegio de ambos sexos*, templo y escuela protestante, mimetizados en una casa ordinaria.

Veinte días después, Lasagna escribe a don Bosco. Su estado de ánimo es excelente:

> La bendición del Papa y de María Auxiliadora, con su ternura y sus milagros, nos empuja... a jugarnos por las almas de los niños abandonados...
>
> En nuestro entusiasmo, hemos llegado hasta concebir la idea y la esperanza de levantar aquí mismo un santuario en honor de la Virgen Auxiliadora.
>
> Impacientes por abrir, al menos, el oratorio festivo..., hemos buscado albañiles, y confiados en la Divina Providencia comenzamos los trabajos, a fin de habilitar un refugio para niños abandonados...

Relata, finalmente, cómo con el padre Borghino visitó al Emperador, a la princesa Isabel y a su esposo Gastón de Orleáns. Luego, se entrevistó con el Presidente de la provincia. De todos recibió amabilidades y ánimos. Concluye su relato con esta previsión:

> Como usted verá, esta Casa ofrece consoladoras esperanzas..., que ciertamente deberán ser fecundadas con sudores y hasta con lágrimas.[16]

* * *

Mientras se aderezan aulas y se arreglan patios, los Salesianos no sólo dirigen las obras, sino que trabajan hasta de peones.

En los momentos libres, estudian afanosamente portugués, y tratan de conocer las costumbres lugareñas, para adaptarse a ellas. Por de pronto, el horario de las comidas les resulta muy extraño.

Visitan la matriz de Niterói, San Lorenzo, y participan en las funciones litúrgicas, en las que el coadjutor Delpiano luce pastosa voz baritonal.[17]

Y en cuanto chapurrean algo de portugués, empiezan a atraer niños para el oratorio festivo.

El 15 de agosto —relata Morrissy—, Lasagna va como director espiritual de la romería de los vicentinos a la parroquia de San Lorenzo. Llegan a las ocho, y enseguida les celebra el santo sacrificio. Almorzaron debajo de las arboledas. Volvieron luego a la iglesia, al compás del canto de las Letanías. Después del Te Déum y de la bendición, Lasagna predicó su primer sermón público en portugués, y fue muy bueno.

* * *

En los primeros días de setiembre, Lacerda retorna a Río. Los manda llamar, y van todos con Lasagna. Los abraza, los festeja, los anima, y les entrega todo el dinero que puede. Éste vino muy bien, porque ya los albañiles estaban por entregar un salón nuevo de siete metros por veinte.

Mientras tanto, los diarios católicos no descansan en la ofensiva promocional. El *Thabor* arma otro editorial de tres columnas, sobre las escuelas salesianas, que *O Apóstolo* reproduce para el público carioca.

Tanto entusiasmo, excita a una activa formación anticlerical, que en compensación elige a los Salesianos como blanco de su artillería. El 26 de julio, la *Gazeta de Noticias* denosta con gratuita dureza:

> *Chegou a primeira turma negra de padres Silesianos* (sic)... [Llegó el primer grupo negro de padres *Silesianos*...]
>
> Están alojados en una vasta y dilatada chacra que adquirieron por veinte contos en Niterói: la nueva Itú...

Itú era la población paulistana donde funcionaba el colegio de los Jesuitas, recientemente reingresados al Brasil.

La *Fôlha Nova*, un diarucho que nos ocupará muchos renglones, ataca con menos remilgos. Escupe veneno contra la Iglesia, y no halla nada mejor que apuntar a los recién venidos: los Jesuitas de Itú y los Salesianos de Niterói. Claro que a veces

los confunde con Lazaristas, o mezcla Salesianos con Jesuitas, y viceversa, sin mayor conocimiento ni escrúpulo.

O Apóstolo reacciona vigorosamente; sobre todo, desde su número 89 en adelante. Defiende a los Salesianos, publica noticias de don Bosco, y emprende un firme alegato en varios editoriales sobre el clericalismo, cuco de los periódicos anticlericales, que se sienten invadidos por Jesuitas y Salesianos. Mecha la diatriba con comentarios afines, y al examinar el tema *Educación y trabajo,* concluye con euforia: *"Felizmente, tenemos entre nosotros a los Salesianos..."*

Los opositores no se rinden por tan poca cosa. La ya citada *Gazeta* hace la apología de la enseñanza laica y del anticléricalismo. *O Jornal do Comércio,* de San Pablo, arremete contra los Jesuitas, y reproduce tres artículos de propaganda protestante. *Fôlha Nova* dedica sus iras a la pastoral del Arzobispo de Bahía, y de paso tirotea al Vicario Castrense. *Guaracipocaba,* otro de la orquesta, traduce artículos antirreligiosos de algún colega francés; sobre todo, de *Le Pays.*

El 21 de octubre, en el número 120, *O Apóstolo* resume la situación:

> Aquel colega [*O Jornal do Comércio,* de San Pablo] parece que sueña con fantasmas... De cuando en cuando despierta aterrado, y grita: "¡A las armas!", mientras ve escuadrones de enemigos que invaden, o sea a los Salesianos.
>
> En su número del 29 pasado tira una andanada contra los pobres Salesianos, sólo y únicamente porque se ha hablado de pretender fundar en esa provincia un Liceo de Comercio, Artes y Oficios.
>
> Como carece de argumentos..., usa... un lenguaje indigno de la prensa seria..., y sólo trata de indisponer los ánimos de la gente contra aquellos Padres...
>
> Es cierto que hay muchas personas que enseñan en el Brasil, pero poquísimos que se dediquen a los pobres. Entre nosotros, los colegios son, lamentablemente, patrimonio de los ricos...

* * *

Mientras se agita el ambiente, y los Salesianos soportan las consecuencias de la notoriedad, gozan también de sus beneficios.

"Súplicas y pedidos —escribe Lasagna— llegan de todas partes." En carta al padre Lemoyne, habla de veinticinco y más propuestas, y al Obispo de Cuiabá le numera veintinueve. Entre ellas, los deseos del Obispo de Pará; el pedido de la princesa

Isabel, de enviar dos salesianos a Petrópolis, y la emocionante entrevista con el anciano Arzobispo de Bahía.[18]

El 6 de agosto de 1883 comunica a don Bosco, desde Niterói:

> También de San Pablo, rica y floreciente provincia, me invitan calurosamente para que vea con mis propios ojos qué han hecho por los Salesianos. A fines del año pasado, el Obispo y varios sacerdotes y seglares celosísimos pusieron su mirada en nosotros, y hacen lo posible por lograr que vayamos.
>
> Para obtener la casa y los otros medios necesarios, Monseñor escribió una cálida pastoral. Nombró luego comisiones que anduvieran de ciudad en ciudad, de villa en villa y de casa en casa, pidiendo limosna para los Salesianos. Ahora que ya han reunido sumas considerables, nos ruegan que no les mantengamos más el ánimo en suspenso, y que vayamos enseguida...
>
> No puedo hacer otra cosa que un viaje [a San Pablo], para ver y consolar a aquellos amigos.[19]

El 6 de setiembre de 1883, insiste desde San Pablo —esta vez, a su viejo director de Alassio, don Juan Bautista Lemoyne—, y se explaya sobre las razones que lo mueven a radicar en esa ciudad la segunda fundación. Comienza por señalar los criterios de programa y desarrollo salesiano que piensa aplicar en el Brasil, y dice:

> Decidí examinar primero los casos más urgentes, a fin de ofrecerles alguna ayuda. De entre ellos, di preferencia a los lugares que resultan más estratégicos, para atender con mayor facilidad y al mayor número posible de necesitados; finalmente, elegí los más favorables, ya sea para la propación de la fe, como para el mejor desarrollo de nuestras Misiones.
>
> Todas estas propicias condiciones me parecen reunidas en alto grado en la ciudad de San Pablo, capital de una provincia extensísima, y sumamente necesitada de auxilios espirituales...

Con estas prioridades, y en cumplimiento de una promesa adelantada el año anterior, Lasagna viaja a San Pablo el 1º de setiembre.

Había dudado entre el barco (Río - Santos) y el ferrocarril; y al fin se resolvió por este último. Deseaba contemplar toda la grandeza del valle del Paraíba, orillar la selva virgen, oler sus incendios, y sentir toda la atracción de su misterio.

* * *

Fue recibido con todos los honores. Se hospedó en el Seminario.[20] La comisión organizadora le entregó inmediatamente el íntegro fruto de sus colectas; pero le exigió amablemente que en ese mismo instante aceptase la casa, llamase al personal necesario, y abriese clases y talleres para los niños pobres.

Confiesa Lasagna, en su carta a don Lemoyne:

> Como usted puede imaginar, debí rechazar muy a disgusto mío sus donativos, exhortarlos a tener paciencia y constancia, y asegurarles que me empeñaría muy de veras a fin de obtener de don Bosco para el próximo año otra expedición de misioneros.
>
> Entonces, fui cortésmente acompañado a visitar diversos lugares dentro y fuera de la ciudad, a fin de elegir el que más oportuno me pareciera para la fundación del hospicio...
>
> Desde mi llegada, el obispo don Lino Deodato Rodrigues de Carvalho me ofreció con instancias, y como lugar muy adaptado para nuestro asilo, el terreno anexo a la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús...

* * *

La Iglesia naciente del Sagrado Corazón de Jesús, en San Pablo, ya tenía historia. La idea de erigirla nació casi en la cuna de la Conferencia Vicentina homónima.

El 8 de agosto de 1878 se fundaba la Conferencia Vicentina del Sagrado Corazón de Jesús, y era elegido primer presidente don Alberto Saladino Figueira de Aguiar.

Figuraban como miembros de la comisión ejecutiva el doctor Raphael Corrêa da Silva Sobrinho, João Baptista de Alvarenga, João José Vieira Guimarães Júnior, João Baptista de Alambar e Palhares, Domingos Gonçalves Carregoza, Bernardino José Dias Torres de Oliveira y Cláudio Justiniano de Souza.[21]

En la reunión del 24 de octubre siguiente, Domingos Gonçalves Carregoza

> ofrece un terreno de su propiedad, con 8,8 metros de frente y 10 de fondo, situado en el morro de Cha, para que se construya una capilla dedicada al Sagrado Corazón de Jesús, y que sirviera a las devociones de la Cofradía.[22]

Seguramente, el lugar debió de parecer pequeño, y decidieron adquirir un terreno más amplio en los Campos Elíseos, llamados antiguamente campos de Mauá, donde Carregoza trabajaba de sereno.

El 10 de setiembre de 1880, compraron dos lotes por la suma de dos contos.[23]

Prepararon los planos, y los presentaron con sus proyectos al obispo don Lino Deodato Rodrigues de Carvalho. Éste los aprobó y los bendijo, y el 5 de marzo del 81 dictó una providencia en la cual los recomendaba calurosamente a la generosidad de los fieles.

El 24 de mayo siguiente, "fiesta de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, bajo el título de Auxilio de los Cristianos" —reza el documento—, don Lino da oficialmente licencia para fundar la capilla del Sagrado Corazón de Jesús, en la feligresía de Nuestra Señora de la Concepción de Santa Ifigenia, y autoriza a bendecir la piedra fundamental el 24 de junio.

Deja constancia de que lo hace a pedido del canónigo Antônio Guimarães Barroso, del doctor Alberto Saladino Figueira de Aguiar, y de los demás vicentinos de la comisión, cuya nómina cita.[24]

En efecto, el 24 de junio —fiesta del Sagrado Corazón—, el Obispo bendijo la primera piedra, que fue colocada *"en el lugar denominado Campos Elíseos, en una cuadra situada entre las alamedas del Excelentísimo Barón de Piracicaba y de los Andradas, limitada al frente por la Alameda Glette"*, uno de los más bellos y apacibles suburbios de la ciudad.[25]

La idea fue adquiriendo volumen. El 31 de julio, el canónigo Antônio Guimarães Barroso, tesorero de las obras, expedía una circular en la cual comunicaba el deseo del Obispo de consagrar la diócesis al Sagrado Corazón. El templo en construcción se convertiría en el monumento que perpetuara la memoria del hecho.

Al año siguiente, ya adelantada la construcción de la capilla, surgió la idea de anexarle una institución de enseñanza profesional. Y el 10 de agosto de 1882, una comisión compuesta por los canónigos Jerónimo Pedroso de Barros y Francisco Jacinto Pereira Jorge; los vicarios João Clímaco de Camargo y João Soares do Amaral, y los doctores Francisco Xavier Moretz - Sohn y Alberto Saladino Figueira de Aguiar, dirige al clero diocesano una circular así concebida:

> Desde hace más de dos años, tenemos en mente la fundación de un Liceo de Comercio, Artes y Oficios, en esta capital de San Pablo. Para esto se ha organizado una sociedad, que trata de materializar la idea por medio de accionistas. Como hay personas que, aunque no pueden suscribir acciones, desean, sin embargo, participar en tan prometedora

Institución, se ha resuelto aceptar empréstitos reembolsables oportunamente. Los intereses quedan al arbitrio de los suscritores.

Señalan enseguida, en prospecto aparte la finalidad de la Institución:

> Preocupaba legítimamente el corazón de todo patriota el que en la misma proporción que nuestras ciudades y capitales crecen en importancia y opulencia, el brasileño se abate por su ignorancia profesional.
>
> Los mismos esfuerzos patrióticos del consiliario Leoncio de Carvalho, fundando un ensayo de nuestra idea, vienen a confirmar la necesidad de crear un Liceo de Comercio, Artes y Oficios.

Pasan luego a enumerar los medios de que pueden echar mano, y los éxitos logrados por la Sociedad Salesiana:

> Disponemos de un terreno y un excelente local, cuotas no cumplidas, y la esperanza de que la presente circular no será improductiva.
>
> En cuanto al personal docente, se han dado ya pasos para obtenerlo de la importantísima Sociedad Salesiana de Turín, que ha derramado incalculables beneficios en las Repúblicas de América.
>
> Si esto no fuere posible, tenemos propuestas para obtenerlo de los Estados Unidos.
>
> Inapreciables resultados ha alcanzado la Sociedad Salesiana, no sólo en relación a las artes y oficios, sino también en la enseñanza del comercio y de las industrias, pues en sus establecimientos hasta se fabrica papel, se funden tipos, se imprimen obras importantes, y se encuadernan... Todas las artes y oficios viven en esos establecimientos, en compañía de la literatura y de las ciencias.
>
> Son éstos nuestros deseos y nuestras esperanzas...

Firman el programa el arcediano Francisco de Paula Rodrigues, el Barón de Mossoró, el Barón de Tremembí, el mayor Antonio Martiniano de Oliveira Borges y otros.[26]

El 18 de abril de 1883, don Lino aprueba "el proyecto de fundación de liceos de comercio y artes y oficios, tanto en esta capital como en otros puntos de la diócesis, bajo la dirección de la muy conocida y dedicada Congregación de los Salesianos..."

* * *

Este acontecimiento es el que despierta, como se comentó anteriormente, la reacción de la prensa anticlerical, y la contraofensiva de los diarios católicos.

Las salpicaduras llegaron hasta la Cámara estadual, y mereció algún debate. El diputado católico José Vicente de Azevedo, hijo de Lorena, sacó la cara por los Salesianos, sin conocerlos todavía.

Pero los católicos no cejan. La idea de una escuela de artes y oficios se va convirtiendo en obsesión.

En esos días viajan a Río los padres José B. Gomes y José Benedicto Moreira, para estudiar la posibilidad de fundar un liceo de artes y oficios en la iglesia de San Francisco.[27]

* * *

Lasagna visita los Campos Elíseos. Se impresiona por la *actividad prodigiosa* del doctor Saladino. Le hacen ver cómo no ha sido posible concluir enseguida la magnífica edificación que los planos prevén; y por ello, según continúa informando Lasagna,

> han levantado de prisa la parte correspondiente al coro y al presbiterio. Cerrada con una fachada provisional, resulta una bellísima capilla. Pronto se librará al público con una gran solemnidad, en la que el Obispo consagrará la diócesis al Sagrado Corazón de Jesús.
>
> Está situada en un lugar magnífico. Tiene espacio suficiente para el gran templo y para nuestro hospicio. Está rodeado de casas y villas, casi todas pertenecientes a protestantes alemanes, y muy distante de cualquier otra iglesia.

Y concluye:

> Estoy seguro de que también usted, querido don Lemoyne, verá con sumo gusto repetirse en San Pablo un caso análogo; diría mejor, idéntico al de Roma.

(Se refiere al encargo de León XIII a don Bosco, de edificar un templo al Sagrado Corazón en la Ciudad Eterna.)

> En fecha no lejana, verá el día feliz en que también los Salesianos de América... nos resguardaremos a la sombra de un santuario dedicado al Corazón de Jesús...

* * *

Pero los negocios, aunque sean apostólicos, no logran ahogar sus ansias pastorales. El contenido sobrenatural lo rebasa.

> El 3 de setiembre..., después de celebrada la misa..., subí a un coche con dos distinguidos sacerdotes, y nos dirigimos a las afueras de la ciudad, hacia la altísima e interminable colina que al occidente cierra el horizonte de San Pablo. Cruzamos sobre un puente del Tiaké, un riatillo en el momento, pero que en la época de las lluvias desborda, se extiende desde la ciudad hasta la colina de que le hablé, y forma una gran laguna, que parece un mar.
>
> De lejos me señalaron un viejo y rústico edificio que surgía en el declive de la colina. Al lado crecía la capilla, coronada de un pequeño campanario. Alrededor se divisaba un grupo de casitas blancas y limpias, que brillaban al sol entre matas de bambú y bananos, y se escalonaban por la ladera de la colina como bandada de blancas palomas esparcidas por el césped de nuestro Piamonte.
>
> Eran las casitas de una colonia italiana fundada hace siete años por unos especuladores. Sólo ahora comienzan a prosperar, entre mil dificultades. La componen algunos centenares de tiroleses, muy estimados por su laboriosidad y corrección.

Lasagna saltó del coche, saludó y comenzó a hablar con los chicos. Éstos llamaron a los mayores, conmovidos al oír hablar su lengua materna.

Algunos corrieron a abrir la iglesia, dedicada a santa Ana. Y comenzó una conversación catequética. En un momento la iglesia estuvo llena. Una anciana fue a buscar un librito de la diócesis de Vicenza, con el que enseñaba la doctrina a los niños. ¡Pobres! Para ir a misa, debían desplazarse bastante lejos. Casi no tenían trasportes. Y cuando llegaban a la iglesia..., no entendían el portugués.

La visita fue un día de gloria. No querían dejarlo partir.

* * *

Enseguida volvió a Río. Dictó varios días de Ejercicios a los Vicentinos; atendió las necesidades más urgentes del nuevo colegio, y terminó con las visitas de cortesía, que jamás olvidaba.

Comenzó por el Emperador, y siguió por la princesa Isabel y su esposo, don Gastón de Orleáns. Tantas atenciones le dispensaron, que les entregó el nombramiento de cooperadores salesianos.

La Princesa le recomendó vivamente agradeciera a don Bosco las oraciones que, le constaba, había elevado a María Auxiliadora por la salud de su primogénito. Y le aclaró que estando en



Grupo de estudiantes menores, presididos por el padre Rota, en 1890.

SANTA ROSA DE NITERÓI



Artesanos del Colegio de Santa Rosa en 1890

Francia, en casa de una de las Princesas de Orleáns, había aprendido a rezar la novena de María Auxiliadora que recomendaba don Bosco.

El 3 de octubre se embarcó en *La France,* directo a Montevideo.[28]

* * *

Lo que Lasagna ni imaginaba, era que en esos mismos días —la noche del 29 al 30 de agosto— don Bosco había tenido en Turín uno de esos sueños que sus Hijos consideraban proféticos, y que él narraba con inigualable sencillez.

Había recorrido en viaje onírico esa América que imaginaba a través de las narraciones de sus Misioneros. Pero no la había contemplado tal cual ellos se la describían, sino por lo menos tres generaciones adelante en el tiempo.

Se había valido en sueños de un vehículo entonces inexistente, e incomprensible para él, que le permitía ver las cosas desde los aires, a gran altura, y desplazarse a inmensas velocidades. En su vuelo había cruzado también el Brasil.

Decía el Santo en su relato, que

> entre los grados 15 y 20 había una sinuosidad estrecha y larga, que arrancaba desde un punto donde se formaba un lago. Entonces, una voz me dijo repetidas veces:
>
> —Cuando comiencen a explotarse las minas escondidas en aquellos montes, aparecerá aquí una tierra prometida que mane leche y miel, y la riqueza será inconcebible.

Apuntemos que en esa posición geográfica reinaba entonces el desierto y selvático altiplano. Hoy, precisamente ahí, emerge la fantástica ciudad de Brasilia, fundada en 1960; y el lago Paranoa que la adorna, ha sido artificialmente creado por el embalse de dos ríos.[29]

[1] *Bollettino Salesiano,* febbraio 1883, pág. 27.

[2] Crónica de Niterói, pág. 5, y D. Pedro M. Lacerda, Pastoral citada.

[3] En el Museu Dom Aquino Corrêa, de Cuiabá, paquete Nº 4, hay una carta del padre Lasagna a monseñor d'Amour, de pasada en Montevideo. En dos carillas en español, fechadas en Villa Colón el 21-X-1882, le comunica que ha sabido por el diario de su presencia en Montevideo. El hecho de estar predicando ejercicios espirituales, le impide cumplimentarlo; pero lo hace por medio de un Padre que le lleva la nota, junto con la copia de una carta de monseñor Mocenni, recibida el día anterior.

Monseñor d'Amour la apostilló con lápiz: *"Escreví ao P. Lazagni em 6 de novembro".*

[4] El original se halla en el Archivo del Colegio Pío.

[5] *Memorie biografiche,* vol. XV, pág. 627.
Las *Memorie biografiche* citadas, fechan la carta del Cardenal Secretario de Estado a don Bosco en el año 1887. Se trata de un evidente error de imprenta.

[6] ACSS., carta a Cagliero, del 26-II-1883.

[7] Museu Dom Aquino Corrêa, Cuiabá, paquete Nº 4.
En el ACSS, existen dos cartas referentes al tema. El 9 de enero del 83, Lasagna escribía a don Rúa. Se quejaba de que "el personal para el Brasil era muy pobre", y comunicaba que monseñor d'Amour estaba en Montevideo.
Don Rúa anotó al margen: "Apruébese el personal para el Brasil. Si hubiera uno o dos más... No se puede atender a Cuiabá. Primero está Pará. Falta personal. Hay que estudiar la conveniencia".
El 15 de enero, Lasagna insiste; reitera que el Obispo del Mato Grosso se llegó hasta Colón, y comenta: "Todos querían cerrar, y partir para Cuiabá. Sólo yo me opuse. El Emperador suministrará el dinero suficiente para todos los viajes".
Envía adjunto un *Annesso,* que dice, en su parte principal: "Basi per un convegno fra l'Eccellentissimo Monsignor Dom Carlo D'Amour, vescovo di Cuiabá, e il Superiore dei RR. PP. Salesiani. / Sua Eccellenza Monsig. Carlo d'Amour consegna la direzione, amministrazione e insegnamento del Seminario Maggiore e Minore ai RR. PP. Salesiani sotto la sua immediata vigilanza e superintendenza. Ai Padri Salesiani gli pagherà il viaggio d'Italia fino a Montevideo in raggione di mille franchi ciascuno, e il passaggio di Montevideo a Cuiabá. I Padri saranno alloggiati tutti uniti nel seminario, dove saranno mantenuti con le rendite dello stesso seminario, sia riguardo agli alimenti ed ai mobili, sia riguardo al servizio della casa, alla cappella, ai libri di testo, al medico e medicine in caso di malatia. Per le spese speciali di abiti interiori ed esteriori, viaggi e studi particolari, i Padri riceveranno una gratificazione anuale di 500$000, e i fratelli coadjutori 200$000 (250 escudos y 100). / I Padri Salesiani uffiziaranno liberamente la cappella del seminario, con tutti i privilegi che la Santa Sede ha concesso a la loro Congregazione. / Essi si incaricaranno di provvedere tutti i professori che il signor Vescovo abisogni per il corso preparatorio e teologico, e d'accordo con lui, poco a poco organizaranno gli studi in maniera che il piccolo seminario offra alle famiglie cristiane facilità di far preparare i loro figli in tutte le materie che si richiedono per essere ammesi alle Università dell'Impero. Apriranno al più presto l'internato, separando convenientemente quelli che si dedicano a una carriera civile da quelli che aspirano alla carriera sacerdotale..."

[8] *O Apóstolo,* Nº 63, año 1883.

[9] *O Apóstolo,* Nº 74, año 1883.

[10] *O Apóstolo,* edición del 8-VI-1883.

[11] *Bollettino Salesiano,* ottobre 1883: Carta del padre Lorenzo Giordano, del 10-VII-1883. Notemos, de paso, que monseñor Volontieri había estado en el Oratorio de Turín el 7-IX-1882. (*Memorie biografiche,* vol. XV, pág. 627.)
En 1966 vivía en la casa de salud de Lorena, sor Toribia Telles, Hija de María Auxiliadora; sobrina de don Francisco de Paula Telles Guimarães, secretario de Lacerda, y ahijada del Obispo. Quería éste tener un sobrino que se llamara Toribio, por devoción al Santo Obispo; y como no lo tuvo, apadrinó a la sobrina del Secretario.

[12] *O Apóstolo* publicó íntegramente la carta pastoral, en los números 81, 82 y 83, o sea del 20 de julio en adelante.

[13] *Bollettino Salesiano,* ottobre 1883: Cartas de Lasagna, del 6-VIII-1883, y de Giordano, del 10-VII-1883.

De paso, anotemos un detalle de nomenclatura: El padre *Lorenzo Giordano* pasó de Italia a Francia, para eludir el servicio militar. Por igual razón, se modificó el nombre. De ahí que en muchos documentos aparezca como *Giordani,* y firmara *Gino, Giovanni* o *Renzo,* indistintamente.

[14] *Jornal do Comércio* (Río de Janeiro), domingo 15 julho 1883, pág. 6, "Movimento do Porto"; íd., ibíd., 16-VII-1883. Encabeza la nómina un *sacerdote italiano,* Luis Finotti, que no sabemos quién sea.

A pesar de que la lista de Misioneros arribados al Brasil en esta primera expedición no admita dudas; sin embargo, existe gran anarquía en los documentos salesianos. Así, el catálogo oficial de la Congregación, correspondiente al año 1883, dice en la página 42: *"BRASILE: Casa Sucursale Nichteroy, Ospizio di Santa Rosa. / Direttore: Sac. Borghino Michele. / Soci: Delpiano Domenico coad., Foglino Gabriele sac., Monti Bernardino ch. / Ascritto: Bologna Giuseppe coad".* (Cf. Società di San Francesco di Sales, *Elenco generale,* a. 1883.)

Mientras el padre Peretto —*Antonio,* dice el Elenco— aparece como consejero escolar y ecónomo en el Colegio de las Piedras, Uruguay (página 41), el coadjutor Corneli está en Villa Colón, y Daneri, en el Oratorio de San Vicente, de Montevideo. (Probablemente, esta lista corresponde al primitivo proyecto de enviar cuatro salesianos a Niterói, a fines de 1882.)

El Elenco de 1884 trascribe exactamente la lista que aparece en la Crónica del Colegio Pío de Villa Colón, en 1883. Es la misma que figura en el conocimiento del vapor *Orénoque,* con enrevesada ortografía, y que confirman los *Appunti —alla buona e ad uso privato...—* del padre Luis Zanchetta (Niterói, 1-I-1895).

Ignoro el motivo porque el padre Luis Marcigaglia, en *Os Salesianos no Brasil* (vol. I, pág. 90), incluye a Juan Bologna, en lugar de Cornelio, en la lista del personal de Niterói. (Bologna viajará al Brasil con el padre Giordano, para la fundación del Colegio de San Pablo, en 1885.) Más fantástica aún es la lista que presenta el folleto de las LEITURAS intitulado *Bodas de ouro da Obra de Dom Bosco no Brasil,* pág. 79 (Escolas Prof. Salesianas, Niterói, 1933): Borghino, Peretto, Teodoro Massano, Delpiano, Daneri y Cornelio.

Los diarios brasileños anuncian *ocho salesianos;* pero el *Boletín Salesiano* y la Crónica del Colegio Pío dicen *siete:* no cuentan a Lasagna.

En la Crónica de Niterói correspondiente al año 1884, y en el Elenco salesiano de 1885, aparece, entre otros, un clérigo aspirante llamado *Francisco Fimuli,* que debía de ser autóctono.

[15] L. Marcigaglia, *Os Salesianos...,* cit., vol. I, pág. 20. (Cf. *Livro do tombo da freguezia de São João Batista,* de Niterói, pág. 13.)

Añade el citado folleto *Bodas de ouro,* en la página 79: "Como nota interessante devemos dizer que o único alimento nesse dia consistió em alguns ovos, queijo e pão. Os ovos foram providenciados pelo então Vigario de Nichteroy, cônego Luiz de Britto... O pão, pelo Snr. Benevides, um dos amigos da primeira hora e vizinho do Colégio. O queijo, pelo Snr. Morrissy, que juntamente com o Snr. António Corrêa de Mello fôra a bordo receber os viajantes".

[16] *Bollettino Salesiano,* ottobre 1883.

[17] Guilherme Morrissy, *Diary,* 17-VII-1883.

[18] *Bollettino Salesiano,* novembre 1883: Carta del 6-IX-1883; Museu Dom Aquino Corrêa, Cuiabá.

[19] *Bollettino Salesiano,* ottobre 1883.

[20] *O Apóstolo* (N.º 104, 14-IX-1883) cita la crónica de *La Reação,* de San Pablo, y en el N.º 113 (23-IX) trascribe la información de *Thabor,* sobre las actividades de Lasagna.

[21] Lamentablemente, al llegar a este tramo de la investigación debemos trabajar con documentos de segunda mano, porque en el archivo de la Curia Eclesiástica de San Pablo, Praça Clovis Bevilacqua 37, el *Livro de actas das Sociedades do Sacratísimo Coração de Jesus,* VIII-1878 a VI-1881, *e Conferência do Sagrado Coração de Jesus da Sociedade de São Vicente de Paula,* Julho 1886 a Outubro 1888, clasificado en el Archivo con los números 1 - 3 - 45, ha desaparecido sin dejar huellas.

La carencia de documentación original me inhibe para establecer la correcta grafía del apellido *Carregoza,* que en algunas versiones aparece como *Carregaza.*

(Cf. revista *Santa Cruz,* de San Pablo, número de junio de 1911, pág. 416.)

[22] Leonardo Arroyo, *Igrejas de São Paulo,* pág. 298 (Livr. José Olympio, Río de Janeiro, 1954).

Jacinto Ribeiro, *Cronologia paulistana,* vol. I, pág. 684 (San Pablo, 1898).

[23] Monseñor Passalacqua, 17-XI-1801, artículo en *Santa Cruz,* de San Pablo, número de diciembre de 1901, año II, Nº 3, pág. 68.

Los campos pertenecían a don Irineo Evangelista de Souza, barón de Mauá desde el 30-IV-1854, y vizconde desde el 25-VI-1874.

[24] Los citados documentos episcopales fueron consultados en el archivo de la Curia Eclesiástica de San Pablo (legajo 1-4-43). En esa posición está la carta pastoral de don Lino del 26-VIII-1884 (Typ. de Thabor), y también, los documentos correspondientes a la iglesia del Sagrado Corazón; del Liceo de Comercio, Artes y Oficios; de una Escuela Agrícola de los Padres Trapenses, y otros acontecimientos, como la comunicación del 14-IV-1892 —en que, ante la profanación del Santísimo en la catedral, se suspenden las funciones de Semana Santa—, y la pastoral del 8-XII-1892, para presentar a su obispo coadjutor, don Joaquim Arcoverde de Albuquerque Cavalcanti.

[25] L. Marcigaglia, *Os Salesianos...,* cit., pág. 38, donde el autor la identifica como *chacra de Glette y Nothmann.*

[26] Revista *Santa Cruz,* de San Pablo, número de VI-1911, pág. 418.

[27] Biblioteca Nacional de Río: *Correo Paulistano,* abril de 1883. Véase, también, *O Apóstolo,* de Río, número del 13-IV-1883.

[28] Crónica del Colegio Santa Rosa de Niterói. ACSS., carta del 16-X-1883.

[29] *Memorie biografiche,* vol. XVI, págs. 385-394; *Los sueños de don Bosco,* ed. II (Central Catequística Salesiana, S.E.I., Alcalá 164, Madrid, 1961).

CAPÍTULO XIV



El Liceo del Sagrado Corazón de Jesús

Flor dos Campos Elíseos, que outrora
em São Paulo brotaste a sorrir,
hoje esplendes ao sol dessa aurora
que era então teu grande porvir.

FR. AQUINO CORRÊA, S.D.B.,
Nova et vétera, cit.

EL 6 DE OCTUBRE, Lasagna arriba a Montevideo. Trae las alforjas plenas de alegría; pero el cielo está nublado de responsabilidades y preocupaciones. El horizonte amenazaba tormenta.

Los problemas del nacimiento salesiano del Brasil venían agravados por la antirreligión del ambiente político y la agresividad de la prensa masónica. El Obispo de Río —increíblemente cariñoso con los recién venidos— era irresoluto, timorato y escrupuloso sin medida. Borghino, muy tierno, casi inmaturo para los embates que se avecinaban.[1]

En efecto, en diciembre del 83, la guerra periodística se torna particularmente sensible.

El día 2, *Fôlha Nova* afirma haber descubierto *"una carta secreta de los Salesianos, en contra del Obispo y de todo el clero..."* Y dice disponer de una copia confidencial.

Durante todo el mes pululan comentarios; pero no aparece, ni puede aparecer nada concreto.

O Apóstolo desafía al colega: que publique la carta, y certifique el valor de las firmas.

La *Fôlha* elude el reto, e insiste en vaguedades, "como si quisiera evitar el terreno falso en que pisa..."[2]

Mientras tanto, un acontecimiento nuevo agita el avispero. El ministro imperial Francisco Antunes Maciel, por decreto 9.094, del 22 de diciembre, resucita el artículo 18 de la ley del 28 de junio de 1870, por el cual los bienes de corporaciones de *mano*

— Monseñor Juan Cagliero, obispo titular de Mágida y provicario de la Patagonia septentrional, en sus primeros días de obispo (1884).

muerta —y, por lo tanto, de las Órdenes y Congregaciones religiosas— deben convertirse en títulos de la deuda pública.[3]

Cunde la agitación. Salen a la palestra jurisconsultos de nota: Joaquim Saldanha Marinho, João Mendes de Almeida, Joaquim Ignacio Ramalho y Tarquinio B. de Souza Amaranto defienden la causa católica. Protestan obispos y clero. Hacen punta los de San Pablo, Río y Pará. Los diarios católicos ironizan sin ascos, y contratacan duramente.

Y como la ley comienza a cumplirse con algunas comunidades, en una pastoral Lacerda condena la *violación* del convento de la Ayuda.

Frente a la resistencia eclesiástica, el Gobierno aplica represalias: primero, deroga los decretos del 24 de octubre y del 9 de noviembre, en los que otorgaba su beneplácito a dos breves de la Nunciatura: se trataba de los nombramientos de los canónigos Eduardo Duarte Silva y Antonio Dias da Rocha, y de los visitadores apostólicos de las Órdenes Carmelitana y Franciscana en Río. Luego ordena proseguir el inventario de las bibliotecas de San Benito, de San Francisco y del Carmen y Ayuda.[4]

El 5 de febrero de 1884, Eduardo de Andrade Pinto, presidente de la comisión de embargo de los bienes de las Órdenes religiosas, intima a los Superiores competentes para que en el plazo de quince días comparezcan ante la Secretaría de Estado de Negocios del Imperio, "asistan a la *desamortización,* bajo pena de secuestro..., y exhiban inventario de sus bienes, libros y títulos".

Y los desembargadores comienzan su obra.

El 10 de febrero, *O Apóstolo* pregunta a la opinión pública qué se hará con los huesos de la Familia Imperial que descansan en San Antonio y en Ayuda —la madre de don Pedro, su hermana Paula y su nieta—, si el lugar se convierte en teatro, taller o casa de baños...

Las Hermanas del Carmen entablan querella ante los Tribunales. El doctor Lopo Diniz las representa, y la defensa es tan clara y convincente, que el 24 de abril de 1884 el juez Miguel Calmon da Pine Almeida se pronuncia en favor del Convento y en contra del Gobierno. Condena a éste al pago de costas, y a cumplir la orden de lanzamiento que no había querido aceptar.

El 30 de abril, *O Apóstolo* ironiza, vengativo:

> Al señor Maciel, al discutido Ministro, estaba reservado el miserable destino de ser desbancado por monjas. ¡Qué dirán los varoniles habitantes de Pelotas!... [ciudad nativa del Ministro].

Los diarios prosiguen la guerra por su cuenta, y en sus columnas desfilan toda clase de diatribas.

Al fin, el 6 de julio se reorganiza el Gabinete Ministerial.

Maciel torna vencido a su tierra. El sitial vacío lo ocupa Felipe Franco de Sa, que hábilmente y sin estridencias —"No podía repudiar los actos de su antecesor", afirmaría en el Senado— comenzó a proceder con suavidad, hasta acallar los conflictos e imponer el reinado de la paz.

* * *

A todo este proceso se refiere el padre Lasagna, cuando escribe a Turín, el 27 de marzo de 1884.[5]

> En el Brasil se ha desencadenado una guerra atroz contra las Órdenes religiosas, a las que se les confiscan todos sus bienes.
>
> Los diarios atacaron a los Salesianos con rabia satánica. Los bienhechores, atemorizados, retiraron las ayudas prometidas, dejándolos en un abandono desolador.
>
> Durante la borrasca, sostuvimos a nuestros Hermanos con cartas, telegramas y remesas de dinero. Ahora parece que el cielo vuelve a serenarse, y retorna la calma.
>
> La ley de confiscación y expulsión que vulnera a las viejas Órdenes religiosas, no ha tocado aún a nuestra Casa; el Obispo se reanimó, y con él, muchos amigos.

En efecto, el Obispo, asustado por el cariz de los acontecimientos, había cesado en su ayuda al Colegio; y, temeroso de un embargo, había aconsejado a los cooperadores que no invirtieran más dinero en lo que iba a ser fácil presa del Estado.

Los Salesianos quedaron tan desamparados, que Lacerda llegó a decirles:

—Veo que no merezco a los Salesianos en mi diócesis. No tengo valor para verlos sufrir así. Pueden retirarse cuando quieran.

Respondióle Borghino:

—Vinimos por una orden de don Bosco, y no saldremos sino por otra... Y le puedo asegurar que esa orden no vendrá. Con el auxilio de Dios, quedaremos en la trinchera.[6]

Éste es el drama que el padre Borghino describe al padre Rúa, el 29 de junio de 1884:

> ¡Cuántas cosas ocurrieron desde mi última carta hasta hoy! El demonio quiso probarnos, y si no logró abatirnos, nos dio al menos un buen susto...[7]

Describía enseguida su llegada al Brasil, y los primeros trabajos en el Oratorio Festivo y en la nueva construcción, para continuar:

> Esperábamos que todo marchase bien; pero no contábamos con la oposición de los enemigos de Dios. Tenemos por vecinos a los Protestantes...
>
> El Oratorio no se mantiene, debido a que algunos perversos han hecho desertar de un domingo para otro a todos los niños: uno solo siguió viniendo. ¿Qué hacer? Tentamos varios expedientes, para ver si teníamos éxito; pero todo fue en vano...[8]
>
> Dejamos, entonces, en las manos de Dios la oportunidad de premiar nuestra fallida intención, y establecer la fecha de nuestro consuelo.
>
> En compensación, nos pusimos a trabajar con ahínco en la construcción del edificio, para poder recibir alumnos internos.
>
> A principios de enero estaba concluida un ala, capaz de albergar 40 o 50 alumnos. Abrimos el Colegio [el día 15] con 10 internos.
>
> Todo prometía ir bien. Celebramos solemnemente la conmemoración de nuestro glorioso titular, san Francisco de Sales. Vino el Obispo...
>
> Fue una fiesta que llamó la atención del pueblo: los buenos daban gracias a Dios; los malos blasfemaban y nos maldecían, y juraron perdernos.
>
> Comenzaron por hablar mal de nosotros; después criticaron nuestros métodos, y por último difundieron por todas partes lo mal que lo pasaban los alumnos.
>
> De diez alumnos que teníamos, cinco se retiraron en un solo día, y dos al día siguiente.
>
> Irrisiones, sátiras, calumnias e improperios de todo jaez, eran diariamente vomitados contra nosotros y nuestro Colegio.
>
> Cuando alguno debía salir de casa, iba al encuentro del martirio. Fueron días de verdadera persecución.
>
> Visitas y más visitas de autoridades civiles y escolares, que, incomodadas con tantas murmuraciones, querían conocer la verdad con sus propios ojos. Parecían los primeros tiempos del Oratorio [de Turín]. Nos sorprendían durante las comidas, las clases o el estudio...
>
> Casi al mismo tiempo fue promulgado un decreto, por el que se confiscaban los bienes de los frailes. Este decreto parecía comprender a todos los Religiosos; de modo que los pocos bienhechores que aún nos ayudaban, pensaron dejar de hacerlo, para no sostener obras inútiles.
>
> Fue éste el momento más peligroso y terrible para nues-

tra causa. A cada instante temíamos que llegase la orden de expulsión de los Religiosos del Brasil.

Yo procuraba animar del mejor modo posible a mis Hermanos; y viendo que nada podía esperar de los hombres, acudí a Aquel que todo lo puede, y con gran fervor comenzamos una novena de Vía crucis.

Desde ese momento, todo cambió de aspecto... La autoridad civil reconoció nuestra rectitud de miras, y llegaron nuevos alumnos.

Es cierto que algunos irreflexivos nos hicieron objeto de sus pullas, en los últimos días de Carnaval; pero eran los postreros esfuerzos del enemigo...

Continuamos el Vía crucis por toda la Cuaresma con el fervor acostumbrado, y seguimos adelante.

Los bienhechores se reanimaron, y de nuevo comenzaron a ayudarnos.

* * *

El 14 de enero de 1884, el Colegio Santa Rosa, de Niterói, abrió sus puertas con nuevos bríos. Los alumnos aumentaron, hasta alcanzar el número de treinta, y los Salesianos se dieron el lujo de inscribir dos novicios y un aspirante a religioso.[9]

Pero todavía los incidentes callejeros menudearon, hasta que las fiestas del Carnaval ofrecieron una trágica solución. Cuenta el padre Luiz Marcigaglia el episodio que dice haber oído repetidas veces de los mismos labios del padre Miguel Borghino.[10]

Poco antes del antruejo, había ocurrido en Friburgo un acontecimiento deplorable. Un grupo de estudiantes de la Escuela Politécnica de Río gozaban las alegrías de un día de excursión serrana, cuando parece ser que no se comportaron debidamente dentro de la Iglesia. Esto les mereció una reconvención del Vicario. Se exaltaron, entonces, los ánimos, y no sólo hubo intercambio de amenazas y denuestos, sino que un estudiante tentó de penetrar montado a caballo en el lugar sagrado.

Pues bien; en el desfile de carrozas del último día del Carnaval apareció una representando el episodio de Friburgo. Y quiso la casualidad que el disfrazado de Vicario se asemejara notablemente, en la imagen y en la apostura, al padre Miguel Borghino. Tanto fue así, que la gente comenzó a saludarlo: "¡Hola, padre Miguel!...", y a decirle piropos no tan agradables.

Corría el desfile por la rúa San José. Cuando la carroza mentada tuvo que doblar la esquina de la rúa dos Ourives —hoy, Rodrigo da Silva—, sus ruedas delanteras tomaron mal el declive

de la calle alta, el carricoche dio una voltereta y volcó espectacularmente... Sobre la calzada quedó un amasijo de ruedas, maderas, adornos y personajes. Algunos de éstos estaban heridos. El clérigo fingido yacía en un charco de sangre, decapitado por una rueda.

La superstición cumplió luego su parte, y se acabaron como por encanto los insultos y ataques callejeros.

* * *

Aunque los acontecimientos del Brasil corrían vertiginosamente, Lasagna no lograba desprenderse de sus obligaciones uruguayas. Cuanto más rumiaba el asunto, más claro veía las innumerables razones que imponían la formación de un nuevo nucleamiento. Por eso, en carta a don Rúa insiste y urge en la necesidad de darle una compañera a la Casa de Niterói. Es indispensable fundar un colegio en San Pablo. "El padre Tomatis —subraya— posee todas las condiciones necesarias para ser un excelente inspector del Uruguay. Eso haría posible mi instalación definitiva en el Brasil."

Don Rúa elude cualquier otra consideración, y contesta que la fundación de San Pablo la resolverá el padre Cagliero, cuando viaje a América. "A tantas millas de distancia, es difícil comprender", refunfuñaba Lasagna.[11]

* * *

Pero las novedades barrían momentáneamente a las preocupaciones. El domingo 5 de febrero se produjo la primera reunión oficial de exalumnos salesianos uruguayos. Espalter, Ponce, Arocena, Heber Jackson, Arrillaga, Fragueiro. Aguerre, Lenguas y Migone, habían invitado a todos los compañeros a festejar los primeros siete años del Colegio Pío a la sombra de su capilla, junto con su amable Director, y se realizó una reunión inolvidable.

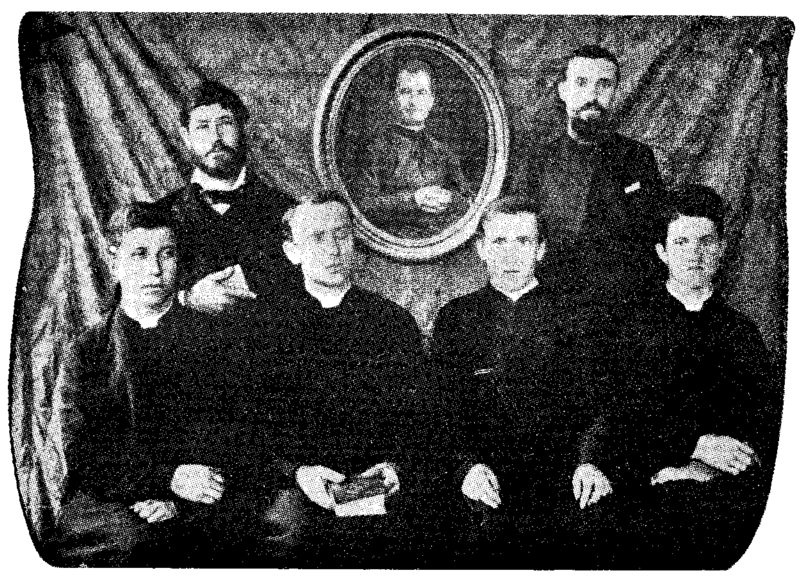
El Observatorio Meteorológico publicaba su primera Memoria. Los borradores llevaban correcciones de puño y letra de Lasagna, y el folleto merecerá elogios de la Sociedad de Artes y Ciencias del Uruguay.

El 27 de marzo, monseñor Inocencio Yéregui ordenaba de sacerdote a los diáconos Juan B. Isabella y Ramón Barale.

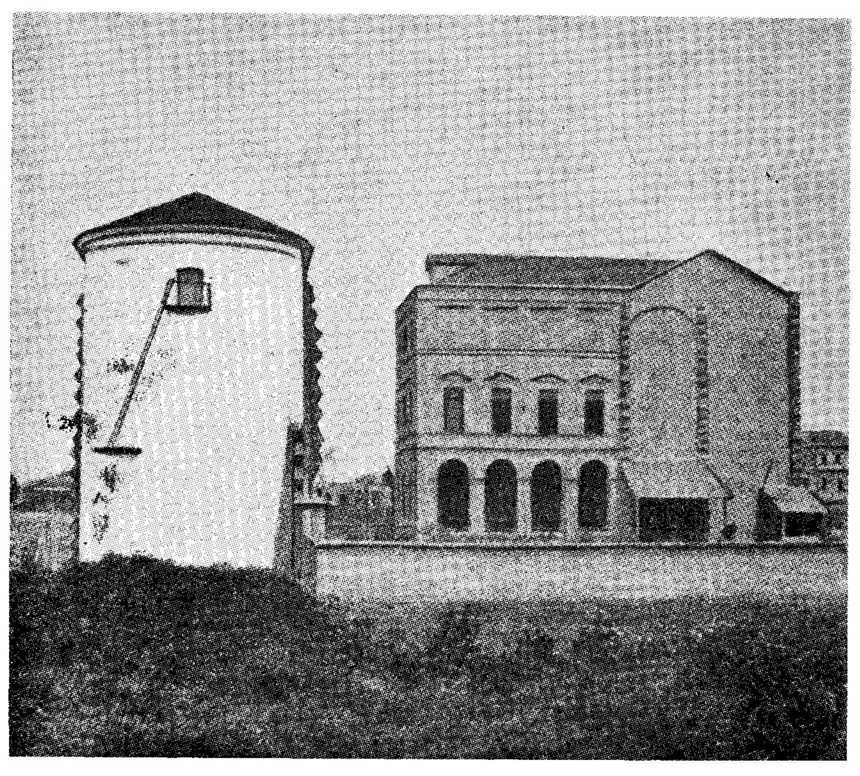
En el Colegio Pío florecían las Compañías y el Pequeño Clero.

* * *

LICEO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS DE SAN PABLO (BRASIL)



Primer personal del Liceo, en 1886: Don Lorenzo Giordano, director; Bernardino Monti, prefecto; Luis Zanchetta y Alejandro Fía, profesores; Juan Bologna y José Moreira, coadjutores.



Edificio y capilla del Sagrado Corazón de Jesús en 1886, cuando les fueran entregados a los Salesianos.

Sólo a comienzos de mayo pudo viajar al Brasil. Arriba el día 13, en el *Équateur*.[12] Necesitaba consolar a sus Hermanos, animarlos con su presencia, y enfervorizarlos con su palabra. Enseguida les predicó ejercicios espirituales; dio conferencias a los cooperadores, y presidió en Niterói la inauguración de cinco talleres: tipografía, encuadernación, sastrería, zapatería y carpintería, que se sumaron a las tres aulas elementales existentes.

* * *

El 19 de junio viajó a San Pablo, para asistir a la bendición de la nueva iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. Pensaba que la función se realizaría el día 20. Pero esa tarde, al llegar, se enteró de que la solemnidad había sido diferida para el día 24, tercer aniversario de la bendición de la primera piedra. Se hospedó en la iglesia del Monasterio de Nuestra Señora de la Luz. Visitó enseguida al Obispo y a los cooperadores. Luego fue a ver las obras en construcción: iglesia y liceo. Se maravilló del progreso realizado en apenas ocho meses. Estaban terminados el coro y el presbiterio. Los presidía un estupendo altar, coronado por una imagen de Cristo que señalaba su Corazón llameante. Más allá crecía un majestuoso edificio con espaciosas galerías y vastos salones, que —explica en carta a don Bosco del 24 de junio de 1884— "llegan a la altura de la parte nueva del Colegio de Lanzo, y que en extensión equivale tal vez a su mitad". Cuando se le pongan techos y pisos —añade—, podrá contener un centenar de muchachos.[13]

Predicó a las Hermanas del Monasterio el triduo de san Juan Bautista.

El 24 se cumplió la solemne ceremonia: bendición; misa solemne, con asistencia pontifical, y panegírico. Todo con la presencia de lo más distinguido del clero paulista, que rodeaba a su obispo don Lino.[14]

* * *

Desde el día de su llegada, el Obispo quería donarle ante escribano público los terrenos y las construcciones, para que comenzara enseguida la obra escolar. No pudo aceptarlos. No disponía aún de la aprobación de Turín. Igualmente comienza a barajar proyectos, y en su primera carta pregunta a don Bosco y a don Rúa:

> ¿A nombre de quién deben hacerse las donaciones y escrituras? ¿A mi nombre, al suyo o al del padre Giordano?

¿No podría Giordano ser destinado como superior a San Pablo, y convertirse, luego, en jefe de la gran Inspectoría brasileña?

Es indispensable que el Brasil sea una Inspectoría aparte.

Si pudiera hablarle de viva voz, le diría todas las razones y circunstancias que peroran en favor de la aceptación de esta casa que tanto quiero.[15]

* * *

El 25 volvió a Río. Se entrevistó con el internuncio, fray Roque Cocchia, O.F.M., arzobispo de Otranto. Repetidas veces conversó con don Macedo Costa, que estaba preparando su viaje a Italia, y pensaba obtener de don Bosco la aceptación de su Obra de la Providencia.

En los primeros días de julio tornó al Uruguay, no sin encargar a Borghino, a quien hallaba muy deprimido, que él también escribiera a Turín pidiendo *socorros.*

Mientras él volvía, don Lino, obispo de San Pablo, enviaba a sus párrocos una nueva circular. Con fecha 25 de julio les recomendaba encarecidamente abrieran suscripciones, para concluir la capilla del Sagrado Corazón y el liceo anejo.[16]

* * *

En el intervalo se produce un acontecimiento considerado entonces muy auspicioso para la Sociedad Salesiana: en el consistorio del 13 de noviembre, don Juan Cagliero es preconizado obispo titular de Mágida y provicario apostólico de la Patagonia. Consagrado obispo el 7 de diciembre, viaja a Sudamérica.

El 12 de marzo de 1885 visita a Montevideo. Llega justo cuando Lasagna acababa de recibir a Borghino. Éste volvía..., más bien, huía del Brasil desanimadísimo: derrotado, más que por los problemas, por terribles angustias.[17]

* * *

Tras los festejos y las visitas, Lasagna arregló con Cagliero la aceptación de San Pablo, y envió como superior al padre Lorenzo Giordano. Pensaba acompañarlo personalmente; pero no fue posible por el momento.

Éste viajó a Río el 15 de mayo, con el coadjutor Juan Bologna.

Y el 5 de junio, acompañado por el padre Borghino, desembarcó en San Pablo.

Al principio, debió instalarse en la Santa Casa, mientras que sus acompañantes fueron recibidos en casa del Capellán del Monasterio de Nuestra Señora de la Luz, hasta la terminación de las obras indispensables del Liceo.[18]

Cuando se enteraron en Turín de la fundación del Liceo, encargaron al Secretario del Capítulo Superior, don Juan B. Lemoyne, de enviarle una reprimenda a Lasagna, por haberlo hecho *sin formal licencia del Capítulo.* Habían olvidado, seguramente, que el asunto había sido puesto en manos de monseñor Cagliero.

Lasagna se defendió al instante:

> Tengo permiso de quien podía darlo. Y me dio dos salesianos, Cavatorta y Cogliolo, para que Giordano pudiera ir a San Pablo.

Y aprovecha para repicar:

> *Loro sono lontani e certe cose non le possono vedere...* Es indispensable que cuanto antes el Brasil sea independiente. Don Giordano tiene tela de buen inspector... Es necesaria la independencia, para conservar el espíritu de la Congregación y propagar mejor la gloria del Señor.

[1] ACSS., carta de Lasagna a don Bosco, del 27-V-1884.

[2] *O Apóstolo,* del 28-XII-1883.

[3] *O Apóstolo,* del 4-III-1884.

[4] *O Apóstolo,* del 1-II-1884.

[5] ACSS., carta del 27-III-1884. (Cf. *Bollettino Salesiano,* giugno 1884.)

[6] L. Marcigaglia, *Os Salesianos...,* cit., vol. I, pág. 24. Como puede apreciarse, la solución de los conflictos no se debió a la interposición de la influencia de monseñor Lacerda, según afirma el padre Álbera (*Mons. L. Lasagna...,* cit., pág. 191).

[7] ACSS., carta del padre Borghino a don Rúa, del 29-VII-1884.

[8] Varias fueron las persecuciones que asolaron a los Salesianos. Primero, su rivalidad con el colegio protestante; luego, las inspecciones oficiales periódicas, debidas a denuncias mal intencionadas y a los ataques del diarucho *O Lucifer;* después, se llegó hasta la agresión personal: cierta vez, en un tranvía, le dieron un buen golpe en la cabeza al padre Borghino. (L. Marcigaglia, *Os Salesianos...,* cit.; Crónicas del Colegio Santa Rosa, de Niterói.)

[9] Cf. Crónica de Niterói y carta del padre Borghino a don Bosco, del 16-XII-1884.

[10] L. Marcigaglia, *Os Salesianos...,* cit., vol. I, pág. 24.

[11] ACSS., carta a Cagliero, del 10-VI-1885.

[12] Crónica del Colegio Pío; *Jornal do Comércio*, Río de Janeiro, ed. del 14-V-1884.

[13] ACSS., carta de Lasagna a don Bosco, del 24-VI-1884.

[14] De la revista *Santa Cruz* (año XI, setiembre de 1911, fascículo XII), trascribimos el acta de la bendición de la capilla del Sagrado Corazón de Jesús:

"Fazemos saber que attendendo ao que nos representaram o Revmo. Cônego Antonio Guimarães Barroso e mais membros da Comissão das obras da capella do Sagrado Coração de Jesus e Lyceu anexo de Comércio, Artes e Ofícios, situados no bairro denominado Campos Elysios, freguezia de Nossa Senhora da Conceição, desta Capital; declarando êles por sua petição que lhes parecia, senão de rigorosa necessidade, ao menos, de interesse religioso e manifiesta utilidade prática o acto da visita e benção do novo templo, afim de que se podesse celebrar nêle o Santo Sacríficio da Missa e mais actos do culto divino, visto achar-se já concluida e decente a respeitiva capella mór: Nós, visitando pessoalmente hoje, 24 de Junho de 1884, 3º aniversario da benção e lançamento da 1ª pedra, essa parte principal e sem dúvida a mais importante do templo em construção, e achando-a decente e provida de paramentos e alfaias, mesmo dos que são necessarios para depósito e guarda do SS. Sacramento, e para os actos do culto de adoração que lhe são devidos; tendo, além disto, o altar mór decentemente preparado, já com a respeitiva banqueta, um pequeno sacrario e o nicho ou oratorio principal, contendo uma devota e linda imagem do Padroeiro, em vulto grande, procedemos nesse mesmo dia, das nove para dez horas da manhã em dita capella, a benção propria *vel Novae Ecclesiae*, abrindo-a desde logo ao serviço do culto divino, com permissão para haver nela, emquanto não fôr determinado o contrario, sacrario para depósito do SS. Sacramento, em quaesquer occasiões precisas; una vez que seja possivel manter-se a necessaria decencia, e ao respeito se observem todas as prescrições canónicas e litúrgicas. / Em seguida, teve lugar a missa solene, com assistencia pontifical nossa, oficiando como celebrante o Revmo. Cônego da Cathedral Francisco Jacintho Pereira Jorge, acolytados pelos Revmos. Gomes Pereira da Silva e João Osorio Marcondes, e orando ao Evangelho o Revmo. Cônego Arcediago Dr. Francisco de Paula Rodrigues, Vigario Geral e Provisor do Bispado. / Funcionaram como assistentes do solio os Revmos. Cônegos da Cathedral, Ezechias Galvão da Fontoura, Secretario do Bispado; Jerónymo Pedroso de Barros, Antonio Corrêa Leme e Augusto Cavalheiro e Silva. / Alem destes, compareceram ao acto mais alguns Revmos. sacerdotes e diversas outras pessoas em número não pequeno ou, quando menos, correspondente às actuaes acomodações do bello edificio. / Dado e passado nesta cidade de S. Paulo, sob o sinal e selo de Nossas armas, aos 24 de Junho de 1884, festa da Natividade de S. João Baptista, 3º aniversario da benção e lançamento da 1ª pedra da capella do Sagrado Coração de Jesus, na mesma cidade. E eu, Cônego Ezechias Galvão da Fontoura, Secretario do Bispado, o subscrevi. — † LINO, Bispo Diocesano."

[15] ACSS., carta de Lasagna a don Bosco, que trascribimos a continuación íntegramente:

"W. G. / S. Paolo, nel fausto giorno di S. Giovanni Battista, 24-VI-1884. / Mio veneratissimo Padre, / Ho passato questo giorno in preda ad emozioni svariatissime e prima di raccogliermi a riposo, sebbene l'ora sia assai inoltrata, voglio scriverle queste poche linee per isfogo del mio cuore e per sua consolazione. / È inutile che le dica che in ogni luogo ed in ogni istante mi seguiva il pensiero delle commoventissime feste che oggi avrebbero luogo in Torino, nel nostro caro Oratorio, intorno al nostro amatissimo Padre; ed io al trovarmi sì lungi, sì solo, mi sentiva alle volte stringere il cuore, e la mestizia

mi ha predominato in tutto il giorno. In vano mi sforzava di scuotere dall'animo mio questa melanconia considerando che stando qui per volontà del mio Padre e per dar gloria a Dio, mi trovava così ben vicino al suo cuore, poichè mi ritornava sempre più forte e più viva una specie di innocente invidia a' miei cari Confratelli d'Italia che m'immaginava quest'oggi giubilanti d'intorno a Lei. / Io sono giunto a S. Paolo la sera del 19 Giugno per assistere all'indomani alla solenne benedizione della nuova Chiesa del Sacro Cuore di Gesù, offerta ai Salesiani. Ma per ragioni impreviste la si dovette differire di pochi giorni e questa commovente cerimonia fu riservata per quest'oggi, onomastico di D. Bosco. Vi concorse una gran folla di popolo, ed il zelantissimo Vescovo circondato dal Capitolo da molti buoni Sacerdoti e dai Chierici del Seminario, cominciò alle dieci la benedizione della Chiesa, dei sacri vasi e degli arredi già regalati pel divino culto. Poscia si celebrò solennemente la Sta. Messa, assistita pontificalmente dal Vescovo, con musica ed orchestra ed uno stupendo discorso recitato dal Rev.mo Canonico Rodrigues, vicario generale della Diocesi di S. Paolo, uomo di molta dottrina e grande eloquenza. Tutti erano commossi dal complesso di questa funzione che durò ben quattro ore, terminando alle due pomeridiane. L'attuale edifizio comprende solo il coro ed il presbiterio della Chiesa progettata, eppure è già sì grande e sì bello che rapisce e commuove. Ben dipinto, con un magnifico altare, sormontato da una preziosissima statua di Gesù Cristo in atto d'indicare il suo Divin Cuore tutto in fiamme, fornito già d'una vasta ed elegante tribuna pei cantori, offre un insieme sì devoto e maestoso che tocca il cuore. / Fuori poi, a un lato della Chiesa s'innalza un maestosissimo edifizio con spaziosi porticati e vasta sala che raggiunge in altezza la parte nuova del Collegio di Lanzo, e ne equivale forse la metà in estensione. Ci manca solo il tetto ed i diversi pavimenti che presto si spera di condurre a termine e poscia potrà ben ricoverarse un centinaio di poveri giovanetti. / Le confesso che io strabigliai al vedere già così progredite le costruzioni che appena otto mesi fa si cominciavano dietro mia indicazione ed incoraggiamento. / Fin di domani l'ottimo Vescovo vorrebbe già farne donazione incondizionata davanti a pubblico notaio, ma con mia grande afflizione io non potrò ancora accettare finchè non abbia ricevuto la sua esplicita approvazione, che spero non tarderà molto ad arrivare. Vuole che la scrittura di donazione si faccia al nome mio, di Lei o di D. Giordano Lorenzo? Quest'ultimo potrebbe forse un giorno essere destinato a Superiore di questa Casa e divenire capo di una nuova Ispettoria Salesiana (Brasilera) con grande vantaggio della Congregazione nostra, della gloria di Dio e della salvezza delle anime. Il Sacro Cuore di Gesù, a cui è consacrata la nuova Chiesa e la nuova Casa, saprà ben Lui togliere ogni ostacolo all'attuazione di questo progetto, che deve ridondare tutto a sua gloria. Io non faccio altro che sporlo umilmente a Lei, mio amatissimo Superiore, perchè ne faccia quel conto che crede. A mio parere questa Casa è di tanta importanza e di tante speranze che non avrei rimorso di dedicarvi io stesso tutte le mie forze e tutta la mia vita. / Le limosine continuano e l'opera va innanzi con vigore. In questa Chiesa pensa il Vescovo fra poco consacrare tutta la sua diocesi al Sacro Cuore di Gesù e tiene già pronta una bella pastorale in proposito colla data di quest'oggi. Ben vorrebbe avere già fin d'ora due Missionari Salesiani per tener vivo il culto di questo caro Santuario, ma per adesso non è possibile contentarlo. / Ma ben verrà il giorno in cui non due ma molti Salesiani con una grossa schiera d'innocenti fanciulli faranno coro intorno al Sacro Cuore di Gesù rinnovando in terra gli spettacoli del Paradiso! / Oh! se potessi parlargli a viva voce a dirli tutta la ragione e le circostanze che perorano in favore dell'accettazione di questa casa che mi sta tanto a cuore! Ma mi rimetto interamente a Lei, che certo ama assai più di me a Dio e le anime e la Congregazione nostra, e sempre venererò qualunque cosa ella decida. Se ritorno su questo argomento è perchè mi ci credo obbligato, essendo stato da Lei stesso incaricato di provvedere come Ispettore alle Missioni di questo povero Brasile. / Mi perdoni intanto e raccomandi al Signore questi buoni Cooperatori Salesiani che tanto sospirano il nostro arrivo e con tanto zelo e sacrifizi si adoperano per provvederci la Casa

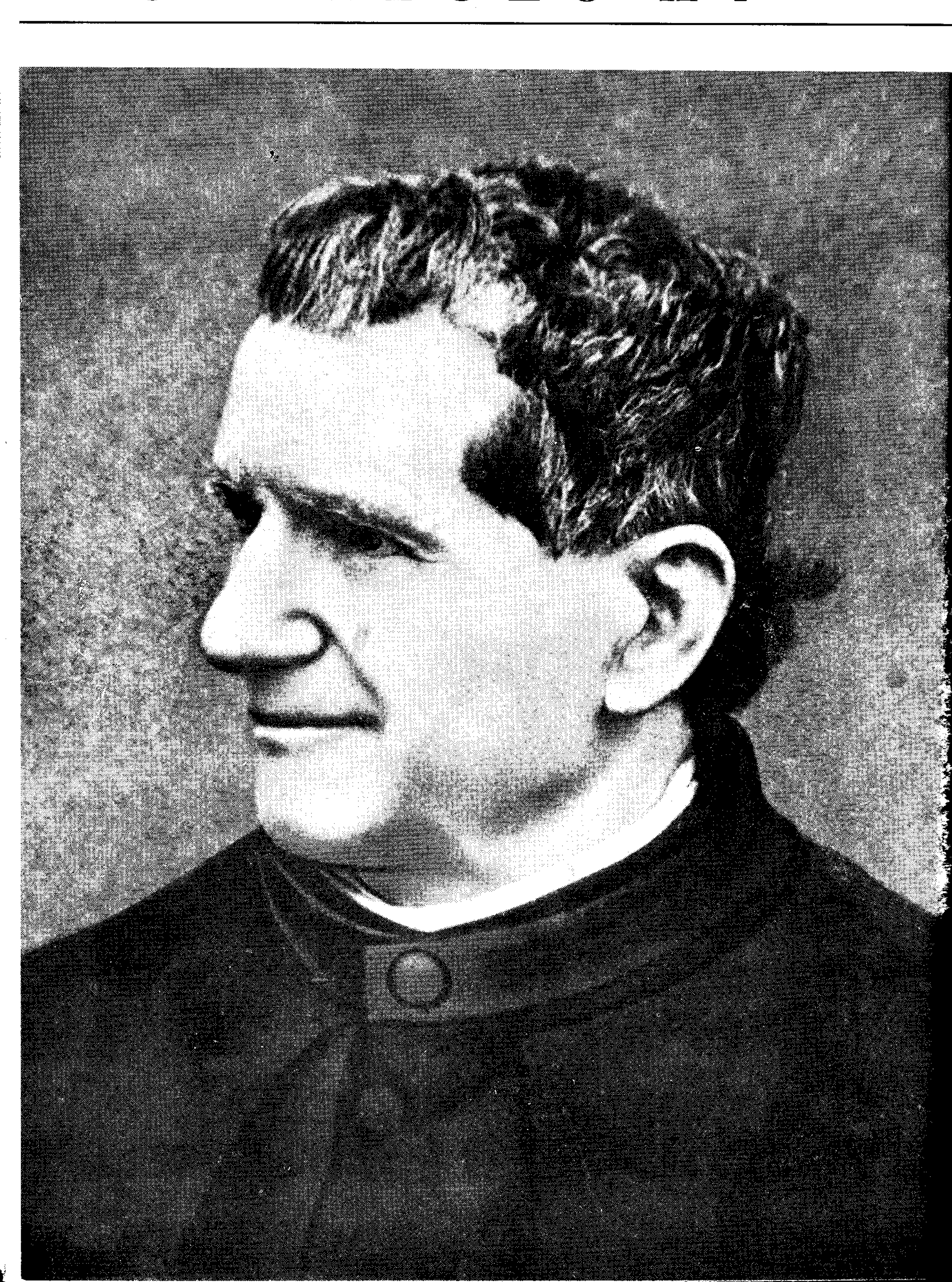
ed i mezzi per fare del bene. / Domani stesso lo ritornerò a Nictheroy, di dove fra otto giorni m'imbarcherò pel Rio della Plata dove sono atteso con ansietà. Oh! se appena arrivalo vedessi giungere colà l'amatissimo D. Cagliero portatore de' sospirati aiuti per questa mia povera Ispettoria! Ne prego ogni giorno Iddio, e con tutto l'affetto ed ardore del mio cuore mi raccomando pure a Lei in questo suo caro giorno Onomastico, in cui tanti favori concede ai suoi figli che l'attornano affettuosi. Oggi ho pregato, ho sospirato molto, ho invocato la protezione del Sacro Cuore di Gesù su di Lei, su di me, sopra tutti i Confratelli e giovanetti nostri e caldamente implorai pure il patrocinio di S. Giov. Battista, cui ho predicato il panegirico nella Chiesa del Monasterio della Madonna della Luce, dove sono ospite. / Finisco pregandolo ancora una volta che si ricordi di me, che tanto lo amo e venero, e che col desiderio di essere / Suo Ve.mo figlio per Gesù Cristo, / LUIGI LASAGNA."

[16] Archivo de la Curia Eclesiástica de San Pablo, 1-4-43, pág. 47.

[17] Crónica del Colegio Pío (Villa Colón).

[18] Crónica del Colegio Pío.

CAPÍTULO XV



Madurez

Y sus sueños de atleta extraordinario
van rompiendo en excelsas floraciones,
como urdimbre genial de una leyenda...

J. CHIACCHIO BRUNO, S.D.B.:
Flores..., cit., pág. 130.

LAS EMPRESAS evolucionan como el hombre. Una Inspectoría salesiana nace por un decreto, cuando se supone que posee los órganos vitales suficientemente desarrollados para sobrevivir. Pero se realiza totalmente poco a poco. Madura como los seres vivos, hasta adquirir la plenitud. Y cuando la circunstancia lo pide, no hay que esperar a que envejezca, para que se reproduzca.

Éste puede ser el esquema sobre el que se mueve la acción organizadora de Lasagna, en todos los años que le restan de vida. Las anécdotas —la mera crónica que tienta continuamente al biógrafo— son accidentes de una vida consagrada a una empresa apostólica. Empresa con el ideal de evangelizar al pobre y promoverlo, pero que necesita la estructura funcional adecuada para conseguirlo.

Ideal y estructura son los blancos que siempre tiene a la vista, y que se repiten en todas sus preocupaciones y quehaceres. En concreto, Lasagna quiere llevar la Inspectoría uruguaya a su madurez, independizar la brasileña y las Hijas de María Auxiliadora; lógicamente, en función de mejor lograr la santidad de sus Religiosos, y evangelizar a los pobres.

El año 1886 lo sorprende en plena ebullición —*sempre in giro,* afirma él mismo [1]— para consolidar las obras existentes. Sueña con subvenir a las necesidades materiales y sobrenaturales que lo arrastran y apremian.

Su actividad se encuadra en sólo dos límites: el factor humano, o sean las necesidades físicas y espirituales de sus hermanos salesianos, prioridad uno y supuesto de la empresa, goz-

— Fotografía auténtica de san Juan Bosco, obtenida en los últimos años de su vida (1815-88), y guardada en el archivo central de la Sociedad Salesiana en Turín.

ne sobre el que gira la acción; y en el factor instrumental, la organización eficaz.

Aunque pareciera acuciado por el arrebato, procede con inmensa claridad. Se mueve con rapidez, cuando la circunstancia lo exige. Se arma de infinita paciencia, cuando debe esperar. Mira el día en que vive, y avizora el porvenir. Todos sus proyectos —y nunca llevaba menos de diez simultáneamente en la cabeza, afirmaba el senador Bauzá— van planeados tan en prospectiva, que muchos cuajaron después de su muerte. Y otros fueron lamentablemente abandonados.

* * *

Mientras Cagliero predica Ejercicios con Tomatis en Villa Colón, él trata de poner orden en la situación legal de las propiedades inspectoriales, y encarga al doctor Requena de conformar con el derecho uruguayo los títulos de la Institución. Luego, se corre a Buenos Aires, y recibe de Cagliero, apoderado de don Bosco para toda América, delegación de poderes para operar en el Uruguay.[2]

Pensó en aprovechar la oportunidad para dirigirse a Paysandú, donde los Hermanos habían pasado momentos difíciles. El 28 de marzo el general Arredondo había invadido el Uruguay por el oeste, con el propósito de liquidar al régimen de Santos, que ya había entregado el mando a Francisco Vidal, el 1º de marzo. El Gobierno, alertado, destacó al general Tajes en su persecución. Éste hizo internar todas las caballadas del litoral, y alcanzó a los invasores el día 30, en Quebracho —al sur de Guaviyú, a doce leguas largas de Paysandú—, y al día siguiente lo derrotó estrepitosamente.[3] Quedaron en el campo 252 muertos y centenares de heridos.

El padre Allavena ofreció el Colegio como hospital de sangre, y organizó una comisión para atender a los heridos. Éstos fueron llevados a la ciudad; pero quedaron albergados en locales de la Sociedad Masónica, hasta que fueron embarcados para Montevideo.

La alarma en el Colegio no pasó de un susto. El único daño sufrido —consignan las crónicas— consistió en una rajadura de la campana de la torre, que no resistió al entusiasmo de los soldados victoriosos, que la echaron a vuelo.[4]

* * *

Tranquilizado Lasagna, difirió su viaje hasta principios de mayo. Cuando lo hizo, no se retiró de Paysandú sin ordenar la adquisición de un terreno en los fondos de la capilla de San Ramón —templo que se construía cerca del puerto—, a fin de levantar una casa para las Hijas de María Auxiliadora. Éstas llegarían el 1º de junio del año siguiente:

Aprovechó la oportunidad, para predicar el triduo de la comunión pascual, y el 16 de mayo, día del Patrocinio de San José, repartió más de un centenar de comuniones.

Ese mismo día volvió a Montevideo, y enseguida recibió noticias de Turín. El 31 de mayo quedaba convocado el Cuarto Capítulo General de la Sociedad Salesiana. Debían renovarse los miembros del Consejo Superior. A su vez, se citaba a los directores e inspectores, para deliberar sobre un temario de siete puntos. Don Bosco deseaba vivamente la presencia de los Superiores americanos. Los juzgaba piezas indispensables en los jaqueles del diálogo sobre las realidades que la Sociedad encaraba. Sobre todo, esperaba a monseñor Cagliero, a monseñor Fagnano, al padre Costamagna, al padre Lasagna y a algún otro.[5]

Pero en América, las dificultades devoraban a los hombres. Cagliero preparó concienzudamente un pliego de observaciones, y encargó a Lasagna de representarlo y explicarlas. Costamagna, de mentalidad más vertical, se limitó a protestar obediencia ciega a todo lo que se resolviera.

Don Bosco se manifestó descontento y afligido por las ausencias. Y no era sólo por cuestión de sentimientos. Quería oírlos a todos.

La elección de Lasagna obedecía, también, a razones personales. Todos sabían que doña Teresa, su madre, estaba muy delicada de salud. Realmente, agonizaba en Montemagno, cuando él se disponía a partir en el *Norteamérica.*

* * *

El 15 de agosto estaba en Turín. Llegó al Oratorio a las 19.30, justo durante el acto de la distribución de premios, que se realizaba juntamente con la fiesta del cumpleaños de don Bosco. Éste lo avistó desde el palco de la presidencia, se puso de pie, corrió a estrecharlo entre sus brazos, y lo sentó a su lado. Al terminar la función, le ofreció las palabras de clausura.[6]

El verbo vibrante de Lasagna hizo desfilar ante los ojos agrandados de los alumnos, los sueños de don Bosco, hechos epopeya misionera en América.

A la mañana siguiente, cuando se aprestaba a celebrar misa en la basílica de María Auxiliadora, se le acercó don Rúa. Hacía rato que lo esperaba. Traía un mensaje:

—Debes encomendar en tus oraciones a mamá Teresa. Falleció el 3 de julio, a las cinco de la tarde...

Lasagna quedó petrificado.

"¡Qué dolor, no volver a verla en esta Tierra!", escribirá a monseñor Cagliero, unos días más tarde.[7]

"No encontré más a mamá; ya la habían sepultado..."[8]

* * *

La noticia trastornó los planes de Lasagna. Le quedaban diez días para ordenar las instrucciones que debía predicar en San Benigno a los cinco inspectores y veintinueve directores capitulares. Se preparó meticulosamente. Con todo, aprovechó el intervalo para realizar propaganda misionera. El día 17 dictó una conferencia en Valsálice; el 18, otra en San Benigno; el 19 y el 20 habló en Niza. El 25 volvió a San Benigno, y el 28 comenzó sus pláticas de ejercicios espirituales. "Predicó con fervor misionero y espíritu salesiano", afirma el padre Lazzero.[9]

Poseía una natural elocuencia, unida a no comunes condiciones didácticas: el hecho evangélico, los fenómenos de la naturaleza finamente observados, la apostilla chispeante, todo fluía sin esfuerzo.

"Su erudición ascética resultó maravillosa —escribía el padre Albera.— Tanto más, si se tenía en cuenta su vida agitada y activa."[10]

En los momentos libres, estaba siempre rodeado de salesianos. Sus relatos misioneros encandilaban.

Conferenció repetidas veces con don Bosco. Repasaron con detenimiento el problema americano; sobre todo, el brasileño.

Sin embargo, no logró la creación de la Inspectoría del Brasil. Los Superiores aceptaban los problemas emergentes de distancia e idiomas; pero, para erigirla, se exigían, por lo menos, tres Casas regulares. Obtuvo, siquiera, la promesa de enviar una Inspectora para las Hermanas del Uruguay.

Sor Morano o sor Buzzetti fueron las candidatas entresacadas por don Bosco. "Sólo tendrán —afirmaba Lasagna, para animarlas— el trabajo de dirigir, y quitarme a mí el fastidio y el peligro de trabajar de *madre abadesa*, como hace el padre Costamagna..."[11]

* * *

Terminados los Ejercicios, fue a Montemagno, a rendir tributo de lágrimas sobre la tumba de su madre. Se sintió inmensamente solo. Y se adhirió más a la Congregación Salesiana, como a su única familia.

Visitó a parientes y amigos. Luego, se ocupó en la solución de los problemas temporales. Su madre había dejado algunos bienes. A todo lo que le correspondía, le dio destino: sirvió de gran ayuda para las obras del Uruguay y del Brasil. Como restaban algunos inmuebles, pensó en organizar en Montemagno un Seminario misionero que nutriera de vocaciones sacerdotales las Casas de su Inspectoría.

* * *

El 2 de setiembre se inauguró el Capítulo General, en el Colegio de Valsálice. Comenzó con las elecciones de Superiores. Corrió la voz de que Lasagna había obtenido varios votos para el cargo de catequista general.[12]

Siguió con especial interés los temas tratados; y tomó debida cuenta, por la situación de sus Casas, de los puntos referentes a las parroquias. Ahí se estableció que en adelante la aceptación de la cura de almas dependía del beneplácito de la Santa Sede, y que los cargos de director y de párroco debían ser ejercidos por personas distintas.

Esta resolución cumplida inmediatamente, fue origen de innumerables conflictos jurisdiccionales; sobre todo, en Paysandú, durante los años 88 y 89, y debió ser especificada posteriormente con mayor claridad.[13]

* * *

Terminado el Capítulo, y mientras preparaba una expedición de salesianos para su Inspectoría, realizó intensa campaña en favor de las Misiones y del espíritu misionero. En pocos meses, recorrió las principales ciudades de Italia, y las aldeas más humildes.[14]

Inició la misión públicamente en la ciudad de Milán. Cooperadores y exalumnos del Oratorio de Valdocco mancomunaron sus esfuerzos para reunir el 12 de setiembre, en la iglesia de Santa María de las Gracias, a lo más granado de la metrópoli lombarda. Asistió el arzobispo, monseñor Luis Nazari de Calabiana.

Don Bosco, a pesar de los achaques de la vejez, llegó el 11

de setiembre. Durante la sagrada función, ocupó en el presbiterio un sitial junto al trono del Arzobispo.

Después de la misa —acompañada por la *Schola Cantorum* del Oratorio de Turín—, apareció en el púlpito el padre Lasagna. Comenzó con un himno de agradecimiento al venerable Arzobispo que veinte años atrás, siendo obispo de Casal, lo había admitido a vestir la librea del santuario [15] Habló, luego, de la Obra de Don Bosco, que se expandía por Europa. Se había propagado, también, por el Nuevo Continente, con inmenso provecho de innumerables niños, de tantos inmigrantes italianos, y de los salvajes, hijos predilectos de sus sueños.

Según refiere don Álbera, el Corresponsal del *Corriere di Torino* afirmaba al día siguiente que, de haberse ofrecido la conferencia en un local que no fuera la iglesia, muchas veces el orador hubiera sido interrumpido por los aplausos.

Sobre todo, cuando culminó su oración con un arrebatador elogio al Papado:

> He recorrido gran parte de Europa y de América, y he podido convencerme de que si nuestra patria se ufana con las más variadas industrias, es en esto mismo infinitamente superada por otras naciones. Si ha medrado su comercio, esto es poco, en comparación de lo que se ve en otras comarcas. Si admiráis los soberbios edificios y magníficos monumentos que el genio italiano alzó en nuestro suelo, sabed que tales he visto, también, en naciones extranjeras, que pueden rivalizar con los nuestros. Si Italia goza de la primacía en las bellas artes, recordad que los extranjeros se esfuerzan en igualarlos, si no es que alcanzan a superarlos. Si nosotros poseemos tantos tesoros en el patrimonio de las ciencias y de las letras, los países lejanos también pueden gloriarse de una rica literatura y de grandes progresos. Pero hay un timbre que no puede ser ostentado por el orgullo de ninguna otra nación; hay un prez que nadie nos disputa; un florón preciadísimo que todos nos envidian, y es el tener en nuestro suelo al Papa, al Vicario de Jesucristo, al Jefe de la Iglesia universal. Por eso, cuando siento el pie en tierra extranjera y con orgullo me llamo italiano, sobre ninguna otra cosa me interrogan, sino sobre el sapientísimo Pontífice que empuña el gobernalle de la sola verdadera religión. Ésta es la prerrogativa que más interesa al extranjero, cuando habla de Italia. Y ¡oh, cuán grande me siento cuando puedo gloriarme de haber visto al Sucesor de Pedro, de haberle hablado, de haber logrado postrarme a sus pies; cuando puedo decir: "Es el Papa quien a vosotros me envía"; cuando me es dado añadir: "¡En su nom-

bre os bendigo!" Ésta es la verdadera loa de Italia, ante la cual se eclipsan todas las demás!

¡Oh, Italia, recuerda que tu más glorioso blasón es ser el centro geográfico de la cristiandad, tener en Roma al que es asiento de la verdad sobre la eterna roca!...[16]

* * *

Extendió luego su gira por Lombardía y el Piamonte, y a fines de octubre visitó a París. En cuatro o cinco jornadas realizó muchas visitas personales, y obtuvo cuantiosa ayuda. Fue en esta oportunidad cuando en el Oratorio de San Pedro y San Pablo conoció y conquistó al joven sacerdote Antonio Malán, que luego lo acompañaría en las Misiones del Mato Grosso. El 1º de noviembre, ya estaba de vuelta.

El 14 regresaba a Milán. Esta vez repitió su conferencia en San Marcos. Se dijo que entre los asistentes lo escuchaba el famoso historiador don César Cantú.

Tanta fue la admiración que despertó en estas excursiones apostólicas, que un grupo de sacerdotes diocesanos recolectó firmas, y se dirigió a don Bosco, para lograr su promoción al obispado de la diócesis de Casale, que a la sazón estaba vacante. Ya era tarde. En esos mismos días, y antes que la campaña tomara mayor empuje, el Papa proveía a la vacancia.

Durante el mismo mes de noviembre, mantuvo entrevistas con el astrónomo Celloria. Viajó con él hasta Moleto, y discutió problemas referentes al Observatorio de Villa Colón.

* * *

En el entretanto, don Bosco alcanzaba a reunir veintiséis Misioneros y seis Hermanas de María Auxiliadora, para ayudar a Lasagna. La undécima expedición oficial.

Lasagna había luchado a brazo partido para lograr este refuerzo. Tanto, que confesaba a monseñor Cagliero:

> ... a ojos de muchos, mis insistencias han parecido indiscretas.[17]

El padre Bonetti era uno de los que más le regateaban personal. Para divertir su atención y liberarse de sus insistencias, le recomendó acudir a la ayuda del padre Costamagna. Lasagna replicaba jocosamente:

—Nunca ese Hermano conjugó conmigo el verbo *dar.* Prefirió siempre *quitar, sacar...*[18]

El trajín de tantos viajes y esfuerzos llegó a agotarlo, y hasta debió caer en manos de los médicos.

* * *

Todo estaba listo para el 2 de diciembre, día fijado para la partida. Empero, antes de dejar a Europa, en el lapso del 4 al 11 de noviembre le cupo la dicha de ir a Roma, junto con algunos de sus compañeros de misión.

En la audiencia que les concedió León XIII, informó por menudo al Pontífice acerca de las obras emprendidas en el Brasil en pro de la juventud y de los inmigrantes; expuso sus grandiosos planes con respecto a la evangelización de los salvajes, y concluyó añadiendo que para sufragar a tantas necesidades, don Bosco había preparado una falange de hasta treinta y dos Misioneros.

El Padre Santo comentó:

—Anunciadlo, para gloria de la Congregación Salesiana. Este hecho me llena el corazón de contento y esperanza. Mucho me prometo del Instituto Salesiano en bien de la Iglesia y de la sociedad.

* * *

Durante la función del adiós de los Misioneros, don Bosco estaba *in cornu epistolae,* frente al trono del cardenal Alimonda, arzobispo de Turín, entre monseñor Emiliano Manacorda, obispo de Fossano, y monseñor Basilio Leto, obispo de Samaria.

Después de la acostumbrada lectura, subió al púlpito el padre Lasagna, y pronunció un brioso y elocuente discurso. Como siempre, avasalló y conmovió al auditorio. Luego, los Misioneros desfilaron uno a uno delante de don Bosco. Recibieron emocionados la bendición y el abrazo paternos. Finalmente, se dirigieron a la estación, y de ahí, a Marsella. El capitán András los acogió en el *Tibet.* El día 12, desde la casa del Conde de Colle, Lasagna escribió a don Bosco una conmovedora despedida.

* * *

El *Osservatore Cattolico* de Milán del 2 de diciembre de aquel año 1886, al dar la noticia de la nueva expedición misionera salesiana, comenzaba con estas palabras:

El Instituto Salesiano ha escrito en el día de hoy la página más hermosa de su historia. Una misión de treinta y dos personas ha partido para tierras de infieles, y ha realizado un hecho que desde hace dos siglos no tenía ejemplo en la Iglesia: el salir de un solo centro un grupo tan numeroso de misioneros.

* * *

Se hicieron a la mar el 14 de diciembre por la noche. El golfo de Lyón les dio agitada bienvenida. Luego se hizo la calma. Después de un engañoso compás de espera, los acogió el temido e indomeñable Atlántico.

La noche del 16, a medida que se acercaban a Gibraltar, el sosiego parecía invadir la mar entera. Pero enseguida recomenzó la danza macabra. A medianoche, el océano rebullía. De madrugada asomó un atisbo de tranquilidad; pero luego... Dejemos a Lasagna que lo relate:

> ¡Pobres de nosotros! Apenas estábamos al principio de una de las más espantosas borrascas. El cielo encapotado y lóbrego presentaba un cariz pavoroso, uniforme, adondequiera que volviésemos la espantada vista. El mar, que durante aquella momentánea calma no había dejado de bramar con sordo ruido debajo de nosotros, poco a poco empezó a encresparse de nuevo al soplo creciente de vientos fríos que bajaban furiosamente del norte a flagelar nuestra pobre nave. Excusado es decir que todos corrimos otra vez a recluirnos en nuestros chiribitiles, resignados a sostener esta nueva arremetida. ¡Y en verdad que fue brusca, encarnizada, feroz! Soplaba el viento con indecible furia embistiendo el bajel por la popa, lo alzaba en vilo como a una cáscara de nuez, y luego sumergía con saña toda la proa en el seno de las olas por varios segundos, con mortales ansias y congojas de los 1.200 pasajeros del pobre *Tibet,* que se creían perdidos sin remedio.
>
> Sólo el que tenga práctica de los mares podrá formarse una idea de aquellas agonías. La hélice, girando vertiginosamente en el aire por tanto tiempo y tan a menudo, daba al navío tan recias sacudidas, que creíamos que todo lo deshacía y desbarataba. Además, todas las veces que el buque volvía a caer en el agua, era de flanco, de manera que las bordas más altas rasaban las olas, que, saltando por sobre ellas, se paseaban por encima de nuestras cabezas de la una a la otra banda con un estruendo indescriptible. ¡Los terrores, las angustias que pasábamos en nuestros camarotes, acurrucados en las literas! Teníamos que atarnos con co-

rreas a los mismos lechos, para no saltar al pavimento entre las valijas y baúles, que rebotaban de la una a la otra parte arramblando consigo en diabólica danza los cascos y añicos de aljofainas, botellas, libros, vasos y cuantos objetos teníamos en el camarote.

Mientras gemíamos en tales trances, nos acometió de repente una oleada tan furiosa, que desencajó de golpe la puerta que daba al vestíbulo del salón y a la sala que llevaba a los camarotes. A buen seguro que no hubo allí nadie que en aquel momento no sintiera helársele la sangre. El agua nos invadía por todas partes, corría por debajo de nosotros, y arrollaba ropas, maletas y todo cuanto encontraba al paso. ¡Alguien hubo que ni aun tuvo aliento para pedir socorro!

Fue entonces cuando todos los oficiales y maquinistas, amedrentados por el arreciar de la tormenta, suplicaron encarecidamente al Capitán que virase la nave y abrigase en algún puerto. Pero él creyó absurda esta medida, pues estábamos ya muy lejos de todo abrigo, y resolvió parar las máquinas, ofrecer la proa a las oleadas, y contentarse así con esquivarlas. En tal situación flotamos toda la noche del sábado, todo el domingo, la noche siguiente y parte del lunes, sin dar un paso adelante. Decir los vértigos, las agonías que padecimos, no es empresa para mi pluma...

En el memorando e interminable día del 23 de diciembre, mientras yacía yo empapado en mi camastro, bien asido a las correas para no rodar por el camarote, en uno de aquellos violentísimos vaivenes de la nave se desprendió de la pared una larga y pesada losa de mármol que cubría los dos lavabos. Siguiendo el movimiento ondulatorio del buque, se empinaba ya por la una, ya por la otra de sus extremidades, y vino así una vez a derribarse con furia sobre mi pobre almohada; y sin duda me hubiera deshecho, a no haber yo alzado a tiempo la cabeza y evitado el terrible golpe. A un grito que di, acudió un marinero, y a duras penas se consiguió detener a aquel monstruo de nuevo cuño, y trincarlo a los travesaños de la cama.

El aposento más dañado por el agua, fue el destinado a las Hermanas. Anegáronse hasta las rodillas. En la noche del domingo al lunes, no pudiendo ya aguantar aquello, empapadas, ateridas, acometidas por los vahídos y el vómito, se hicieron acompañar al salón. Allí, acurrucadas sobre un sofá en un rincón de la sala, estribando con los pies en una mesa fija para no ser lanzadas por los continuos vaivenes de la nave, arrimadas y apretadas las unas a las otras como nidada de golondrinas, sufrían con el *¡Jesús y María!* en la boca las penalidades de aquella noche lúgubre y eterna.

Cuando, recogiendo sus pocas fuerzas, entonaron entre aquellos horrores el *Ave, maris stella,* nosotros desde abajo oímos aquellas notas, aquellos gemidos, como un eco muy lejano, que derramaba en nuestra alma desolada una tristeza inefable, una melancolía dulce, suave como la esperanza del náufrago. Jamás, jamás he sentido todas las fibras de mi corazón estremecidas por una música más tierna; jamás he hallado, ni aun bajo la cúpula de María Auxiliadora; jamás, digo, he hallado el canto popular del *Ave, maris stella,* tan sublime, tan fascinador, tan poderoso sobre mi ánimo como en aquella memoranda noche. Aquel *Monstra te esse Mátrem* (Muestra que eres mi Madre); aquel *Íter para tútum* (Señalanos el derrotero), en aquellos tremendos instantes, para nosotros, desfallecidos, temblorosos, casi desesperanzados ya de la vida, llegaba desde lo alto como una armonía angélica, como un gemido indescriptible de espíritus celestiales que suplicasen por nosotros, pobres infelices, a la Virgen potente, no en balde apellidada *Estrella del mar, Auxilio de los cristianos.*

El lunes hacia mediodía porfiaba en verdad rabiosa y encarnizada la borrasca; pero ya iba cediendo y amainando en su furor. La nave, siempre ondulando amenazadoramente, cortaba con la proa las oleadas, que, mugiendo, corrían a lo largo de sus flancos. Muchos de los nuestros, a costa de supremos esfuerzos, habían salido al aire libre; y yo, para estar en su compañía, aunque acometido aún de vómitos y vértigos, me hice llevar con ellos al corredor que mediaba entre el salón y la borda de la nave. Arrellanados en sillas de brazos, con los pies apoyados en barras de hierro para no ser zarandeados por las sacudidas de la nave, mirábamos en silencio, pálidos como cadáveres, aquellas oleadas que desfilaban a nuestra vista acosándose incesantemente de proa hacia popa. En los rudos vaivenes llegábamos a veces a rozar el agua con los pies; empero, sin otro peligro que el de una buena rociada, las cuales venían en efecto, de cuando en cuando, a hacer dibujar una lamentable y patética sonrisa en nuestro semblante cadavérico.

Me parece que el demonio tuvo envidia aun de aquella poca de paz sepulcral; porque, irguiéndose de repente una ola altísima, de través, azuzada por no sé qué espíritu maléfico, inmensa, rugiente, vino en un abrir y cerrar de ojos a descargar furiosamente sobre nosotros, envolviéndonos a todos juntos como una enorme serpiente en sus heladas espiras, y tentando arrastrarnos consigo a los abismos del mar; y tal sucediera, de no habernos atajado el alto parapeto, casi sofocados y más muertos que vivos. Entonces, nos levan-

> tamos empapados, chorreando por todas partes arroyos de agua salada, y a tientas buscamos la puerta, para volver, más acobardados que nunca, a nuestras yacijas, a esperar el desenlace de aquella tragedia, que nos tenía pendiendo de un hilo sobre los abismos insondables...
>
> Ahora bien; debemos publicarlo a los cuatro vientos, en honor de nuestra buena Madre, la Virgen Auxiliadora: De tanto padecimiento, de tanta zozobra, de tantos incidentes peligrosos, no nos quedó rastro alguno. Al llegar, en la medianoche del lunes, frente a las islas Canarias, el mar abonanzó por completo, y levantándonos el martes muy temprano, nos hallamos todos reunidos para la santa misa...
>
> Dos veces por día reunimos a los niños y niñas para el catecismo, y los preparamos a la santa comunión para la fiesta de Año Nuevo.[19]

El 9 de enero de 1887, don Bosco recibió un telegrama. Le aseguraba que sus Hijos habían llegado felizmente a destino. *Arrivati felicemente...*

Claro que todavía faltaba la cuarentena de la isla de las Flores. Desembarcaron en Montevideo el 14.

* * *

Llegar y zambullirse en los problemas, fue todo uno. Lo atestigua en carta a monseñor Cagliero:

> Esta pobre Inspectoría, hacía tiempo que no recibía auxilio alguno. Se parecía a un terreno seco, quemado, sediento de lluvia, de rocío... Con el primer chaparrón no puede rehacerse y despertar a su pasada lozanía.[20]

Montevideo lo recibió, además, con el fantasma del cólera. Estaban prohibidas las reuniones hasta en los templos. Con todo, los alumnos comenzaron a venir. También lo esperaban montañas de cartas.

—A veces, me gira la cabeza como un trompo... —exclama.

Combina los cambios de personal con Cagliero y Costamagna: Mazzarello va a Buenos Aires; Gamba, director a Las Piedras; Albanello, a Paysandú; Scavini, a Chile...

Y mientras gira la rueda normal de los acontecimientos, apuntan algunas novedades. Apenas comenzado el año, se ordena de sacerdote el clérigo Pedro Rota. Estaba todo listo para que lo apadrinara el presidente Tajes; pero interfiere en los planes un conflicto: la detención del Párroco del Cordón, ordenada por el Gobierno.

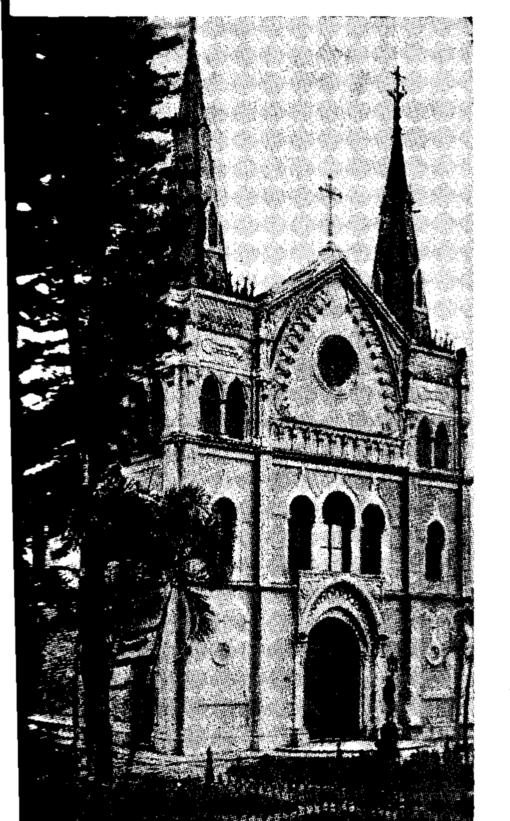


El conde don Joaquín de Moreira Lima.



Doña Risoleta Leitão en 1879, con ocasión de su casamiento.

LORENA (BRASIL)



Fachada de la iglesia de San Benedicto (Benito de Palermo).

El padre Calcagno, muy delicado de salud, retorna a Italia.

Un famoso inspector gubernamental, González Ruano, produce un informe desagradable sobre el Observatorio Meteorológico. Nace una polémica..., y como punto final —no hay mal que por bien no venga—, el Gobierno le otorga un subsidio para su mantenimiento.

El 30 de agosto se cumple el primer aniversario de la fundación en Colón de los Círculos de Obreros, obra del padre Bacigalupo.

El mismo día, canta su primera misa el padre Zatti, y el 12 de diciembre fallece el padre Juan C. Allavena.

El año se cierra con las fiestas jubilares de León XIII: cincuenta años de misa del Pontífice.

* * *

En junio visitó las Casas del Brasil.[21] Recibió ofertas de fundación en Taubaté y en Lorena. Piensa en aceptar esta última. Está rumiando un plan, según escribe a don Rúa:

> [Lorena] se encuentra en el centro, entre tres provincias: San Pablo, Minas y Río. La casa —sobre la plaza principal, con quince hectáreas de jardín— dista doscientos metros de la estación del ferrocarril. Tiene tranvía en la puerta. La donación sería sin condiciones... ¿Qué le parece? Comuníquelo al Capítulo, y respóndame. Se llamaría San Joaquín: tal el nombre del donante, conde de Moreira Lima, y del pontífice León XIII... Es probable que éste ceda también la iglesia de San Benedicto, y una casa contigua para las Hermanas.[22]

Y vuelve a la carga:

> De acuerdo con lo que se me hizo notar, que para erigir una Inspectoría se necesitaban al menos tres casas..., [le adelanto] que se las puede tener *cuando ustedes quieran.*

* * *

En los primeros días de enero del 88 corre a Paysandú. El director, Domingo Albanello, se encuentra consumido nerviosamente por el exceso de trabajo. Sin titubear, lo envía a la Argentina, a Tanti, en la provincia de Córdoba, para que tome baños y descanse por tres meses.[23]

* * *

El 6 de febrero del 88, por la tarde, a las 14.40, recibe una terrible noticia: el 31 de enero, don Bosco había fallecido en el Oratorio de Turín. Consternación indescriptible. Funerales en la catedral. Oficia monseñor Yéregui, y dice la oración fúnebre el doctor Ricardo Isasa.

En Niterói, el 6 de marzo oficia las exequias monseñor Brito. Monseñor Lacerda, desconsolado, conmueve al auditorio en una interminable oración de dos horas y un cuarto, interrumpida por lágrimas y suspiros propios y ajenos.

En San Pablo se cumplen las honras fúnebres el 8 de marzo, en la presencia del Obispo y del Presidente del Estado. La oración está a cargo del arcediano, don Francisco de Paula Rodrigues.[24]

Lasagna quedó sobrecogido. Así escribe el 20 de mayo:

> Carissimo D. Barberis,
>
> Quanto invidio la vostra sorte! Codesto povero Valsalice chi l'avrebbe detto che sarebbe divenuto l'ultimo asilo del nostro caro Papà e l'oggetto dei più teneri sospiri di tutti i salesiani?
>
> Dì pure a tuoi giovani chierici che centi e centi cuori visitano ogni ora codesto luogo ed in certe ore di mestizia e di dolore io vengo in spirito a piangere sulla tomba di D. Bosco, ed a chiedergli conforto e consiglio nelle ardue imprese...
>
> Dì a tuoi cari giovani che preghino per noi, per me, e che vivano cogli esempi di D. Bosco sempre dinanzi agli occhi, poichè la sua tomba dev'essere ben eloquente al cuore dei figli.
>
> Dì loro che diventino degni Missionari. Dì loro che l'America è immensa, che il Brasile è vastissimo..., che l'abolita schiavitù dei corpi non trae seco la liberazione delle anime, che gemono in centene... Dì loro che li amo e li benedico, e tu ricorda l'amico ed il fratello,
>
> D. LASAGNA.

* * *

A mediados del año vuelve al Brasil. Visita a Niterói. En Lorena firma la escritura de donación que el conde Joaquín de Moreira Lima otorga a los Salesianos.[25]

En San Pablo puede leer en los diarios el resumen en diez columnas de una conferencia que conmovió al Brasil, y que tenía especiales resonancias para sus obsesionantes sueños misioneros. Guardó cuidadosamente los recortes de la versión periodística del 19 de julio.[26]

Dos días antes, en la Sociedad Geográfica de Río y ante la Princesa Regente, el explorador alemán Carlos von der Steinem describió sus experiencias en tierras de los indios xingúes.

Acompañado por los doctores Ehrenreich y Vogel, visitó el Mato Grosso y la Colonia Teresa Cristina, y estudió a los indios *coroados*. Ante tan calificado auditorio, refiriendo la opinión del coronel Mello Rego, presidente del Estado, afirmaba:

> Él, como yo, opina que será muy prudente confiar la dirección [de las colonias indígenas] a los *Padres*, que en su organización de catequesis nunca fueron superados por nadie...

Venía esto a reforzar moralmente las amables presiones del Obispo de Cuiabá.

* * *

El día antes, 16 de julio, otorgaba testamento de todos los bienes que poseía en el Brasil —Niterói, San Pablo, Lorena...—, y nombraba herederos universales conjuntamente e *in sólidum* a monseñor Juan Cagliero y a los padres Santiago Costamagna y Pedro Rota.

Refrendaban su voluntad el notario Elías Oliveira Machado y cinco testigos.[27]

* * *

Mientras tanto, en Montevideo florecía una idea largamente acariciada: un colegio en la ciudad capital.

En los días del Cuarto Capítulo General, don Bosco recibía carta de monseñor Inocencio M. Yéregui. Solicitaba la fundación de una escuela de artes y oficios en Las Piedras. Don Bosco contestó enseguida, por sugestión de Lasagna:

> Pensamos en una escuela de ese tipo, pero en Montevideo. Abrigamos la ilusión de que los Jackson nos ayuden...

Y el 1º de setiembre del 86, el propio don Bosco se dirigía a don Juan Jackson:

> [Pienso que] usted es el instrumento designado por la divina providencia para ayudarme a implantar en Montevideo un hospicio salesiano para niños pobres, con una iglesia dedicada al Divino Corazón.[28]

Por otra parte, el párroco de Nuestra Señora del Carmen del Cordón, don Pío Cayetano Stella —años más tarde, obispo

de Amizón[29]—, venía pidiendo a Lasagna la fundación de un colegio en su parroquia. Con este fin, encargó a las señoras de la Asociación de Damas del Sagrado Corazón la elección de un lugar apto para sus deseos. Un buen día, la presidenta, doña Dolores Martínez de Martínez, y la secretaría, Natividad Aguerre, le comunicaron el hallazgo: el señor Mayo A. Estévez tenía la casa y el solar indicados, en el número 486 —hoy, 1769— de la calle Mercedes, entre Gaboto y Yaró. Stella alquiló el lugar por ciento veinte pesos mensuales, y cerró trato con Lasagna.

El 15 de enero de 1889, el joven José M. Aguerre acompañó hasta el nuevo colegio al padre José Gamba y al clérigo Pablo Peruzzo. Los fundadores venían desde Colón. Estaba la casa abierta de par en par, y no había un alma en las inmediaciones. Los cuartos eran paupérrimos...

Al mediodía los visitó el superior de los Capuchinos, fray Emilio de Strevi, y les llevó un poco de comida. Luego, empezaron a venir los amigos. Hizo punta la cooperadora Ida Migone. Más tarde, se completó el personal salesiano con el padre Dámaso Moreyra, el clérigo Bernardino Villaamil y el coadjutor Juan Demaestris.[30]

* * *

La visita al Brasil correspondiente al 89 —volvió el 3 de octubre— no tendría mayor repercusión, si no fuera por la creación de las *Lecturas Católicas,* que con la ayuda de monseñor Lacerda comenzaron a publicarse en la imprenta de Niterói. En enero del 90 aparece el primer número.

El Liceo de San Pablo, todavía se regodeaba de la visita del conde de Eu, que tanto había significado para el prestigio del establecimiento.[31]

Pero en Montevideo lo esperaba un disgusto. En noviembre, los diarios montevideanos comenzaron a publicar calumnias e injurias de plazuela en contra del Colegio y de las Hermanas de Canelones. La campaña epilogó con un cobarde atentado, que relata el propio Lasagna:

> En el corazón de la noche del 10 al 11 de noviembre de 1889, penetraron algunos incendiarios en el huerto de las Hermanas, saltando la cerca; luego, introduciendo líquidos inflamables debajo del piso de madera de la capilla y por los tragaluces y ventiladores, prendieron el fuego cabalmente por la parte del altar mayor, todo engalanado para el mes de María. Noviembre es para nosotros el mes de las flores. Presto se levantaron las llamas y envolvieron el altar, tam-

bién de madera, y las mesitas que allí junto estaban con los ornamentos sagrados, y todo se quemó y redujo a pavesas. Las cortinas, las alfombras, los cuadros, las puertas, todo fue destruido.

Entre tanto, un guardia civil reparó en el incendio, y dio el grito de alarma. Corrieron del vecino café algunos jugadores; la campana tocó a rebato; agolpóse la gente en el lugar del siniestro, y se comenzó a echar agua. Un sacerdote se arrojó en medio de las llamas y salvó el sagrado copón con el Sacramento, y después de no ligeros esfuerzos, se logró dominar el incendio. Eran las dos a. m.

Las pobres Hermanas, cuando escucharon los primeros golpes en las puertas, creyeron que serían ladrones, y temblando de miedo se encerraron en sus aposentos; mas cuando el gentío invadió los patios y corredores, y oyeron a las claras los gritos de *¡fuego, fuego!* salieron azoradas y temblorosas. Acudió el buen Párroco a consolarlas, y muchas personas caritativas se disputaron el honor de ofrecerles el seguro de su propia casa, oferta que rehusaron agradecidas.

A la mañana siguiente, avisado por telegrama, corrí al teatro del incendio, y harto me costó conservar mi calma y serenidad. Vi el desastre, estremecióseme el corazón considerando el peligro corrido, el delito perpetrado; mas disimulé, animé a las Hermanas y alumnas, y comenzamos a preparar una capilla provisional, adonde trasporté el Santísimo Sacramento.

La misma Virgen se dignó infundirnos valor con un hecho maravilloso. Todo lo que había en la capilla, o fue incendiado, o dañado gravemente: todo quedó ennegrecido, chamuscado. Los cuadros del Vía crucis, carbonizados; la efigie de la Virgen del Carmen, un cuadro de San José, otro del Ángel Custodio, abrasados, ennegrecidos, deformes. Sólo una litografía de la Virgen Auxiliadora, colgada en la pared, precisamente donde más arreciaron las llamaradas, quedó ilesa. Es decir, quemóse el marco, hízose trizas el vidrio con el calor; pero la imagencita quedó allí intacta, respetada por el fuego y el humo, bella, sonriente, como si dijese con aquel aire de paraíso: "Aquí estoy Yo: no temáis".

Cuando el Párroco y la Superiora me acompañaron a la capilla convertida en un antro, y en medio de aquella escena de desolación vi aquella especie de aparición radiosa, sentí un estremecimiento de conmoción y se me saltaron las lágrimas. ¡Oh, qué buena es la Virgen Santa! ¡Cuán buena es con sus hijos!

* * *

Al año siguiente, se produjo otra esperada fundación. Esta vez, en el Brasil.

Cuando el *Correio Paulistano* anunciaba en el Nº 9.555, del 10 de julio de 1888, que en Lorena había sido escriturada la donación del conde de Moreira Lima a los Padres Salesianos, y subrayaba: "El doctor Luis Lasagna cuenta que en diez meses el colegio comenzará a funcionar con treinta huérfanos"; nadie pensaba que los diez meses se convertirían en dos años.

Unos tres kilómetros más abajo del puente que los bandeirantes usaban para cruzar el *Parahyba* —más o menos, a medio camino entre San Pablo y Río, para ir a Minas Gerais por la Mantiqueira—, fue fundada en 1705 la población de Porto Velho de Nossa Senhora da Piedade de Guaypacaré. El capitán general de San Pablo, Bernardo José de Lorena —luego, conde de Sarzedas y virrey de India—, la convirtió en *villa,* que fue llamada de Lorena el 14 de noviembre de 1788. Desde entonces, Lorena dio al Brasil hijos ilustres, como Pedro Viaute; José Vicente y Arnolfo Azevedo; los Castro y los Moreira Lima. Pero el mayor bienhechor de la villa —hecha ciudad el 24 de abril de 1856, por ley Nº 21— fue el conde Joaquín Moreira Lima, que dedicó su fortuna a las obras de misericordia.[32]

El Conde, apoyado por el obispo don Lino, insistió por varios años, y al fin logró que los Salesianos, capitaneados por el padre Peretto, fueran a trabajar en la ciudad.

El 5 de enero del 90, como preludio de la fundación, el padre Giordano, con la banda y sesenta y ocho cantores del Liceo paulista, solemnizaron la habilitación de la iglesia matriz, también obra de Moreira Lima. El padre Rota vino desde Niterói, para acompañarlos en el órgano.

Con el Colegio de San Joaquín, los Salesianos se hicieron cargo de la iglesia contigua de San Benedicto, cedida perpetuamente por el Obispo.

Al principio, el Colegio funcionó en el chalé donado por el Conde. Pero aun antes de la inauguración, los Salesianos adquirieron un gran terreno con casa, que pertenecía al mayor Evora.

El establecimiento se abrió definitivamente el 3 de marzo de 1890. Y el primer alumno inscrito fue José Joaquín Sant'Anna; posteriormente, salesiano y sacerdote de larga trayectoria.

Con alguna anticipación se publicó el programa de admisión, en el que se hacía hincapié en el carácter de asistencia y promoción social del establecimiento.[33]

Formaron el primer personal el padre Sebastián Gastaldi y los clérigos José Dell'Acqua y Evasio Rivera.

Doña Risoletta, esposa del Conde, se constituyó de hecho en madre de los Salesianos.

* * *

Los acontecimientos del 90 se iniciaron con el fallecimiento de monseñor Inocencio M. Yéregui, el 1º de febrero, y se cierran con la asunción al obispado de monseñor Mariano Soler.

El trámite de la sucesión, no sólo fue largo, sino también laborioso. Gran parte del éxito le correspondió al padre Lasagna, que trabajó fina y denodadamente para lograr el nombramiento de su gran amigo y destacado obispo, el doctor Mariano Soler.

Para el Capítulo General del 89, Lasagna envió a Turín el padre Domingo Albanello, inteligente, pero agotado director de Paysandú. La designación perseguía dos finalidades: el descanso de Albanello, y la experiencia de éste sobre algunos puntos del temario. Precisamente, en Paysandú habían hecho crisis resoluciones del anterior Capítulo.

Albanello, antes de partir —y a pesar de las quejas de *Conciencia Libre,* periodicucho sanducero que se imprimía en los talleres *del diario Paysandú,* que gritaba: "Hay que atajar a los jesuitas que se disfrazan con el nombre de salesianos"—, había dejado casi listo el nuevo Oratorio de San Ramón. Su sucesor, padre Dámaso Moreira, lo puso en marcha en los primeros meses del 90, y abrió las puertas del nuevo Colegio Don Bosco.[34]

* * *

Pero la mayor preocupación de Lasagna era la sistematización del Brasil salesiano, y al fin logró una visita de monseñor Cagliero.

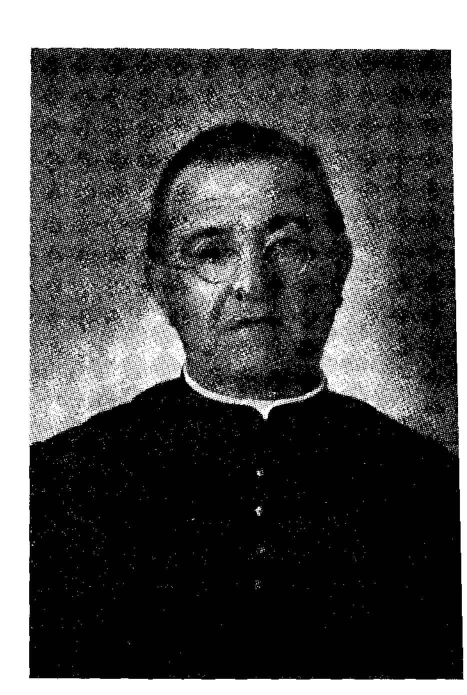
Casi cuarenta días abarcó la gira de Cagliero y de Lasagna por el Brasil.

Llegaron a Río el 28 de julio. Del *Équateur* trasbordaron a una barcaza, donde los esperaban doscientos alumnos de Niterói; los directores salesianos del Brasil: Giordano, Peretto y Rota, y los principales cooperadores: Morrissy, Antonio Benevides, Saladino de Aguiar y otros.

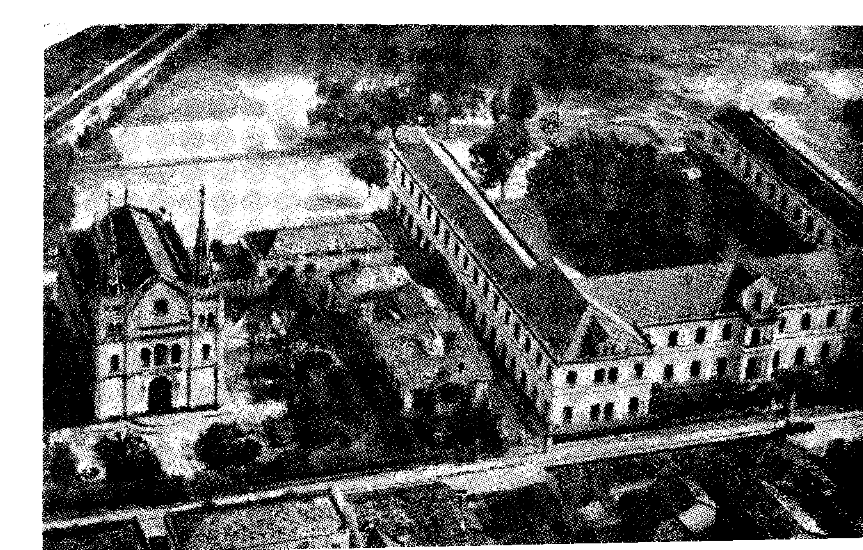
Pasan cuatro días en Niterói. El 1º van a Lorena, y el 3 de agosto ya están en San Pablo. Aquí la recepción fue triunfal.



El padre Carlos Peretto (1860-1923), en la época en que fue director de Lorena (1895) y al fin de su vida. Fue inspector del Brasil de 1896 a 1908.



PRIMEROS TIEMPOS DE LORENA



Vista panorámica del Colegio de San Joaquín, junto a la iglesia de San Benedicto.

Su visita coincide con la reunión de los Obispos brasileños, que preparan el sínodo para el próximo año. De ahí que a una de las recepciones asistieran varios Obispos, presididos por don Antonio Macedo Costa.

Visitó a Ipiranga, invitado por don José Vicente Azevedo, y a Itú, donde devolvió atenciones a los Padres de la Compañía.

El 13, el flamante taller de carpintería, con capacidad para 1.400 personas, fue utilizado como teatro. Once obispos los acompañaron en el grandioso acto académico. Se festejaba el cuarto aniversario de la fundación del Liceo.

Partió el 16; pontificó en Lorena; inspeccionó en San Juan del Rey la donación que ofrecía el ministro Alvin, y el 19 retornaba a Niterói.

Terminados los festejos, Monseñor ordenó dos sacerdotes: Dionisio Giudice y Pedro Cogliolo, y dio órdenes menores a José Griffa.

El 5 de setiembre partían para Montevideo en el *Europa*.[35]

Resultados: inyección de optimismo y alegría en todos los Hermanos salesianos. Aprobación de los proyectos de Lasagna de llevar las Hijas de María Auxiliadora al Brasil, y de instalar una casa de formación en Lorena, a pesar de los deseos y el disgusto del padre Giordano. Era la única manera de asegurar una formación adecuada. (Giordano, a veces, no les daba la sotana a sus aspirantes, para que Lasagna no pensara que tenía más personal.)

Cambio del horario italiano por el brasileño. En San Pablo y en Lorena se mantenía el horario local: almuerzo, a las diez, y cena, a las dieciocho; pero en Niterói, desde la instalación de los talleres, se había vuelto al horario extranjero: almuerzo, a las doce, y cena, a las veinte, por razones —se decía— de organización y producción.

La polémica llegó a Cagliero y a Lasagna. Este último solicitó la opinión del médico del establecimiento, y con ella dictaminó que se adoptara el horario brasileño.

Cagliero no estimó oportuna, todavía, la erección de una Inspectoría local: se necesitaban más Casas y más Religiosos.

Mientras Lasagna sigue pensando en la mayoría de edad de las Casas del Brasil —ya paladea un indicio de ofrecimiento del Obispo de San Pablo para regentar el santuario de Aparecida, y prepara la primera expedición de Hijas de María Auxiliadora—, redondea la Inspectoría uruguaya, con la fundación de Mercedes.[36]

* * *

Al este de Soriano, entre cuchillas, cerca de donde el río Negro echa sus aguas en el Uruguay, y —en el decir del padre Montero y Brown— "bien arrimadita a las rocas de la costa, alegra la vista con sus edificios de ladrillo y azoteas la ciudad de Mercedes, fulgurante de naranjales vestidos de azahar, y de granados tachonados de flores encarnadas".[37]

Discuten los historiadores acerca de si su nacimiento corresponde a la fecha en que se fundó la primera capilla (1789), o si ocurrió unos años más tarde, en 1791.

Pues, allí en Mercedes el padre Faustino Arrospide, don Miguel Perea y don Antonio González Roca, habían fundado un colegio que funcionaba en el Club Católico. Era una necesidad apostólica. Lo dirigía don Gabriel Torres y López. También habían logrado para las niñas la presencia de las Hermanas del Huerto... Pero un buen día, el colegio de varones no pudo seguir adelante.

El padre Faustino y el doctor Perea tomaron repetidas veces el camino de Montevideo. Monseñor Soler, al fin, los dirigió al padre Lasagna. Encajaba muy bien en sus planes una etapa a medio camino de Paysandú. Pero no disponía de personal. Al fin, estalló en una de sus genialidades:

—Doctor, no tengo una persona disponible. Todos están ocupadísimos. Salvo que... Ha llegado de Paysandú, en viaje hacia Italia, el padre Juan Pedro Rodríguez. Como es el primer sacerdote salesiano americano, don Rúa le ha dado permiso para visitar la cuna de nuestra Congregación. Si usted lo disuade de ir, ya tenemos director...

Y el doctor Perea tuvo eficacia de palabra.

El 15 de febrero de 1890 llegaba a Mercedes el padre Lasagna, con los padres Rodríguez y Juan Ferrando, el clérigo Petronilo Pérez y dos seglares.

Ayudaron a celebrar las funciones de la Semana Santa, y el 15 de marzo abrieron el suspirado Colegio de San Miguel, en una vieja casona que, a pesar de sus achaques, funcionó eficazmente por muchos años.

* * *

Mientras las negociaciones mercedinas progresaban, empezó a cuajar otro de sus sueños: la Escuela de Artes y Oficios de Montevideo. Ahora dispone en la ciudad de un gran ladero: el padre José Gamba, que desde clérigo había sido el limosnero de la Congregación.

El 17 de enero de 1891 adquiere de la Compañía de Crédito y Obras Públicas, por 28.937 pesos, una manzana de terreno situada en los suburbios de la Estanzuela, entre las calles Canelones, Maldonado, Malabrigo y Municipio. Allí han de nacer los Talleres Don Bosco.[38]

El precio era un poco abultado. Trascurrían los momentos de la euforia económica del gobierno de Julio Herrera y Obes. Lasagna, vencido por la impaciencia, solicitó un préstamo, y compró. Y la nivelación del terreno comenzó inmediatamente.

La Congregación de Señoras pro Instrucción Catequística de la parroquia del Cordón, mes por mes, ayudó a amortizar la deuda de la Escuela de Artes y Oficios de la Estanzuela.

Pero al poco tiempo, vino la crisis. Los precios cayeron verticalmente. Y entonces, tuvo que aguantar a los sabios *post factum* que criticaban la adquisición.

El siguió adelante con sus planes.

* * *

En 1891 se festejaba el primer cincuentenario del nacimiento de la Obra Salesiana. No perdió la oportunidad de recordarlo. En el Colegio Pío quedó un indeleble recuerdo: un monumento a María Auxiliadora erguido sobre una columna que nace del interior de una fuente. El plano es de Azzarini, y lo bendijo monseñor Isasa, auxiliar de Montevideo. En el acto habló por los niños el que fuera luego doctor José Espalter.

* * *

Trascurridas las fiestas centenarias de san Luis Gonzaga, celebradas en el Seminario con los Padres de la Compañía —lo que significaba una especie de reconciliación, después del distanciamiento habido con el padre Morell, ahora trasladado a Chile—, corrió de nuevo al Brasil.

Acababa de perder allá un amigo incondicional: don Pedro María de Lacerda había fallecido el 12 de noviembre de 1890.

Visitó cuidadosamente las Casas, y se dedicó con empeño a preparar la próxima llegada de las Hijas de María Auxiliadora.

Éstas partieron de Montevideo el 14 de marzo del 92. El 9 de abril, sor Juana Narizano, directora; sor Justina Gros, sor Diletta Maldarin y sor Matilde Bouvier, se instalaron en Lorena, en la casa donada por Moreira Lima. Otro grupo pasó al Colegio del Carmen de Guaratinguetá, y el 24 de abril abrió un Oratorio en Pindamonhangaba.[39]

De pasada, Lasagna sostiene otra controversia con el padre Giordano: éste quiere a toda costa imponer la fundación del Noviciado en San Pablo.

* * *

Las Casas crecen. Florecen las vocaciones. En Las Piedras se regocijan con doce tomas de hábito. Los aspirantes llegan a dieciseis. En Lorena profesan cuatro.

Las clases de teología se organizan con bastante regularidad; tanto, que ya se habla de estudiantado teológico. Aunque realmente y como tal no funcionará sino en 1905.

Hasta se permite el lujo la Inspectoría uruguaya de enviar Misioneros a la Patagonia: Borghino, Isabella, Beraldi...[40]

[1] ACSS., carta a don Peretto, del 29-XI-1886.

[2] Crónica del Colegio Pío, de Villa Colón; ACSS., carta a don Rúa, del 17-II-1886; Arch. Insp. San José: Poderes de Lasagna.

[3] E. Acevedo, *Anales...*, cit., tomo IV, pág. 272.

[4] ACSS., carta a don Rúa, del 6-IV-1886; Crónica del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, de Paysandú.

[5] *Memorie biografiche*, vol. XVIII, pág. 174.

[6] *Memorie biografiche*, vol. XVIII, pág. 732; Carta de don Bosco a Juan Jackson, del 1-IX-1886; ACSS., carta a Cagliero, del 26-VIII-1886.

[7] ACSS., carta a Cagliero, del 26-VIII-1886.
Vicaría de Montemagno, *Atti di morte*, Nº 49 (a. 1886): Teresa Bianco.

[8] ACSS., carta a don Peretto, del 1-X-1886.

[9] ACSS., carta de don Lazzero a monseñor Cagliero, del 2-VIII-1886.

[10] P. Albera, *Mons. L. Lasagna...*, cit., pág. 212.

[11] ACSS., carta a don Bonetti, del 4-XI-1886.

[12] ACSS., de Turín. En las actas del Capítulo que pude compulsar por amabilidad de don Lupo, sólo existe la lista de los elegidos definitivamente, sin el cómputo de votos obtenidos por ellos o por los otros candidatos.
Cf. Memorias del padre Horne (inéditas), en el Arch. Insp. San José, Montevideo.

[13] Crónica del Colegio de Nuestra Señora del Carmen, de Paysandú, y otras.

[14] ACSS., cartas a don Peretto.

[15] Véase capítulo I de esta obra, nota 6.

[16] P. Albera, *Mons. L. Lasagna...*, cit., pág. 217.

[17] ACSS., carta a don Cagliero, del 30-III-1887.

[18] ACSS., carta a don Bonetti, del 4-XI-1886.

[19] La traducción de esta carta del padre Lasagna se debe a la pluma del padre José M. Vidal, traductor de las *Memorias biográficas* escritas por don Pablo Álbera.

[20] ACSS., carta a monseñor Cagliero, del 30-III-1887.

[21] Crónica del Colegio Pío, de Villa Colón.

[22] ACSS., carta de Lasagna a don Rúa, del 6-IX-1887.

[23] Crónica de Nuestra Señora del Rosario, de Paysandú.

[24] *Bollettino Salesiano,* giugno 1888; *Correio Paulistano,* diario de San Pablo, Nº 9.442, del 3-III-1888; Crónica del Colegio de Santa Rosa, de Niterói.

[25] *Correio Paulistano,* ed. del 10-VII-1888.

[26] *Comércio,* de San Pablo, Nº 200, del 19-VII-1888.

[27] Archivo Inspectorial Salesiano de San Pablo. Actuaron como testigos Joaquim d'Oliveira Braz, Numa Ferreira do Valle, Luiz Sampaio Moreira, João Ferreira d'Oliveira Gama y Porfirio Abdagen Figueira de Aguiar. Este testamento fue abierto en casa del juez Urbano Marcondes de Moura, en Lorena, el 20 de enero de 1896.

[28] *Memorie biografiche,* vol. XVIII, pág. 732.

[29] El 24 de febrero de 1894.

[30] Arch. Insp. San José, Montevideo; J. M. Vidal, *Vida del padre J. Gamba,* cit.; Memorias del padre Horne, cit.
El padre Álbera (*Mons. L. Lasagna,* cit., pág. 235) ubica erróneamente en este año de 1889 el comienzo de los Talleres Don Bosco, fundados en 1893, como veremos.

[31] ACSS., cartas a don Rúa, del 21-IX y del 14-XI-1889.
Correio Paulistano, de San Pablo, ed. del 27-III-1889. (El Conde de Eu *"percorreu todo o edificio, elogiando o serviço, que achou perfeitamente organisado..."*)

[32] Gama Rodrigues, *O Conde de Moreira Lima,* vol. II, pág. 185 (*Publicações do Istituto Genealógico Brasileiro,* Biblioteca Genealógica Brasileira, São Paulo, 1942); José Galhanone, *Lorena e o doutor Arnolfo Azevedo,* pág. 28 (São Paulo, 1938). Cf. *Santa Cruz,* año 1912, fasc. IV, pág. 148.

[33] Archivo Salesiano de Lorena.
El 2 de febrero de 1895, el padre Peretto pide un subsidio al Gobierno. Argumenta que tiene dieciocho pensionistas pagos (cuota módica), treinta y seis gratis, y dos becados, y añade las listas.

[34] Crónica de Nuestra Señora del Carmen, de Paysandú; Crónica del Colegio Pío, de Villa Colón; *Bollettino Salesiano,* novembre 1890.

[35] *Bollettino Salesiano,* dicembre 1890 y gennaio 1891; R. A. Entraigas, *El apóstol...,* cit., pág. 356; ACSS., carta a don Rúa, del 3-VIII-1890.

[36] Según consta en la correspondencia de Lasagna, don Lino ofreció la regencia de Aparecida a los Salesianos, no bien llegaron a Lorena. La cosa tomó forma en 1893; pero sobrevino el desgraciado incidente del pontifical en Campinas. Con todo, el 28 de noviembre de 1893 don Lino libera al santuario de la jurisdicción parroquial, y lo declara *santuario episcopal.* Allí murió él.

Mientras tanto, son expulsados por Bismarck los Redentoristas de Baviera. El Obispo de San Pablo los llama. Llegan al Brasil el 21 de octubre del 94, y el 27, a San Pablo, donde son recibidos con fiesta por los Salesianos. El 28 se hacen cargo *provisionalmente* de Aparecida.

(Archivo de la Curia de San Pablo, 2-4-5: Decreto registrado en el folio 63 del tercer libro de Despachos; Crónica de los Padres Redentoristas, de Aparecida.)

[37] R. Montero y Brown, *Del terruño — Homenaje al Colegio de San Miguel en el XXV año de su fundación* (1892-1917) (Tall. Buena Prensa, Montevideo, 1918); Memorias del padre Horne, cit.

[38] Arch. Insp. San José, Montevideo: Títulos de propiedad.
J. M. Vidal, *Vida del padre J. Gamba,* cit.; Memorias del padre Horne, cit.
Ya observé la cronología de don Albera.

[39] Crónica de las Hermanas de Guaratinguetá.

[40] Memorias del padre Horne, cit.

CAPÍTULO XVI



El episcopado

Venne tra suoi; ma l'alta profezia
il sapiente Leon oggi compía...

G. B. FRANCESIA, S.D.B.: *Omaggio al novello Vescovo salesiano*, pág. 16 (Torino, 1893).

EL 13 DE AGOSTO DE 1892, Lasagna pisaba nuevamente playas europeas. Ya el 19 de marzo, don Rúa había convocado el Sexto Capítulo General de la Sociedad Salesiana. Y enseguida, por medio de una carta personal, encarecía a Lasagna su asistencia, y le recomendaba hacerse acompañar por algún director de su Inspectoría.[1]

El año 1892 había sido fecundo. Pero él se sentía físicamente vencido. Había pasado en cama parte del mes de mayo. No podía ni escribir. Un reumatismo articular dolorosísimo no le permitía descansar. Sentía terribles dolores en las piernas, en la espalda, en las costillas y en la cabeza, y no faltaban las dificultades renales de siempre.[2]

Mientras las nuevas fundaciones de Mercedes y de Guaratinguetá desabotonaban como flores, la primera expedición de Hijas de María Auxiliadora se aclimataba en el Brasil.[3]

Pero lo agobiaban deudas. Y no sólo las de las Casas nuevas. Había hecho crisis el llamado *caso Forzano*. Era éste un viejo sacerdote que había ingresado en la Congregación, y le había trasferido todos sus bienes. Al poco tiempo, quiso salir. Y no sólo reclamó la devolución de aquéllos, sino que exigió los intereses presuntamente devengados.

Lasagna conversó con sus asesores legales y con el Obispo, y enseguida se manifestó dispuesto a devolver todo lo que Forzano reclamaba. Pero el dinero había sido gastado, y no había disponibilidades en caja. Forzano no quería atender a razones, ni aceptaba plazos.

← Es la fotografía más conocida de monseñor Luis Lasagna. Fue obtenida en Italia, en los días de su consagración episcopal.

El asunto se meneó bastante, hasta que llegaron a un acuerdo: Lasagna pagaría todo en cuotas convenidas. También los intereses que exigía Forzano, aunque los abogados los creyeran excesivos. El señor Buxareo se hizo cargo de los primeros servicios.[4]

Por otra parte, las fundaciones de Mercedes y de Guaratinguetá lo privaron de los dos candidatos elegidos para acompañarlo a Italia: los padres Peretto y Rodríguez. Con este último era imposible contar, después de la reciente apertura del Colegio de San Miguel. Peretto, a pesar de las insistencias de Lasagna, sólo pudo desprenderse de Lorena y sus satélites cuando ya era tarde para participar en el Capítulo General. Realmente, lo decidió a partir el fallecimiento de su padre.[5]

* * *

El 13 de junio embarcó en el *Norteamérica,* con destino al Brasil. Lo acompañaban la visitadora de las Hijas de María Auxiliadora, sor Emilia Borgna, y cuatro novicias. Vio rápidamente todas las Casas. Examinó las fundaciones de las Hijas de María Auxiliadora: Lorena y Guaratinguetá. Estudió las propuestas de Vicente Gori para San Pablo. Y el 9 de julio registró allí mismo, ante el escribano Esteban León Bourot, la escritura de donación que el padre João Filippo le hacía del Instituto del Carmen, en Guaratinguetá.

El 17 de julio terminó de predicar Ejercicios a las Hijas de María Auxiliadora, y bendijo los primeros hábitos que se imponían en el Brasil.

Ese mismo día volvió a Río, y el 25 retomó el camino de Europa, adonde arribó el 13 de agosto.[6]

* * *

Tres días después, el 16 se inauguraba en Niza el Capítulo General de las Hijas de María Auxiliadora, y el 29 comenzaba en Turín el de los Salesianos.

La presencia de monseñor Cagliero dio a América un portavoz de inestimable categoría. Su palabra resultó definitiva, no sólo con respecto a los problemas misionales, sino también en los muchos temas de capital importancia que se trataron hasta el 7 de setiembre.[7]

Contemporáneamente, se festejaba en todo el mundo el cuarto centenario del descubrimiento de América. Monseñor

Cagliero se había hecho acompañar por el padre Beauvoir y varios indígenas de la Patagonia y la Tierra del Fuego, que participaron en la exposición conmemorativa de Génova.

Los indios, con ayuda del padre Beauvoir, explicaban la organización de las Misiones, y vivían allí mismo, en un bosquecillo, como en su tierra. Recibieron importantes visitas; entre ellas, las de los Reyes de Italia.

Uno de los indios, Daniel Alacaluf, fue bautizado en la basílica de María Auxiliadora, el 6 de diciembre.

El 20 de setiembre, Lasagna predicó una tanda de ejercicios espirituales para las Hijas de María Auxiliadora, y del 4 al 8 de octubre, junto con Cagliero, asistió al Congreso Católico de Génova. Se hospedaron en Sampierdarena, y trabajaron incansablemente. Cagliero discurseó en la última sesión plenaria.[8]

* * *

La oportunidad de cumplirse el 19 de febrero de 1893 el jubileo episcopal del papa León XIII, hizo que Cagliero se dirigiera a Roma, no sólo con el propósito de dar cuenta de su misión, sino con el de agasajar a Su Santidad con la voz auténtica de las Misiones. Y allá se fue el día 14 con la exótica comitiva que trajera.

El 22 de octubre mantuvo una entrevista privada de tres cuartos de hora con el Papa. Y el 15 de noviembre fue recibido en audiencia con los Misioneros y los indígenas. León XIII oyó complacido un discursito de un indio patagónico, llamado Santiago Melipal.[9]

Mientras tanto, Lasagna realizaba una gira para recolectar fondos, conseguir personal misionero y resolver algunos problemas particulares.

Durante el mes de noviembre, visitó a Montemagno, el día 2; y luego, recorrió las ciudades de Penango, Turín y Milán.

El día 12 estuvo en el Observatorio de Brera. Siguió después por Padua, Ferrara y Mogliano Véneto.

A fin de mes dictó en Bolonia una conferencia, que mereció intenso eco periodístico.

Confesaba, luego, que hizo todo con escaso éxito financiero, sin conseguir personal, y con deterioro de su salud. La hinchazón de las piernas lo obligó a consultar médicos.[10]

A mediados de diciembre llegó a Roma.

* * *

No podemos precisar si fue durante el Capítulo General o después; pero en esos días el padre Rúa con Cagliero y Lasagna elaboraron un proyecto para mejor evangelizar a los indígenas del Brasil. Tampoco sabemos la paternidad exacta de las iniciativas adoptadas.[11]

Lo cierto es que el jueves 15 de diciembre, monseñor Cagliero y el padre Lasagna, por orden de don Rúa, entrevistaron al secretario de Estado, cardenal Rampolla.[12] Los recibió con notoria benevolencia, se mostró perfectamente interiorizado de la Obra Salesiana, y enseguida les comunicó que había enviado a don Rúa un pedido realizado por el Cónsul paraguayo de Montevideo. Fue entonces cuando Cagliero le expuso el proyecto que traían entre manos. Múltiples invitaciones y pedidos obligaban a los Salesianos a encarar seriamente la evangelización de los indígenas del oeste brasileño. No se podía precisar, todavía, cuál sería el lugar más adecuado para establecer la base de operaciones. Pero lo más eficaz, según ellos, era comenzar por consagrar obispo a un salesiano, con la obligación de organizar las Misiones. Además de los motivos apostólicos, aparecían notables conveniencias de orden civil y humano.

Rampolla se mostró completamente de acuerdo. Y no solamente apoyó la idea, sino que la hizo suya.

—Es bueno, es útil, es necesario —recalcó— no perder tiempo. La ocasión es propicia para extender el reino de Cristo y la salvación de las almas.

Cuando Lasagna trató de reforzar los argumentos, Rampolla lo interrumpió:

—No son ustedes los que deben perorar esta causa. Soy yo el que debo dirigirme a ustedes, y sostenerlos en todo lo que pueda para una obra tan santa. Díganle a don Rúa que me envíe inmediatamente, y por escrito, una exposición de sus planes.

Monseñor Cagliero quedó encargado de redactar el borrador de la carta que don Rúa debía remitir a Rampolla.

Lasagna escribió enseguida al Superior:

> Don Cagliero stenderà l'esposizione detta *suggerimenti,* e la manderà a lei da firmare e correggere ove lo credesse bene *in Domino,* e sarà bene che affrettiamo un po' la cosa, affinchè non avvia a ritardare soverchio il mio ritorno alla Missione.
>
> Se le cose potessero essere pronte per S. Francesco di Sales, che bell'occasione d'incoronare il nostro Santo Patrono, la memoria dell'amato Don Bosco e la Congregazione nostra!

Don Rúa se expide con rapidez. El 22 refrenda y envía a Rampolla los *suggerimenti* de Cagliero. Y por la respuesta afirmativa del Cardenal —la número 10.731— podemos colegir que en ellos van incluidos la propuesta de Lasagna para el episcopado, su *curriculum vitae* y su historia.[13]

* * *

El domingo 18 de diciembre asiste a la misa privada del Papa, y logra conversar un momento con Su Santidad. El Padre Santo bendijo afectuosamente sus trabajos y sus proyectos sobre el Brasil.

—*Come fatte ad extendervi tanto, ad abbracciare tanto?* —preguntó León XIII.— *Oh, tutti vi vogliono, tutti vi aspettano!... Don Bosco è un santo; è lui che prega in Cielo per voi, e vi ottiene tanto aiuto e protezione di Dio.*

Esa misma tarde visitó al vicario de Roma, cardenal Lucio María Parocchi, y en medio de la conversación deslizó un proyecto que le rondaba por la cabeza acerca de la Palestina. Parocchi, vivamente interesado, lo obligó a conversar con Rampolla. Éste lo recibió enseguida. Lasagna expuso su idea con sencillez. La tomamos de una carta suya a don Rúa:

> Da pena contemplar el triste estado de Palestina. Rusos, griegos y coptos se extienden. Los católicos retroceden. ¿Por qué no se tienta algún esfuerzo para mejorar allí la condición de los católicos?
>
> Millones de italianos emigraron a América. El Gobierno trasporta colonos a Massaua, en tierras de Abisinia... ¿Por qué el Papa no promueve una colonización de la Palestina, que parece tierra más fértil?... *Sería necesario que Propaganda ensanchara un poco sus miras, y renunciase a ciertos derechos y exigencias que no están en armonía con las necesidades de hoy.*
>
> Sería necesario que el Papa tuviese a la mano un pequeño Lavigerie, que con la palabra y los escritos anunciase una cruzada de nuevo cuño: la conquista económica de las tierras palestinas. Ésta, debidamente parcelada y con las casas respectivas, se entregaría a familias católicas. Nuestros tiroleses, vénetos y lombardos —que, acuciados por el hambre, huyen a América— irían de rodillas a la tierra de Cristo...
>
> Y al pequeño Lavigerie el Papa lo tiene, lo conoce y lo ama. Es monseñor Soler, obispo de Montevideo, que no quería aceptar el obispado, para hacerse fraile franciscano en Tierra Santa...

Y después de extenderse en un extraordinario elogio de Soler, concluye:

En diez años haría una gloriosa revolución en Palestina.

Rampolla también se sintió interesado, y le rogó enviara el proyecto escrito, y por medio de monseñor Cagliero.[14]

* * *

Su elevación al episcopado estaba resuelta. Mientras corre el proceso ordinario para la elección, visita las ciudades de Ancona, Loreto, Florencia y Milán. Después vuelve a Turín.

Don Rúa pasó todo el mes de enero en Roma. Varios asuntos importantes lo retenían. Dos de ellos, vinculados con las Misiones: el caso Vivaldi, referente a la Patagonia, y el obispado de Lasagna, superior salesiano, hecho obispo *in partibus,* para que organizara una Misión indígena.

Don César Cagliero afirma que el Papa usó con don Rúa particulares amabilidades. "Nunca he visto al Padre Santo —afirmaba— tan cariñoso, tan bueno y tan afable." [15]

* * *

El padre Luis Lasagna, preconizado obispo de Oea, en la provincia Tripolitana,[16] fue consagrado en la iglesia romana del Sagrado Corazón de Castro Pretorio, en el monte Esquilino, el domingo 17 de marzo, a las ocho de la mañana.

(Acababan de celebrarse en el mismo escenario —los días 7, 8 y 9— las fiestas salesianas del jubileo de León XIII.)

Actuó de obispo consagrante el cardenal vicario de Roma, y protector de la Sociedad Salesiana, Lucio María Parocchi. Lo asistían el secretario de la Congregación de Indulgencias y Sagradas Reliquias, monseñor Alejandro Grossi, que justamente dejaba vacante el título tripolitano, para ser elevado al arzobispado de Nicópolis, y monseñor Juan Cagliero. Presidía la concurrencia don Miguel Rúa, y entre el público había peregrimos a las ceremonias del Año Santo provenientes del Uruguay, el Brasil y el Paraguay. La función duró, aproximadamente, dos horas. En la sacristía, don Rúa se esforzó por besarle el anillo; pero el nuevo Obispo no se lo permitió, mientras lo estrechaba fuertemente entre sus brazos.[17]

El nombramiento de Lasagna, "misionero de los Salesianos en el Brasil", fue *cohonestado* en el Consistorio público del 15

de junio del 93, y rompió con muchas de las normas en vigencia. Parecía de acuerdo con su aspiración de "ensanchar las miras y renunciar a derechos y exigencias que no armonizan con las necesidades hodiernas".[18]

En su escudo de armas, el salesiano, campea un dinámico y evangélico lema, anagrama de su apellido: *Sal agnis* (Sal para los corderos).

* * *

Ese mismo día, acompañado por monseñor Cagliero, el padre Rúa y nueve salesianos, cumplimentó al Padre Santo. Entre otras cosas, le obsequiaron un cuadro panorámico del Asilo del Sacro Cuore, cuyos veinte años de existencia estaban por conmemorarse.

León XIII, en un momento de la audiencia, encaró al nuevo Obispo.

—Eres todavía joven —le dijo—, lleno de vida y actividad. Por eso, te hemos elegido. El apostolado que te está confiado, exige actividad..., y espero que, además del bien individual, tu acción sirva de ejemplo a otros para trabajar en la viña del Señor.

El día concluyó en un gran acto académico en la casa salesiana.[19]

Luego, siguieron los festejos locales. Monseñor David Riccardi, arzobispo de Turín; don Emiliano Manacorda, obispo de Fossano; monseñor Agustín Richelmi, con sus felicitaciones, le cursaron afectuosa invitación para que los visitara.

Entre los homenajes que se le tributaron, sobresalen los de Borgo San Martino y los de su pueblo natal, Montemagno... Cúmulos de nostalgias, entre explosiones de júbilo.

En Borgo se emocionó ante la página de un registro escolástico que contenía su nombre.

En Montemagno contempló la parroquia, los prados, la casa nativa, el patio hogareño... Sus paisanos lo recibieron como a un rey. El alcalde Rinetti y el párroco Tomás Cámara presidieron el agasajo. Pontificó en la mañana del día de la Asunción. Por la tarde hubo derroche de iluminación y fuegos artificiales.

El domingo de Ramos visitó la casa paterna, en medio de una multitud de admiradores que lo acompañaron.

El obispo de Casal, monseñor Pablo María Barone, le envió un telegrama cariñoso, y el Capítulo Superior de los Salesianos se hizo representar permanentemente por don José Lazzero.[20]

* * *

El 28 arriba a Turín.[21] En ese momento, dispone de un secretario estable. Don Rúa, al pasar por Milán el día 17, confió el cargo al padre Juan Balzola. Éste lo esperaba en Porta Nuova, y se puso a sus órdenes.

Desde esa fecha, nos regala una crónica diaria pormenorizada.

Lo reciben el arzobispo, monseñor David Riccardi; don Rúa, los Superiores y los alumnos en formación, con banda, aplausos y cantos. Cumple obligaciones protocolares:

El mismo día se acerca a San Benigno. El 29 visita al Arzobispo. El 30, Jueves Santo, va a Fossano.

El 31 se llega al Noviciado de Foglizzo, y el 1º de abril, Sábado Santo, recibe el gran homenaje salesiano del Oratorio de Turín. Himnos, discursos diálogos, afectos...

Aloysi Lasagna,
asceterium ingredere,
Tripolitanorum pontifex,
qui puer, sacrorum
alumnus ibi olim immorari,
sacerdos nuper
ventitare conseveras...

Es la clásica dedicatoria, nacida de la pluma amiga de don Francisco Cerruti.

Sigue el tradicional himno *Andiamo, compagni...*, cuya letra don Juan B. Lemoyne ha remozado para la festividad:

S'imperlin le rive
del río de la Plata,
frondeggin le palme
sui lidi, sui colli...

Oh Luigi, procedi
il labaro estolli...,
e il vinto di Sátana
suoi lacci spezzò...

Siguió, luego, la poética *Canzone* de don Juan B. Francesia:

Canzon, vi andrai soletta,
quella croce a baciar sì luminosa;
non dubitar dell'umile tua vista;
t'accoglierà con festa...
Ei che la spiaggia americana aspetta,
con voce rispettosa
che l'affetto e l'onor di tutti attesta.
Gli dirai che l'amiam, ma d'amor tanto,
più che non dice l'amoroso canto...

Y culminó la emoción creciente en las estrofas de un sencillo, pero tocante dialoguito del mismo Francesia: Dos niños —Luis y Octavio— comentaban el *episodio de la cadena,* famoso por aquellos días.[22] El hecho, hoy dramatizado, ocurrió así:

Cuando el padre Lasagna estaba por embarcarse para Amé-

rica en 1886, don Bosco, mientras obsequiaba con medallas de recuerdo a todos sus Hijos, a él le entregó una cajita con esta dedicatoria. *A D. Lasagna.* Éste se la echó al bolsillo, sin tiempo para mirarla. Ya en el barco, se acordó de ella, y la abrió. Había una gruesa y larga cadena de oro. Le extrañó el regalo; pero no supo cómo interpretarlo. Lo guardó, simplemente, como recuerdo.

En 1888, al morir don Bosco, Lasagna encomendó a un sacerdote la misión de recoger todos los objetos que habían pertenecido en vida al Fundador. Entre otros, reaparecieron la cadena y la cajita. Pero el colector revisó detenidamente los objetos, y debajo del algodón que hacía de acolchado, descubrió una esquela firmada por un cooperador salesiano, don Pietro Rota, de Chiari. Tenía al frente una dedicatoria, que decía: "Por gracia recibida de María Auxiliadora"; y atrás: "Para el segundo Obispo salesiano".

Lasagna, al principio, quedó perplejo. Luego, sólo atinó a reírse. Ahora, le temblaban las lágrimas en los ojos.

* * *

Antes de partir, quiso saludar y bendecir a una antigua penitenta, sobrina del conocido teólogo Giacomo Margotti, y Religiosa en un monasterio cercano. Le había escrito unos renglones, por los que le manifestaba deseos de verlo.

Lasagna se dirigió al monasterio. Al llegar a la puerta, encuentra a la Superiora hecha una lágrima. Pocos momentos antes, había fallecido la Religiosa a quien iba a visitar.

* * *

En todos esos días, desplegó extenuante actividad. Un periodista pensó obtener de él una nota excelente, y comenzó a buscarlo. Al principio, lo creyó empresa fácil; pero cuando vio lo que costaba seguirlo, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Esto es el movimiento perpetuo!...

Al fin la persecución tuvo éxito, y la entrevista valió el esfuerzo.

* * *

El 2 de abril, domingo de Pascua, pontificó en el santuario de María Auxiliadora. Y a la tarde, presidió la función de despedida de un nuevo grupo de Misioneros. Predicó, y partió con

ellos. El día 3 se detuvo en Sampierdarena. Después del almuerzo, se hizo acompañar por el inspector, don Tamietti, para visitar al Obispo de Génova, y a la tarde se embarcó en el *Victoria.*

El 5 recaló en Barcelona. Lo esperaba don Felipe Rinaldi, que lo llevó hasta Sarriá. Ahí celebró misa el día 6, y a la tarde se reembarcó. Después, veinte días de travesía y Montevideo.

* * *

Mientras tanto, el padre Gamba le estaba preparando una gran sorpresa. El terreno de la Estanzuela —manzana solitaria y descampada del suburbio montevideano, adquirida el 17 de enero del 91— esperaba ansiosamente a los Salesianos. Gamba consultó al Obispo y al padre Cipriano, vicario de Lasagna; y, de común acuerdo, decidieron levantar urgentemente el Colegio de Artes y Oficios de Montevideo, sueño que no se había concretado ni en San Vicente, ni en Paysandú.

Cipriano, por si acaso, escribió a don Rúa, y éste aprobó el proyecto el 17 de noviembre. Ya el 23 de octubre, monseñor Mariano Soler había dado la señal de partida, en una conferencia a los cooperadores salesianos en la iglesia del Cordón.

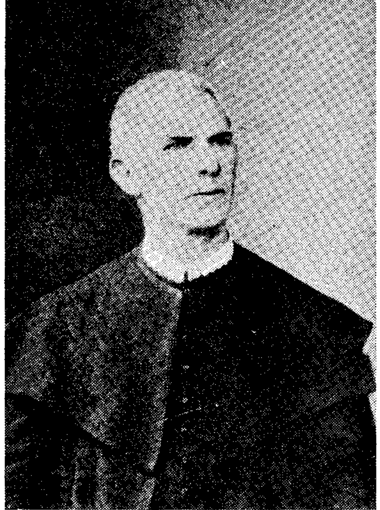
—Se llamarán *Talleres Don Bosco* —exclamó, y los bautizó para siempre.

Un buen día, el padre Gamba se fue con los cantorcitos del Sagrado Corazón hasta la Estanzuela. Cantó una alabanza, y puso el *ladrillo* fundamental. Eran tan pobres, que no tenían para más.

El padre Hernán Horne, testigo presencial de los hechos, los describe así:

> Se levantó en el centro de la manzana un salón capilla de unos 20 x 8, de ladrillos, techo de azotea, sin revoque y tirantes a la vista. Luego, formando ángulo, varias piezas: cuatro celdas de 3 x 3, dos salas de 6 x 6 para comedor y talleres de sastrería y zapatería, un salón de 15 x 6 para dormitorio, una mala cocinita y... pare de contar.
>
> Licencias, *sui generis*... Detrás de la sacristía: una para la comunidad [de un lado] y [del otro] cuatro para los niños.
>
> Fueron sus animosos fundadores el padre Gamba, el padre Santiago Giovannini y el acólito Antonio Lacabanne. Comenzaron con 15 o 20 alumnos. Y amueblaron la casa con desechos y regalos de los cooperadores...

Don Filippo, ...rio de ...guetá.





Don Joaquín Arcoverde de Albuquerque Cavalcanti, obispo de Argos y coadjutor de San Pablo (1892-94), obispo de San Pablo (1894-97), arzobispo de Río de Janeiro, y desde el 11 de diciembre de 1905, primer cardenal sudamericano

PROTAGONISTAS DEL **COMIENZO BRASILEÑO**



Don Lino Deodato Rodrigues de Carvalho, obispo de San Pablo (1873-94).



PINDAMONHANGABA: Don João Filippo, el padre Lasagna y don Francisco Reale, el 26 de agosto de 1892.

El 2 de febrero de 1893 se inauguraron solemnemente los Talleres Don Bosco.[23]

En abril, una bandita de música instrumental, un poco desafinada, ya defendía su título decorosamente, con un repertorio de tres piezas.

* * *

También en el Colegio Pío estaban de novedades. El padre Cipriano hizo preparar dos cuartos dignos del Obispo. Pero no fue tan feliz como el padre Gamba. Para dejar todo ordenado, mandó incinerar la correspondencia privada de Lasagna, que éste guardaba sin clasificar desde la fundación del establecimiento.[24]

* * *

El domingo 23 de abril, el *Victoria* avistó a Montevideo. La comisión de homenaje, que presidía don Luis Pedro Lenguas, y todos los directores salesianos, gozaron del privilegio de saludarlo a bordo. La Comandancia de Marina del Gobierno uruguayo les había cedido el remolcador *Lavalleja* para abordarlo. Y comenzaron los festejos.[25]

Realmente, la idea del padre Gamba sorprende a Lasagna, y lo encanta.

Al llegar a los talleres, Gamba se cuadra militarmente, y le dice al Superior:

—Monseñor, usted dirá si me he ganado una cruz de caballero o la destitución.

—Una gran condecoración, padre Gamba... ¡Eso es lo que usted merece! [26]

* * *

El estallido de fiestas y alegrías se multiplicó doquiera. Todo el año 1893 reviste esa característica.

Lasagna mantiene su ritmo de trabajo y visitas apostólicas; pero todas comienzan o terminan con algún homenaje.

Del 24 al 29 visita la Casa de María Auxiliadora, el Sagrado Corazón, al Obispo, a los Padres Capuchinos, a las Hermanas del Huerto y a las autoridades nacionales. Y al mismo tiempo, recibe un cortejo interminable de visitas de toda categoría.

El 30 viaja a Colón. Los Salesianos tiran la casa por la ventana. Desde la estación ferroviaria, peregrinan en manifestación grandiosa hasta el Colegio Pío.

Misa solemne, alocución, y un asado con cuero para quinientas personas. Todo, amenizado por una banda del ejército.

* * *

La fiesta no le impide realizar la visita canónica a las Casas de la Inspectoría uruguaya; y así, el 7 de mayo se instala en Las Piedras.

El 30 de mayo vuelve a Montevideo, visita al Cónsul paraguayo, y se embarca para Paysandú.

El 31 conoce la estancia y capilla de Hughes, predica y confirma.

El 10 de junio se llega a Buenos Aires. Celebra en la Boca, y esa tarde visita al Arzobispo y el Colegio Pío IX.

El 13 va a La Plata, para ver la nueva iglesia en construcción, y el 16 retorna a Montevideo.

* * *

El 6 de julio, a pesar de las malas noticias de la revolución federalista de Río Grande, se embarca para el Brasil en el trasatlántico *La Plata.* Lo acompañan Rota, Gastaldi, Balzola, el coadjutor Delpiano y ocho Hermanas.

El 9 penetran en la ya familiar bahía de Guanabara. Todos los Superiores del Brasil —Peretto, Giordano, Zanchetta...—, alumnos y cooperadores de Niterói, están en una barcaza esperándolo para el trasbordo. En el *ferry* caben quinientas personas.

A las once se produce el encuentro. Retumban banda, bombas y cohetes, aplausos y gritos. Después de los saludos, se entona un himno.

Llegados a Niterói a las 12.30, se trasladan en seis tranvías hasta Santa Rosa. Tedéum, sermón, saludos y fiestas. Luego, todos se concentran en el salón - teatro.

Agostinho dos Reis, profesor de la Escuela Politécnica de Río, le da la bienvenida en fogoso discurso.[27]

A las seis de la tarde, yantar. Cien personas rodean la mesa del Obispo. A su derecha, Guillermo Morrissy y el padre Bento Alves Pereira; a la izquierda, el canónigo Américo, párroco de Curitiba, y el doctor José Peixoto Fontoura. Al frente, el coronel Castro R. Terra. *Very jovial meat,* anota Morrissy en su crónica.

A los postres, discursos de Américo, de Morrissy, de dos Reis, de Manuel do Spíritu Santo, del hijo del Barón de Pinto Lima y de Monseñor.

El 10 visita al nuncio, monseñor Gotti. Éste —junto con su secretario, monseñor Guidi— lo lleva en su carroza hasta Cascadinha, donde trabajan unos 3.000 italianos.

El 16 adelantan la fiesta de san Luis. Cuentan con el más famoso orador del momento, monseñor Luis Raimundo Silva Brito.

El 17 reza una misa por la finada esposa de Morrissy, doña Julia Keating. Ayuda don Guillermo.

El 19 preside la asamblea de la Conferencia Vicentina en Lapa.

El 23, la gran demostración oficial. A las 10.30 arriban seis tranvías repletos de gente. Monseñor sale a la puerta para recibirlos. Entre ellos, saluda al doctor Badaró, ministro del Brasil en el Vaticano. La comisión que preside Guillermo Morrissy, lo obsequia con un hermoso pectoral confeccionado en el mismo Río.[28]

Y así, entre recepciones y homenajes, prosigue su misión. Visita las ciudades de Guaratinguetá, Pindamonhangaba, Lorena y San Pablo.

De intento, y no por tentación de cronista, vamos a anotar todos sus movimientos. Sus últimos años de vida dan vértigo. Y esta inquietud no se debe a sus naturales tendencias, sino a una vocación de servicio cuyas fronteras territoriales él quería limitar, para hacerla más efectiva. Pero sus Superiores no lograban comprender.

El 28 de agosto cumplimenta a don Lino, que lo recibe afectuosamente. Igual cortesía cumple con el obispo auxiliar, don Joaquín Arcoverde. Y ambos le delegan cuantas facultades necesite.

Pero, en medio de este trajín, algo le hormiguea en la piel: su misión civilizadora de indígenas. Por eso, el 6 de setiembre viaja a Botucatú. Los padres Zanchetta y Fia ya habían misionado por zonas cercanas.

El cura párroco local, don Pascual Ferrari, nativo de Carrara, está preparando un colegio. Los informes de que dispone Lasagna, le aseguran que los indios no estaban lejanos.

Pero en Botucatú —a pesar de las atenciones de los italianos residentes, que hasta lo nombraron presidente honorario de la Sociedad de Socorros Mutuos— sufrió una decepción: no era ése el lugar para base de operaciones.[29]

Por descarte, vuelve a pensar en Cuiabá. Ya el 18 de agosto había escrito a monseñor d'Amour que aceptaba la regencia de la iglesia de San Gonzalo, en la capital del Mato Grosso.

Vuelve el día 9 a San Pablo, y el 15 visita a Campinas. El canónigo Juan Bautista Corrêa Nery lo había invitado, en presencia del Obispo coadjutor y de tres sacerdotes salesianos, a pontificar en su parroquia. La recepción fue apoteótica.

El 17 pontifica con trono en la matriz.

El 18 visita la ciudad de Ararás.

El 19 retorna a San Pablo; y antes de partir para Guaratinguetá, saluda nuevamente a monseñor Arcoverde.

A su partida, los diarios paulistas publican las crónicas de las fiestas de Campinas.[30]

* * *

El 16 de octubre —cuando vuelve de un paseo de todo el día con los niños de Guaratinguetá, que oyeron misa en Aparecida—, Lasagna recibe una noticia que lo anonada: el Obispo de San Pablo le prohíbe confirmar en los límites de su diócesis.

Continúa igualmente las visitas. El 26 va a Pindamonhangaba, y el 30 emprende viaje hacia Minas, Barra de Piray, Juiz de Fora y Rodrigo Silva.

Luego, sigue a caballo hacia Cachoeira do Campo.

Los días 4 y 5 de noviembre examina los terrenos que le ofrecen para una escuela agrícola.

Vuelve a Rodrigo Silva, y toma el tren para Ouro Preto, capital del Estado de Minas. Recibido por autoridades eclesiásticas, civiles y militares, se hospeda en casa del vicario, don Cándido Veloso. Cumplimenta, luego, al presidente del Estado, don Alfonso Augusto Moreira Penna, y lo interesa en la futura escuela de Cachoeira. De paso, le comenta que la fundación necesitaba mejores comunicaciones: una estación ferroviaria más cercana, o un camino especial. El Presidente promete estudiar la sugerencia.

El 8 celebró misa en la matriz, y el 29, no obstante el tiempo lluvioso, partió a caballo para Mariana, acompañado por el Vicario.

Visitó las minas de una compañía inglesa; el Colegio de la Providencia, de las Hermanas Vicentinas, y retornó a Ouro Preto. De nuevo, honores militares. Lo atienden el Presidente y sus ministros, que asisten a la misa conventual.

El día 13, Monseñor celebra en la capilla privada del Presidente.

En tres días dejó arreglado todo lo referente a la fundación de Cachoeira, y partió para Barbacena. Aquí se detuvo dos días.

Celebró, visitó el Sanatorio y el Gimnasio Mineiro, y al fin partió para Barra de Piray, Guaratinguetá y Lorena. Presidió las fiestas de fin de curso, y del 3 al 20 de diciembre predicó ejercicios espirituales a las Hermanas de Guarantinguetá, y a los Salesianos de Lorena. Los retiros concluyeron con vesticiones y profesiones.

El 9 de diciembre se enteró de que don Lino estaba en Aparecida, y fue inmediatamente a verlo. Necesitaba conversar con él.

Según carta de Lasagna a don Rúa del 28 de enero del 94, don Lino *reconoció el error.*

> Luego vino a visitarme en Guaratinguetá, almorzó conmigo y partió conmovido. Por fortuna, todo está arreglado. Pero [don Lino] había escrito algo a Roma...

¿Qué había ocurrido? En primer lugar, los Salesianos habían adquirido en la opinión popular una aureola misionera y una fama de educadores que invadía triunfalmente todos los sectores. Tal, como hemos visto, que los diarios se valían de esta aureola hasta para atacar la quietud de ciertas autoridades e instituciones eclesiásticas.

Por otra parte, recibían continuamente ofertas de fundaciones de todos los rincones de la diócesis: Campinas, Botucatú, Frauca, Ararás, Yacarey...

A su vez, escandalizaban a muchos eclesiásticos por ciertas *mundanidades intolerables,* como dar funciones de teatro, jugar con los chicos, mezclarse con *cualquier clase de gente,* etcétera.

Parte de la popularidad se debía al entusiasmo publicitario del cooperador Saladino de Aguiar, que no desperdiciaba ocasión para promoverlos, y comparar su eficacia con la pasividad de otros. Ya en uno de sus viajes a Italia, Lasagna había expuesto a don Rúa los presentimientos siniestros que le producía la euforia de Saladino.[31]

Parte había que atribuirla, también, al enorme magnetismo personal de Lasagna, Giordano y otros, que sabían despertar entusiasmos indescriptibles en la gente, no acostumbrada a ser afablemente tratada por eclesiásticos encumbrados.

En segundo lugar, ya hemos visto que Lasagna no atendía a muchos convencionalismos que atenazaban la labor pastoral. Su misma promoción al episcopado, tan fuera de las normas, impresionó raro a los *juridistas.* Más, si se tiene en cuenta que debía moverse en el marco de un episcopado de origen imperial, como era entonces el brasileño.

De entrada, no más, cometió un error convencional —en los apuntes salesianos del padre Peretto y del padre Rota, se lo califica de *imprudencia.*— En el Brasil, los obispos, cuando estaban en diócesis ajenas, acostumbraban ocultar el pectoral. Era señal de reconocimiento de la jurisdicción del Ordinario del lugar.

Lasagna desconocía la costumbre, y no la observó hasta que se lo hicieron notar.

El fastidio por todos estos detalles fermentaba, sobre todo, en monseñor Arcoverde. El futuro primer cardenal sudamericano, a pesar de su ciencia y santidad, siempre fue un poco singular y extraño en sus procedimientos. Era de los que pensaban, en esos años, que *no se respetaba un sacerdote que jugaba con los niños.*

Este ambiente explosivo necesitaba sólo una chispa para estallar. El detonante fue el pontifical en trono celebrado por Lasagna en Campinas el 17 de setiembre, día de Nuestra Señora de los Dolores. Él creía que el canónigo Juan B. Corrêa Nery, que después fue obispo de Campinas, había pedido las venias correspondientes. Éste supuso que el derecho estaba comprendido entre las delegaciones que le habían efectuado a Lasagna en San Pablo. Por otra parte, la invitación la había hecho en presencia del Obispo coadjutor.

Cuando Arcoverde lo supo, tronó. Casi suspendió a Nery, y convenció a don Lino de que debía quejarse a Roma, y retirar a Lasagna los permisos especiales concedidos. Don Lino escribió a Roma, amenazó con destituir a Nery, y canceló las licencias a Lasagna.

Por otra vía hicieron llegar a Turín, además de estas quejas, la indicación de que Lasagna "era por demás atrevido", al pensar en abrir ese año dos colegios más —el de Pernambuco y el de Cuiabá—, con el exiguo personal que tenía.

El 8 de noviembre, Lasagna escribe a d'Amour que peligra la fundación de Cuiabá, ya que los Superiores, en vista de la situación, le habían suspendido los socorros prometidos. Y afirma en esa carta:

> O demônio valeou do ciume de um Bispo novo, inexperto, que mesmo em Roma censorou minha atividade.[32]

Dos meses después, el Superior General de los Salesianos recibió una nota de la Curia Romana, que se apresuró a comunicar a Lasagna.

Pertenecía a la Secretaría de la Sagrada Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios; estaba fechada en Roma,

el 18 de noviembre de 1893; tenía por destinatario al Superior General de la Pía Sociedad de los Sacerdotes Salesianos, don Miguel Rúa, y decía:

> Reverendissimo Signore,
>
> Recentemente venne riferito alla S. Sede che nella diocesi di San Paolo del Brasile Mons. Lasagna, vescovo titolare di Tripoli, nell'esercizio del suo ministero abbia data occasione a quelle autorità ordinarie di mostrarsi dispiacenti del contegno da Lui assunto a loro riguardo. Specialmente si fa osservare che il menzionato Mons. Lasagna ha l'abitudine di compiere funzioni pontificali senza permesso del Vescovo diocesano e di avere qualche volta occupato in chiesa il trono vescovile, dicendosi Legato Apostolico; e fatto uso di distintivi dottorali, che non gli competono.
>
> Essendo desiderio del Santo Padre che venga tolta ogni occasione di dispiacenza fra quei Vescovi, i quali d'altronde sono molto benemeriti delle missioni salesiane, e l'ottimo Prelato che ora è a capo di queste, interesso vivamente la S. V. perchè, con la sua ben nota prudenza, esorti privatamente Monsignor Lasagna ad evitare, con ogni cura, qualunque occasione che possa offendere le suscettibilità dei Vescovi locali.
>
> Intanto profitto con piacere del favorevole incambio per ripetermi con sensi di distinta stima della S. V. Rev.ma
>
> Obb.mo Dev.mo Servitore,
>
> Felice Cavagnis
> Pro - Segretario [33]

* * *

No conocemos el texto de la respuesta que Lasagna enviara al cardenal Rampolla, por medio de don Rúa y de César Cagliero. Hasta nosotros llegó solamente la respuesta de Rampolla, y un comentario enviado por Lasagna a don Rúa el 28 de enero del '94, que dice así:

> Con respecto al *monitum* recibido de Roma, habrá usted comprendido que todo es fácilmente explicable. Especialmente, aquello que se refiere a insignias doctorales y legado apostólico.
>
> Es cierto que usé trono en el pontifical [de Campinas]. Siempre [don Lino] me dio permiso. Menos cuando estaba ausente, que lo pedí a su coadjutor. Con facultad verbal de monseñor Arcoverde, dada en presencia de tres sacerdotes salesianos, acepté la invitación del Párroco de Campinas

de pontificar en su iglesia... Fue la única vez que pontifiqué fuera de nuestros colegios.[34]

La respuesta de Rampolla, fechada en Roma el 26 de febrero de 1894, lleva las referencias 9.116, Nº 16.782, y es como sigue:

Ill.mo e R.mo Signore,

Dai pregiati fogli di V. S. Ill.ma e R.ma ho appreso con piacere gli schiarimenti che mi da circa i noti rilievi che Le proposi a mezzo del R.mo P. Rua all'esclusivo scopo di evitare qualsiasi sfavorevoli interpretazione.

La ringrazio poi delle dettagliate notizie che mi somministra circa gli affari dell'America del Sud, in specie del Brasile, il cui miglioramento religioso sta tanto a cuore al Santo Padre.

Con sensi di sincera stima passo a raffermarmi di V. S. Ill.ma e R.ma

Servitore,

M. CARD. RAMPOLLA.[35]

* * *

El 23 de diciembre, don Luis se dirigió al puerto de Santos, dispuesto a embarcarse para Montevideo. Pero la operación demandó cuatro días.

El primer día, no había arribado a puerto el *Bourgogne*. Felizmente, en la estación ferroviaria encontraron al Párroco, que los llevó a la isla de San Amaro, y los hospedó en un hotel, para que descansaran y aprovecharan el aire y el sol de la costa.

Los días 24 y 25 volvieron a la ciudad, para decir misa. Pero debieron retornar a la isla. Mientras tanto, el pobre Párroco pasaba las de Caín. En la agencia no querían venderle los billetes, porque el *Bourgogne* venía atestado de pasajeros.

El día 26, al llegar a Santos para celebrar, Monseñor se enteró de que aportaba el *España*, comandado por el capitán San Martín, viejo amigo suyo. Y allá fue a verlo.

A las diez de la mañana arribó también el *Bourgogne*. San Martín consiguió los billetes, y esa noche los hospedó en el *España*.

A las cinco de la mañana del 27 trasbordaron al *Bourgogne*. El Capitán cedió su cabina al Obispo, y así llegaron a la isla de Flores el 31 de diciembre.

Concluyeron el año, y comenzaron el nuevo en el lazareto. Exactamente, como el año anterior.

Finalmente, el 10 de enero reentró en el Colegio Pío.

* * *

De enero a mayo, Monseñor prosigue cumpliendo sus deberes de inspector salesiano del Uruguay. Visita todas las Casas cercanas. En los intervalos, el 1º de febrero asiste a la consagración episcopal de monseñor Ricardo Isasa; saluda al presidente Juan Idiarte Borda, a quien agradece su deferente visita al Colegio Pío, de Villa Colón; se entrevista repetidamente con el cónsul paraguayo en Montevideo, Matías Alonso Criado, y con el ministro uruguayo en la Asunción, Ricardo García.

El 7 de abril partió en tren para Paysandú. Hizo etapa en Molles, donde lo esperaban los padres Foglino y Rossetti. Celebró en la capilla del Carmen, única en muchas leguas a la redonda.

En toda la parroquia de Paysandú —anota la Crónica—, de 350 kilómetros cuadrados de extensión, no hay más que tres o cuatro capillitas.

Después de dos días de misión, el 11 llegan a la estancia de Alcorta. Administra 116 confirmaciones.

A mediodía del 12 llegan a Paysandú. Visita los dos colegios, las Hermanas, la Colonia Porvenir, la capilla de Hughes... Administra centenares de confirmaciones.

El 20 embarca en el *Elos,* y llega a Fray Bentos. Celebra misa en la parroquia, y visita uno de los más grandes saladeros del país.

Luego, pasa a Mercedes. Bendice la capilla del Colegio. Confirma, predica, atiende a sus Hermanos, saluda a las autoridades, y confiesa a las Hermanas del Asilo.

El 24, a eso de las dos de la tarde embarca en un vaporcito en el río Negro, y desciende hasta su desembocadura en el Uruguay. Llegan a las siete. A medianoche pasó el barco que venía de Paysandú.

El 25, a las nueve, llegan al puerto de Buenos Aires.

En la Argentina hay interés para que el Obispo, en su viaje al Mato Grosso, explore las posibilidades de una fundación en Corrientes y otra en Misiones.

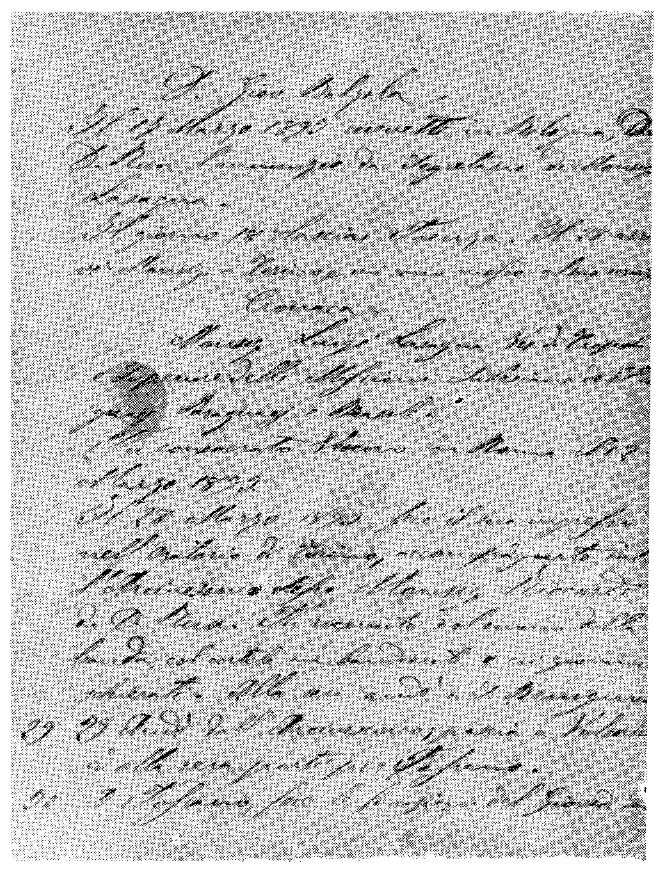
El presidente Sáenz Peña y su señora lo atienden con todo afecto. Hablan maravillas de don Bosco y de su Obra, de la atención a la juventud pobre, de las escuelas de artes y oficios... Acababa de asistir a la bendición de la iglesia del Colegio de la Piedad, en Bahía Blanca.

El Presidente le manifiesta su deseo de aumentar los obispos, que son sólo cuatro en todo el país, y le da recomenda-

COMIENZOS DEL EPISCOPADO



CAMPINAS (Brasil): Monseñor Juan B. Corrêa Nery, obispo del lugar.



D. Gio. Balzola

Il 12 Marzo 1893 ...

Cronaca

Monsig. Luigi Lasagna ...

Marzo 1893

Primera página de la crónica del obispo Lasagna escrita por el padre Juan Balzola. (Archivo Central Salesiano de Turín.)

ciones escritas para los Gobernadores de Corrientes y de Misiones.

El 27 visita a los novicios, y embarca para Montevideo.

* * *

Arribó justo para las celebraciones del Congreso Eucarístico que monseñor Soler había organizado en Montevideo. Se trataba de un encuentro de sacerdotes y laicos para estudiar y fomentar la devoción y la vida eucarística. Presidía monseñor Soler, y lo acompañaban tres obispos.

Se clausuraron las reuniones en la catedral, y el discurso final correspondió a monseñor Lasagna.

A pedido de los demás obispos, improvisó una pieza oratoria y pastoral tan ajustada a los problemas del momento, que alguno de los presentes llegó a afirmar que sólo ahora entendía que el Espíritu Santo elegía a los obispos.

* * *

Cuando el 19 de agosto del 93, desde Lorena, escribía a monseñor d'Amour, le decía que a mediados de mayo había contestado a los telegramas del Obispo y del Presidente por conducto del señor Jaime Cibils Buxareo, y que aun cuando este año de 1893 no podía ir a Cuiabá, aceptaba la feligresía de San Gonzalo, con la esperanza de que el recinto parroquial tuviera aulas y patios.[36] Llevaría consigo cuatro sacerdotes y dos Hermanas.

Le rogaba, además, que le ayudase a costear los gastos de viaje para seis Misioneros que vendrían de Italia a Montevideo, a razón de mil francos por cabeza. Para terminar, añadía:

> ... espero que me llegue personal en enero, y así podré viajar a Cuiabá en abril. De esta manera, los Padres aprenderán el idioma y se adaptarán al clima antes del año escolar siguiente.

Para cualquier dificultad que pudiera sobrevenir o comunicación que hacer, le indicaba el nombre del padre Ambrosio Turriccia, residente en Montevideo.

* * *

Cuando los Salesianos decidieron diferir su expedición a Cuiabá, en diciembre de 1883 monseñor d'Amour gestionó la colabora-

ción de los Padres Lazaristas, y pareció aquietarse por algún tiempo.[37]

Pero en 1892 volvió a la carga —los Lazaristas manifiestaban deseos de retirarse—, y escribió nuevamente a don Rúa y a Montevideo.

De Turín le respondió el padre Celestino Durando, con fecha 8 de febrero del 92. En resumen, le comunicaba que don Rúa estaba en Sicilia, y que contestaría en marzo, cuando retornara de la isla; pero le anticipaba las dificultades para aceptar un pedido como el suyo, emergentes de la carencia de personal.

También recibió cartas de Montevideo, en igual sentido, remitidas por el padre Antonio Malán. Éste le comenta que acaba de recibir la visita de Andrés Virgilio Pereira de Albuquerque; pero el caso es que el único que puede resolver algo, don Lasagna, ha partido para Italia.

El 28 de setiembre vuelve a contestar el padre Durando; esta vez, por encargo de don Rúa. Lamenta no poder acceder al pedido que le llega por medio del cardenal Rampolla. Siempre con la misma cantilena: no disponen de personal. La única persona —afirma— que puede ofrecerle una solución, es el padre Lasagna. Pero éste, a su vez, no lo alienta demasiado en una esquela que le envía desde Italia el 24 de enero del 93. Por si algo faltara —dice—, "el Sumo Pontífice nos ordena tomar carta en las Misiones del Paraguay".

* * *

Pero ahora, Lasagna, que vive atormentado por la necesidad de organizar las Misiones entre los indígenas del Brasil, ve en el Mato Grosso su campo de promisión. Y acelera la tramitación de un acuerdo con d'Amour.

El 6 de noviembre le escribe desde Ouro Preto. Confirma su viaje a Cuiabá, anunciado en la carta del 19 de agosto, y lo insta a comunicarse con el padre Turriccia.

El 2 de diciembre lo hace desde Lorena. Al volver de Minas, había hablado de cartas de Cuiabá que el Obispo enviara a Montevideo. Junto con ellas recibe, también, noticias de monseñor Cagliero, y deduce que podrá disponer de algún personal. Le reafirma, además, que pronto viajará al Mato Grosso, y que, para su tranquilidad, el pedido paraguayo quedará relegado a segundo término.

* * *

Con el propósito de urgir la maniobra, d'Amour le envía, por medio de la agencia de Jaime Cibils Buxareo, una suma de dinero para los gastos de viaje de los Misioneros: 6.000 francos, o sean Rs. 5:619$050. Los cobra Turriccia el 26 de diciembre del 93.

El 7 de enero del 94, desde el lazareto de la isla de Flores, Lasagna le adelanta a d'Amour que encabezarán la expedición los padres Malán y Solari, y le reitera que en sus planes Cuiabá está antes que Minas (Cachoeira) y Pernambuco (Recife).

Pero el problema conflictivo con el Obispo de San Pablo arrastra también sus consecuencias. En la misma carta, Lasagna se desahoga con d'Amour, y le ruega escriba a Rampolla, para que el Cardenal trate de conseguir de don Rúa, que le envíe más personal salesiano. De paso, le indica que "nuestra Congregación no acepta Seminarios, si no es por orden expresa de la Santa Sede".

Ínterin, Malán organiza aceleradamente la expedición misionera. Hay que pensar en todo: ropa, ornamentos, libros... Hasta llevará un piano y un aparato fotográfico..., ¡en 1894! El Colegio Pío es un mecenas generoso.

Todo está listo. Primero viajará el Obispo, y días después, los demás.

Inesperadamente, surge otra gran dificultad. Lasagna volvía del Brasil con la salud quebrantada. Los médicos se oponen al viaje. Entonces, se somete a un régimen severísimo: dieta láctea exclusiva..., y comienza a mejorar.

* * *

Visita a Buenos Aires, y al volver, mantiene repetidas conversaciones con el Ministro uruguayo en la Asunción y con el Cónsul paraguayo en Montevideo. Se prepara para enfrentar los conflictos eclesiásticos paraguayos.

Decide embarcarse el 8 de mayo. Ese día, Lasagna posó para una foto con todos los expedicionarios, y luego, se dirigió a Montevideo y al puerto. Lo despidieron los directores salesianos y el Cónsul paraguayo.

El vapor *Las Mercedes,* capitaneado por don Esteban Noceti, zarpó a las dieciocho. Hasta medianoche, soportó fuerte marejada. De mañana, ya estaba en Buenos Aires. Tras una escala de día y medio, enfiló hacia el Paraná.

Cruzaron frente a San Nicolás el día 11. A la tarde, desem-

barcaron unas horas en Rosario. Visitaron el Colegio Salesiano y el de las Hermanas.

Al día siguiente llegaron a Diamante, con gran alborozo del párroco, don José Antonio González, uno de los tenientes de Las Piedras, que les entregó la parroquia en 1879.

Tocó en Paraná de noche. Y siguió costeando: Santa Elena, La Paz, Goya, Bella Vista, Mal Abrigo...

El 15 arriban a Resistencia, "único pueblito del Chaco", anota el cronista.

A la una de la tarde desembarcan en Corrientes. Se entrevistan enseguida con el presidente del Senado, don Carlos Ábalos, y en su compañía visitan al gobernador, don Valentín Virasoro.

El Obispo fue cortésmente atendido. Virasoro leyó la carta del Presidente, y se puso a las órdenes de Monseñor, "no sólo como gobernador —subrayó—, sino también como privado".

Lasagna aprovechó el tiempo restante, para conocer el Asilo de Huérfanos —"lo encontré bellísimo"—, el Hospital de las Hermanas de la Misericordia, la parroquia y los Franciscanos, que tenían dos conventos; uno de ellos, totalmente integrado por italianos. Allí residía el hermano Adamo, de Farigliano, ex primer cocinero del Colegio Pío. Lamentablemente, no estaba en casa, y Monseñor se vio privado del placer de abrazarlo.

Volvieron a bordo en la barca de la Capitanía, y a las 8.30 de la noche prosiguieron hacia el Paraguay.[38]

* * *

El 29 de mayo se despedía de Montevideo el grueso de la expedición al Mato Grosso: los padres Antonio Malán, José Solari y Arturo Castells; el clérigo Agustín Colli y el novicio coadjutor Santiago Ruffier.

La ceremonia de despedida —era la segunda— se cumplió en el Colegio Pío, de Villa Colón. El 30 se embarcaron en el *Diamantino*.[39]

[1] Sac. Angelo Amadei, S.D.B., *Il servo di Dio Michele Rua*, vol. I, pág. 462 (S.E.I., Torino, 1931).

[2] ACSS., carta de Lasagna a don Peretto, del 30-V-1892.

[3] Crónica de las Hijas de María Auxiliadora de Guaratinguetá.

[4] ACSS., carta de Lasagna a don Rúa.

[5] ACSS., carta de Lasagna a Cagliero, del 26-XI-1892.

[6] Crónica de Morrissy; Crónica de las Hermanas de Guaratinguetá; ACSS., carta a don Peretto, del 30-V-1892.

Las novicias llegadas del Uruguay, eran: María Formoso, Teresa Guarnieri, Dolores Salaberry y Carmela Piombini. Las nuevas novicias fueron Olivia Facchini, Ana Pinto, Federica Hummel y Mercedes Maldarin.

[7] R. A. Entraigas, *El Apóstol...*, cit., pág. 394.

[8] ACSS., carta de Lasagna a don Peretto, del 20-IX-1892.

[9] R. A. Entraigas, *El apóstol...*, cit., pág. 394; *Boletín Salesiano*, enero de 1893, págs. 11 y sigs.

[10] ACSS., cartas de Lasagna a don Peretto, del 8-X y del 12-XI-1892; diario *L'Unione*, Bologna, 24-XI-1892.

[11] Carta circular de Lasagna, págs. 4-5 (San Pablo, 1895); *Boletín Salesiano*, abril de 1893.

[12] ACSS., carta de Lasagna a don Rúa, Roma, 16-XII-1892.

[13] ACSS., nota Nº 10.731 de la Secretaría de Estado de Su Santidad.

[14] ACSS., carta de Lasagna a don Rúa, Roma, 21-XII-1892.

[15] ACSS., carta de César Cagliero a monseñor Cagliero, del 10-III-1892.

[16] *Anuario pontificio*, años 1894, 1895 y 1967. Aunque siempre se lo llamó *obispo titular de Trípoli*, la sede exacta de Lasagna era *Oea*, en la provincia Tripolitana. (En el *Anuario pontificio* está en la letra O, y no en la T.) Oea, Oeen, de Libia (África), es la antigua Trípoli. En el concilio de Cartago del año 256 estaban presentes dos obispos tripolitanos: el de Oea y el de Girba; y otros dos, de Leptis y de Sabrata, acreditaron representantes.

[17] ACSS., carta de Lasagna a don Peretto, del 10-III-1893; G. B. Francesia, *Omaggio al novello Vescovo salesiano Mons. Luigi Lasagna, titolare di Tripoli e Superiore delle Missione di D. Bosco nell'Uruguay e nel Brasile*, 1º aprile 1893 (Tip. Salesiana, Torino, 1893); *Boletín Salesiano*, abril de 1893.

[18] ACTA SANCTAE SEDIS *in compendium opportune redacta et illustrata studio et cura Iosephi Pennachi et Victorii Piazzesi*, vol. XXVI, pág. 6 (Typis Polyglottae Officinae S. C. Prop. Fidei, Romae, s/d.).

[19] *Boletín Salesiano*, mayo de 1893; ACSS., cartas de monseñor Richelmi (10-III-1893), de monseñor Manacorda (13-IX-1895) y de monseñor Riccardi (14-III-1893).

[20] *Boletín Salesiano*, junio de 1893.

[21] En este momento —precisamente, el 28 de marzo de 1893— comienza la *Cronistoria* o Diario de monseñor Lasagna, que se extiende hasta el 20-IX-1895. El primer cronista fue don Juan Balzola. Éste, además, escribió una crónica de las Misiones, que presenta escasas variantes con respecto a la *Cronistoria*.

[22] G. B. Francesia, *Omaggio...*, cit.

[23] Arch. Insp. San José, de Montevideo: Carta de don Rúa al padre Cipriano, del 12-XI-1892; *Boletín Salesiano*, enero y febrero de 1893; Apuntes del padre Horne; Crónica del Colegio Pío, de Villa Colón.

[24] ACSS., carta del padre Ambrosio Turriccia a don Álbera, del 3-I-1896.

[25] Biblioteca Nacional de Montevideo, *El Bien,* ed. del 25-IV-1893.

[26] *El Bien,* de Montevideo, ed. del 25-IV-1893; Arch. Insp. San José; P. José M. Vidal, *Vida del padre J. Gamba,* cit.

[27] Crónica de Morrissy; *Boletín Salesiano,* mayo de 1894, pág. 61.

[28] Es el que posee monseñor José Borgatti, obispo de Viedma (Argentina).

[29] *Boletín Salesiano,* febrero de 1894; carta de Lasagna del 9-IX-1893.

[30] Arch. Liceo Sdo. Corazón, San Pablo; *Redempção,* Nº 126.

[31] ACSS., carta a don Rúa, del 25-X-1894.

[32] Museu Dom Aquino Corrêa, Cuiabá, páq. Nº 4.

[33] ACSS., documento original.

[34] ACSS., carta de Lasagna a don Rúa, del 28-I-1894.

[35] ACSS., documento original.

[36] Todas las cartas aquí citadas referentes a la fundación de Cuiabá, salvo que se indique otra cosa, están archivadas en el Museu Dom Aquino Corrêa (paquete Nº 4), del Arzobispado de Cuiabá. Allí anoté treinta y dos cartas referentes al tema, cada una con acotaciones de puño y letra de monseñor d'Amour, y el borrador de la respuesta.

[37] Cartas del padre Costamagna, del 20-XII-1882, y de Lasagna, del 21-II-1883; ACSS., carta de don Bosco, del 6-VI-1884.

[38] Arch. de la Prov. de Corrientes (Argentina), 25 de Mayo 1025, y diario *La Nueva Época,* del 16-V-94.

[39] Crónica del Colegio Pío.

CAPÍTULO XVII



El Paraguay

La brisa de una tarde del dulce mes de mayo
traía entre sus alas perfume de azahar,
canciones de las aves del cielo paraguayo,
nostalgias del hogar.

José Raúl Porto, S.D.B.: *Versos del gaucho Julián*, "Mi canto al Paraguay", pág. 113 (Ed. Mosca, Montevideo, 1925).

Eran las diez de la noche del 16 de mayo de 1894, cuando el *Mercedes* se adentró en las aguas llenas de luna del río Paraguay.

Atrás y a la derecha se iba rezagando el Paraná, recostado como un inmenso espejo de plata. Toda la noche navegaron río arriba. Cuando la aurora comenzó a estallar entre jirones de niebla, avistaron a Humaitá. Sobre un fondo de fuego asomaban ruinas oscuras, orladas de oro, frutos malditos de una guerra que había destrozado paredes, carnes y almas.

Mientras tanto, el río descendía velozmente. Un fantasma de fango y arena se agitaba amenazante debajo de las aguas. Media hora después, repentinamente vibró la nave, se sintieron tirones y crujidos... Luego, una espera angustiosa... Habían encallado.

Tres horas de varadura, y al fin zafaron, para enderezar de nuevo hacia el norte.

A poco, un lejano remolino de aguas cobrizas denunció, a la izquierda, la presencia del río Bermejo...

Finalmente, a las once de la mañana tomaron puerto en Villa del Pilar. El primer contacto físico con las tierras guaraníes.

Recibieron a bordo la visita del Párroco, un buen lombardo llamado Bettinetti. Y con él llego el primer aluvión de la lamentelas sobre las condiciones religiosas del Paraguay. El pobre de-

Imagen de Monseñor Luis Lasagna extraída de un grupo tomado en la Asunción en 1895, con ocasión de la consagración episcopal de monseñor Juan Sinforiano Bogarín.

bía atender el territorio de ocho parroquias casi desahabitadas.[1]

Tintineó el telégrafo: Lasagna se comunicaba con la Asunción.

Ese mismo día, los diarios de la capital paraguaya publicaban el telegrama siguiente:

Villa del Pilar, mayo 16.

Excelentísimo y Reverendísimo
Señor Claudio Arrúa
Administrador eclesiástico
Asunción

Saludo atentamente en su reverenda persona Iglesia y clero del Paraguay.

LUIS LASAGNA
Ob. de Trípoli[2]

La Democracia, diario oficialista, ya había anunciado "la llegada de un alto Prelado de la Iglesia, jefe de las Congregaciones Salesianas, a objeto de fundar... un colegio de su Institución, en el cual se enseñarán también varios oficios y artes".[3]

Hacía más de quince años que el Paraguay estaba esperando a los Salesianos.

Y la espera nacía en las entrañas mismas del desgraciado problema del Obispado de la Asunción.

* * *

La república del Paraguay había nacido a la libertad entre los días 14 y 15 de mayo de 1811, en el corazón de Sudamérica.

El vigoroso río homónimo bajaba de norte a sur, y partía en dos su territorio, totalmente mediterráneo. El límite meridional se acunaba en las mansas corrientes del Paraná.

La tibieza de un clima que en verano se volvía tórrido: 27° de media, y 44° de máxima, acariciaba sus desiertos, sus campos de tierra bermeja, los bosques y las sierras de Amambay y de Mbaracayú.

Su emblema —la bandera tricolor de franjas horizontales roja, blanca y azul— llevaba bordada en la banda central las insignias y los atributos de un pueblo idealista y bueno: en la haz, una estrella coronada de olivos y palmas, que se convertía en león —tal la alegoría del envés— cuando reclamaba paz y justicia.

El noventa y seis por ciento de los paraguayos de entonces

vivían al este del gran río, arracimados, sobre todo, en las vecindades de la Asunción, su capital histórica.

Eran descendientes de españoles; pero en los rasgos y en la sangre de casi todos se adivinaban vestigios indígenas. Formaban un singularísimo pueblo bilingüe: hablaba oficialmente castellano, y usaba el guaraní como lengua materna.[4]

Tras los primeros escarceos de gobiernos patrios revolucionarios, manos férreas decretaron su estabilidad política: José Gaspar Rodríguez de Francia gobernó veintiséis años (1814-1840), y Carlos Antonio López, dieciocho (1844-1862). Pero en 1864 sobrevino la guerra contra la Triple Alianza, y todo se desbarajustó.

El *Anuario estadístico de la República del Paraguay,* editado en la Asunción por Fischer y Quell en 1888, ofrece un panorama aproximado de la realidad nacional.

Tras desgranar la lista de los siete presidentes que habían regido los destinos de la patria en el período 1870-1887, consignaba los principales datos estadísticos del país.

Su extensión abarcaba 230.000 kilómetros cuadrados. En rigor, la estadística actual señala 406.752 kilómetros cuadrados, y antes de la guerra dominaba mucho más territorio.

Los habitantes ascendían a 263.751; casi todos, paraguayos, ya que los extranjeros no llegaban a 10.000. De todos éstos, una sexta parte moraba en las cinco ciudades principales; es decir, en la Asunción (24.338), en Villa Rica (10.733), en Concepción (7.239), en Villa del Pilar (4.902) y en Encarnación (3.579).

La guerra había acabado con casi la mitad de un pueblo en crecimiento. De ahí que la edad promedio no pasara de los veinticuatro años y nueve meses. Y sobre los 263.000 habitantes, sólo había 94.868 varones, o sea un tercio de la población. Ese año, las defunciones habían superado a los nacimientos. Y los 213 colegios y 293 profesores —la Universidad abrirá sus puertas en 1889— no alcanzaban a combatir el analfabetismo, que dominaba al setenta y seis por ciento de la población.

La guerra fratricida contra la Triple Alianza —el Imperio del Brasil y las repúblicas argentina y uruguaya— había durado seis fatídicos años (1864-1870). El 1º de marzo de 1870 terminaban esos días de pesadilla; pero comenzaban otros no menos dolorosos: los de la reconstrucción.

En los primeros días de enero de 1869, las tropas imperiales ocuparon la Asunción, indefensa y casi abandonada. Lo poco que quedaba, fue presa de inaudito saqueo.

Con los vencedores había ingresado un grupo de paraguayos antilopiztas —era presidente del Paraguay el mariscal Francisco Solano López—, que habían organizado en Buenos Aires la *Legión.*

En 1869 y 70, los *legionarios* fueron asumiendo la responsabilidad de formar un gobierno paraguayo para reorganizar la nación bajo la tutela de los vencedores, que después del triunfo agudizaban sus diferencias. Los legionarios, con rara habilidad, aprovecharon todos los desacuerdos aliancistas para salvar territorios, dignidad e independencia, hasta lograr en junio de 1870 firmar un acuerdo preliminar con los Gobiernos aliados.

* * *

Mientras tanto, el clero paraguayo, consustanciado con el pueblo, iba llegando a las últimas estaciones de un viacrucis, que había comenzado muy temprano.

Ya don José Gaspar Rodríguez de Francia había disuelto las comunidades religiosas, "*por no ser ya* —según sus propias palabras— *útiles ni necesarias*". Convirtió los conventos en cuarteles, y facultó al Vicario General para autorizar la secularización de los regulares. Así desaparecieron Dominicos, Mercedarios y Franciscanos.

Las disposiciones de Francia fueron mucho más adelante. Estableció un patronato a ultranza, y prácticamente suplantó al obispo.[5]

Al comenzar la guerra del 64, había en el Paraguay, según los cómputos del padre Silvio Sosa, 113 sacerdotes diocesanos. De ellos, uno solo era extranjero, el padre Gerónimo Becchis. Al terminar, en 1870, quedaban vivos 32, solamente: 17 habían muerto en combate o fueron degollados por los imperiales; 24 cayeron ejecutados por Francisco Solano López, y 39 desaparecieron liquidados por el hambre o la peste.[6]

De ahí nace la devoción del paraguayo por su *paí.* Los hubo ignorantes, amancebados y con otros defectos; pero todos, llegado el momento, renunciaron a sus comodidades y a sus gustos, y "dieron la vida por sus ovejas", mientras muchos de sus censores vivían *dignamente* en cómodo aburguesamiento.

* * *

El 21 de enero de 1869, Domenico Sanguigni, arzobispo de Damieta e internuncio apostólico ante el Imperio del Brasil, informa por escrito a la Secretaría de Estado del papa Pío IX que el obispo del Paraguay, monseñor Manuel Antonio Palacios, ha sido

fusilado en Lomas Valentinas, por orden del mariscal Francisco Solano López. La noticia le fue trasmitida por el general brasileño Ernesto Augusto Cunha Mattos,[7] que, estando prisionero, se la había oído comentar al centinela paraguayo que tenía a la puerta. El *mitaí* también había hecho guardia en la tienda donde se reunía el Consejo de Guerra, y sabía que López, después de acusarlos de conspirar, había destituido al obispo Palacios y al general Barrios, para fusilarlos como a simples ciudadanos.

La novedad era exacta. En efecto, el 21 de diciembre de 1868 el general Francisco Isidoro Resquín, por delegación del mariscal López, firmaba el cúmplase de la sentencia pronunciada por sumarísimo consejo de guerra. Y ese mismo día, en Lomas Valentinas, en la boca del Potrero Mármol, después de recibir los auxilios espirituales, fueron fusilados el obispo Palacios; Benigno López, hermano del Mariscal; el general Vicente Barrios, su cuñado; José Berges, ministro de Relaciones Exteriores; el deán Eugenio Bogado, vicario general; José María Leite Pereira, cónsul portugués; Simón Fidanza, capitán de la marina italiana al servicio de López; el coronel Paulino Alén; el clérigo Juan Bautista Zalduondo; la señora Juliana Insfrán de Martínez, prima del Mariscal, y las señoritas Dolores Recalde y Mercedes Egusquiza.

Monseñor Palacios tenía entonces cuarenta y seis años. Era obispo desde el 30 de agosto de 1863, y como primer capellán del ejército paraguayo, había acompañado a López durante toda la campaña.

El 1º de diciembre de 1868, los presbíteros Fidel Maíz y Justo Román —convertidos en fiscales, y obedeciendo estrictas órdenes de López— instruyeron un sumario por el que un consejo de guerra condenó a la pena capital a monseñor Palacios.

"La supuesta conspiración de San Fernando" —tal la califica el mismo padre Maíz, ya libre de la férula del Mariscal— concluyó con un juicio arbitrario: no se les permitió a los acusados nombrar defensores, ni defenderse, y los procesos se realizaron secretamente, "fundados en acusaciones arrancadas con azotes, cepo uruguayana y aplastamiento de dedos con martillo".[8]

* * *

Vista la información del Internuncio, el secretario de Estado de la Santa Sede, cardenal Antonelli, le ordena taxativamente:

> *Si rechi in persona nella suddetta Repubblica...* (Vaya personalmente a esa República...) [9]

Este procedimiento hubiera ahorrado incontables problemas y sufrimientos al clero paraguayo. Pero aquí entran a jugar, también, otros factores importantísimos, aunque aparentemente ajenos a la cuestión: la diplomacia brasileña y la mentalidad colonialista europea del Nuncio y de sus enviados.

El Internuncio dispone casi exclusivamente de fuentes de información brasileña: la Cancillería, los diarios, los informantes oficiosos y los Capuchinos italianos, capellanes del ejército imperial.

Esto, quieras que no, lo enreda en la trama política. El Brasil y la Argentina se disputan la presa conquistada con las armas, y ambos recelan del propio poderío presente y futuro.

Las autoridades argentinas exigen la formación de un gobierno provisional paraguayo —comenzó con un triunvirato—, y establecen que la paz debía firmarse con un gobierno definitivo. Ambos querían, al mismo tiempo, la benevolencia paraguaya y parte de sus territorios.

La autoridad eclesiástica paraguaya entraba en la misma disputa. La Asunción era diócesis sufragánea de Buenos Aires. El 25 de marzo de 1865, en plena guerra, Buenos Aires fue elevada a la categoría de arzobispado. Y, por desconocimiento pleno de lo que ocurría en América, era declarada eclesiásticamente metrópoli de la Asunción, capital de otro país independiente, que estaba en guerra con el Gobierno de Buenos Aires.[10]

Por ello, en cierta manera y en el orden eclesiástico, correspondía al Arzobispo de Buenos Aires entender en el problema de la vacancia de la Asunción.

El Gobierno imperial estaba alerto, y hacía saber al Internuncio que debía impedirse la intervención porteña.[11]

El Nuncio lo comunica urgentemente a Roma. Mientras espera respuesta, envía a la Secretaría de Estado copia del proceso instaurado por el Conde de Eu para verificar la muerte del obispo Palacios. Y concluye la nota con un epifonema:

> *Qui non si trova persona capace...* (Aquí no hay nadie capaz para el cargo...)

Evidentemente, repite los informes de los Capuchinos, asociados a los vencedores del Paraguay.

La Santa Sede contesta el 2 de julio de 1869:

1º) Queda delegado el Internuncio para nombrar un vicario apostólico, no bien tenga certeza de la muerte de Palacios;

2º) El vicario *"sea un sacerdote del lugar, que reúna las cualidades necesarias";*

3º) Puede tener en cuenta los nombres de los padres Maíz, Moreno, Román, Caballero, Corbalán y Escobar, todos paraguayos; [12]

4º) El Internuncio comunicará estas disposiciones al Arzobispo de Buenos Aires.

Era a la sazón arzobispo de Buenos Aires don José Mariano de Escalada. Éste no sólo acepta complacido el dictamen vaticano, sino que en la notificación le comenta de paso al Internuncio que conoce bien a los miembros del Gobierno provisional paraguayo, pues departió con ellos en Buenos Aires, y sabe que nunca aceptarían un nombramiento hecho en la Argentina.

Ínterin, van apareciendo tímidamente en la Asunción algunos sacerdotes dispersos: Policarpo Paiz, Cecilio Romano, Claudio Arrúa, Tomás Castelví..., y establecen relación con los Capuchinos, que inmediatamente informan a Río.[13]

Otros sacerdotes se restituyen directamente a sus parroquias. En cambio, Maíz y Benítez caen prisioneros; y, llevados a Río de Janeiro, quedan internados durante ocho meses.

* * *

El 7 de agosto, el Internuncio vuelve a comunicarse con la Secretaría de Estado, y rehúsa nombrar vicario. En su descargo, repite que en la Asunción no hay personas idóneas; que en Buenos Aires hay dos sacerdotes paraguayos que estuvieron prisioneros, y que serían detestados por el pueblo; que lo mejor era que la Santa Sede enviara un delegado especial...

El Vaticano insiste el 17 de noviembre: el Internuncio debe resolver el problema *in situ.*

Mientras tanto, el 27 de setiembre Sanguigni nombra *vicario foráneo provisional* a fray Fidelis María d'Avola que era capellán mayor de los ejércitos imperiales.

El Gobierno también provisional del Paraguay responde que "nada tiene en contra de d'Avola; pero, en uso del derecho de patronato, propone como vicario al padre Daniel Sosa, cura de la catedral".[14]

Y aquí y ahora comienzan las piruetas que durarán casi diez años. El Internuncio dice saber por los Padres Capuchinos que Sosa "es sacerdote de muy buena moral, bastante instruido, y

que no se mezcló en la lucha del presidente López"; pero insiste en fray Fidelis, e interesa en el caso al Gobierno brasileño.

Las autoridades paraguayas, aunque toleran al capuchino, quieren a uno de los suyos, y van sugiriendo nombres inútilmente.

Fray Fidelis reorganiza las parroquias, ubica a los sacerdotes dispersos, hace ejercicios espirituales con ellos..., pero informa duramente sobre el clero paraguayo, que, por otra parte, le es sumiso, aunque visiblemente hostil.

En agosto del 72, la Asunción envía a Roma a don Gregorio Benítez en misión especial, con la finalidad de arreglar el problema del Obispado y lograr el nombramiento de Vicario del padre Manuel Vicente Moreno. Aparentemente, no obtiene ningún éxito.

Mientras tanto, d'Avola, que palpa la realidad en el lugar, insiste al Internuncio que él se retirará el mismo día que salgan las tropas brasileñas. Y afirma que "no quiere ser degollado".

Sanguigni confiere con el ministro de Asuntos Extranjeros del Brasil, Vizconde de Caravellas. Éste promete una protección solamente *indirecta.* Entonces, Sanguigni envía preventivamente a fray Fidelis un breve de nombramiento, para hacerlo efectivo únicamente en el caso de que deba partir, y en el que instaura como administrador eclesiástico interino al padre Daniel Sosa.

En 1873, ya en plena cuestión religiosa brasileña, el Gobierno paraguayo retira el *exequatur* a fray Fidelis —que parte apresuradamente en un barco de guerra brasileño—, y acepta una terna seleccionada por el clero, compuesta por Manuel Vicente Moreno, Blas Ignacio Duarte y Feliciano Eliceche. De entre ellos, elige administrador a Moreno. Sanguigni lo aprueba a regañadientes en breve del 1º de setiembre del 73, en el que le confiere derechos de vicario capitular, sede vacante, y "aquellas facultades que se acostumbra conceder a los obispos de las Indias Occidentales sujetas otro tiempo al Rey católico, llamadas *sólitas*".[15]

Moreno juró el 30 de octubre. Pero alcanzó a gobernar siete meses escasos.

Una de sus primeras medidas consistió en ratificar su adhesión y la del Gobierno a la Santa Sede. Pero ¿para qué sirve esto —protestaba Sanguigni a la Secretaría de Estado el 24 de enero del 74—, si levanta la censura que pesaba sobre sus sacerdotes, especialmente sobre Félix Maíz, famoso *fiscal de sangre* del juicio del obispo Palacios, y lo elige secretario?[16] ¿Si da total

precedencia al padre Duarte?... "Este procedimiento —añade— ha alarmado a los pocos sacerdotes extranjeros comprometidos en el proceso del padre Maíz, conscientes de lo que les espera..." Detrás de esto, subraya el Internuncio, juegan las intrigas argentinas.

Moreno prosiguió la reorganización de la diócesis. Pero, a fines de mayo su salud se quebrantó de tal manera, que para evitar una nueva vacancia, en uso de las facultades *solitae* que le habían sido conferidas, y de acuerdo con la enumeración del canonista Donoso —entonces, en boga—, trasmite sus facultades al padre Fidel Maíz, para que, durante la vacancia de la sede, pueda hacer sus veces. Realizó el acto el 11 de mayo ante cuatro testigos, que firmaron el documento. Algunos días después, el 30, fallecía.[17]

Maíz, a pesar de sus antecedentes sangrientos y de su actuación política, tenía ya en orden su situación personal, y era, todavía, el hombre más capaz y erudito del clero paraguayo.

El Gobierno lo reconoce inmediatamente, y se lo comunica al Internuncio el 8 de julio.

* * *

El 10 de setiembre, el clero paraguayo, en asamblea, elige la terna para el sucesor: Maíz ocupa el primer lugar.

Con fecha 14 del mismo mes, alguien envía al Internuncio una dura acusación en contra de Maíz, en la que afirma que la terna elegida se logró con presiones y miedo. Las tres firmas que rubrican la nota: *Blas J. Duarte, José Alejandro Sosa* y *Rufino Jara,* están, evidentemente, falsificadas, y pertenecen al mismo amanuense.

En otra carta acusatoria del 6 de setiembre del 74, aparece la misma letra, y sólo firma *Rufino Jara.*

El encargado de negocios de la Santa Sede, monseñor Miguel Ferrini —Sanguigni ha sido trasladado de nuncio a Portugal—, comienza sus cabildeos. Sin cotejar la información con el encargado de negocios del Paraguay, don Higinio Duarte, pide apoyo al Brasil, y se comunica con la Secretaría de Estado.

El 17 de noviembre, la Secretaría de Estado le contesta que Moreno no podía delegar, que Maíz no está rehabilitado, y que debe conminárselo a abandonar el cargo. Finalmente, urge que se logre el nombramiento de algún capuchino o de "algún eclesiástico indígena que reúna las condiciones necesarias".[18]

En este documento se ve claramente la mano de monseñor

Domenico Sanguigni, que en ese momento estaba en Roma. Aparecen a primera vista informaciones en contradicción con documentos de la Internunciatura antes citados, y en perfecto acuerdo con la tesis acariciada siempre por Sanguigni, o sea del *administrador eclesiástico capuchino.*

Interviene entonces el embajador paraguayo en Río, don Jaime Sosa. Según él —de esto no hay pruebas—, Ferrini estaba entrando en razón, cuando falleció inesperadamente el 13 de febrero de 1835. De acuerdo con la versión de Luigi Bruschetti —sucesor, y encargado de negocios de la Santa Sede—, Ferrini, antes de morir, trasmitió las órdenes del Vaticano al Gobierno paraguayo y a Maíz, sin obtener respuesta.

Bruschetti aprovecha la presencia de Macháin, ministro de Relaciones Exteriores paraguayo en misión en Río, a fin de cantaletear en favor del nombramiento de vicario de fray Fidelis d'Avola o de fray Salvatore da Napoli. Mientras tanto, en Roma presionan en igual sentido al ministro paraguayo en Londres y en la Santa Sede, don Higinio Uriarte.

El Gobierno de la Asunción no pierde las formas; pero siempre dice que no. El administrador debe ser paraguayo.

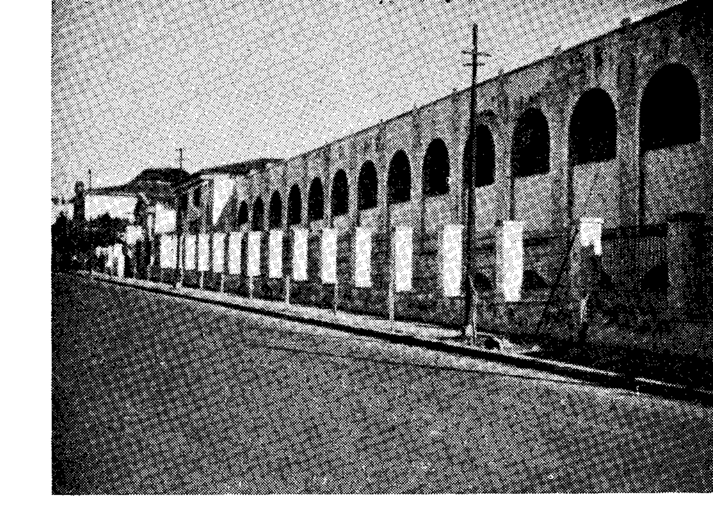
El cardenal Antonelli comunica entonces a Uriarte que, según los informes de que dispone —de la Nunciatura de Río—, no hay nadie en el Paraguay en condiciones de ser obispo. Uriarte le responde que no polemizará; pero si los cargos que se enumeran fuesen ciertos, su Gobierno no los hubiera dejado impunes. Las autoridades de su país creían que Moreno tenía facultades para delegar el cargo, e insiste en que se nombre a Maíz como vicario, y se le asegure la facultad de subdelegar en casos de urgencia. Pero nada consigue.

El ministro Macháin, antes de abandonar a Río de Janeiro, ofrece una transacción: Arrúa por Maíz, pero vicario paraguayo. Bruschetti desespera, porque sigue soñando con un capuchino, y en sus cartas arroja toneladas de desperdicios sobre el candidato Arrúa.

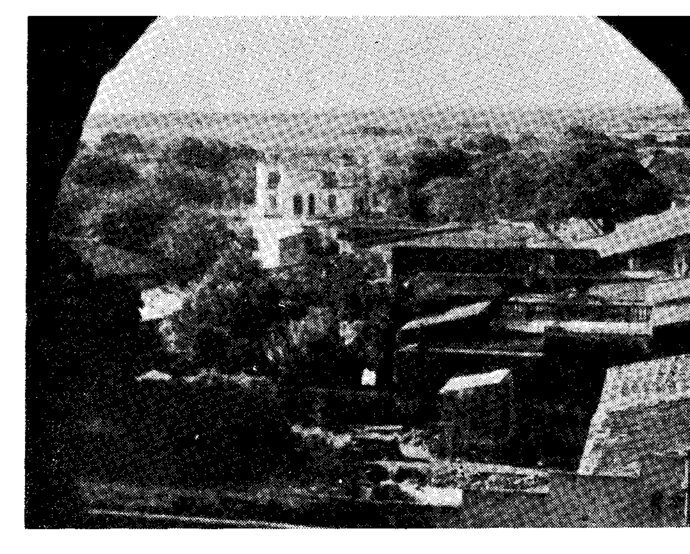
Macháin viaja a Buenos Aires. El 3 de febrero del 76 firma la paz por separado con la Argentina, y aprovecha la oportunidad para conversar al arzobispo de Buenos Aires, monseñor Federico Aneiros. Lo interesa vivamente en el arreglo del problema del obispado del Paraguay. Aneiros le promete su apoyo.

Para echar más leña al fuego, aparecen en Río ocho cartas de un sacerdote paraguayo suspendido por Maíz, Juan Isidoro Insaurralde, que trasmiten al Nuncio una cuota adicional de quejas y acusaciones.

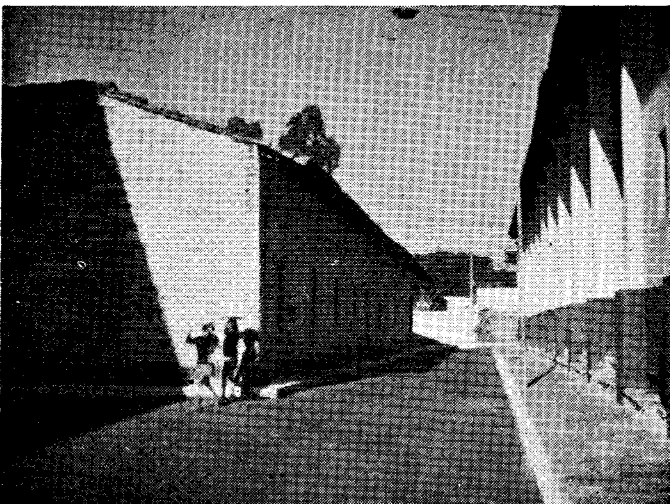
Vista actual del frente del Hospital Militar, que fue donado a Lasagna en 1895.



LA ASUNCIÓN DEL PARAGUAY



Terrenos del Hospital *cué,* vistos desde la terraza del Colegio de Monseñor Lasagna.



Restos del antiguo Seminario, contiguos a la catedral, cuyo pórtico asoma a la derecha.

En junio, el Gobierno paraguayo renueva sus esfuerzos para cubrir la vacante, y envía una nueva terna: Daniel Sosa, Facundo Gill y Claudio Arrúa.

Bruschetti piensa, con la cabeza de d'Avola —a quien el Provincial capuchino no quiso nombrar superior, a pesar de las presiones del Nuncio—, que ninguno es digno de ocupar tal cargo.

En ese momento desempeña la internunciatura monseñor César Ronchetti, que sigue gozando de la infaltable asesoría de fray Fidelis. A pesar de la insistencia de la Santa Sede para que vaya al Paraguay, y de las no menos persistentes invitaciones del Gobierno paraguayo, comunica a Roma en telegrama cifrado su renuencia al viaje, y solicita la intervención del Arzobispo de Buenos Aires. Pero con la solicitud envía a monseñor Aneiros instrucciones definitivas: deposición de Maíz, y las exigencias de siempre.

El Arzobispo de Buenos Aires, además de saber que no puede intervenir con éxito en el Paraguay, adivina la maniobra. Entonces, pone a disposición del Nuncio su propio secretario, padre Mariano Antonio Espinosa, para que, en nombre del Internuncio —y no del Arzobispo de Buenos Aires—, negocie las medidas correspondientes.

Cuatro meses dura la misión de Espinosa. Llega a la Asunción justo cuando asesinan al presidente Gill. No consigue ser reconocido por el Gobierno como en misión apostólica; no puede obtener la renuncia de Maíz, que afirma poseer informes fidedignos de que Ferrini "había entrado por el camino de la justicia antes de morir", y no logra convencer al Nuncio de los candidatos paraguayos que propone, porque fray Fidelis es árbitro inapelable en Río. Con todo, Espinosa insiste en el nombre del padre Gill.

Finalmente, recibe orden del Internuncio de publicar en los diarios la carta que Ferrini supuestamente enviara a Maíz, y que éste alega no haber recibido. Espinosa cumple, y se retira a fines de mayo.

* * *

En junio, el Internuncio comunica oficialmente al ministro de Relaciones Exteriores, Benjamín Acebal, que Maíz "es enteramente inhábil como administrador", que "sus actos son nulos", y que la autoridad de Maíz es "intrusa y anticanónica".[19]

Entonces, Maíz renuncia el 25 de julio, y publica una acerada autodefensa. El 24 de agosto asume la administración ecle-

siástica don Claudio Arrúa. Mientras tanto, el Gobierno paraguayo decide prescindir del Internuncio, y entenderse directamente con la Santa Sede.

El doctor José del Rosario Miranda es enviado a Roma como ministro plenipotenciario y embajador extraordinario. Lo acompaña privadamente el padre Fidel Maíz. Miranda tiene éxito: logra el nombramiento de administrador para el presbítero Dionisio Riveros, que se hizo cargo el 11 de diciembre, y fuerza el *envío directo* a la Asunción de un delegado extraordinario de la Santa Sede —que va a ser el arzobispo de Nacianzo, monseñor Angelo di Pietro—, para que negocie todos los arreglos necesarios.

* * *

El padre Maíz vuelve rehabilitado, y se reintegra a su parroquia nativa de Arroyos y Esteros.[20]

Monseñor di Pietro, nombrado a fines de 1877, preparó cuidadosamente su misión de delegado extraordinario para los asuntos del Paraguay.

Pasó por Buenos Aires acompañado del auditor monseñor Antonio Sabatucci, rumbo a la Asunción. Estuvo allá casi dos años, hasta diciembre del 79. Examinó los asuntos con el presidente Cándido Barreiro; reorganizó la diócesis; fundó el Seminario, que entregó a los Padres Lazaristas, ante la imposibilidad de que lo hicieran los Salesianos; negoció la presencia de estos últimos para la parroquia de Villa Rica, y finalmente dio obispo a la diócesis.

Previa reunión del clero con el ministro de Relaciones Exteriores, José Segundo Decoud —convocada por el padre Dionisio Riveros, administrador del obispado—, se convino en la presentación de una terna integrada por Arrúa, Riveros y Pedro Juan Aponte.[21]

Di Pietro consagró obispo a Aponte, el 19 de octubre de 1879.

* * *

Finalmente, con Aponte, el Paraguay disfrutó doce años de regularidad canónica. En 1886, el nuevo Seminario tenía veintiséis alumnos y cuatro profesores.

Pero al morir monseñor Aponte, el lunes 14 de setiembre de 1891, sobrevino otro largo interregno.

Días antes del fallecimiento, el 24 de agosto se hace cargo

nuevamente de la administración de la diócesis el padre Claudio Arrúa.[22]

El 18 de setiembre el Gobierno aprueba el nombramiento, y convoca al clero nacional.

El clero elige una nueva terna. La componen Claudio Arrúa, que, según la prensa, representa al viejo clero; Narciso Palacios, que pertenece a los egresados del Pío Latinoamericano de Roma, y Juan Sinforiano Bogarín, un fruto del Seminario asunceño.

Y comienzan de nuevo interminables negociaciones, a menudo interrumpidas por revoluciones y cambios de gobierno.

En mayo de 1892, el Gobierno acredita por ley ante la Santa Sede otro enviado especial, que debe obtener un nombramiento para el obispado vacante. Don César Gondra viaja a Roma; pero retorna en diciembre con las manos vacías, y produce un informe aprobado por Cámaras y Gobierno.[23]

* * *

Decíamos que di Pietro había propiciado y hasta exigido la presencia de los Salesianos en el Paraguay. En efecto, en abril de 1879 viajaba a la Asunción el padre salesiano Juan Allavena, que residía en el Colegio de San Nicolás de los Arroyos. El Nuncio había pedido a Roma que se le enviaran salesianos; y entre tanto, solicitó a Buenos Aires un sacerdote para las funciones de Semana Santa.

Allavena estuvo dos meses en la capital paraguaya. Pero di Pietro necesitaba, por lo menos, un párroco para Villa Rica, un vicario general, y personal para la atención del Seminario.

Por eso, el 28 de diciembre del 78 el cardenal Nina —protector de la Congregación Salesiana—pedía a don Bosco misioneros para el Paraguay, y así escribía:

> La deplorable condición en que se encontraba la Iglesia en el Paraguay con relación a las necesidades del pueblo, conmovió el paternal corazón del Padre Santo Pío IX, quien antes de descansar en el Señor, le puso oportunos remedios, enviando allá un delegado apostólico acompañado de celosos sacerdotes, para que proveyeran a la salud de aquellas almas, poco menos que abandonadas por la falta de sacerdotes. Por las noticias llegadas a la Santa Sede, se ve con verdadera satisfacción que el Señor se dignó bendecir los cuidados del llorado Pontífice, y fecundar la obra de aquellos obreros eclesiásticos, teniendo que lamentar solamente y con pesar que los enviados evangélicos son insuficientes,

mientras que la necesidad de ayuda va creciendo para poder conservar los frutos ya recogidos.

Deseando por esto el actual Pontífice, el cual está animado por el más ardiente celo; deseando —digo— no ahorrar medio alguno apto para este fin, me ha encomendado dirigirme a S. S. Ilma. para que se complazca en indicarme con cierta solicitud en cuál manera podría ir usted en ayuda de la diócesis del Paraguay y del Delegado Pontificio, ya sea enviando directamente desde aquí un cierto número de misioneros, o haciéndolos ir desde Buenos Aires, donde ya han dado pruebas de diligente celo y trabajo verdaderamente católicos.

Esperando, por lo tanto, saber de S. S. Ilma. si está dispuesto a secundar las intenciones de Su Santidad, quien se ha dignado aceptar esta invitación a sus paternales cuidados, me es grato saludarle con sentimientos de mi más distinguida estima.

De S. S. Ilma. Afmo., para servirlo.

Card. Nina.[24]

Don Bosco respondió el 1º de enero de 1879. En octubre pondría a disposición de la Santa Sede diez salesianos y diez Hijas de María Auxiliadora, para enviar al lejano Paraguay. Y al punto escribió al padre Bodratto, superior de Buenos Aires. Pedía que le informase con cuántos salesianos de la Argentina podría contar para la nación paraguaya. Los demás irían de Turín.

El padre Bodratto puso a disposición de don Bosco, con ingente sacrificio, tres sacerdotes, que nunca llegaron al Paraguay.

Allavena escribía entusiasmado de la Asunción. Predicaba, confesaba, combinaba proyectos con el Delegado Apostólico, y hasta comenzaba a practicar el guaraní. Pero en eso, recibe órdenes de bajar a Buenos Aires.[25]

El 13 de setiembre del 79, don Bosco escribía al cardenal Nina y le comunicaba sus dudas:

> Como es de conocimiento de Vuestra Eminencia, había ya determinado que dos sacerdotes nuestros salieran de Buenos Aires a principios de agosto, para ir por lo menos a regentar la parroquia de la Asunción. Pero poco antes de partir, les aconsejó alguna autoridad que difiriesen la partida, porque había comenzado una revolución en el Paraguay. No sé si el nuevo pedido del Delegado Apostólico será anterior o posterior a dicha fecha. Sea como fuere, yo escribo inmediatamente al Superior nuestro en América, para que partan enseguida dos sacerdotes, y comiencen a trabajar y preparar el lugar para los que irán de Turín.

> Para el 20 de este mes espero nuevas noticias, y probablemente desde el mismo Paraguay. Daré pronta comunicación a Vuestra Eminencia...

En Buenos Aires se siguieron barajando los nombres de Fagnano y de Costamagna. Pero, por el momento, resultaba imposible desprenderse de ninguno. Monseñor di Pietro urgía soluciones, y al fin, como necesitaba partir, debió confiarlas al propio sucesor.[26]

El 28 de enero del 80, el padre Bodratto escribía a don Bosco desde Buenos Aires:

> No ha sido posible combinar nada para el Paraguay. Monseñor di Pietro está algo disgustado, y tiene razón.
>
> Al padre Allavena lo necesitan en San Nicolás, y Costamagna tiene grandes ocupaciones, en las que no se los puede suplir. Y de Turín esperamos inútilmente...[27]

* * *

Doce años después, en 1892, los Salesianos entran de nuevo en contacto con el Paraguay.

El padre Ángel Savio había sido propuesto a la Curia de Buenos Aires para visitar la Misión del Chubut. Se hallaba ausente el canónigo Vivaldi, a causa de su viaje a Italia. Pero el Arzobispo finalmente denegó el permiso. Entonces, don Savio determinó ir al Paraguay, desde donde algunas colonias italianas habían pedido un sacerdote salesiano. Visitó la Asunción y las colonias. Luego, encendido en su fervor misionero, obtuvo las debidas licencias y embarcó río al norte.

El 25 de junio estaba en Bahía Negra (Puerto Pacheco, para los bolivianos). Allí paso más de una semana evangelizando indios *chamacocos.* Eran unos trescientos...

Cuando se enteró de que desde Villa Concepción hasta Corumbá —unas ciento veinte leguas— no había ningún sacerdote, planeó ingenuamente algo extraordinario: subir, siempre evangelizando, hasta Corumbá y Cuiabá. Luego, con el mismo método, llegarse a Pará, y finalmente, continuar hasta Europa.

Realmente, su celo evangélico era mucho más dilatado que sus conocimientos geográficos, y debió volverse sin pasar de Bahía Negra.

El 16 de julio escribía a Turín desde Concepción, donde se embarcó en el *Humaitá* rumbo a la Asunción y al río de la Plata.

El gobernador de la diócesis, don Claudio Arrúa, le dio una

carta dirigida al superior general de los Salesianos, don Miguel Rúa, y otra para *Propaganda Fide,* en las cuales pedía misioneros salesianos para ese territorio.

Don Savio volvió a Buenos Aires. Pensaba encontrarse con monseñor Cagliero, y con él ir a Italia. También le falló este cálculo, y tuvo que embarcarse solo.[28]

[1] Crónica de Lasagna.

[2] *La Democracia,* año XIV, Nº 3.844, del 16-V-1894, en la Bibl. Nac. Asunción (Sarmiento 122).

[3] *La Democracia,* año XIV, Nº 3.843, del 15-V-1894, en la Biblioteca citada.

[4] Bibl. Nac. Asunción: Publicación del Ministerio de Obras Públicas y Comunicaciones. Asunción, año 1966.
Oficina General de Estadísticas, *Anuario estadístico de la República del Paraguay,* año 1886 (ed. Fischer y Quell, Asunción, 1888).

[5] M. J. Sanguinetti, *La representación...,* cit., pág. 107 (Buenos Aires, 1954).

[6] Pbro. Silvio Gaona, *El clero en la guerra del 70,* ed. II (Ed. El Arte S. A., Asunción, 1961).

[7] Archivio Segreto Vaticano, Segreteria di Stato, anno 1869, rubr. 251, busta 376, pág. 78.

[8] Fidel Maíz, sobrino del obispo Maíz, fue, sin duda, con sus virtudes y sus errores, el sacerdote más capaz de la época. Ordenado el 24 de abril de 1853, fue cura interino de Arroyos y Esteros, y el 14 de marzo del 59, primer rector del Seminario Conciliar. Siendo diputado en 1862, se opuso a la exaltación al poder supremo del general Francisco Solano López. Al poco tiempo fue encarcelado, juzgado por dos tribunales, y destituido de todos sus cargos. Estuvo preso desde el 4 de diciembre de 1862 hasta el 8 de setiembre de 1866.

Por esos días, en plena guerra, conoció el Gobierno paraguayo la bula de creación de la arquidiócesis de Buenos Aires, con la Asunción de sufragánea. López, profundamente ofendido, buscó al hombre apto para escribir una refutación contundente. Alguien se acordó de Maíz, y engrillado y con centinela de vista fue llevado al campamento de Paso Pucú. Desde entonces, síquica y moralmente vencido, fue un juguete en manos de López.

Definitivamente libre después de Curupaytí, redactó una protesta contra la bula de erección del Arzobispado, confeccionada al gusto de López. Éste lo obligó a escribir hasta una retractación de su pasado político, y cuando la conspiración de San Fernando —si ha de creerse a las Memorias de Maíz *(Etapas de mi vida)*—, bajo el temor y la amenaza continua, lo hizo actuar como fiscal de sangre en el proceso del obispo Palacios, y obtuvo su fusilamiento. Al concluir la guerra, el dictamen cayó en manos de las tropas imperiales.

Asimilado al grado de coronel, siguió incondicionalmente al Mariscal hasta Cerro Corá. Allá fue tomado prisionero por los brasileños. Estuvo ocho meses en Río, hasta que volvió a la Asunción, y pidio absolución de sus *crímenes.* (Cf. S. Gaona, *El clero...,* cit., págs. 93 y siguientes.)

[9] Archivio Segreto Vaticano, loc. cit., pág. 138.

[10] M. J. Sanguinetti, *La representación...,* cit.

[11] Todos los datos aquí consignados referentes a las relaciones entre la Santa Sede, el Internuncio y el Paraguay, cuando no se diga otra cosa, están tomados del Archivio Segreto Vaticano, loc. cit.

[12] Exceptuados Maíz y Moreno, todos habían muerto al fin de la guerra. Evidentemente, la información que poseía la Santa Sede estaba obsoleta.

[13] Las listas de sacerdotes que comunica el Internuncio a Roma, y compuestas por fray Fidelis, difieren notablemente de las ordenadas por el erudito investigador presbítero Silvio Gaona. El Nuncio da 23 ejecutados, 19 desaparecidos y 67 vivos; Gaona menciona 24, 39 y 32, respectivamente. (La documentación da la razón a Gaona.)

[14] Datos del padre Daniel Sosa, en S. Gaona, *El clero...*, cit., pág. 103.

[15] Donoso enumera entre las facultades *solitae,* la de elegir interinamente sucesor.

[16] Fidel Maíz fue absuelto por el Gobierno el 20 de noviembre de 1873, y Moreno lo rehabilita el 23 de noviembre. (Cf. *La Nación Paraguaya,* N° 309, en la Biblioteca Nacional, Asunción.)

[17] El acta de Moreno dice: "Con las facultades que me fueron comunicadas..., teniendo ciencia y conciencia de lo que puedo y debo hacer..., invocando al Señor..., comunico todas aquellas facultades que el derecho permite en tales casos al Pbro. Fidel Maíz para que durante mi enfermedad pueda ocurrir a las necesidades de los fieles... Si Dios me llamare a otra vida..., suplirá la vacancia de esta Iglesia..., administrándola *ad interim* hasta que la Santa Sede disponga..., para evitar nueva acefalía..." (Archivo de la Curia de Asunción.)

[18] Durante todo este enojoso proceso, actúan los siguientes representantes papales: *Domenico Sanguigni,* arzobispo de Damieta, internuncio hasta fines de 1874; *Michele Ferrini,* encargado de negocios del 6-VI-1874 al 13-II-1875, día de su muerte; *Luigi Bruschetti,* encargado de negocios en 1875; *Cesare Rochetti,* arzobispo de Saluzzo, internuncio del 14-IX-1876 al 20-VI-1878; *Andrea Aiuti,* secretario adjunto del 20-VI al 10-X-1878; *Luigi Matera,* encargado de negocios del 10-X-1878 al 21-I-1879, y Angelo di Pietro, arzobispo de Nacianzo, 1880-1881. (Cf. M. J. Sanguinetti, *La representación...*, cit., pág. 116; M. de Alvarenga, *O episcopado...*, cit.)

[19] La carta de monseñor Ferrini al padre Maíz se halla contenida en la comunicación del padre Mariano Antonio Espinosa, cuyo texto es el siguiente:

"De orden del Excmo. Sr. Internuncio y Delegado Apostólico cerca de la República del Paraguay, Dr. D. César Ronchetti, digno arzobispo de Seleucia, se publica el siguiente importante documento que a su tiempo fue enviado al Pbro. Don Fidel Maíz por el finado monseñor Ferrini. / Asunción, mayo de 1877. / ANTONIO ESPINOSA.

"Al R. Presbítero D. Fidel Maíz. / Río de Janeiro, 16 de noviembre de 1874. / Muy señor mío: / Habiendo sido informado oficialmente Ntro. Ssmo. Pío IX del fallecimiento del Revmo. Pbro. D. Manuel Vicente Moreno, y que Ud. fue subdelegado por él para reemplazarlo, su paternal corazón se afligió en gran manera viendo que la infeliz diócesis de la Asunción está gobernada desde su muerte por una administración eclesiástica que, de cualquier modo que se considere, no es ni puede ser canónica. / No lo es, ni lo puede ser por parte del mencionado difunto, porque el derecho le niega el poder de subdelegar facultades que la Santa Sede le delegó por medio de esta Nunciatura Apostólica para atender a las necesidades espirituales de los fieles de esa diócesis. / No lo es ni lo puede ser por parte de Ud., porque existen acusaciones contra Ud. de las cuales ni se ha justificado, ni consta en ninguna parte que haya sido absuelto por la autoridad competente de las censuras en que

incurrió. / En vista de estas razones, tengo el sentimiento de notificarle en nombre de S. S. que Ud. es enteramente inhábil para gobernar esa diócesis: declarando nulos y de ningún valor todos sus actos de jurisdicción, conforme a los cánones. / Espero que a las órdenes de S. Santidad que con todo el dolor de mi corazón me veo obligado a comunicarle, se dignará tomar con la mayor premura y sin la menor demora las medidas necesarias para dejar enteramente el gobierno de esa diócesis, al que Dios, autor de todo derecho, no lo llamó, y en cuya presencia tenemos que presentarnos un día para dar cuenta de nuestras acciones. / Su humilde y pronta sumisión de Ud. a las órdenes del Vicario de Cristo calmará las amarguras de su paternal corazón, le puede alcanzar a Ud. una gracia especial del Cielo y tranquilizará la conciencia de los buenos católicos de ese religioso país, que ahora están justamente inquietos y alarmados. / En tanto que espero las demostraciones de su humilde sumisión, pido a Dios le comunique los auxilios de su santa gracia, y cuente con los auxilios personales que pueda ofrecerle para allanar su difícil posición. / Dios guarde a Ud. muchos años. / MONSEÑOR DOCTOR MIGUEL FERRINI, Enc. de Negocios de la Sta. Sede y Deleg. Apostólico.

"Concuerda con el original. / Río, 11 de julio de 1877. / DR. ANDREA AIUTI."

[20] S. Gaona, *El clero...*, cit., pág. 95; M. J. Sanguinetti, *La representación...*, cit., pág. 113.

[21] Archivo de la Curia de la Asunción.

[22] *Diario Oficial de la República del Paraguay*, año 1892, Nros. 574 y 575.

[23] *Registro Oficial*, 1892, págs. 57, 59, 91 y 163.

En la última página citada está el decreto del Gobierno del 30-XII-1892, en el que "apruébase la conducta del enviado extraordinario y ministro plenipotenciario paraguayo ante la Santa Sede, Dr. Don César Gondra" (art. 1º).

Busqué sin éxito el *informe* producido por Gondra, en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores; en la Cámara de Diputados, donde se debatió el asunto, y en el Archivo General de la Nación (Mariscal Estigarribia 93). En todas partes fui atendido admirablemente; pero no di con el documento.

[24] *Memorie biografiche*, vol. XIII, págs. 782-783.

[25] ACSS., carta del padre Bodratto a don Bosco, del 1-V-1879; Crónica del Colegio de San Nicolás, pág. 47; J. Vespignani, *Crónica...*, cit., pág. 26.

[26] ACSS., cartas del padre Bodratto.

[27] ACSS., carta del padre Bodratto a don Bosco, del 28-I-1880.

[28] *Boletín Salesiano*, enero de 1893, año VIII, Nº 1, págs. 9-10.

CAPÍTULO XVIII



La Asunción

Los naranjos aroman tus calles,
los lapachos te prestan color.
De tus hijos la gracia y donaire
son preciada corona de honor...

JUAN CASANELLO, S.D.B.:
Alma y sentimiento
(Asunción, 1965).

ONCE DÍAS DE NAVEGACIÓN. El 17 de mayo, a las seis de la mañana, los viajeros divisan las barrancas asunceñas, que los escoltan rumbo a la *madre de ciudades.* A las diez y media, queda a la izquierda Pilcomayo, y con las doce ingresan en la bahía. El clima los regalaba con veinte grados de temperatura y suaves vientos del sudeste. Los abordó la lancha de la Sanidad. Lasagna se despidió del capitán, y de los treinta compañeros de viaje.[1]

En el muelle aguardaban las autoridades eclesiásticas: el administrador diocesano, don Claudio Arrúa; el secretario, doctor Narciso Palacios, y el rector del Seminario, padre lazarista don Julio Montagne.

La Asunción ya lo había saludado con sus diarios. *La Democracia* publicaba las cartas uruguayas de Matías Alonso Criado, con un prólogo informativo sobre el Obispo y la Congregación Salesiana.[2]

Se hospedó en casa del ministro de Finanzas, don Antonio Codas, que había dejado su morada a total disposición del Obispo, con muebles, utensilios y servidumbre completa: un camarero, una cocinera y una ecónoma.

Monseñor no perdió un minuto. Esa misma tarde comenzó *el trabajo. Para él, todo era apostólico: protocolo, cortesías, ...urgia, sacramentos...*

Enseguida se corrió al Seminario. Veinticinco muchachos ...rosos lo esperaban.

... Angel Savio, legendario misionero de la Patagonia, del Pa...ay y del Caribe. La foto pertenece al archivo del Colegio ... de Villa Colón, y según consta en las anotaciones margina... fue tomada en octubre de 1887.

Luego, fue a la Curia. Y con los curiales, a la Presidencia de la República. Eran las cuatro de la tarde. El doctor Juan Gualberto González y su señora lo cumplimentaron con exquisita cortesía. Se habló de la Obra Salesiana y de la Iglesia paraguaya, y quedó hecha la introducción a las negociaciones.

Al atardecer visitó a las Hermanas Vicentinas. Cinco Hijas de la Caridad cuidaban de la educación de trescientas niñas.

* * *

Con ese ritmo se deslizaron los veinte días que demoró en la Asunción. Visitó a todos los ministros del Poder Ejecutivo: Otoniel Peña, del Interior; Venancio V. López, de Relaciones Exteriores; Antonio Codas, de Hacienda; Atanasio C. Rivera, de Educación, y Pedro Miranda, de Guerra.

Se entrevistó con el presidente del Tribunal Supremo, don César Gondra, y con los dos únicos diplomáticos destacados en el país: el ministro argentino, don José Manuel Estrada, y el ministro residente de la legación uruguaya, don Ricardo García.

En los diversos días recorre iglesias y hospitales: el de la Caridad, el Militar y el Asilo.

El Presidente, los ministros y diplomáticos se disputan el honor de ponerle sus coches a disposición, para recorrer las rojas y polvorientas calles de la Asunción.

El día comenzaba siempre con funciones litúrgicas. El 18 administró las órdenes menores a tres clérigos; el 19 ordenó tres subdiáconos; el 20, cuatro diáconos, y el 27, dos sacerdotes. Los demás días, con excepción del de Corpus, 24 de mayo, administró la confirmación horas y horas; generalmente, de ocho y media a once. Días hubo en que desfilaron ante él cerca de 1.200 confirmandos.

El 23 era tanta la afluencia de público en la catedral, que se debieron destacar soldados para mantener el orden.

A las hijas del Presidente las confirmó en palacio. La esposa del ministro Codas se confirmó entre el público.

El día 28, a las 20.30, bendijo el matrimonio del primer secretario de la legación argentina, don Baldomero A. Fonseca, con la señorita Beatriz Zubizarreta. Los apadrinaba don José Manuel Estrada. En todas las funciones impartía discreta, pero incansablemente, la catequesis respectiva, en forma de instrucción, discurso u homilía.

El ministro uruguayo, don Ricardo García, luchaba con la muerte en su lecho de enfermo. A principios de mayo había sido

operado por el doctor Botrell, de Villa Rica. El cáncer a la garganta avanzaba sin piedad.

García era un viejo francmasón. Pero estaba conmovido con la amistad de Lasagna. No sólo no sabía cómo agradecer las bondades del Obispo —una tarde lo besó afectuosamente en la mejilla—, sino que guardaba veneración por una imagen de la Virgen del Carmen que le había regalado su madre, en un pintoresco episodio infantil. Monseñor penaba, porque no hallaba el camino para que diera el salto desde su natural bondad hasta la práctica religiosa.

Ambos partieron juntos. El 6 de junio, García, entre honores militares, bajaba a la tumba,[3] y Lasagna se embarcaba hacia el norte. Confiaba mucho en la misericordia de Dios; pero igualmente se fue muy triste.

* * *

Las conversaciones con el Gobierno se encauzaron definitivamente el día 20. El Presidente de la nación lo convidó a almorzar con sus ministros. Entre viandas y brindis, se discutieron tres temas: la escuela de artes y oficios, las Misiones con los indígenas, y el obispado de la Asunción.

Los dos primeros eran cosa aparentemente fácil: sólo se trataba de elegir lugares y señalar fechas. El tercero era sumamente espinoso, agravado por los antecedentes. Pero la llaneza de Lasagna, su amabilidad, respeto y contagiosa simpatía, suavizaron asperezas. Se echaron las bases de todas las gestiones posteriores.

Volvieron a reunirse Presidente, Obispo y ministros al día siguiente. Luego de confrontar opiniones, estuvieron todos de acuerdo en que no sólo era necesario obtener la pronta nóminación de un obispo diocesano, sino también la de un coadjutor, que obviara los problemas sucesorios. Pero lo que acuciaba al Gobierno era la *impasse* del momento.

Lasagna sugirió que se comenzara por deshelar posiciones. Una carta del Presidente al Papa sería buen exordio, si en ella se rogaba al Padre Santo excusar algunos errores, como la supresión de fiestas religiosas, y se le ofrecía un homenaje de religiosa sumisión.

Tan convencidos quedaron Presidente y ministros, que pidieron al Obispo redactara él mismo la nota. Y éste lo hizo inmediatamente.[4]

No sabemos la influencia que esta amigable intervención

pueda haber tenido en la solución del problema del obispado. Porque treinta y siete días después, el 6 de julio, monseñor Aneiros, arzobispo de Buenos Aires, escribía al padre Juan Sinforiano Bogarín:

> Tengo el gusto de comunicarle que Su Santidad ha dispuesto elegirlo para obispo del Paraguay, y me ha encargado de hacer el proceso de costumbre. Al efecto conviene que Ud. venga con dos testigos para las declaraciones.
>
> Felicitándolo por su merecida promoción, lo saluda atentamente su afmo. S. S.
>
> LEÓN FEDERICO ANEIROS
> Arzobispo[5]

Y ya el jueves 19 de julio, *La Democracia* publicaba la noticia de la elección de Bogarín como trascendida de *fuente cierta.*

* * *

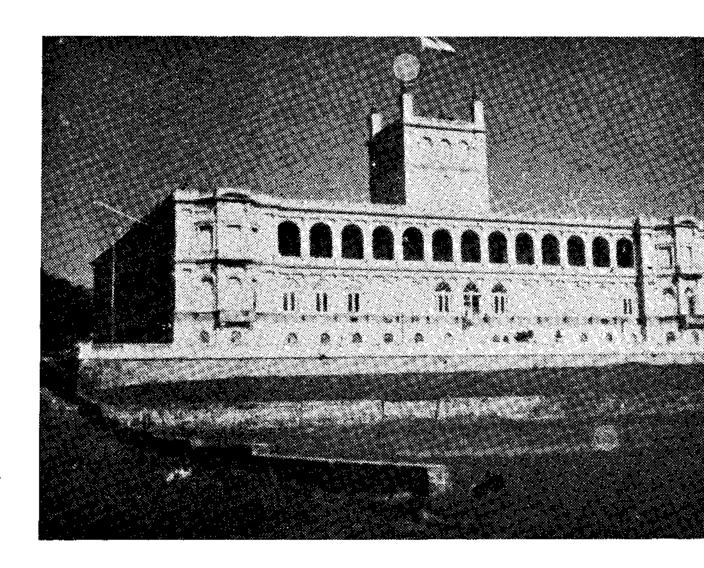
El 24 de mayo, mientras el Partido Liberal proclamaba la candidatura presidencial de don Benjamín Acebal y la vicepresidencial de don Juan B. Gaona —los otros precandidatos eran los generales Caballero y Egusquiza—, la Asunción celebraba con fervor ejemplar la fiesta del Corpus. Pontifical y procesión, con asistencia de pueblo y Gobierno. Salvas de artillería y honores militares. Oraciones públicas y homenajes del pueblo.

Lasagna acotaba: "Menos conocen al Señor, y más lo quieren".

* * *

Cuando se trató de la cristalización de la Obra Salesiana en el Paraguay, González sugirió institucionalizarla con una legislación especial. Lasagna insistió en que las obras de Dios nacen modestamente. Lo indispensable, por razones de seguridad, era la propiedad de un terreno y de un local, para lo que sugería la cesión simultánea del Hospital Cué viejo y del de la Caridad, ruinosos edificios que estaban contiguos. La donación de uno solo de ellos era inadecuada: un colegio arrimado a uno de los hospitales ofrecía a los niños penosos espectáculos. La dificultad de donar ambos radicaba en que todavía no estaba terminado el Hospital nuevo.

Solucionado el problema del lugar, bastaría que el Gobierno solventara el viaje de los Salesianos desde Europa.



Palacio presidencial de los López, visto desde el río.

LA ASUNCIÓN ANTIGUA

PLAN DE LA VILLE D'ASSOMPTION

1 *Cabildo*
2 *Casa de Gobierno*
3 *Cuartel*
4 *Palacio de Lopez*
5 *Aduana*
6 *Carcel*
7 *Estn. F. Carril*
8 *Mercado del Puerto*
9 *id. Central*
10 *Estº Tramway*
11 *Tinglado*
12 *Tribunal y Correo*
13 *Teatro*
14 *Capitanía*
15 *Resguardo y Inmigr.n*
16 *Colegio Nacional*
Tramway Morra
id. Conductor univer.l

Plano de la vieja ciudad de la Asunción. (No podemos precisar la fecha).

El Presidente sugirió la redacción de un memorándum, para preparar un mensaje y enviarlo al Congreso.

La opinión pública se manifestaba alborozada por medio de la prensa. El órgano oficialista *La Democracia* apoyaba la actitud generosa del Gobierno. *La Patria* —dirigida por Blas Garay, y que respondía al general Caballero— dedicaba a las tratativas sendos artículos, los días 28 y 29 de mayo:

> Creemos que el Gobierno obrará patrióticamente si facilita en todo cuanto de él dependa y sea justo, el advenimiento e instalación de la Obra Salesiana en nuestro país. A ello han de contribuir las dotes personales de nuestro ilustre huésped, quien, según el parecer unánime de cuantas personas han tenido el honor de tratarle, sabe conquistarse desde luego las más vivas simpatías por su vasta ilustración, por su exquisita afabilidad y por la austera dignidad que siempre demuestra, conforme a la alteza del ministerio de que se halla justamente investido.

El 29, *La Patria* insistía:

> Nos aseguran que el Poder Ejecutivo pedirá autorización al Congreso para conceder a la Orden Salesiana el solar del antiguo Hospital de la Caridad, para que en él se establezca una escuela de artes y oficios, cuya fundación entra en los planes del Obispo de Trípoli.
>
> Creemos que el Gobierno debe facilitar por todos los medios la misión del ilustre Prelado... Esperamos, pues, que las Cámaras acojan favorablemente este pedido y accedan a él lo más pronto posible.

* * *

El día 27, Monseñor acababa de ordenar a dos sacerdotes, cuando el ministro de Relaciones Exteriores, don Venancio V. López, con quien había mantenido largas conversaciones, lo agasaja en su casa con un almuerzo. Asisten el Presidente y la mayoría de los ministros.

Se reexaminaron allí todos los temas tan ampliamente, que el Obispo hubiera perdido el tren que debía llevarlo a Luque, si el Presidente no hubiera impartido órdenes al personal ferroviario para que lo esperaran.

Al volver de Luque el 28, Lasagna cruzó el río acompañado por Venancio V. López. Quisieron inspeccionar en el Chaco un terreno que parecía apto para establecer una escuela agrícola de indígenas.

El 30 visitó el Asilo; el 31, el Hospital de la Caridad, y el 1º —siempre con Venancio V. López, y esta vez con un ingeniero municipal— examinó el terreno de ambos hospitales. El de la Caridad estaba desalojado; pero el Militar seguía todavía en uso. Las negociaciones debían prolongarse, necesariamente, hasta la inauguración del Hospital nuevo.

Todavía el día 2 administró cuarenta confirmaciones.

El 3 de junio arribó a la Asunción el *Diamantino*. Traía a los salesianos que viajaban al Mato Grosso. La escala duró casi tres días. El 4, Lasagna fue llamado por el pobre García, al que animó cristianamente. Luego, se despidió de autoridades y amigos.

El día 6, a las siete y media, recibió al Presidente y a los ministros. Venían a despedirse, y excusarse de su ausencia en el muelle. A la misma hora debían acompañar oficialmente los despojos mortales del Ministro uruguayo. Con todo, no faltaron el Ministro de Justicia y Culto, los hijos del ministro Estrada y las autoridades eclesiásticas.

El *Diamantino* enfiló rumbo al trópico. El 7 llegaron a Villa Concepción. Allí contemplaron a los primeros indios chaqueños. Maniobraban en sus canoas junto al buque. Los viajeros tomaron algunas fotos, y prosiguieron hacia Peña Hermosa y río Appa.

* * *

Mientras tanto, la Asunción cambiaba inesperadamente de gobierno. El 9 de junio, a las once, los generales Bernardino Caballero, Juan B. Egusquiza y Patricio Escobar, sublevaban los cuarteles.

Egusquiza —que había sido ministro de Guerra hasta el 17 de abril de 1894 [6]— se dirigía al Honorable Congreso Nacional con un mensaje revolucionario. Trascribimos algunos de sus párrafos más importantes:

> El 25 de noviembre de 1842, al ratificar solemnemente la independencia nacional, se declaró con fuerza de ley que la República del Paraguay nunca jamás será el patrimonio de una persona o una familia. El que ejercía la primera magistratura de la Nación, Sr. Juan G. González, faltando a dicha ley y a la actual constitución..., ha premeditado imponer... la candidatura de su concuñado José S. Decoud a la presidencia de la República... Noticiosas las tropas, lo desconocieron... [7]

González resistió; pero al fin, el día 11 se embarcó para Corrientes y Buenos Aires en el *Mercedes.* El Congreso entregó el mando al vicepresidente, don Marcos Morínigo, y éste preparó las elecciones presidenciales, que se efectuarían el 25 de setiembre.

Triunfó Egusquiza, y se decidió que asumiera el mando el 25 de noviembre.

* * *

Por razones de unidad de materia, vamos a adelantar el calendario de Lasagna. El 12 de julio, ya partía de regreso de Cuiabá. En una gabarra se deslizaron hasta Barranca Alta, para trasbordar al *Coxipó.* El 16 penetraron en el río Paraguay. Al llegar a Corumbá, subieron al *Ladario,* y navegaron raudamente hasta Villa Concepción. Allí se detuvo los días 20, 21 y 22. Se hospedó en casa de doña Candelaria Cabañas, y tuvo de guía al uruguayo don Rafael Fernández. Confirmó en los tres días unas seiscientas personas. Se entrevistó con el Senador local y el Jefe político. Conversó acerca de la fundación de un colegio. Atendió a inmigrantes italianos, y estableció contacto con los indios.

El 22 se embarcó en *El Pingo,* tras una despedida apoteótica. El 23 ya estaba en la Asunción. Se hospedó en la Curia.

El panorama había cambiado totalmente. González y López estaban exiliados y acusados de *piquitos,* que en la jerga local significaba irregularidades administrativas.

El día 24 visitó a la señora de González, esposa del Presidente depuesto.

Ese mismo día aparecía en los diarios un aviso de remate: "Luis Quer, por orden de Rosa Peña de González..." Se trataba de los muebles del ex Presidente.

Por la tarde visitó al Vicepresidente y a los nuevos ministros. Lo atendieron con mucha amabilidad, y prosiguieron examinando las dificultades para ocupar el Hospital.

El 25 ordenó a dos sacerdotes: don Tomás Aveiro y don Manuel Trinidad.

Ese mismo día recibió un telegrama del hombre fuerte, don Juan Egusquiza. Pedía una entrevista para el día siguiente.

Egusquiza se mostró tan interesado en la Obra Salesiana como el Gobierno, y tan prendado de Lasagna como sus anteriores amigos.

Éste encargó al párroco de la catedral y próximo obispo, don José Sinforiano Bogarín, de continuar las gestiones, y el 29 partió para Buenos Aires.[8]

[1] Biblioteca Nacional de la Asunción (Sarmiento 122 esq. Av. Perú): *La Democracia*, año XIV, Nros. 3.843 a 3.863; *La Patria*, Nros. 32 a 52.

[2] *La Democracia*, del 17-V-1894. En un editorial sobre los Salesianos, copia la siguiente carta de don Matías Alonso Criado:

"Montevideo, mayo 8 de 1896. / *A S. S. el Dr. D. Venancio V. López, Ministro de Relaciones Exteriores de la República del Paraguay.* / Asunción. / Señor Ministro: / Aunque el principal deber reglamentario de mi cargo es, sin duda, el que atañe al fomento de los intereses del comercio y de la navegación, no he creído ajena a mis funciones ninguna iniciativa que, de cualquier modo, pueda redundar en beneficio del Paraguay. / Siempre llamó mi atención y fue objeto constante de mis estudios e investigaciones la desgraciada condición de los indios del Chaco, y el abandono de una parte de la juventud en la Asunción y pueblos de la República, donde vegeta aquélla en los vicios y en la más completa ignorancia. Sin embargo de esto, convencido estoy por mis viajes al Chaco y a las principales poblaciones del Paraguay, que existen condiciones de mansedumbre en los indígenas y aptitudes de natural despejo en nuestra juventud abandonada, capaces de regenerarles y hacerles útiles en la escuela del trabajo. Es obra de humanidad incorporar esos elementos a la civilización, asegurando así el bienestar y progreso del Paraguay. / No siendo eficaz otra propaganda que la religiosa para iniciar a esos habitantes en la civilización, y conociendo las ventajas prácticas del cristianismo para llenar aquellos fines, al ver que carece hoy el Paraguay de toda cooperación en el Río de la Plata para mejorar sus condiciones morales y materiales; me dirigí oficiosamente a fines de 1892 a la Secretaría de S. S. León XIII y obtuve la siguiente contestación:

"*Señor D. Matías Alonso Criado, Cónsul General del Paraguay. / Montevideo. / Ilustrísimo Señor: / Al acusar recibo del apreciable pliego de V. S. de fecha 6 de noviembre próximo pasado, me apresuro a participarle que inmediatamente hice una relación al S. Padre de cuanto en él me comunicaba. / Tengo ahora que manifestarle que S. Santidad, dolorosamente impresionado por la descripción del deplorable estado en que se encuentran los indios del Chaco Paraguayo, me ha ordenado interesar al Rdo. P. Rector General de los Salesianos, para ver si es posible fundar una Misión en el Chaco dirigida por aquellos Religiosos, y una Escuela de Artes y Oficios en la Asunción. / He tratado de ejecutar con solicitud la orden recibida, y espero que los deseos manifestados por V. S. puedan ser realizados, y con sentimientos de distinguida consideración me declaro de V. S. afmo. servidor.* / M. Card. Rampolla. / *Roma, 15 de diciembre de 1892.*

"La Orden Salesiana fue fundada en Italia en 1841 para consolar a los que sufren y para instruir y moralizar las clases pobres de la sociedad. Tuvo inmediatamente gran aceptación y notable incremento en las principales naciones de Europa, y hoy tiene varias reducciones agrícolas de indios y escuelas de artes y oficios, y colegios de enseñanza elemental y secundaria en México, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Argentina, Brasil y Uruguay. / El Paraguay no podía ser una excepción en América, y sus clases desvalidas van a recibir pronto los beneficios de la progresista Institución Salesiana. / Hoy salen de Montevideo para la Asunción, en el vapor *Las Mercedes*, el Ilmo. Señor Dr. D. Luis Lasagna, obispo de Trípoli, y su secretario, D. Juan Balsola, a fin de estudiar prácticamente la creación de una *Escuela de Artes y Oficios* para niños y niñas pobres en la Asunción, semejantes a las que funcionan en Almagro (Buenos Aires) y en la Estanzuela (Montevideo), y una Reducción Agrícola para los indios del Chaco, como las establecidas en las islas Dawson, Tierra del Fuego, Patagonia (Chile y Argentina), y Amazonas, Ceará y Minas Geraes (Brasil). / El Señor Obispo de Trípoli es el Inspector General de la Orden Salesiana en el Brasil, Uruguay, Paraguay, Misiones, Corrientes y Entre Ríos, y a sus grandes y relevantes dotes de inteligencia, virtud y actividad personal se deben las principales fundaciones salesianas que tanto bien han hecho a Sud-América. Desde la Asunción, el doctor Lasagna seguirá viaje para Cuyabá (Mato Grosso), donde el Go-

bierno y Diocesano respectivos han dado las mayores franquicias y apoyo moral y material para la instalación de los Salesianos en aquel lejano Estado del Brasil, tan ligado al Paraguay por su posición geográfica. / El ilustrado Gobierno de la Asunción, justo apreciador de las necesidades del país, debe dispensar a los Salesianos todo el apoyo que merecen su abnegada misión civilizadora y los beneficios que prometen y reportarán sin duda al Paraguay, al que se le abre hoy una aurora de regeneración moral y social. / Tengo especial honor y satisfacción en presentar y recomendar eficazmente a V. E. el Ilmo. Obispo de Trípoli, esperando obtenga toda clase de facilidades por parte de mi Gobierno para realizar su misión evangélica en el Paraguay. / Con este motivo reitera al Señor Ministro el testimonio de su mayor consideración y aprecio S. S. / MATÍAS ALONSO CRIADO."

[3] *Diario Oficial,* Nros. 1.393 y 1.422.

[4] El padre Montero y Brown cita repetidas veces el borrador de esta carta, existente en el archivo del Colegio Pío de Villa Colón. Yo, lamentablemente, no pude dar con el documento mencionado.

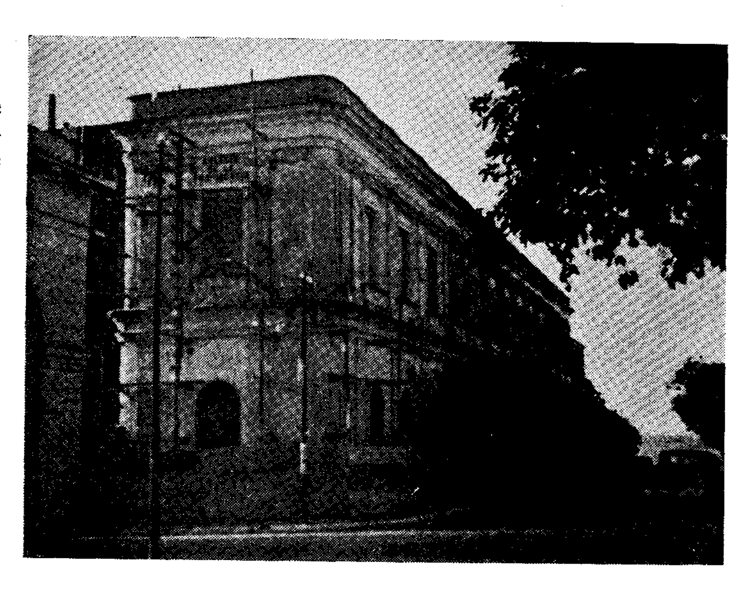
[5] Archivo de la Curia del Arzobispado de la Asunción (Coronel Bogado e Independencia).

[6] *Diario Oficial,* N° 1.354.

[7] *Diario Oficial,* N° 1.398.
Al quedar el vicepresidente Morínigo a cargo de la presidencia de la república paraguaya, nombró los siguientes ministros: Interior, Ángel M. Martínez; Relaciones Exteriores, Gregorio Benítez; Hacienda, Agustín Cañete; Culto, Justicia e Instrucción Pública, Manuel A. Maciel, y Guerra y Marina, teniente coronel Antonio Cáceres.

[8] *Diario Oficial,* N° 1.502.
El 25 de setiembre de 1894, los ciudadanos eligieron para el séptimo período constitucional a Juan B. Egusquiza, presidente, y a Facundo D. Insfrán, vicepresidente.

LA ASUNCIÓN: Colegio de la Providencia de las Hermanas Vicentinas, actualmente en demolición.



TESTIMONIOS PARAGUAYOS

S. acculi

Eminenza Rma

annesso col N. 53089

N° 2083.

Oggetto.

Rassegna una lista di Sacerdoti Paraguai fucilati, dei morti d'infermità, e di quelli che tuttora esistono.

251

L'assalto vigoroso dato dagli Alleati alla fortezza di Ascurra, e la pronta successiva occupazione fecero giungere in Rio de Janeiro come prigioniero il Sacerdote Paraguayo Alessandro Sosa, che si diceva conoscere lo stato desolante di quella Repubblica. Questi venne a vedermi, ed io cercai trarne partito per meglio chiarirmi, s'era possibile, sulla sorte del compianto Vescovo Monsignor Palacios, e della condizione in che si ritrovava il Clero.

Disgraziatamente sono tutti fino ad ora concordi intorno alla barbara fucilazione di quel Prelato, ed alla completa disorganizzazione delle cose ecclesiastiche nel Paraguay. Inu-

A Sua Eminenza Rma
Il Sig.r Cardinale Antonelli,
Segretario di Stato
Roma

CIUDAD DEL VATICANO: Fotocopia de uno de los informes que el nuncio de Río de Janeiro, monseñor Sanguigni, enviaba al secretario de Estado, cardenal Antonelli.

CAPÍTULO XIX



Cuiabá

Sob os flabelos reais de mil palmeiras,
    tão verdes, sobranceiras
e lindas como alhures não as há;
sôbre alcatifas da mais verde selva,
    em meio a verde selva,
eis a *cidade verde,* Cuiabá!

Guardam-na, frente a frente, quais gigantes
    eternamente amantes,
os seus dois morros, e tão verdes são,
que até refletem pálidos verdores
    nos lares sismadores,
que enchem do vale a plácida mansão.

Muita vez, na amplidão do céu ridente,
    que tão maciamente
sobre ela curva o cérulo matiz,
passa a nuvem dos verdes perequitos,
    gárrulos e infinitos,
qual chusma de esperanças infantís.

Passa!... e na calma do horizonte verde,
    que além no azul se perde,
ela adormece ao ósculo fugaz
do verde rio Lânguido, que a esfrola,
    cantando a barcarola
infinita dos beijos e da paz.

D. Francisco Aquino Corrêa,
A cidade verde.

El 8 de junio, a las 11.30, el *Diamantino,* apuntado hacia Corumbá, cruzó la línea del río Appa. A la izquierda seguían desfilando poblaciones paraguayas: Puerto Sastre, Fuerte Olimpo y 14 de Mayo. A la derecha asomaban las costas brasileñas. A las 17.30 se detuvieron un instante en Puerto Murtinho, embarcadero de una estancia con cincuenta personas. A las 18.30 superaron el fuerte de Bahía Negra, una docena de casitas rodeadas de indios: *la Siberia del Paraguay,* según se mentaba. Luego, el río deriva hacia el nordeste, y serpenteando entre bañados y pantanos, penetra definitivamente en territorio brasileño.

← Foto de monseñor Luis Lasagna, existente en el archivo central de la Sociedad Salesiana de Turín, obtenida entre 1893 y 1895. (Atención del padre Luigi Dotta.)

El día 10, por la mañana, contemplaron sorprendidos lo que llamaron las cordilleras de Corumbá.[1]

Corumbá, puerta del Mato Grosso, había sido uno de los puntos críticos durante la guerra con el Paraguay. No había entonces otra comunicación con el Brasil y con el mundo, que el río Paraguay. Por eso tenía aduana, y una guarnición de 3.000 soldados.

Los 5.000 habitantes se movían en una isla montañosa, a 116 metros de altura. Al este, después de Ladario, el río la separaba del Pantanal. Los barcos que llegaban del sur, se detenían en su puerto, cuya escasa profundidad impedía el avance hacia el norte de embarcaciones mayores.

La atención espiritual estaba en manos de un solo sacerdote, ya anciano: don Constantino Tarzio, que tenía la sacristía ornada con sendos retratos de Mazzini, de Garibaldi y de Víctor Manuel.

Esa misma tarde vino el padre Tarzio a agasajar a los viajeros, en compañía del Cónsul de Bolivia.

A las siete de la mañana del día siguiente, le rendían honores en el puerto el jefe del regimiento, coronel Horacio, escoltado por banda militar, y el cónsul italiano, don Maximiliano Cárcano.

Monseñor se dirigió, luego, a la parroquia, donde celebró misa el secretario, don José Balzola. Después del oficio, devolvió atenciones a las autoridades, al Coronel y al Cónsul de Italia.

A las 5.30 de la tarde, ya trasbordaba al *Coxipó*. Y de nuevo se repitieron las ceremonias, con honores y banda militar.

El *Coxipó* tenía apenas seis o siete camarotes, reservados para damas. Los rodeaba una pequeña cubierta. Un pasillo interno hacía de comedor, sala de estar y dormitorio. Los pasajeros dormían en los bancos y en el piso, arrebujados en mantas. A Monseñor le ofrecieron el camarote del Capitán.

Viajaban unas ochenta personas; entre ellas, cuarenta soldados con sus mujeres y niños.

Navegaron todo un día sobre el Paraguay, y el 13, a las 2.30 de la madrugada, penetraron en el río San Lorenzo.

A medida que avanzaban rumbo al Cuiabá —que entonces, al revés de hoy, era afluente del San Lorenzo—, una selva verde y florida iba cerrando río y cielo con palmas, cedros, quebrachos y jacarandaes. Las orillas se poblaban de yacarés, y de pájaros el horizonte. De cuando en cuando aparecía alguna habitación humana.

Cada veinticuatro horas, el barquito se detenía un rato, para abastecerse de leña y comestibles.

Cinco días consumieron serpenteando en los infinitos meandros del Cuiabá.

Cuando se abastecieron el día 15, hallaron en la costa un mensajero del Gobernador del Mato Grosso, que venía a informarse de la presencia del Obispo. El padre Balzola anotó que mientras el emisario debía recorrer veinticinco leguas por tierra, en el río había que cubrir sesenta.

El río se estrechaba cada vez más, y al mismo tiempo disminuía la profundidad de su cauce. Los bagajes debieron ser trasbordados a una *chata* remolcada por el *Coxipó*.

Ese mismo día, el río, el cielo y la selva enmarcaron una escena emocionante. Los humildes compañeros de viaje habían recolectado 269 milréis, para obsequiar al Obispo. Querían contribuir a su misión.

El día 17, el *Coxipó* dijo basta. No podía avanzar. Todos debieron pasar a la *chata*, una barcaza con bodega y cubierta.

Diez hombres musculosos, guarnecidos con taparrabos —imagen tropical del batelero—, hundían rítmicamente unos palos hasta el fondo cenagoso, y empujaban la chata río arriba. Para no perder el ritmo, redoblaban con los pies descalzos una música sorda, un extraño ritmo acompasado, que no descansaba ni de noche, ni de día.

Cuando comenzaba a despuntar la aurora, amarraban la chalana en algún tronco de la orilla, y todos, incluso el Obispo, descansaban algunas horas recostados en el piso.

Debían arribar al día siguiente, 18 de junio. El río, cada vez más angosto, dificultaba la maniobra.

El calor húmedo y los voraces mosquitos volvían más fastidiosa la espera. Monseñor se sentía muy mal. El reumatismo le hinchaba las rodillas, y debía permanecer sentado en el suelo.

Los pasajeros mataban el tiempo contando historias espeluznantes. El padre Balzola anota en sus Memorias el drama de la estancia del Terraplén, o *fazenda do Aterrado*.

Figueiredo, un duro cazador, había levantado una estancia sobre un pequeño acantilado, al borde del río y de la selva. Al indio que se acercaba a sus dominios, lo abatía sin piedad.

Una tarde salió de caza con sus peones. Al volver, se encontró con la venganza de los *coroados*. Las cabezas de la mujer y de los hijos estaban empicadas en la puerta del campamento, y en la casa, su sangre recogida en platos y cazuelas.

Figueiredo enloqueció.

En la costa afloraba un mudo testigo: una tosca cruz de madera. La mano del Obispo la bendijo, y sus labios rezaron por todos.

* * *

Cuiabá, centro geodésico de América, los esperaba junto al morro de San Jerónimo, sentada como una reina sobre la púrpura de sus tierras bermejas, y a la sombra de palmeras imperiales, cocoteros y *mangueiras.*

La centinela del oeste cumplía su guardia a 165 metros de altura, en la tibieza de un clima tropical húmedo que no excedía los 31° de máxima y los 20° de mínima. A sus pies, el río se alargaba hacia el norte, entre los morros de Boa Morte y de Prainha.

La había fundado un bandeirante, Pascual Moreira Cabral, en 1719, a treinta kilómetros del actual asiento, y a la vera del Coxipó Mirim. Se llamó *Forquilha.*

El 1º de febrero de 1727, el pueblo *garimpeiro* fue bautizado por el Capitán General de San Pablo, *Villa Real del Señor Buen Jesús de Cuiabá.*

Se convirtió en prelatura en 1745, y en obispado, el 15 de julio de 1826, ocho años después de adquirir la categoría de ciudad.

Por decreto imperial Nº 1.149, el 13 de abril de 1853 fue erigido el Seminario, que gozó de una época de oro hasta 1866.

Dos acontecimientos infaustos señalaron la ruina de Cuiabá: la guerra del Paraguay (1864-1868) y la viruela (1869-1870). En estas emergencias murió más de la mitad de la población.

El 11 de octubre de 1876 fallecía el primer obispo de Cuiabá, don José Antonio dos Reis, después de gobernar la diócesis durante cuarenta y cinco años y dos días.

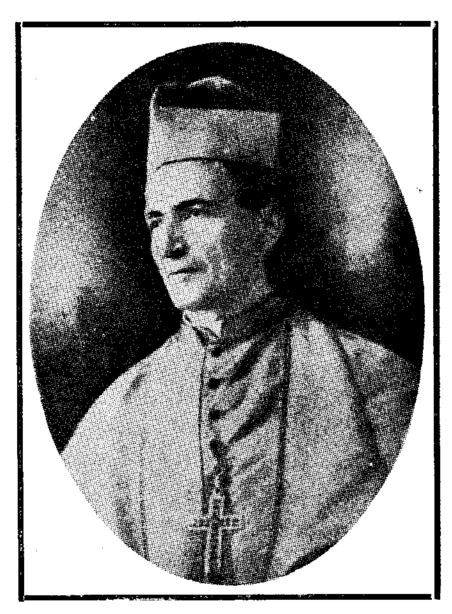
El 21 de setiembre del 77 fue nombrado sucesor don Carlos Luiz d'Amour, oriundo de Marañón y Recife. Tomó posesión el 2 de marzo del 79.

En 1881, d'Amour estuvo en Roma y en Turín. Comenzó entonces su continuada ofensiva para lograr la instalación de los Salesianos en Cuiabá: tres años de lucha, que ahora se veían coronados por el éxito.

Tenía entonces Cuiabá unos 16.000 habitantes, atendidos espiritualmente por tres sacerdotes que trabajaban en la capital, y ocho en el interior.



Don Carlos Luis d'Amour, obispo de Cuiabá (1878-1912).



Monseñor Antonio Malán (1862-1931), primer director de Cuiabá (1894 y 95) y primer superior de la Inspectoría del Mato Grosso (1896-19). Fue luego obispo misionero (1914-24), y finalmente, diocesano de Petronila (1924-32).

PIONEROS DE CUIABÁ

El padre Agostinho Colli, legendaria figura de los primeros tiempos salesianos de Cuiabá.

ATLETA

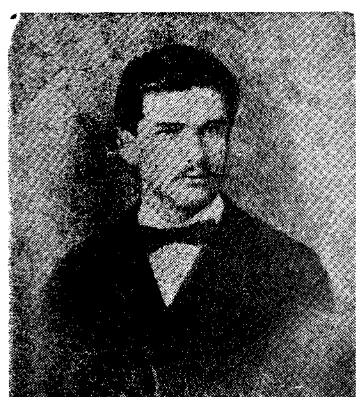
Pe. Agostinho Colli

18 DE JUNHO, DIA HISTÓRICO

Os salesianos chegaram a Mato Grosso numa hora providencial. O
secular reduzido a pouquíssimos sacerdotes, que já não ate
reclamos da população. Pouco antes haviam-se retirado de C
beneméritos Padres de S. Vicente e as admiráveis Irmãs de Ca
durante anos, prestaram relevantes serviços à Diocese. Foi entã
Dr. Manuel Murtinho, presidente do Estado, conjugando esforços
ispo D. Carlos, conseguiu de D. Lasagna a vinda dos Missionár
Bosco para Mato Grosso. A 18 de Junho — marcar bem esta ete
de 1894, aportava à Capital matogrossense a primeira turma
os, saída do Prata, sob os auspícios da Virgem Auxiliadora e
anterior, e que deveria constituir a vanguarda, os pioneiros d
me. Fixemos-lhes bem os nomes, que estão a pedir um lug
o merecem, na História de nossa Civilização — Antônio Malan
ells, José Solari, sacerdotes, Agostinho Colli, clérigo e João
irmão leigo, dos quais dois — os Pes. Artur e Agostinho — vivo
pessar galhardamente, o jubileu de ouro da epopéia missi

* * *

(J. de Me



El padre José Castells, cuando entró de aspirante en Villa Colón (mayo de 1877).

En los quince años que llevaba el Obispo en la diócesis, sólo había ordenado un sacerdote.

* * *

A dos kilómetros de la ciudad está el puerto de Cuiabá. Un atracadero sin muelle, apostado en una estrecha ensenadita. Junto a él velaba el Arsenal, y brotaban algunas casitas. Marcaba la mitad del camino entre el puerto y Cuiabá la iglesia de San Gonzalo, con otro enjambre de casuchas.

La ciudad era pobre y pequeña. Tenía tres cuarteles, un arsenal, un teatro destartalado y varios negocios.

Las casas eran todas bajas. Los Padres Lazaristas se habían retirado del Seminario, algo por las dificultades del ambiente, y algo por los nervios de monseñor d'Amour.

Las Hermanas de la Caridad, desde hacía tres años, atendían el Asilo de Santa Rita. Pero no hacían más que esperar la venida de las Hijas de María Auxiliadora, para emigrar hacia Río.

El Obispo había anunciado solemnemente la venida de los Salesianos. Tras el anuncio, un buen día las campanas de San Gonzalo se echaron a rebato. Acudieron los vecinos, y se les comunicó la buena nueva: los Salesianos estaban cerca..., había que poner todo a punto. Y comenzaron el baldeo y la limpieza.

* * *

El 29 de enero de ese año 1894, monseñor d'Amour enviaba a sus párrocos una pastoral para ser leída en la misa mayor:

> Llenos del más grande júbilo os comunicamos, amados hijos, una muy grata e importante noticia: Monseñor Luis Lasagna, obispo titular de Trípoli y dignísimo Superior de las Misiones Salesianas del Brasil, el Uruguay y el Paraguay, nos dice lo siguiente en una carta que desde San Pablo escribe con fecha 2 de diciembre próximo pasado: "Mañana, 3 del corriente, se embarca en Génova monseñor Cagliero, con el personal que deberá acompañarme al Mato Grosso. Si dificultades imprevistas no me lo impiden, partiré para Monteviedo hacia mediados de enero, y en abril me dirigiré a Cuiabá".
>
> Con ansiosos sentimientos esperamos la llegada de estos Misioneros, que no se limitarán a catequizar a los salvajes..., sino que también... fundarán una colonia agrícola y abrirán

en nuestra capital una casa de educación de artes y oficios, para la formación de los jóvenes menos favorecidos de la fortuna...[2]

* * *

El 18 tronó el cañón del Arsenal. Era la acostumbrada señal de la llegada del barco. Lasagna terminaba el crucero de más de 3.000 kilómetros.

El tranvía tirado por burros que efectuaba el recorrido de la ciudad al puerto, ese día cargó con lo más distinguido del lugar: el presidente del Estado, don Manuel José Murtinho; el general Costa, José María Metello y el obispo don Carlos Luiz d'Amour.

Todo el pueblo se arrimaba al río, mientras la banda del regimiento 8 de infantería amenizaba la espera.

A las 11.30, la barcaza comenzó a abordar. Los últimos tramos fueron muy dificultosos. Algunos prácticos se arrojaron al río, y ayudaron a atracar.

Se echó la planchada, y comenzó el descenso.

Lasagna se estrechó en un apretado abrazo con d'Amour. Luego, saludó a Murtinho y demás autoridades. Finalmente, precedidos por la banda, recorrieron a pie la distancia que los separaba de San Gonzalo, en medio de inusitado estallido de cohetes y fuegos artificiales.

Muchos años después, el padre Luiz María Zeferino —entonces, un niño y testigo de la escena— anotaba que lo impresionó sobremanera la simpática apostura del Obispo, y la oreja cortada de uno de los clérigos, Agostinho Colli.

En la puerta de San Gonzalo los esperaban el capellán, canónigo José Joaquín dos Santos Ferreira, y los padres Enrique Lacoste y Gustavo Leite de Souza.

D'Amour ocupó el trono. Lasagna, un faldistorio.

Se cantó el tedéum. Lasagna dirigió la palabra al pueblo. Dos Santos Ferreira dio lectura al siguiente decreto firmado por el Obispo local ese mismo día:

Dom Carlos Luiz d'Amour, por mercê de Deus e da Santa Sé Apostólica, Bispo da Diócese de Cuiabá, Conde Romano, Assistente ao Solio Pontifício, Prelado Doméstico de Sua Santidade, Comendador da Ordem de N. S. Jesus Christo, etc.

Fazemos saber que, tendo felizmente chegado a esta capital os ínclytos Filhos de D. Bosco, o Exmo. e Rvmo. Sr. Dr. Dom Luiz Lazagna, Digníssimo Bispo titular de Trípoli e Superior das Missões Salesianas do Brazil, Uruguay e Pa-

raguay, os Reverendos Missionários, que a pedido do Exmo. Sr. Dr. Presidente do Estado e a instancias nossas, veem encarregar-se da catechese e civilização de nossos indios, e ao mesmo tempo coadjuvar-nos em tudo o que respeita à salvação das almas confiadas a nossa solicitude pastoral, e convindo que esta Santa Missão tenha a sua séde principal na cidade Episcopal: Havemos por bem destinar, como pela presente nossa Portaria destinamos, para esse fim, a Igreja Matriz da Freguezia de S. Gonçalo de Pedro Segundo, desta cidade, e a casa contigua pertencente à mesma Igreja, com tôdas as suas dependências; ficando os referidos Missionários, desde já e emquanto não mandarmos o contrário, de posse da mencionada Igreja e casa, e assim também um d'entre êles, que designamos por nomeação especial encarregado da administração da supradita Freguezia como seu próprio Párocho. E para que chegue ao conhecimiento de todos e a todo tempo conste, será esta depois de registrada em nossa Cámara, publicada na estação da Missa e igualmente registrada no livro da Paróchia.

Dada em nossa Residência Episcopal de Cuiabá, aos 18 de Junho de 1894.

† CARLOS
Bispo de Cuiabá [3]

Pasaron luego a visitar la modesta casa parroquial, de sólo cuatro habitaciones. A las quince, las autoridades recibieron los saludos del pueblo. Finalmente se sirvió un *jantar*, ofrecido por el Obispo, y atendido por las señoras del lugar. Hubo brindis de d'Amour, del presidente Murtinho y de Lasagna.

* * *

Veinte días demoró Lasagna en Cuiabá. En parte, determinados por la periodicidad de los medios de comunicación fluviales.

Su esquema de trabajo fue el de siempre: cumplir todas las obligaciones de respeto y cortesía con autoridades y pueblo. Así hizo, y agradeció visitas al Obispo y al Presidente, el 20; al Seminario y al Padre lazarista, el 26.

En un intervalo, el 21, día de su Santo Patrono, recibió visitas y homenajes a granel.

Olvidó momentáneamente una sola cortesía: el comendador Peixoto —único supérstite de la Cofradía del Santísimo en San Gonzalo— los primeros días envió de regalo toda la comida para los salesianos. Lasagna lo ignoraba; pero, advertido por el Obispo, deshizo el entuerto.

Luego, se dedicó a negociar seria y planificadamente la situación jurídica, económica y apostólica en que debían moverse sus Religiosos.

Los demás momentos los consagró a la Comunidad y al apostolado.

El 24, después de la misa cantada, se abrió oficialmente el Oratorio Festivo.

Lasagna se sentaba en el patio con los niños; y aunque era un poco desafinado, entonaba canciones y jugaba a las bolitas. Regalaba algunas a los vencedores, y alentaba a los más tímidos.

El único que hablaba corrientemente portugués, era el clérigo Agostinho Colli, que antes de ingresar a la Sociedad Salesiana, había vivido algunos años como inmigrante en el Brasil. Atendía la sacristía, y lidiaba con los *meninos.* Ruffier organizó la cocina, y Solari enseñaba canto. Todos eran el alma del recreo. "No estábamos acostumbrados a tanta atención y cariño", confesaba el padre Zeferino.

El 1º de julio, al terminar el triduo del Sagrado Corazón, ya se reunían 80 niños, y el día 10 contaron 198.

* * *

En el almuerzo del 20, Lasagna examinó con el Presidente y el Obispo el problema de la Colonia Teresa Cristina. Había sido fundada en 1886 por el coronel Duarte, a 250 kilómetros de Cuiabá —seis días a lomo de caballo—, sobre el río San Lorenzo. Llevaba el nombre de la mujer de don Pedro II. Veinticinco soldados mantenían la disciplina, y los indios soportaban organización militar.

El 22 continuaron las conversaciones. El 25 llegaron a la Misión algunos hermanos de Murtinho, y el 27 cerraron trato.[4]

Los Salesianos aceptaron, en principio, el ofrecimiento del Gobierno, que más o menos se redondeó en las reuniones y almuerzos de los días 2 y 6 de julio.

Quedó establecido que los padres Malán y Solari visitarían la Colonia, que Lasagna prepararía un nuevo equipo de Misioneros, y que el Gobierno efectuaría oficialmente los nombramientos y las concesiones necesarias para la libre administración de la Colonia por parte de los Salesianos.

Lasagna tenía dos preocupaciones, que no quería dejar en el tintero. La propaganda de la Obra en el pueblo, y la situación financiera de la nueva Casa.

Para lo primero, aprovechó la oportunidad del pontifical

en la catedral el día de San Pedro, y pronunció una de sus arengas. Enseguida organizó una conferencia para cooperadores y amigos, que se realizó en San Gonzalo el domingo 8, a las diecisiete. Contó para ella con el concurso de autoridades y pueblo.

Para lo segundo, mantuvo varias conversaciones con el Presidente. Antes de partir, recibió dos subsidios: 694:500 en pago de los pasajes de los salesianos que venían a Cuiabá, y 1.000:000 para los gastos de instalación del Colegio de San Gonzalo.[5]

* * *

El 11 llegó a Cuiabá la chalana que los trasbordaría al *Coxipó*. La partida quedó fijada para el día siguiente. El 12, al mediodía, almorzó en San Gonzalo con el Obispo, y a las diecisiete embarcó rumbo a Barranca Alta.

La despedida para Lasagna fue triunfal; para los salesianos, muy triste.

[1] Las fuentes utilizadas para la redacción de este capítulo, son las siguientes: Virgilio Corrêa Filho, *Mato Grosso*, pág. 75 (Ed. Brasileira); Crónica de monseñor Lasagna; *Missões salesianas em Mato Grosso*, 1894-1908; *Polyanthea — Festas jubilares — Mato Grosso* (1895-1920) (São Paulo, 1921); *Revista do Instituto Histórico do Mato Grosso;* Instituto de Pesquisas Históricas Dom Aquino Corrêa, Cuiabá, Pe. Wanir Delfinio Cesar; Museu Dom Aquino Corrêa (Curia Arzobispal), Cuiabá; Archivo del Colegio de San Gonzalo, Cuiabá: Crónicas; *Bem me lembro* (Memorias manuscritas del padre Luiz Maria Zeferino); *Apontamentos de crónica*, del padre Agostinho Colli; *Monografia dell'Asilo Santa Rita;* Arquivo do Estado, Barão de Melgaço 128, Cuiabá; Biblioteca do Estado, Rua Conte 61, Cuiabá.

[2] *O Apóstolo*, Río de Janeiro, Nº 39, del 13-IX-1894.

[3] *O Apóstolo*, Nº 39, del 13-IX-1894; *Cinco lustros da Missão Salesiana em Mato Grosso — Apreciações e apontamentos chronológicos.*

[4] Los Murtinho eran nueve hermanos, hijos de José Antonio y de Rosa: el doctor José Antonio, senador; el doctor Manuel José, primer presidente del Estado, elegido por el Congreso Constituyente de 1892-1895, y luego, ministro del Supremo Tribunal; el doctor Joaquín Duarte, que fue ministro de Hacienda; Luis Antonio, farmacéutico; Ana Josefa; Carlos Cándido, ingeniero; Inocencio José, farmacéutico; el doctor Francisco, industrial, y Leonor.

[5] Arquivo do Estado, Cuiabá, 1895. (Ley Nº 80, art. 22, párr. 7: Orçamento 1895).

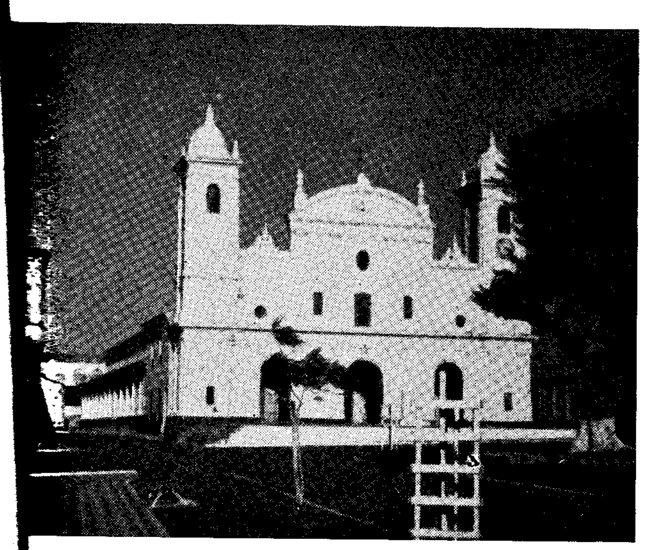
LA ASUNCIÓN PERENNE

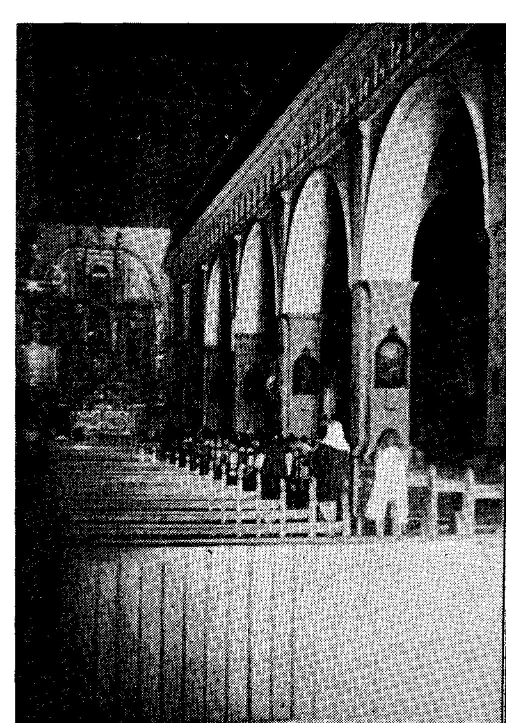
Vista de una de las torres, captada desde el edificio actual de la curia metropolitana.

Interior de la iglesia catedral.



La catedral, observada desde los jardines frontales.





CAPÍTULO XX



Vértigo

... Dale tu aliento,
gigante fe, al exhausto peregrino.
Duerma el lodo en oscuro monumento;
yo no, que ansío en la región del viento
señalar con estrellas mi camino...

RAMÓN MONTERO Y BROWN, S.D.B.:
Revista Excelsior, mayo de 1904.

LASAGNA VIVÍA cada vez más de prisa. Anotamos sus principales movimientos, con el deseo de ofrecer una imagen del torbellino de su vida. Torbellino que le impone la circunstancia a la que no puede sustraerse, porque no logra que los que detentan el poder de decisión capten la totalidad del problema lejano.

Decíamos que partió de Cuiabá el 12 de julio, a las cinco de la tarde.[1] Veinte horas después, trasbordaba al *Coxipó*. El 16, ya está de nuevo en Corumbá. Mientras le trasladan el equipaje al *Ladario*, visita la parroquia, los colegios y los cuarteles de la ciudad, y el arsenal de la población de Ladario. Ejerce su ministerio, elabora proyectos y evalúa posibilidades.

El 18, zarpa río abajo. Cruza el Fuerte Coímbra, desciende en Fuerte Olimpo, bendice a Murtinho y a Río Appa.

Dos días en el río, y otros dos en Villa Concepción. Charla con indios lenguas y con blancos, administra más de 350 confirmaciones, parlamenta con autoridades...

El 22, continúa en el *Pingo*, y al día siguiente recala en la Asunción. Cinco días de intenso trajín, que ya describimos.

El 29, sigue hacia el sur en el *Centauro*, embriagado por el oro y por el vaho de 700.000 naranjas que la embarcación trasporta a la Argentina. Desciende hasta Corrientes. Pocas horas bastan para visitar al Gobernador, a los Franciscanos, a las Hermanas...

A medida que baja, lo entumece el frío. El *Centauro* se detiene a cada rato, desdibujado en la niebla pringosa del Para-

← Monseñor Juan Sinforiano Bogarín, obispo de la Asunción; monseñor Luis Lasagna, su obispo consagrante; el padre Colmán, y el secretario de Lasagna, don Luis Cavatorta. La foto fue tomada en la Asunción, en enero de 1895.

ná. Enfrentan a Bella Vista, Corrientes, La Paz, Paraná, Rosario...

* * *

El 4 de agosto, a las once, avistan a Buenos Aires. Visita al Arzobispo, al Presidente de la República, y al gobernador de Misiones, abogado Juan Balestra.

Almuerza en San Carlos con el Arzobispo y el vicario Espinosa. Hace de anfitrión al Presidente, que con monseñor Echagüe visita el establecimiento.

El 6, ya camina por Montevideo. Luego, diecisiete días febriles. Visita los Talleres Don Bosco —visitar significa cumplir funciones litúrgicas; mantener conversaciones privadas con los Hermanos, y a veces, con los niños; inspección, conferencias, triduos, ejercicios espirituales, reunión de consejos...—, el Colegio Pío, el Noviciado de las Hijas de María Auxiliadora, los dos colegios de Las Piedras, el Noviciado Salesiano y el Colegio del Sagrado Corazón. Cumplimenta a las autoridades eclesiásticas y civiles, cooperadores y amigos. Finalmente, reúne a los directores salesianos, y el 23 embarca para el Brasil.

* * *

Viaja en el *Congo,* con el padre Miguel Foglino y un secretario. Cinco días de paz, a pesar de las marejadas, y recomienza de nuevo el vértigo.

El 27, pisa playas cariocas. Se hospeda en los Jesuitas. Niterói está ocupado, todavía, por el ejército.

Visita al Ministro de Guerra y al Arzobispo. Se llega hasta el desolado Colegio Santa Rosa. Va a Petrópolis, y conversa con el Internuncio. ¡Hay tantos problemas pendientes!...

Vuelve a Niterói, y el 1º de setiembre rumbea para Lorena. Conferencias, ejercicios espirituales..., todo entremezclado con visitas a las Hermanas de Guaratinguetá, donde predica Ejercicios a las niñas.

El 11 inspecciona a Pindamonhangaba, fundación inminente de las Hermanas, y el 13 está en San Pablo. Debe encarar conflictos espinosos de orden interno y externo, con la Casa y con el Gobernador del Estado. Predica Ejercicios, y cumple los demás deberes de Superior salesiano.

El 30 retoma el camino del norte: Pindamonhangaba, Guaratinguetá, Lorena...

El 4 de octubre inicia una gira por el interior: Pouso Alto,

donde se entrevista con el Obispo de Marianna; Baependí, Soledad, Caxambrí...

En Caxambrí, el día 9, se encuentra con el Obispo de Camaco y con un señor Mairing, que planean una fundación. Necesita más Casas en el Brasil, para que se establezca una inspectoría.

El 10, ya está en Lorena, y comienza una segunda etapa: Ejercicios espirituales para salesianos, a quienes dedica veinte días. En los intervalos predica Ejercicios a las Hermanas de Guaratinguetá, asiste al sepelio del Barón de Tapea, recibe a los Padres Redentoristas de Aparecida, y asiste a la inauguración del nuevo colegio de Pindamonhangaba, el 1º de noviembre.

Dedica varios días a las Hermanas, y el 27, después de la visita del Obispo de Camaco, se llega a San Pablo. Nuevas entrevistas con el obispo Arcoverde. Pareciera que renace la paz...

Como no le alcanza el tiempo, envía a su Secretario para que realice una inspección en Ararás: las Hermanas irán a instalarse el 29 de enero.

El 29 recibe una por demás elogiosa carta del presidente de la República, doctor Prudencio de Morais,[2] y el 2 de enero está de nuevo en Río. Visita al Arzobispo; al Presidente de la República; al ministro de Finanzas y amable protector de los Salesianos, doctor Rodrigues Alves; al ministro de la Industria, doctor Olintho, y al Obispo de Niterói, que está en Nueva Friburgo. A cuantos ve, interesa en los problemas de sus Casas, y sobre todo, en la Misión naciente del Mato Grosso.

El día 8 agasaja al periodismo, visita los diarios más importantes de Río: *Jornal do Comércio, Brazil, Paiz, Gazeta de Noticias, O Apóstolo...*, y les entrega copia de la circular que ha escrito sobre las Misiones del Mato Grosso.[3]

El 10 parte en el *Orénoque* para Montevideo, con nuevo secretario. Deja en Río al padre Balzola, para preparar la expedición a la Colonia Teresa Cristina, y lleva a Bernardino Villaamil.[4]

Del 14 al 19 cumple cuarentena en la isla de Flores. Se detiene cuatro días en Montevideo, y vuelve a partir.

En la Asunción, el padre Bogarín espera que lo consagre obispo del Paraguay.

Pasa un día activísimo en Buenos Aires, y sigue al norte. Llega a la Asunción el 31.

El 6 de febrero emprende el regreso en el *Saturno*. Arriba a Buenos Aires el 10, y continúa la vorágine: visitas a monseñor Boneo, a monseñor Espinosa, al presidente Uriburu y a varios Ministros.

El 14 desembarca en la isla de Flores. Descansa algo. Debe pasar nueve días de cuarentena.

El 23 recomienza el torbellino uruguayo. Dos meses para visitar todas y cada una de las Casas de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora de Montevideo y aledaños.

El 14 de marzo se cumple el segundo aniversario de su consagración episcopal. El Uruguay salesiano le tributa un homenaje en Villa Colón. Asiste el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Piñeiro del Campo.

Del 20 al 23 predicó el triduo de la comunión pascual de los Círculos de Obreros de Montevideo.

A comienzos de abril participó en el Congreso Nacional de Agricultura, junto con las personas más conspicuas de la actividad. Enseguida debió intervenir en las fiestas conmemorativas del vigésimo aniversario de Colonia Vidiella, los pioneros del vino en el país. Asistían al acto el Presidente de la República y los Ministros, que aplaudieron con entusiasmo la oportunísima pieza oratoria del Obispo.

El 2 de mayo embarca para el litoral: Soriano, Mercedes, Paysandú...

Retorna por tierra el 17. Visita a monseñor Soler, y a los Cónsules de Italia y del Paraguay. Pero del 6 al 12 de julio, ya se lo halla en Buenos Aires. Y el 20 de agosto retoma la ruta del Brasil. Esta vez, en un barco de cabotaje del Lloyd Brasileiro. Lamenta perder tiempo; pero carece de dinero para viajar en un medio más veloz. Se consuela con las ventajas económicas de los pasajes oficiales del Gobierno brasileño —son gratuitos—, y porque inmediatamente decide aprovechar la coyuntura y visitar los puertos *gaúchos*, de los que ha recibido tantas llamadas de auxilio.[5]

El 26 está en San Pablo, y sigue el remolino.

* * *

Los acontecimientos lo acucian. Los problemas lo agobian. Y así, el 9 de setiembre escribe al padre Rúa:

> ¡Es éste realmente un año terrible!... Navegamos a la ventura... Pareciera que el Señor desea probarnos que sólo El mantiene nuestras obras.[6]

Durante su primera demora en la Asunción, recibió la noticia de la muerte inesperada del padre Carlos Cipriano, su *alter*

ego en el Uruguay. Siguieron luego camino de la eternidad Jorge Griffi, Santiago Spreaffico, Elías Colombo...[7]

Los padres Bacigalupo y Cogliolo reemprenden el camino de Italia, vencidos por las nostalgias. Zanchetta está buscando una excusa para hacer lo mismo. Giordano, el gran director de San Pablo, y candidato para inspector del Brasil, está neurótico por el esfuerzo, y no admite ya más contrariedades... Y un buen día, sin aviso, planta todo, y se va a Turín.

Foglino enferma de cuidado.

El mismo Lasagna, a cada hora se siente físicamente peor: hemicránea, reumatismo, nefritis...

El doctor Requena le propone la forma, a su parecer, más conveniente, dentro de la legislación uruguaya, para asegurar las propiedades que están a su nombre. Lasagna no lo ve claro.[8]

Al regresar a Montevideo en julio del 95, consulta también al doctor Gallinal. Le sugiere un proyecto de donación *inter vivos*. Gallinal le explica que las leyes uruguayas gravan las donaciones y legados con una quita del doce por ciento. Resuelve provisionalmente gravar la herencia con débitos ficticios, "para eludir —dice en carta a Cagliero— la rapiña del fisco".[9]

Reúne a todos los directores para discutir el procedimiento, y deja constancia de que

> si el Señor me concede una muerte no improvisa, podré vender todo antes de morir, y esto será más simple y menos costoso.

El 5 de agosto, en Villa Colón, y ante el escribano don José G. Requena y García, instituye su heredero universal al padre Pedro Rota, con la obligación consiguiente de pagar todas sus deudas.

Y el día 13 otorga por la misma vía cartas de adeudo en favor de todos los directores salesianos, padres José Gamba, Ambrosio Turriccia, Fabricio Soldano, Juan P. Rodríguez y Dámaso Moreira.

Los padres Monti, Gastaldi y Tosti estaban con un pie fuera de la Congregación. Los Noviciados de Las Piedras y de Lorena, a pesar de que ya daban sus frutos, no producían en la medida que esperaba su creador. Más, aún: no lograba armarlos con la seriedad requerida, por carencia de personal competente. Gastaldi, por ejemplo, había producido desastres en Lorena...

De propina, algunos salesianos del Brasil, golpeados en la lucha, no saben con quién desahogarse en ausencia de Lasagna, y lo hacen con el internuncio, monseñor Juan Bautista Guidi,

italiano como ellos. Éste no encuentra mejor expediente que, sin oír las dos campanas, informar a Roma y a Turín.

"¿Qué le costaba decírmelo él mismo, en vez de quejarse a la Santa Sede?", exclama fastidiado Lasagna, en carta del 3 de marzo de 1895.

El 16 de enero del 95, desde la isla de Flores, debe responder a don Marengo sobre las acusaciones del Nuncio. Se defiende como sabe hacerlo. Pero le ruega a don Álbera que revise el manuscrito.

* * *

El padre Álbera ya le había escrito el 14 de diciembre del 94, y le reiteraba las observaciones del Legado Papal. La queja se resume en cuatro puntos: contrae muchas deudas, abarca demasiadas cosas, tiene personal exclusivamente joven, y hace excesivos viajes a Europa y al Brasil.

Las acusaciones tienen su contrapartida, que él aprovecha para subrayar en carta a don Rúa. De Turín no lo ayudan; no le envían personal; no sólo no se deciden a nombrar inspectores, sino que no le permiten, a pesar de sus insistencias, nombrar vicarios en el Uruguay y en el Brasil...

Por otra parte, las Casas están regularmente organizadas. Basta consultar los catálogos de la época. Todas albergan a seis salesianos, por lo menos, y —cosa mucho más admirable en esos tiempos y en este Continente— los Consejos están totalmente integrados.

Viaja continuamente, porque su presencia es indispensable para infundir ánimo y confianza al personal, hipersensibilizado por las diferencias de idioma y de costumbres, por la ausencia de sus seres queridos, por la nostalgia que todo lo ennegrece, y por su mentalidad europeo-colonial, que merece rebelión despectiva del autóctono...

El 31 de mayo de 1895, desde Paysandú, Lasagna escribe al padre Peretto:

> Te encargo de decirles [a mis Hermanos] que de todo corazón los bendigo, con el vivo deseo de encontrarme pronto con ellos. Es por esto que viajo corriendo...

* * *

En los intervalos, multiplica una agobiante correspondencia epistolar, que a todos llega y a todos procura animar, aun cuando debe corregir.

Desde sus primeros entreveros con la vida, se destacó por el afecto y la delicadeza con que se preocupó por los que delinquían. Y eso que naturalmente estallaba, sufría y le costaba perdonar.

Baste recordar como ofreció una salida honorable, y trató de promoverlo justo en lo que era capaz, a un irascible descontrolado como fue el padre Bourlot. Sacó de una crisis que lo tenía hasta alejado de los sacramentos al padre Rota. Se jugó entero por Gastaldi, a quien al principio tuvo que suspender *a divinis*, por serias irregularidades referentes a los novicios que dirigía en Lorena...

Escribió insistentemente a Buenos Aires, para interesarse por el lastimoso estado de dos salesianos despedidos por Costamagna, que vagabundeaban menesterosos por Montevideo...

Vaya por muestra de su finura la carta conquistadora que remite al padre Bacigalupo, después que éste abandonó desanimado el Uruguay:

Lazareto de la isla de Flores, 16-I-95.

> Querido P. Bacigalupo:
>
> Todos mis sinceros parabienes y mis afectuosas bendiciones. ¡Cuánto me alegro por tu liberación y tus justas alegrías! Así podrás conocer de cerca a don Rúa y a todos los Superiores, y fortalecido por tantos buenos consejos y ejemplos, volver entre tus queridos Hermanos del Uruguay, que tanto rezaron por ti y te siguieron con tanto interés.
>
> Cuando vuelvas, conversaremos juntos; y si siempre das la preferencia a Montevideo para tu residencia, no tendré dificultad en reponerte en tu lugar, llevando al padre Soldano a otra parte.
>
> Adiós, querido. Escríbenos a menudo. Adiós, adiós. Tenemos a la vista un gran vapor Nord Americano que lucha con la muerte, arrojado sobre los escollos de esta isla. Trabajan tres remolcadores para separarlo de las piedras, pero inútilmente. ¡Qué escena tan triste!
>
> Yo tuve mal tiempo dos días, el 11 y 12. Sufrí bastante, pero la Virgen SS. nos trajo a buen puerto. ¡Cómo es buena esta Madre!
>
> Me acompaña Bernardino Villaamil, pues mi secretario preside la expedición a los Indios Coroados y viene a bordo de otro vapor con nueve compañeros (cuatro Hermanas y cinco coadjutores).
>
> Adiós, mi querido. Recibe todo el cariño de tu viejo amigo y Padre,
>
> † LUIS
> Obispo de Trípoli

Igualmente demostrativo es el fragmento de una carta al padre Peretto, del 7 de julio del 95, que dice, entre otras cosas:

> Si se te ofrece la oportunidad, escribe al pobre Eugenio Sut. Díle que lo aprecio muchísimo y que deseo verlo. Que si él lo desea, yo lo tendría conmigo aquí en Colón o en Niterói. Que vuelva a ser hijo de don Bosco y de María Auxiliadora, así yo le podré ayudar a salvar el alma...

A pesar de las graves desavenencias con Giordano, sigue sosteniendo que después de un descanso, puede ser el Superior ideal para el Brasil o el fundador de Recife.

Albanello dispone de una enorme destreza, pero no encaja en ninguna comunidad. El 6 de agosto, Lasagna escribe al padre Álbera:

> Desde que lo he sacado de director, no dura un año entero en ninguna Casa. Es inteligente, predica bien, sabe presentarse ante la gente, y entonces hace sombra a los directores, que no lo pueden sufrir... Ya no sé dónde colocarlo, para que quede fijo. ¿Lo dejaré perder? ¡Nunca! ¡Tiene tantas hermosas cualidades!...

Enseguida descubre en él al futuro director de Cachoeira, la escuela agrícola que está esperando fundación.

Algo parecido ocurre con Domingo Zatti, un enamorado del campo y la agricultura, y que, por eso mismo, trae fastidiado al Vicedirector de Colón.

Pero no sólo utiliza las habilidades de su personal. Gusta de oír las opiniones de todos, y más de una vez somete la toma de una resolución al voto de todos los Hermanos de una Casa; y para que mejor resuelvan, trata de perfeccionarlos constantemente.

Posee otra benemerencia destacable: es el primer Inspector de América que manda clérigos al Viejo Mundo, para completar los estudios. Este año de 1895 envía tres brasileños y un uruguayo a estudiar en la Universidad Gregoriana de Roma: los jóvenes clérigos Helvecio Gomes d'Oliveira, Luis Gonçalves, José Joaquín Sant'Anna y Juan Ortega. Al mismo tiempo, destina a Foglizzo el clérigo Baldomero Vidal.

* * *

Acababa de ordenar en el Uruguay en 1894 a ocho sacerdotes salesianos. Pero consideraba que no terminaba ahí el cul-

tivo de las vocaciones: trataba de armonizar cuidadosamente las necesidades del apostolado con los problemas de los Hermanos. Así, en carta del 9 de setiembre de 1895, casi en tono de protesta, le decía al padre Rúa:

> Tenemos siempre sacerdotes que fueron hijos de María y no tienen absolutamente ninguna aptitud para la clase y la asistencia, y en compensación poseen virtud suficiente para el ministerio...

Y ejemplifica: Varchi, Zanella, Fia... A éstos los envía como capellanes y directores a localidades donde hay Hijas de María Auxiliadora. Atienden a las Hermanas y a las niñas, y organizan Oratorios Festivos. Porque, dice Lasagna en la misma nota:

> Con la instrucción a las internas y externas, con el Oratorio Festivo y con las Hijas de María, en pocos años se cambia totalmente el aspecto de una población.

Para reforzar su posición atacada por las acusaciones, enfatiza Lasagna:

> ¡Así lo hizo don Bosco en Bordighera, y usted, don Rúa, en otras partes!

En el Brasil tiene cuatro sacerdotes adscritos exclusivamente a la capellanía de las Hermanas; algunos, en lugares lejanos de Casas salesianas, como en Guaratinguetá y en Ararás.[10]

Y a mayor abundamiento, examina descarnadamente problemas de las Hijas de María Auxiliadora:

> Debe también usted comprender que no es posible dejar la dirección de las Hermanas a desconocidos... Cuando yo llegué aquí [a Guaratinguetá], era párroco el canónigo Ottoni. El año pasado se fugó, se hizo anabaptista, se casó con una viuda, y ahora predica una nueva secta en Río de Janeiro.
>
> Lo sucedió monseñor Quartín, que era párroco de Lorena. Éste también tuvo que emigrar a una lejanísima parroquia, San Simón, porque la gente descubrió que la señorita que pasaba por ser su hermana, era su concubina. Yo lo sé con absoluta certeza.
>
> Pues bien; ayer asumió un párroco nuevo, que es uno de los tantos hijos del viejo párroco de Pindamonhangaba. Y esto lo sabe todo el mundo. ¿Será como su padre? Sólo Dios lo sabe...

En este renglón, al mismo tiempo que no escatima su ayuda, insiste en no convertir al Superior salesiano en *madre abadesa,* y hasta habla de un plan de independencia para las Hermanas, del que no conocemos los términos. Sin embargo, subraya que la cercanía de los colegios salesianos y de María Auxiliadora puede favorecer las posibilidades de matrimonios entre exalumnos, y por lo tanto, la mejor conformación de la familia cristiana.

En una de sus cartas, Lasagna se lamenta:

> Seguramente, si yo hubiera podido ir al Capítulo, y hubiera hablado con ustedes una horita, todas estas sombras se disipaban...

* * *

Hay, además, un esquema de organización que siempre revuelve en su cabeza. Quiere nuclear las Casas en grupos, de acuerdo con la distancia, los medios de comunicación y las características regionales, de tal manera que se ayuden mutuamente, y que cuando Turín lo entienda —y se lamenta repetidamente de que no lo entiende—, se formen nuevas Inspectorías.

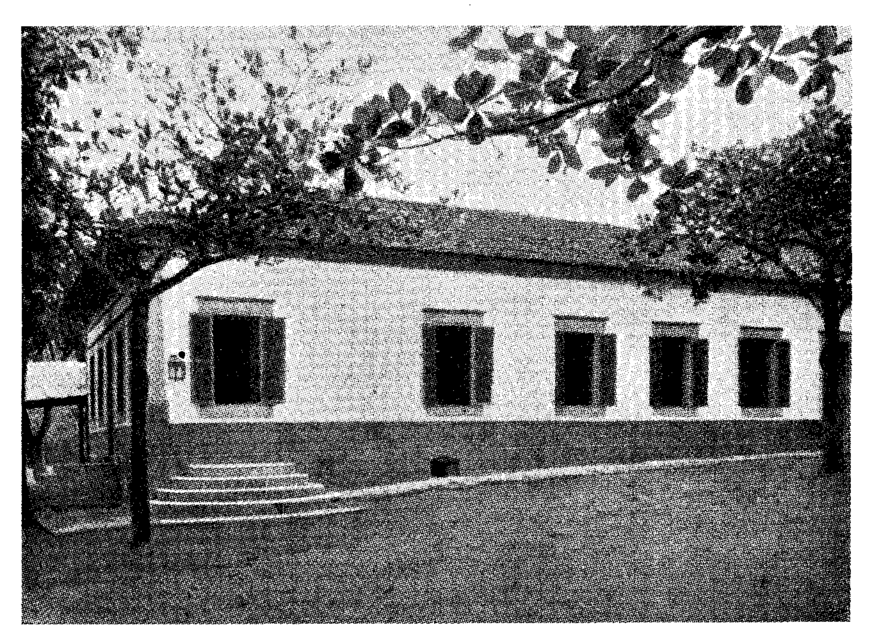
Al principio, pensó en dos grandes zonas: el Uruguay y el Brasil. Luego, dilató la elección de Belém, no sólo por razones de falta de personal, de organización de la escuela, etcétera, sino porque estaba muy fuera de la unidad nuclear que él soñaba.

Ante la insistencia de la Santa Sede y de los Superiores de Turín, ordenó una nueva táctica. La primera Casa del norte brasileño debía fundarse en Recife —entonces, puerto obligado de la ruta a Europa—; y como estaba a menor distancia de barco de Italia que de Río, debía depender de los Superiores de Turín, hasta que comenzara a ramificarse dentro de la nueva unidad.[11] Y así se hizo.

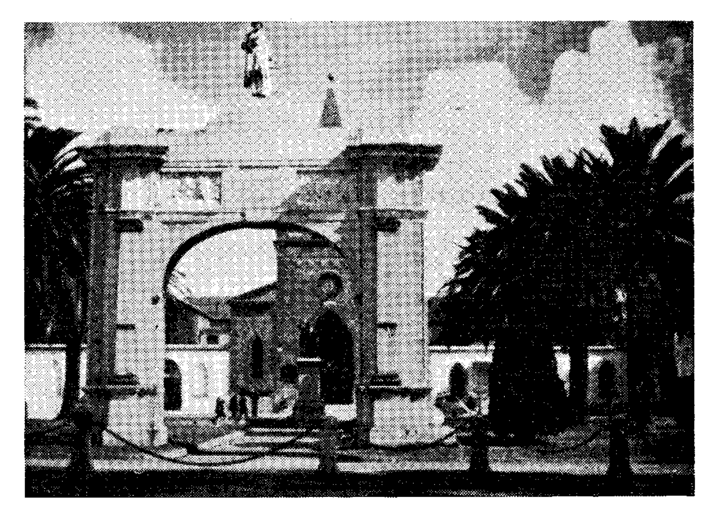
Cuando nacieron las Misiones del Mato Grosso, enseguida sobre el mapa ideó un nuevo sistema: Cuiabá, las Misiones, Villa Concepción, la Asunción y Corrientes. Y dejó de lado, con múltiples pretextos, todas las insinuaciones de monseñor Cagliero para que se preocupara por el territorio argentino de Misiones. Ya que no era fácil la comunicación con Paysandú por el río Uruguay, había que esperar a que los Salesianos se establecieran en Corrientes. Cambió de parecer, cuando descubrió las grandes diferencias zonales, por razones de nacionalidad.

Este dispositivo nuclear funcionó con eficacia, sobre todo, en momentos difíciles, como el de la deserción de Giordano.

VARIOS



SANTA ROSA DE NITERÓI: Vista del Colegio en 1883.



VILLA COLÓN (URUGUAY): Frente del Colegio Pío en la actualidad. El primer plano, el monumento a Cristóbal Colón erigido en 1892, y atrás, el monumento a monseñor Lasagna, levantado en 1915.

Los directores vecinos enseguida tomaron cartas en el asunto, y dieron solución provisional a la vacancia producida.

A la par del problema de la organización, encaraba decididamente el de la integración local, aunque a él mismo le resultara costosa.

Una muestra definitiva es su famosa carta a don Rúa, sobre la pronunciación del latín. Está fechada en Guaratinguetá, el 10 de setiembre del 95. Precisamente, el momento en que don Rúa urgía la pronunciación romana del latín, por razones de unidad.

De esta carta existen en el Archivo de Turín original y copia, ambas firmadas por Lasagna, y con algunas correcciones de su puño y letra.

En una de ellas aparece una fecha marginal: 8-X-95, que pudiera corresponder a la respuesta de don Rúa. Si ésta existió —no quedan rastros de ella—, nunca pudo llegar a sus manos.

Hé aquí el texto íntegro de la carta precitada:

Amatissimo Sig. D. Rua,

Mi ricordo di essere stato io il primo fra i nostri cari Missionari che nell'anno 1881 provocai dal nostro venerato Padre D. Bosco una decisione sul modo di pronunziare il latino.

Io veniva dall'Uruguay, dove non v'era nè seminario, nè Collegio, che insegnassero latino. Questa lingua era bandita dalla stessa Università.

Noi Salesiani eravamo gli unici che la facevamo studiare in quella Repubblica e a Colón e a Las Piedras, quindi incoraggiai molto D. Bosco a voler raccomandare che ci attenessimo alla pronunzia romana piuttosto che alla spagnuola.

Mi pareva che noi avremmo potuto generalizzare quella pronunzia in tutto il paese, e così dare al clero tutto questa maggior rassomiglianza cogli usi papali e romani.

D. Bosco lodò la mia proposta, e senza farmi comando mi disse che *se non v'erano ostacoli*, facessi pure così e mi mettessi d'accordo con D. Costamagna e preferissimo in tutte le nostre Case e scuole e funzioni la pronunzia romana.

Continuai quindi con sommo impegno fino all'anno scorso, ma ogni giorno vedeva crescere quegli *ostacoli* da D. Bosco previsti, e vedendo i danni che nell'insegnamento si adottasse la pronunzia spagnuola o portoghese secondo l'uso del luogo dove sorgono Case di questa Ispettoria.

Ed ecco, o caro Padre, la difficoltà che io spongo a Lei ed al Capitolo perchè ne giudichino e risolvano all'uopo, essendo io pronto all'ubbidienza.

1º) Non essendo le nostre scuole pareggiate, i nostri allievi devon dare il loro esami anche di latino nelle Università (di Montevideo, S. Paolo e Rio Janeiro) ne' cui programmi da dieci anni [en la copia, borrado *da dieci anni*] si esige anche il latino. E se i nostri giovani si presentassero colla pronunzia alla romana sarebbero *isso fatto bocciati* (sic). [En la copia: *Come fare?*]

2º) V'è a Montevideo un seminario fiorente ed il giovane clero ci ha compassione e ripugnanza udendoci proferire una pronunzia straniera a quella di loro patria.

3º) So che i Salesiani non sono invitati di buon grado alle funzioni solenni a far da diacono o suddiacono perchè cantano il Vangelo alla romana.

4º) Noi siamo stranieri in questa terra e dobbiamo far di tutto per farci perdonare questa condizione, dobbiamo cortare ragioni di antipatie e screzi che pur troppo sono inevitabili; e perchè dunque voler accentuare la nostra condizione di *gringos,* come ci dicono, coll'ostentare una pronunzia che loro non va a genio?

Don Bosco non voleva che neppure negli abiti ci differenziassimo dai sacerdoti del luogo, e lo fece constare nelle S. Regole; ed ora permetterebbe egli che provocassimo antipatie coll'ostinarci in una pronunzia che non arreca nessun bene reale?

Ella sa che anche il nostro zelo stesso, la nostra attività ci attira invidie e rancori, e lo so pur troppo io qui nella Diocesi di S. Paolo, e lo sa anche D. Vespignani a Buenos Aires, il quale fra le beghe più grosse che ha si è pur quella [en la copia: *conta pur questa*] di amicarsi i parroci, i canonici, i religiosi nazionali e spagnuoli, in gran parte alienati affatto all'opera salesiana. In fatti quando volle riunire in assemblea i Cooperatori Salesiani per far eco al Congresso di Bologna, non trovò nella riunione presieduta da Mons. Espinosa *un solo Sacerdote* che non fosse salesiano!!!

5º) Devo poi confessare che all'orecchio degli indigini la nostra pronunzia stona orribilmente e dà luogo ad equivoci indecenti, che noi dobbiamo evitare. Per esempio: *Parce mihi, Domine,* pronunziato all'italiana vale *parche* in spagnuolo, che significa *cataplasma, impiastro. Fecit mihi magna,* pronunziato all'italiana, *maña,* vuol dire ben brutta cosa: *astuzia, mal costume, artifizio,* ecc., ecc. *Cibus meus est* l'hanno confuso col *chivo,* capretto, ecc.

Oh! perchè far di queste figure nelle chiese dinanzi al SS. Sacramento? Perchè far ridere i gonzi alle nostre spalle? Il popolino per le vie chiama i preti mercenari napo-

litani che vanno ai funerali col nomignolo di *parche mihi*, cioè cataplasmi!

Cerchiamo dunque di essere romani nella pietà, nel fervore ereditato dai martiri, ed imparato dai pontefici; siamo romani nell'amore ardente alla fede di Pietro, romani nel rito, nelle cerimonie, nel taglio dei sacri paramenti; questo sì, si deve inculcare anche più; ma nella pronunzia del latino, lo saremo a Roma, in Italia, ma fuori sarebbe ridicolo. A Parigi, a Londra, a Berlino, a Madrid, i nostri Salesiani si farebbero prendere a torsolate se osassero vantare questa pronunzia, e loro devono sapere che nelle piccole nazionalità l'egoismo pattriotico è più veemente ancora, più fanatico assai, è il *chauvinisme* dei francesi elevato alla 5ª potenza. E noi perchè urtarlo? Perchè ferirlo? Perchè farci increscevoli e forse odiosi, e così tagliarci la via a far maggior bene?

Ho visto il nostro sapientissimo Pontefice Leone essere così condiscendente *cogli usi orientali*, per attirare que' popoli a sè; e noi per guadagnar le anime a Gesù saremo indifferenti in cosa di nessun momento? A Lei ed al Capitolo la sentenza. Io riverisco tutti e bacio le mani a Lei qual figlio aff.mo.

† LUIGI
Vescovo di Tripoli

* * *

Una especie de distancia interior le permitía poseer una mejor perspectiva de los acontecimientos; pero ofrecía un blanco aparentemente muy vulnerable para los miopes mentales.

Todos los proyectos, por ejemplo, que se le presentaban y que encajaban en sus pautas, quedaban ordenados, a la espera de sus previsiones de medios económicos y humanos. Por eso, a quienes se debatían en las penurias del día, les parecía utópico y veleidoso que ensoñara nuevas fundaciones.

El 15 de agosto del 95, al terminar de predicar Ejercicios a los aspirantes y novicios de Las Piedras, exclamó de pronto:

—Dentro de cincuenta años, del Amazonas al Plata la Congregación tendrá más de quinientos miembros, que trabajarán en bien de las almas...[12]

Hoy vemos que se quedó corto. A los cincuenta años, los salesianos de la zona excedían los 1.200... Pero entonces, algunos lo tildaron de soñador.[13]

Él argüía que dentro de los plazos necesarios para la habilitación de una Casa, se le ofrecía un margen temporal de maniobra suficiente como para no defraudar las esperanzas, que

siempre sembraba, y no perder la oportunidad de mejorar el dispositivo apostólico.

Así animaba al celosísimo párroco de Campinas, canónigo Juan Bautista Corrêa Nery, a proseguir la construcción de un liceo que había ideado doña María Umbelina Alves Couto.[14] Hacía tres años que trabajaban.

Por medio de su arquitecto, coadjutor Domingo Delpiano, que había diseñado los planos, Lasagna cuidaba que la obra se mantuviera acorde con las necesidades del sistema educativo salesiano. Nery llevaba gastadas más de 250.000 liras. Lasagna la veía en sus planes futuros, sin comprometerse en una inmediata aceptación, pero con la certeza de que, llegado el momento, iba a lograr los medios para cumplir.

Esta esperanza, tan personal, no entraba en los módulos mentales de muchos; y por eso, pensaban que abarcaba demasiado, o que alentaba estériles ilusiones propias y ajenas.

Él, no sólo se defendía, sino que seguía animando proyectos semejantes en Botucatú, Ponte Nova y Cachoeira.

En cambio, cuando no los *veía*, los rechazaba, o los derivaba sin más, como hizo antes con Belém y con Recife, y como respondía a su gran amigo el Obispo de Camaco.

* * *

Cuando llega al Brasil el 27 de agosto de 1894, lo están esperando, además de las dificultades domésticas, una serie de problemas fantasmales. En Río, la situación política, la ocupación del Colegio Santa Rosa, de Niterói, y la tirantez con el Internuncio. En San Pablo, la vacancia de Giordano, el fracaso de Gastaldi en la dirección de los novicios, y la guerra del Obispo. Al mismo tiempo, necesita promocionar la fundación salesiana en la vieja Colonia Teresa Cristina, del Mato Grosso, y organizar una expedición de salesianos e Hijas de María Auxiliadora, con elementos ya fogueados en el Brasil, y debidamente solventada.

* * *

Para captar bien el panorama, es preciso retroceder unos pasos.[15] El 15 de noviembre de 1889, el Brasil se proclamó República. El primer gobierno fue presidido por el mariscal Manoel Deodoro da Fonseca.

Por estas fechas, el almirante Custodio José de Mello realizaba un viaje de instrucción por Europa en el *Almirante Ba-*

rroso. Al volver, se manifestó políticamente incoloro; pero al ser elegido diputado constituyente, se mostró enemigo acérrimo de Fonseca.

El 15 de noviembre del 90, las Cortes promulgaron la primera Constitución republicana, y el 29 de febrero del 91 eligieron presidente al mariscal da Fonseca, y vice, al mariscal Floriano Peixoto.

A pesar de la alegría de la elección, don Manoel Deodoro estaba irritadísimo, porque las Cortes habían dado noventa y siete votos a su oponente, doctor Prudente de Morais. Así fue como, al menor signo de oposición, disolvió al Legislativo.

La disolución excitó a la Armada, que se rebeló al mando del almirante Custodio. Cuando los barcos surtos en la había amenazaron bombardear la ciudad, Deodoro se vio moralmente obligado a renunciar.

En medio de la borrasca, empuñó el timón Floriano Peixoto. Por razones de estrategia, nombró ministro de Guerra al Almirante rebelde. Éste aceptó, y vino la paz. Sin embargo, siguió conspirando, y al fin fingió disgustarse, o realmente se disgustó con Floriano, y renunció al cargo.

La prisión del almirante Wandenkork, que había prestado su adhesión al movimiento secesionista de Río Grande, azuzó nuevamente a la Armada, y volvió a estallar la revuelta.

La noche del 5 al 6 de setiembre de 1893, Custodio asistía a una representación en el Teatro Lyrico. A las once abandonó visiblemente la sala, y acompañado por otros oficiales, se embarcó en una lancha, abordó el *Aquidaban,* y con la insignia de almirante enarboló el pabellón blanco de rebelión.

Al amanecer, en todos los barcos de la bahía tremolaba la bandera blanca. Quince navíos bloquearon la ciudad; se apoderaron, luego, de los depósitos de artillería de la Marina, que estaban en tierra; coparon el batallón de la isla das Cobras y a Villegaignon, y atacaron las fortalezas de Santa Cruz, San Juan y Lage.

Peixoto procede con mano de hierro: convoca la reserva nacional, proclama el estado de sitio, artilla el litoral, y declara oficialmente piratas a las naves enemigas. Parecía que, a medida que se multiplicaban los levantamientos, crecía su energía.

El día 8, Mello ataca a Niterói; pero es rechazado. Truenan diariamente los cañones. Los días 1º, 6, 13 y 19 de octubre, Niterói es castigada con dureza.

El 13, algunos marinos logran izar momentáneamente su pabellón en el Morro.

El 8 de febrero del 94 tientan un desembarco, para cercar totalmente a Río. Pero Floriano es duro de pelar: amenaza a Portugal y a Inglaterra, que apoyan a los rebeldes; adquiere en Europa toda una escuadra nueva; recurre al viejo almirante Jerónimo Francisco Gonçalves, y el 10 de marzo la flota de navíos leales aparece amenazante en Praia Vermelha.

Floriano aprieta las tenazas. Algunos rebeldes se refugian en barcos portugueses. Otros se ofrecen a capitular por medio del Capitán lusitano de la *Mindelho.*

El día 13, el Gobierno recupera el dominio de varias islas.

El 18 se hacen a la mar las naves portuguesas. Floriano, incontenible, rompe relaciones con Portugal. Los rebeldes huyen despavoridos.

* * *

Mientras tanto, en Niterói escaseaban los víveres. Estaban incomunicados con Río. La gente adinerada se refugiaba en las sierras de Friburgo.

En el Colegio Santa Rosa había 200 internos. A principios de octubre, sólo quedaban en la despensa agua, coles, un poco de arroz y porotos negros.

El padre Rota tomó una decisión tajante. Mandó avisar a las familias, que vinieran a retirar a los alumnos.

La noticia disgustó al Gobernador. Afirmó que los Salesianos exageraban el peligro.

El bloqueo impedía que muchas cartas llegaran a destino. Entonces, Rota ordenó el retiro de los que quedaban.

El 9 de octubre, a las dos de la mañana, bajo una llovizna penetrante, el alumnado caminó hasta la estación de Leopoldina. A las cuatro partieron en tren hacia el norte. Muchos padres de los muchachos los esperaban en las estaciones intermedias.

En Nueva Friburgo los recibieron cariñosamente los Padres Jesuitas y sus alumnos. De ahí empalmaron al sudoeste, hacia Barra de Piraí, adonde llegaron a las siete de la noche, después de rodear el Estado de Río de Janeiro. Se dividieron en grupos: unos viajaron a Lorena; otros, a Río, y los últimos, a San Pablo.

En todas partes fueron fraternalmente acogidos en los colegios salesianos o en el de los Padres Lazaristas de Río de Janeiro.

En el Santa Rosa, sólo quedaron el padre Rota, el padre Barale, tres clérigos y algún coadjutor.[16]

A mediados de noviembre, debido a que el Hospital Militar de San Juan Bautista se hallaba en la zona de fuego, en un morro estratégico que había sido fortificado; el general Roberto Ferreira y el Gobernador solicitaron la cesión del Colegio, para convertirlo en hospital de sangre y puesto de socorro. Bajo sus techos se acogieron 175 enfermos y heridos.

Los Salesianos, naturalmente, comenzaron a trabajar de capellanes. A poco, el Gobierno les confió otra misión: distribuir víveres —charqui, harina y frijoles— a la población civil. Un millar de personas desfilaban diariamente frente a las puertas del Santa Rosa.

Así funcionó hasta mayo de 1894, a las órdenes del general de brigada don Francisco de Paula Argollo.

El padre Rota, después de enviar a los clérigos a estudiar teología intensamente, organizó y dirigió los servicios asistenciales.

Además, después de algunos duros bombardeos, el mismo padre Rota se ofreció para asistir a los heridos a bordo de las naves revoltosas. El ofrecimiento fue aceptado. Esperó varios días en Río, para que le dieran salvoconducto. Pero complicaciones de orden militar le impidieron cumplir. Sin embargo, el acto heroico ya estaba hecho.

* * *

Aunque las hostilidades locales cesaron en marzo de 1894; sin embargo, el 28 de agosto todavía el Colegio estaba bajo supervisión militar.

Monseñor Lasagna fue a visitar al ministro de Guerra, general Bibiano Sergio Macedo da Fontoura Costallat. Se requería gran prudencia; porque, si bien el Ministro era un excelente católico, gran cantidad de católicos estaban en posición monárquica, y había que saber manejarse con cuidado.

Costallat le expresó al Obispo la gratitud del Gobierno, por la generosa colaboración de los Salesianos. Prometió desocupar el Colegio Santa Rosa en un plazo de ocho días, y terminó convidándolo a almorzar.

Durante la comida, enterado de los viajes de Monseñor, le ofreció un vagón especial en los ferrocarriles del Estado, para cada vez que lo necesitara, e impartió las órdenes pertinentes.

Enseguida, los 120 enfermos fueron trasladados a diversos hospitales.

El director del Hospital Militar, L. Manoel Pereira da Silva

Continentino, se despidió definitivamente del Colegio el 30 de setiembre de 1894.[17]

El Estado de Río, por decreto Nº 145, donó cincuenta contos para limpieza y arreglos, y el presidente, José Tomás de Porciúncula, produjo un elogioso mensaje ante las Cámaras.

El comandante de Niterói, coronel Filomeno José Da Cunha, dejó escrito un extraordinario testimonio de gratitud y reconocimiento.

En diciembre, los Superiores del Santa Rosa enviaron dos circulares para convocar a los alumnos, y el 10 de enero del 95 el Colegio abría de nuevo sus puertas.[18]

* * *

Otro problema muy sensible apuraba a Lasagna: sus fricciones con el Internuncio y con el Obispo de San Pablo. Habían comenzado las crisis, como vimos, a fines del año 1893.

El 19 de agosto de 1894, a las seis de la mañana, falleció en Aparecida don Lino Deodato Rodrigues de Carvalho. Estaba de visita, cuando sufrió una crisis cardíaca. Lo atendieron solícitamente los doctores Francisco Marcondes Romeiro y Granadeiro Guimarães, y su anfitrión, capitán Juan María d'Oliveira Cesar.

El padre Peretto corrió desde Lorena, y lo acompañó en la agonía.

A las cuatro de la tarde embarcaron el cadáver hacia San Pablo. En la estación paulista, apenas lo esperaban trece sacerdotes; casi todos, profesores del Seminario o salesianos del Sagrado Corazón.[19]

El hecho alentó las versiones periodísticas que gritaban como causales de la muerte de don Lino, los disgustos y desavenencias con su clero y con el Seminario.[20]

La prensa atacó al Cabildo. Al mismo tiempo, el Nuncio telegrafiaba al vicario, monseñor Antonio Guimarães Barroso, para comunicarle que no correspondía elegir vicario capitular, ya que existía obispo coadjutor. Éste, Arcoverde, estaba en Roma.

El 25 de agosto presidió las exequias el Obispo de Curitiba.

El coadjutor, don Joaquín Arcoverde de Albuquerque Cavalcanti, embarca rumbo al Brasil, y el 28 llega a San Pablo.[21]

Monseñor Lasagna asistió a la recepción del nuevo Obispo, al frente de un grupo de sacerdotes y de la banda del Liceo. La estación se presentaba atestada de gente.

Arcoverde llegó a eso de las nueve, y se dirigió al Seminario. Lasagna le besó respetuosamente el anillo, lo acompañó, y se puso a sus órdenes. Don Joaquín no dijo esta boca es mía.

El 29, víspera de la toma de posesión, Lasagna le efectuó una visita de cortesía, en compañía de algunos directores.

La entrevista no fue nada cordial. Lasagna estaba muy prevenido: tenía la certeza de que Arcoverde era el instigador de las acusaciones que don Lino envió a la Santa Sede. Además de considerarlo inexperto e imprudente, estaba totalmente convencido de que lo celaba, y hasta mentía deliberadamente.

Con todo, trató de introducirse con humildad y sencillez, y después de los saludos, inició el tanteo:

—Excelencia, los Salesianos somos pobres, y hacemos lo que podemos.

—Y lo que no pueden... —replicó secamente el Diocesano.

Lasagna necesitó toda su presencia de ánimo, para seguir y terminar la helada conversación, que a cada momento amenazaba con volverse borrascosa.

Aunque Arcoverde negó a Lasagna el permiso para que pontificara en el funeral de don Lino que iba a realizarse en el Liceo, la entrevista concluyó lo mejor que se pudo.

Ya en casa, Monseñor tomó todas las precauciones para evitar más roces; asistió al funeral de don Lino birrete en mano, y con la cruz pectoral oculta bajo la sobrepelliz.

A las cinco de la mañana del día siguiente, partió para Guaratinguetá. Y de ahí fue a consolarse con el obispo de Camaco, don Silverio Gomes Pimienta.

El día 4 se desahogó durante dos horas con monseñor Esberard.

Arcoverde retiró enseguida una donación hecha el 13 de octubre a las Hermanas de la Casa de María Auxiliadora de Rua Veridiana 49. Consistía en un terreno sin casa, situado en un lugar llamado Luz.

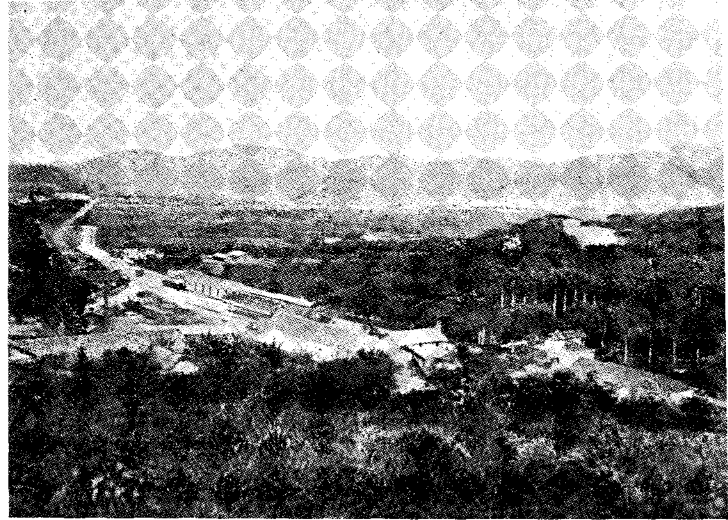
Lasagna explicaba a don Rúa, en carta del 25 de noviembre, que la actitud episcopal obedecía a que el Gobierno pensaba expropiar el lugar. Pero la coincidencia se prestaba a malas interpretaciones.

El día 31, la gran cooperadora doña Veridiana Prado, amiga del Obispo, dio plazo a las Hijas de María Auxiliadora hasta el 31 de diciembre siguiente para abandonar la casa que les prestaba. Y el 7 de noviembre, las Hermanas se trasladaron a Ipiranga.[22]

* * *



Conjunto de las víctimas del accidente de Juiz de Fora.



Vista general de la Colonia Mariano Procopio. En primer plano, la estación del ferrocarril, y sobre las palmeras, el castillo.

RECUERDOS PÓSTUMOS

Tumba actual de monseñor Luis Lasagna, junto al altar de las Ánimas, al fondo del santuario de María Auxiliadora de Niterói. Puede verse nítidamente la fecha de nacimiento ya observada en el texto (3-V por 3-III).

DOM LUIZ LASAGNA
BISPO DE TRIPOLI
PRIMEIRO INSPETOR SALESIANO DO BRAZIL
★ 3-V-1850 † 6-XI-1895

Otra de las preocupaciones que lo absorbían, era la preparación de una nueva expedición al Mato Grosso. Había quedado arreglado en Cuiabá que además de enviar salesianos a la Colonia Teresa Cristiana, organizaría dos colegios de Hermanas: uno en la Colonia, y otro en la capital (el de Santa Rita).

El Asilo Santa Rita había sido fundado en 1891 por el obispo d'Amour, que lo consideraba como a la pupila de sus ojos. Gracias a la ayuda de dos grandes cooperadores: Manoel Núñez Ribeiro y Felicissimo de Almeida Lousada, se dedicaba a la atención de niñas abandonadas. Asumieron enseguida la dirección tres Hermanas vicentinas, dirigidas por la madre Javiera. La capellanía era ejercida por monseñor Benito Severino da Luz.

Lasagna se privó de su secretario, padre Juan Balzola, y lo nombró director de la Misión de los indios coroados.

El 8 de enero, Balzola dejó definitivamente la compañía de Monseñor, y comenzó a pensar únicamente en la expedición misionera.

Ya el día 3, las hermanas Federica Hummel, María Heitzman, Margarita Michelletto y Ana Gudehus, partían de Guaratinguetá para Río. El 25 embarcaron todas para Montevideo, en un barco del Lloyd Brasileiro. Once días tardaron en tocar todos los puertos: Santos, Cananea, Iguapé, Paranaguá, Antonina, San Francisco, Itajai, Desterro y Río Grande. El 6 de febrero llegaban a la isla de Flores, donde cumplieron ocho días de cuarentena. En Montevideo se completó la expedición.

El 16 de marzo se embarcaron en el *Diamantino* todos los Misioneros: ocho Hermanas y siete salesianos, y llegaron a Cuiabá el 8 de abril. La hermana Rosa Kister asumió la dirección de Santa Rita, y Federica Hummel, la de Teresa Cristina.[23]

El 19 de abril, por expedientes números 726 y 728, el Gobierno del Estado nombraba oficialmente a los padres Juan Balzola y José Solari, director y vice de la Colonia.[24]

* * *

Cuando Lasagna partió de Asunción el 29 de julio de 1894, el párroco de la catedral, don Juan Sinforino Bogarín, no sólo había recibido ya la carta de monseñor León Federico Aneiros, que le comunicaba su elección para el obispado del Paraguay, sino que con fecha 21 de julio había aceptado el nombramiento.[25]

El 2 de agosto, Bogarín vuelve a recibir noticias; esta vez, de monseñor Mariano Antonio Espinosa, obispo de Tiberiópolis y auxiliar de Buenos Aires, que le decía textualmente:

Tengo el agrado de felicitarlo por su promoción, tan merecida, al obispado del Paraguay. Como va ya tan larga la vacancia de esa sede, el señor Arzobispo ha creído mejor hacer aquí, no más, el proceso, en el que han servido de testigos el R. P. Hech, visitador, y el P. Freret, que usted bien conoce. Hoy se remite a Roma, y para que allí la expedición del breve en que será nombrado no sufra demora, podría el P. Montagne encargar al Procurador de los Lazaristas que solicitara su pronto despacho.

Tantos recuerdos al P. Montagne y al padrecito Roa, a quienes en gran parte debe usted el obispado, y disponga siempre de la buena voluntad de este su humilde hermano que se recomienda en sus santos sacrificios y oraciones, y queda s. afmo. y s. s.

† MARIANO ANTONIO

Ocho días después, Matías Alonso Criado escribe a Bogarín desde Santa Fe:

El domingo 5 almorcé con Lasagna, Aneiros y Espinosa. Los Obispos patrocinan su promoción al obispado...

* * *

El padre Juan Sinforiano Bogarín rondaba los treinta y un años de edad. Había nacido en Mbuyapey, el 21 de agosto de 1863. Fue ordenado sacerdote en el Seminario Conciliar de la Asunción, en 1886, y enseguida, promovido a secretario del Obispo. Al año siguiente, el 18 de abril de 1887, monseñor Aponte lo nombró cura de la catedral, en reemplazo de Tomás Antonio Castelví, trasladado a Lambaré.[26]

* * *

En setiembre, las noticias fueron más concretas. Con fecha 29 de agosto, monseñor F. Cavagnis, prosecretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Extraordinarios del Vaticano, le enviaba unos renglones:

Porto a cognoscenza della S. V. Ill.ma che desiderando il S. Padre di porre un termine alla troppo lunga vacanza di codesta sede del Paraguay, ha ordinato che la sua nomina episcopale avvia effetto per breve. Ella intanto potrà dare ordine a qualche agente che ritiri il breve in parola...

El breve está fechado el 30 de setiembre de 1894.

El 3 de octubre, Bogarín viaja a Buenos Aires. Monseñor Aneiros lo atiende fraternalmente, y quiere regalarle los ornamentos prelaticios, que una hermana del Arzobispo encarga a las Hijas de María Auxiliadora.[27]

El 23 de noviembre, el padre Godofredo Heck, visitador de los Lazaristas, avisa a Bogarín desde Buenos Aires que tiene en sus manos el breve de elección, y que ya se lo ha comunicado por telegrama. Pero tiene miedo de enviarlo por correo. No sea que se pierda.

* * *

Del 14 al 19 de enero, Lasagna cumple cuarentena en la isla de Flores. En esos días, Bogarín le envía un telegrama, en el que lo invita a consagrarlo obispo. No sabemos los motivos íntimos o circunstanciales que determinaron la elección. Pero el telegrama seguía a una invitación verbal que le hiciera en la Asunción.

El 24 de enero, Lasagna embarcó en Buenos Aires, rumbo a la Asunción. Debía arribar el día 31.

En el intervalo, se finiquitaron los trámites oficiales. El padre Aveiro, secretario del obispado, fue el encargado eclesiástico de invitar a las ceremonias del día 3. A su vez, fue designado oficialmente para traducir el breve del nombramiento, y posibilitar la tramitación civil.

El 30, el Gobierno paraguayo otorga el pase del breve, y ordena el juramento de fidelidad para el 2 de febrero, a las diez de la mañana. Firman el documento el presidente Egusquiza y el ministro Rufino Mazó.

El día 31, a las 8.30 de la noche, arribó Lasagna. Era el único pasajero, fuera de su secretario; esta vez, el padre Ángel Cavatorta, que viajaba desde Buenos Aires. Lo esperaban las autoridades eclesiásticas y civiles, y una multitud de pueblo.

El día 1º visita solemnemente al presidente de la república, general Juan B. Egusquiza, que lo recibe en compañía de todos sus Ministros.

Aprovecha el día 2 para conversar con el Ministro de Guerra sobre el problema de la escuela de artes y oficios.

El día 3 consagró al nuevo Obispo. A falta de otros prelados, fue asistido por los padres Enrique Valiente y Juan Bernabé Colmán, capellán del Hospital y párroco de la Encarnación, respectivamente. Apadrinaba el acto el propio Presidente de la república.

El lunes 4 pudo leer Lasagna la pastoral del nuevo Obispo, editada el día de san Blas, Patrono de la república, y el 6 se embarcó para Buenos Aires en el *Saturno*. Vinieron a despedirlo monseñor Bogarín; el Ministro de Guerra, en representación del Gobierno, y media Asunción.

Las tratativas para fundar la escuela de artes y oficios quedaron tan bien encaminadas, que el 11 de julio el Poder Ejecutivo remitió al Senado un proyecto de entregar a Monseñor el edificio del Hospital Viejo y terrenos adyacentes. Entrado el día 26, fue estudiado y discutido. El 19 de agosto, "el Senado y Cámara de Diputados de la Nación Paraguaya, reunidos en Congreso", acordaron y decretaron conceder en propiedad al Superior de los Salesianos, monseñor Luis Lasagna, los edificios del Hospital Viejo y 26.806 varas adyacentes, para establecer una escuela de artes y oficios.

El decreto definitivo fue confirmado el 23 de abril del 96.[28] Y el 23 de julio del mismo año desembarcaron en la Asunción los primeros salesianos.[29]

[1] Crónica de monseñor Lasagna.

[2] En la Crónica del Colegio Pío, el padre Horne anota entre los documentos existentes, una carta del Presidente del Brasil. No la hallé.

[3] *O Apóstolo*, Río de Janeiro, ed. del 9-I-1895.
Texto de la circular de monseñor Lasagna sobre las Misiones del Mato Grosso:

"Exmo. Senhor, / Estive longamente perplexo sobre si devia ou não lançar ao público este apelo, e por fim, vencendo toda a repugnância e hesitação, resolvi-me a romper o silêncio, e implorar com a presente Carta Circular o público concurso para uma empresa muito árdua, e que é importantíssima, não só pelo seu caráter religioso, mas também pela sua natureza súmamente humanitária; uma empresa, em fim, que certamente redundará em grande benefício e honra de tôda a Nação Brasileira. / Refiro-me à conversão e civilisação dos pobres indígenas, que, como filhos desherdados da família brasileira, gemem ainda na mais completa abjeção e barbária neste solo abençoado da Pátria comum. Pois é sabido por todos que se encontram ainda aos centenares e milhares as tribus dos infelizes selvagens dispersos pelas imensas matas do interior, os quaes esperam há séculos uma mão benéfica que chegue até as profundezas de suas misérias, para levantá-los à dignidades de homens e de cristãos, e incorporá-los ao resto da Nação. / Estimulam-me a esta empresa os prodigios de zelo e valor que já se realisaram para este mesmo fim tão sublime nos séculos decorridos, e que ainda hoje se estão realisando nos sertões do Brasil pelo heroísmo de venerandos e intrépidos Missionários. / Mas o que mais fortemente me impele a esta grande empresa, dí-lo-ei sinceramente, é a voz do imortal Pontífice Leão XIII, o qual me fez sagrar Bispo em Roma, e me cumulou das mais afectuosas e paternaes distinções, para animar-me a trabalhar com maior zelo e eficacia na civilisação das numerosas hordas de selvagens que andam errantes pelo imenso território do Brasil. / O grande Pontífice, que preside aos destinos moraes e religiosos de todos os Povos do mundo

inteiro, e que a nenhum dêles esquece na sua imensa caridade, vendo com grande alegria de sua alma os espléndidos resultados que obtiveram os Salesianos nestes últimos anos lá na Patagonia e na Terra do Fogo, na conversão e civilisação daquêles indios ferozes, escolheu-me a mim para que me esforçasse em extender aos indígenas do Brasil os beneficios de uma propaganda tão urgente e tão sancta. / E, nestes últimos dias, o mesmo zeloso Pontífice chamou a Roma o Rvm. Padre Costamagna, Superior dos Salesianos em Buenos Ayres, para sagra-lo Bispo e envia-lo como Vigário Apostólico entre os selvagens da República do Equador, secundando assim os reiterados pedidos do católico Governo daquêla República, que prometeu apoiar com tôdas as suas forças o feliz éxito daquêla Missão. / Quanto a mim, obediente e agradecido à voz do sábio Pontífice, sai logo da Itália, vinte dias depois de minha sagração episcopal, e, apenas cheguei ao Brasil, emprehendí uma longa e fadigosa exploração à Mato Grosso; pois, entendia que aquêle vastíssimo Estado, o mais afastado da Capital Federal e o mais povoado de indios bravios, se prestaria admirávelmente a um plano estratégico, eficacíssimo e muito rápido para as conquistas da Cruz e da civilisação. / Nunca me esquecerei da recepção sumamente honrosa e cordial que me fizeram o Exm. e Rvm. Sr. Bispo de Cuibá, D. Carlos Luiz de Amour, e o Exm. Sr. Presidente do Estado, Dr. José Manuel Murtinho, os quaes se dignaram esperar-me no porto, rodeados de grande multidão de povo, e abraçar como afecto a este pobre Missionário. Conserve Deus por longos anos, para bem da Pátria, aquelas duas almas grandes e generosas! / Em Mato Grosso permaneci um mes inteiro, percorrendo varios pontos, para recolher tôdas as informações possíveis. Desde aquêle centro, para onde quer que se dirija o passo, ao Norte ou ao Sul, para Leste ou para Oeste, se encontram sempre numerosas tribus indígenas, sepultadas nos horrores da superstição e da barbária. Seguindo de lá o curso dos numerosos e grandes rios que vão lançar-se no Amazonas, penetrando no Estado de Goyaz, ou aproximando-se das fronteiras occidentaes dos Estados de S. Paulo e do Paraná, só se encontrão com suas luzes a Religião com suas consolações ainda têm penetrado. / Oh! que campo imenso para o valor e abnegação dos valentes soldados da Cruz e do Progresso! / Na Capital de Mato Grosso deixei cinco Salesianos, no Colégio de Artes e Oficios que lá fundei para meninos pobres; e êsse Colegio deverá servir como de quartel general e ponto de partida para as futuras expedições entre os selvagens. Com efeito, de acordo com o Exmo. Sr. Presidente e o Sr. Bispo daquele Estado, determinei inaugurar este ano a difícil missão dos Indios Coroados, os quaes pelo seu número e caráter indómito têm sido até agora o terror e o flagelo daquêlas povoações. Pois bem, saiba, Exm. Senhor, que os filhos de D. Bosco, já tão conhecidos no Brasil por tantos Estabelecimentos de caridade abertos em pró de meninos pobres, já estão prestes para ir dentro em breve consagrar sua juventude, suas forças e sua mesma vida naquêlas imensas selvas inhóspitas entre as raças bárbaras das florestas virgens. / Está fixado, pois, que dentro de um mes, sairá uma numerosa expedição de Salesianos, e de Irmans, Filhas de Maria Auxiliadora, também pertencentes à Congregação Salesiana, para renovarem no Brasil os esforços, os sacrifícios e, si a Deus aprouver, os triumphos também, que outros Salesianos alcançaram em outras terras mais longínquas da América do Sul. / Não escapará à perspicácia de V. Excia. a imensa vantagem que resulta de terem os Missionários Salesianos nessa difícil empresa o apoio e a incomparável dedicação das Irmans de Maria Auxiliadora. Elas pouparão aos Sacerdotes contactos inconvenientes e ofícios os quaes seriam pouco aptos. Elas, com o prestigio irresistível que as acompanha em tôda a parte, tomarão conta das mulheres e das crianças para ensinar-lhes os elementos da Religião e das letras, os princípios rudimentares do asseio, da hygiene, dos trabalhos próprios de seu sexo, e de tudo o que se refere à vida de família. Dessa maneira poderão os Sacerdotes, coadjuvados por bons Salesianos leigos, concentrar todo o seu zelo para ensinar aos homens, juntamente com os princípios de nossa santa Religião, a agricultura prática e os ofícios mais comuns e mais indispensáveis

para o consorcio humano. / À vista de tudo isto, não é difícil comprehender que enormes despezas reclama inevitávelmente uma empresa desta sorte. O transporte de tantos Missionários para regiões tão distantes e tão invias; a necessidade de fornecer-lhes todos os utensilios indispensáveis para o Culto, para a lavoura e para os ofícios mais comuns da vida, tudo isso exige somas avultadas que os Salesianos não possuem; tanto mais si se considerar que êles deverão também levar comsigo copiosos presentes e variados mimos, embora pequeninos, para captarem a confiança d'aqueles selvagens, os quaes, despidos de todo sentimiento um pouco nobre, só se deixam levar pelo instincto da cobiça e do interesse do momento. / É sabido por todos que aqueles infelizes andam completamente nús e os Missionários, logo ao chegarem deverão tratar antes que tudo de cobrí-los e dar-lhes pouco a pouco o aspecto de gente, pois que no estado em que presentemente se acham não diferem muito das féras do mato. / Porém donde tirarão os Salesianos, que são tão pobres, os meios indispensaveis para iniciar e sustentar uma empresa tão arriscada e tão dispendiosa? O nosso inolvidável e santo Fundador e Mestre, o imortal D. Bosco, nos ensinou a confiar cegamente na Divina Providência e na caridade inexgotável das almas generosas, que, si em tôdas as partes aparecem, para honra da humanidade, nq Brasil se encontram com excepcional abundância. / Todos, com efeito, nos lembramos de que, ainda não ha muito tempo, percorreram estes Estados mais prósperos do Brasil, Bispos e Missionários da África e da Asia, e sabemos que para as suas apartadas Missões obtiveram da generosidade do povo brasileiro auxílios verdadeiramente importantes. E por que deveremos temer agora, nós os Salesianos, de não alcançar do povo o mesmo apoio, a mesma caridade, quando se trata de favorecer uma obra tôda nacional, e que redundará exclusivamente em benefício do querido Brasil? / Todos os pobres desvalidos das nossas cidades encontram fácilmente amparo e proteção em tantas Obras Pias, em tantas Sociedades de Mutuo-Socorro, em tantas Instituções de Caridade e Beneficéncia, que derraman em tôda a parte a esmola e a consolação nas horas de miséria e de desgraça; e por qué ninguém pensará uma vez nos pobres e infelicíssimos filhos do sertão? Por que não se encontrará quem, por meio de um generoso óbulo dado aos Salesianos, acuda às profundas misérias materiaes e moraes de tantas creaturas de Deus, que ainda jazem sepultadas nas trevas da ignorância e da idolatria? / O ilustrado e patriótico Governo do Brasil já me prometteu as passagens gratuitas para o numeroso pessoal da expedição até a Capital de Mato Grosso; mas para fazer frente ao resto das enormes despesas, não tenho outro meio sinão extender a mão para pedir esmola. / Necessitamos de utensílios, máquinas e instrumentos para tôda a sorte de trabalhos; de fazendas e hábitos para vestir aquêla multidão de desvalidos; de objectos para o Culto; de instrumentos musicaes e de todo o necessario à construção de Capellas e choupanas para os Missionários e as Irmans de Maria Auxiliadora. / Não extranhe pois, Exm. Snr., si, confiando na bondade do seu coração e no interêsse com que V. Exc. sempre acompanha e favorece as causas nobres e patrióticas, eu me atrevo a pedirlhe humildemente o seu concurso para o bom éxito da nossa ardua Missão em Mato Grosso. / Oh! digne-se V. Exc. associar seu nome e a sua generosidade a uma Obra, que não póde deixar de tornar-se sympáthica a todas as almas grandes e caritativas. Deante do espectáculo de tantos valorosos Missionários e delicadas Irmans, que, com a Cruz de Cristo no peito, não dúvidam dar-se a si mesmos e imolar sua vida em pró dos pobres indígenas do Brasil, quem recusará dar um pequeno óbulo para esta Obra de imensa caridade? / É muito de esperar que fabricantes de tecidos, ricos negociantes e opulentos fazendeiros se lembrem alguma vez de que no mesmo solo onde êles constituiram ou herdaram sua fortuna, existem ainda milhares de seres infelizes, os mais infelizes de quantos vivem no mundo, os quaes, para serem homens uteis a sua Patria, só carecem da caridade do Missionário católico; e então será impossível que recusem a êste o seu valioso apoio. / Exmo. Snr., por amor de Deus que nos manda têr misericordia do pobre desvalido, por amor da humanidade tão

decaída e degradada na pessoa dos pobres indígenas, não deixe de proteger os Missionários Salesianos, que com admirável abnegação se dedicam à salvação desses povos desgraçados. / Digne-se V. Exc. fazer-se propagandista entre seus parentes e conhecidos, e, com sua palavra e seu exemplo, alcance que muitos se associem por meio de alguma oferta aos méritos desta santa Cruzada. Nosso Senhor Jesus Cristo, que prometeu solenemente não deixar sem recompensa nem siquer um copo de água dado a um pobre em seu nome, como não cumulará de bençõcs essas almas generosas, que concorrerem para levar-se a Fé e a Civilisação à povos inteiros desventuradíssimos? / Os bons Missionários e as intrépidas Religiosas, que, dentro em breve, vão partir para aquelas longínquas florestas, não deixarão, nem por um instante só, de implorar as recompensas do Céu para V. Exc. e sua Exma. Família, para todos os Bemfeitores da Missão e os seus interêsses materiaes e moraes. / E eu mesmo, quando fôr visitar e confortar os meus Irmãos perdidos no meio daqueles sertões; quando fôr abençoar e confirmar na Fé de Jesus Cristo os nossos primeiros neóphytos, me juntarei con todos êles a fim de rogar com lágrimas de gratidão por todos os Protetores desta primeira e importantíssima Missão Salesiana de Mato Grosso. / Entretanto, junto com os protestos do meu antecipado agradecimento e sincera estima, aceite, Exmo. Snr., os férvidos votos que faço em favor de V. Exc. e de sua Exma. Família para o Ano Bom; e em penhor da proteção celeste, receba uma benção cordialíssima que lhe envio em nome do Menino Jesus, Divino Salvador dos homens. / De V. Excia. Atto. Venor. e Creado Obrigmo., / † LUIZ, Bispo Titular de Trípoli. / S. Paulo, 1 de janeiro de 1895. / NOTA: Os Missionários receberão agradecidos qualquer esmola em dinheiro, a qual poderá ser enviada com indicação certa do seu fim a qualquer dos Diretores dos seguintes Colégios Salesianos: Lyceu do Sagrado Coração de Jesus em São Paulo, Colégio de Santa Rosa em Nictheroy, Colégio de São Joaquim em Lorena, Lyceu Salesiano em Pernambuco. / Egualmente agradecerão qualquer donativo de fazendas e de roupas feitas, novas ou usadas, como calças, camisas, ceroulas, lençóes, redes para dormir, etc.; de contas de vidro, espelhinhos, facas, canivetes, tesouras, fitas e linhas de côres, etc., para mimosear aos Indios; de arados, machados, serras, enxadas, máquinas de costura e de fiar, teares, aparelhos de debulhar milho e socar o arroz, etc., como também de tudo o que póde servir para o Culto Católico." (Oficinas Salesianas, S. Paulo, 1895.)

[4] Durante el viaje a la Asunción, Villaamil quedó en Montevideo. Del 22 de enero al 23 de febrero, actuó de secretario el padre Ángel Cavatorta.

[5] ACSS., carta a monseñor Juan Cagliero, del 25-VII-1895. "Hubiera deseado viajar en el *Chile* o en el *Manila;* pero no me alcanzaba el dinero."

[6] ACSS., carta a don Rúa, del 9-IX-1894.

[7] El padre Carlos Cipriano, director de Las Piedras, falleció el 4 de mayo de 1894. Había nacido en Front (Piamonte, Italia), el 6 de setiembre de 1848. (Cf. Elenco de la Sociedad de San Francisco de Sales, año 1894.)

[8] Don Bosco había otorgado a Cagliero plenos poderes de administración y representación en cualquier acto comercial referente a establecimientos de la Congregación en la República Argentina y en cualquier parte de América, el 29 de octubre de 1875, ante el notario real patentado Pedro Víctor Paresio. Actuaron de testigos el padre Joaquín Berto y el abogado Carlos Foca. El poder, otorgado en Turín, fue legalizado en Savona por el cónsul argentino, Juan B. Gazzolo, el 12 de noviembre de 1875, y por el Cónsul oriental en Buenos Aires, el 15 de mayo de 1876. (Estos documentos se hallan en el archivo de la Inspectoría Salesiana de San José, Montevideo.)

El testamento otorgado en Colón se abrió ante el juzgado civil de primer turno de Montevideo, a cargo del doctor Miguel V. Martínez, el 1º de junio

de 1896. El inventario fue aprobado el 1º de noviembre siguiente. (Cf. diario *El Siglo,* Montevideo, 2-VI-1896.)

[9] ACSS., carta a Cagliero, del 20-VI-1895.

[10] Elenco de la Sociedad de San Francisco de Sales, América, 1895, págs. 51 y sigs.

[11] Desde varios años atrás, un grupo de personas influyentes deseaban la apertura de una Casa salesiana en Recife. El obispo José Esberard, viejo conocido de Lasagna, en 1892 hizo un llamado para la fundación de un colegio salesiano.

Cuando Lasagna pasó por Recife, no sólo había expresado su satisfacción por la idea, sino que hasta había indicado el lugar que le parecía apropiado, sito en el número 153 de la calle Güiana.

De hecho, los pernambucanos adquirieron la chacra señalada. Había sido residencia del último gobernador portugués, capitán general Luis do Rego Barreto.

Don Rúa, desde Turín, veía con simpatía el proyecto, pero carecía de personal y de medios económicos. Por otra parte, conocía perfectamente la opinión de Lasagna con respecto a la organización y dependencia del nordeste brasileño.

Cuando el doctor Carlos de Menezes viajó a Europa, entregó al Superior un fuerte donativo para cubrir los gastos de viaje e instalación de los Salesianos. En noviembre de 1894 se organizó una expedición, capitaneada por don Lorenzo Giordano. Con él venían el novel sacerdote Clelio Sironi; los clérigos José Blangetti, Luis Dellavalle y León Battistini, y el coadjutor Carlos Roasetti.

Monseñor Esberard ya había sido trasladado a Río de Janeiro.

Después de dos meses de arreglos, el Colegio fue abierto oficialmente el 10 de febrero de 1895.

El 15 de agosto se colocó la primera piedra de la futura escuela de artes y oficios.

Dependía directamente de Turín, y más precisamente, del padre José Lazzero, miembro del Capítulo Superior, que hacía de inspector de las Casas de Colombia, Venezuela, México y Pernambuco.

(Cf. *Boletín Salesiano,* abril de 1895, pág. 87, y diciembre de 1895, pág. 286; Luiz Marcigaglia, *Os Salesianos...,* cit., pág. 56.)

[12] Crónica del Colegio Pío de Villa Colón, año 1895.

[13] Catálogo Salesiano (Nuevo Continente), año 1895, pág. 62.

[14] Luiz Marcigaglia, *Os Salesianos...,* cit., pág. 98.

[15] José Francisco da Rocha Pombo, *História do Brazil,* vol. X (ed. B. de Agiar, Río de Janeiro, s/d.).

[16] *Projeções epistolares,* carta de Jorge Griffi a don Rúa, de XI-1893 (página 80), y carta de Pedro Rota, del 1-XII-1893 (pág. 84); Freguezia de São João B. de Niterói, Relatório Paroquial, pág. 60.

[17] *O Apóstolo,* del 6-I-1895. Véase, también, Crónica del Colegio Santa Rosa, de Niterói.

[18] *Jornal do Comércio,* Río de Janeiro, 2-XII-1894; *O Fluminense,* también de Río, de los días 7-VIII y 12-IX-1894; *A Pátria,* de São Paulo, 4-XI-1894; Crónica de Santa Rosa, de Niterói.

[19] Archivo de la Curia Arzobispal de San Pablo, 1, 4, 33.

[20] *Platea,* de San Pablo, 20-X-1894.

[21] Monseñor Arcoverde nació en Cimbres (Pernambuco, Brasil), el 17 de enero de 1850. Estudió en el Pío Latino Americano de Roma, y fue ordenado sacerdote en la Ciudad Eterna, el 4 de abril de 1874. En 1885 fue nombrado coadjutor de Bahía; pero no aceptó. Sin embargo, el 26 de junio de 1890 fue elegido obispo de Goiaz. Consagrado en Roma el 26 de octubre, renunció ahí mismo, a los pocos días, y se dedicó al magisterio en Itú, con los Jesuitas. El 25 de agosto de 1892 fue nombrado coadjutor de San Pablo, hasta la muerte de don Lino. El 24 de julio de 1897 fue promovido al arzobispado de Río. El 11 de diciembre de 1905 fue elevado al cardenalato del título de los santos Sabino y Alejo en el Aventino. En los últimos años de su vida, debido a su decadencia mental, se le puso un coadjutor. (Cf. M. de Alvarenga, *O episcopado...*, cit.)

[22] Crónica de las Hijas de María Auxiliadora, Ipiranga.

[23] Crónicas de las Hermanas de Guaratinguetá y de Santa Rita de Cuiabá, y Cronistoria del padre Balzola. Véase, también, *O Apóstolo*, de Río de Janeiro, 10-V-1895.

[24] El acta de la nominación, publicada en la *Gazeta Oficial* del 26-IV-1895, es del tenor siguiente:

"Administração do Exmo. Dr. Manoel José Murtinho / Acto N. 726 / Dia 19 de abril / N. 610 / O Dr. Presidente do Estado, atendendo a conveniência de confiar-se aos Missionários Salesianos enviados a este Estado, entre outros fins, para a catechese dos indígenas, a civilização dos indios localisados na Colónia Theresa Christina, resolve nomear diretor da deta Colonia o Rvd. Padre João Balzola e vicediretor auxiliar o Rvd. Padre José Solari, ambos do número dos mesmos Missionários, os quaes desempenharão as respetivas funções de acôrdo com as regras da Ordem religiosa a que pertenecem e as instruções expedidas por esta presidéncia."

"Expediente N. 728 / Dia 19 de abril de 1895. / Ao reverendo Sr. Padre Antonio Malán, diretor das Missões salesianas neste Estado. / Tendo eu por acto desta data junto por copia nomeado o reverendo padre João Balzola diretor da Colónia Theresa Christina e vicediretor o reverendo padre José Solari, os quaes convém que sigam quanto antes a entrar no exercício das respetivas funções para o que lhes serão ministrados por conta do Estado bem como todos os seus auxiliares, os precisos meios de trasporte co mais que fôr indispensável para manter-se o serviço de que se vão encarregar, assim cabe-me declarar-vos para os fins convenientes; sendo que oportunamente expedirá esta presidéncia as instruções que deverão ser observadas na direção e régimen da referida Colónia. / Ao cidadã Inspetor do Thesouro do Estado. / Recomendo-vos que do dinheiro ahi recolhido em depósito com destino à colonisação nacional, mandeis entregar ao revd. Padre Antonio Malán, superior das Missões Salesianas aquí no Estado, a quantia de 1.000$000 reis, afim de ocorrer à despezas com os Missionários que vão para a colónia indígena Theresa Christina hoje a cargo das referidas Missões e com a compra de objectos que levan destinados à catechese."

[25] Archivo de la Curia de la Asunción, casillero 120.

[26] Arturo Bray, *Hombres y épocas del Paraguay*, libro II, pág. 163 (ed. Aconcagua, Buenos Aires, 1957).

[27] *La Democracia*, de la Asunción, 3-X-1894.

[28] *Diario Oficial*, de la Asunción, N° 1.841, del domingo 24-XI-1895; N° 1.873, del 4-I-1896; N° 1.962, del 24-IV-1896, y N° 1.985, del viernes 22-V-1896.

En el archivo del Colegio Monseñor Lasagna existe la siguiente carta del general Juan B. Egusquiza:

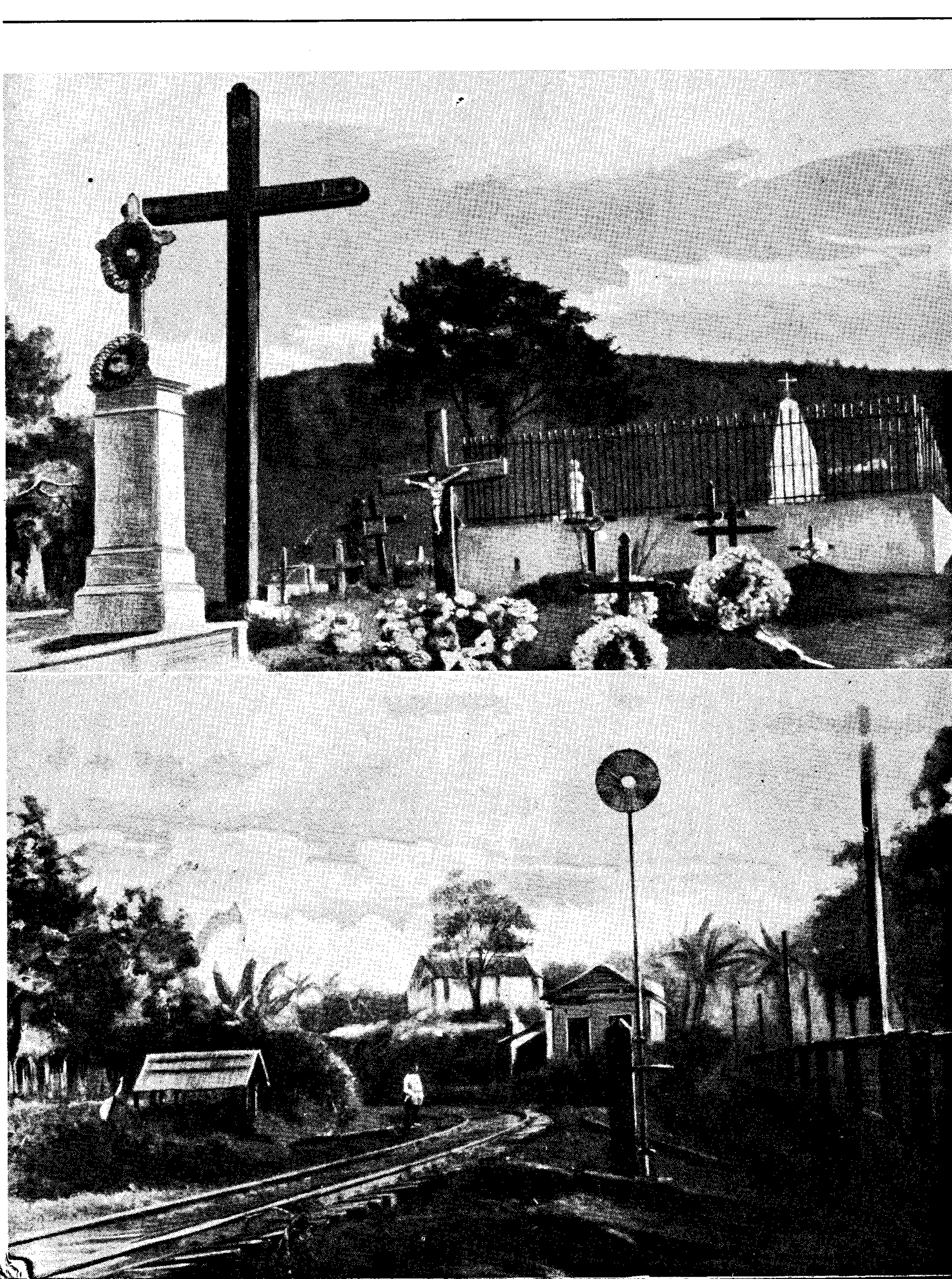
"Asunción, junio 15 de 1896. / Rev. Señor: / Complacido recibí su muy

apreciable carta en la que se sirve comunicarme que sus Superiores de Turín y el M. Rdo. Inspector del Uruguay han impartido ya las órdenes para que en breve salga la primera expedición salesiana hacia este país, y al mismo tiempo el haber sido V. R. nombrado director de la nueva Casa. / Muchísimo me congratulan ambas noticias, pues creo que al fin se verá llenado uno de mis más ardientes deseos, confiando en los esfuerzos, inteligencia y buena voluntad de V. R. que sabrá llevar adelante la importante obra iniciada por el malogrado Mons. Lasagna. / Al mismo tiempo me es satisfactorio comunicarle que el local destinado para la escuela está ya desocupado, quedando solamente en una extremidad el Hospital Militar, que en breve será trasladado a otra parte. / Deseando cuanto antes ver llegar a estas playas la primera expedición salesiana bajo la digna dirección de V. R., me es grato entre tanto ofrecerle las seguridades de mi consideración y particular aprecio. / JUAN B. EGUSQUIZA."

[29] En la Crónica del Colegio Monseñor Lasagna, de la Asunción, consta que el 23 de julio de 1896 desembarcaron en la Asunción el padre José Gamba, inspector de las Casas del Uruguay y Paraguay; el padre Ambrosio Turriccia (italiano, nacido el 12-X-1865), como director de la nueva Casa, acompañado por el padre Domingo Queirolo (uruguayo, nacido el 25-IV-1869), el acólito Pedro Folio (nacido el 1-VI-1873) y el coadjutor Carlos Dugnoni (nacido el 9-XII-1848). Tres días más tarde, el padre Gamba se embarcó para Montevideo. Entre tanto, los demás comenzaban a aprender guaraní.

Antes de la llegada, el procurador de Lasagna, padre Hermenegildo Roa, había llevado adelante todos los trámites previos, que se pueden apreciar en el *Diario Oficial*, Nros. 1.760 y 1.765, del año 1896. Estos esfuerzos produjeron las leyes del 19-VIII-1895 y del 23-IV-1896.

CAPÍTULO XXI



La última jornada

... y allá en la soledad de Juiz de Fora,
una tarde siniestra tú caías,
como un ave que sueña con la aurora,
como un arpa sedienta de armonías.

EDUARDO DUFRECHOU, S.D.B.: *Juventud*, Nº 9, noviembre de 1926.

SU ESTADA EN Río culminó "con la conmemoración más espléndida y fecunda —lo afirma *O Apóstolo*— que se haya realizado al clausurar el cuarto centenario del descubrimiento de América. Todo ocurrió en San Francisco de Paula. Pontificó monseñor Amorin. El discurso correspondió a Lasagna".

"En las amplias naves de San Francisco de Paula —continúa *O Apóstolo*—, tal vez, nunca el Espíritu Santo ha golpeado los corazones... como ayer, por la voz inspirada, convencida, inflamada de caridad..., del obispo Luis Lasagna."

El 15, ya operaba en Guaratinguetá. Todo estaba dispuesto para la apertura de tres nuevos establecimientos: la Escuela Agrícola Salesiana de Cachoeira do Campo, y dos Institutos de María Auxiliadora: uno en el hospital de Ouro Preto, y otro en Ponte Nova.

Lasagna había decidido concentrar a todo el personal expedicionario en Guaratinguetá. El padre Domingo Albanello; el padre Domingo Zatti; la visitadora, madre Teresa Rinaldi; las Hermanas destinadas a Ouro Preto: Julia Argentón y Filomena Farías, con la directora Petronila Imas y la aspirante Eduviges Gomes Braga, y todo el personal de Ponte Nova, o sean las hermanas María Cousirat, Florisbella Souza, Belmira D'Alessandria y Paulina Heitzman. También las acompañaría Juana Lusso, una señora que desde hacía tres años vivía con la Comunidad.

Mientras esto maduraba, organizó una Misión para el pue-

← Juiz de Fora (Brasil). La vista superior corresponde al cementerio donde fueran sepultadas las víctimas del desastre. La de abajo, a la curva del ferrocarril donde ocurriera el siniestro. (Atención del padre Luigi Dotta.)

blo. El padre Albanello inició el 24 de octubre la predicación correspondiente. Su tono agresivo, sus denuncias concretas, y la fácil beligerancia de ese tiempo, encendieron un clima de guerra, atizado por la prensa masónica lugareña.[1]

Lasagna decidió evitar el riesgo del combate, y en los últimos días suplió personalmente a Albanello en la predicación. Éste se alejó de Guaratinguetá algunos días antes de terminar, y esperó en Lorena el paso de la expedición.

El día 3 se clausuró la Misión. El 4 hicieron el ejercicio de la buena muerte los Salesianos y las Hermanas, y se prepararon a partir.

El Ministerio de Agricultura les había cedido gentil y gratuitamente un vagón especial, para comodidad de los Misioneros. Constaba de dos amplios compartimientos, intercomunicados por una puerta. El de atrás fue destinado a las Hermanas, y el de adelante, a los Salesianos.

El 5 de noviembre se levantaron todos de madrugada, e hicieron devotamente sus prácticas piadosas. El Obispo atendió largo tiempo a las confesiones, y luego se confesó también él.

Acudieron a despedirlo a la estación los Superiores cercanos: Carlos Peretto, director de San Joaquín de Lorena, y Miguel Foglino, director del Sagrado Corazón de San Pablo, con quienes departió larga y afectuosamente.

La salud no lo acompañaba, y en la conversación menudearon alusiones a la posibilidad de que algo le ocurriera en alguno de sus viajes.

Bendijo a todos, abrazó a Peretto y a Foglino, y subió al tren de línea.

Mientras se ubicaban en el vagón, oyeron un alarmante comentario: un desconocido, después de mirar a todos los sacerdotes, advirtió la ausencia de Albanello, y comentó agriamente:

—Es listo el hombre; pero no importa, ya caerá...

Partieron a eso de las once y minutos. En Lorena se acoplaron a la expedición el padre Albanello; el carpintero que vino de Montevideo, Domingo Germano; el clérigo Guillermo Brückhauser, y un aspirante. El viaje al principio fue agradable.

A las cinco de la tarde estaban en Barra de Piray, conocido empalme de líneas ferroviarias.

Allí debían pernoctar en un hotel, para tomar a las 7.30 del día siguiente el tren expreso S. 1, que venía de Río, y los llevaría a Ouro Preto.

Se levantaron temprano. Zatti y Albanello fueron a cele-

trar a la parroquia.[2] Monseñor y Villaamil lo hicieron en una capilla cercana, donde las Hermanas oyeron misa.

El expreso venía con un atraso de dos horas y veinte minutos, a causa de un desperfecto en los frenos y las ruedas de los coches, sufrido entre las estaciones de Mathias y de Cedofeita.

En Barra se enganchó el vagón especial de los Misioneros entre el furgón de mercancías que seguía a la máquina y el vagón correo, aislado de los demás coches de pasajeros.

Albanello se quejó del hecho al jefe de estación. Pero no recibió mayores explicaciones.

Al fin partieron para Juiz de Fora. Durante todo el trayecto los asaltó una terrible tormenta eléctrica, acompañada por violentas ráfagas de viento y lluvia.

El calor, la tempestad y la altura a la que penosamente iba trepando el convoy, tornaron el viaje muy desagradable. Hubo momentos en que algunos viajeros sufrieron náuseas y mareos, como en los cruceros marítimos.

Finalmente, a las 2.22 arribaron a Juiz de Fora. Con admiración leyeron la placa que campaba en una pared de la estación, y proclamaba la distancia a Río (275 kilómetros) y la altura sobre el nivel del mar (678 metros).[3]

Entre Juiz de Fora y la estación siguiente —Mariano Procopio, que pertenece a la misma ciudad[4]— hay una distancia aproximada de dos kilómetros y medio.

Si se parte de Juiz de Fora, los dos primeros kilómetros tienen perfecta visibilidad; pero de ahí en adelante, ésta se ve interrumpida por una elevación que obliga a las vías a describir dos curvas: una hacia la derecha, para evitar las estribaciones del montículo sobre el que se levanta parte de la ciudad, y otra hacia la izquierda, para arribar a Mariano Procopio.

En línea recta hacia arriba desde el punto máximo de la curva —a unos trescientos metros de la vía—, se halla la iglesia de Nuestra Señora de la Gloria, regentada por los Padres Redentoristas, que atienden a la numerosa colonia alemana allí establecida desde 1858.

Pues bien; las comunicaciones telegráficas entre Mariano Procopio y Juiz de Fora estaban interrumpidas. El temporal había cortado las líneas.

De acuerdo con el reglamento, el jefe de Mariano Procopio, Salvador José Domingues Alves, envió al de Juiz de Fora un correo con la autorización de la partida del expreso hacia Mariano Procopio, en cualquier momento que llegara de Río de Janeiro.

A las 3.20, aproximadamente, Domingues Alves se halló con que un tren mixto que venía sin pasajeros —el M. 14, especial para inmigrantes— solicitaba permiso de partida hacia Juiz de Fora, pues alegaba que Mariano Procopio no poseía la doble vía indispensable para el cruce de trenes, y que era necesario avanzar hasta la próxima estación.

Domingues Alves pensó que la distancia era muy corta; y como no tenía noticias del S. 1, dio la señal de partida.

Llovía torrencialmente, y ambos trenes ya avanzaban sin verse en sentidos opuestos.

Se encontraron justamente en el punto más agudo de la curva, a dos kilómetros de Juiz de Fora y a quinientos cincuenta metros de Procopio, frente a la chacra de Ferreira Laze.

Cuando se advirtió el peligro, toda maniobra resultó inútil.

El padre Zatti, que se asomó a la ventanilla al oír la angustiosa pitada de ambos trenes, sólo pudo exclamar:

—¡Dios mío, chocan! ¡María Auxiliadora, sálvanos!

Y no hubo más tiempo. Se oyó un desgarrador chirrido de frenos, y el estampido del choque. Se habían estrellado ambas locomotoras.

Por inercia, el vagón correo destrozó la culata del coche especial, y penetró como una tromba destructora de ruedas, hierros y maderas por atrás del vagón de los Misioneros.

Las ruedas del correo subieron por el plano inclinado de los escombros que dejaban a su paso, hasta más allá de la mitad del coche especial.

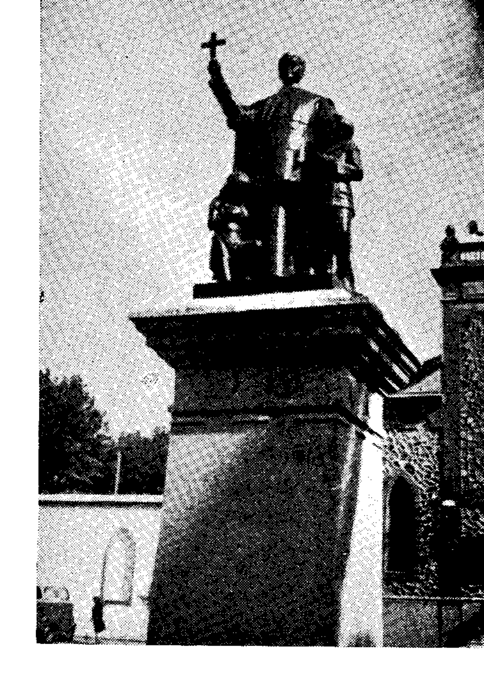
Sólo resultaron ilesos los que viajaban en los primeros asientos: los padres Zatti y Albanello, el clérigo Brückhauser y un aspirante.

El padre Villaamil, que iba en el quinto asiento —uno de los últimos del primer compartimiento—, y todos los que viajaban en la sección de las Hermanas, donde estaba Monseñor, quedaron cubiertos de ruedas, hierros y maderas.

Uno de los actores de la tragedia, el padre Zatti, cuatro días más tarde, y todavía bajo el efecto emocional del desastre, escribió una detallada y macabra descripción del percance, ilustrada hasta con gráficos, y destinada al padre Turriccia. Copiamos lo más importante:

> Me vi de pronto circundado de asientos, hierros y maderas, y envuelto en una asfixiante nube de polvo. Cerca de mí pedía auxilio el pobre clérigo [Guillermo Brückhauser]. Le sangraba la cabeza, apretada entre las maderas. Empujé con fuerza un tirante, y Guillermo logró zafarse.

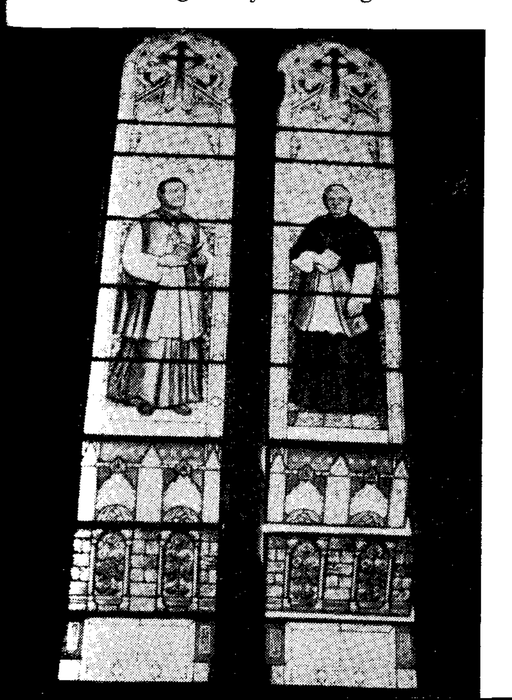
AD PERPETUAM REI MEMORIAM

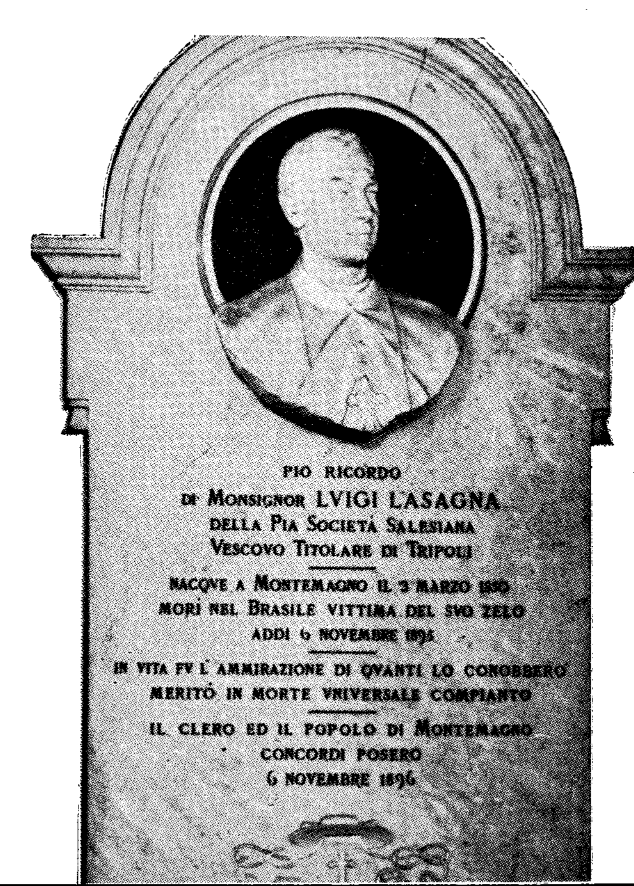


VILLA COLÓN (URUGUAY): Monumento al Fundador erigido frente a la iglesia del Colegio. Fue una idea de Monseñor Mariano Soler, expresada en 1895. Se inauguró en 1915.

MONTEMAGNO (ITALIA): Placa marmórea descubierta en su memoria al año de la muerte.

PINDAMONHANGABA (BRASIL): Vitrales de la iglesia del Noviciado, con las imágenes de Cagliero y de Lasagna.





De pronto pensé que la máquina iba a estallar, y presa del pánico salté por la ventanilla. Felizmente, el maquinista había alcanzado a cerrar el vapor...

Ya en tierra, miré a todas partes..., y nadie se movía. Pensé que estaban todos muertos. Horrible fue la vista de Monseñor. ¡Pobrecito! Estaba en su lugar, con el cuello y la cabeza ligeramente asomados por la ventanilla. Lo vi, y enloquecido comencé a gritar:

—¡Ha muerto Monseñor!... ¡Ha muerto Monseñor!...

Era el único que asomaba, y el pobrecito seguramente no estaba todavía muerto. Tenía la cabeza en el vano de la ventanilla, pero el cuerpo apretado entre la pared frontal del vagón correo y el tabique divisorio de nuestro compartimiento...

Pensé en salvar a los heridos, por si alguno sobrevivía... Pedí ayuda, y todos estaban como paralizados... En este momento salió por una ventanilla el padre Albanello, y luego, el clérigo y el aspirante. Éste, con mucho ánimo, saltó de nuevo adentro, para tratar de ayudar a alguno.

Yo lo seguí; pero no veía nada. Finalmente, vi aparecer una mano por un hueco. Era una Hermana. Pedía auxilio desesperada. La así de la mano, para significarle que trataría de ayudarla. Pero me apretó con tal desesperación, que parecía querer arrancarme el brazo. Me animé, tomé un hierro, y comencé a remover escombros.

En ese momento, ya me ayudaban muchos. Los Padres Redentoristas estaban a mi lado, y mientras trabajaban con un grupo de voluntarios, administraban los últimos sacramentos.

Abrimos un boquete. Por ahí salió una monja ensangrentada, casi sin ropas. La llevamos a una casilla de unos negros muy pobres que vivían junto a las vías.

Luego extrajimos a sor Paulina [Heitzman], brasileña, en horrible estado. Había perdido un talón. Tenía la cabeza cubierta de heridas, llena de vidrios, los brazos descarnados, herida gravemente por todas partes. Parecía no sentir dolor... También la llevamos a la casilla de los negros.

Los trabajos proseguían. Se había abierto otro túnel por el lado derecho. Los gritos de dolor aumentaban... Y llovía a torrentes. Estábamos todos empapados.

Del lado derecho salió poco a poco el carpintero [Domingo Germano], casi ileso. Después, sor María [Cousirat]. Ésta no parecía un sér humano, sino un monstruo deformado. Cubierta de sangre y fango, con el rostro desfigurado y el cuerpo maltrecho. La llevé a la casa de un médico, que resultó un viejo amigo nuestro. Vivía ahí cerca, y había venido en nuestra ayuda.

Después se extrajo a sor Florisbella [Souza], en peor estado que sor María. Había perdido casi toda la ropa. El pudor venció al horror de la muerte. Vuelta en sí, arrebató el sayal del cadáver de sor María, que estaba a su lado, y se cubrió.

La señora que acompañaba a las Hermanas, estaba la pobrecita a la miseria. La oí pedir auxilio, y olvidándose de sí misma, insistir en que ayudáramos a la hermana Julia Argentón, que trataba de zafarse de un apretón de hierros y maderas. Murió entre dolores atroces, antes de ser rescatada...

En este momento se logró retirar el tabique lateral de nuestro vagón, y el cuerpo de Monseñor cayó de costado hacia dentro. ¡Pobrecito! Ciertamente, murió asfixiado. Dijeron, luego, que un hierro lo atravesó de lado a lado. Pero yo no lo vi.

Junto a él estaba la madre Teresa [Rinaldi], sin velo, con una gran herida en la mandíbula derecha. Al caer —ya estaba muerta—, saltó un cuajarón de sangre de la herida.

Más allá estaba la hermana Petronila [Imas]. Tenía la cabeza destrozada, y el cuerpo apretado bajo las ruedas del vagón correo. Lograron extraer el cadáver sólo a las tres de la mañana. Tuvieron que destruir parte del vagón que la oprimía.

Casi en el mismo lugar donde viajó, hallamos el cadáver del pobre Villaamil, tendido en el piso. Una supérstite me dijo que quedó con la cabeza atrapada entre dos tirantes, y que contorsionándose y agitando manos y pies falleció.

No lejos de la puerta del vagón estaban el cuerpo de la pobre hermana Julia, y los restos de Eduviges [Braga]. Esta última fue recogida en pedazos.

Los cadáveres fueron llevados a la casa de los Redentoristas. Seis cadáveres [de salesianos] y el del foguista del tren, que murió entre espasmos terribles, con las piernas destrozadas entre la locomotora y la carbonera.

Yo no podía más... Mi cabeza rumiaba disparates... Me quedé en el lugar del desastre casi hasta el fin. Luego, un Padre redentorista medio me arrastró —yo no quería irme— hacia su casa, y allí me ofreció de todo. No pude aceptar nada.

Albanello estaba ahí, como enloquecido...

Prestaron colaboración inestimable los doctores Eduardo de Meneses, Cristóbal Matta Villaça, Alfonso de Moraes Salles Cardoso, Alfredo de Castro y Antonio Gomes, ayudados por el farmacéutico Antonio de Brito.

* * *

La crónica de los Padres Redentoristas de Juiz de Fora, en la nota correspondiente al 6 de noviembre de 1895, apunta:

> Hoy, de las dos a las tres, hubo un choque de trenes entre las dos estaciones de la ciudad, a cinco minutos de distancia de nuestro convento, casi enfrente, en el lugar donde se atraviesa la vía férrea para alcanzar la línea de tranvías. Nos avisó don Juan Recher, y fuimos inmediatamente casi todos.
>
> ¡Horroroso espectáculo! Del vagón tumbado pendían cabezas y brazos ensangrentados. Examinando mejor, se veía que todos los heridos estaban en un solo vagón. Era un coche especial cedido por el Ministerio de Agricultura a un grupo de salesianos —Padres y Hermanas— que viajaban de Barra a Ouro Preto...
>
> El primer cuerpo extraído del coche fue el de don Luis Lasagna, obispo titular de Trípoli...
>
> Los otros muertos son: Teresa Rinaldi..., Petronila Imas..., Julia Argentón y Eduviges Gomes Braga; el padre Bernardino Villaamil... y el foguista de uno de los trenes.
>
> Los cuerpos fueron colocados por nuestros empleados —primeros en llegar al lugar del desastre— en el segundo locutorio, sobre el piso.
>
> Quedó gravemente herida la madre de una de las Hermanas. Una Hermana se quebró un brazo y un dedo. Se hirieron levemente el teólogo Guillermo Brückhauser y otras cinco Hermanas. Ilesos, los padres Domingo Albanello y Domingo Zatti...
>
> Las Hermanas fueron cariñosamente atendidas en las casas próximas, y al día siguiente, trasladadas al hospital. Los demás quedaron con nosotros. Como había dificultades de lugar, el doctor Andrés llevó consigo a dos Hermanos...
>
> Causante del desastre fue el jefe interino de Mariano Procopio. Éste avisó a la estación que la línea estaba libre..., y al mismo tiempo daba orden de partida al tren que se hallaba en Mariano Procopio.
>
> Hay comentarios de todo tipo. Parece, con todo, que fue solamente crasa ignorancia.[5]

En la anotación correspondiente al 7 de noviembre, de la citada crónica redentorista, leemos lo siguiente:

> Ayer a la tarde y a la noche fueron visitados los cuerpos yacentes. Habíamos limpiado, cuanto fue posible, las ropas de las manchas de sangre.
>
> A las diez de hoy, los cadáveres fueron llevados solem-

nemente a la iglesia. Se rezó en coro el primer nocturno con laudes.

Los siete féretros, entre los que estaba el del foguista, fueron colocados en medio de la iglesia, entre la puerta y el púlpito. El coro se colocó a uno y otro lado de los ataúdes. Después se realizó con solemnidad la sepultura.

En la parte final de su relato, dice el padre Domingo Zatti:

[A las 9.30] terminó el funeral con la oración fúnebre del Vicario de Juiz de Fora [Venancio Café]. El féretro de Monseñor fue llevado por nosotros y los Redentoristas. ["Había catorce sacerdotes", afirmaba la prensa.] Seguía el del Secretario [Villaamil] y los de las Hermanas, llevados por piadosas mujeres.

El cementerio [de la Gloria] está en la falda de un monte. La empinada ascensión resultó fatigosa. No tiene cerco, y está sombreado de árboles.

Se abrieron cuatro fosas: una para Monseñor; a su lado, otra para el Secretario, y una muy grande para las Hermanas, que quedaron todas reunidas. El foguista fue sepultado en otra. [Varios millares de personas los acompañaron.]

El día 7 a las dos partí para Lorena... Llevaba tres días sin probar bocado, y sólo pude hacerlo entre los míos, que me abrazaron como a un hombre resucitado.

* * *

Las campanas de todas las iglesias doblaron a muerto durante el sepelio. Los padres Peretto y Zanella, el coadjutor Delpiano y las hermanas Florinda Bittencourt, Rosina Tomati y Asunta Subled, corrieron al lugar de la tragedia.

El 9 llegó a Juiz de Fora el obispo de Camaco, monseñor Silverio Gomes Pimienta, que venía a presentar sus condolencias a los Salesianos, y a llorar sobre la tumba del amigo.

El 15 llegan a Guaratinguetá las hermanas María Cousirat, Belmira D'Alessandria, Florisbella Souza y Filomena Farías.[6] En Juiz de Fora quedaron Juana Lusso,[7] que falleció el 14, y la hermana Paulina Heitzman, maternalmente atendida por una franciscana llamada sor Cecilia.

[1] Lamentablemente, en la Biblioteca Nacional de Río no quedan publicaciones de Guaratinguetá correspondientes a esa fecha.

[2] Gran parte de las noticias de este capítulo están tomadas de la carta del padre Zatti a don Turriccia del 10-XI-1898 (ACSS.); de la crónica de los Padres Redentoristas de Juiz de Fora; de la crónica de las Hermanas de Guaratinguetá y de otras Casas; del SUMARIO, *Traslado de los documentos de los autos de crímenes en que es actor la justicia y reo Salvador Domingues Alves, citados ante el Tribunal de Relación del Estado*, hecho al jefe interino de la estación de Mariano Procopio; de los diarios existentes en el ACSS. y en la Biblioteca Nacional de Río —principalmente, *O Pharol* (8-XI-1895), de Juiz de Fora; *O Paiz* (8-XI-1895) y *Gazeta de Noticias* (7-XI-1895), de Río—, y de las observaciones del autor en el lugar de la tragedia.

El hallazgo del *Sumario* citado, tiene particular historia. El sacerdote salesiano uruguayo Sabino Doldán Goyret —que realizó una invalorable recolección de documentos lasagnanos, y a quien nunca lograré expresar mi gratitud como merece— trataba infructuosamente de ubicarlo. Por fin, en Río le dijeron que debía de estar en Mariano Procopio. Allá se dirigió. Lo atendieron con la mayor gentileza, y le mostraron una montaña de documentos apilados sin orden ninguno. Era imposible hallarlo.

Al fin, desanimado, le ofreció una propina al empleado de ese *archivo* —la palabra es sólo por ponerle un nombre—, y le recomendó que si algún día daba con él, le avisara a una dirección que le dejó indicada. ¡Cuál no sería su sorpresa, cuando al cabo de unos meses recibió en paquete certificado el legajo original del *Sumario!*

El padre Doldán, con una honradez de otro siglo, lo copió y lo devolvió. Seguramente, estará de nuevo en la *montaña*...

[3] Según la *Guía [quatro rodas] do Brasil*, Juiz de Fora está a 679 metros de altura, y a 204 kilómetros de Río por ruta.

[4] Mariano Procopio era el dueño del Castillo, cercano a la estación, y que hoy oficia de museo. Don Mariano solía ser anfitrión de don Pedro II, y había edificado su castillo en 1861. Está a 719 metros sobre el nivel del mar, y a 178 kilómetros de Praça Mauá, según reza un letrero muy antiguo.

[5] Tal vez, parecerá presuntuoso afirmar decididamente, después de todo lo dicho en contra durante medio siglo, que se trató de un *accidente*, debido a la irresponsabilidad del jefe de estación de Mariano Procopio, y nunca, de un *atentado*. Es el juicio primero de la crónica de los Redentoristas.

He conversado acerca del tema con muchos técnicos ferroviarios del Brasil. Después de examinar los pormenores del caso, todos arribaron a la misma conclusión: *accidente*.

—Aun con los adelantos técnicos de hoy —me decía uno de ellos—, sería demasiado *honroso* para los ferrocarriles brasileños organizar un choque semejante.

El 22 de julio de ese año se había producido otro choque de trenes en la estación de Mangueira. *O Apóstolo* pedía la *privatización*, para acabar con los desastres de los ferrocarriles (2-VIII-1895). Idénticos comentarios efectuaban los órganos periodísticos cariocas *Gazeta da Tarde*, *O Paiz* y algún otro.

Las observaciones de Zatti y de Albanello, que promueven la tesis del atentado, son más emocionales que reales.

Los insultos y amenazas a Religiosas y Sacerdotes, eran cosa común en ese entonces. Recuérdese como monseñor Lacerda, en 1884, les envió a los Salesianos coches con ventanas veladas por cortinas, para evitarles vejámenes y pedradas.

La ubicación del coche especial, también obedecía a la costumbre de aislar a los personajes importantes.

En cambio, los demás pormenores: tormenta eléctrica, corte de comunicaciones, topografía del terreno, falta de doble vía, atraso del expreso, etcétera, abonan la tesis del accidente.

Más. Parecería locura estrellar dos trenes, para matar hipotéticamente a unos sacerdotes. Y es imposible manejar semejante operación desde más de 300 kilómetros, que es la distancia de Guaratinguetá a Mariano Procopio. Sobre todo, sabiéndose, como se sabe, que a último momento Monseñor postergó el viaje en un día.

Con respecto a la responsabilidad de Salvador José Domingues Alves, el Juez sustituto de Juiz de Fora hizo lugar a la denuncia del Promotor de Justicia de la comarca, aceptó la culpabilidad del reo, y juzgó procedente la denuncia. El caso fue pasado a un jurado de sentencia, compuesto de ocho personas. Éste aceptó los hechos, o sea que Domingues Alves dio la orden de salida, que hubo choque y siete muertos..., pero rechazó unánimemente que el reo fue causante del desastre por imprudencia o por incumplimiento del reglamento ferroviario. El presidente del Tribunal, Josino Alcántara de Araujo, lo declaró absuelto.

Hecha la apelación por el Promotor de Justicia, el desembargador Adolfo Augusto Olyntho, presidente del Tribunal de Relación del Estado en Ouro Preto, rechazó la apelación, y confirmó la sentencia del jurado el 23 de diciembre de 1896.

Esta sentencia irritó a muchos: "*... o agente responsavel..., ainda queimado vivo, não sofrera castigo bastante*", escribía desde Anta el padre Antonio Raymundo, el 11-XII-1895.

[6] Sor Florisbella Souza falleció el 8 de marzo del año siguiente, 1896, a causa del tifus. (Cf. crónica de las Hermanas de Guaratinguetá.)

[7] Juana Lusso, que en muchos relatos aparece como *dama de compañía,* era la madre de un salesiano y de una Hija de María Auxiliadora, y hacía tres años integraba la comunidad en carácter de *familia,* nombre con que las Hermanas designaban a las laicas que vivían con ellas como religiosas sin serlo.

CAPÍTULO XXII

Epílogo

Al tuo fianco mi è dolce il soffrire.
Al tuo fianco la morte io sfido,
perchè forte al tuo fianco confido
ritto al Cielo con teco volar!...

Estrofa escrita por LUIS LASAGNA el 10 de abril de 1872, en honor de don Bosco. (Cf. Archivo de la Inspectoría de San José, Montevideo.)

... Duerma el lodo en oscuro monumento.
Yo no, que ansío en la región del viento
señalar con estrellas mi camino.

RAMÓN MONTERO Y BROWN, S.D.B.,
Excelsior, mayo de 1954.

LASAGNA había comunicado al Vicario de Queluz la hora aproximada de su paso por la localidad. Desde las cuatro de la tarde lo esperaban pacientemente en la estación del ferrocarril todas las autoridades locales y una verdadera multitud de fieles, preparados con dos bandas de música y con una montaña de petardos y fuegos de artificio, para darle la bienvenida.

Esperaron horas y horas..., hasta que decidieron enviar un telegrama indagatorio a Mariano Procopio. No recibieron respuesta.

Pasada la medianoche, todavía había centinelas en las inmediaciones de la estación, mientras la mayoría descansaba, más o menos cómodamente reclinados en los prados circundantes.

De pronto se oyó el silbato de una locomotora lejana. Estallaron cohetes y petardos. Se reagruparon las bandas de música, y las autoridades se constituyeron en el andén. El tren ya resoplaba cercano. Arreciaron los estruendos.

Cuando el convoy se detuvo, al principio aumentó la curiosidad; luego cundió el desencanto: el Obispo no había llegado.

Al fin descendió el maquinista, Oscar Gonzaga, y con profunda emoción anunció la noticia del desastre.

Primero, se hizo un silencio de muerte; luego brotaron las

← Dos vistas del cuadro relicario que se guarda en el Colegio Monseñor Lasagna de la Asunción (Paraguay), en el que junto a la foto y otros elementos decorativos cuelga la famosa cadenilla (señalada por la flecha) que le regalara proféticamente don Bosco. Nótese que el corazón bordado debe de medir en la realidad unos treinta centímetros de alto.

lágrimas, y al fin, estallaron llantos y lamentos... Después de unas horas, reinó la oración.[1]

* * *

El esquema se repitió en todo el mundo. El padre Miguel Rúa estaba en Foglizzo Canavese. Cuando le leyeron el telegrama, quedó petrificado. Luego, se recogió en oración, y ordenó comunicar la noticia a todas las casas salesianas del orbe.[2]

Montevideo, Río de Janeiro, San Pablo, la Asunción, Montemagno..., quedaron un instante mudas.

Se desataron, luego, los diarios; los templos se llenaron de funerales y rezos, y muchos ojos se perlaron de lágrimas.[3]

Llovieron los pésames.

Lorenzo Giordano, director de Recife, enfermó de emoción, y guardó cama por dos semanas.[4]

"Murió como había vivido: de prisa", afirmó su gran amigo monseñor Soler.

* * *

Cachoeira do Campo y Ponte Nova lloraron desgarradoramente. Todo estaba listo para la recepción que nunca más se haría. Ya lo tocaban con las manos, cuando lo perdieron.

Vindes de longe por estar comnosco.
Sède bemvindo, apóstolo da Igreja.
A nós vossa indulgência bemfazeja,
abençoa los Filhos de Dom Bosco...

Así comenzaban los silenciados versos de Augusto da Lima, que había memorizado un niño.[5]

* * *

Juiz de Fora custodió las reliquias celosamente. Cuando algún salesiano sugirió la idea de trasportarlas a Río, el pueblo reaccionó indignado. Hasta un poco de superstición iluminaba la aureola de las víctimas.

Al fin, el padre Luis Zanchetta los rescató..., si rescatar es el nombre correspondiente a la operación de comandos con que se apoderó de los venerados restos y los llevó al morro de Niterói.

Allá reposaron, hasta que el padre Emilio Miotti decidió depositarlos junto al altar de las Ánimas, a la entrada del santuario de María Auxiliadora.

La imagen del descendimiento de Cristo que lo corona, tiene grabado un lema: "Mirad si hay un dolor como este dolor mío".[6]

* * *

El 5 de noviembre de 1915 se reconcilió la Sociedad Salesiana con Juiz de Fora, y juntos erigieron un monumento a Lasagna y sus compañeros, en el lugar del desastre.[7]

[1] ACSS.; P. Álbera, *Mons. L. Lasagna...*, cit.

[2] El padre Rúa comunicaba oficialmente la noticia de la muerte en la siguiente carta, dirigida a toda la Sociedad Salesiana:

"Torino, 8 Novembre 1895 / Carissimi Figli in G. C., / Mi tocca oggi compiere un dolorosissimo ufficio, dandovi l'infausta notizia della morte repentina di / MONSIGNOR LUIGI LASAGNA, / Vescovo Titolare di Tripoli. / La sera del 7 corrente, mentre mi rallegrava nel vedere felicemente compiuta l'última nostra numerosa spedizione di Missionarii, Iddio, *miscens gaudia fletibus*, permisse che la nostra Pia Società fosse provata da gravissima disgrazia. Mi giungeva diffatto da Rio Janeiro un dispaccio concepito in questi termini: «Monsignor Lasagna, segretario, quattro Suore morirono disastro ferroviario. — ZANCHETTA». / L'ambascia che a voi medesimi, o Figli, carissimi, cagionerà questo funesto annunzio, vi darà un'idea dell'immenso dolore che ne provarono il vostro Rettor Maggiore e gli altri membri del Capitolo Superiore. E ciò che ancor più accresce la nostra angoscia si è il non sapere i particolari del disastro, poichè le lettere, che ce li faranno noti, non ci giungeranno che verso la fine di Novembre. Quanto ci dovranno parer lunghi questi giorni! / Ci fu dunque rapito da morte repentina ed immatura il secondo Vescovo salesiano. All'età di quarantacinque anni, robustissimo di tempre, adorno di virtù a tutta prova, di zelo infaticabile, di eminente pietà e di non comune coltura filosofica, teologica e letteraria, il nostro amatissimo monsignor Lasagna moriva mentre ci arridevano tante e sì liete speranze per le missioni che il Santo Padre Leone XIII gli aveva affidate; e chi mai può dire quali siano state le ambascie de' suoi ultimi momenti! / È questo in vero il caso di far appello a tutti i sentimenti della nostra fede e della nostra pietà per non lasciarci abbattere e per pronunziare generosamente il *Fiat!* della rassegnazione e adorare gli imperscrutabili decreti della Provvidenza. Pur quando Iddio affligge la nostra cara Congregazione. Ei non cessa di amarla, perciò: «*Fiat voluntas tua! Dominus dedit, Dominus abstulit; sit nomen Domini benedictum!*» / Fedele imitatore dell'attivitá di Don Bosco, monsignor Lasagna cadeva sulla breccia, era vittima del suo ardentissimo zelo per la salvezza delle anime. Dio infinitamente misericordioso, giusto apprezzatore delle sue apostoliche fatiche, volle, speriamo, affrettargliene la ricompensa nella sua gloria. Dal Cielo ei sarà il protettore della nostra Pia Società e delle Missioni, ed otterrá, colle sue preghiere che Dio mandi altri numerosi operai nella sua messe, animati del vero spirito di Don Bosco e adorni delle necessarie virtù. Oh sì, prega, Monsignore desideratissimo, perchè molti ti rassomiglino! / Esorto intanto tutti i Salesiani a darsi premura di procurare alle vittime di questo disastro i più copiosi suffragi. Son d'avviso che venga cantata una Messa da *requiem* per monsignor Lasagna e suoi compagni in ogni nostra Casa, che i Confratelli, i Coadiutori e gli allievi offrano per loro la Santa Comunione; siano pure invitati i Cooperatori e Cooperatrici alla funzione funebre, durante la quale si potrà fare in suffragio dei cari estinti una colletta in favore delle Missioni, che erano affidate allo zelo

del nostro compianto Monsignore. / Aff.mo come Padre in G. C., / SAC. MICHELE RUA."

Al mismo tiempo, cursaba invitación para sus funerales:

"Torino, 1º Dicembre 1895. / Benemeriti signori cooperatori, / Benemeriti signore cooperatrici, / Dopo solamente alcune settimane rivolgo di nuovo a voi la mia parola, ma, ahi, con quale insolito accento! Non per invitarvi a feste solenni, nè per salutare nuovi operai del Signore in procinto di partire per lidi lontani, ma per pregare appiè degli altari; v'invito ad un pietoso ufficio funebre. / La triste notizia, che colpì i Figli di D. Bosco e i loro Cooperatori, divulgata dai giornali, volò già di bocca in bocca, ed ora ci prepariamo a rendere un tributo di ammirazione riconoscente e di suffragi, pregando la pace del Signore / A MONSIGNOR LUIGI LASAGNA, / *Vescovo Titolare di Tripoli, Missionario Salesiano, / ed a' suoi compagni.* / A questo scopo, mercoledì, 4 Dicembre, alle ore 10, nella chiesa di Maria SS. Ausiliatrice in Valdocco, avrà luogo un solenne funerale con Messa Pontificale di S. Ecc. Rev.ma Mons. Arcivescovo, e prima delle esequie verrà detta l'orazione funebre. Voi che con tanto piacere leggevate le lettere di Mons. Lasagna comunicatevi dal *Bollettino;* voi che con tanto interesse tenevate dietro alle sue imprese, e ne ammiravate la grandiosità; voi, a cui stanno tanto a cuore i Missionari salesiani, siate ora larghi di essi di questo mestro tributo. / Il disastro ferroviario che ce lo rapì, lo Stato di Minas Geraes del Brasile, ove esso avvenne e dove Mons. Lasagna stava per impiantare *due nuove Scuole Salesiane,* indicano che egli morì sul lavoro. / Iddio, che affanna e che consola, l'avrà accolto nel suo seno, così speriamo: tuttavia noi preghiamo per lui e per suoi compagni E voi, benemeriti Cooperatori e Cooperatric, vogliate unirvi ai Figli di D. Bosco e ai loro giovanetti a pregare per questi eroi della Religione e della civiltà; vivi li avete aiutati con l'obolo della vostra carità; ora aiutateli anche con quello della preghiera. / La Storia Sacra ci narra che Giuda Maccabeo, duce d'Israele, dopo la battaglia fece fare una colletta di offerte, perchè fossero fatti sacrifici in suffragio dei caduti. L'elemosina e la preghiera vostra venga mercoledì a suffragio de' nostri cari estinto e a sostengo di quelle Missioni rese orfane di chi ne era la vita. Questo sarà lo scopo della colletta che si farà durante la mesta funzione. / Nutro la fiducia che Accoglierete questo mio invito, e nellardore della preghiera ci sarà dolce consolare il cuore ripetendo: «*Dominus dedit, Dominus abstulit, sit nomen Domini benedictum*». / Vostro Obb.mo Servitore, / SAC. MICHELE RUA."

[3] Toda la prensa americana y europea dedicó extensas notas al desastre y a la figura de Monseñor. Se las puede hallar en los archivos salesianos y en las respectivas bibliotecas nacionales. En Italia, en la Biblioteca Cívica del Palacio Carignano, de Turín, desde 1895. En la Biblioteca Nacional había algunos artículos de 1893, según consta en el ACSS.; pero fueron destruidos durante la última guerra. (Cf. *Elogio fúnebre,* Niterói, Tip. Salesiana, 1896.)

[4] Testimonio del padre Carlos Leoncio da Silva, testigo del hecho.

[5] *Memorias dos cinco lustros das Escolas D. Bosco,* 1895-1920, Cachoeira do Campo (Minas Gerais), Brasil, Niterói, 1921.

[6] Archivo del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, en Turín; *Diario del viaggio della R. Vicaria G.le Enrichetta Sorbone* (5 vols., de 1908 a 1913). De ahí copiamos lo que sigue:

"1909 (arrivo al Brasile con D. Rota, nuovo Ispettore Salesiano)... Pochi minuti per un sentiero fresco ed olezzante; poi in compagnia del nostro cappellano d'onore, il Rev. Sig. Don Zanchetta, e di un altro confratello sacerdote italiano, già in vedetta per condurci alla funicolare, ci rechiamo al Monumento di Nictheroy. / Non siamo che sei tra celebranti ed assistenti. Alla prima, fa seguito la seconda Messa, e, dopo questa, un po' di contemplazione... Con

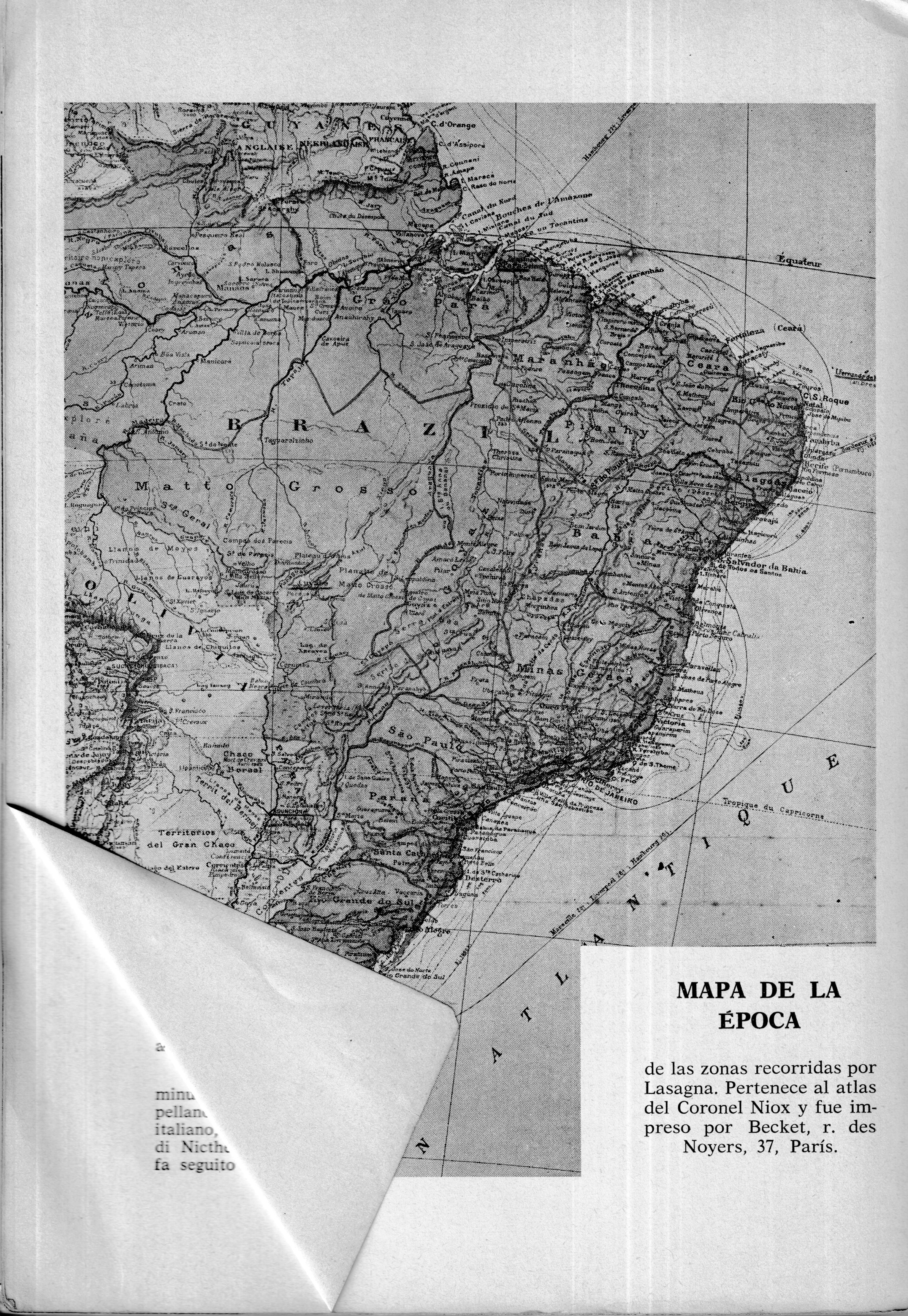
santo, affettuoso trasporto, entriamo nel segreto del Monumento. / Sotto l'altare, nel ricettacolo, dirò meglio nell'ara santa, riposano gli stritolati resti dei nostri Martiri di Juiz de Fora; e non vi manca certo il palpito del loro spirito, tocco dall'alito della preghiera innalzata col Sacro Calice, qui, sull'ara medesima, dinanzi alla quale adoriamo, ringraziamo e piamente amiamo. / Ci si aprono le cinque cassettine contenenti le poche ossa delle vittime; ogni cassettina porta il suo nome particolare: Mons. Lasagna, D. Villaamil Bernardo, Sr. T. Rinaldi, Sr. G. Argentone, Sr. P. Imas, ecc. «Come? Queste povere ossa sono distinte a seconda della persona a cui appartennero?» «Sì!», ci risponde il buon padre Zanchetta, così pietoso coi morti, così famigliare coi martiri. E mentre estrae pezzetto per pezzetto, ci va raccontando: «Io non voleva lasciare, fra quei di Juiz de Fora, i miei santi; e non potendo ottenere i benedetti resti con la ragione, ho giocato d'astuzia, e glieli ho rubatti di notte, senza che nessuno di là se ne accorgesse. Tanto è vero, che nel cimitero di Juiz de Fora v'è ancora qualche anima pia chre, nel giorno dei Morti, va a deporre corone sulla creduta tomba dei Missionari vittime della catastrofe... Con due de' miei fedeli amici, adunque, dissotterrammo i proveri cadaveri in putrefazione; e, ben lontani dall'abitato, vivemmo con essi per qualche tempo, facendo loro guardia, mentre li tenevamo esposti al sole ardente ed alla pioggia diluviale della nostra estate. E li spolpamo noi stessi a poco a poco: e piangendo bruciammo le materie in corruzione. Fatto il lavoro più grosso, ce li ponemmo in un bauletto e ce li portammo fino al Collegio. La finestra della mia cameretta dà su di una piccola tettoia di zinco nella parte della casa la più isolata. Feci dunque che tutte le care ossa de' miei santi (e l'ammirabile Sacerdote depone baci infuocati) venissero deposte su quella tettoia, dove il sole batte da disperato... Durante 40 giorni, nessuno potè vedere aperta la stanzetta del mistero; e nella notte, senza badare alla malaria che vi si respirava, mi vi chiudevo dentro, lavando e rilavando, in acqua pura, i diseccati e rotti ossicini. Poverini, che massacrati!... Una volta ben puliti e secchi, mi diedi ad unirli e a confrontarli ed ordinarli, per quasi ricomporne lo scheletro; e ben si riconoscevano gli uni dagli altri. Difatti, vedano qui che differenza di cranio!, e terminato il graditissimo lavoro, assegnai a ciascuno una cassettina, che è questa medesima che già vedono. In queste piccole bottiglie..., guardino bene!..., c'è il sangue in polvere. Queste altre, invece, contengono midolle polverizzate; qui vedono i cappelli del caro Monsignore; questi qua sono della Signora che accompagnava la Suora...» / Il pio Salesiano viene colto da un tremito di commozione; quasi piange; nè ci sentiamo meno commosse noi, che preghiamo di rinchiudere e di ritirare le preziose cassettine, e d'andarcene via, per non dar luogo ad una scena troppo tenera. Deposti baci di venerazione sulle sacre urne, usciamo dall'interno del Monumento, infilando una scaletta a chiocciola di 120 gradini che porta ai piedi della statua dorata; e ci permettiamo di baciare le divine piante di Nostra Madre Maria Ausiliatrice, fissandoci poscia nella contemplazione del Creato..." (*Diario*..., vol. I, págs. 20-22.)

[7] Biblioteca Nacional de Río: *Diario Mercantil*, del 11-XI-1945; crónica de Niterói.

En el mismo sitio del desastre, frente a la casa Nº 715 —a la izquierda de las vías ferroviarias, según se avanza hacia Mariano Procopio—, hay una columnita. Delante se lee: *"A saudosa memoria de Dom Luiz Lasagna e Companheiros — A União Popular e Salesianos O.D.C. — 1895-1915"*.

Detrás, y en una placa, están grabados los nombres de las víctimas.

Cruza por allí un pasaje a través de las vías, y hay un letrero que advierte: *"Perigo de vida"*.



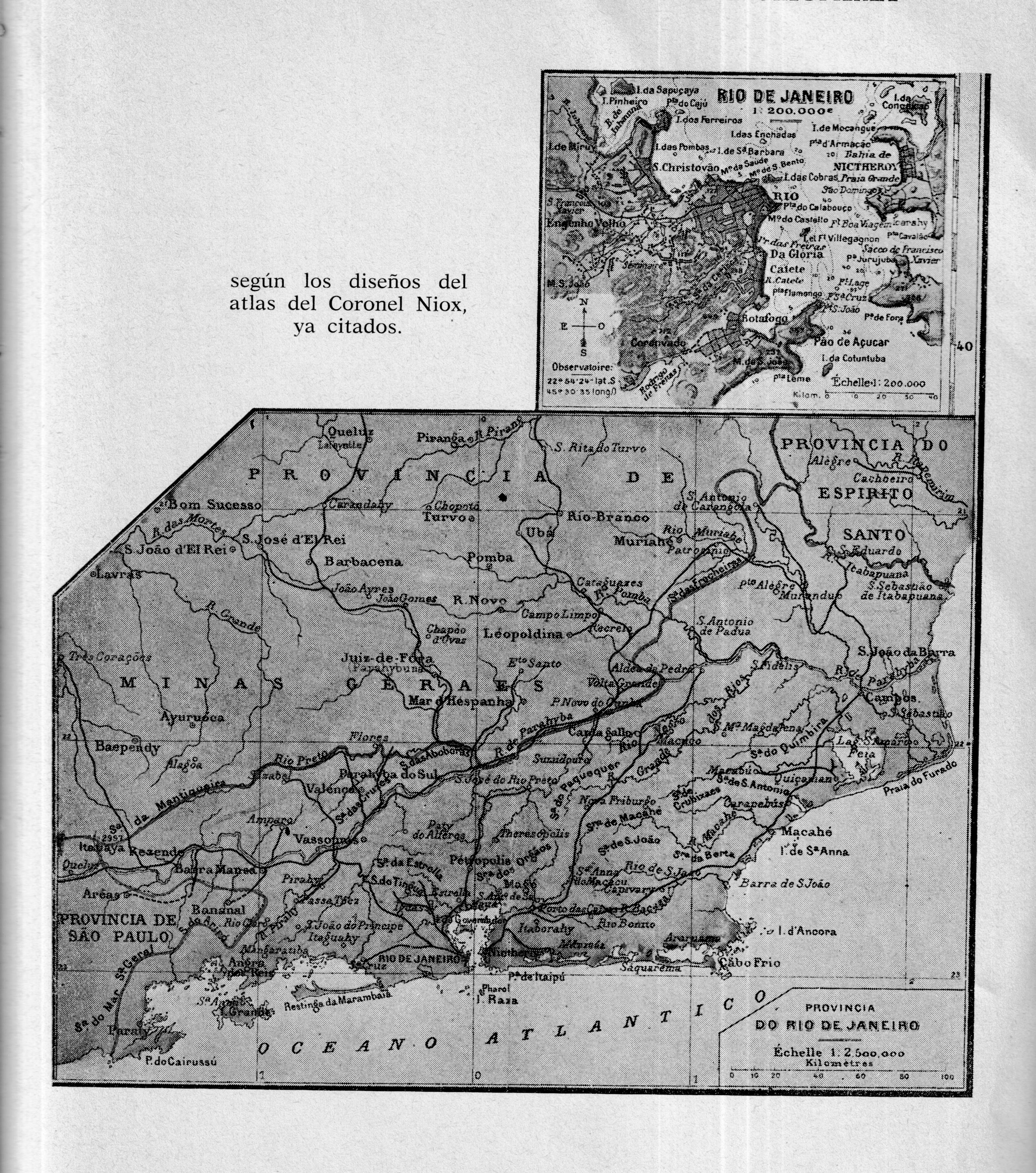
a

minu
pellano
italiano,
di Nicthe
fa seguito

MAPA DE LA ÉPOCA

de las zonas recorridas por Lasagna. Pertenece al atlas del Coronel Niox y fue impreso por Becket, r. des Noyers, 37, París.

RÍO DE JANEIRO Y LA PROVINCIA HOMÓNIMA



según los diseños del
atlas del Coronel Niox,
ya citados.

INDICE

Esta obra
se terminó de imprimir
el 19 de diciembre de 1969,
en los talleres
del Instituto Salesiano
de Artes Gráficas
(I.S.A.G.),
Don Bosco 4053,
(Argentina).

O MISIONER
RO LASAGN
NA EL OBISP

EDITORIAL DON BOSCO
DON BOSCO 4053 - BUENOS AIRES